SANTOS JULIÁ

Vida y tiempo de Manuel AZAÑA

(1880-1940)

Lectulandia

Manuel Azaña ya no es un desconocido como le parecía a su cuñado, Cipriano de Rivas Cherif, cuando acometió la tarea de contar por primera vez su vida. No lo es porque los libros y artículos sobre su persona y significación política han sido abundantes desde los años de la Transición a la democracia. Sin embargo, este mejor conocimiento de Azaña ha sufrido los vacíos de una tardía y fragmentaria recuperación de toda su obra y de sus papeles inéditos, sometidos a excesivos avatares de la fortuna e inaccesibles hasta fechas recientes a los investigadores. La publicación de todos esos papeles permitía, y casi exigía, contar su vida sobre la base de la nueva documentación disponible. La infancia y primera juventud, su trabajo en el Ateneo de Madrid, su militancia de diez años en el Partido Reformista, su obra de creación y crítica literaria, sus vínculos familiares, los círculos de sus amistades, sus gustos y aficiones, los años de gobierno y oposición y, en fin, su política de paz durante la Guerra Civil y la persecución a la que fue sometido en el exilio reciben en este libro una nueva luz proyectada a partir de la cantidad y calidad de la documentación reunida por vez primera en la nueva edición de sus obras completas.

Santos Juliá

Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)

ePub r1.0
Titivillus 25.10.2019

Título original: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*
Santos Juliá, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Presentación

La primera vez que oí hablar en serio de Manuel Azaña fue a don Ramón Carande, en alguno de nuestros largos paseos por calles y plazas de Sevilla, hacia mediados de los años sesenta, cuando todavía era costumbre conversar mientras se caminaba. Me decía don Ramón que nosotros, los jóvenes, debíamos conocer a don Manuel Azaña y leer sus obras. Como otra de las incitaciones a la lectura que de don Ramón había yo recibido, Max Weber y su magna obra *Economía y sociedad*, resultó un verdadero descubrimiento, me animé a comprar en una librería que el mismo don Ramón me recomendó, situada en la calle de Mateos Gago, en la acera de la derecha conforme se sube desde la plaza de la Virgen de los Reyes, la edición recién aparecida de los cuatros volúmenes de *Obras completas* que el profesor Juan Marichal había preparado para la editorial Oasis de México y que se vendía de tapadillo, a finales de los sesenta o comienzos de los setenta, por el precio de seis mil pesetas.

La lectura de Azaña despertó mi interés por nuestra reciente historia, tan recusada por una generación que había recibido desde escuelas, púlpitos y tribunas el gran relato de la cruzada de una España verdadera contra otra España que no lo era, sino Anti-España. La pregunta que de inmediato suscitaban los discursos y diarios de aquel escritor y político por entonces realmente desconocido, podría resumirse en una simple cuestión: ¿cómo fue posible que en la España de los años treinta, de la República y de la Guerra Civil, alguien dijera esas cosas y las dijera así? Tenía razón don Ramón: merecía la pena leer a Azaña porque un pasado del que nos cortó abruptamente la guerra de nuestros padres, se convertía, al descubrir su palabra, en un tiempo digno de ser descifrado, un pasado en el que era preciso hurgar porque en él podían encerrarse algunas de las claves para una cabal comprensión de la miseria que nos había tocado en el presente.

De ese primer encuentro y de mi primera inmersión en los años treinta ya pude comprobar que la meritoria empresa de Juan Marichal no era todo lo completa que su título sugería. Por ejemplo, faltaban los discursos electorales.

En realidad, faltaban todos los discursos que Manuel Azaña no había incorporado en vida a los volúmenes editados por él mismo. Luego, cuando comenzaron a organizarse coloquios y exposiciones y se emprendieron las primeras investigaciones sobre los partidos políticos en la República, fueron apareciendo más piezas, algunas de ellas fundamentales, como *El problema español* o *Apelación a la República*, que se daban por perdidas. Por entonces, y después de varios trabajos sobre la izquierda socialista y el Frente Popular en los años treinta, mi interés se centró en el estudio del conflicto social y la lucha de clases en Madrid, quedando siempre Manuel Azaña como a la espera de una ocasión propicia para volver sobre su persona y su acción política.

La ocasión llegó cuando, por la cercanía del cincuenta aniversario de su muerte, Javier Pradera me sugirió la posibilidad de escribir una biografía política para Alianza Editorial. El problema para afrontar ese trabajo consistía en que, habiendo aparecido los papeles de Azaña incautados en Pyla-sur-Mer, el gobierno presidido por Felipe González había decidido entregar a su viuda, doña Dolores de Rivas Cherif, la totalidad del archivo, que salió de España para quedar depositado en lugar hoy todavía ignoto e inaccesible. Se decía que allí había nuevos diarios del tiempo de la guerra y que se estaba preparando una edición que saldría pronto a la calle. Una visita a la directora del Archivo Histórico Nacional interesándome por otro rumor que también corría, que antes de ser entregados a su viuda, los papeles de Azaña habían sido microfilmados, no dio resultado.

Decidí entonces escribir la biografía política, cortando la historia el día en que Azaña fue elegido presidente de la República, el 10 de mayo de 1936, a la espera de las novedades que pudieran producirse en torno a los misteriosos papeles. Fue, claro está, el primer error de aquel libro. Del segundo sólo yo fui responsable: haber creído a Manuel Azaña cuando, en tiempos de la República, repite una y otra vez que llegó al poder sin un pasado político, como si hubiera vivido todo el tiempo encogido hasta que por fin llegó la hora de su estiramiento. Inducido a error por el mismo Azaña, presté una atención muy superficial a los años de su juventud, de su trabajo en el Ateneo, de su militancia en el Partido Reformista, y de su actuación durante la dictadura. Algo intenté indagar en su carrera como funcionario pero, víctima en este caso de un engaño, lo dejé estar.

Por una cosa o por otra, el resultado fue que aquella biografía quedó manca de la guerra y del destierro, coja de juventud e hinchada sobremanera de República: de sus 500 páginas, 450 se dedicaban al periodo que va de enero de 1930 a mayo de 1936, seis años de la vida de Azaña, quedando los

cincuenta anteriores mal comprimidos en 50 páginas y los cuatro finales pendientes para otra ocasión. La ocasión llegó con la presencia en la dirección del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y en la Subdirección de Publicaciones de los profesores José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón, que acogieron con entusiasmo y eficacia el proyecto de editar unas obras de Azaña más completas de las que en su día pudo recopilar el profesor Marichal. Para eso, no bastaba incorporar lo publicado por Azaña y no incluido en aquella edición, que no era poco; sino que era preciso acceder además al contenido del microfilm, que verdaderamente existía aunque nadie hubiera tenido todavía ocasión de consultarlo.

Solventados los problemas de autorizaciones y derechos, mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que los documentos microfilmados eran muchísimo más numerosos y de mayor interés de lo que se podía deducir por las noticias y comentarios publicados en su día por los expertos que tuvieron la ocasión de echar un vistazo a los papeles resucitados del armario de la Dirección General de Seguridad antes de que volviera a tragárselos la tierra. Con ellos, más todo lo que había ido recopilando de la prensa diaria y de las revistas, la edición proyectada dejaba de ser un complemento a la aparecida en 1966-1968. Era, en realidad, una nueva edición, que por una parte permitía poner en valor los periodos de la vida de Azaña apenas tocados en biografías anteriores; y, por otra, narrar desde una base documental mucho más sólida la vida entera del personaje, prestando una especial atención a su familia, a su infancia y juventud, a sus amistades, sus aficiones y gustos, al empleo de su tiempo, su trabajo, sus lecturas, los ámbitos de sociabilidad en los que se movía, los debates en los que participaba. Había que desechar la imagen, cansinamente repetida hasta hoy, del solitario, desconocido, frustrado, rencoroso, oscuro funcionario, y comenzar por el principio, a ver qué salía.

Y esto es lo que he intentado con esta *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, amablemente empujado por María Cifuentes y Juan González, desde la editorial Taurus, para acompañar una nueva salida a la calle de la misma edición de 2007. Una compañía no se impone, se ofrece, y esto es lo único que pretende esta biografía: ofrecer a los lectores de sus *Obras completas* un relato continuado de la vida de su autor que ayude a situar sus textos, desde los recuerdos de su infancia en Alcalá de Henares, su internado en El Escorial, el descubrimiento de Madrid y la escapada a París, hasta su llegada a la presidencia de la República, sus proyectos de poner fin a la guerra y su destierro y muerte en Montauban, dando todo su valor a los años de Ateneo, de militancia en el Partido Reformista y de director de las revistas *La Pluma* y

España. No aspira a retratar de una vez por todas al personaje, ni a dar con una clave explicativa de su «caso»; no divide en periodos con fecha fija el curso de su vida: demasiado complejo fue Manuel Azaña, demasiados golpes recibió de la fortuna, como para decir que fue esto o lo otro, que hay dos, tres o cuatro Azaña, o uno solo, de una pieza.

A Inés Vergara y a Elena Martínez Bavière quiero agradecer muy de veras el interés, la paciencia y el cuidado que han derrochado en la preparación del texto. Y para Carmen, que ha tenido también su parte en esta historia.

1. ALCALÁ DE HENARES, RECUERDOS DE LA CASA TRISTE

Cuando miraba hacia atrás, a los años de su infancia y de su primera juventud, Manuel Azaña siempre evocaba la casa triste, ensombrecida por la presencia de la muerte. Situada en Alcalá de Henares, en la calle de la Imagen, número 3, aquella casa no era, sin embargo, nada triste el 10 de enero de 1880, a las diez y media de la mañana, cuando vio nacer a un niño, inscrito dos días después en el registro civil con el nombre de Manuel María Nicanor Federico Azaña Díaz-Gallo. Era el segundo hijo de Esteban Azaña, que contaba por entonces veintinueve años de edad, de profesión propietario, y de Josefina Díaz-Gallo, de veinticinco años, dedicada a sus labores, según se hizo constar en el registro del recién nacido, en el que también figuraban los nombres de sus abuelos paternos, Gregorio Azaña, de profesión notario y escribano, y Concepción Catarineu, sus labores, domiciliados en la calle Nueva, número 10; y de sus abuelos maternos, Manuel Díaz-Gallo, natural de Escalada, Santander, y Josefa Muguruza, de Madrid, ambos difuntos.

El padre del recién nacido procedía de una familia afincada en Alcalá de Henares al menos desde mediados del siglo anterior, cuando un José Azaña aparecía en el catastro de Ensenada como colono con nueve tierras arrendadas. En la primera década del siglo XIX, la «saga de los Azaña» se había ampliado con un Diego, labrador; un Nicolás, escribano y un Miguel, secretario del Ayuntamiento, cargo que pasó en 1812 a Esteban Azaña Hernández, escribano también, como su padre, y secretario casi permanente del Ayuntamiento, con sólo una breve interrupción, hasta 1844[1]. Había casado este escribano-secretario con Eusebia Concepción Rajas, vínculo por el que emparentó además con la familia Catarineu, pues la hermana de Concepción, Joaquina, había contraído matrimonio con Zenón Catarineu Pujals, hijo de Esteban Catarineu y de Narcisa Pujals, que en la década de 1820 habían llegado a Alcalá procedentes de Arenys de Mar. Y si Esteban Azaña se abrió su camino en la secretaría del Ayuntamiento y en la notaría, su tocayo Catarineu aparecía desde 1826 como fabricante de jabón y vecino del

número 8 de la misma calle de la Imagen en la que muchos años después su bisnieto Manuel vería la primera luz del día.

Viviendo tan próximas, nada tiene de raro que este primer vínculo entre las dos familias, procedente una de tierras toledanas y de catalanas la otra, se estrechara con el matrimonio de un hijo de Esteban Azaña con una hija de Esteban Catarineu. En efecto, Gregorio Azaña Rajas, llamado a heredar de su padre la escribanía o notaría y, a la par, la secretaría del Ayuntamiento, en la que muy pronto comenzó a prestar sus servicios, se casó con su vecina Concepción Catarineu Pujals, aportando al matrimonio 30 000 reales. Se unía así en matrimonio una familia de escribanos y secretarios de Ayuntamiento con una de fabricantes, atentas ambas a las oportunidades de ampliación patrimonial que ofrecían las operaciones desamortizadoras, especialmente abundantes en Alcalá por el considerable número de propiedades, tierras y edificios, de manos muertas que los gobiernos liberales sacaron a pública subasta. Gregorio, muy emprendedor, diversificó su actividad haciéndose con unos lotes de la finca llamada «Los Barrancos» y convirtiéndose en un importante propietario agrícola, ganadero y cosechero, a la par que se iniciaba en la industria con una fábrica de baldosines y una cerámica[2]. Su proyección social fue muy destacada desde 1850 como secretario de la comisión que logró salvar del expolio el sepulcro del cardenal Cisneros, trasladándolo de san Ildefonso a la Magistral, y como miembro de la Sociedad de Condueños que, tras varias operaciones de compra y venta, adquirió los antiguos edificios de la Universidad y suscribió con los Escolapios el convenio para su uso como colegio de segunda enseñanza, del que Gregorio, como notario, dio fe.

Del matrimonio de Gregorio y Concepción nacerá, el 16 de mayo de 1850, un niño que nunca gozó de buena salud y que recibió el nombre de sus dos abuelos, Esteban, que será hijo único y que abandonará la ya casi secular dedicación de sus ancestros a la notaría y a la secretaría del Ayuntamiento para quedarse únicamente con la de propietario, cualidad que le permitió dedicar su tiempo y sus afanes a la política local, presentándose a las elecciones municipales recién alcanzada la mayoría de edad. Fue concejal del Ayuntamiento de Alcalá desde 1875 y, reelegido en las elecciones de 1877, con la restauración monárquica ya consolidada, pasó a ocupar la primera tenencia de alcaldía hasta ser designado alcalde interino en la sesión extraordinaria celebrada por el Ayuntamiento el 11 de octubre de 1877. Elegido de nuevo concejal en 1879 y confirmado como alcalde, conoció un momento de gloria cuando, después de exponer sucintamente la historia de la construcción en Florencia, por el señor Nicoll, de una estatua de Cervantes,

pronunciar sentidas frases y descorrer la cortina que la ocultaba, apareció la imagen del autor del *Quijote* y «la multitud aplaudió entusiasmada, repicaron las campanas, se pusieron a sus pies laureles y durante mucho tiempo la emoción fue inmensa»[3]. Con aquel acto, celebrado el 9 de octubre de 1879, Esteban Azaña Catarineu daba cima a su primer empeño por restaurar la memoria del esplendor del pasado de su ciudad natal, arruinado tras el aciago día del cierre de la Universidad Complutense, decidido por el gobierno en 1836.

Alcalde de la ciudad hasta su dimisión el 6 de marzo de 1881, Esteban Azaña dedicó los años siguientes a terminar una *Historia de Alcalá de Henares*, publicada en dos volúmenes, en 1882 y 1883. Recuperó el bastón de mando cuando volvieron a elegirle alcalde, por una mayoría de diez votos frente a seis abstenciones, en la sesión de instalación del nuevo Ayuntamiento el 1 de julio de 1885[4]. Con eso, los Azaña, que habían iniciado el siglo disfrutando desahogadas posiciones como escribanos y secretarios del Ayuntamiento, y lo habían mediado ampliando sus propiedades agrícolas e industriales, enfocaban su tramo final bien situados en el centro del círculo de notables o poderosos de la villa: una sólida posición económica y una continuada actividad en las instituciones de poder local a la que añadieron su presencia en el *medio culto*, con una constante ocupación en el cervantismo, el cisnerismo, las lápidas, los cementerios. Alcalá, sin estudiantes y sin su claustro de profesores, con gran parte de su enorme patrimonio inmobiliario expoliado o en la ruina, presentaba todos los rasgos de la ciudad muerta, de «un pueblo encantado, por doquier ruinas, por doquiera edificios abandonados y casas deshabitadas», como lo describía Esteban Azaña, decidido a despertarla de su largo encantamiento[5].

Así, de un Esteban a otro, de una ciudad que presumía de su Universidad y de sus glorias antiguas a una ciudad empobrecida y estancada, el curso ascendente de la familia Azaña resumía la historia política de la clase media del siglo XIX, liberal y revolucionaria en los fundadores, propietaria, conservadora y adicta a la monarquía restaurada, con el liberalismo bien templado por las experiencias acumuladas en un siglo de luchas y decadencia, en los herederos. Más que de su padre, le llegaban a Manuel retazos de esa historia de su abuelo paterno, Gregorio, que por las tardes, siendo él muy niño, le llevaba de paseo por el Chorillo, o el Chorrillo, donde se levantaba una antigua venta, refugio famoso de ladrones, hasta llegar al moto de la legua, como recordará muchos años después, en su visita al frente de Madrid en noviembre de 1937. Fue quizá durante estos paseos cuando el abuelo

Gregorio transmitió a su nieto el recuerdo de sus épicas historias de liberal esparterista y de capitán de cazadores de la Milicia Nacional y cuando le contó un suceso singular en la vida de la familia que Manuel leyó también con toda seguridad en la *Historia* escrita por su padre: «yo he aprendido en las páginas de un libro, escrito por unas manos que para mí eran santas, cuánta gloria, cuánta magnificencia encierra la historia de esta ciudad», dirá Manuel años después en el homenaje a Lucas del Campo, diputado conservador de Alcalá de Henares. Ocurrió aquella historia, contada por el abuelo, escrita por el padre, el 6 de agosto del tristemente célebre año de 1823: las desalmadas turbas absolutistas, excitadas por la predicación de un fraile de la congregación de San Felipe Neri que lanzó la tea incendiaria de la discordia entre los dos bandos políticos, y azuzadas por otro fraile del convento de Mínimos, llamaron al degüello de liberales y, a los gritos de mueran los negros, muera la Constitución, allanaron sus casas, robaron sus pertenencias y arrojaron por las ventanas los muebles, los cuadros y cuanto no les era dable transportar[6]. Dentro de una de esas casas, recordará Manuel Azaña que le contaba su abuelo, una familia copiosa miró por su salvación y se refugió en un aposento recóndito, sin otro acceso que un ojo de buey disimulado por un cuadro de Cristo camino del Calvario.

De su abuela paterna, Concepción Catarineu, a la que alcanzó hasta muy tarde, pues sobrevivió largos años a su marido Gregorio y a su hijo Esteban, recibió Manuel la tradición liberal con los relatos de las primeras guerras contra los absolutistas: eran también negros y bien recordaba la abuela el asalto a la casa por los blancos. Aunque nacida en Alcalá, todavía hablaba catalán, y dejó grabada en la mente del niño una impresión muy vívida de lo que habían sido las guerras civiles y de los Zurbano y demás personajes que cobraban, en aquellos relatos, una presencia actual, retratados en los cuadros que colgaban de las paredes de su casa. De sus abuelos recibió Manuel un eco, una impresión de las emociones que en aquellos días los conmovieron y, entre ellas, muy especialmente, el admirable, el fuerte, el saludable horror y odio a los carlistas, tan dados a la provocación, como había ocurrido un día de Corpus cuando su abuelo Gregorio supo contener a sus hombres de la Milicia. Ya de mayor, cada vez que se agitaban y asomaban su cabeza peluda ideas del mismo jaez, echaba de menos Manuel Azaña aquella predicación de odio a los carlistas, que su generación no había conocido, pero que él recibió en su infancia de boca de sus abuelos[7].

Como seguramente había sido el abuelo Gregorio quien le contó más de una vez el acontecimiento inaugural de la tradición liberal de la familia, que

su padre también se complació en recordar al escribir la *Historia de Alcalá de Henares*: la lectura de la Constitución de Cádiz por el secretario del Ayuntamiento y notario público, Esteban Azaña Hernández, un día de marzo de 1820, cuando volvió al poder el partido constitucional y en Alcalá, sobre la que pendía desde 1814 la gran amenaza de perder su Universidad, se celebró la ceremonia de solemne proclamación del código constitucional. Fue el bisabuelo Esteban el encargado de la doble lectura de la Constitución desde un tablado construido al efecto en la Plaza Mayor y desde el púlpito de la santa Iglesia Magistral, y fue este mismo bisabuelo el que hizo todo lo que de su mano estuvo para que los liberales no trasladasen la sede de la Universidad Complutense desde Alcalá a Madrid, demorada con el retorno del absolutismo, aunque llevada a cabo, a pesar de todas las resistencias, veintidós años después para gran desconsuelo de los liberales alcalaínos.

Los episodios liberales de abuelo y bisabuelo habrían de tener todavía un colofón de distinto signo, siendo Manuel niño de apenas seis años, en su padre, el alcalde. Leal a la monarquía restaurada, y con los carlistas a la fuerza apaciguados tras las sucesivas derrotas, alguna parte debió de tener el alcalde Esteban Azaña en el fracaso de la insurrección republicana del brigadier Villacampa, que se quedó a la espera, en Madrid, cuando iba mediado el mes de septiembre de 1886, de las tropas acuarteladas en Alcalá que nunca llegaron a su destino. Se habló de serios alborotos en torno a la estación de ferrocarril, de la indecisión del general Melero, comprometido a sublevarlas, de que las tropas estaban ya formadas a la espera de subir al tren, de que el tren estaba ya estacionado en el Chorillo, de que el alcalde, a sabiendas de lo que ocurría, acudió presuroso a la estación y abortó su salida hacia Madrid. Todo esto se decía y, también, que impresionada por la lealtad del alcalde, María Cristina, regente del Reino tras la muerte, el año anterior, de su esposo Alfonso XII —que había ido también, no hacía mucho tiempo, de visita a Alcalá— quiso mostrarle su afecto y agradecimiento ofreciendo la creación, para él, del marquesado de Zulema, que Esteban Azaña quizá habría aceptado de buena gana pero que, a requerimiento del abuelo Gregorio, declinó.

De su padre recordaba Manuel, poniéndolo en boca del joven Anguix, protagonista de *Fresdeval*, último intento de novelar la ciudad de su infancia, un momento que quedó grabado en su memoria. En su casa de la calle de la Imagen se hacían unas obras y al acercarse a hurgar la lumbre, sentado en un cajón, un hombre que le pareció viejo le preguntó: «¿Tú eres el señorito de la casa? ¡Ya serás un escolapio!». Y luego, como hablando para sí mismo,

aseguraba el viejo que ponía el libro: «De abuelos muy ricos, nietos muy pobres». Y estando en ésas llegó su padre, que habló animadamente con el viejo y le instó a que se marchara. Creyó el niño percibir cierta ternura en la reprimenda del padre, de quien destacaba desde la distancia su talento y superioridad natural, su melancolía y sus dotes de jefe, manifiestas desde sus veinticinco años; su devoción por los amigos, empeñados en campañas culturales, cultivadores de los restos de una tradición literaria que tuvo en el cervantismo, el cisnerismo y la afición a la colocación de lápidas conmemorativas su limitado marco de actuación: el sepulcro de Cisneros, la estatua de Cervantes y la lápida conmemorativa de Juan Martín, el Empecinado, eran claros testimonios de la afición de su padre por erigir o preservar lugares de la memoria alcalaína.

Esteban se había casado con Josefina, hija de Manuel Díaz Gallo, que procedía de una familia de montañeses con pretensiones nobiliarias y de comercio con escudo en Burgos, Madrid y Alcalá —recordará luego su nieto, que no llegó a conocerlos— y de Josefa Muguruza Gallo de Alcántara, nacida en Madrid, aunque sus abuelos tenían casa en Elgoibar. De familia de escribanos y de fabricantes por su línea paterna, Manuel Azaña procedía así, por la materna, de una familia dedicada al comercio con tienda abierta en la Plaza Mayor. Sus padres, Esteban y Josefina, completaban las fuentes de sus rentas como labradores con las de los Catarineu como fabricantes y las de los Díaz y Gallo, como comerciantes. Del reino de Toledo sus abuelos, «con un cuarterón de sangre vascongada y un entronque en Arenys de Mar»[8], el niño era como un compendio de la burguesía media de la Restauración en una villa que conservaba todavía los rescoldos, mitificados por la memoria, de su pasado esplendor, sostenido a medias por la Universidad y la abundancia de conventos e iglesias, mientras asumía nuevas funciones en el Estado como centro de instalaciones militares y penitenciarías que sirvieron, al menos, para detener su pronunciada decadencia durante la primera mitad del siglo. Con una agricultura tradicional dedicada sobre todo a cereal y a pastos, con un complemento de huerta y de viña y una industria artesanal, de oficios tradicionales, muy dependiente su comercio de la población flotante de estudiantes y religiosos, la población de Alcalá experimentó cierto declive en la primera mitad del siglo, pasando de 1307 vecinos y 5097 habitantes que constaban en el Padrón Municipal de 1801 a 1065 vecinos y 4151 habitantes, sin contar religiosos ni militares, del Padrón de Vecinos de 1845. Veinte años después, ya se había iniciado cierta recuperación con la presencia de 1680 vecinos y 6552 habitantes en el Padrón de Vecinos de 1868, una magnitud

muy similar a la que constaba un siglo antes, en el Censo de Floridablanca de 1787[9].

A su madre Josefina la recordaba Manuel entre dos criadas, «anegadas por un mar de ropa blanca [cosiendo] junto al balcón, cambiando de tarde en tarde una palabra», mientras él, apartado, silencioso, juiciosito, ordenaba en batalla una legión de guerreros de plomo o construía fantásticos alcázares con taruguitos labrados. Se sentía aquel niño —o se recordaba y lo escribía el joven veinte años después— acariciado por el ambiente, por los trastos íntimos que le circundaban, por la atención vigilante de su madre que alzando la cabeza le sonreía de vez en cuando. Al anochecer, cuando las sombras invadían la estancia y entablaban su lucha cotidiana con los fulgores del hogar, se iban las domésticas, dejándolos solos. «Era el momento de nuestras expansiones, de nuestros íntimos coloquios. Ella me ponía sobre sus rodillas y me acariciaba de mil modos, besándome, estrechándome contra su pecho, murmurando en mis oídos cosas tiernísimas que me dejaban embelesado y mudo como una música divina». ¿Adónde volaba el pensamiento de aquella mujer? —se preguntará Azaña—. ¿Qué oleada de amargura inundaba su corazón ahogando su voz[10]?

Especial lugar en sus recuerdos, por el papel que la acumulación de desgracias le hará desempeñar en su vida, ocupaba Félix Díaz Gallo, llamado a ejercer con la abuela paterna una función protectora sobre los hijos de la hermana, que era «su devoción». De su tío materno recordaba Manuel la rectitud en la conducta, la firme adhesión a sus creencias, el fondo de seriedad sobre el que florecía su ingenio, cualidades todas que el joven Azaña atribuía también a su abuela Josefa, a la que no llegó a conocer. Había cursado el tío Félix sus primeros estudios en la escuela de don Eduvigis Megía, el maestro que atendía en Alcalá a los niños de familias que podían pagarse los estudios, el bachillerato en Santander y la jurisprudencia en Madrid. Particularmente bien dotado para los idiomas, vivos o muertos, el tío Félix escribía el latín y leía el griego, además de hablar y escribir inglés y francés como su propia lengua y haber aprendido alemán y hasta vascuence, que llegó a conocer en unos meses de vacaciones en casa de sus abuelos de Elgoibar. Era tímido y aprensivo y riñó con su mujer; amigo de cosas francesas, veía con claridad todo lo que en España andaba mal aunque, por sus ideas, le faltaba la segunda parte: el remedio o la solución. Gran aficionado a la lectura, poseía un oído abierto a la filosofía aunque nunca quiso aceptar, recordaba Manuel, cosa alguna que chocara con su ortodoxia católica. Quizá fue con su tío Félix, o tal vez con su madre, con quien, siendo aún niño, estuvo Manuel Azaña «en país

montañoso» y se asomó al Cantábrico por vez primera para casi desfallecer de gozo a la vista de un barco de verdad[11].

Paseos con el abuelo, caricias soñadas de la madre, cercana presencia del tío, al cerrar la noche sonaban invariablemente los pasos de Basilio (cochero, mozo de cuadra y encargado de la portería) que subía por la llave del arcón de la cebada. Este Basilio ejercía sobre el niño una fuerte atracción: siempre se obstinaba en acompañarle y era preciso ceder a su capricho. «Juntos —recordará Azaña— medíamos el pienso, juntos íbamos hasta la cuadra; pero yo permanecía arrimado al quicio de la puerta sin atreverme a entrar, absorto en la contemplación de "Mariscal", que soplaba satisfecho ante la proximidad de la pitanza». Después, Basilio había de sacarle de allí en brazos. Impresionaba a Manolito la bocaza de aquel hombre, su pelo crespo y blanco, sus ojos, que le miraban «con ternura, con extraña ternura producto de su afecto de servidor antiguo y de la irritación y lagrimeo causados por el vino». Como recordará también a otro criado, de apodo Cacharro, primer republicano que encontró en su vida, que le llevaba al colegio diciéndole que algún día no muy lejano oiría repicar las campanas de la ciudad anunciando la llegada de La Niña, una expectativa que poco servía para consolarle: el primer día en el colegio de párvulos no pudieron sacarle de bajo el pupitre de su hermano[12].

En este ambiente nada triste, salvo por los terrores de la luz artificial que se colaba por debajo de la puerta de su alcoba y por alguna enfermedad de la que se negó a curar, transcurrían los días de la infancia de Manuel Azaña, segundo de los cuatro hijos que miran a la cámara en las raras fotografías conservadas del grupo familiar: Esteban y Josefina, los padres; Gregorio, Manuel, Josefa, Carlos, los cuatro hermanos, y detrás del grupo, de pie, como velando sobre todos ellos, Félix, el tío. A diferencia de su hermano mayor, nacido en 1875, que entró a cursar sus estudios de bachillerato en los escolapios, Manuel fue al Colegio Complutense de San Justo y Pastor, que Eduvigis Megía había fundado en 1850 y que dirigía varias décadas después Miguel María Alonso[13]. Allí se impartían clases de párvulos y de primera y segunda enseñanzas y hasta cursos preparatorios de algunas carreras. Situado cerca de su casa, en la calle de los Escritorios, número 6, era un colegio que pasaba por bueno y que Manuel recordará treinta años después como «un caserón prócer, muros desplomados, sobre el dintel armas en berroqueña, suelo de guijas en el zaguán, oscuras salas cuadrilongas, húmedas, a los haces del patio ensombrecido por la pompa rumorosa de laureles y cinamomos»[14].

En el Colegio Complutense comenzó sus estudios de bachillerato en el curso 1888-1889, con exámenes en el Instituto Cardenal Cisneros, de Madrid, al que estaba adscrito su colegio, aunque en la primera asignatura de su expediente, Geografía, y un año después, en Historia de España, se presentó por la modalidad de enseñanza doméstica: desde muy niño, Manuel, de gustos tranquilos, propenso a aislarse, afectuoso, se acostumbró a estudiar solo y a preparar sus exámenes en la alcoba de su casa. De sus años en el colegio recordará sobre todo a don Miguel, su director y a Luis Menes y a otros profesores mencionados en unos apuntes por sus apellidos: Corcoles, Flores, Cifuentes y doña Patricia. Oyó las espumantes explicaciones de Psicología que impartía don Miguel, curioseó en un armario que por todo tesoro conservaba unas piedras, sucinta diputación del reino mineral, y en una alacena en la que descansaban retortas con telarañas, probetas y tubos de ensayo en sus espeteras, desportillados, y cantidad de tarros con sustancias desusadas y temibles, que era toda la dotación del laboratorio de Física y Química. Borrascas de lapos y cachetines imbuían en los torpes la sintaxis del latín; un médico enseñaba Física y la Aritmética y la Geometría corrían a cargo de un capitán retirado. Las lecciones iban por tandas y los estudios en común y a voces. Corcoles apareció un día con un clavel para enseñar a los niños en sus clases de Botánica, mientras en las de Química orgánica y Trigonometría lo que dominaba era el aprendizaje memorístico. En resumen, aridez y turbulenta grosería en el colegio[15].

Fue alumno algo más que aplicado: excepto un aprobado en Historia Universal en los exámenes extraordinarios del curso 1891-1892 y un notable en Agricultura en junio del curso siguiente, en todas las demás asignaturas, fueran de letras o de ciencias, de las que entonces constituían los cinco años de bachillerato recibió la calificación de sobresaliente; así en los dos años de Latín y Castellano y de Francés, pero también en Geografía, Geometría y Trigonometría y en Aritmética y Álgebra, que se estudiaban en tercer y cuarto curso. Sobresaliente fue también la calificación que consiguió en las cinco asignaturas de quinto, cursadas en 1892-1893: Agricultura, Física y Química, Historia Natural y Psicología, Lógica y Ética. Sólo en una asignatura, Retórica y Poética, obtuvo, en el curso 1890-1891, mención honorífica, concedida por el autor de un famoso texto, Narciso Campillo, catedrático del Cisneros, que dejaba helados de espanto a los alumnos de los colegios de segunda enseñanza cuando iban a examinarse al Instituto y a quien los escolapios amansaban a base de comidas pantagruélicas, recordará Azaña. Quizá Narciso Campillo vio en aquel adolescente un retórico en ciernes, lo

mismo que las monjas, sus vecinas, que le invitaban cuando era niño a hablar subido a una silla. Memoria y retórica, dos cualidades casi innatas, de las que el maduro Azaña hará abundante uso[16].

Recordaba también Manuel la mala educación de los chicos y el abandono y descuido de la práctica religiosa, a diferencia de lo que ocurría con algunos compañeros de juego matriculados en los escolapios y que, en compensación, recibían azotes con vara, mientras que en su colegio el que más sólo atrapaba media docena de correazos. Creía recordar que un par de veces al año les llevaban al confesor y que por aquellos tiempos el padre Lecanda, célebre predicador de la orden de los filipenses —como aquel padre Laso de encendido verbo absolutista—, le decía: ¡Hola, Manolito!, le saludaba con palabras corteses, le daba algunos pellizcos o tironcitos de orejas y le imponía por toda penitencia el rezo de una salve. Se llevaba Manolito, cuando se acercaba a este fraile, la impresión de haber platicado con un señor misterioso y poderoso que no le había hecho mal y que hasta le había trasmitido cierta tranquilidad, aunque no por eso tomó el niño mucha afición al camino del confesionario. Un día le preguntaron en casa si iba a comulgar. Bueno, les dijo, y comulgó, con gran asombro de su abuela, muy católica, que llegó a temer que la criatura hubiera cometido un sacrilegio, aunque el niño no dio demasiada importancia al hecho de comulgar sin haber confesado. Más le impresionaban los sermones terroríficos que amenazaban a los pecadores con el infierno, una modalidad permanente de la predicación frailuna, incluso cuando aquellos liberales contra los que dirigir las iras divinas habían desaparecido de la escena, convertidos en fervorosos cumplidores de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

El mismo año en que terminaba su primer curso de bachillerato sucedió la catástrofe. Andaban las gentes de su casa azoradas, de puntillas, mirándose con expresión de tristeza: la madre estaba en cama cuando Manolito vio entrar un hombre implacable, que gustaba de atormentarle introduciendo en su boca y paseándole por la garganta una esponjita atada al extremo de una ballena de corsé mojada en cierto líquido aborrecible, tal vez para aliviarle los dolores de una irregular dentadura que le haría sufrir durante el resto de sus días. Pero en aquella ocasión el hombre implacable no había venido a por él. La criada había entrado en su alcoba a despertarle en medio del sueño para llevarlo a la habitación de su madre y allí estaba él, su verdugo, con otro señor vestido de negro. «Acercáronme a la cama y caí en brazos de mi madre que fue como caer en un lago de aflicción, de amarguísima pena. Yo lloraba también, el pensamiento extraviado, muerto de miedo, sin darme clara cuenta

de lo que ocurría…»[17]. Era el 24 de julio de 1889, y aquella joven mujer, que había tenido cinco hijos de los que cuatro le sobrevivían, perdida la vista, se moría. Manuel tenía sólo nueve años, lo llevaron a casa de los abuelos, en la cercana calle Nueva, y cuando volvió a la suya no le sirvió de consuelo que las gentes que le rodeaban le dijeran que no llorase, que mamá estaba en el cielo.

Sólo dos meses después murió el abuelo Gregorio, que le había contado las historias de los carlistas y le llevaba de paseo hasta la venta abandonada. Un primer ataque le había reducido, malhumorado, a moverse en un cochecillo. Nadie le había querido decir que Josefina, su nuera, había muerto, hasta que finalmente un segundo ataque le causó también a él la muerte, mientras su mujer le acariciaba la mano. Para mayor desgracia, el día en que Manuel cumplía los diez años de edad, el 10 de enero de 1890, la criada Gabriela entró de nuevo en su alcoba y lo despertó con abrazos y besos, mientras le decía: «Pobrecito, pobrecito, ya te has quedado sin padre». Quedarse sin padre: un suceso que engrandecía al niño: «por vez primera me creí importante: todos se fijaban en mí», recordará más tarde, cuando regrese a la casa paterna. Pero este aparente despego hacia don Esteban, el alcalde que presidió por última vez un pleno municipal el 6 de diciembre de 1889, pocas semanas antes de morir, no es todo lo que Manuel recordaba de su padre mientras esbozaba en la novela de su vida la figura de un personaje, de nombre Delfín, padre del narrador, que sintiéndose enfermo, lloraba desconsoladamente: «Mis hijos: pienso en mis hijos. ¡Cómo los dejo!»[18].

¿Fue por esta angustia por lo que su padre decidió contraer matrimonio en sus últimos días con María Jesús Vicario Sierra, con quien alguna relación habría mantenido en vida de su mujer, o fue, como Manuel Azaña contó a quien sería íntimo y muy querido amigo, Cipriano de Rivas Cherif, su abuela quien le casó con una señorita, ya nada joven y con quien nada había tenido que ver? Corrieron rumores en los dos sentidos, pero sea lo que fuere de la relación entre Esteban y María Jesús, Manuel Azaña dejó escrito en sus apuntes para unas memorias: «Cómo quedamos. Con un pleito», sin más comentario, refiriéndose al pleito que su tío inició para declarar nulo aquel matrimonio. Lo consiguió después de nueve años de pleitear, aunque a cambio los tres hermanos, Gregorio, Manuel y Josefa, representados por su tutor Silverio García Parra, autorizado por el Consejo de familia, constituyeron una hipoteca sobre la finca llamada «Los Barrancos», por todo su valor, para compensar con una especie de renta vitalicia a María Jesús Vicario por la renuncia que hizo a su cuota viudal. Los hermanos Azaña,

después de que este segundo matrimonio fuera declarado nulo por sentencia firme, aunque celebrado de buena fe, contrajeron la obligación mancomunada de abonarle «la cantidad de mil quinientas pesetas anuales, pagaderas en el domicilio de la misma por mensualidades vencidas de ciento veinticinco pesetas cada una, cuya pensión empezará a devengarse desde el diez y nueve de mayo de mil ochocientos noventa y ocho»[19].

Ocho años de pleito, pues, que se resolvió mientras el joven Azaña, en Zaragoza, terminaba sus exámenes de cuarto curso de Derecho. Tan aficionado como era a reconstruir, noveladas, las experiencias de su vida, en ningún papel de los muchos que quedaron inéditos dejó nunca escrito el nombre de la que fue por breves días segunda esposa de su padre y por unos años legalmente su madrastra. Para él, fue como si nunca hubiera existido. En la ficción, Delfín, trasunto de su padre, cuando espera la llegada de la muerte no contrae ningún matrimonio. Al lado del enfermo, además de su hijo, no aparece más que su gran amigo, el duque, que le consuela diciéndole: «Oh, Delfín, mientras mi casa se tenga en pie, a estos chicos no ha de faltarles nada». Y Delfín atrae hacia sí a su hijo besándole muchas veces con fuertes besos, regándole los caballos con sus lágrimas… «Murió aquel mismo año, por la Navidad. Era yo demasiado chico para tomar mucha parte en este acontecimiento, pero ahora, en la madurez, el cultivo de los sentimientos nobles me permite sublimar la figura del que se fue. Deploro su perdurable ausencia».

Como deplorará la muerte, dos años después, de su hermano pequeño, Carlos, alumno como él del Colegio Complutense y matriculado también en el curso 1892-1893 en el Instituto Cardenal Cisneros, en las asignaturas de primero de bachillerato a las que nunca pudo presentarse: «no se examinó», consta en las dos inscripciones de matrícula, en Latín y Castellano I y en Geografía. A Manuel le impresionó el frío de su frente y se echó a llorar. Para entonces, los niños se habían ido a vivir a la casa de su abuela, doña Concepción. Casa lúgubre, llena de luto y lágrimas; casa vacía y sola, enorme, que ofrecía sin embargo a los pequeños el aliciente de la exploración: juguetes, papeles, armas. En ella, mientras exploraba, se entretuvo «en profanar, jugando con él, un morrión de miliciano que tenía un plumero majestuoso y le acompañaba en la panoplia una charretera de plata. El que había portado y lucido aquellos ornamentos cívico-militares me había enseñado en mi niñez los fastos bilbaínos». Y una de las primeras cosas que recordaba de su niñez, dirá Manuel Azaña en un momento de rara expansión ante los socios de la sociedad El Sitio, de Bilbao, en 1933, es «un gran retrato

del general Espartero, que tuvo la gloria, no sé si merecida, de representar durante algunos años la causa liberal de España». Y luego, como reconstruyendo para su biografía la significación política que entonces representaba, contó Azaña a los bilbaínos, que le escuchaban algo sorprendidos por aquel tipo de efusiones: «Y de aquella emoción de combates por la libertad y estruendo de batallas, de sangre vertida, que yo aprendí en mi niñez de quien cultivaba el prestigio y la gloria de la libertad como una religión propia… de eso recibí yo la primera simiente liberal que cayó en mi alma. El portador y dueño de aquellos trofeos militares era mi abuelo, y con ellos tengo yo recibido, de los profundos senos del siglo pasado, cuando toda España ardía en contiendas por la libertad, tengo yo recibido ese prestigio épico, indescriptible, imborrable, en el alma del niño, que me ha adherido desde pequeño a los fastos liberales de la patria española»[20].

En casa de la abuela viuda amplió Manuel su afición por las lecturas, rebuscando en el gran armario que guardaba la biblioteca de su abuelo Gregorio, hombre aficionado a los libros: el *Quijote* y una *Historia de la revolución francesa*, en primer término; después, una *Historia de Espartero*, el *Viaje de Anacarsi* y una colección completa de *El Faro Nacional*, como correspondía al progresismo del abuelo. Y luego, revueltos en extraña mezcolanza, las *Geórgicas*, las *Cartas persas*, las obras de Buffon, la traducción del *Emilio* por José Marchena, *Ivanhoe*, el *Juicio imparcial sobre el monitorio de Roma*, del conde de Floridablanca, y una *Vida del ilustre señor Valero*. Y seguramente también fue entonces —recordará Azaña— cuando en la gran sala blanca con puertas y balcones pintados de azul, amueblada con una ancha mesa con tabla de nogal y un sillón frailero, comenzó a devorar «con manifiesto estrago de mi paz interior» cuantos libros de imaginación encontró en aquel gran armario: Walter Scott, Alejandro Dumas, Eugenio Sue, Chateaubriand, algo de Victor Hugo, que junto a las novelas de Julio Verne, Mayne Reid, Cooper, «devoradas en la melancólica soledad de una casona de pueblo ensombrecida por tantas muertes, despertaron en mí una sed de aventuras furiosa». Añadió enseguida a esas lecturas las de otros libros que recordaba como más razonables: todos los clásicos castellanos. Su abuelo y su padre, «que fueron hombres letrados, habían dejado una gran biblioteca y yo la devoraba. Me pasaba horas y horas ¡días enteros!, leyendo». Siempre, cada vez que evoque su infancia, la misma metáfora: Manuel Azaña se recuerda en los días de su niñez y adolescencia, sobre todo, como un devorador de libros[21].

Sobre todo, pero no sólo. De la casa de la abuela, en la calle Nueva, situada a espaldas de la calle de la Imagen, el niño se asomaba a la plazuela de San Bernardo, que su padre había ordenado adecentar, «plantándola de acacias, adelfas y cedros, cavando un estanque, cuyas aguas oscuras rebosan y sirven de albergue a bulliciosas ranas»; una plaza sepulcral —recordará en otra ocasión— «pegada a los muros de San Bernardo, cedros y tilos entre acacias y un estanque a ras del suelo ceñido de laureles rosa». En ese recoleto espacio transcurrieron los ratos de ocio de su niñez, jugando con los amigos, dando patadas, hasta destrozarlo, al morrión del abuelo, soñando con raptar a alguna niña o disputando el honor de recibir las confidencias de las chicuelas cuando jugaban a «monjas y confesores»[22]. Era el lugar de expansión natural de los niños de la vecindad, en el que se reduplicaba la abrumadora presencia de conventos que dominaba y aún domina la trama urbana de la vieja villa. Al salir a la calle, camino de la plaza, ya se topaba Manuel con la iglesia del convento de las Carmelitas Descalzas, pegada pared con pared a su propia casa y, haciendo esquina con la de Escritorios, pasaba por delante de la iglesia y del convento de la Madre de Dios, y ya en la plazoleta, jugaba a la sombra de la considerable mole del convento y la iglesia de las Bernardas: todo en poco más de cien metros a la redonda. No hay afectación alguna al revivir su infancia en la vecindad de monjas, que rezaban y cantaban. Rezos y cantos que nunca en su vida olvidará.

Todo esto lo recordará Manuel Azaña años después, hacia 1904, cuando regrese a «la casa de sus mayores por cumplir el deber de prosternarse ante los graves y melancólicos espectros que vagan la mansión abandonada»[23]. De momento, desde julio de 1889 y, sobre todo, desde enero de 1890 la casa de la calle de la Imagen, número 3, será la casa triste, ensombrecida por la presencia de la muerte. La abuela, única superviviente, tomó la iniciativa, quizá como parte del pleito emprendido para declarar nulo el matrimonio de su hijo difunto, de solicitar el 16 de abril de 1894 del juez municipal encargado del registro civil de Alcalá de Henares la corrección de un error cometido por Federico García Carballo en el momento de inscribir en el registro el nacimiento de Manuel, al «decir que su segundo apellido era Díaz Gallo, en vez de decir solamente Díaz». El fiscal municipal encontró plenamente justificado que los apellidos de aquel recién nacido eran, como reclamaba su abuela, Azaña y Díaz, y así quedó corregido al margen, estableciendo el juez de una vez por todas, para que en adelante no cupieran dudas, que ese niño, ya un jovencito de catorce años, se llamaba Manuel

Azaña Díaz y era «hijo de Don Esteban Azaña Catarineu y de Doña Josefina Díaz Muguruza»[24].

Orfandad prematura y soledad: con estos dos recuerdos cierra Manuel Azaña el primer Alcalá de su vida, la fuente de su primera sensibilidad, impregnada de cierta tristeza su mirada. Sin nadie que le facilite la expansión emocional, Manuel tenderá luego a atribuir su indecisión y su timidez a aquellos años de su infancia alcalaína en la que vivió, huérfano, la experiencia de la soledad. Muchas horas curioseando por la casa de los padres y de los abuelos, perdiéndose en desvanes y cámaras, en los locales abandonados de las fábricas, en la galería alta, donde dejaba pasar las horas; o en los despachos con biblioteca, curioseando en libros o devorándolos. Un afán insaciable de leer, sentado, detrás de la ventana, alzando de vez en cuando los ojos hacia la plazuela de las acacias y los tilos. Y de fondo, los cantos y los rezos de las monjas que llenaban todos los rincones de la casa y de la plaza y de la vida de aquel niño que quedó al cuidado de su abuela cuando cumplía los diez años de edad, huérfano de madre y padre.

2. DEJAR DE SER CATÓLICO, CON FRAILES Y EN EL ESCORIAL

Hasta que un día, quizá poco después —o tal vez unos meses antes— de culminar sus estudios de bachillerato con la modesta calificación de aprobado, tanto en la sección de letras como en la de ciencias, en los exámenes celebrados los días 10 y 11 de enero de 1894 en el Instituto del Cardenal Cisneros, su abuela doña Concepción, la única que así podía hablarle, le dijo: «Tú vas a ir con los frailucos, nieto»[25]. Fue más grande la sorpresa que el disgusto, recuerda Azaña, que asegura no haber visto frailes hasta aquel momento, aunque poco antes de emprender su primer viaje a El Escorial, a vivir interno con los agustinos, había pasado por la más intensa experiencia religiosa de su vida, inducida, si no por un fraile, por dos jesuitas, dos «misioneros», en todo caso, que se presentaron en el colegio para exhortar a todos los alumnos a que asistieran aquella tarde a la misión. Era la misión, o las misiones, una estrategia pastoral muy en boga a finales del siglo XIX —y hasta bien entrados los años sesenta del siglo XX— que consistía en invadir una determinada localidad con un plantel escogido de predicadores especializados en organizar oficios religiosos «para obtener el máximo efecto psicológico en actos y escenas que "asestaban fuertes golpes contra el pecador rebelde"», recordándole los tormentos que le esperaban en el infierno si no se arrepentía y confesaba sus pecados. Cuando una ciudad o un pueblo, pues no quedaba rincón alguno sin sufrir la experiencia, era declarado en misión, no había manera de eludir el golpe, especialmente si se era niño o adolescente, alumno de primera o de segunda enseñanza. Hasta las aulas llegaban los religiosos con su panoplia de argumentos para convencer a los escolares de la culpa que contraerían ante el Altísimo si no asistían a la predicación: la misión era, en efecto, «el instrumento evangelizador más agresivo que empleaba la Iglesia»[26].

Los jesuitas que recuerda Manuel Azaña prepararon el escenario a conciencia, aprovechando al máximo las facilidades que ofrecía Alcalá de Henares. A la hora de la cita estaba la Magistral tenebrosa; en las esquinas del

sarcófago del gran cardenal, guarnecido de paños de luto, cuatro luces cadavéricas llameaban en lo alto de unos mástiles vestidos también de paños plegados, negros. El jesuita que les había exhortado por la mañana comenzó a hablar del infierno entre aquellas tinieblas y descargó tajos de retórica furibunda contra uno que desde la oscuridad había gritado: «¡Eso es mentira!». De pronto, continúa Azaña, novelando sus recuerdos, sentí que todo eso iba conmigo, que el horror venía sobre mí. Cuando acabó la confesión de todos sus pecados, momento y trance culminante de las misiones, era ya muy tarde, la iglesia estaba desierta, y ante semejante decorado no pudo evitar que lágrimas abundantes anegaran sus ojos. ¿Detalles de esta confesión?, apunta en sus notas para unas memorias. «Más que los hechos debió de consistir en la revelación de un espíritu nuevo que inició una época de religiosidad, que se reafirmó con otras confesiones»[27]. En semejante estado de ánimo le sorprendieron, con trece años o quizá catorce recién cumplidos, los preparativos para su internado en El Escorial[28].

«Ay, si el abuelo Gregorio levantara la cabeza», escuchó de boca de algún familiar o de algún criado de la casa, antes de emprender el viaje. Pero ni el abuelo Gregorio, ni el padre Esteban, ni la madre Josefina estaban allí para disponer otra cosa, que el joven iniciara sus estudios de Derecho en la Universidad Central, por ejemplo, como había ocurrido con su hermano Gregorio. Lo que él recordaba de la despedida no fue el abrazo de ningún familiar sino que emprendió el viaje «llevando por viático ósculos de monja»: la provecta superiora del convento de carmelitas descalzas, de faz pachucha y una calidad de carne indecente, le había dado un beso, extraordinaria circunstancia para un joven de trece o catorce años que había recién pasado por la experiencia del carácter terrible de lo sagrado: horror de la culpa en las tinieblas, repugnancia de la carne indecente. Amaneció en El Escorial con la impresión de haber llegado a un país de insólitas dimensiones.

Allí, los frailes agustinos acababan de inaugurar el Real Colegio de Estudios Superiores María Cristina, nombre un tanto rimbombante para una muestra más del creciente poder que las órdenes y congregaciones religiosas venían conquistando sobre la educación de los jóvenes de la clase media y burguesa desde el Concordato firmado por el gobierno moderado de Bravo Murillo y por la Santa Sede en 1851, confirmado y multiplicado por el acuerdo entre el partido de Antonio Cánovas y la Iglesia española tras la restauración monárquica de 1875 y la Constitución de 1876. Interpretando de manera harto arbitraria las limitaciones a la fundación de órdenes y congregaciones religiosas establecidas en el Concordato, y ante la pasividad

de los gobiernos conservadores y liberales, una pléyade de nuevas órdenes religiosas, muchas de origen francés, habían abierto casas y colegios por toda España en su intento de recuperar poder e influencia sobre las clases propietarias y sus hijos y de reconstruir la identidad católica de la nación española por medio de una hegemonía bien establecida en el sistema de educación secundaria: Escolapios, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Hermanos Maristas, Religiosas de la Compañía de María, Ursulinas, Religiosas del Sagrado Corazón… La lista de órdenes y congregaciones religiosas que edificaron en veinte años, desde 1876 a 1898, para la Iglesia católica un poder sin parangón posible en la enseñanza secundaria es interminable.

En algunas de estas comunidades religiosas, y de escuelas que regentaban, la expansión fue verdaderamente espectacular: los Hermanos de las Escuelas Cristianas contaban en 1878 con una comunidad de 13 miembros y 286 alumnos; en 1900 disponían de 45 escuelas con 346 hermanos para 10 648 alumnos, y treinta años después habían dado el gran salto a 149 escuelas, 1484 hermanos y 32 000 alumnos. Entre las de mujeres, las Religiosas del Sagrado Corazón, que en 1876 sólo eran 142 en tres fundaciones con 900 alumnas, habían pasado a ser 668 en 17 conventos con más de 6000 alumnas en 1930[29]. Reivindicando además el origen divino de su derecho a enseñar toda clase de ciencias con independencia absoluta de cualquier autoridad civil, y de vigilar la ortodoxia de las enseñanzas impartidas desde los colegios y universidades del Estado, ningún obstáculo encontraron estas órdenes y congregaciones religiosas para abrir también centros de enseñanza superior pomposamente llamados universidades, aunque no lo fueran porque carecían, como fue el caso de la Orden de San Agustín en El Escorial, de la facultad de expedir títulos de licenciatura, una carencia que intentaron remediar bautizando su institución con el nombre sonoro de Real Colegio de Estudios Superiores.

El joven Manuel, que había cursado el bachillerato en uno de los escasos colegios no regentados por religiosos, comenzó sus estudios superiores en el internado de los agustinos por el curso preparatorio, que constaba de tres asignaturas comunes a las facultades de Filosofía y Derecho: Metafísica, Literatura General y Española, e Historia Crítica de España. De la primera se ocupaba Francisco Valdés, prefecto de estudios a la sazón, consagrado obispo de Jaca unos años después, en 1900, y trasladado en 1906 a la sede de Salamanca, ceremonia que Manuel Azaña no se quiso perder, tal vez por la estima que guardaba hacia aquel fraile ascendido a obispo. Las dos

asignaturas restantes del preparatorio corrían a cargo de Francisco Blanco García, autor de una voluminosa historia de la literatura española del siglo XIX, en la que, entre otras perlas de similar calibre, se calificaba a *La Regenta*, de Leopoldo Alas, como «monstruoso feto, verdadera pelota de escarabajo, amasada sin arte alguno con el cieno de inverosímiles concupiscencias», y al autor de *La espuma*, Armando Palacio Valdés, se le trata como «un sectario impenitente, rabioso y pérfido». El fraile, aficionado al lenguaje tremendista y faltón, percibió enseguida la afición de su joven alumno a la lectura y quiso encauzar sus gustos dándole a leer a Pereda, a quien juzgaba «príncipe de los novelistas españoles contemporáneos», y, más adelante, en un alarde de confianza, *Pepita Jiménez*, de Juan Valera, que sin embargo le aburrió[30]. No se lo pasó mal el joven Manuel con este fraile ultramontano, «uno de los brotes más lozanos que ha dado en nuestra época el añoso tronco agustino», como lo dibujará años después, al evocar *el jardín de los frailes*: en las dos asignaturas a su cargo, obtuvo en los exámenes que rindieron al final de curso en la Universidad de Valladolid sendos sobresalientes, contentándose con un notable en Metafísica. Y es que desde sus primeros lances universitarios, el joven Manuel parecía más aficionado a la historia y a la literatura que a la filosofía, aunque no le disgustara divagar sobre Hegel o probar sus capacidades dialécticas en los debates públicos, organizados por los agustinos como ejercicios escolares, negando la mayor y dando al traste con todo el razonamiento de su adversario en estos juegos didácticos que los frailes más al corriente de las novedades pedagógicas habían importado de Inglaterra.

Pasó, pues, sin problema este curso preparatorio como pasará todos los demás, aunque en primero de Derecho las calificaciones, sin dejar ninguna asignatura para septiembre, fueron menos brillantes, quizá porque en la Universidad de Zaragoza, donde comenzaron a rendir sus exámenes desde ese curso como alumnos libres los estudiantes del Real Colegio, eran algo más severos en las puntuaciones, quizá porque su afición al estudio de las leyes era sensiblemente inferior al de la literatura y la historia. En Elementos de Derecho Natural, impartida por el mismo Valdés, no obtuvo más que un bueno; mejor parado, con notable, salió de Instituciones de Derecho Romano, que enseñaba Jerónimo Montes, otro fraile que volverá a aparecer en momentos posteriores de su vida. En fin, de notable fue también la calificación recibida en Economía Política y Estadística, a cargo de José de las Cuevas. En 1895-1896, segundo curso de Derecho y tercero que pasaba como interno en El Escorial, volvió a ser alumno aventajado, con sendos

sobresalientes en Historia del Derecho Español y en Derecho Canónico, a cargo de Rafael Fernández y Anselmo Moreno, respectivamente; y un notable en Hacienda Pública, en la que encontró de nuevo a José de las Cuevas, que debía de ser, entre los frailes, el especialista en cuestiones económicas[31].

Manuel volvió por cuarta vez a El Escorial, en octubre de 1896, con ánimo de prepararse para los exámenes de tercero de Derecho. Tenía ya dieciséis años y aunque con los divinos oficios de la Semana Santa, especialmente el oficio de Tinieblas del Miércoles Santo y la bendición del cirio pascual del Sábado, los cantos en coro de los frailes y la contemplación del paisaje bajo las estrellas desde la ventana de su celda que daba a la calle de los Alamillos, su alma adolescente subía de vez en cuando al cielo, las prácticas religiosas, especialmente la confesión, dejaron de suscitarle aquella emoción sentida tres años antes en la desierta, y sólo iluminada por la vacilante luz de los cirios, iglesia de Alcalá. En todo caso, la ruptura con los frailes y, más allá de ellos, con la práctica religiosa parece haberle sobrevenido durante este curso, cerca ya de las vacaciones de Pascua. No era más que cuestión de tiempo: el delirio religioso que le había captado en su remolino durante aquellas misiones en Alcalá, que le había golpeado y machacado al tomarlo sin defensa, fue disolviéndose con el trato de los frailes agustinos, que le volvieron a la razón por sus pasos contados. Cuando la borrasca sentimental llegó a su declinación sólo quedó la decisión de acompasar los sentimientos a las creencias: del estilo terrorífico y opresor con que los frailes solían acongojar a las almas en estado de misión pasó a abrazar el estilo calmante, el modo sedante al que se aplicaba el padre Valdés. En ese modo, la religión le pareció hueca, vacía, y, para compensar, quiso explorar la contemplación mística, aunque por tal camino no adelantó ni un palmo ni se alzó del suelo una pulgada. Se fue el tiempo en que las funciones de iglesia le producían «pasmo y arrobamiento» y se sometió entonces —recordará luego —, «renca la voluntad», a una religión de observante, por prudencia humana. Nunca volvió a sentir el alzamiento explosivo de los afectos y siempre aborreció las amplificaciones sentimentales y las digresiones poéticas de los libros santificantes. Dicho con otras palabras: después de haber sentido la experiencia religiosa como un delirio o como una violenta efusión sensual entreverada de sentimentalismo exasperado, después de haber probado la terrible fascinación de la vivencia de culpa y reconciliación y de haber fracasado en su primer intento de unión estática con lo divino y, en fin, después de haber mantenido la observancia de la religión por un mero

sentimiento de prudencia humana, no quedaba más alternativa que la práctica religiosa como costumbre o la inevitable escisión, el rompimiento[32].

Y ante esta alternativa, ni el canto de coro ni la contemplación de la sierra bajo el cielo estrellado le sirvieron de consuelo ni le señalaron el camino: «Religión y paisaje se me tornaron hostiles». Todo le empujaba a abandonar el Real Colegio: los últimos rescoldos de la religiosidad que le habían infundido los frailes se apagaron sin él sentirlo, sin luchas[33]. Nada le retenía entre los agustinos: capacidad le sobraba para preparar sin ningún problema los exámenes de las asignaturas en su casa, consultando las dudas con su hermano Gregorio o su tío Félix. No fue hostilidad, tampoco rencor, ni alguna especie de «rebeldía impietista», como algún fraile ha dictaminado, confundiendo los sentimientos de un joven de dieciséis años que un día dice que no quiere confesarse con los de un ateo militante: fue sencillamente que la religión, en todas las dimensiones en que la había vivido de niño y adolescente, dejó de tener sentido para él. En lugar de seguir embebido en las estrellas, el joven interno leyó desde su ventana de El Escorial en el horizonte —«neblinas de rosa, borrones de humo negro, chispazos del caserío»— las señales que emitía la ciudad de Madrid: «Allí era el comienzo de la vida», pensó. Se dispuso, pues, a la gran cabalgada. La ocasión pudo haber sido cualquiera, por ejemplo, la bronca de un fraile enrojecido, el inspector Isidoro Martín, que mandó confesar al grupo de amigos sorprendidos, algo bebidos o definitivamente borrachos, la noche en que un condiscípulo se moría, en la celda utilizada como redacción de *El Colegial*, periodiquillo escrito a mano y difundido entre los mismos colegiales. Anden a confesar, les dijo malhumorado el fraile. Y Manuel: no me confieso. —¿Qué te ocurre? —Que no me confieso. Se acabó: si una confesión general había suscitado en él un torbellino religioso, la negativa a pasar por otra confesión que se le antojó absurda arrambló con los restos de aquella experiencia. La proximidad de la Pascua le abrió la celda. Se despidió de los frailes, sabiendo unos y otros, sin decirlo nadie, que no volvería. El navío frailuno había zozobrado[34].

Podía haber ocurrido por cualquier otro motivo o en cualquier otra ocasión. A Bruno Budia, personaje de *Fresdeval*, la novela que dejará inacabada en 1931, el rompimiento le llegó en una circunstancia muy diferente, pero con idéntico resultado y quizá como culminación de idéntico proceso: «Un día ferial, en misa mayor, gran regalo de las potencias sensibles de Bruno, la negación, deslumbrante, se reveló en su alma. Recostado en un pilar, veía y escuchaba una misa de gloria». Para Bruno fue el final. ¿Qué quedó después, de El Escorial, del trato con sus frailes, de su experiencia

religiosa, en Manuel Azaña? Ante todo, una intermitente comezón por rememorar aquellos años, comprobar qué clase de sentimientos despertaban en él los recuerdos de las vivencias acumuladas durante el tiempo de su internado cada vez que volvía por aquellos parajes, de excursión o de visita con amigos o familiares o cuando pretendía sacar de ellos una obra de creación literaria o, cuando, como en París, se recostará también en una columna para dejarse mecer por el canto de vísperas. Del comienzo de tristeza por el tiempo que allí perdió, evocado en su visita de 7 de marzo de 1915, a la perfecta comunión con aquel lugar, que siente en alguna de las visitas de la primavera de 1931, o al recuerdo en mayo de 1933 de aquellas noches de estudiante que se bebía las estrellas desde la ventana de su celda, sobrecogido por el paisaje; noches encendidas por el deseo, magnificadas por la emoción de la vida eterna, esos estados de ánimo guardarán una estrecha relación con lo que él es cada momento. En 1915 no ha definido todavía, y eso que ha cumplido ya 35 años, su vacilante vocación: visitar el lugar de su experiencia religiosa no puede producirle más que tristeza por el tiempo allí malgastado; en 1931 es ministro de la Guerra y ya ha dejado de obsesionarse por la irresoluble cuestión de si él sirve más para la política que para la literatura: perfecta comunión con el lugar.

En todo caso, desde 1915, algo tiene claro, que se refiere tanto a la enseñanza recibida como a los sentimientos vividos: en uno de sus paseos por El Escorial con García Herreros y Donoso Cortés, no pudo evitar un movimiento de repulsión al escuchar lo que un fraile veterano iba contando a unos novicios, pobres muchachos, acerca de Felipe II, de Herrera, de Antonio Pérez, de lo que dijo aquel rey en tal día y en tal sitio: eran las mismas cosas que les contaban a ellos veinte años atrás. Una idea de España, de su grandeza, de los Austria, de la monarquía católica. Ése fue el legado de El Escorial: una identificación del ser de España con el ser católico realizada en su máximo esplendor por la monarquía austriaca. Pero, por lo que se refiere a la ciencia del Derecho, «íbamos de los recovecos legistas a las abstracciones intencionadas. Aprender derecho era andar al estricote con fórmulas hueras». Y por lo que se refería a la ciencia sin más, de misacantanos, y la historia, proselitismo: hacer católicos fabricando nacionales. Por supuesto, se trata de una racionalización posterior, elaborada veinte años después de abandonar El Escorial, de la que derivará sustanciales consecuencias políticas integradas en una interpretación de la historia en directa contradicción con el proselitismo de los frailes cuando identificaban grandeza de la nación con monarquía austriaca y religión católica. Andando el tiempo, Azaña sacará de este doble

trato con la ciencia de misacantanos y con la historia proselitista un firme propósito: impedir que los frailes enseñen ciencia y construir una visión de la historia de España liberada del doble fardo de la Iglesia y de la monarquía.

Si el recuerdo de la experiencia de El Escorial reforzará en su edad madura las convicciones fundamentales de las que extraerá sus propuestas políticas sobre la presencia de las órdenes religiosas en el campo de la enseñanza, no es menos cierto que el entero recorrido de la vivencia religiosa que experimentó en el trato con frailes dejó en su mundo de valores un invariable respeto por la vida y la práctica religiosa en el ámbito y los espacios que le son propios, la conciencia individual y la comunidad de creyentes. Manuel Azaña nunca fue enemigo de la religión; siempre mostró, más que una condescendiente comprensión, un respeto profundo por los creyentes, que no estaba únicamente relacionado con la estética de la liturgia —los cantos de coro, el ceremonial de la Semana Santa, las catedrales, lo bello y lo religioso confundidos en una misma emoción, como le ocurrirá a su personaje Bruno Budia—, sino con una especie de suspensión de juicio ante las manifestaciones de la fe, siempre que de la creencia religiosa no se derivaran implicaciones relativas al Estado o a la moral pública. El tiempo en que la Iglesia católica definía el ser de la nación, imponía su presencia como religión de Estado y pretendía que la sociedad se atuviera a sus mandatos morales pertenecía al pasado, por más que él, y tantos como él, lo sufrieran en el presente. La experiencia del internado, con la forzada unidad de la creencia religiosa, el conocimiento de la historia, el estudio del Derecho, o más ampliamente, de la ciencia, y la condición de ser español, fue el origen de su rechazo de la religión pública aunque mantuviera en su interior el respeto a la religión privada, a lo que en alguna ocasión denominará la «soledad pavorosa del cristiano delante de su Dios»; un pensamiento que recuerda al Max Weber de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, aunque, en realidad, la experiencia religiosa católica procura evitar, por medio de su ritual y de su aparato institucional como religión de Estado, esa pavorosa soledad a los creyentes, bien abrigados en una Iglesia que más que una comunidad de creyentes, se organiza como un poder político y social. Hace muchos años, escribirá en 1921, «que por higiene corporal y mental me abstengo de aquellas frecuentaciones a la que mi lozana juventud debió las más violentas efusiones sensuales, entreveradas de sentimentalismo exasperado». Por si no quedara claro, añadía: «Aludo al pasmo y arrobamiento que de mozo me producían las funciones de iglesia». Para él, con la salida de El Escorial, había terminado el pasmo, había desaparecido el arrobamiento, pero no el respeto

ni, por momentos, la ternura hacia quienes cultivaban esos sentimientos con la práctica religiosa. La iglesia atrae a Bruno —escribe también en el fragmento de *Fresdeval*— «porque mueve los resortes de su ternura»[35]. Él había estado dentro del templo, había recorrido todos sus rincones, había sentido fuertes emociones, sabía de qué tipo eran esas experiencias: no era cuestión de liquidarlas o perseguirlas; era cuestión únicamente de que cada cual se las apañara como pudiera con ellas y que no determinaran ni el ser ni la actuación del Estado.

Sea lo que fuere, el rompimiento con la observancia religiosa y la salida del Real Colegio no repercutieron negativamente en su rendimiento escolar, más bien lo contrario. Manuel volvió a Alcalá, a la misma casa en la que durante sus soledades veraniegas pasaba días enteros leyendo en una sala baja, a preparar sus exámenes. De Alcalá viajó de nuevo a Zaragoza para los exámenes que debía rendir durante el mes de mayo o junio en su Universidad y que pasó de nuevo sin ninguna dificultad. Mejor aún, con cierta brillantez, porque en esta ocasión la cosecha fue de tres sobresalientes, en Derecho Civil Español Común y Foral I, en Derecho Penal y en Derecho Internacional Público, y sólo un notable en Derecho Político y Administrativo II. Más relajado o distraído debió de sentirse en el curso siguiente, 1897-1898, primero en que no pisó El Escorial ni anduvo entre frailes, dedicado a preparar en su casa de Alcalá las cinco asignaturas que le faltaban para completar su carrera de Derecho y a probar sus habilidades periodísticas en la revistilla *Brisas del Henares*, que sacó a la calle con unos amigos entre los que ocupaban lugar preferente José María Vicario y Joaquín Creagh. En *Brisas* publicó, a partir del 2 de septiembre de 1897 hasta el 2 de marzo del año siguiente, un total de nueve artículos más la respuesta de una línea a la pregunta sobre los regalos que les habían traído los Reyes Magos dirigida a todos los redactores: un frasco de aceite de hígado de bacalao y la correa de un agustino fue lo que a él le trajeron. Se trata de crónicas de un muchacho de diecisiete años, en el que apunta ya un espíritu burlón y un gusto por ocuparse de las cosas que pasan a su alrededor que habrá de acompañarle toda su vida. Firma con el seudónimo Salvador Rodrigo y parece disfrutar, después de sus años de internado, de la libre disposición de su tiempo y de los juegos de risas y miradas propios de su edad: Manuel Azaña con José María Vicario, muy aficionado también a iniciativas periodísticas de ámbito local, convertidos en cronistas de bailes de sociedad y en críticos de la política municipal.

Al tiempo que se entretenía en estos menesteres periodísticos, preparaba las asignaturas correspondientes a su quinto curso de estudios universitarios,

cuarto y último de Derecho: Derecho Civil Español Común y Foral, II, Derecho Mercantil de España y de las principales naciones de Europa y América, Procedimientos Judiciales, Práctica Forense y Redacción de Instrumentos Públicos y Derecho Internacional Privado. En mayo de 1898 volvió de nuevo a encontrarse con sus «excompañeros de presidio»[36] en la Universidad de Zaragoza, para realizar los exámenes del último curso, en los que obtuvo un sobresaliente, un notable y tres bueno, en conjunto, las calificaciones más bajas de su desatentada carrera, pero suficientes para terminarla sin retraso. Dos meses después, el día 3 de julio, pasó su examen de grado de Licenciatura en Derecho, con calificación de sobresaliente, en la misma Universidad de Zaragoza, donde sería testigo de la exaltación patriótica por la victoria inminente y del llanto vertido luego por la derrota y muerte de España, sucesivos estados de espíritu colectivo que acompañaron durante aquellos meses a lo que andando el tiempo el mismo Azaña definirá como la guerra más desesperada emprendida jamás por pueblo alguno, pero que en el mismo momento de su ocurrencia no parece haberle afectado sobremanera: un frívolo comentario sobre el heroísmo de los de Cavite es el único rastro que deja en una carta a Vicario[37].

No mucho después, sin embargo, en un apunte sobre la catástrofe del 98 aborda la cuestión con tono y enjundia muy diferente. Azaña atribuyó el desastre a «la apatía embrutecedora que ha sido el carácter distintivo de los gabinetes de la regencia». Sencillamente, no se había hecho nada cuando aún era posible prevenir los acontecimientos. Las colonias, escribió, nos estorbaban; había que desprenderse de ellas. La cuestión consistía en hacerlo sacando el mayor provecho posible y el único a que se podía aspirar: mercados favorables, repúblicas amigas o aliadas, tratados de propiedad literaria e industrial y de arbitraje. Como nada de esto se hizo, las colonias se perdieron de tan mala manera que «sólo maldiciones merecen los causantes de aquella vergüenza». El único consuelo es que la experiencia vivida sirva de revulsivo para la nueva generación que se está formando, «que ha recibido en su corazón el sello candente de la desgracia en una edad en que las impresiones son muy profundas y que una vez recibidas no se borran ya». Espero en Dios —termina Azaña su juvenil apunte en el que asoman ya temas principales de sus posteriores reflexiones— que este recuerdo ha de inspirar a la nueva generación «aquella austeridad de costumbres y aquel respeto a la ley, primeras bases del verdadero patriotismo»[38].

3. MADRID, COMIENZO DE LA VIDA

De Alcalá y El Escorial, las dos fuentes de su primera sensibilidad, a Madrid: «Ya me tienes instalado en la coronada villa y de verdad te digo que siento no haber venido antes», escribía el joven Azaña a su amigo José María Vicario, en octubre de 1898, en el primero de sus luego frecuentes lamentos por haber llegado tarde a todo, a la literatura, a la política, al amor. En la capital había desembarcado, tras sus vacaciones en Alcalá, dispuesto a preparar el curso de doctorado en la Universidad Central mientras su tío Félix le introducía, como pasante, en el bufete de un célebre abogado, Luis Díaz Cobeña, «feo como un demonio, y con espesas cejas negras, que resaltaban entre una barbita corta y un pelo hirsuto muy blancos». Del tiempo pasado en el bufete recordará que iba por allí de tertulia y que Díaz Cobeña no prestaba ninguna atención a los pasantes, entre los que se contaba un joven andaluz, de blanquísimos dientes, pelo negro muy rizoso y un hablar de facilidad deslumbradora, Niceto Alcalá Zamora. También trabajaba en el bufete Pablo Garnica, que sería en noviembre de 1918 ministro de Abastecimientos con García Prieto, y más adelante, de diciembre de 1919 a mayo de 1920, titular del ministerio en el que Azaña prestaba sus servicios desde 1910, el de Gracia y Justicia, con Manuel Allendesalazar de presidente. Y si a Garnica lo encontrará más tarde en varias ocasiones, muchísimos más tratos habrá de tener con Alcalá Zamora, que también sería ministro con García Prieto, y por dos veces, primero de Fomento durante cuatro meses a contar desde noviembre de 1917 y luego de la Guerra, entre diciembre de 1922 a mayo de 1923. Niceto, dotado como Manuel, de una gran memoria, nunca podrá olvidar, aunque asegura que lo tenía olvidado, a un pasante que comenzó a concurrir por el despacho por el año 1900 y algo de 1901, «que hablaba muy poco, sonriendo de cuando en cuando tras sus cristales recios de miope, con una expresión que intentaba ser amable y no era grata […] Era de Alcalá de Henares y se llamaba Manuel Azaña»[39].

De los cursos de doctorado, únicamente recordará años después, en el día del entierro del maestro, las clases impartidas por Francisco Giner de los

Ríos, y no porque le enseñara algo sino porque ejerció sobre él «un influjo saludable y hondo», resultado de remover y cuartear los posos de la rutina mental en que le habían criado los frailes de El Escorial y de presenciar «el espectáculo de su razón en perpetuo ejército de análisis». Giner impartía sus lecciones tres veces a la semana (martes, jueves y sábado), de tres a cuatro y media de la tarde; dedicaba cada clase a un tema diferente y solía comenzar invitando a alguno de los alumnos a presentar un resumen del trabajo del día anterior. Maestro en el arte mayéutica, «nos acostumbraba a discurrir, y nos infundía confianza y amor a la tarea elegida, sin atosigarnos», recordará otro alumno suyo, Ramón Carande. No eran muchos los asistentes, entre diez y doce, y algunos se apuntaban durante varios años, como Constancio Bernaldo de Quirós, que se matriculó por vez primera en 1893, pero que continuó asistiendo durante seis años más[40]. Las «notas tomadas en clase», que el mismo Azaña recordaba en su diario el 19 de febrero de 1915, escritas en el curso académico 1898-1899, llenan —sin dejar márgenes, como era habitual en todos sus manuscritos— 69 hojas, numeradas, todas encabezadas con el título: «*Giner*. Esplicaciones». Los nombres de Savigny, Puchta, Wolff, Gierke, Stahl, Zeller, Thomasius o Bakunin, no siempre correctamente escritos, aparecen una y otra vez en esos apuntes y permiten medir hasta qué punto atendió Azaña las explicaciones del maestro, junto con otros compañeros de curso, Guillermo Pedregal, Augusto Barcia, Tomás Elorrieta, José Castillejo, que luego volverá a encontrar en otros ámbitos de aquel Madrid de principios de siglo, recién rebasado el medio millón de habitantes, en el que todo el mundo dedicado a las artes, a las humanidades y a las ciencias se encontraba con sólo salir a la calle[41].

Llegado a Madrid en octubre de 1898, alistado en el reemplazo de 1899 y declarado excedente de cupo, solicitó Azaña la matrícula de doctorado por la modalidad de enseñanza libre en las asignaturas de Literatura y Bibliografía Jurídicas, Historia de la Iglesia y Colecciones Canónicas, Legislación Comparada e Historia de los Tratados, haciendo constar en la solicitud, firmada el 16 de mayo de 1899, que residía en «esta Corte, calle del Desengaño, número 10, cuarto principal», a un tiro de piedra del caserón de San Bernardo, sede de la Universidad Central. Como era ya costumbre, pasó sin problema todas las asignaturas en la convocatoria de junio con tres sobresalientes y un aprobado, éste en Historia de la Iglesia. El curso siguiente, con fecha de 23 de febrero de 1900, solicitó la admisión a los ejercicios de grado; presentó su tesis, *La responsabilidad de las multitudes*, el 3 de abril y tres meses después, el 26 de junio, obtuvo el título de doctor en Derecho con

calificación de sobresaliente concedida por un tribunal del que fue presidente Augusto Comas, y vocales Gumersindo de Azcárate, Alfonso Retortillo y M. de Ureña, que actuó de ponente por enfermedad de Rafael Conde y Luque[42].

La multitud, la masa, fue inquietud constante entre los intelectuales de fin de siglo, aterrados por su presencia, prueba palmaria de la degeneración de la raza, de la decadencia de la nación y de la abyección de los políticos que reclamaban su voto. Más aún, en sus primeros usos como sustantivo, la voz «intelectual» se empleaba como correlato positivo de la negatividad de la masa: si ésta es amorfa, ignorante, pasiva, ineducada y grosera, el intelectual es pura conciencia movida por los altos ideales de la justicia y la libertad, una visión que heredó la segunda generación de intelectuales, cuando definieron su tarea como la de educadores y guías de la masa. Es significativo que José Ortega, tres años más joven que Manuel Azaña, adornara el segundo artículo de su vida con unas observaciones sobre el fenómeno de la multitud, que «como turba, como *foule*, es impersonal por suma de abdicaciones, involuntaria, torpe como un animal primitivo»; la masa —escribió Ortega— «por ser impersonal no tiene la memoria de su propia identidad»[43]. Preocupado también el joven Azaña por la multitud o la muchedumbre, en lugar de una novela o de un ensayo más o menos filosófico, escribió este breve trabajo de investigación en el que, lejos de considerar a la masa bajo los estigmas de la inercia, la pasividad y la irresponsabilidad, como lo infame, lo cobarde y lo bajo, y de adornarla con los atributos femeninos, recursos muy corrientes entre la juventud literaria de fin de siglo, establecía que cuando actúa en multitud, el individuo es responsable de sus actos y reconocía que cuando las multitudes alzan la voz amenazando con perturbar el orden es para reclamar algo que casi siempre se les debe en justicia.

Pero si esta tesis tiene algún interés en la biografía intelectual de Azaña es sobre todo porque su planteamiento, el hilo de su reflexión y sus referencias bibliográficas muestran un pensamiento independiente del sentir común de la época, basado en un método del que no se apartará en adelante y que le distingue también del espíritu dominante: si, entre los mayores, Miguel de Unamuno presumía de hablar de cuestiones sociales y políticas sin haber investigado nada relacionado con la sociedad y el Estado, si en la literatura de fin de siglo la presencia de la masa, entendida como multitud actuante, se presenta con rasgos impresionistas, Azaña, más joven, más inseguro de su propia posición, no escribirá de política ni de sociedad, menos aún de historia, sin haberse documentado previamente y sin someter su discurso a la fuerza de la razón. Documentarse no significa, ya desde este primer ensayo, seguir a los

autores de los que toma abundantes notas, menos aún limitarse a glosar la bibliografía disponible. Con toda seguridad, conocía *La folla delinquente*, de Scipio Sighele, del mismo modo que le resultaban familiares su maestro, Enrico Ferri, y toda la escuela positivista, pero no dejará de reprochar a estos autores haberse dejado llevar de prejuicios de escuela mientras afirmaban como única base de su sistema la observación positiva de la realidad. El postulado de la libertad como elemento imprescindible para la existencia del delito y la crítica al concepto de delito colectivo, sea por tendencia congénita de la colectividad o por pasión de la colectividad, enunciado por Sighele, muestran a un joven pensador capaz de levantar la cabeza ante sus mayores. Como mostraba también una preocupación muy precoz por la justicia social su afirmación de que no siempre son delincuentes los que en un momento dado quebrantan la ley. Puede ocurrir, por el contrario, que la justicia y la razón estén de parte de quienes levantan la voz, pues ocurre con frecuencia que los poderes despóticos aliados a los de cualquier religión intolerante e impuesta a un pueblo promuevan insurrecciones que dan lugar a desmanes sin cuento. En estos casos, quienes han violado la ley son precisamente los encargados de velar por su observancia**[44]**.

Las notas tomadas en las clases de Giner y los autores citados en su memoria doctoral no son más que una muestra de las decenas de hojas de lecturas y de conferencias que tuvo ocasión de escuchar durante estos primeros meses de su estancia en Madrid sobre las cuestiones políticas y sociales que le preocupaban en estos primeros años del siglo XX. Con una caligrafía muy similar a la de estos apuntes, y con un aprovechamiento tan avaro de las cuartillas, conservó entre sus papeles cientos de hojas de entre veinte y treinta líneas con largas citas literales o extractos de lectura con los más dispares encabezamientos, pero en los que se percibe una preocupación prioritaria por la cuestión social, por el socialismo y por la historia de Francia e Inglaterra: Schloss, *Les modes de rémunération du travail*; Menger, *El derecho civil y los pobres, con prólogo de Posada*; Menger, *El derecho al producto íntegro del trabajo*; Stein, *La question sociale au point de vue philosophique*; Brentano, *La question ouvrière*; Schiller, *Estudios sobre el humanismo*; Ziegler, *La question sociale est une question morale*; Malon, *Socialisme integral*; Paul-Boncour, *Le fédéralisme economique*; Laveleye, *Socialisme contemporaine*; Pareto, *Les systèmes socialistes*; Nitti, *El socialismo católico*; Arenal, *La igualdad*; Arenal, *Cartas a un señor*; Mercure de France, enero 1904, «La mort d'Hebert Spencer…»; Taine, *Origines de la France contemporaine*; Taine, *Notes sur l'Angleterre*; Buckle, *Civilisation en*

Angleterre; Naville, *Les philosophes négatives*; Hoffding, *Filosofía moderna*: tales son los encabezamientos de las decenas de hojas con largas citas textuales de algunos de los libros que copió durante esos años. No faltan, además, notas tomadas de diversas obras de Rousseau, Montesquieu, Guizot, Macaulay, Spencer…

No eran autores ni libros de fácil localización y rápido acceso para un joven residente en Madrid hacia 1900: la mayor parte de ellos no estaban, ni están, catalogados en la Biblioteca Nacional, ni en la biblioteca del Ateneo. En la de la Academia de Jurisprudencia, mejor dotada por entonces en estos temas, pudo leer y tomar notas de los de Henry Buckle, Émile de Laveleye, Benoit Malon, Anton Menger, Francesco Nitti, Hyppolite Taine y Ziegler. ¿Dónde leyó el resto? Su biblioteca habría podido proporcionar quizá alguna pista, pero, en todo caso, las notas que se han salvado de su archivo están ahí y muestran que el joven Azaña no era cualquier clase de lector, sino de los que leen tomando amplias notas de sus lecturas, o sea, de los que estudian. Definitivamente, si pasaba horas y horas sentado en su casa o en alguna de las bibliotecas de Madrid llenando cuartillas con citas literales tomadas de esta serie de autores es porque preparaba a conciencia sus intervenciones públicas y… porque no tenía nada que ver con el tipo de señorito benaventino que se repite desde hace tiempo como una canónica definición de esta breve etapa de su vida.

Este joven deslumbrado por las luces de la capital, por sus teatros y *music-halls*, que alardea ante sus amigos alcalaínos de «amoríos mercenarios» y de bailes y carnavales y que gozará sus primeras experiencias amatorias con Consuelito, pupila de una casa de las llamadas de mal vivir**[45]**, a la que acabó poniendo piso y con la que se fue a vivir, decide medir sus habilidades oratorias y polémicas en la Academia de Jurisprudencia, una institución abierta a jóvenes licenciados en Derecho y conocida por los debates que regularmente se celebraban en su salón de sesiones. Pocas semanas después de terminar su curso de doctorado, el 30 de octubre de 1899, aparece ya inscrito como socio de esta Academia, en la que desempeñará el cargo, muy apropiado a su temperamento, de secretario de la comisión de publicaciones y donde leyó en sesión pública el 22 de enero de 1902 una memoria sobre *La libertad de asociación*, tema central del debate político y de la agitación social en los primeros años de siglo, agudizado por la masiva llegada a España de las órdenes religiosas que en Francia se habían mostrado refractarias al cumplimiento de la obligación de inscribirse en el registro gubernativo establecida por ley en 1899. En España, desde el Concordato de

1851 y la Ley Moyano de 1857, que otorgaban a la Iglesia católica privilegios prácticamente ilimitados de intervención, representación, inspección y docencia en todos los ámbitos educativos, las congregaciones y órdenes religiosas se habían multiplicado desde la restauración monárquica sin que las exigencias establecidas por la Ley de Asociaciones de 1887 les afectaran en ningún sentido: de los 35 700 alumnos matriculados en enseñanza secundaria a principios de siglo, 25 550 lo estaban en el sector privado, en el que la parte del león se la llevaban las órdenes y congregaciones religiosas[46].

En el Partido Liberal, vuelto al poder en marzo de 1901 bajo la presidencia de Sagasta, se había alzado un ala radical dispuesta, al menos en el discurso, a contener la invasión de religiosos procedentes también de Filipinas y de Cuba, y dar la batalla al clericalismo, como había proclamado José Canalejas en diciembre de 1900. Alonso González, ministro de la Gobernación, pretendió someter a las órdenes religiosas, por Real Decreto de 19 de septiembre de 1901, a la Ley de Asociaciones de 1887, y el conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública, eliminó la enseñanza obligatoria de la religión en los institutos de segunda enseñanza. Pero el mismo Sagasta, convertido ya definitivamente en viejo pastor, no estaba por los rompimientos con la Iglesia y quiso contemporizar: mientras en Francia Émile Combes aplicaba con el máximo rigor la Ley de Asociaciones de 1901 y disolvía un buen número de órdenes y congregaciones religiosas a la par que cerraba sus colegios y hasta llegaba a prohibir, por ley de 7 de julio de 1904, a sus miembros el ejercicio de la enseñanza, en España, Sagasta se limitó a exigir su inscripción en los respectivos gobiernos civiles en el bien entendido de que no se les podría negar la solicitud. El *modus vivendi* que Segismundo Moret, nuevo ministro de la Gobernación, encontró con el nuncio Rinaldini en abril de 1902 significaba la primera gran abdicación de los liberales en su propósito de contener o poner algún límite al abrumador dominio de la Iglesia sobre la enseñanza secundaria, un ámbito que el Estado abandonó en manos de la pléyade de órdenes religiosas masculinas y femeninas crecidas en el suelo fértil de la monarquía restaurada, que mantuvo para la católica el estatus de religión del Estado.

Como ya había ocurrido con la memoria doctoral, el interés del joven Azaña se centró, pues, en una de las cuestiones más candentes en los primeros años del nuevo siglo aunque, de nuevo, con un argumento que lo distanció del fervor anticlerical de los más destacados literatos del 98 y, con más motivo, de la movilización republicana o de la violencia popular contra los clérigos que volvió a resurgir a raíz del desastre del 98 y del espectacular e imparable

crecimiento del número de religiosos y, sobre todo, de religiosas en las últimas décadas del siglo. Fueron unos años de gran agitación política con el republicanismo radical llamando a la «joven España», la formada por «la nueva generación liberal, democrática, letrada, reformadora», para que tomara posiciones en la batalla anunciada con el estreno de *Electra*, de Pérez Galdós, y con el grupo de «Los Tres», Pío Baroja, José Martínez Ruiz —todavía en camino de convertirse en Azorín— y Ramiro de Maeztu, lanzando con gran entusiasmo su campaña anticlerical con el propósito de ridiculizar los sermones cuaresmales del año 1902. Mientras tanto, Manuel Azaña preparaba, con mucho tiempo por delante, su proyecto de memoria sin dejar de lado ningún punto de vista, tampoco el de quienes se situaban en el extremo opuesto: a su amigo José María Vicario le informaba de haber estado liado con «las obras y discursos de tu excelso maestro y amigo Aparisi y Guijarro», célebre jefe de fila del pensamiento tradicionalista, antiparlamentario y antidemocrático del siglo anterior[47].

Cuando llegó el momento, Azaña abordó la polémica cuestión basándose en la clara distinción conceptual entre órdenes y congregaciones religiosas, de una parte, y asociaciones de católicos, de otra; una distinción que había servido de base a la ley promulgada por la Tercera República francesa. Las primeras servían los intereses de la Iglesia universal, se regulaban por sus normas y disposiciones y carecían de los rasgos que definen a la asociación en sentido estricto. Sin detenerse a examinar la situación creada en España por la reciente proliferación de órdenes y congregaciones, afirmaba el joven orador que todas ellas tenían una personalidad propia ante la que el poder civil no podía ni debía ser indiferente: en cuanto afectaba a la realización de un fin religioso, correspondía al Estado el derecho de reconocer o no como personas jurídicas dentro de su territorio a esos institutos universales. Este derecho no era arbitrariedad, ni injusticia, ni pasión, sino ejercicio de una delicada misión política. Sin embargo, cuando se trataba de asociaciones, de la decisión voluntaria de varias personas que se unen para un fin concreto, entonces «el Estado sólo puede aspirar a conocerlas para darse cuenta de la personalidad naciente y obligarlas a cumplir las fórmulas legales dictadas para seguridad de todos»[48]. A este respecto, nada importaba que las asociaciones estuvieran integradas por creyentes o por no creyentes o por una mixtura de ambos: las creencias de los miembros de una determinada asociación no eran relevantes para su regulación jurídica.

La distinción introducida por Azaña en su discurso le permitía mantenerse en un terreno intermedio, defendiendo a la vez la regulación de las órdenes y

congregaciones religiosas por el Estado y la libertad de enseñanza para las asociaciones constituidas por católicos con este fin. Azaña observaba que mientras la acción oficial y la intervención en la vida civil de la Iglesia disminuían, debían aumentar su libertad e independencia, un punto de vista alejado por completo del anticlericalismo que por aquellos años de principios de siglo resurgía en los medios intelectuales y que en Madrid se puso de manifiesto en los alborotos que acompañaron al estreno de *Electra*, de Benito Pérez Galdós, en enero de 1901 y la campaña de protesta por el ingreso de la señorita Ubao en un convento. Los esfuerzos de un siglo de revoluciones, decía el joven socio de la Academia, se concretaban en la fórmula de la soberanía del Estado en paz con los poderes espirituales, pero sacudida su antigua tutela, redimido el Estado de la opresión de la casta guerrera como de la sacerdotal. Los que trabajaban por someter de nuevo al Estado al influjo de cualquiera de estas dos castas de militares y clérigos eran «campeones de la barbarie». Azaña tuvo claro desde muy pronto que la libertad de la Iglesia y el disfrute de las comunes libertades de asociación no podían confundirse con ningún intento de someter de nuevo al Estado al dictado de las jerarquías eclesiásticas. Estado soberano y libertad de asociación que garantizasen al individuo la realización de sus fines: ésa es su fórmula, muy alejada también de la campaña contra los frailes y los ataques a monasterios y conventos emprendida por los republicanos en los primeros años del siglo.

Esta «obra magna de mis 21 años llamada a producir una verdadera revolución en las ideas políticas», según comentaba «sin coña» a su amigo Vicario, despertó un desacostumbrado interés a pesar de que su autor se presentó ante los socios de la Academia —según recordó su secretario general en la sesión inaugural del curso siguiente— en actitud sumamente humilde, diciéndoles que «no iba a exponer opiniones propias pues en el supuesto de que las tuviera, carecía de la necesaria autoridad para exponerlas y obligar a la Academia a discutirlas». Fueron muchos, sin embargo, los personajes que le escribieron prometiéndole su intervención en el consiguiente debate, que se extendió durante varios meses con intervenciones de Gerardo Doval, Gabriel de la Mora y Abarca, Alfonso de Arantave, Honorio Valentín y Gamazo, Ramón Arizcun, que había sido compañero suyo en El Escorial, García de la Barga, Antonio Goicoechea, Enrique García Herreros, Alfonso Ruiz y López Falcón, Félix Benítez de Lugo, Gabriel Maura, Pío Zabala y Valero Martín, entre otros. Del suceso dejó elocuente testimonio Federico López González, secretario general de la Academia, que en la citada sesión inaugural dedicó un comentario personal, insólito por la extensión, de cinco páginas, al detalle de

su contenido y al resumen de las intervenciones de quienes pidieron la palabra en aquel debate dándole una «desusada animación»[49].

Animados estuvieron, en efecto, durante medio año dando vueltas a la cuestión más palpitante del primer semestre de 1902, el control por el Estado de las órdenes y congregaciones religiosas, hasta que Azaña pronunció el habitual discurso de réplica, del que desapareció la retórica deferente del primero para dejar paso al polemista que, con singular aplomo para su edad y escasa experiencia, va directamente a las cuestiones, las disecciona y echa los cimientos de una posición personal sobre los temas a debate. La libertad del individuo, la personalidad jurídica de las asociaciones, la organización y atribuciones del Estado, la supresión de privilegios como base de una auténtica libertad de la Iglesia, el respeto a la fe, no en nombre de los derechos de la Iglesia sino invocando los derechos de la conciencia individual y, como derivación de cuestiones previamente planteadas, el derecho de asociación del proletariado constituyen el armazón jurídico sobre el que el joven Azaña construye sus posiciones políticas en la línea de lo que por entonces comenzaba a llamarse nuevo liberalismo o liberalismo social. Asoma en sus palabras de réplica el crítico de la sociedad y de la política, de las oligarquías que acumulan riqueza y poder, del fraude del sufragio como vía para llegar al Parlamento; pero asoma también el reformador social, que exige para el trabajo las mismas condiciones que para el capital, que considera fraudulento hablar de verdadero contrato de trabajo cuando a una de las partes se le niega el derecho de asociación y que propone convertir en ciudadanos a los proletarios de hoy. Y, no menos importante, aparece también en este discurso el polemista que, al defender una política para el presente, parte siempre de una inmersión en el pasado; el Azaña aficionado a la historia como base para mejor comprender el presente y abrir caminos al futuro. De esas premisas partirá, en las últimas páginas de su respuesta, para referirse con alguna reticencia, puesto que había pretendido mantener el debate en el plano estrictamente jurídico, a lo ocurrido durante esos meses y afirmar, con el mayor énfasis posible, que es un derecho inherente al Estado por virtud de su soberanía el reconocer, no crear, cualquier especie de corporación y de personalidad jurídica y que desconocen la naturaleza, la esencia y el porqué de la soberanía del Estado quienes le regatean esas atribuciones[50].

Fueron meses de estudio y reflexión que transformaron al tímido defensor de una memoria en dueño de un sistema de ideas y de unos recursos oratorios poco habituales en alguien de su edad. De ellos hará gala en otras intervenciones a propósito de las memorias sobre *Educación y matrimonio de*

los reyes y sobre *El contrato de trabajo*, presentadas por otros dos jóvenes socios de la Academia de Jurisprudencia. La primera, defendida por Eudoxio Sosa Gallego, le sirvió de excusa para explicar la interrupción que días antes había opuesto a un razonamiento de Rodríguez de Rivera cuando se disponía a demostrar que la república era la mejor forma o sistema de gobierno conocida. Azaña oponía a esta afirmación que la única base para pronunciarse a favor o en contra de un sistema de gobierno es el mayor o menor grado de libertad, la tendencia hacia la igualdad que pueda encontrarse en las instituciones, la sanción y el empuje que se preste a los ciudadanos y la flexibilidad para adaptarse a las variadas circunstancias de cada tiempo y lugar. La proclamación de la soberanía nacional, el fundar la representación y la delegación en el mandato, el sufragio universal, la libertad política: ésos eran los fundamentos y signos del mejor gobierno y, respecto a ese ideal, la monarquía y la república no diferían sustancialmente, decía Azaña, situándose de nuevo, como ya había sido el caso en su memoria sobre la libertad de asociación, como un reformista *avant la lettre*: accidentalidad de la forma de gobierno si reconoce la soberanía nacional, las instituciones representativas, el sufragio y la tendencia a la igualdad. Si ésas eran las instituciones, poco importaba la educación del gobernante, fuera rey o presidente. También se muestra como un reformista consumado cuando, antes de terminar su intervención, concede que aun admitiendo que una de las formas fuera mejor, jamás debía imponerse ni implantarse por la fuerza; que era preciso tener en cuenta las circunstancias históricas para evitar los trastornos que una acción de este tipo produciría en la sociedad. No había que ser como aquel yanqui del cuento que a toda costa pretendía dotar al parque con que había rodeado su castillo de un césped como el inglés: cuatro siglos hacían falta para lograrlo.

En fin, todavía el 2 de abril del año siguiente, 1903, intervendrá de nuevo en un debate sobre la memoria titulada *El contrato de trabajo* presentada por su amigo Alfonso Ruiz y López Falcón. Azaña estaba perfectamente al tanto de los cambios que el maquinismo había introducido en la sociedad contemporánea con la evolución de la industria hacia la gran empresa y la profunda división creada entre un número relativamente corto de industriales a un lado y, al otro, una gran masa de obreros para quienes la libertad de trabajo había quedado reducida a una fórmula vacía: aunque proclamada por la Revolución francesa, esa libertad sencillamente no existía. Y para implantarla no veía más que un camino: restablecer la libertad para asociarse. El equilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo, explicó en su

intervención, no existe en la grande industria si frente a la coalición de los capitales no son libres los obreros de concentrarse. En ese terreno, el mero reconocimiento de la libertad individual carece de eficacia para salvaguardar los derechos de los individuos a un contrato justo. Ha sido necesario «revestirse de la fuerza abrumadora del número» para que ese hecho social haya encontrado la adecuada forma jurídica y es insensato —escribe en una nota titulada «Para la Academia»— «abominar en absoluto de las organizaciones y de los organizadores que por lo menos han enseñado o abierto el camino, preparado las armas y colocado frente a frente los dos ejércitos dispuestos a la lucha». Azaña aplaude y celebra la conquista por lo que tiene de progresiva y justa. La cuestión, con vistas al futuro, consiste en los medios que sean precisos para conseguir que injusticias tan enormes no sean posibles y que no sea indispensable el peso de la fuerza para consagrar en las leyes los derechos. No elude la respuesta y se muestra por igual distante de quienes aseguran que para conseguirlo no queda otra acción que la destrucción del orden existente y quienes trazan un cuadro de organizaciones ideales para el futuro sin prever los instrumentos de su realización. Se pregunta entonces si nuestros conceptos actuales del Estado y del derecho son lo suficientemente amplios para que en ellos quepa la reforma y de ellos pueda esperarse la evolución. Su respuesta es, en consonancia con todo lo que hasta ahora había estudiado y razonado, positiva: la reforma que introduzca una verdadera libertad de mercado reconociendo la libertad de asociación del proletariado puede y debe ser establecida mediante leyes[51].

En poco más de un año, del 22 de enero de 1902 al 2 de abril de 1903, Azaña ha sido autor de cuatro piezas oratorias y ha tomado multitud de apuntes destinados, sin duda, a otros debates en la misma Academia de Jurisprudencia que revelan la presencia de un joven pensador dotado de un sólido armazón intelectual y preocupado por investigar los problemas más acuciantes de su tiempo como condición previa de un programa de políticas reformadoras: irrupción de la masa en la esfera pública, libertad de asociación, relaciones del Estado con la Iglesia, forma de gobierno, crecimiento de la clase obrera, libertad de sindicación, contrato de trabajo en condiciones de igualdad. En todos los problemas que aborda, tras diagnosticar su naturaleza y su alcance, basado siempre en una amplísima bibliografía, opta por proponer una evolución continua y lenta, una reforma suave pero sostenida y guiada por la ley, como mejor vía para modificar de manera permanente y eficaz la organización de un pueblo y rechaza con idéntica consistencia la transformación que se impone por la fuerza, produciendo

trastornos a la sociedad. Es también significativo que el joven Azaña se manifieste en estos discursos, diez años antes de que esa opción apareciera personificada en el que será su primer jefe político, Melquíades Álvarez, como accidentalista consumado en lo que se refiere a forma de gobierno, si monarquía o república, y convencido reformista en lo que respecta a la transformación de la sociedad, que confía más a la acción del derecho que a los movimientos revolucionarios.

Junto a este Azaña, que estudia a conciencia los problemas económicos, sociales y políticos de su tiempo, que frecuenta la Academia de Jurisprudencia y que interviene muy a menudo en sus debates, aparece otro joven, más suelto y despreocupado, que exprime a fondo las diversiones de la gran ciudad, que se levanta a mediodía y se acuesta bien pasada la medianoche, que disfruta con una fraternal cena en Fornos hasta el amanecer, que acude con los amigos a las corridas de toros, aunque pronto confesará el fastidio que le producen esos días de juergas reglamentarias en los «que hay que divertirse… por huevos»[52]. Restando lo que en esa imagen pueda haber del joven que quiere dárselas de vividor ante sus paisanos, éste es el Azaña que frecuentó el Ateneo, sociedad en la que ingresó, obtenido ya el título de doctor en Derecho, hacia finales de 1900, a tiempo para asistir a la conferencia de apertura de cátedras pronunciada por su presidente, Segismundo Moret, una cruda noche de febrero de 1901, ante un numeroso público en el que destacaban, en la tribuna alta, «los bustos de elegantes y hermosas damas», sobre otro tema de debate, la representación proporcional, «la más trascendental reforma que en los tiempos modernos se ha hecho en el sistema representativo». Era todavía el Ateneo, como sagazmente lo definirá Ernesto Giménez Caballero, «la herencia romántica de una España que había dejado la *Iglesia* y que todavía no ha construido la *Universidad*» o, dicho de otra forma, una institución frecuentada por intelectuales que no se habían constituido aún en aquella «selecta minoría» que Alberto Jiménez Fraud contemplará, así que pasen quince o veinte años, tomando el camino de su Residencia de Estudiantes. En el Ateneo, los literatos firmaban protestas políticas y los políticos impartían lecciones académicas desde las cátedras: todo se mezclaba, los campos político y literario no se habían constituido aún en territorios autónomos a base de construir empalizadas para delimitar fronteras intransitables. A Manuel Azaña le asignaron como número de socio el 7069, que se cuenta entre los últimos 54 dados de alta en ese año, iniciando el millar que pocos años después, en 1904, añadiría un socio de excepción, Alfonso de Borbón, con el número 7777[53].

En aquel Ateneo, presidido por Moret y del que eran vicepresidentes primero y segundo Marcelino Menéndez Pelayo y el conde de Romanones, recibió el joven Azaña durante estos primeros años del siglo dos impresiones fundamentales para su formación intelectual. La primera tuvo que ver con la mudanza sufrida en la conciencia pública con motivo de la crisis de fin de siglo y, de rechazo, en el mismo Ateneo, que «enteco y arruinado merced a su gravedad en tiempos anteriores, se hizo numeroso, bullicioso y libre como nunca». Es una definición de lo ocurrido formulada a treinta años de distancia, pero de la que el mismo Azaña dejó testimonio en la segunda de sus «Tardes madrileñas», publicada en *Gente Vieja* el 20 de marzo de 1903. En aquella tarde, escrita en el mejor estilo costumbrista, su amigo Bermúdez introduce a don Pablo en la docta Casa anunciándole que encontrará, además de un excelente café y confortables salones, grata compañía, amena e instructiva conversación, novedad en las ideas, tolerancia para las opiniones ajenas, y en los grandes torneos del salón de sesiones, un plantel de maestros de la oratoria. Lugar de la palabra por excelencia, el Ateneo contaba con una excelente biblioteca, suscripción a los más variados periódicos y una afamada Cacharrería, «fragua encendida donde se forjan rayos que admiran y anonadan a los no iniciados». En ese ambiente, puede ocurrir que un insigne Echegaray tenga que habérselas con un concurrente joven, de aventajada estatura, melena abundante y cuidada, espléndido cuello, escasísima corbata y un manojo de violetas en el ojal que le suelta una impertinencia, seguida de un formidable estrépito. Es el bullicio del que Azaña hablará treinta años después, ocasionado por la numerosa presencia de elementos jóvenes de extravagante aspecto, chicos modernistas que juegan a la poesía y a la genialidad. Holanda intelectual de España, el Ateneo, por mor de la irrupción de la nueva generación, de la que aquel joven Martínez Ruiz de violetas en el ojal era muy representativo ejemplar, se deslizaba de científico a literario y, por tanto, también a político, dado que la literatura se definía a principios del siglo XX como una forma de protesta contra todo lo anterior, comenzando por la literatura misma, de la que hacían burla estos jóvenes iconoclastas.

Con la protesta política de la generación que irrumpe en el Ateneo en los primeros años del nuevo siglo, y con los valores morales que tal protesta entrañaba tendrá que habérselas Manuel Azaña muy pronto, cuando eche un vistazo a la obra de esa juventud. Es claro, sin embargo, ya desde estos años, que adopta ante ella una actitud irónica y distante: no es un modernista ni disfruta lo más mínimo con las posturas e indumentarias extravagantes para el gusto medio de los jóvenes literatos que comienzan a ser conocidos como

«intelectuales». En permanente polémica, interior y pública, con la que será conocida como generación del 98, Azaña también lo estará con la otra corriente que viene a inundar el Ateneo de principios de siglo, la formada por quienes claman, dando grandes voces y propinándose fuertes golpes de pecho, por la regeneración de España. No apreciaba en nada el joven ateneísta «la peste reinante de acabamiento y desesperanzas» diseminada por esta pléyade de regeneracionistas que darán lugar a la muy pronto llamada literatura del desastre. Y no porque «la catástrofe del 98» no le afectase, como podría desprenderse de la frívola reacción ante su noticia mientras terminaba sus exámenes en Zaragoza. Como ya quedó indicado, Azaña pensó, desde muy pronto, que las colonias, el *Imperio colonial*, constituían una rémora y un estorbo «para nuestro desenvolvimiento» y que la única política acertada habría consistido en proponer la emancipación de aquellos países, no su venta ni su cesión, para mantener así con repúblicas amigas o aliadas unos mercados favorables y unas fructíferas relaciones literarias e industriales[54]. Pero si pensaba que hacía falta «un revulsivo poderosísimo», nunca tuvo en superior estima política, aunque estaba dispuesto a reconocer su valor moral, la prédica de Joaquín Costa, aquel español con el alma en carne viva que cerró entre aclamaciones el debate sobre oligarquía y caciquismo y que fue acompañado hasta su casa el 15 de junio de 1901 por más de doscientos manifestantes que daban vivas «a los hombres de buena voluntad, a D. Joaquín Costa, a la regeneración y a los regeneradores» mientras se oían también «mueras a la oligarquía y al caciquismo, a los egoístas, a los políticos profesionales, etc. etc.»[55]. Si Azaña conservó en la memoria y en la retina estos momentos de exaltación, sobre los que volverá veinte años después en diversos artículos de *La Pluma* y *España*, es porque marcaban un camino que le parecía intransitable: buscar en instituciones del pasado remedio para los males del presente.

Pero el Ateneo no era sólo bullicio de jóvenes y propuesta de regeneración de mayores. Era también, como siempre había sido, lugar de conferencias eruditas, de ciclos sobre los más diversos problemas de actualidad relativos a cuestiones sociales y políticas, más aún a partir de esos años, con la nueva presencia de socialistas y anarquistas entre sus conferenciantes. Sin compartir la protesta de los jóvenes literatos y muy alejado de la retórica regeneracionista, Azaña conservó entre sus papeles cierto número de notas sobre cuestiones menos susceptibles de desencadenar tales entusiasmos y tantas emociones, entre ellas, el sistema educativo en Alemania, Francia e Inglaterra tal como los veía *madame* Decreusac, o unas

reflexiones de Vera —posiblemente Javier, presidente de la sección de ciencias— sobre la relación entre las ciencias matemáticas y naturales y las ciencias sociales. Es muy posible, en todo caso, que a la agitación de ideas, las discusiones incesantes, las broncas y algaradas que se formaban en el Ateneo so pretexto de las más variadas cuestiones se deban algunas de las cuartillas que Azaña rellenó durante esos años sin más propósito que poner un poco de orden en su propio pensamiento.

Muy cerca del joven que pasa una tarde en el Ateneo y otra asomándose al Congreso de los Diputados, seguirá todavía vivo aquel Salvador Rodrigo que había dejado ya su huella en *Brisas del Henares* y que deja también testimonio de su existencia en la serie de «lilailas y cosa menor» que publica desde su número del 10 de febrero de 1901 en *Gente Vieja*, la revista decenal fundada por Juan Valero de Tornos, que salía a la calle los días 10, 20 y 30 de cada mes y en la que, entre otros «mozos viejos», escribían Eusebio Blasco, Manuel Conrotte, Miguel Morayta, José Nakens, Gaspar Núñez de Arce, Antonio Pirala, Francisco Romero Robledo, Eugenio Sellés, Francisco Silvela y José Deleito Piñuela. En *Gente Vieja* le introdujo su tío Félix Díaz Gallo, otro mozo viejo también y colaborador asiduo en las páginas de la revista, que consiguió de los redactores una declaración de viejo honorario para su sobrino. En todo caso, el joven que escribe esas crónicas y esos dicharachos hasta el 20 de mayo de 1903, con una larga interrupción entre marzo y octubre de 1902, que corresponde a su periodo más activo en la Academia de Jurisprudencia, no es el que prepara conferencias y estudia a filósofos del derecho, a sociólogos y a reformadores sociales, sino el que no tiene ningún reparo en atender la petición del director para que escriba una «miaja de elogio» a El Curioso Parlante, don Ramón de Mesonero Romanos, «maestro en el arte nada fácil de escritor de costumbres», de quien celebra el estilo llano, sencillo, de frase castiza y pura, sin afectación ni artificios. Hoy, escribe Salvador Rodrigo, «que un espíritu diabólico se ha apoderado de tantos apreciables escritores que retuercen las frases, truncan las palabras, inventan verbos y, como dice Cavia, abusan del colorido, no está de más darse una vueltecita por las páginas de don Ramón». En 1901, Manuel Azaña, que prueba sus habilidades literarias a la par que su capacidad para el debate de ideas, es un amante de la tradición, conoce bien y disfruta a fondo con Mesonero, respeta a Echegaray y siente cierta debilidad por don Marcelino Menéndez Pelayo, a quien debió de conocer y tratar en el Ateneo. Definitivamente, no está por el modernismo ni por los experimentos con la lengua y de ninguna manera quiere romper con la tradición de la que se había

embebido con su lectura de clásicos españoles en la biblioteca de su casa triste.

La fuerte vinculación con el pasado se pone claramente de manifiesto en otra pieza enviada a *Gente Vieja*, que titula sin mayor especificación «Fragmentos de novela. I», que nunca tuvo un II, aunque terminaba con un «Se continuará». En esos fragmentos evoca Azaña, siempre oculto bajo la piel de Salvador Rodrigo, un cuaderno viejo, legado por un amigo, en el que se contaba una historia tomada de la realidad, «consignándola llanamente en sus apuntes para una "Crónica de la vida interior de la villa de Valtierra", que tenía en proyecto». Es el primer balbuceo de un proyecto literario que nunca le abandonará, aunque casi siempre le produzca dudas y problemas: escribir la novela de su pueblo como trasunto de la novela de su vida. No es difícil ver en Valtierra la ciudad de su nacimiento, Alcalá de Henares, y el paseo del Val, o de la Virgen del Val, que tantas veces recorrió de la mano de su abuelo Gregorio; paseo del que seguramente tomó su nombre la villa en este primer esbozo de novela, y del que algo quedará todavía en el último y también inacabado intento de contar y contarse, por intermedio de la creación literaria, su propia vida: Fresdeval, nombre sugerido por una visita a las ruinas de Fresdelval, sin duda, pero que Azaña retuvo quizá porque terminaba por donde empezaba su primer proyecto, por el Val. Entre Valtierra y Fresdeval pasarán cerca de treinta años, pero la venta o ventorro del Tuerto —a la que dedicó otro artículo en la misma revista y que podría tomarse también como fragmento de novela—, las campanas de iglesias y conventos, la plaza de San Bernardo, los paseos por el Chorillo, la primavera, una jovencita con la que quiere pegar la hebra, todo eso que luego ocupará un lugar en otros intentos literarios estaba ya en sus primeros escarceos de *Gente Vieja*, donde ensayará además la crítica teatral —ocupando en una ocasión el espacio cedido por el crítico habitual que firmaba *Uno que fue amigo de Barrutia*— y la publicación de breves piezas dialogadas, como «El coche simón», que tendrán otra dimensión bien diferente en las «Fantasías» escritas veinte años después para *La Pluma*.

Manuel Azaña en la Academia, en el Ateneo, en *Gente Vieja*, no deja de lado sus vínculos con los amigos de Alcalá: escribe con relativa frecuencia a José María Vicario y en Madrid acompaña a Joaquín Creagh, que acabará viviendo con aquella Consuelo de su llegada a Madrid, a fiestas y comidas; ni olvida del todo las tareas de propietario de tierras heredadas de sus padres. En el verano de 1900, apenas doctorado, fue a Guadalajara, a comprar cebada; y en 1901, después de haber practicado, pensaba contratar segadores a seco, o a

mojado o a húmedo[56]. No podía imaginar, tal vez, que el momento de sumergirse de nuevo en la vida local y dedicarse de lleno a estas labores agrícolas y a su complemento industrial estaba a la vuelta de la esquina.

4. ALCALÁ OTRA VEZ, EL TIEMPO MALGASTADO

En abril de 1903, Manuel Azaña intervino por última vez en un debate de la Academia de Jurisprudencia y en mayo del mismo año publicó como Salvador Rodrigo la última de sus colaboraciones en *Gente Vieja*. Nada de lo que había vivido en Madrid, la tesis doctoral, la pasantía en el despacho de abogados, la asidua presencia en la Academia, la frecuentación del Ateneo, sus artículos en la revista, su gusto por la literatura de costumbres y por el teatro, anunciaba la profundidad del tajo que propinará a lo que pudo haber sido curso lógico de su vida con la decisión de regresar a Alcalá de Henares en algún momento de ese mismo año, quebrando su normal desenvolvimiento intelectual y político como joven doctor en Derecho que tanto gustaba de pasar el tiempo en compañía de libros y en debates con amigos y colegas. Hasta ese momento, y con veintitrés años cumplidos, Azaña no sabía lo que era ganar el pan por medio de un trabajo remunerado, asalariado o no. No, desde luego, que no trabajara: los cursos de doctorado y la elaboración de su tesis doctoral, el conjunto de memorias y discursos pronunciados y los artículos publicados durante estos años de su primera estancia en Madrid desmiente por completo la imagen de señorito holgazán de la que él mismo presumía ante sus amigos de Alcalá, como si todo se hubiera reducido a carnavales y fiestas, a levantarse a las doce y media, comer a las dos, peluquería, limpiabotas y a las cinco a casa de unos amigos que tienen *la mar* de amigas, hasta las siete y media, comer otra vez y seguir en Lara para acabar en Fornos o el Suizo. Y así un día tras otro[57].

Al contrario, si pasaba horas y horas sentado en su casa o en alguna de las bibliotecas de Madrid llenando cuartillas con citas literales tomadas de autores españoles y extranjeros que le permitieran abordar una amplia variedad de cuestiones sociales y políticas era porque preparaba a conciencia sus intervenciones públicas. Lo cual hace todavía más incomprensible que este joven doctor, que muestra un evidente interés por la filosofía y la historia del derecho, por el socialismo y la organización del proletariado, por los sistemas políticos y la reforma social, y que frecuenta con asiduidad, como

escenarios de su formación intelectual, dos instituciones clave de la vida cultural madrileña de principios del siglo XX, decida regresar a Alcalá de Henares para hacerse cargo con su hermano Gregorio de los negocios familiares. Tal vez Gregorio, cinco años mayor que él, que había cursado estudios de Derecho en la Universidad de Madrid para ejercer de abogado en Alcalá y a quien podía verse desde 1900 como presidente de la Asociación de Labradores y durante varios años como presidente también de la Sociedad de Condueños, le instó a que volviera a casa para ocuparse con él de los negocios de los que eran titulares los dos hermanos y su hermana Josefa: la finca de Los Barrancos con una extensión de 177 hectáreas, la fábrica de ladrillos y tejas con los hornos correspondientes que en ella habían construido, y la Central Eléctrica Complutense, una sociedad anónima, constituida en julio de 1902 con un capital social de 100 000 pesetas, representado por 200 acciones nominativas de 500 pesetas, que suministraba «fluido eléctrico para alumbrado y fuerza motriz sin ofrecer tanto por ciento más barato que otras fábricas, porque nunca ha tenido en cuenta el precio a que venden los demás». La central tenía sus oficinas en la misma casa familiar de la calle de la Imagen y en su publicidad ofertaba la instalación de motores eléctricos acoplados a bombas centrífugas capaces de elevar desde 7000 litros de agua por hora hasta 150 000**[58]**.

Este corte radical en la biografía del joven intelectual afectó profundamente a la dirección que parecía haber emprendido en Madrid y a los intereses sobre los que habían gravitado su presencia y actividad en la Academia de Jurisprudencia y en el Ateneo madrileño. A partir de 1904 las huellas de las inquietudes que alimentaron su primera juventud disminuyen o se desvanecen: los ensayos teóricos sobre filosofía y derecho y sobre cuestiones políticas y sociales pasan a un segundo plano en torno a 1904 ante el peso de la memoria de su primera edad para la que pretende encontrar una expresión literaria, empeñado en la creación de un personaje de pura ficción a partir de los sentimientos suscitados por sus soledades y los recuerdos de su infancia y adolescencia. Y ese afán de indagar en su propia intimidad, por medio de un relato novelado que aspira a alcanzar la dimensión de una obra de arte, será lo que a partir de 1904 ocupe por un tiempo la totalidad de la escena: la casa familiar, la salida y el retorno, el monólogo interior y los diálogos en los que su personalidad se desdobla, la vacilante y contradictoria vocación de su propio personaje, la fragmentación de su vida reconstruida como escenas de una novela, la ausencia de argumento serán motivos y técnicas narrativas constantes en su obra literaria, desde que en *La vocación*

de Jerónimo Garcés decide situar a su yo, lo que él es, lo que recuerda y lo que siente, lo que habla con el otro en quien su yo se desdobla, en el eje y el acicate de su interés como escritor en ciernes.

La última página de este manuscrito, pasado a máquina con modificaciones notables en algún momento posterior, se cierra con fecha de 13 de julio de 1904 y la primera, sin indicar año, comienza un 21 de diciembre, modificada luego en su segunda versión mecanografiada por el 12 de junio, cuando Jerónimo visita la casa de sus mayores «por cumplir el deber de prosternar[s]e ante los graves y melancólicos espectros que vagan la mansión abandonada». De estas fechas, la de cierre real, la otra de ficción, podría deducirse que durante el primer año de su nueva estancia en Alcalá, la vida de Manuel Azaña cambió de rumbo no sólo porque se metió en la piel de fabricante y agricultor, claramente inapropiada para una personalidad como la suya, sino porque emprendió, dando muchas vueltas y revueltas en torno a su propio yo, una obra de creación literaria; esto es, quiso ser escritor y se aplicó a la tarea con dedicación y constancia, a pesar del magro resultado de su primer y ambicioso proyecto. De *La vocación de Jerónimo Garcés* escribió al menos dos versiones y dejó algunos fragmentos más. En varios pasajes de los capítulos I, II y III de la segunda versión, mecanografiada, la primera persona —yo, mí, me—, identificada con el nombre de Jerónimo, aparece borrada a pluma, sustituida por una tercera persona —él, su, le— identificada como Demetrio, nuevo personaje que introdujo años después, quizá cuando pensó que debía «rehacer el primer texto de *La vocación de Jerónimo Garcés*», suprimiendo las repeticiones y las redundancias, las *intervenciones* y comentarios del autor, ampliando *lo político* y aumentando la concomitancia entre el *ánimo* de Garcés y la situación de España entonces. Azaña pensaba también que debía cambiarle el título, buscándolo en alguna alegoría como el éxodo, la travesía del desierto, la luz que viene del ocaso: cerca de veinte años después de haberla escrito, todavía daba vueltas a la idea de convertirla en algo que finalmente no pudo ser[59].

Además de estas dos versiones —y de una a modo de introducción en la que el autor explica sus intenciones y en la que Jerónimo, siempre vacilante en lo relativo a su identidad, aparece también posteriormente tachado y sustituido por Demetrio, como si el autor hubiera querido dejar de hablar por boca del personaje—, Azaña escribió durante estos años alcalaínos varios fragmentos de diversa extensión, con Demetrio o Jerónimo Garcés como protagonistas, dos sombras pegadas a su cuerpo y a su mente durante largo tiempo. Es muy probable que algo pesara en este empeño de volver una y otra

vez sobre su primer texto la desfavorable impresión que la lectura de la obra produjo en uno de los mejores amigos que tendrá en toda su vida, Guillermo Pedregal, por quien sentía gran admiración y que por todo comentario le dijo que siguiera trabajando, y en Juan Uña, que lo *reprobó* como escritor un día que se vieron en el Ateneo, que sin duda Azaña siguió frecuentando durante estos años de vida alcalaína: «quiero recordar que me desalentó el juicio de Uña más que no me animó la opinión de Pedregal», recordó mucho después, un día de junio de 1927 con motivo de las felicitaciones y parabienes que recibió por la publicación como libro de *El jardín de los frailes*[60]. Pero aquella «obrita» de 1904 se quedó en el cajón, como un proyecto, válido para él sólo en su intención, pero frustrado en su realización, como «la primera de las novelas de Alcalá», que Azaña quiso «rehacer», metido ya en los años veinte y que finalmente nunca rehizo del todo: *Fresdeval*, que fue su última novela de Alcalá, es otra cosa, aunque compartiera con la primera el destino de permanecer inédita.

«El propósito de una obra de arte no puede ser otro que expresar una emoción, la que el artista siente en presencia de la realidad y cuya contemplación hace vibrar su espíritu», dejó escrito el joven Manuel Azaña poco antes quizá de ponerse a escribir esta novela, o tal vez, ya escrita, a modo de justificación de lo que había hecho. Tomar de la realidad aquello que permita comunicar a los demás un estado de ánimo, una emoción, en un momento dado: éste parece ser el ideal de la obra de arte que guió su pluma cuando pretendió expresar la realidad de su vida a través de la emoción que suscitaba en su interior la memoria del pasado. A este respecto, es muy elocuente el pasaje en que el joven protagonista sueña la muerte de su madre. Jerónimo Garcés había regresado a su casa con el propósito de prosternarse ante los espectros que vagaban por sus vacías estancias. La hora de los espectros es la noche y la ocasión, el sueño. Va subiendo Jerónimo una magnífica escalera en espiral, con muros y peldaños de una piedra azul resplandeciente. «Delante de mí iba mi madre diciéndome: corre, corre, Jerónimo ¿a que no me coges? Y yo apretaba el paso con mucho gozo, viendo desaparecer a cada revuelta el borde de su vestido, oyendo el familiar tintineo de sus llaves». Hasta aquí, todo es el gozo y la alegría de la madre cercana y juguetona. Mas de pronto, bruscamente, cuando madre e hijo corrían, «celebrando con muchas carcajadas la diversión, subiendo sin cesar […] ocurrió una cosa horrenda». Los muros se estrechan hasta aplastar al niño, los peldaños se hacen cada vez más altos, la voz de la madre se aleja y se apaga: «Hijo, hijo, ¿no vienes?, corre, corre… ¡Imposible!». Azaña/Garcés ha

regresado a casa, ha cumplido los veinticuatro años de edad, se ha prosternado ante los espectros que vagaban por sus alcobas, Jerónimo sueña con la madre muerta y deja correr en el sueño la angustia por su pérdida irreparable[61].

¿Puede convertirse en obra de arte, en una creación literaria, el recuerdo de la muerte de la madre y el sueño en que una mujer joven, feliz, desaparece en la última revuelta de la escalera de caracol de una casa que, por su temprana muerte, siempre será triste? La atención a los sentimientos y vivencias de los personajes, la ausencia de argumento basado en el desarrollo de una acción, la inspiración autobiográfica, los diálogos en los que se manifiesta y desdobla la personalidad guardan una estrecha relación con su primera experiencia literaria y reproducen a su modo la ruptura con el realismo que en España tiene una fecha paradigmática: 1902, año de la publicación de *La voluntad*, de Azorín, *Camino de perfección*, de Baroja, *Sonata de otoño*, de Valle Inclán y *Amor y pedagogía*, de Unamuno; año en que Azaña frecuentaba muy asiduamente el Ateneo de Madrid, donde Azorín y Baroja habían hecho notar con estrépito su presencia. Siete u ocho años más joven que los jóvenes del 98, nacido quince o dieciséis años después de los mayores de esa generación, Azaña pretende realizar también, encerrado en el mismo despacho en que de niño devoraba todos los libros al alcance de su mano, un viaje al interior, evitando cualquier referencia externa que no guarde una estrecha relación con la soledad de su yo, con sus experiencias —la muerte de la madre, la conversación con el tío, el vigilante cuidado de la abuela, el regreso a la casa del padre— en un relato que sus amigos reciben con frialdad. *Jerónimo Garcés* sería, pues, el primer eslabón, fallido, de la novela de su vida en la que Azaña se empeñó desde su juventud, un primer paso, que quedó en mero proyecto, de lo que habría de ser su obra literaria de madurez, con un personaje, Garcés, que aparece y desaparece en varias ocasiones y que le volverá a salir al paso, en una circunstancia bien diferente, en la última obra, más política que literaria, que publicó en vida, *La velada en Benicarló*.

Obra muy fragmentaria, peculiar y tentativa, con evidentes torpezas de estructura y de definición del personaje central, *La vocación de Jerónimo Garcés* sirve a su autor para asomarse de nuevo, y de manera más sistemática, a su entorno familiar, a sus experiencias de infancia y de primera juventud, al permanente diálogo que desde muy joven mantuvo con su pasado: la dolorida evocación de la muerte de la madre y el sentimiento de pérdida que desde aquel 24 de julio de 1889 acompaña su vida; la notoria ausencia del padre,

que había muerto el mismo día que cumplía él diez años, pero que en *Jerónimo* desaparece de escena antes de haber él nacido; las largas conversaciones con el tío y los cuidados de su abuela; los miedos infantiles y las horas de lectura o de contemplación de la plaza a través de la ventana, los juegos, los encuentros con las niñas, el desdén de una vecina que le sacaba unos pocos años cuando esa diferencia es un abismo: todo eso forma parte de su experiencia personal, de su memoria autobiográfica de la casa de sus penas y tristezas, que pretende transformar en materia de ficción literaria creando un personaje inseguro, vacilante en su vocación, recurriendo en ocasiones a torpes artificios literarios, como los de convertirlo de pronto en un antiguo combatiente en Cuba o en famoso diputado, un personaje convencido ya de su superior valía pero indolente en exceso para buscar un reconocimiento externo; personaje al que, para colmo, no sabe cómo llamar, primero Jerónimo, luego Delfín, Demetrio, y que años después aparecerá convertido en «puro signo» en *El jardín*, o en un Hipólito que regresa a casa tras una larga ausencia y que en *Fresdeval* adquirirá profundidad histórica y una más nítida ubicación social.

Azaña sabe bien, y sus amigos Guillermo Pedregal y Juan Uña le confirman, que *La vocación de Jerónimo Garcés* no es publicable, y siente que con la ruina de la fábrica de electricidad quiebra el proyecto, si alguna vez lo abrigó, de convertirse en un empresario acorde a los nuevos tiempos: sólo queda la agricultura como perspectiva de futuro, en la que también buscará una fuente de inspiración literaria. El dominio del léxico de los antiguos oficios, de todo lo relacionado con las labores agrícolas, con los tiempos de la siembra y de la recolección, la familiaridad con el paisaje y los colores del día y de la noche que más adelante brillarán en otros escritos no son únicamente fruto de un aprendizaje libresco sino resultado de una experiencia directa y de una vivencia personal, decisiva para su empeño de convertirse en escritor. Pero el tiempo pasa, ha dejado atrás los veinticinco años y no ha vuelto a tener más presencia pública que estampar su firma en una especie de carta-manifiesto que decenas de intelectuales dirigen en noviembre de 1906 a Alejandro Pidal y Mon, fundador y dirigente que fue de la Unión Católica, solicitándole que se retire de la competición y deje paso libre a Marcelino Menéndez Pelayo para que pueda ser elegido presidente de la Real Academia Española. Entre los firmantes se contaba una amplia representación de intelectuales de diversas generaciones y de muy diferentes procedencias ideológicas: Alfredo Vicenti, Mariano de Cavia, Eduardo Marquina, José Francos Rodríguez, José M. Salaverría, Francisco

Grandmontagne, Luis Bello, Manuel Bueno, Roberto Castrovido, Serafín Álvarez Quintero, Joaquín Dicenta, Luis Morote, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Gregorio Martínez Sierra, Félix Lorenzo, Fabián Vidal, Ricardo Fuente, Rafael Cansinos, Antonio Machado, Enrique Díez Canedo, Enrique de Mesa, Melchor Almagro, Felipe Trigo, Julio Camba, Antonio Zozaya, Carlos Arniches, José Ruiz Castillo, Juan José Morato, Gabriel Miró y muchos más, prueba de que a la hora de prestar apoyo a don Marcelino para presidir la Academia no existían fronteras de edad ni de ideología.

Entre tanto ilustre, se contaban también las firmas de Manuel Azaña y de Guillermo Pedregal y Augusto Barcia, amigos suyos en el curso de doctorado y, desde entonces, destacados socios del Ateneo: Pedregal era secretario tercero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas que en 1901, cuando Joaquín Costa presentaba los resultados de su consulta sobre «Caciquismo y democracia», enviaba a todos los corresponsales del Ateneo el «cuestionario sobre las costumbres populares en los tres hechos más característicos de la vida: el nacimiento, el matrimonio y la muerte»; Augusto Barcia, por su parte, comenzó a impartir en 1906 el curso sobre «Historia y evolución del socialismo» organizado por la recién creada Escuela de Estudios Especiales. Aunque dedicado a otros menesteres, Manuel Azaña se mantenía, con sus amigos del Ateneo, y con Joaquín Creagh, firmante también de la carta, al tanto de las querellas intelectuales madrileñas, pero mientras sus amigos actuaban, él se quedaba al margen. La firma al pie de este manifiesto a favor de Marcelino Menéndez Pelayo, que no hizo mella alguna en Alejandro Pidal, es sólo una primera muestra de la admiración que siente hacia el «amo de la crítica y de la erudición contemporánea», evidente en un comentario inédito a la edición por Menéndez Pelayo de las obras de José Marchena. Admiración que no evita la crítica porque las náuseas que don Marcelino siente hacia la irreligiosidad y el frenesí revolucionario de Marchena no le dejan ir reposadamente en esta ocasión a su propósito de crítica literaria. Es lógico que, llevado de su respeto y admiración hacia el maestro, participe Azaña en una fiesta académica en la que algunos jóvenes allí presentes le hicieron «una ovación espontánea y ruidosa» cuando expresó su júbilo por el leve movimiento a favor de los estudios clásicos que advertía en España[62].

Cuando han pasado otros cinco años y ha cumplido ya esa edad en la que el principio de realidad acaba por imponerse al principio de placer, su expresión[63] como escritor o crítico consistió en unas colaboraciones, anónimas, para una revistilla de un pliego con cuatro caras que con su hermano Gregorio y con sus amigos Antonio Fernández Quer y José

Villalvilla, socialista el primero y carlista el segundo, fundaron en enero de 1910 en Alcalá. En aquella revista, titulada *La Avispa* y dedicada a la crítica municipal y a clavar su aguijón en la prensa alcalaína, ha dejado, bajo el artificio de una carta al «lector amable» remitida al director por alguien que firma G. L., una muestra muy elocuente del estado de ánimo por el que atravesaba por los días en que cumplía, sin mayor provecho, los treinta años de edad: «Me paso la vida leyendo periódicos y novelas al lado de la estufa; no pertenezco a ninguna de esas dos grandes colectividades políticas que no sé por qué regla de tres se las ha bautizado con los nombres de izquierdas y derechas […] no me avergüenzo por pertenecer a esa masa "neutra", de la que el insigne Unamuno dice que es una colmena de estúpidos y una rémora para el progreso». El autor de esta más bien penosa presentación sigue luego diciendo: «Si es cierto, ciertísimo que soy un verdadero absentista, un apático, mejor dicho, un renegado de la política, no lo soy, ciertamente en cuanto a asuntos locales se refiere», por lo que no puede resistir «la comezón rabiosa de coger la pluma para pedir a nuestras autoridades dejen de agitarse en ese océano de luchas personales y de partido». Tal vez por eso se dedica a describir la confusión, los ruidos y el barullo que todos los periódicos de Alcalá, *don Eco*, *don Amigo*, *don Heraldillo* y *don Chichón*, levantan en un «Juicio de la vaca», mientas *Doña Avispa* va picoteando de acá para allá. Un cuento propio de un estudiante de segunda enseñanza, que retrotrae al lector diez o doce años atrás, cuando Salvador Rodrigo hacía sus pinitos en *Brisas del Henares*[64].

No puede seguir así, limitado el horizonte a picotear desde *La Avispa*, a cultivar la finca que en régimen de indiviso con Gregorio y Josefa conserva en propiedad y a salir de caza por los alrededores de tarde en tarde. Ha llegado a lo que Ortega, tres años más joven, definirá, refiriéndose a la generación a la que ambos pertenecían, como la mitad del camino de la vida. Azaña decide romper con Alcalá, igual que había roto años antes con El Escorial, aunque cubriéndose esta vez las espaldas y poniendo en orden todo lo que afectaba a su casa, sus propiedades y sus hermanos. Con sus veintinueve años de edad bien cumplidos, el 22 de octubre de 1909 —un día después de la caída de Antonio Maura de la presidencia del Gobierno a consecuencia de los acontecimientos de la Semana Trágica y de la represión posterior— solicitó tomar parte en los ejercicios de la oposición, convocada por Real Orden de 31 de julio del mismo año, a Auxiliares terceros de la Dirección General de los Registros y del Notariado, en instancia dirigida al ministro de Gracia y Justicia, que lo era ya Eduardo Martínez del Campo,

bajo la presidencia de Segismundo Moret. La oposición constaba de cuatro ejercicios públicos a la altura de las plazas de Auxiliares de la Dirección General, una denominación engañosa, que quedará extinguida cuando por reforma de la organización del Ministerio de junio de 1926, los oficiales y auxiliares de la Dirección General de los Registros y del Notariado quedaron integrados en el nuevo Cuerpo Técnico de Letrados del Ministerio de Gracia y Justicia[65]. El primer ejercicio consistía en contestar a doce preguntas relativas, en diversa proporción, a Derecho Civil, común y foral, Legislación hipotecaria, Legislación notarial, Registro civil, Registro mercantil y Derecho administrativo; en el segundo ejercicio, los opositores tenían que traducir del francés al castellano, a libro abierto, un párrafo de una obra clásica y podían, si así lo deseaban, traducir a la inversa o también a otro idioma europeo; luego debían despachar un expediente de visita extraordinaria a algún registro o notaría o un recurso gubernativo contra la calificación de los Registradores; finalmente, tenían que resolver una consulta sobre un punto dudoso o desarrollar algún tema concreto de los 260 incluidos en el programa adjunto a la convocatoria de las dos plazas[66].

Manuel Azaña preparó a conciencia el temario de la oposición, escribiendo sus apuntes y aprendiéndoselos de memoria para que no se le fuera el santo al cielo en medio de las preocupaciones por los asuntos familiares. La oposición fue sobre ruedas, con sus dos ejercicios escritos, uno celebrado el 22 de junio de 1910, consistente en redactar una resolución de la Dirección General, y el segundo, que tuvo lugar dos días después, sobre el tema «El derecho civil de las personas», más la prueba oral de las doce preguntas, la traducción obligatoria de francés y un ejercicio voluntario de inglés, que también realizó. En la Real Orden de 27 de junio de 1910 que daba cuenta del resultado de la oposición, Manuel Azaña aparecía como número uno de la «lista de orden de mérito formada por el Tribunal censor» y, en consecuencia, quedó propuesto para la plaza de Auxiliar tercero, obteniendo Federico González Santibáñez el segundo puesto de la lista y, por tanto, la plaza de Auxiliar cuarto, ambos de la clase de Terceros, ambos con un haber anual de 4250 pesetas. A partir de ese momento su carrera siguió el cauce habitual en la función pública cuando no hay por medio ningún nombramiento político: fue ocupando la plaza que dejaba libre, por ascenso o por excedencia voluntaria, el funcionario del mismo cuerpo y clase que le precedía en el escalafón, en su caso, Rafael Atard González: el 14 de diciembre de 1916 ascendió a Auxiliar segundo, con un haber anual de 4750 pesetas y, tras otros dos ascensos más, el 17 de junio de 1929 recibió el

nombramiento de Oficial jefe de Sección de segunda clase del Cuerpo Técnico de Letrados del Ministerio de Gracia y Justicia, con un haber anual de 11 000 pesetas[67].

Dedicado durante varios años a llenar cuartillas con proyectos de novela que nunca verán la luz y a trabajos agrícolas e industriales —unas tierras, un tejar, una fábrica de jabón y otra de electricidad— en los que recuerda haber perdido «por bobería y sin malicia» su patrimonio[68], Azaña se dispuso, pues, a dar un quiebro a su vida, dejando atrás Alcalá para regresar a Madrid. Antes, sin embargo, gravaron los dos hermanos la porción de la finca de que eran propietarios proindiviso con un derecho real de anticresis a favor de su hermana Josefa, para que pudiera hacerse el pago de 120 000 pesetas sin devengo de interés alguno de la anterior hipoteca y se hiciera cargo de la administración de los bienes que se le entregaban, recaudando sus rentas y productos y aplicando el producto que obtuviera a la amortización de aquella cantidad para que una vez cobrada la suma quedara extinguida la anticresis. La industria de tejar, con su maquinaria, hornos y demás accesorios, fue arrendada por Josefa Azaña a Deogracias Sánchez del Campo por un plazo de diez años a contar desde 1 de diciembre de 1909 y por un precio de 1250 pesetas anuales, pagaderas por anualidades vencidas en el domicilio de la arrendadora. De manera que no todo el patrimonio se perdió, aunque a punto estuvo de ser arrastrado por la quiebra de la sociedad anónima Central Eléctrica Complutense y por ser víctimas quizá de una estafa «del amigo Gallego», de la que informó a José María Vicario, por carta, solicitando sus buenos oficios[69]. Antes de perder el patrimonio los dos hermanos Gregorio y Manuel decidieron alejarse de sus tierras y de su tejar y opositar, el mayor a juez y el segundo a una Dirección General que alguna relación guardaba con la ocupación de su abuelo y de su bisabuelo, escribanos o notarios. El resultado de ambas oposiciones, al asegurarles un buen y seguro sueldo para toda la vida, permitió a los dos hermanos dejar a su hermana, a la sazón soltera, además de una renta mensual, la casa de la calle de la Imagen. Manuel quedaría finalmente como propietario de una tercera parte cargada de gravámenes de la finca Los Barrancos, conocida como Las Brujas, mayormente dedicada a pastos, que fue todo lo que en cumplimiento de un exhorto emitido por el juez de Responsabilidades políticas pudieron sus perseguidores encontrar en 1940 para hacer frente a la multa de 100 millones de pesetas impuesta por ese tribunal. La finca tenía en el momento de esa multa imposible de abonar, un valor catastral de 36 000 pesetas[70].

Con su nuevo traslado a Madrid, donde alquiló un piso en la plaza de Santa Ana, número 11 y luego en la calle de Alcalá, 99, entresuelo, Manuel Azaña no rompió del todo sus vínculos y no perdió sus amistades de Alcalá de Henares, adonde acudió, invitado por la Casa del Pueblo, para pronunciar su primera conferencia política el 4 de febrero de 1911. El momento político, con la primera crisis del sistema de turno tras la Semana Trágica de Barcelona, la campaña contra Maura, la formación del Bloque de Izquierdas y el inicio de la conjunción republicano-socialista era propicio para establecer un primer diálogo entre los intelectuales y los socialistas que hasta poco antes les habían dado la espalda. Las Casas del Pueblo abrieron sus puertas a la joven intelectualidad y Azaña atendió la invitación de Antonio Fernández Quer, su amigo socialista de Alcalá, «gran orador y buena persona [que] siendo político no es ingrato» y con quien ya había colaborado en la publicación de *La Avispa*, para pronunciar una conferencia. Si en la tesis doctoral había afrontado el problema de la multitud, y en la Academia de Jurisprudencia los de libertad de asociación, forma de gobierno y contrato de trabajo, ahora querrá decir también su palabra sobre «el problema español», asunto sobre el que ya había caído un montón de literatura desde varios años antes de la crisis de 1898 y que José Ortega, ya conocido por sus conferencias en el Ateneo y en la Casa del Pueblo de Madrid, había planteado un año antes en otra conferencia pronunciada en la sociedad El Sitio, de Bilbao, en términos de regeneración y europeización: España, dijo entonces, era el problema; Europa, la solución[71].

Como en las pocas ocasiones anteriores en que había hablado en público, Azaña preparó también esta vez a fondo su conferencia, y de la misma manera que en los discursos de la Academia, pronunciados ocho años antes, también ahora escribe lo que va a decir. Lo escribe, además, de manera que pueda ser editado: así ocurrió con su tesis doctoral y con *La libertad de asociación* y así ocurre con la conferencia comprometida a los amigos que en Alcalá acababan de inaugurar la Casa del Pueblo, y que le reclamaron el texto con antelación suficiente para poder repartirlo entre los asistentes a la conferencia, una demanda que no atendió, argumentando que el asunto tenía muchos cabos y que «no parece sensato mandar imprimir cosas que no sé si al fin diré»[72]. Naturalmente, lo que va a decir ofrece todas las características de un texto para la imprenta, pero no por eso deja de ser una pieza oratoria: perfectamente estructurada en su desarrollo argumental, la emoción contenida que Azaña introduce al evocar los males de la patria, hurgar en sus orígenes, fustigar a los culpables, proponer los caminos de salida y convocar a todos a

la acción, convierten la conferencia en un discurso político, susceptible de haber sido pronunciado en un mitin. Luego, veinte años más tarde, estas mismas características de los discursos políticos sonarán a sus auditorios como una revelación, tanto más sorprendente cuanto que para entonces desaparecen los textos y la palabra fluirá sin soportes escritos.

Es, por lo demás, evidente que en el arranque de su conferencia Azaña se sitúa como un miembro más de una generación de españoles abrumados por «los males de la patria». Para cuando él se decide a hablar en público de esos males, Miquel dels Sants Oliver había levantado ya el inventario de todas las variantes posibles de la *literatura del desastre*, que parte del diagnóstico del mal, dictamina sus causas y propone sus remedios. Literatura terapéutica, la definió Juan Valera, agobiado en los años de su vejez por su abundancia; literatura del desastre la llama Oliver, que adopta más la mirada del entomólogo; se trata de un género que a Juan Valera abrumaba y a Oliver espoleaba. Azaña había dejado caer, desde *Gente Vieja*, algunas gotas de ironía sobre los que se presentaban como salvadores de la patria y escuchaba distante las imprecaciones y protestas contra los culpables de tanto mal que se levantaban de vez en cuando en el salón de actos del Ateneo. Pero ante los amigos de la Casa del Pueblo no puede andarse con ironías y bromas. Pertenece a una generación que está llegando a la vida pública y lo que encuentra es desolador: tal es su punto de partida. Males de la patria, desdichas de España, derrota, venalidad, corrupción, inmoralidad: ésas eran las palabras que oyeron cuando jóvenes y eso es lo que ahora repite ante un público socialista o simpatizante con el socialismo. Buen comienzo, porque de lo que se trata es de redimir y rehacer la patria. ¿Por qué medio? Por la educación, por la cultura. Ése era el tópico, eso era lo que todo el mundo llevaba ya casi dos décadas repitiendo en la senda que Costa abrió a puñetazos.

Azaña no se sale de ese carril cuando formula el mismo problema con esta pregunta: ¿podrá España incorporarse a la corriente general de la civilización europea? Era una vieja cuestión, que había inquietado a los liberales del siglo XIX y que por los años posteriores al desastre había ocupado la atención de multitud de publicistas. Para Francisco Giner y Joaquín Costa, la respuesta al problema español radicaba en la escuela; para José Ortega, en la educación superior, la universidad, la ciencia que proporciona competencia. Pero a Azaña le preocupa, sobre todo, el Estado. Cierto, hacen falta escuelas y es precisa esa minoría de profesionales competentes que den organización a una sociedad atomizada. Nada de eso está en discusión. Pero con eso no basta,

porque además de un problema de educación, el de España es un problema de constitución del Estado. Y eso no se arregla sólo con escuelas ni con los cien hombres de mediano talento pero honrados y tenaces que andaba buscando Ortega. Eso únicamente se arregla arrancando los resortes del Estado «de las manos concupiscentes que lo vienen guiando». ¿Democracia hemos dicho?, pregunta a sus oyentes de la Casa del Pueblo de Alcalá: pues democracia, responde.

Así que de aquel Azaña que pronunciaba su primer discurso en 1902 defendiendo la soberanía del Estado y la libertad de asociación a este Azaña que reaparece en 1911 para afirmar que no hay más camino que la democracia, idéntica preocupación se mantiene: el «problema de España» consiste en organizar democráticamente su Estado, única medicina para acabar con el «apartamiento de la vida cultural de Europa». Pero en relación con lo propugnado en 1902 —soberanía del Estado frente a la pesada tutela de militares y clérigos—, lo que ahora destaca es la exigencia de que ese Estado se emplee a fondo en la transformación de la sociedad, un pensamiento que debía de sonar muy bien a oídos socialistas. Para lograrlo, es requisito indispensable liberarlo de los poderes sociales que lo mediatizan y eso sólo se puede conseguir de las dos maneras a las que ya se había referido en sus discursos de juventud: «o bien aceptando este nuevo espíritu a fuerza de propaganda, ejemplaridad y energía en la lucha, o bien de un modo violento entre sangre y lágrimas, sin propósito definido y con un incierto mañana». Azaña se manifiesta con toda claridad por la primera vía, la que lleva a la democratización del Estado por medio de la acción política de ciudadanos conscientes de sus deberes, desechando de nuevo la segunda, la que propugna la violencia como instrumento de la política.

Por eso, su primera inmersión en el «problema español» culmina en una llamada a la acción política en todos los niveles en que se desarrolla la lucha por el poder: si el problema español es de democracia, es imprescindible una acción política que parta de lo local para subir hasta el Estado, dice a sus paisanos de Alcalá. Es equivocado, les recuerda, afirmar que por tener Ley de Sufragio y Parlamento y Jurado vivimos en democracia. No; la organización democrática exige algo más: un cuerpo de votantes, representantes elegidos por aquéllos y un corto número de hombres de gobierno sacados de los que representen a la mayoría. Si se carece de lo primero, de electores que conozcan sus intereses y los defiendan, no habrá democracia. Por eso, hay que acabar con la corrupción del sufragio haciendo política, hay que ejercer las funciones de ciudadano por medio de un esfuerzo común. «Hagamos todos

política», es su conclusión. Y en la confrontación que más adelante mantendrá con la herencia de Costa y con los proyectos de Ortega lo que les reprochará será precisamente la abstención ante la acción política en la que venían a encallar todas sus propuestas de regeneración de España. Para Azaña, es evidente que si los alcalaínos no hacen del municipio una «escuela de ciudadanos», si no ejercen la soberanía que en ellos mismos reside, si la abandonan en medio de la calle para que la recoja y se adorne con ella «cualquier truhán», si carecen de aliento para elegir a sus regidores, no tendrán manera de sobreponerse a la arbitrariedad y al despotismo de los caciques. Un municipio que restaurar, un caciquismo que erradicar, un Estado que construir, una democracia por establecer y una acción política por desarrollar: ése es el camino para resolver el problema español o, lo que es igual, para hacer del Estado un instrumento al servicio de la transformación de la sociedad[73].

Continuación en cierto modo de esta conferencia son los dos artículos que publicará ese mismo año de 1911, el 11 y el 25 de septiembre, en *La Correspondencia de España*, periódico que Rafael Cansinos prefería a otros diarios por su aire más despejado y claro y porque sus redactores eran todos finos, cultos, educados, sin la menor traza de bohemia. Todos literatos, más o menos conocidos[74]. Como será habitual en las colaboraciones periodísticas de Azaña, lejos ya del ámbito local en el que hasta poco antes se había movido, sus artículos pretenden intervenir en polémicas suscitadas por otros intelectuales sobre cuestiones debatidas con alcance político. Con el primero inaugura su crítica a Pío Baroja por un artículo en el que el novelista vasco había solicitado de Alemania ayuda para «desafrancesarnos» y había propuesto tirar por la borda la influencia francesa para «recibir, sin intermedio, los aires de Europa»[75]. Enunció entonces Azaña una idea que desarrollará luego con más detenimiento: no hay una raza latina, pero sí un grupo de pueblos unidos por los rasgos comunes de su civilización, hecha de romanismo. Dejarse influir por Francia no es imitarla siempre que el alma hispánica conserve su fuerza expansiva, responde a Baroja.

La polémica con Baroja fue como un preludio a la crítica general de toda una generación literaria. También en este caso, la coincidencia con Ortega es algo más que una mera casualidad. Dos años antes, Ortega había pronunciado en el Ateneo otra de sus resonantes conferencias —que el mismo Azaña recordará perfectamente muchos años después en un artículo anónimo, pero inconfundiblemente suyo, aparecido en la revista *España*— en la que tras manifestar su nítida oposición a la guerra de Marruecos y su protesta contra el

encarcelamiento de ciudadanos so pretexto de restaurar la tranquilidad en Barcelona, censuraba a la generación anterior por no haber dejado en herencia ninguna virtud moderna. Pero esa censura, añadía el joven Ortega, no puede servir más que como una introducción a la humildad y una invitación a la modestia: España necesita una larguísima era de reconstitución liberal y es tarea de la juventud educar la conciencia pública española[76]. Azaña, que seguramente asistió a esta conferencia, censura dos años después a la generación anterior, la que hacía ruido en el Ateneo de Madrid en los últimos años del siglo pasado, echándole en cara la egolatría y el exhibicionismo alimentados por la inoculación del «virus pernicioso del desengaño»: sólo se desesperan en público los ególatras que pretenden llamar la atención sobre su propia persona. En el mar en que se hundían tantas cosas, escribió, el esfuerzo se dirigía a que sobrenadasen al menos la estimación y la fama personal. Y es significativo que al rememorar aquellos años, recuerde sobre todo a Costa, cuando en el Ateneo prorrumpía en apóstrofes violentos y el salón se hundía de aplausos: en aquel fin de siglo todos sufrían «el sarampión del mesianismo político». De esta crítica radical, derivaba Azaña una recomendación en la que es posible oír también ecos de Ortega: hay que empezar de nuevo y poner como cimiento el sacrificio y la modestia; a la que añadía una advertencia de su propia cosecha: hay que vivir prevenidos contra los iconoclastas que pulverizan las viejas imágenes y después se apresuran a ocupar las hornacinas vacías[77]. Este vistazo a la obra de una juventud es el primer indicio de que Azaña va a construir una posición política propia en intermitente, pero nunca abandonada, polémica con aquella «gente moza, innovadora y audaz» que saltó a escena en 1900.

5. PENSIONADO EN PARÍS, PARÉNTESIS EN EL DESTIERRO

El 22 de febrero de 1911, pocos días después de llamar a sus paisanos de Alcalá a intervenir en las luchas electorales, y cuando sólo llevaba unos meses atendiendo sus obligaciones como auxiliar facultativo de la Dirección General de los Registros, Manuel Azaña, de treinta y un años de edad, doctor en Derecho y residente en Madrid, calle de Alcalá, 99, entresuelo, dirigió al presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Santiago Ramón y Cajal, una solicitud de pensión por un periodo de seis meses, a razón de 300 francos cada mes y 600 más para viaje y matrículas, con el propósito de seguir cursos de Derecho civil francés en la Universidad de París. El solicitante aducía como mérito conocer los idiomas francés e inglés, según había acreditado en «los ejercicios de oposición verificados en junio último para proveer las plazas vacantes de oficiales-auxiliares en la Dirección de los Registros, habiendo obtenido el número uno». Aceptada la solicitud, por Real Orden de 25 de septiembre de 1911 le fue concedida una pensión de 350 pesetas mensuales y 400 más para viajes, de la que podía disponer a partir del 1 de octubre[78]. Con él, recibieron sendas pensiones, entre otros: Germán Bernácer, para estudiar Ciencias tecnológicas en Bélgica, Alemania e Italia; Rafael Campalans, que cursaría durante un año Arquitectura industrial en Francia y Alemania; Ángela Barco Hernández, también de seis meses, para estudiar el problema feminista en Francia; Antonio Lecha Marzo, para seguir durante ocho meses estudios de Medicina legal en Turín, Berlín y Lieja; y Julio Rey Pastor, que dedicará once meses al Análisis matemático y a la Teoría superior de geometría en Alemania.

Ése era el tipo de gente que solicitaba pensiones a la Junta, y aunque algunos de ellos ya no eran tan jóvenes, todos formaban parte de la nueva generación caracterizada por lo que Luis Araquistain llamará «el espíritu emigratorio», que los empujaba a salir de España, «dolidos unos por la dureza de su ambiente y deseosos otros de tener puntos de contraste para mejor conocer la realidad española: alejarse momentáneamente como elemento de

un esfuerzo de aproximación». Eran, como los veía Luis Olariaga, muchachos serios, estudiosos, obsesionados por la ciencia[79], que aprendían alemán, inglés o francés y ampliaban estudios en el extranjero gracias a la política de pensiones establecida en los últimos días de su mandato por el gobierno liberal de Antonio Aguilar Correa, marqués de la Vega de Armijo, y por su ministro de Instrucción Pública, Amalio Giménez, con la creación en enero de 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Junta de Pensiones, como fue muy pronto conocida, por abreviar. Sumida en el letargo durante el gobierno llamado largo del conservador Antonio Maura, poco o nada sensible a las propuestas de regeneración por medio del envío de españoles al extranjero, la Junta volvió a la vida con el retorno de los liberales al poder y la aprobación de su nuevo Reglamento el 22 de enero de 1910, con Antonio Barroso como ministro de Instrucción Pública del gobierno de Segismundo Moret. Administrada por José Castillejo, antiguo compañero de internado de Azaña en El Escorial y del curso de doctorado impartido por Giner de los Ríos en la Universidad Central, de quien quedó como abducido de por vida, la Junta para Ampliación de Estudios conoció a partir de ese momento, y gracias al fuerte impulso que le imprimió el conde de Romanones con la serie de reales decretos por los que se crearon algunos de sus principales centros, un proceso de consolidación y expansión que la convirtió en la institución básica para la renovación de estudios superiores en España. Manuel Azaña fue de los primeros en sacar partido de la nueva política.

A pesar de haber comunicado a la Junta su deseo de disfrutar la pensión desde el mismo día de su concesión, Azaña no llegó a París hasta el 24 de noviembre, no sin antes pedir a su amigo Vicario que pusiera a disposición del encargado de sus tierras alcalaínas veinte yuntas «para dar un empujón» a las labores que le faltaban, una observación suficiente para proyectar sobre los años anteriores la figura del propietario de tierras ocupado personalmente en quehaceres agrícolas. Será, pues, en París donde se sienta arrancado para siempre de los encantos de la vida rural: al contemplar los prodigiosos campos de los alrededores de la capital, sus arboledas bien cuidadas, sus parques magníficos, «las avenas en hierba todavía y las habas comenzando a echar flor», recordaba a sus paisanos de Alcalá, a la Florencia y sus algarrobas, al pobre melonero sacando a cubos el agua de su pozo, al mayoral que habría ido con su mula a ver cómo se daban las cebadas. Pensar en todo lo que había dejado atrás y a lo que ya nunca volvería, el gango bajo cuya sombra tantos tomates se había merendado junto a su amigo Vicario, la conversación con don Regino, don Paco, don Lucas y don Hilario, todo eso,

porque había quedado definitivamente atrás, constituía en el recuerdo una de sus mayores satisfacciones: fue necesario poner trescientas leguas por medio pero, al fin, lo consiguió[80]. En realidad, al solicitar la pensión, lo que él pretendía, más que estudiar Derecho civil francés en la École Nationale des Chartes, adscrita a la Universidad de La Sorbona, era clausurar una etapa de su vida, retenido en Alcalá durante siete años en menesteres claramente inapropiados para su formación, sus gustos y su carácter, y tomarse un respiro antes de quedar atrapado en su nuevo destino como oficial o auxiliar de la Dirección General de los Registros y del Notariado, dedicado a redactar proyectos de resoluciones sobre recursos gubernativos y discutir de problemas hipotecarios con Jerónimo González, cuando no a sentir cómo pasaba el tiempo en compañía de algún libro hasta cumplir la jornada, lo que solía ocurrir cuando al director general le daba por llegar a las nueve y exigir de todos los funcionarios idéntica puntualidad.

Olvidado de Alcalá, de las yuntas y de la cebada, pero también de Madrid y de la Dirección General, se sintió tan cómodo y hasta tan feliz en sus largos paseos por París y sus sentadas en la biblioteca de Sainte Geneviève, sus visitas a museos, la asistencia a teatros y conciertos y sus tratos con un variado número de *mademoiselles*, que el 1 de mayo de 1912, cuando sólo quedaban veintitrés días para la expiración de su beca, presentó ante la Junta para Ampliación de Estudios la solicitud de una prórroga por otros seis meses, acompañada de un «Plan o programa razonado para el estudio de la historia del derecho francés. Las épocas, las fuentes y la bibliografía». Denegada esta vez la pensión por la Junta, con la firma del mismo Castillejo al margen, Azaña permaneció a su costa en París, con el propósito de perfeccionar su francés y con una breve escapada de quince días a Bélgica, hasta el 28 de octubre de 1912. Su primera salida al extranjero habrá durado, pues, once meses, de los que han quedado una serie de «Notas de París», enviadas bajo el seudónimo de Martín Piñol a *La Correspondencia de España*, un diario con breves apuntes del empleo de su tiempo, una colección de cartas que su amigo Vicario se cuidó de conservar y un montón de notas y algunos artículos inéditos, además de un buen número de cuartillas con largas citas literales tomadas de las muchas lecturas con las que llenó, como era su costumbre desde la infancia, tantas horas de su vida[81].

En la serie de nueve artículos, las cartas a su amigo de Alcalá y el diario fue anotando las impresiones que la capital de la República francesa dejó de manera indeleble en su ánimo. Le embarga, desde el primer momento, la sensación de vivir libre en un lugar que le resulta familiar y que le ofrece la

oportunidad de descascarillarse y aguzar y refinar su sensibilidad: con llegar a París, escribe en su primer artículo enviado a *La Correspondencia*, «he abierto un paréntesis a mi destierro […] Es el goce de regresar, amigos míos, de restituirse al medio que nos es propio». Regresar adonde antes nunca había ido, restituirse al lugar que nunca le había pertenecido: tal es «el placer más fino que reserva París a sus hijos espirituales, a los hombres un poco cultivados de la que suelen llamar raza latina», para quienes llegar a París, aunque sea por vez primera, no es descubrirlo, sino recobrarlo. Azaña remataba con esta evocación el debate suscitado meses antes por Pío Baroja a propósito de la influencia de Francia y de Alemania en la cultura española, para ratificar que los dos adarmes de ideas directrices de la vida espiritual española se habían acuñado en París, de donde nacía el hilo inmaterial que ataba en un solo haz a tres pueblos en una forma especial de cultura: Italia, España y Francia, vinculados por la fuerza que emana de París, surgida de un acuerdo feliz entre un ilustre ayer y un hoy esplendoroso. «El prestigio de las piedras negras», la potencia de esa capital, fruto único «de diez siglos de cristianismo y de los esfuerzos de la razón humana rehabilitada», le produjo desde el primer momento una fascinación, mezcla de felicidad por el regreso y de exaltación por el descubrimiento, que será perdurable[82].

La visión de París como obra única de civilización que ha sabido aunar, según lo percibe Azaña, la herencia cristiana con la rehabilitación de la razón conecta y recupera en un plano superior las corrientes profundas que en su ánimo dejaron las primeras fuentes de su sensibilidad, Alcalá y El Escorial, sometidas ahora a la impronta de la razón universal. La herencia cristiana: pocos días después de publicar en Madrid su primer artículo escrito en París, asiste, no por casualidad la tarde del 24 de diciembre, al canto de vísperas en la catedral de Nôtre Dame: el recuerdo de la Nochebuena en la capilla de los filipenses era inevitable, escribe a su amigo Vicario. Bello espectáculo: una iglesia gótica, un órgano, un coro de niños forman un conjunto «que está para siempre incorporado al número de las cosas bellas», anota en su diario. Un coro de niños en París, un coro de frailes en El Escorial, y más lejos en el tiempo un coro de niñas en Alcalá, y música sacra para órgano en todas partes: Azaña se distancia de la emoción que ha sentido ante tan bello espectáculo, recostado durante una hora sobre la base de una columna de Nôtre Dame[83], y se tranquiliza diciéndose que conoce muy bien su origen y que puede deleitarse en ella porque no la considera peligrosa, sobre todo porque la experimenta tan de tarde en tarde. De tarde en tarde, sí, pero en fechas claves de la liturgia católica: volverá a Nôtre Dame a la misma hora de

vísperas del Jueves Santo de 1912 y, el día siguiente, Viernes Santo, entrará en la Trinité para asistir al canto de la Pasión según san Mateo. Navidad y Semana Santa; coro de vísperas, relato de la Pasión, canto gregoriano: parece como si la ruptura con la emoción religiosa que en su nota del día de la muerte de Giner remontará a sus once o doce años pero que en realidad experimentó cuatro o cinco años después, hubiera dejado algún poso en su espíritu.

Pues Azaña, en París, no sólo acostumbraba a visitar iglesias en sus largos paseos, sino que asistió con frecuencia, entre otros, al curso que Alfred Loisy, ancho de cráneo, calvo, boca un poco sumida, mentón cubierto por una corta barba blanca, decir suave, voz un poco apagada y una chispa de malicia que de vez en cuando brilla en su agudo mirar, impartía en el Collège de France. Sacerdote católico incurso en «los errores de los modernistas», reprobados y proscritos por el decreto del Santo Oficio *Lamentabili*, de 3 de julio de 1907, condenados por el papa Pío X en su carta encíclica *Pascendi*, de 8 de septiembre del mismo año y rematados, en el áspero lenguaje de este nuevo *Syllabus* contra los errores del mundo moderno, con el *motu proprio Sacrorum Antistitum* de 1 de septiembre de 1910, que establecía para los clérigos la obligación de profesar el juramento antimodernista, Alfred Loisy sintió, sin embargo, un alivio infinito cuando se enteró por la lectura de la prensa de la sentencia de excomunión decretada contra él, aunque sin comunicarle previamente nada, por el Santo Oficio el 7 de marzo de 1908. La Iglesia, escribió, «me devolvía la libertad que cometí el error de alienarle». Con su libertad recuperada, fue recibido con todos los honores como miembro del Collège de France para impartir lecciones de Historia de las Religiones y publicó en 1911 *À propos d'Histoire des religions* y en 1912, mientras Azaña asistía a su curso, *L'Evangile selon saint Jean*. En ese año académico de 1911-1912, dictaba en el Collège un curso sobre las relaciones entre el sacrificio en la antigua religión romana, en los misterios del paganismo grecorromano y en el culto cristiano. Por qué le interesaba a Azaña asistir, años después de su violenta crisis religiosa, a un curso que analizaba las analogías y continuidades entre los cultos sacrificiales del cristianismo naciente y los antiguos misterios paganos, es pregunta sobre la que no dejó ninguna pista. En todo caso, escuchó con atención y en varias sesiones lo que Loisy, condenado por la manera herética de pensar que en los documentos papales recibía el nombre de agnosticismo, inmanentismo e historicismo, explicaba acerca de los ritos de iniciación que en todas las religiones de la

tierra garantizan a los creyentes la inmortalidad por la comunión actual con un salvador divino[84].

Tan elocuente como este interés por las lecciones de Loisy es el que le animaba a tomar varias tardes el tranvía a Villejuif, al sur de París, donde tenía su laboratorio y dirigía sus seminarios el psiquiatra Henri Pièron, *maître de conferences* en la École des Hautes Études Sociales, y autor en 1910 de *L'Évolution de la memoire*, un estudio de psicología objetiva con el que pretendía haber conquistado un amplio lugar para esta materia entre las ciencias biológicas y haber aportado una importante contribución a la filosofía científica. Por supuesto, nada tiene de extraño que, a pesar de que el motivo oficial de su estancia en París fuera el estudio del derecho civil francés —un asunto hacia el que mostró enseguida su irremediable cansancio, agudizado por la desesperación que le causaban la manera de hablar y las palizas de Eugène Lelong, con quien aprendió a leer códices del siglo XI en la École Nationale des Chartes[85]— asista a las lecciones del hispanista Alfred Morel-Fatio, que en 1911 publicaba sus *Nouvelles études sur Sainte Thérèse*; y entra dentro de su permanente curiosidad por la historia que atienda las admirables conferencias impartidas en la Sorbona por Alfred Croiset, decano de la Facultad de Letras de la Universidad de París y célebre historiador de la Grecia clásica, que un año antes había dictado en la École des Hautes Études Sociales unas lecciones sobre «Morale et réligion dans l'Antiquité Grecque»; como no puede evitar tampoco los empujones y las molestias que acarrea ocupar un buen sitio para escuchar al filósofo de moda, Henri Bergson, que disfruta todavía del éxito de *L'Évolution creatrice*, y que goza de la fama bien merecida de consumado orador. Pero ¿por qué Henri Pièron, a quien encuentra desde luego simpático, inteligente, instruido, pero que exigía un desplazamiento de media hora en tranvía y la compañía de «señoras, en su mayoría ¡y qué señoras, cielos!»? ¿Y por qué, además de Pièron, muestra tanto interés en escuchar las lecciones de otro miembro del Institut y profesor también en el Collège de France, Pierre Janet, conocido autor de *L'automatisme psichologique*? Janet impartía en el Collège de France un curso sobre «Psicología experimental y comparada», acababa de publicar su estudio sobre *Les névroses* y estaba convencido de haberse adelantado con sus experimentos y teorías a un médico extranjero que vino a la Salpêtriere, se interesó por sus trabajos, modificó los términos de los que él se servía, llamó psicoanálisis a lo que él había llamado análisis psicológico y transformó una observación clínica y un procedimiento terapéutico con indicaciones precisas y limitadas en un enorme sistema de filosofía médica, subrayando lo de

filosofía. Era el aprovechado nada menos que Sigmund Freud, a quien Janet consideraba poco menos que un plagiario de sus métodos y de los resultados de sus investigaciones[86].

Salvo escuetas referencias en sus diarios parisinos a sus dolores de cabeza y a las neuralgias que en ocasiones le impedían trabajar, Azaña se guardó para sí las razones de esta afición por cuestiones relacionadas con la psiquiatría, como tampoco dejó entrever la impresión que hayan podido causarle las herejías «modernistas» de Loisy, al que encontraba simpático, como Pièron, y algo viejito, personaje en verdad de una fragilidad y menudencia algo incongruentes con la implacable persecución y condena a la que fue sometido y al confinamiento a la enseñanza de lenguas orientales que sufrió, desde 1893, en el Instituto Católico y en la Facultad de Teología de París. Pero la asiduidad de Manuel Azaña en la asistencia a estos cursos y conferencias de historia de las religiones y de psiquiatría denota un singular interés con la indagación en su yo, que era desde su retorno a Alcalá motivo de permanente dedicación, derivada de las experiencias más traumáticas de su infancia y adolescencia, la presencia abrumadora de la muerte, la casa triste, la vocación vacilante de sus cambiantes *alter ego* literarios, el sermón terrorífico de la misión, el llanto, el miedo, el infierno, la culpa y finalmente la ruptura. Había pasado de todo eso alrededor de quince años, pero lo ocurrido en los últimos siete, desde el fallido intento de crear con sus sentimientos y experiencias de la infancia y primera juventud una obra literaria, hasta la pérdida de parte del patrimonio familiar, lo vuelve a traer a la mente, con la distancia del tiempo y el cambio del espacio, como si de las nuevas experiencias vividas en París pudiera destilar la razón del tiempo malgastado, de su vacilante vocación, de los caminos iniciados y al punto interrumpidos, de la indolencia para comprometerse con una obra emprendida con el mayor entusiasmo y llevarla hasta el final. Y entonces, ¿habrá algo más consolador que sentarse al fondo de una iglesia para asistir al canto en coro de las vísperas de Navidad? ¿O atender las explicaciones del simpático Loisy sobre la inmanencia de lo divino y el valor simbólico perdurable de los ritos del sacrificio, fuera cual fuese la religión que los celebrase? ¿O intentar, por la explicación de científicos experimentales de la mente, como Pièron y Janet, reducir todas aquellas experiencias a pura mecánica para así mejor controlar su recuerdo?

En cualquier caso, Azaña disfruta en París, durante el primer semestre de 1912, de una notable variedad de cursos abiertos a toda clase de auditorios; asiste a varios mítines políticos, en la rue Danton, a favor de Córcega, donde oye a los socialistas Marcel Sembat y Albert Thomas o, en otra ocasión a Jean

Jaurès, en su defensa de un ejército nuevo; prodiga las visitas a los museos, al jardín de Luxemburgo, al Louvre, donde vuelve una y otra vez, a perderse por sus diferentes salas, anotando sus impresiones; visita las iglesias, Saint Severin, que le parece bella, y su vecina Saint Julien le Pauvre, que en efecto le parece pobre y… nada más, Saint Sulpice, que le deja frío, el Panteón, antes iglesia, que no le dice nada, la Sainte Chapelle, una joya, nota nada original, realmente; asiste a una amplia variedad de conciertos, siempre de música clásica: gran cosa la audición de un *Mesías*, de Händel, y una exclamación, como todo comentario a una *Octava sinfonía* de Beethoven; pasea sin rumbo fijo, en ocasiones varios kilómetros, como el 23 de diciembre, cuando sube hasta la plaza de la Bastilla y la columna de Julio para luego bajar al puente de Austerlitz, y de allí, embarcado, hasta la Concorde, y terminar recorriendo los Campos Elíseos; conoce y queda citado con un variado número de *mademoiselles*: Rétif, Eugenie, Jeanine y una, por todo nombre M., a la que visita en su casa con frecuencia. De todas ellas, Lucienne, rubia pajiza, ojos muy grandes, de un verde claro, y cuerpo divino, nunca imaginará lo mucho que le ha gustado, aunque, como es habitual, siempre quedará una duda: ¿se divertirá conmigo?

Definitivamente, no hay tiempo para aburrirse; más bien lo contrario: demasiada dispersión, demasiadas cosas iniciadas y no acabadas, demasiada inseguridad en el fruto de su trabajo: «me parece que seré singular en el arte de no hacer nada», confía a su diario el 30 de marzo después de haber intentado *recapitular* con objeto de trazar el borrador de trabajo que debía enviar a Madrid. «No he encontrado nada», escribe, con desaliento. Y es que, en efecto, de las variadas sensaciones y aprendizajes que París le va despertando sólo dejará su huella en los artículos que envía a *La Correspondencia de España*, siempre bajo el seudónimo de Martín Piñol, aunque no siempre publicados. Así ocurre con el segundo de ellos, ejemplo del tipo de crítica política que le gustaría prodigar y titulado, en el original que conservó entre sus papeles, «La dignidad del Parlamento», aunque a su amigo Vicario le habla de haber enviado uno sobre «La crisis del Parlamento» que teme haya ido al cubo de la basura por contener apreciaciones que no habrán gustado a Leopoldo Romeo, director del diario. Se trata de la ratificación por el Parlamento francés del Convenio franco-alemán sobre Marruecos, que había dividido a la opinión y que el Parlamento había ratificado como una especie de trágala: había que pasar por él. Azaña concluye que los parlamentos han dejado de ser una garantía para la seguridad nacional, una defensa contra el capricho de la Administración y un intérprete

seguro de la voluntad nacional y se han convertido en objeto de irrisión feroz: la Asamblea francesa no ha sabido resistir a las presiones para ratificar el convenio ejercidas por un débil presidente de la República, Armand Fallières, aunque el artífice del acuerdo fue Joseph Caillaux, presidente del Consejo, a quien Azaña en esta ocasión no menciona. ¿Qué hacer entonces con este desmoronamiento de instituciones que han sido conquistadas a fuerza de tanta sangre? No lo sabe. Se limita a señalar la gravedad del mal: esas instituciones cumplen mal su misión, pero no hemos encontrado todavía nada con que reemplazarlas, será su comentario final[87]. Que estas reflexiones acabaran en la papelera del director no desanimó a su autor, que continuó enviando artículos, aunque no con la frecuencia semanal que había sido su propósito y no siempre con la seguridad de haber acertado: le pasaba lo que a todos los inseguros acerca del valor de lo que escriben: no le extrañaría nada que alguna de las piezas fuera a la basura y, en otras ocasiones, no dejaba de apuntar que lo enviado podía estar mejor.

Las ricas y variadas incitaciones de París no pudieron borrar el recuerdo de la reciente experiencia política que había sacudido a los intelectuales españoles ni la inquietud sobre el problema español al que había dado una primera salida en el discurso pronunciado en la Casa del Pueblo de Alcalá en febrero de 1911. Pero ahora, en París, además de charlar con sus amigos españoles —Daniel Alarcón, que le acompaña en ocasiones a dar grandes paseos; Juan Pujol, que se pone a trabajar cuando, «enloquecido por sus triunfos, descubre que va a ser el mejor periodista de España»; Julio Camba, que no ha ido a ninguna conferencia, ni conoce la Sainte-Chapelle; Victoriano García Martí, que no siente como él la decadencia de España y que un día le pregunta: «¿Usted se encuentra bien solo?»—, tiene la posibilidad de documentarse sobre el punto de vista francés. El 23 de marzo anota en su diario, después de pasar la tarde en la biblioteca: «La decadencia científica en que se halla España desde fines del siglo XVIII…». Y añade: «Toda la tarde y toda la noche ha estado royéndome esta idea. ¡Como si fuera un descubrimiento!». En las muchas horas, por la mañana, a mediodía, por la tarde, que pasó en el luminoso salón de la biblioteca de Sainte Geneviève o encerrado en casa, entregado «al vicio antiguo de roer papel, como si mi destino fuese devorar medio millón de volúmenes», leyó y tomó notas de *Tableau de l'Espagne moderne*, de Jean François Bourgoing, de *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1778*, de Jean François Peyron, y de *Relation d'un voyage en Espagne*, de un apellidado Berthoud. También copió fragmentos de la *Histoire de France*, de Lavisse y seguramente siguió

leyendo a Taine, de quien resumió con gran detalle sus *Origines*; leyó a fondo las *Confessions* y *Héloïse*, de Rousseau, las *Lettres sur les français et les anglais*, de M. de Murat. Y es muy posible que continuara estas lecturas a su vuelta, en el Ateneo, donde es célebre el fuerte impulso que imprimió a la adquisición de libros para enriquecer su biblioteca, y donde pergeñó un plan de estudio del problema español en el que pensaba dedicar un capítulo a *la hispanofobia de Francia*.

Francia, en estos años, es como el espejo en que debía contemplarse España para tomar nota de su retraso y de la causa que lo provocaba: la digresión sufrida a comienzos de la edad moderna que la situó al margen de la corriente general de la civilización europea. En las conversaciones con sus amigos de Madrid no era raro que divagaran sobre la famosa decadencia española, más perceptible sentados en un café de los bulevares que en una tertulia madrileña. Nada de extraño que con tanta charla y tan diversas lecturas le diera vueltas a un plan de estudio sobre la *literatura del desastre*, título que ya había utilizado Miquel dels Sants Oliver para dar cuenta en una serie de artículos recogidos luego en forma de libro de aquella «literatura revuelta, tumultuaria, a trechos estimulante y cáustica, a trechos deprimente y narcótica como el vaho del cloroformo en las enfermerías»[88]. Azaña se propone delimitar bien su objeto: todas las obras escritas desde 1898 en castellano que se han propuesto analizar las causas de la decadencia española, examinar el estado actual de la nación y señalar un remedio a sus males. Al concebir este plan, y dejar constancia de su propósito, Azaña establece las reglas a las que debe atenerse su trabajo de investigación: sistematizar toda aquella literatura, poner de manifiesto sus ideas generales, examinar su procedencia y la conexión entre ellas, huyendo de un modo de hacer crítica que consiste en aproximar palabras, creyendo que se relacionan ideas. El propósito de este empeño consistía en levantar una especie de balance de las ideas que quedaron atrás, que ya se habían vivido, porque el solo hecho de fijarlas ayudará a precipitar la transición hacia un núcleo de ideas que va a ser muy diferente al de las vividas durante los primeros diez años del siglo. Como sus coetáneos, como Ortega cuando anuncia la presencia de una nueva generación, como Maeztu cuando diserta sobre la nueva relación que los intelectuales deben establecer con aquellas masas que en Barcelona, sin dirección, han desencadenado una revolución, también Azaña atisba un nuevo mundo. Es cuestión de buscarlo levantando, ante todo, el inventario de ideas diseminadas por la esfera pública desde la conmoción del 98, partiendo de la hipótesis, que formula como un interrogante, de que quizá habría que

felicitarse de que no se hubiera producido entonces ningún trastorno: no se produjo una reacción instintiva, pero sí una reflexión cuyo resultado inmediato tenía que ser un *liberalismo*[89].

Como parte de esta permanente reflexión sobre España, ofrecen un particular interés dos artículos enviados a *La Correspondencia* que, como había ocurrido con el dedicado a la crisis del parlamentarismo, tampoco llegaron a ver la luz. En uno de ellos, titulado precisamente «Las cosas de España», elabora una de sus primeras largas reflexiones sobre los conceptos de patria y patriotismo, que reaparecerán luego desde los primeros mítines políticos[90]. Patria es ante todo, escribe Azaña, una cultura tradicional que persiste viva y fecunda, una cultura en perpetua renovación sin menoscabo de su identidad, como un río que fluye sin tregua y siempre es el mismo río. Esta dimensión cultural establece, por encima de la lengua, el lazo interior que une a quienes pertenecen a la misma patria. «¡Ensancha la idea de la Patria, para que en ello quepan todos!» —añade, antes de proclamar que la patria no es un Dios, ni un rey, ni un culto, ni una clase o corporación, sino una cultura, que cuando es compartida por todos hace que la patria no sea más que la justicia organizada para el bien común—. La íntima vinculación entre patria como cultura tradicional y patria como una justicia y una libertad encaminadas al bien común, que Azaña ya había atisbado desde sus primeros discursos en la Academia, alcanza pleno desarrollo durante sus reflexiones parisinas, porque es París el lugar donde mejor ve realizado el ideal de una potente cultura tradicional fundida, sin menoscabo de su abolengo, con los valores de la razón.

La prioridad que durante estos años concede Azaña a la idea de patria como cultura explica la profunda conmoción que le produjo la noticia de «la cruel, aciaga e injusta muerte» de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien consideraba como «el hombre poco menos que universal, aguijado por un afán insaciable de saber». Bibliógrafo y bibliófilo, arqueólogo, historiador, crítico, catedrático, director de ediciones sabias, gran prosista, tampoco le era extraña la filosofía y aún halló lugar para hacer versos, escribe de él en un artículo enviado a *La Correspondencia de España* el 26 de mayo de 1912, que tampoco vio la luz. No sólo eso: en Menéndez Pelayo, según escribe Azaña, todo su saber es fecundo y se articula; el crítico vigila al historiador y el historiador se autoriza con el epigrafista y el paleógrafo. El saber es inmenso y el método es impecable: tenía que atravesar él solo un gran desierto en el que acampan todos los trabajadores de la inteligencia en España, la desorganización, la impericia, el abandono. Sobre ese desierto

levantó su gran edificio que ofrece a todos la lección más pura de patriotismo: el trabajo. Menéndez Pelayo es un gran patriota, no porque haya defendido tal o cual idea de España, ni por el medio en que se desenvolvió o las circunstancias políticas de su época. Todo eso, por el contrario, parecía dispuesto a perderlo; pero le salva el interés por las cosas hispánicas, por la cultura clásica, que es su gran fermento interior, que guía todo su trabajo. España, escribe Azaña, está por descubrir, yace bajo las cenizas y los escombros de un gran cataclismo; casi toda nuestra historia política, literaria y jurídica, está por hacer; obra urgente, y necesaria para cualquier intento de reconstitución del espíritu nacional. Lo que de sólido y valioso hay en su trabajo, lo ha logrado saliendo del terreno en que se habían desarrollado las fogosas contiendas de sus primeros años. Y al evocar la figura del maestro no puede Azaña olvidar las dos lágrimas de gratitud con que recibió la ovación espontánea de algunos jóvenes cuando les mostraba su júbilo por el leve movimiento a favor de los estudios clásicos que se advertía en España[91].

El interés que, desde Francia, muestra Azaña por las cosas de España no está reñido, todo lo contrario, con su creciente interés por la política y la cultura francesas. A pesar de los problemas y las dudas, y de los lamentos por el tiempo que se escurre de las manos sin definir una vocación, sigue enviando artículos a *La Correspondencia*, aunque con una periodicidad algo menor que semanal. Pasa una tarde en la *Société des Savants*, adonde acuden los descontentos de todo el mundo, donde se quedó sin blanca, preso de la turba rusa, contribuyendo a la causa con su óbolo. Otro día consigue, a fuerza de intrigas, un billete de entrada para la solemne sesión de ingreso en la Academia Francesa del poeta Henri de Régnier: sus ojos, que se ha de comer la tierra habrán visto, por fin, los ritos que se celebran bajo la cúpula del Institut, expresión de un acuerdo de fondo sobre el valor de la literatura como resultado del estudio, la experiencia, el desinterés, las ideas generales y elevadas, el amor al idioma; por más que De Régnier y De Mun discutan sobre ese ideal perdurable y remoto, escribe Azaña, están de fijo acordes. Es magnífica la impresión que le causa la exposición de avicultura que se despliega ante sus ojos en la nave central del Grand Palais: brilla la púrpura multicolor de los faisanes, siguen las gallinas negras, las pardas guineas, las cochinchinas con sus morriones blancos, la caterva risible de pavos turbulentos, en fin la copiosa parentela de los ánades, frutos todos ellos del trabajo, la riqueza, el amor al campo, obra de una raza que idolatra su terruño, no como en España, donde tierra quiere decir pobreza, esclavitud, desamparo. Es una amargura la que le entra al comparar la abundancia francesa con la

miseria española similar a la que le produce evocar los hediondos claustros de la Universidad de Madrid con el palacio bello, elegante y limpio que acoge a La Sorbona, adonde acude un día y otro a escuchar alguna conferencia.

Todo esto forma parte de su experiencia parisina y de su aprendizaje como escritor de periódico hasta que, cuando ya ha consumido toda la pensión, vuelve a la crónica política para enfrentarse al debate que sacude a Francia en ese momento: si la representación ha de ser proporcional para acabar con el puro régimen de mayorías; el gobierno de Poincaré va a proponer la reforma pero Azaña no se jugaría ni cinco céntimos a esa carta. Y todavía quedará ocasión para ocuparse de las celebraciones con motivo del segundo centenario del nacimiento de Rousseau, que le darán pie para evocar los años de su primera mocedad, cuando «el fuego de los períodos rousseaunianos nos abrasaba la sangre de las venas, y sus lágrimas eran nuestras lágrimas y su turbación la nuestra» y para citar de pasada a su amigo Tomás Elorrieta, como el único que en España había leído *El contrato social*. Elorrieta se lo agradece en una postal y unos días después le envía otra para decirle que sus artículos le han «interesado muchísimo» y que los había elogiado en una reunión de amigos, «sin decir su nombre de miedo de que Castillejo, allí presente, no tomase pie de su labor periodística para negarle la ampliación de la pensión». Inútil precaución, pues ya se la había negado. Los artículos, añadía Elorrieta, también gustaban «mucho» a Miguel de Unamuno y a Guillermo Pedregal. Bueno, pensaría Azaña, al menos sus amigos recordaban quién era Martín Piñol[92].

No todo lo que escribe está destinado a la prensa: Azaña reflexiona y deja apuntes sueltos sobre la Revolución francesa, sobre Napoleón y sobre la República en los que aparecen esbozados algunos de los pensamientos que luego tendrá ocasión de elaborar con más detalle y profundidad. Se trata, ante todo, de una concepción de la historia en la que cuenta tanto el impulso originario del que procede el mundo actual como la digresión monstruosa sufrida durante el proceso, una idea ésta, la digresión, que años después formará también parte de su concepción de la historia de España. El impulso es la Revolución, que anuncia dos direcciones, la liberal y la jacobina; la digresión es Napoleón, que tuerce el curso de la Revolución y causa gran daño a Francia por lo que su genio tenía de enorme, de desmedido. Napoleón, apunta Azaña, ha costado muy caro a Francia: por el virus militar que ha infundido a los franceses, porque ha desviado la historia del país de manera que todavía se encuentra bajo su influjo: Primer y Segundo Imperio, la guerra del 70, de tal manera que la República sólo hace unos años se ha implantado

de veras, cuando por fin ha podido sacudirse el peso de los generales y de la Iglesia. Es la Tercera República, a partir de Waldeck Rousseau, la que ha republicanizado al ejército y la que ha establecido la separación de la Iglesia y del Estado. Finalmente, el régimen republicano ha logrado, no sin dificultades, instalarse valiéndose de gentes medianas y numerosas por medio de esfuerzos dispersos, menudos y constantes. Una idea de la República, de su origen como fin de una digresión, que quedará ahí, como dormida, esperando la primera ocasión de salir a la superficie cuando contemple a su luz los acontecimientos de la política española.

Se acercan los días de la vuelta a Madrid: Ya pronto volveré, escribe en julio. Pero antes de volver, menudea sus encuentros con Luis de Hoyos, doce años mayor que él, antropólogo, etnógrafo, profesor de Fisiología e Higiene de la Escuela Superior de Magisterio y pensionado por la Junta para realizar estudios en París y Leipzig durante los años 1912 y 1913, a quien conocía posiblemente del Ateneo, donde había ejercido el año anterior como vicepresidente de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Hoyos se había trasladado a París con toda su familia, «su mujer y seis chicos», y residía cerca del jardín de Luxemburgo, como contaba Azaña a Jesús Arias de Velasco, catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de Oviedo e interesado en saber cosas de París porque también irá a Francia como pensionado[93]. Azaña había encontrado a Hoyos a mediados de marzo en el Consulado español, con Nicolás Salmerón, y la charla sobre las cosas de España fue buen pretexto para dar un paseo juntos. A los pocos días, Hoyos ya estaba en la clase de psicología de Pièron, en Villejuif, cuando llegó Azaña, con el tiempo justo. La amistad entre los dos pensionados, a pesar de la diferencia de edad, se estrechó a medida que pasaban los días y los paseos y los ratos de conversación se hicieron más frecuentes, hasta que el 17 de julio escribe: «No me trato más que con Hoyos. La otra noche estuve con él y su familia, divagando por los muelles». Y más tarde, en septiembre: «Con Hoyos y sus dos hijas mayores a Robinson». Ese día, Azaña iba en sus glorias, por sentirse en familia, desde luego, pero también por la cercanía de una de esas dos hijas mayores de su amigo, Mercedes, que tanto había ido ganando dentro de él. ¡Qué dulcemente habla y ríe!, anota en su diario. Su inmediato predecesor en el escalafón de la Dirección General, Rafael Atard, que también anda pensionado por París, la ha visto una tarde y después dice algo a Azaña que le obliga a reflexionar sobre lo que le pasa con esta niña. ¡Y es que está enamorado! Completamente enamorado, aunque si todavía cree que no lo está del todo es porque teme que parezca absurdo a los demás,

empezando por la misma Mercedes. Es una niña, una niña de quince años, divina, la gracia y la pureza juntas. Así la ha visto al despedir a su padre en la *gare* de Lyon y al percatarse, cuando volvían, de sus ojos llenos de lágrimas: «¡Qué ojos y qué lágrimas!». Pero no hubo más: Azaña, que contaba ya treinta y dos años de edad, no se atrevió a decirle a la niña de quince la emoción que le embargaba al contemplar esos ojos y esas lágrimas. Y en esos deliciosos y melancólicos titubeos se le viene encima el día de su viaje a Bruselas. En el jardín de Luxemburgo encuentra a Mercedes con sus hermanas. Sola, sin la presencia de su madre, deja los aires de niña y parece una mujer por la gracia, la seriedad, el interés que ha puesto en la conversación. Luego viene la madre y se van todos a casa, media hora más de charla y de bromas y de promesas de escribirse. Y con estas impresiones, y entristecido por las noticias que le envía Gregorio, quizá relacionadas con la neurastenia de su hermana Josefa, deja París el 9 de septiembre de 1913 para darse una vuelta por Bélgica.

Volverá a finales de mes, con ganas de dar por terminada esta prolongación algo forzada y sin propósito definido de su estancia, aunque todavía dejará pasar todo octubre antes de tomar el tren a Madrid. De nuevo, sus bibliotecas, ahora la Nacional, para terminar de leer unos libros. Por la noche, teatros y cabarés; algunos días, largos paseos, en dos ocasiones por los jardines de Versalles y, para no dejar nada atrás, con Luis de Hoyos y familia, y una tarde, de nuevo en sus glorias, hablando mano a mano, incluidos algunos apartes, con Mercedes, dando todos los rodeos del mundo para hacerse entender, para que comprendiera en fin por qué él se sentía en la gloria cuando podía hablar a solas con ella. Pero la criatura, «o se asusta o no quiere oírme». Azaña prefiere no saber si lo que le ocurre a la criatura es una cosa o la otra y busca a todo trance la ocasión de mantener con ella cinco minutos de conversación hasta que una mañana, de nuevo en los jardines de Luxemburgo, la encuentra sola con sus hermanas y unas amigas. Le habla de su inminente viaje y cree que por fin le entiende. En tal estado de ánimo, y cuando no lo esperaba, la vio aparecer con su padre en la estación de Orsay, a despedir al amigo. Salió de París contentísimo, como ocurre siempre cuando el galán, temiendo que la amada o no le comprende o no le ama, la ve irrumpir en la estación sonriente, como la cosa más natural del mundo, a decirle adiós. A Manuel Azaña, que tenía poco de galán, pero en ese momento mucho de enamorado, le ocurrió la noche del 28 de octubre de 1912. Cuando, pasado ya un mes de su vuelta, anotaba sus recuerdos y

sensaciones de estas últimas horas en París, no había recibido de Mercedes ninguna respuesta a las cartas que, desde su regreso, le había enviado.

6. En el Ateneo, de secretario

A poco de regresar a Madrid, Manuel Azaña se presentó como secretario primero en una lista de candidatos a las elecciones de junta directiva del Ateneo convocadas para el 6 de febrero de 1913. En la misma candidatura figuraba, como presidente, Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, que tres meses antes, desde el 14 de noviembre de 1912, había sucedido al asesinado José Canalejas en la presidencia del Consejo de Ministros, y que pretendía ahora, desde tan elevada posición, optar también a la del Ateneo, vacante por la muerte de Segismundo Moret el día 28 de enero. Mala sombra, pensaría algún supersticioso: suceder a Canalejas porque había sido víctima de un asesinato; y casi de inmediato suceder también a Moret, que acababa de morir de un fuerte ataque de reuma complicado con una infección gripal. La apuesta tenía sin embargo su motivo: para Romanones podría tratarse de fundir en su persona la doble herencia del Partido Liberal, dividida tres años antes, cuando Moret cayó del gobierno por «una mudanza elaborada en las tinieblas», como había escrito *El Imparcial* en su editorial de 10 de febrero de 1910, entendiendo por tinieblas la cámara regia en la que el rey y Canalejas, únicos que estaban en el secreto del asunto, habían serrado las patas del sillón en que Moret se sentaba[94]. Ahora, pasados tres años y aunque sus efectos políticos no fueron perdurables, se presentaba la ocasión de recoser simbólicamente aquel roto: la presidencia del Gobierno, recibida del difunto Canalejas; la presidencia del Ateneo, legada por el difunto Moret, fundidas en unas solas manos reforzarían la posición de Romanones en un partido afectado desde la muerte de Sagasta de faccionalismo: allí estaban García Prieto y sus parciales esperando el momento de saltar a la presidencia.

Claro que también podría ser que el único afán de Romanones consistiera en coronar con la presidencia una larga historia de socio del Ateneo, por seguir la estela de otros ilustres presidentes del Consejo de Ministros, como Cristino Martos, Antonio Cánovas del Castillo y el mismo Segismundo Moret. Era muy habitual, en el Ateneo de la Restauración, que los cargos de secretario y vocal, por no hablar de las vicepresidencias, fueran ocupados por

condes, marqueses y burgueses enriquecidos o ennoblecidos —o más bien: enriquecidos y, por eso, ennoblecidos— que adquirían notoriedad pública desde la presidencia de sus distintas secciones y se entrenaban para empresas de más alto vuelo o buscaban en sus tranquilos salones lugar para estrechar amistades y reforzar vínculos con los dirigentes de los dos partidos políticos, liberal y conservador, pacíficos turnantes en la gobernación del Estado. Romanones, gran cacique de Guadalajara, llamado a ser gran *primate* del Partido Liberal, aparecía ya en la junta de 1887, presidida por Gaspar Núñez de Arce, y en la de 1888, presidida por Cristino Martos, ocupando entonces el puesto al que aspiraba ahora Manuel Azaña, la secretaría primera. Veinticinco años después, y por casualidades de la vida, el muy veterano ateneísta Álvaro de Figueroa, que mientras tanto había ocupado la vicepresidencia segunda de la docta Casa desde 1900 a 1906, aspiraba a su presidencia, acompañado en la misma candidatura, sin haber tenido él arte ni parte en semejante elección, por un Manuel Azaña, conocido sólo por un círculo de amigos, que se presentaba para la secretaría primera[95].

La candidatura era oficial, elaborada en una reunión de expresidentes del Ateneo y de presidentes de todas sus secciones, y Manuel Azaña, que no debía de sentirse muy feliz en la cercana vecindad del señor conde, animó a su amigo de Alcalá, José María Vicario —inscrito como socio en 1911, con el mismo domicilio, Alcalá 99, entresuelo, que ocupaba Azaña aquel año— a que, si venía por Madrid, no dejara de ir al Ateneo a votar la candidatura, advirtiéndole de que «no pasaría nada si borrara de ella el nombre de Romanones». Tal vez la sugerencia de Azaña a su amigo no fue más que parte de una campaña entre socios jóvenes para impedir que un presidente de Gobierno desempeñara, a la par, la presidencia del Ateneo; o quizá fue la manifestación de que, respecto al de los años ochenta del siglo anterior, el Ateneo de la década de 1910 había sufrido una transformación tan profunda, y la invasión protagonizada por jóvenes de clase media había sido tan determinante, que hasta lograron formar un frente común «contra la oligarquía» como tituló *El País* la crónica del singular revés sufrido por el presidente del Consejo de Ministros el día de la elección. Porque el hecho fue que la mayoría de socios borró de las papeletas el nombre de Álvaro de Figueroa y escribió en su lugar el de Santiago Ramón y Cajal, ilustre sabio y veterano ateneísta también, que no se presentaba y que no aceptó el cargo. Romanones recibió el veredicto con elegancia y envió a don Santiago, y a la prensa, una carta en la que hacía saber lo muy honrado que se sentía de haber sido derrotado por un hombre tan prestigioso y se mostraba muy complacido

porque los jóvenes del Ateneo, con la independencia de criterio que les caracterizaba, se hubieran dado el gusto de derrotar a un presidente del Gobierno. Después de los consabidos recados y de muchas idas y venidas, convocada una nueva votación, el 19 de febrero resultó elegido presidente Rafael María de Labra, que triunfó con holgura sobre el catedrático de Química de la Universidad Central y también destacado ateneísta, José Rodríguez Carracido, una vez que Romanones hubo retirado prudentemente su candidatura[96].

Con Azaña, fueron elegidos secretarios segundo y tercero sus amigos Rafael Sánchez Ocaña, con quien había departido y paseado varias tardes en París, a punto ya de regresar a España, y Juan Donoso Cortés, asiduo acompañante en conferencias, conciertos y hasta en alguna excursión a El Escorial. Ramón Pérez de Ayala, que se preparaba para intervenir —a su modo: sacando a la calle sus *Troteras y danzaderas*— en el debate iniciado en 1909 por Ortega y Maeztu sobre el papel de los intelectuales ante la amenazante revolución por abajo, ocupó el puesto de bibliotecario, y Antonio Royo Villanova, con quien tendrá Azaña algún sonoro encontronazo en las Cortes de la República, fue elegido vocal primero. Se trataba, pues, de una junta formada en buena medida por gente nueva, reforzada por la presencia de personajes de mucho fuste, aunque todavía en plena juventud, en las diferentes mesas de las secciones. José Ortega y Gasset, en su fulgurante escalada al liderazgo intelectual de las gentes de su generación —por no hablar de la siguiente, la de los jóvenes ateneístas preuniversitarios que iban a consultarle todo, hasta cómo debían ponerse y quitarse la corbata desde el punto de vista kantiano—, simultaneaba con la dirección del Instituto de Filosofía creado por la Junta para Ampliación de Estudios, la presidencia de la Mesa de la Sección de Filosofía del Ateneo, que acababa de crearse para él. Salvador de Madariaga era secretario primero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, en cuya presidencia se sentaba Melquíades Álvarez, consagrado ya como líder del nuevo Partido Reformista. Miguel Salvador, que en dos años será presidente de la Orquesta Filarmónica de Madrid y fundador de la Sociedad Nacional de Música, se hizo cargo de la presidencia de la Sección de Música, y Honorato de Castro fue elegido secretario primero de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Una pléyade de gente joven, nacida en torno a 1880, dispuesta a inaugurar uno de los periodos más fecundos, más vivos y peor conocidos de la historia del Ateneo de Madrid[97].

De manera que Azaña no fue en esta ocasión secretario de una junta presidida por Romanones, sino de otra que tuvo a su cabeza a un republicano

de la corriente gubernamental, muy conocido por sus campañas y luchas en pro de la abolición de la esclavitud en su Cuba natal, ateneísta de toda la vida y con más de setenta años a la espalda, circunstancia que facilitó, u obligó, al nuevo secretario a ejercer funciones de casi presidente en diversas circunstancias y a imprimir al Ateneo una dirección impensable con alguien más activo y del todo monárquico en la presidencia. Nacido en 1840 y autor en 1876 de una de las primeras historias del Ateneo, Rafael María de Labra, senador por la Sociedad Económica de Amigos del País de León desde la legislatura de 1901-1902, estaba muy mayor y, hasta su muerte, en abril de 1918, dejó en muchas ocasiones en manos de Manuel Azaña la representación institucional del Ateneo, sobre todo desde 1916, cuando por razones de edad y duelo no pudo acompañar a los académicos franceses en su viaje a España ni devolverles la visita con el grupo de intelectuales que viajó a Francia. Antes de eso, en la primera junta extraordinaria que le tocaba presidir en mayo o junio de este mismo año de 1913, fue el secretario quien tuvo que habérselas con el tipo de debate a que siempre dan lugar las juntas generales cuando algún socio, apoyado en una minoría dispuesta a hacer ruido, cree tener en su mano una bandera que levantar para organizar una protesta contra los que mandan. El Ateneo era demasiado bullicioso para el señor Labra y entre sus socios siempre había alguno dispuesto a poner en dificultades a la junta directiva. Así ocurrió en la que fue convocada para debatir el estado económico de la institución y el rescate de las cédulas hipotecarias.

«Es extraordinario lo poco que le debo a Madrid, como no sea mi reacción, es decir, el ejercicio de mi espíritu de oposición», escribirá Azaña, con el tiempo y la distancia, mirando hacia atrás, a estas primeras trifulcas en el Ateneo. Le debió más cosas, sin embargo, y no todas relacionadas con su espíritu de oposición: la presencia en la junta directiva de una importantísima institución cultural, en pleno bullicio y transformación, frecuentada por gentes de todas las generaciones, en la que Adolfo Posada solía sentarse al lado de Manuel Bartolomé Cossío; Américo Castro se dejaba caer a menudo en compañía de Ramón Menéndez Pidal; Ramón del Valle-Inclán, sentado en uno de los asientos del corredor, continuaba su tertulia del Regina con un grupo que lo escuchaba boquiabierto; y Ortega, que hablando de Costa convertía en mitología la densidad de aquel muerto extraordinario[98]. Le debió también las bibliotecas, sobre todo las más cercanas a él, la de la Academia de Jurisprudencia y la del mismo Ateneo, que contribuyó a revitalizar con numerosas adquisiciones de libros y suscripciones a revistas; los grandes paseos por los alrededores; los cafés, en los que tomaba té, con

sus tertulias y, sobre todo, le debió un buen surtido de amigos y conocidos. Menos solitario de lo que él mismo gustaba de inventarse, impensable sin ámbitos de sociabilidad y círculos de amistad en ninguna de las circunstancias de su vida, en Alcalá como en El Escorial, en París como en Madrid, es cierto, en todo caso, que más que de aprendizaje o fuente de sensibilidad, Madrid fue para él espacio de debate público, antes en la Academia de Jurisprudencia, y ahora, diez años después, desde la secretaría del Ateneo, en la que sucedió a Enrique de Mesa, que en el acto de posesión de su cargo le hizo entrega de un voluminoso expediente con todos los papeles relativos al estado de la deuda hipotecaria contraída por el Ateneo en 1881 para sufragar los gastos de su nueva instalación en la calle del Prado, número 21.

Fue el recién estrenado secretario el encargado de responder a los críticos y salvar el buen nombre de Segismundo Moret —presidente del Ateneo en tres ocasiones: de 1881 a 1886, de 1894 a 1898 y sin interrupción durante los últimos catorce años, de 1899 hasta su muerte— de las acusaciones de que era objeto por parte del socio Sandalio Díaz Tendero, que en la última junta general convocada por la anterior directiva había exigido explicaciones sobre el destino de 125 000 pesetas recibidas por el Ateneo del Estado[99]. Antes de convocar nueva junta, Azaña se dedicó a poner orden en las cuentas de la institución, presentando un exhaustivo informe sobre la deuda hipotecaria, en el que resultaba evidente que, no por nada, había conseguido sin aparente esfuerzo su puesto de letrado del Ministerio de Gracia y Justicia y en el que, con más evidencia todavía, aparecía la excelente inversión realizada por los socios del Ateneo al elegir como secretario a un conocedor de todos los secretos de la legislación hipotecaria. Pues el informe con el que Manuel Azaña liquidó de un plumazo todos los rumores sobre las famosas cédulas hipotecarias es un ejemplo de lo que él mismo, al tomar la palabra en la continuación del tumultuoso debate suscitado por Díaz Tendero, definió como excitación al discurso. A los gritos, vociferaciones y ademanes descompuestos de que hizo gala un grupo de socios que tal vez quisieron impedirle hablar, «con la particularidad de que los más chillones eran los que menos entienden la cuestión y los que menos preparados están para conocerla», Azaña opuso un discurso, esto es, un razonamiento, «una serie de ideas encadenadas para deducir consecuencias de algún hecho o de algún principio». Es el uso de la lógica, como en sus debates de El Escorial, cuando negaba la mayor y destrozaba el argumento de su adversario. Aquí la mayor consistía en que las afirmaciones de Díaz Tendero «nunca pecaban de concretas». Y hablar de una deuda hipotecaria y de intereses devengados sin

pecar de concreto era como irse por las ramas. Por supuesto, nada de contiendas ni querellas personales: sólo conocía a Díaz Tendero como socio antiguo, pero no le unía a él ninguna amistad. Eso sí, admiraba a su contrincante como una «mina inagotable para saciar el humorismo»: tal era la desproporción entre su actitud en las peleas y las triquiñuelas por las que peleaba. Pero Azaña había estudiado despacio el asunto a debate, se había hecho una idea de lo ocurrido con la deuda, y defenderá esa idea así fuera contra su mejor amigo o a favor de su peor enemigo. Hay causas impersonales y ésta lo es, decía Azaña, que desplegaba por vez primera sus labios en el Ateneo, rompiendo el modesto apartamiento en que siempre había vivido, porque se trataba de una causa impersonal.

Esta habilidad para tratar impersonalmente un tema a debate a la vez que se ganaba la enemistad muy personal e imperecedera del contrincante al que aplastaba con una ironía o un sarcasmo, la despliega con un estilo del que hasta ese momento no había dado muestra alguna, aunque lo ejerza ya desde esta primera ocasión como maestro consumado. Después de recordar qué es un discurso y en qué se diferencia de un griterío, Azaña va derecho al punto en discusión. El debate actual ha surgido porque en tal fecha la junta general, de la que es miembro el señor Tendero, aprobó un informe sobre las cédulas hipotecarias en el que se aclaraba cuánto debía el Ateneo y cómo se había pagado lo que ya no se debía. Tendero aprobó el dictamen pero después hizo públicas reservas sobre su valor. Y tal conducta es la que Azaña no puede de ningún modo aceptar. Las reservas, una vez aprobado el dictamen, son ilógicas, vacías y desconsideradas. Ante tal evidencia, Tendero había recurrido a la táctica del calamar, «que larga su tinta y se zafa», y en lugar de decir las cosas graves y misteriosas que aparentaba saber, se había enzarzado en cuestiones personales con otros socios, que si le habían quitado de una cátedra, que si le habían expulsado de una secretaría. Al tiempo, uno de sus más fervientes partidarios, que interrumpió en la sesión anterior con voz estentórea, como si estuviese mandando un escuadrón, era uno de los socios morosos más favorecidos. O sea, en conjunto, una conducta inaceptable sostenida por unos socios impresentables: con tal discurso, sostenido en datos irrebatibles, no es sorprendente que Azaña comenzara a acumular desde esta primera intervención pública enemigos irreconciliables a la vez que despertaba alguna inesperada felicitación: al salir de una de aquellas sesiones, se le acercó el mismísimo Ortega en persona, que le dijo: «¿Lo ve usted? Usted no se ocupaba más que de cosas literarias. Entra usted en el papel de

parlamentario y ¡véase! con sobrantes por todas partes. ¡A los hombres hay que ensayarlos!»[100].

Sus intervenciones en su primer año de secretario del Ateneo no acabaron en este debate hipotecario que restableció la honorabilidad de la gestión y de la memoria del difunto Segismundo Moret. En la vida del Ateneo, la junta que más brillaba a lo largo del año era la de inauguración de las cátedras, celebrada normalmente en el mes de noviembre. En ella, el secretario presentaba la memoria del año anterior y el presidente pronunciaba un discurso a la altura de la ocasión. Azaña cumplió su cometido dándole un inconfundible toque personal, evidente ya desde las primeras palabras cuando afirmó que la función de escribir los anales de un gran instituto como el Ateneo exigía «la anulación de la persona del analista en el alma perdurable de la colectividad». Más evidente aún cuando, dejando para más adelante la relación de debates, conferencias y otros actos públicos que habían tenido lugar durante el año anterior, emprendió un vuelo a los orígenes de la entidad, para, tras reconocer su gloria y recordar los nombres ilustres que esmaltaron su historia, afirmar: «Venimos de un Ateneo que ya no es, para crear otro distinto». Bueno, no corresponde a un secretario, en el acto inaugural de curso, expresar semejante propósito, pero a este secretario, que debía congratularse en lo que fue, le importa sobre todo lo que será. «Éste fue el Ateneo que recibimos; pero su época pasó», insiste, y quizá su insistencia en este punto tenga algo que ver con la reiteración de su presidente, Rafael María de Labra, en celebrar el Ateneo del pasado en su discurso de apertura de cátedras y en recordar tantas cosas que se hicieron, también en épocas recientes, «sin renegar de la tradición»[101].

La sustancia del cambio que propone la trae también Azaña muy pensada, de acuerdo con los nuevos aires que corren entre las gentes de su misma generación: «Ya no queremos hombres universales y aficionados, sino especialistas y técnicos». Rigor científico, precisión en los métodos, aprendizaje de la técnica, procedimientos de investigación: formar en esa disciplina es lo que debe caracterizar en el futuro «a nuestra Casa». Azaña está de acuerdo nuevamente con Ortega, que había hablado de la competencia en términos similares. La universalidad es propia de aficionados; es la Universidad, tal como funciona hasta el momento. La especialización es lo propio de técnicos. Unamuno también echará su cuarto a espadas: de un tiempo a esta parte, escribe en 1916, se ha puesto de moda en España lo de «formarse»; por eso, al joven que va al Ateneo, le gusta la biblioteca, le molestan las tertulias. El Ateneo, que ha cumplido la primera misión a lo

largo del siglo pasado, tiene que prepararse para lo segundo y mientras la nueva organización se realiza y la forma por venir cuaja, habrá que funcionar con arreglo al patrón tradicional: conferencias al público y debates de las Secciones. En este momento, el secretario da cuenta de las que se han celebrado el curso anterior, con especial mención del ciclo de conferencias organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública en colaboración con la Escuela Superior de Magisterio, para pasar luego a dedicar un recuerdo a los socios fallecidos, de los que Segismundo Moret y José Canalejas ocupan el primer y destacado lugar. Murió también Guillermo Pedregal, recuerda Azaña, antes de «rendir un homenaje público a nuestra antigua amistad, para siempre rota». «Los que conocimos —sigue rememorando, en una pieza necrológica muy sentida— su inteligencia penetrante y flexible como una espada, su saber, la precisión maravillosa de su palabra, la riqueza de sus ideas, sabemos que la muerte de Pedregal ha sido una pérdida irreparable para la causa de la cultura en España». Lo fue, desde luego, para él, que dos años después lo echaba de menos todos los días, a cada momento. Siempre admiró en su amigo Guillermo «la inteligencia más poderosa, más sagaz, más cultivada» que había conocido en su vida, «su talento, su maravilloso modo de discurrir, la precisión absoluta de su palabra, su pulcritud moral»[102].

A la memoria de Moret todavía habrá de dedicar el Ateneo un homenaje en abril de 1914. A instancias del presidente, y sometiéndose —como dijo— a su blanda tiranía, abrió el turno de oradores José Ortega, que dedicó la sustancia de su intervención a revolotear, con la ligereza y donaire en los que ya era maestro, en torno al significado de juventud —gran tema del momento — para no sentirse obligado a decir ni una palabra acerca del homenajeado, excepto que fuese cualquiera el juicio que mereciera mañana al historiador su actuación política, es un hecho que influyó en la política española durante toda una época, lo cual, bien mirado, y teniendo en cuenta el juicio que a Ortega merecía toda esa época, más que elogio podría sonar a vituperio. Es posible que Azaña, desde la mesa presidencial, que compartía con el mismo Ortega, además de Azcárate, Conde y Luque, Salvador, Labra y Sánchez Ocaña, le mirara con cierta sorna, como sonriéndose para sus adentros, con «su cabeza robusta, beatíficamente apoyada en la sotabarba que le redondeaba el rostro, cara y pelo pálidamente rubios, más encendidamente el del bigote hirsuto y abundante, aunque recortadas ya las guías enhiestas», como lo dibujaba su amigo Rivas Cherif. No le tocó a él hablar en aquella ocasión, aunque lo hicieron Azcárate, que recordó las clases de Economía Política impartidas por Moret; el rector de la Central, Conde y Luque, que se extendió

demasiado; Amós Salvador, el más ameno, que hizo reír contando anécdotas de su vida y a punto estuvo de hacer llorar al expresar su duelo sincero y, en fin, Labra, que recordó todo lo que el Ateneo debía a Moret después de veinte años de presidencia[103].

El interés que se tomaba Manuel Azaña por todas las cosas del Ateneo le ganó en aquella Casa un «pequeño prestigio estimable y amable», que sumado a su «falta de pretensión», hizo de él, como recordaba Josep María Sagarra, «ese hombre simpático y sencillo que no tenía enemigos porque en realidad no se proponía hacer la competencia a nadie». Le gustaba el comentario picante y la burla, pero también en esto mantuvo un término medio entre la jocosidad exagerada de García Morente y la «ironía ácida y seca más bien de pavo de Luis Araquistain»[104]. En su trabajo diario y en sus aficiones tampoco mostró ningún ánimo de competir: auxiliar de Carlos María Bru y del Hierro en la Subdirección General de los Registros y del Notariado —que tenía a su cargo la organización y personal de la Dirección, el gobierno interior, la habilitación, el Registro General y Archivo y la preparación de expedientes de proyectos de ley[105]—, dedicaba su tiempo, además de asistir a clases de alemán a primera hora de la mañana, a documentarse para aquel proyecto acariciado en París de escribir un estudio sobre la literatura del desastre. Inconstante y disperso como era en sus propósitos —llegó a solicitar en enero de 1914 una nueva pensión a la Junta para Ampliación de Estudios con el propósito de estudiar en Inglaterra la organización de los seguros de paro e invalidez—; o, más bien, dotado de una especie de voracidad por toda la letra impresa o manuscrita que caía bajo su mirada, su interés por el problema de España se desdobló, desde su regreso a Madrid, en dos direcciones: de una parte, remontándose hasta los siglos de la Baja Edad Media en busca de una respuesta a la ya secular cuestión de la decadencia; y, de otra, polemizando con la literatura del desastre, muy abundante desde finales del siglo XIX.

De aquel remontarse por el río de la historia, en unas páginas escritas para su solaz, Azaña dejó testimonio de la emoción compleja y fuerte que le había provocado la lectura de crónicas, poemas, romances, enxiemplos, tractados y doctrinales en los que latía el corazón de los verdaderos padres de la patria, porque fueron ellos los que crearon «la cosa y el nombre», el alma nacional y el idioma enque se expresaba. Lo que le movía a sumergirse en aquella antigua primavera era «el modo de averiguar cómo nos quedamos sin España», encontrar el «secreto inefable del destino». Al hablar este lenguaje, Azaña participaba de la conciencia del *finis hispaniae* que impregnó el

discurso del fin de siglo. Pero hay algo más y diferente en su propuesta: viajar hasta aquella antigua primavera «es el modo también de abordar con pie seguro nuestra época "imperial" como ahora se dice. Al llegar a sus playas vendremos de alguna parte». Para comprender los orígenes del presente, hay por tanto que invertir la mirada, fascinada desde hacía décadas por el momento de la grandeza imperial de España: «El prestigio de nuestro siglo de oro —político y literario— ha creado un españolismo de tizona y herreruelo, donde con la mejor intención, las virtudes esenciales de la casta se ponen en caricatura», escribe también en una notable pieza que tituló «En los nidos de antaño»[106]. Por lo cual —continúa— «conviene desviar los ojos un momento del siglo deslumbrador y gozar las flores de nuestra antigua primavera», que él saldrá a recoger a pleno siglo XIV, con ayuda de la *Antología*, de Menéndez Pelayo y de los documentos recogidos en los volúmenes del *Memorial histórico español*, que Manuel Danvila había publicado entre 1897 y 1900 y que, «evidentemente nadie, antes de Azaña, había leído, ni siquiera el mismo Manuel Danvila»[107].

La inmersión en la literatura y en las luchas entre la realeza y la nobleza del siglo XIV le llevará a la convicción de que «sustraerse a la impresión del siglo de oro, remontar a los orígenes es una obra saludable y además necesaria si queremos entender el siglo de oro mismo». Es posible, viene a reconocer, que en este siglo se sitúe el origen de la decadencia, como era lugar común de la historiografía liberal del siglo XIX, que consideraba la llegada de la monarquía austriaca, la Inquisición y la conquista de América como causas del empobrecimiento y degeneración de la nación española, y como fue tesis compartida por la literatura del desastre; pero lo que fue ese siglo de oro sólo se podrá entender plenamente si sabemos de dónde viene, si viene del fondo mismo de la historia de España o es, por el contrario, producto de una digresión de esa historia infligida por una potencia exterior: de la respuesta a esta cuestión dependerá todo lo que se esconde bajo «el problema de España», porque si el siglo de oro, el Imperio, viene del fondo de nuestra historia, entonces las causas de la decadencia son internas al proceso histórico español; pero si lo que se dice cuando se habla de siglo de oro es imputable a un factor externo, entonces la decadencia es producto de una digresión de la historia, que sólo se podría corregir si la nación vuelve a ser colocada sobre los raíles de los que nunca debió desviarse.

Azaña no ignora las respuestas que desde el siglo XVIII se han dado a ese problema. Por eso, al tiempo que polemiza con quienes han quedado deslumbrados por el oro refulgente en el siglo del Imperio y han sacado de él

un españolismo de tizona y herreruelo, proyecta un amplio programa de investigación para estudiarlo históricamente a partir de las polémicas suscitadas por los escritos de patriotas italianos contra la dominación española, los ataques y apologías por los Austria y los Borbón durante el conflicto por la hegemonía entre Francia y España, la literatura antiespañola derivada de la guerra en los Países Bajos, las campañas contra la colonización española de América, las respuestas de Feijoo, Masdeu, Forner y Llorente a la hispanofobia francesa de Raynal y Masson, hasta llegar a los liberales y reaccionarios del siglo XIX y los pesimistas y optimistas de la guerra del 98. Toma multitud de notas de los autores que han intervenido en estas polémicas y discute con quienes, como Sellés en *La política de capa y espada*, pretenden remontar el patriotismo a la Edad Media. El móvil de la Reconquista no es patriótico, le dice, es la recuperación del suelo; es la tierra, no la patria lo que buscan los señores feudales. Sellés incurre en anacronismo al suponer un móvil patriótico en Guzmán el Bueno o en el Cid, guiados en verdad por otro tipo de valores: el honor caballeresco, los vínculos de dependencia personal, el juramento de morir por el caudillo o señor. «¿De cuándo data la *invención* de la idea de patria y el sentimiento patriótico?», se pregunta entonces. Y la respuesta es clara: «la patria es moderna; supone la igualdad de los ciudadanos ante la ley; es democrática». Es la Revolución francesa la que inventa la idea de patria y el sentimiento que la acompaña**[108]**.

La cosa y el nombre, la invención de la idea y del sentimiento de patria, su modernidad, la concepción de la patria como igualdad de ciudadanos ante la ley: sin pretender que el autor de estos apuntes pueda contarse entre los precursores de los estudios más recientes sobre patriotismo —entre otras razones, por la muy evidente de que nadie sabía que los había escrito—, es claro que este mismo lenguaje se hará habitual, ochenta años después, cuando el interés por el reverdecimiento de los nacionalismos desplace a los análisis sobre los orígenes y el despliegue del capitalismo y del Estado, motivos centrales en la historiografía de la posguerra hasta principios de la década de 1970, y provoque un masiva dedicación y una impresionante bibliografía sobre los orígenes, las fases y los despliegues de las más diversas «identidades colectivas» nacionales. Azaña sostiene, y en este punto su pensamiento no hará más que afirmarse hasta su último discurso de guerra, que la patria es la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Lo cual no obsta para que simultáneamente defienda que los siglos en que se forjó el idioma fueron los que posibilitaron la expresión de un alma nacional, los siglos en los que por el lenguaje se creó la cosa y el nombre. Son testimonios de la

temprana y aparente contradicción que va a recorrer todo el discurso nacional español del Azaña político, que busca en la Edad Media la aparición de los padres verdaderos de la patria y rechaza, por anacrónico, el postulado del patriotismo como móvil de la Reconquista a la par que data en la Revolución francesa la invención de la patria.

En sus años de Ateneo, se ocupó con especial interés de investigar las respuestas que Sellés, Costa, Mallada, Altamira, pero también los literatos: Unamuno, Azorín, Baroja dieron a la cuestión de la decadencia y de todo lo relacionado con la literatura del desastre, como ya fue su propósito en los días de París. De todos ellos, a quien más trabajo dedicó fue a Ángel Ganivet, origen de una interpretación del pasado que, por confundir el sentido de la rebelión de los comuneros, irritó especialmente su sensibilidad histórica. Un día, quizá el 24 de enero de 1915**[109]**, puso manos a la obra y comenzó a escribir un ensayo «sobre la vida y escritos de Ángel Ganivet» como «parte de un plan más amplio que acabaré algún día si la amable indolencia no se opone». Lo que quería analizar en ese momento eran los libros más importantes escritos en los últimos quince años sobre la decadencia de España, «clasificar sus doctrinas, mostrar sus tendencias y, a ser posible, reducirlos a sistema», con el propósito de dar razón del «trastorno y mudanzas de la conciencia nacional» producidas por la revolución moral experimentada por los españoles con el fin de la guerra de las colonias**[110]**. Al final, parece que su primer plan de trazar una especie de genealogía del problema español tal como lo plantearon italianos, franceses y españoles fue cediendo, o reduciéndose a telón de fondo, ante su propósito de escribir un libro sobre la vida y la obra de Ganivet en el que diera cuenta de todo lo escrito desde principios de siglo sobre la decadencia de España. De todas esas lecturas, de las que nunca salió un libro, saldrá sin embargo una de sus preciosas conferencias en el Ateneo, ya en el último año del desempeño de la secretaría, en un ciclo dedicado a «Figuras del Romancero»**[111]**; un ensayo sobre Ganivet y su *Idearium*, con la reinterpretación del significado de la rebelión de los comuneros, y varios artículos sobre la generación del 98, publicados ya avanzados los años veinte en la revista *España* y recopilados más tarde con el título de uno de ellos: *¡Todavía el 98!*

Esa voracidad lectora y esa falta de constancia en los planes, que él mismo atribuye en una nota de su diario, de 15 de febrero de 1915, a su indolencia, a su falta de ambición, a la desconfianza originada en su deseo de acertar, a la falta de un maestro, y al influjo esterilizante de su grupo de amigos, podría reducirse a una más prosaica razón, que tampoco escapó a su

escrutadora mirada: la falta de compromiso público con la escritura. Azaña no vivía sometido a la disciplina propia del profesional que, por razón de oficio, tiene que escribir. No era catedrático de Historia en la universidad ni pertenecía como investigador al Centro de Estudios Históricos. Poseía, sin duda, todas las cualidades para haberlo sido si se lo hubiera propuesto y hasta para serlo a los treinta y cinco años si se lo proponía: curiosidad sin límites, gusto por el trato moroso, sin prisas, con documentos de archivo, capacidad y método de trabajo, lecturas sin tasa; más aun, estaba dotado de una singular memoria para retener el léxico, los nombres, las historias, las costumbres y morales de las diversas épocas que visitaba, fueran los ocasos de la Edad Media o los albores de la Moderna. Unidas a su afición por la escritura, a su vocación de *escritor*, y a su agudeza para discernir los problemas centrales de una época sin perder de vista la complejidad de su entramado, estas cualidades de carácter y de educación podrían haber hecho de él un gran historiador, capaz de ofrecer una serie de obras, únicas para su tiempo, sobre la rebelión de las Comunidades de Castilla o sobre la guerra de Cataluña, sobre Ángel Ganivet o sobre Juan Valera, sobre la generación del 98 o sobre Cervantes. No las dio, porque nunca se comprometió con ninguno de sus planes de trabajo hasta el punto de llevarlo a término, de darlo a conocer al público por escrito, con su nombre, sin valerse de seudónimos, en una edad en la que se define una profesión, lo que uno es por lo que uno hace, con su nombre y su cara, públicamente.

Una muestra más de esa versatilidad, de ese gusto por comprender el presente por medio de profundas y sensibles inmersiones en el pasado, fue la pieza dedicada a la ciudad que le vio nacer, Alcalá de Henares. El Ateneo de Madrid, tanto como a la política, concedía su atención y su tiempo a las letras y a las ciencias y, en la primavera de 1915, con Europa inmersa en su Gran Guerra mientras en España la opinión se dividía entre aliadófilos y germanófilos, el presidente de la Sección de Literatura, Francisco A. de Icaza, organizó una serie de conferencias de muy alto copete bajo el título genérico de *Guía espiritual de España*[112]. Comenzó el ciclo el 28 de marzo con la de Benito Pérez Galdós sobre Madrid, que fue leída por Serafín Álvarez Quintero y comentada por Luis Bello. José Ortega leyó el 4 de abril su conferencia «El Escorial. Meditaciones», que Azaña debió de escuchar con particular interés, por su evocación de Dionysios, dios del vino y de la danza; por su definición de patriotismo, como fidelidad al paisaje, a nuestra limitación, a nuestro destino; por su visión del monasterio como un esfuerzo sin nombre, sin dedicatoria, sin trascendencia; pero sobre todo por su

invitación a entrar en uno de los lugares sublimes de la tierra, el Jardín de los Frailes, que Ortega presentó a su auditorio, adelantando el título que Azaña dará después a sus artículos y a su libro, como un triunfo de la geometría; quizá también por la historia del mendigo hercúleo, vestido de andrajos pardos y con calzas de vellón, incrustada por Ortega en su relato, al modo en que Azaña gustará también de salpicar sus historias; y, en fin, por su despedida: «¡Agua del Escorial, que llega del interior del granito y viene fría y un poco cárdena como cuadra a la sangre batida por un corazón de piedra!»[113]. Gregorio Martínez Sierra se ocupó dos semanas después de Granada y Ángel Vegue Goldoni, de Toledo. Federico García Sanchiz, además de encargarse de la lectura de las páginas que Azorín preparó sobre La Mancha, habló de Valencia. De Santiago de Compostela trató Valle-Inclán; de Barcelona, Eduardo Marquina, y Blanca de los Ríos de Ávila.

Tan ilustre serie de oradores y de lugares finalizó con la conferencia del secretario del Ateneo, que evocó con un sentido lirismo los días del Campo Laudable y al maestro de su primera infancia, llevado a la ruina por la competencia que a su educación civil y liberal plantaron los escolapios. Alcalá revive en la evocación de Azaña como campo glorioso de los dioses griegos hasta que comienza, con la llegada de los jesuitas, la era de la erudición grotesca, sin ciencia ni emoción. Fue en otro tiempo vida, acción, movimiento con propósito y eficacia; luego, durante muchos más días fue rutina, quietud, pereza, aunque conservara en su recinto una esencia fuerte, generosa, como el aroma de un vino rancio. También eso se ha terminado, convertida la ciudad en sepulcro bien oliente de una momia sagrada. Alcalá de Santiuste, expuesta a las corrientes de aire, ha dejado de existir. Y aquel maestro, que había perseverado hasta el final a costa del menosprecio de convecinos, sintiéndose morir llamó a sus pocos amigos y les encargó que quemaran un buen montón de papeles escritos de su mano, que él había tenido la debilidad de conservar pero que estaban destinados al fuego. Trasunto de su yo, como en todos los relatos salidos de su pluma, Azaña se cuenta a sí mismo en el maestro de Alcalá, que conservaba también en el cajón de su mesa un buen montón de papeles destinados al fuego, aunque no sería él quien los quemara porque en ellos había ido dejando, casi día por día, las flores más espontáneas de su espíritu y «al intentar romperlos o quemarlos se detenía como si fuese a cometer una mutilación»[114]. La conferencia, tal vez por lo inesperado, por lo que revelaba de un sujeto encargado hasta entonces de administrar la institución, gustó: «¡Pero qué callado se lo tenía! ¡Si es usted un *literataso*…!», le decía Icaza[115].

Cipriano de Rivas Cherif, que asistía a la conferencia, vio en ella la expresión emotiva del paisaje en que, de niño, se había asomado Manuel Azaña al mundo, y al terminar le dijo, mientras el orador recibía calurosas felicitaciones, que no le había sorprendido. «No me sorprendió que los demás descubrieran lo que de él ya sabía», comenta Cipriano, recordando aquel día. Lo que no imaginaba entonces, aunque ya lo barruntaba, era que su emoción de aquella tarde le revelaría en Azaña «una sensibilidad pareja a la mía, tan recientemente huérfana del amigo dilecto de mi primera juventud», el poeta Fernando Fortún, muerto un año antes. Rivas Cherif había tenido su primer encuentro con Azaña una tarde de mayo[116], a propósito de un comentario sobre recientes arreglos acometidos por el nuevo secretario en el Ateneo, que Cipriano, recién llegado de Bolonia, había observado con disgusto, preguntando en voz bien alta: «¿Quién ha puesto esto tan feo?». Luego debió de asistir al pugilato entre Manuel Azaña y Sandalio Tendero, que le pareció un leguleyo ridículo que aburría a tirios y troyanos, y unos meses después, instado por Rafaelito Sánchez Ocaña, se acercó con varios amigos ateneístas a escuchar al secretario en el mitin reformista organizado en el Polistilo en los primeros días diciembre de 1913.

Literato muy precoz, Cipriano, que había nacido en Madrid el 13 de enero de 1891 —once años casi día por día después de que en Alcalá naciera Manuel Azaña— publicó su primer libro, *Versos de abril*, en 1907 bajo el seudónimo de Leonardo Sherif y con prólogo de Francisco Villaespesa, de quien, según contaba Enrique Díez Canedo a Juan Ramón Jiménez, supo «libertarse a tiempo sin dejarse explotar mucho». Listo, travieso, daba gusto verle reírse con cualquier pretexto, escribía también Díez Canedo, muy amigo de Vegue, Fortún y Rivas, a quienes en cierta ocasión les leyó un libro suyo «y la emoción se nos comunicó a todos». Muy sensibles, pues, aquellos jóvenes amigos estaban siempre dispuestos a emocionarse, especialmente cuando encontraban a alguien en quien sus almas se reflejaran. Frecuentó Cipriano también en esos años juveniles las tertulias de Villaespesa y de Martínez Sierra, en las que pudo tratar a Valle-Inclán, Felipe Sassone, Amado Nervo, Juan Ramón, Enrique Díez Canedo, Manuel Machado y, más adelante, Miguel de Unamuno, Santiago Rusiñol, José Francés, José Ruiz Castillo y Jacinto Benavente, entre otros[117]. Tanto disfrutaba del ambiente literario madrileño que su padre, el abogado Mateo de Rivas Cuadrillero, para que no se perdiera, solicitó para su hijo ante el cardenal de Toledo, y obtuvo, una beca que le permitió cursar estudios de Derecho en el Colegio de San Clemente de los Españoles, de Bolonia, en donde tomó conocimiento de la

existencia de Gordon Craig y de sus teorías renovadoras de la representación teatral, que compartió con su habitual entusiasmo.

No consiguió don Mateo torcer la natural inclinación de su hijo, que nada más poner de nuevo pie en Madrid —fuera en 1913 o en 1914— corrió a encontrarse de nuevo con sus amigos. Acompañando a Enrique Amado, Juan Lafora, Pedro Salinas y Antonio García Herreros solía acudir, a la salida del Ateneo, al café Granja El Henar para mantener su tertulia, frecuentada también por Manuel Azaña. De modo que, cuando escuchó su conferencia, había tenido tiempo y sobradas ocasiones para intimar con el secretario. Lo de aquel día fue, sin embargo, muy distinto al trato amistoso que habían mantenido durante aquellos meses. Oyéndole evocar los días de Alcalá de Santiuste y su Campo Laudable, Cipriano sintió una profunda emoción que transformó por completo y para toda la vida su relación con aquel hombre, once años mayor que él por la partida de nacimiento, algunos más por el aspecto, siempre juvenil en Cipriano, prematuramente envejecido en Manuel. Y aunque tardaron tres años en cumplirlo, se prometieron aquel día ir juntos a Alcalá de Henares, que Cipriano no conocía. Nacía así una amistad particular, que daría mucho de qué hablar y que determinó en una medida, entonces imposible de sospechar, la vida, los trabajos y el destino de los dos amigos.

7. PRIMEROS PASOS DE UN REFORMISTA

La actividad de Manuel Azaña como secretario del Ateneo de Madrid, que devolvió a la institución estabilidad y lustre, saneó sus cuentas e incrementó de manera sustancial los fondos de su biblioteca y su dedicación a la historia del siglo XIV y a la literatura del desastre, con especial atención a la obra de Ángel Ganivet, se vio acompañada de inmediato, tras su regreso de París, por su pronta incorporación al Partido Reformista. Eran tiempos de gran efervescencia política entre los elementos jóvenes que se encontraban a diario en las instituciones culturales radicadas en un limitado espacio de la capital —redacciones de periódicos y revistas, bibliotecas, nuevos centros dependientes de la Junta para Ampliación de Estudios, Ateneo, tertulias más o menos institucionalizadas en torno a valores ya consagrados— y que percibían con expectante asombro los síntomas de agotamiento del sistema canovista. En enero de 1913, dos meses después del asesinato del liberal José Canalejas, el todavía jefe del Partido Conservador, Antonio Maura, agraviado desde los días de la Semana Trágica por las campañas del Bloque de Izquierdas e indignado por el nombramiento como presidente del Gobierno de otro liberal, el conde de Romanones, había recomendado a Alfonso XIII que buscara, entre los conservadores, un político «idóneo» para seguir con el juego del turno. Ocurría en enero de 1913, el mismo mes en que Ortega, tras su particular arreglo de cuentas con las gentes del 98, enunciaba como tarea de la nueva generación que por entonces llegaba a la mitad del camino de la vida, o sea, la que cumplía, como él, los treinta años de edad, la necesidad de «hacer la experiencia monárquica». Entendía Ortega que la labor de destrucción, de romper ídolos, de irrumpir como salvajes en el páramo español estaba ya realizada y que era preciso hacer algo, pasar a otra cosa[118].

En el momento en que Ortega proponía a la gente de su edad esa nueva tarea, muchas cosas estaban cambiando en la sociedad y en la política españolas. Las ciudades crecían y se transformaban, los extrarradios se inundaban de un proletariado que comenzaba a incorporarse masivamente a los sindicatos y a movilizarse en huelgas generales; los ensanches se

ocupaban a buen ritmo, recibiendo a una clase media de nuevo tipo, más profesional, más diversificada que la del siglo anterior; los jóvenes hacían visible su presencia en las calles de las ciudades, en los cafés, los ateneos, las sociedades literarias y científicas; las mujeres comenzaban a entrar en las fábricas, más aún en las oficinas y llamaban a las puertas de la Universidad. Las viejas ciudades dormidas se desperezaban con el ruido de los trenes que desembarcaban pasajeros y mercancias en las nuevas estaciones de ferrocarril, el traqueteo de los tranvías eléctricos que hacían sonar sus campanillas por las calles, los barullos ante las nuevas salas de teatro, la apertura de cines, el ir y venir en torno a los grandes hoteles a la moda francesa, los mercados y hospitales. La higiene y la comodidad habían llegado a las nuevas edificaciones y, con ellas, el cambio de costumbres: ascensores y cuartos de baño con sus bidés y su agua corriente en las casas de nueva construcción eran los signos del progreso de los nuevos tiempos.

Y en la política, desde 1909 y la revolución en Barcelona contra el embarque de soldados a Marruecos, nada fue ya igual. Apoyados en la conjunción con los republicanos, se había iniciado desde 1910 la incorporación de los socialistas de Pablo Iglesias a la política parlamentaria y la apertura de las Casas del Pueblo a la presencia y la colaboración con profesionales e intelectuales de clase media: en la Escuela Nueva, animada por Manuel Núñez de Arenas, impartieron por esos años conferencias, entre otros, Pablo de Azcárate, Ramón Carande, Américo Castro, Lorenzo Luzuriaga, Gregorio Marañón, Enrique Martí Jara, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas. De la «revolución por arriba» que había sido el banderín de enganche de las clases conservadoras levantado por Antonio Maura, ya nadie se acordaba. Más bien sucedía lo contrario, que se había acelerado el proceso de disolución de la vieja política, la de los partidos turnantes, incapaces, tras el asesinato de Canalejas, de ponerse de acuerdo sobre a quién tocaba presidir el gobierno y fragmentados en facciones en torno a los notables, los primates que, con la oreja puesta en Palacio, actuaban más como líderes de facción que como dirigentes de partido. En fin, y más importante para la joven generación, se iniciaba la experiencia del reformismo, con la estocada propinada por los republicanos gubernamentales, liderados por Melquíades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, a la conjunción republicano-socialista y la convocatoria dirigida, en abril de 1912, por el mismo Álvarez a esa juventud nueva para sumarse a la acción política por la democratización de la monarquía, dejando de lado la cuestión de la forma de gobierno.

El monarca, por su parte, parecía dispuesto a abrir una puerta a la esperanza de renovación del sistema con la resonante visita a Palacio de tres distinguidos intelectuales de la generación mayor el día 14 de enero de 1913: por la mañana, a las 11.30, recibió a Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico y de acentuada significación republicana, con quien habló de cuestiones educativas, levantando gran alborozo en la Institución Libre de Enseñanza y, en su visitante, la impresión de que deseaba elevar el nivel intelectual de España. Luego, a las 12.45, entró Santiago Ramón y Cajal, acompañado de José Castillejo, presidente y secretario, respectivamente, de la Junta para Ampliación de Estudios, una visita que a nadie extrañó y que giró sobre cuestiones científicas y sobre la organización y el desarrollo de la Junta y de sus iniciativas, entre las cuales destacaba, sobre todo, la Residencia de Estudiantes, por la que mostró el rey particular interés. Y para rematar el día, llegó a Palacio, a las 17.50, Gumersindo de Azcárate, una visita que produjo sorpresa y sensación, porque si, oficialmente, a quien recibía el rey era al presidente del Instituto de Reformas Sociales, nadie ignoraba que Azcárate se significaba, desde que accedió al Congreso de los Diputados por la circunscripción de León en abril de 1886, por su militancia republicana, bien que templada, de signo gubernamental, o sea, partidario de gobernar con la monarquía con sólo que la monarquía entreabriera las puertas a la democracia. Don Gumersindo quedó encantado con la entrevista porque el rey mostró hacia él toda suerte de atenciones y deferencias, aunque no por eso dejara de recordar a la nube de reporteros que recogían sus impresiones que él salía de Palacio tan republicano como había entrado[119].

Un detalle no pasará inadvertido, sobre todo en el mundo católico, inquieto ante los progresos de la Institución Libre de Enseñanza, como tuvo ocasión de comprobar Manuel Azaña cuando se encontró al padre Montes en una de sus excursiones a El Escorial y estuvieron un rato de charla: «No faltó una alusión a la Institución. Es la obsesión»[120]. Era, en efecto, la obsesión del mundo católico, inquieto por el hecho de que, por una u otra razón y con distinto grado de parentesco espiritual, los tres visitantes tenían algún vínculo institucionista. No había ni que recordarlo de Cossío, que a estas alturas era con Francisco Giner la Institución en persona; Cajal presidía la Junta para Ampliación de Estudios, que era hija y algo más de la Institución, con un convencido gineriano, José Castillejo, de secretario; y Azcárate fue durante muchos años vicepresidente de la junta directiva de la Institución, que había presidido desde el curso 1879-1880 Segismundo Moret, a quien sucedió en la presidencia. Por lo demás, la impronta de la Institución en este periodo de

«expansión influyente»[121] era fuerte en los elementos más activos de la nueva generación, que no se habían incorporado a la acción política por una especie de repulsión instintiva al sistema del turno, calificado de farsa y fantasmagoría, pero que pretendían influir en la política desde plataformas propias de la sociedad civil. José Ortega así lo creía y, a pesar de su juventud y de no venir de la Institución sino de su mortal enemigo, la Compañía de Jesús, había elevado a los altares de la santidad laica, junto a Pablo Iglesias, a Francisco Giner[122], y Ortega era ya maestro reconocido de la nueva generación que bullía por Madrid y de la que nadie dejaba de hablar.

Unos meses después de la espectacular visita al rey de estos tres intelectuales de la generación mayor, un grupo de jóvenes de la nueva generación sale de su aparente indiferencia para los asuntos políticos, da un paso adelante y se lanza a la palestra con un «Prospecto de la Liga de Educación Política Española» que comenzó a circular a mediados de octubre de 1913 con «las firmas de varios jóvenes ilustres», como los definía *El Socialista* al comentar su aparición[123]. Algunos de estos jóvenes ilustres eran los mismos que se venían reuniendo los jueves por la noche en el local de la Asociación de Profesores de Orquesta, en la calle de Abada, al que concurría Constancio Bernaldo de Quirós y «un grupo de amigos que reconocían la presidencia de Ortega», y que se instalaron luego en el Real Aéreo Club[124]. Fueran o no exactamente los mismos, los nueve que aparecían con su firma al pie del manifiesto eran, por este orden: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, Constancio Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. De ellos, nada menos que cinco —Ortega, Gancedo, De los Ríos, Antonio Vinent y Portuondo (para todo el mundo, marqués de Palomares del Duero) y Palacios— eran miembros del patronato de la Residencia de Estudiantes, una creación principal de la Junta para Ampliación de Estudios, nacida «chiquitita en la calle de Fortuny, en la acera de los pares, en su último tramo, inmediato al Obelisco», como la recordaba Ramón Carande, pero decidida desde agosto de 1913 a emprender el vuelo hasta los altos del Hipódromo[125]. Ciertamente la Junta no era *de* la Institución y en su patronato se sentaban personajes de las más variadas procedencias ideológicas y afinidades políticas, pero se situaba *entre* la Institución y la generación del 14, que ya no es de la Institución, aunque algunos de sus miembros fueran protagonistas de este logro de la Institución que fue la Junta[126].

A esta especie de matriz institucionista en la que germinó el proyecto de liga orteguiana, se irá añadiendo una larga lista de intelectuales con una nota común: casi todos habían participado en el banquete de homenaje a Melquíades Álvarez, celebrado año y medio antes, en abril de 1912, en el Palacio de la Industria, del parque del Retiro, de Madrid[127]. Por eso y por la dirección en que se situaba el manifiesto, claramente reformista en su lenguaje y en sus propósitos, terminaba *El Socialista* su comentario al folleto con una curiosa advocación: «No, por Dios, jóvenes de la Liga. Todo, menos melquiadistas». ¿Melquiadista Manuel Azaña, que no asistió al banquete en honor de don Melquíades —residía por entonces en París— pero que firmó en lugar destacado el *Prospecto*, escrito con su estilo inconfundible por José Ortega? Como señaló Juan Marichal en su día, «no deja de ser marcadamente significativo el ver en esta breve lista como firmantes a Ortega y Azaña». Significativo, pero no sorprendente: Azaña era ya un hombre maduro que había adquirido cierta notoriedad en los círculos intelectuales madrileños por su defensa de la gestión de Segismundo Moret y por sus diversas actuaciones al frente del Ateneo, que por entonces Ortega frecuentaba. Como cada cual, también Azaña se había planteado los problemas más acuciantes del momento: la masa, la cuestión religiosa y la secularización de la sociedad, la crisis del 98, el célebre problema español, los obstáculos opuestos por los estamentos tradicionales y por el caciquismo a la democratización del Estado, la influencia de Francia en la cultura española, la accidentalidad de las formas de gobierno, la decadencia. Lo había hecho como resultado lógico, casi obligado, de su liberalismo templado, de su reivindicación de la democracia, de su interés por la cuestión social, de su confianza en la razón y en la ley como instrumentos del progreso social, y de la llamada a la responsabilidad y a la acción política de ciudadanos capaces de asumir su condición de cuerpo electoral para erosionar el caciquismo. Más aún, en su curso de doctorado y por su presencia en el Ateneo, Azaña, que no procedía de la Institución y que nunca tuvo mucho que ver con su legado, había estrechado relaciones de amistad con gente de su generación que sí estaba vinculada a ella: Pedregal, Uña, Hoyos, Barcia. Por todo ese bagaje de pensamiento, de actitud política y de amistades no estaba lejos, en 1913, de los postulados fundamentales del prospecto redactado por Ortega, ni de sus amigos: fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas, vincular la suerte de España al avance del liberalismo y al proyecto de nacionalización, agruparse con el propósito de ejercer algún tipo de actuación política que abriera, sin salir de la monarquía, las puertas a la democracia.

Tampoco estaba muy lejos Azaña, por un lado, del rechazo de los partidos dinásticos y de la crítica a los partidos republicanos y al socialista y, por otro, de la sugerencia de aproximación, algo crípticamente descrita en el *Prospecto*, a «aquellos partidos de gobierno que circunstancialmente coincidan con nuestras opiniones», es decir, al Partido Reformista. Dicho de otro modo: entre la revolución propugnada, cada cual a su modo, por socialistas y por republicanos, y la vieja política de conservadores y liberales, una nueva opción apuntaba, cargada de expectativas: la reforma. Suscribir el folleto de Ortega era la vía más practicable para incorporarse desde una plataforma autónoma a un partido que había enunciado por boca de su líder la voluntad de acceder al gobierno para proceder a una especie de revolución sin sangre, sin compromiso con el sistema del turno ni con ninguno de los partidos dinásticos y con el propósito de colaborar con la monarquía si el rey renunciaba a compartir la soberanía con las Cortes y se avenía a abrir un proceso de reforma constitucional. Podía, tal vez, sentir Azaña respecto a Ortega alguna discrepancia por su énfasis en la política como pedagogía social, en el peso que los pedagogos —y de su tendencia a desplazar el acento de la política a la educación, del Estado a la Escuela— tenían en el proyecto orteguiano y en la noción de intelectualidad como minoría selecta con una tarea educativa por delante, unos conceptos a los que no había prestado una atención específica; pero en aquel momento, otoño de 1913, lo que importaba no era aclarar tales conceptos o discutir acerca de los énfasis, sino intervenir como grupo en política. Y la Liga, a la que se adhirieron todos sus amigos, era el tipo de organización más adecuada a aquel empeño.

De manera que Azaña se sumó a aquella «enorme legión de jóvenes y de gente moderna que no rinden culto a la forma, pero a quienes les parece enteco y pobre vuestro liberalismo, que quieren reformas hondas, progresivas», a la que Melquíades Álvarez se había dirigido desde el Parlamento en el célebre discurso que enunció las líneas generales de actuación del nuevo partido[128]. Y legión enorme fue, en efecto, la que asistió al nuevo banquete ofrecido al líder reformista el 23 de octubre de 1913, muy pocos días después de que Ortega y el resto de firmantes pusieran en circulación el manifiesto de la Liga, un detalle que no pasó por alto porque fue en el banquete donde se procedió por vez primera al reparto del folleto. En los salones del hotel Palace, que recién acababa de abrir las puertas situadas en el chaflán entre Duque de Medinaceli y Carrera de San Jerónimo, a un paso no más de los leones del Congreso, el nuevo Partido Reformista, en palabras de su jefe, tomó carta de naturaleza y allí hizo acto de presencia la

intelectualidad al completo, «abogados, catedráticos, hombres de ciencia, periodistas, artistas, empleados y muchos jóvenes ateneístas». El menú no defraudó: entremeses, huevos revueltos con *champignons*; salmón del Rin moscovita; vaca al horno a la italiana; helado sorpresa, galletas, frutas, café, licores. En la presidencia, con Melquíades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, una lucida representación de parlamentarios reformistas: Benito Pérez Galdós, Rafael Rodríguez Méndez, José y Luis de Zulueta, Juan Caballé, Emilio Junoy, José Manuel Pedregal, Laureano Miró, Cándido Lamana, Tomás Romero. Habló Fernando González, austeridad del apóstol; habló don Benito, efusión del vidente; habló Rodríguez Méndez, rector de la Universidad de Barcelona, y habló Azcárate, nobilísimas palabras[129], en las que esgrimió la ventaja de ser un setentón, hombre con experiencia, todavía conmovido porque el rey le había llamado meses antes a Palacio y le había dicho que su —el del rey— amor a España era tan grande, tan grande, que si mañana venía la República, ofrecería su espada a la República. Los comensales, entre los que se contaban José Ortega, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Luis de Hoyos, Gustavo Pittaluga, Rafael María de Labra, Pedro Salinas, Augusto Barcia, Manuel García Morente, Enrique Díez Canedo, y así hasta dos mil, prorrumpieron en aplausos frenéticos. El rey —testigo don Gumersindo de Azcárate— ya había dejado de ser uno de los obstáculos tradicionales: el camino del reformismo, o sea, del republicanismo que no le hacía ascos a gobernar con la monarquía, se presentaba por completo expedito aquel mediodía de 23 de octubre de 1913. Álvarez, en su discurso, lo confirmaba con sus probadas dotes oratorias: no voy yo a la monarquía, dijo; es la monarquía la que viene a mí. Al oír estas palabras, la emoción fue muy grande; el entusiasmo, indescriptible. En los salones del Palace, signo de modernidad a la francesa por más que la casa matriz fuese belga, había tenido lugar el hecho de mayor trascendencia registrado en la historia política de España desde los días de la Restauración: había nacido para «nuestra política una fuerza de la que en adelante será imposible prescindir»[130].

Manifiesto y banquete, ambos de octubre de 1913, contaron como primera o bautismal acción política de aquella generación a la «que podemos llamar de 1914», como escribió años después, desde el exilio, uno de los asistentes, Lorenzo Luzuriaga, también pedagogo, un gremio en pleno auge, al atribuirle «el intento de crear no sólo una nueva modalidad de la cultura española, sino también un nuevo estilo de vida, una nueva sensibilidad para los problemas políticos y sociales y aun para la vida cotidiana, un enriquecimiento de la concepción del mundo y una ampliación del horizonte mental»[131]. Manuel

Azaña se identificó, manifestando un entusiasmo poco habitual en él y algo impropio del funcionario facultativo harto de papeles que ya se sentía ser, con aquella generación que «vio en el nuevo partido una organización de moldes tan modernos y amplios que sintió renacer en su alma la esperanza y vislumbró la posibilidad de que sus ideas radicales, radicalísimas, encontraran campo donde holgadamente pudieran desenvolverse» como dijo en su primer discurso como flamante miembro del Partido Reformista. Lo pronunció en los primeros días de diciembre en el Polistilo, un salón de baile con un teatrillo, que uno de los asistentes al acto, Cipriano de Rivas Cherif, recordaba como un *skating ring*, situado en el número 28 de la calle Villanueva, dentro de un ciclo de «Conferencias Reformistas» programado para los diferentes distritos de Madrid. Contados fueron sus oyentes, distraídos además por los patinadores del salón contiguo. Pero el orador no se amilanó, salió al estrado con su aire desgarbado, los pantalones algo cortos por lo arrugados, se encogió de hombros penetrado de la inanidad de aquella velada, se caló sus lentes y sus palabras comenzaron a fluir encadenadas por el rigor lógico en un «discurso eminentemente persuasivo, expresado en el vocablo justo, concreto y, por lo tanto, alto, sonoro y significativo, es decir, noble, entonado y preciso», o al menos así era como lo recordaba décadas después Rivas Cherif[132].

En este primer discurso como miembro de un partido político, Manuel Azaña no se limitó a reivindicar la democracia parlamentaria, sino que aprovechó la ocasión para insistir en su idea de un Estado soberano, laico, órgano de la cultura e instrumento de la justicia social y para trazar la estrategia necesaria a la obtención de tal objetivo. Muy limitado en su implantación, aunque contando con valiosos elementos de la nueva clase profesional, el problema consistía, según Azaña, en decidir con quién podrían los reformistas llevar a cabo la construcción de tal Estado. ¿Con los socialistas y republicanos?, se pregunta. Y la respuesta es negativa: «A ellos nos unen vínculos sustanciales, lazos poderosísimos, empeños comunes», admite, «pero nos separa el no subordinar a un eventual cambio de régimen la obra de renovación que queremos realizar urgentemente, inaplazablemente». Concedía Azaña que se podía ser revolucionario veinticuatro horas, pero que era «ridículo, a más de ser estéril, titularse revolucionario veinticuatro años». Republicanos y socialistas perdían el tiempo y la razón al posponer su obra a la caída de la monarquía: no se puede ser revolucionario permanentemente. Azaña consideraba que la revolución, «que es santa cuando destroza a un régimen que denigra y oprime a un pueblo, es inicua, criminal, cuando no se

acopla al poder que le brinda su colaboración». También participaba él del supuesto de que el rey había brindado su apoyo al reformismo. Pero eso, el reformismo, es ahora «la revolución sin sangre», una revolución realizada por los medios legales, idea que ya le rondaba la cabeza cuando, diez u once años antes decía sus primeros discursos en la Academia de Jurisprudencia[133].

Pocos días después de su conferencia en el Polistilo, «el futuro diputado por el distrito y secretario primero del Ateneo de Madrid», como presentaba *El Imparcial* a Manuel Azaña, recibió a las puertas de su ciudad natal, junto al comité local de su partido y gran número —que ya sería algo menos— de correligionarios alcalaínos, a su jefe político, Melquíades Álvarez, para acompañarle en un mitin de propaganda reformista en la tarde del domingo, 21 de diciembre de 1913. A la tribuna de oradores subieron también el culto obrero y concejal del Ayuntamiento de Alcalá, Antonio Fernández, el alto poeta Enrique de Mesa, el joven consejero de Instrucción Pública, Flores Posada y el joven y elocuente orador Augusto Barcia. La presencia de Manuel Azaña fue recibida con una «estruendosa salva de aplausos, prueba de la estimación, simpatía y crédito que goza entre sus paisanos el ilustre alcalaíno». Aclamado con gran entusiasmo, no hizo nada por rebajarlo, todo lo contrario: aprovechó la oportunidad para proceder a una «verdadera disección de la organización caciquil española que tuerce la voluntad de los ciudadanos y ahoga entre sus redes a los labriegos españoles». Frente a esa situación, el espíritu radical del reformismo habrá de operar «una verdadera transformación de la organización española sin acudir al fantasma de una revolución sangrienta». Azaña es reformista en la medida en que su partido propone una radical transformación de la sociedad: con esa afirmación, completaba lo dicho en el Polistilo porque «la verdadera transformación de la sociedad española» sería de todo punto imposible si para emprenderla había que acudir en alianza con el Partido Liberal, al que atribuyó la comisión de «verdaderas atrocidades» por haber falseado los principios de su credo político. Ni con socialistas o republicanos, por su izquierda, ni con liberales, por su derecha, el Partido Reformista debía acometer con sus propias fuerzas aquella radical transformación porque, de otro modo, será inevitable la revolución sangrienta y el antecedente que tenía a la vista, la Semana Trágica de Barcelona, no le gustaba nada. Reformar hasta el fondo, hasta la raíz, sin esperar a la caída de la monarquía pero sin fundirse en un abrazo con los liberales: ésa era la revolución sin sangre tal como quedó formulada, en su objetivo y en su estrategia, por Manuel Azaña en sus discursos como reformista a finales de 1913[134].

El entusiasmo por la acción política emprendida tendría que pasar por la prueba de fuego de las elecciones generales, convocadas para el 8 de marzo de 1914, tras el cambio de situación decidida por el rey en un intento, ahora sí, de volver al turno despidiendo a Romanones el 27 de octubre de 1913 e iniciando una nueva situación conservadora con el encargo de formar gobierno a Eduardo Dato, que nombró ministro de la Gobernación, puesto clave para el manejo del encasillado, a José Sánchez Guerra. Era la primera vez que el Partido Reformista concurría a unas elecciones, aunque para la mayor parte de sus candidatos no era nueva la experiencia, pues se habían presentado en convocatorias anteriores como republicanos «gubernamentales», corriente desgajada, a la vez que el Partido Republicano Radical, de Alejandro Lerroux, del tronco común que fue por breve tiempo la Unión Republicana. Las elecciones se saldaron con resultados que habrían sido decepcionantes si no fuera porque todos los esperaban y como eran de prever, no sólo por la limitada implantación social del reformismo, sino porque allí donde el nuevo partido consiguió algunos de sus diputados fue a costa de aceptar el encasillado o la protección del Ministerio de la Gobernación. En Asturias, enfrentados a la conjunción republicano-socialista, fue donde más escaños cosecharon, en las personas de Melquíades Álvarez, Ramón Álvarez Valdés, Enrique Corujedo y José Manuel Pedregal; otros dos salieron por la circunscripción de Barcelona, Laureano Miró y José Zulueta; y uno por Canarias, Benito Pérez Galdós; León, Gumersindo de Azcárate; Tarragona, Juan Caballé; Lérida, José Llari; Zaragoza, Cándido Lamana, y Badajoz, Juan Uña completaban la minoría reformista en el Congreso. Si se exceptúa este último, todos los demás no acudían a las elecciones ni obtenían escaños por vez primera y algunos, como Galdós, Azcárate y Álvarez, repetían circunscripción o escaño desde el siglo anterior, o sea, que prácticamente tenían su escaño en propiedad[135]. Mostrar con una renovada minoría parlamentaria que el Partido Reformista era realmente un nuevo partido quedaba, pues, para mejor y futura ocasión: de momento, eran los mismos, con procedimientos similares, los que volvían al Congreso, aunque ahora con otro nombre puesto que el de republicanos dejaba oficialmente su lugar al de reformistas.

Manuel Azaña había mostrado desde el verano anterior a sus amigos de Alcalá su deseo de presentarse como candidato a diputado por ese distrito, y el comité reformista local publicó el 11 de enero un manifiesto con su candidatura «dirigido al distrito por don Manuel López Linares como presidente del expresado comité, don Mariano de Pedro, don Gregorio

Gallego, don Mariano Alarcos y otros que emprendieron su campaña frente al candidato conservador, don Atilano Casado y don Pedro Vicente Buendía, que contaba con el apoyo del partido romanonista», según cuenta Anselmo Reymundo Tornero. A la vista de la situación, Melquíades Álvarez parece haber intervenido enviando a Manuel Azaña una nota en la que le decía: «Queda usted en libertad de hacer lo que estime más conveniente para la paz de su pueblo y para su satisfacción personal». Con Atilano Casado, que era primo suyo, enfrente y con un candidato de la facción romanonista al lado, pero sin ceder la plaza, prefirió Azaña retirar su candidatura antes del comienzo de la campaña electoral para evitar «que su nombre sembrase entre sus paisanos enojos y rencillas»[136]. Ausente de la contienda tras el fallido intento, las elecciones se saldaron con el triunfo del candidato conservador, su señor primo Atilano Casado Moreno, que se llevó 6392 votos de los 11 523 votantes que acudieron a las urnas y de los 14 726 electores que daba el censo[137].

Quizá como parte de la campaña emprendida a finales de diciembre, algún artículo enviado a *Eco de Alcalá* confirma la progresiva radicalización de sus posiciones políticas que ya podía percibirse desde sus primeros discursos como miembro del partido. En el publicado dos semanas después de las elecciones, Azaña dibujaba con trazos gruesos la situación política de España: a un lado, la gente corrompida que gobierna a un país económica y moralmente atrasado; de otro, una minoría de personas cultas, civilizadas, «que han estudiado comparativamente la situación de su patria y tratan de apoderarse del mando para colocar a la nación al mismo nivel que el resto de Europa». No era la primera vez que esto ocurría, pero las anteriores, el gobierno de Carlos III y la primera época constitucional de 1812 fracasaron, no por culpa del pueblo sino del rey, despreciable y cobarde tirano que dejó sembrada España de la guerra civil en la que se consumió todo el siglo XIX. ¿Fracasará ahora también el nuevo intento de europeización?, se pregunta Azaña. Y la respuesta es que no, si se aprovechan las lecciones de la experiencia y de la historia. Y una de ellas, muy principal, es que las nuevas generaciones que habrán de encargarse de esa obra se forman en las escuelas. ¡Apoderémonos de la escuela!, concluye. Tal parece en boca de Manuel Azaña el lema de la política nueva: hay que conquistar el mando para apoderarse luego de la escuela. Cuando ambas metas se hayan alcanzado podrá iniciarse el camino que coloque a la nación española al nivel del resto de Europa[138].

El magro resultado electoral obtenido por los reformistas no redujo el entusiasmo entre los adscritos a la Liga de Educación Política, que alcanzó su punto culminante con ocasión de la conferencia pronunciada por Ortega en el teatro de la Comedia, de Madrid, dos semanas después de las elecciones, el 23 de marzo de 1914, un mes muy cargado de emociones políticas y, para Ortega, familiares: su hija Soledad había nacido el día 2. Por la mañana del 23, *El Imparcial* anunciaba en primera página la conferencia asegurando que el acto había «despertado vivísimo interés entre la intelectualidad española» y profetizando que sería «trascendental para la orientación política de nuestra juventud», un augurio que quizá guarde alguna relación con el hecho de que Ortega tuvo abuelos en *El Imparcial*, pero que respondía también a la excitación del momento. *Vieja y Nueva Política* se denominó el evento, con un título muy elocuente pero nada nuevo: si la metáfora de las dos Españas, joven y vieja, había sido muy querida a Costa y Maeztu, en la de vieja y nueva política resonaba el eco de *La política antigua y la política nueva* de Giner de los Ríos: tal sería la genealogía ideal del acto de la Comedia, una mezcla de Giner y Costa en la retorta de un intelectual que saltaba por encima de la generación intermedia, la del 98, a la que acusaba de haber quemado la casa del padre y haber huido despavorida de la heredad por el incendio. Pero Ortega no mostró preocupación alguna por el hecho de que su público —en el que destacó la presencia del mismo Francisco Giner— pudiera percibir ecos del pasado en lo que él venía a proponerle para el futuro: tanta era la impresión de novedad, de momento fundacional que transmitía a su auditorio, calificado en todas las crónicas como lo más saliente, lo más granado de la intelectualidad, que habría sido imposible que algún respondón hubiera saltado diciendo que todo eso ya lo habían oído y que hasta se lo sabían de memoria. Con su pretensión de totalidad y su connotación más profesional que artística o literaria, lo nuevo radicaba en que Ortega se dirigía a los «nuevos hombres privilegiados de la injusta sociedad: médicos, ingenieros, profesores y comerciantes, industriales y técnicos», que de su boca creían oír cosas nuevas aunque fueran viejas. Ése era el nuevo tipo de intelectual, que en otras latitudes y algo después Gramsci veía elevándose sobre la base de una educación técnica, íntimamente relacionada con el trabajo industrial. Gentes nuevas en su privilegio, notables ya por su cantidad y su calidad, con una posición conquistada a base de conocimiento y ejercicio profesional, muchachos universitarios, como dirá *ABC*, a propósito también del discurso de la Comedia, que han salido pensionados a Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, que han sentido cierto rubor internacional, y que a su vuelta

se han ido «apoderando de la cátedra, el laboratorio, el libro y el periódico»[139].

En los surcos de esa intelectualidad conquistadora, convertida en emocionada muchedumbre, lanzaba Ortega la semilla con ademán soberano, escribía también *ABC*, contaminado por el lenguaje del filósofo. Su siembra estaba lejos de la mera protesta, como era habitual en la generación anterior. Tampoco, a diferencia de Azaña, le seducía la idea de hacerse con «el mando», ni le parecía que fuera el gobierno el «órgano único y decisivo de la vida nacional». Hay que exigir mucho mayor rendimiento a la máquina del Estado, sí; pero «queda por exigir mucho más a los otros órganos nacionales que no son el Estado… que es la libre espontaneidad de la sociedad». Y ahí es donde la nueva clase debe poner su empeño, en crear «órganos de socialidad, cultura, técnica, mutualismo, vida, en fin, humana en todos los sentidos». No es que Ortega desdeñe la política o no quiera hacerla, al menos en este momento de su vida, sino que de acuerdo con su percepción de la escasa densidad de la sociedad española, la nueva clase tiene que echar sobre sus hombros una tarea previa: hacer sociedad, organizarse como minoría selecta. No era el poder, ni el gobierno, lo que importaba, sino el trenzado de la trama sobre la que después se podrá ascender desde una sociedad más densa hasta un Estado más eficaz. Ortega pospone la urgencia de conquistar las instituciones políticas o desde las que se pueda influir en la política, de la que ya había hablado Azaña en Madrid y que era la práctica de los intelectuales catalanes en Barcelona, en favor de la organización de la minoría selecta en el terreno que le es propio: la reconstrucción, en nombre de la emergente clase profesional, de un discurso de totalidad, un discurso de nación, que la legitime para emprender la gran tarea de educar a la masa.

En aquel teatro de la Comedia, tal como lo recordaba Ramón Carande, Ortega causó una «enorme impresión al hablar de la radical antinomia existente entre lo que imperaba en la vida política y lo que exigían apremiantes necesidades». Asumía su papel de incitador, quería desembarazarnos de lo caduco, despertar fuerzas dormidas. Los aplausos fueron estruendosos, las adhesiones, numerosas, las promesas orales, incalculables. Un joven que le escuchaba y que atravesaba una crisis de desesperanza, Luis García Bilbao —«la cabeza redonda, no muy grande, el pelo negro cortado al rape, encendidas la frente, nariz y mejillas, el resto de la cara azulado por el tupido pelo de la barba y bigote cuando estaba recién afeitado, ojos de miope con gafas de armadura metálica, la talla media, el cuerpo desgarbado y el paso ágil, con brazos pendulares y manos enormes»—

sintió al oírle una profunda conmoción y fue a verle para poner a su disposición el dinero que había recibido en una reciente herencia con objeto de que promoviera «la política preconizada en la conferencia»[140]. Ortega fundó con ese dinero la revista *España*, que el 29 de enero de 1915 saludaba al lector y decía: «Nacido del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario *España*». Hacían la revista gente «ni del todo moza ni del todo vieja», que había asistido desde 1898 al desenvolvimiento de la vida española sin haber recibido en ese tiempo más que impresiones ingratas. Cuanto más patriotas éramos, más enojo sentíamos, sigue el saludo, que acaba por preguntar si lo que había detrás de todo aquello era un partido. No, «no somos de ningún partido actual porque las diferencias que separan unos de otros responden cuando más a palabras y no a diferencias reales de opinión. Hay que confundir los partidos de hoy para que sean posibles mañana nuevos partidos vigorosos»[141].

Esto escribía Ortega a finales de enero de 1915 en *España*, una empresa colectiva hasta el punto de que alguien llamó «generación de *España*-1914» a quienes vivieron entonces «todas las esperanzas posibles en torno de ciertos nombres»[142]. El primer día de ese mismo mes, festividad de Año Nuevo, Azaña anotaba, con cierta pesadumbre, en una página de un diario interrumpido desde su vuelta de París en octubre de 1912: «El año pasado, por ahora, hervíamos en política». De ese estado de ánimo no le saca, cuatro días después, la junta con Labra y los demás señores del Ateneo, en la que se pierde el tiempo divagando gravemente: «si yo no los empujase, no acabarían nunca». Labra, sobre todo, que habla y habla… siempre en el mismo tono. No es Azaña solo quien lo piensa; años después, en enero de 1919, Constantino Román Salamero presentaba a Labra como un orador que, «cuando sus oyentes juzgaban que ya había agotado todos sus recursos oratorios, seguía indefinidamente diciendo cosas distintas, pero que en realidad eran las mismas»[143]. A Azaña, desde luego, le impacientaba escucharle. No más excitante le resultaba su trabajo en el Ministerio, papeles, conversación, fastidio, un desierto que nunca acaba. El 7 de enero encuentra a Consuelo, su amante de juventud, que le trae a la memoria el tiempo de emoción continua, ido para siempre. Tres días después, alguien en el Ateneo le habla de la revista de Ortega, que ya está próxima a salir. En ella, su nombre aparece en la larga lista de *colaboradores*, pero Ortega no ha vuelto a decirle nada después de un largo rato de charla en el verano anterior, cuando parecía haber aceptado que se encargara él de una sección de la revista. ¿Acaso pretende Ortega que le pidan las cosas varias veces?, apunta Azaña en la primera

muestra de que algo no funciona en la relación entre estos dos hombres. Él, desde luego, no está hecho de la pasta de los pedigüeños y no reclamará nada: la lista de *redactores* parece cerrada: Ortega, Baroja, Maeztu, Pérez de Ayala, Luis de Zulueta, D'Ors, Martínez Sierra y Juan Guixé[144].

Le queda como motivo de ánimo en este comienzo de año que tan cuesta arriba se le hace —acaba de cumplir treinta y cinco y Azaña es de los tipos que cuentan el paso del tiempo— el trabajo sobre Ganivet. Al fin, apunta, vuelvo a este refugio que consiste en emborronar cuartillas. Es lo único que le libra de la «dispersión y el aturdimiento en que las circunstancias» le tienen metido. Pero también barrunta que tal vez no llegue muy lejos en el empeño y que al final su trabajo quede inconcluso, como siempre. Tiene la impresión de que la soledad se acentúa aunque cada día trate con más gente y aunque no falten ocasiones de ir con los amigos al Español o al Romea, a ver bailar a la *Argentina*, «artista maravillosa», que se despedía del público madrileño. La asistencia a conciertos ocupará también una parte de su tiempo: de los primeros meses de 1915 es la fundación de la Sociedad Nacional de Música, de la que enseguida se hace socio, y la creación de la Orquesta Filarmónica de Madrid, presidida por su amigo Miguel Salvador y a la que solía escuchar de pie en el teatro Price, envuelto en su capa española si el tiempo lo requería, en el pasillo semicircular, anterior a las gradas de entrada general[145]. En fin, para que nada faltase, en el Ateneo, a las nueve y media de una noche de este enero de todas las melancolías, hay programada una velada en homenaje a los compositores Manuel de Falla y Joaquín Turina con la colaboración de la insigne artista Luisa Vela y presentación de Miguel Salvador, presidente de la Sección de Música. Entre el enorme gentío que asiste al concierto, abierto también a las señoras invitadas por la junta directiva, siente la alegría, y se da cuenta de que se le nota, de encontrar y saludar a M., la niña de París que no respondió a sus cartas. «Todavía me emociona esta criatura», anota en su diario, al volver a casa. Pero si él acaba de cumplir los treinta y cinco, esta criatura debe de andar ya por los diecisiete o quizá ha cumplido los dieciocho. Ya no es tan niña Mercedes Hoyos, ya es una joven que no va al concierto con mamá o con papá, sino «con otras y con otros, con los que se marcha muy contenta, sin mirar, sin fijarse». Y claro, depresión y tristeza[146].

Una relación, sin embargo, se afirma cada día con más intensidad. Es ahora cuando el nombre de Cipriano de Rivas aparece por primera vez en sus notas con ocasión del acto necrológico que el Ateneo celebró el día 12 de febrero de 1915 en homenaje a Víctor Said Armesto, a quien Azaña recordaba como un hombre excelente, trabajador tenaz, artista, que sabía exponer con

gracia, con emoción, el fruto de sus estudios. Era además «un orador de primer orden [que] hablaba con una elegancia, un fuego, una sinceridad cautivantes». En aquel homenaje, Cipriano de Rivas se encargó de leer unas cuartillas que él y Amado habían pedido a Benito Pérez Galdós y que, al final, acabaron escribiendo los mismos Rivas y Amado. Pocas semanas después, Cipriano, acompañado en esta ocasión por Antonio García Herreros, fue a casa del secretario para decirle que tenían puesto en un palco principal reservado por Benavente para algunos amigos. Se estrenaba en la Princesa en la noche del 4 de marzo *El collar de las estrellas*, que había despertado una enorme curiosidad, hasta el punto de que se había llegado a pagar en la reventa doce duros por algunas butacas. Azaña, tan aficionado al teatro, no contaba en esta ocasión con entrada para la obra, que finalmente no le gustó, aunque Benavente le parecía, cuando se trataba de teatro, gran cosa. En realidad, no habría que sacarle del escenario, anota, porque en cuanto se le saca, se acaba. Fuera del escenario, si se leían sus artículos en *El Imparcial*, Benavente aparecía como hombre de ideas ridículas: cuánta cominería, cuántas pequeñeces, qué tono de hombre receloso, apunta Azaña.

Quedaba algo más, aparte del Ateneo, las amistades, los conciertos y los teatros; quedaba la junta nacional del Partido Reformista, en la que inopinadamente se vio metido con varios miembros de la Liga de Educación Política. Ocurrió que de la Liga, unos cuantos catedráticos e intelectuales saltaron al puente de mando del partido navegando a favor de la corriente abierta por la estela de la conferencia de Ortega. Pocas veces se habrá visto, en una organización partidaria, un desembarco de tamaña magnitud como el ocurrido en el reformismo: de pronto, gentes sin experiencia política ocuparon la mayor parte de puestos en la junta nacional, buena prueba de lo tiernas que andaban todavía las estructuras orgánicas del partido y de la poca confianza que en una acción política impulsada a partir de una Liga de Educación tenían los gestores y promotores de la idea, comenzando por Ortega, su indiscutida cabeza. En la asamblea celebrada por el Partido Reformista el 29 de abril de1914, a los habituales nombres de senadores y diputados que solían copar la dirección del partido —Azcárate, Álvarez, Pérez Galdós, José Zulueta, Pedregal, Miró, Lamana, Caballé, Llari, Valdez, Uña, Corujedo, Junoy y Landeta— y a los que lo habían sido y ya sólo les quedaba la condición de exsenadores o exdiputados —González, Picón, Llansó, Zancada, Ulargui, Rodríguez Méndez, Ávila, Corominas, Gómez Pelayo, Gil y Morte, Cervera, Pérez Pastor, Castellanos, Álvarez Prida, Angulo Prado, Ramírez Duro, Peláez y Luis de Zulueta— se había añadido el epígrafe de *catedráticos de la*

Universidad Central —Simarro, Posada, Ortega, García Morente, Rodríguez Pinilla, Hernando, Pittaluga y Palacios—, para terminar con una lista de *señores* en la que se incluían: marqués de Palomares del Duero, Flores Posada, Encinas, Sánchez Ocaña, Barcia, Cortés, Onís, Azaña, Hoyos, González, Fábrega, Rivera Pastor, Álvarez Rodríguez-Villamil, Moya Gastón, Dagás, Subirana, Casanueva y Suárez Corona[147]. Si se considera que además de los listados como catedráticos, también lo eran al menos cuatro o cinco de los incluidos bajo la rúbrica de señores, resultará difícil encontrar ningún otro comité o junta directiva nacional de ningún partido que haya contado con semejante cantidad y calidad del gremio de profesores. Azaña era de los pocos que sin ser, ni haber sido, senador, diputado o catedrático, pertenecía a tan selecto club.

Con entusiasmo no se crea organización y aquellos catedráticos y señores, por muy entusiasmados que salieran de las conferencias de Ortega, no eran muy proclives a ocuparse de trabajos organizativos. A la cabeza, el mismo Ortega, personaje ideal para pronunciar conferencias y pastorear tertulias en redacciones de periódicos y revistas, pero escasamente dotado o, si lo estuviera, poco inclinado a ocuparse en organizar con su presencia y dedicación una Liga al modo de la propulsada con su palabra en aquel folleto y en la conferencia que fue su culminación. Sin gente que se ocupara de mantenerla en vida, la Liga de Educación Política agotó su potencial como una llamarada de rápida combustión: a poco de formarse, ya languidecía. Uno de los asistentes a la conferencia, Antonio J. Onieva, recordaba su ingreso en ella con otros más, no muchos: «Nos reunimos una sola vez con Ortega, y ya no fuimos llamados en ninguna otra ocasión». La Liga, concluye, se disolvió por sí sola[148]. ¿Se disolvió o nunca llegó al estado sólido? Más bien ocurrió lo segundo. Una reunión y cada mochuelo a su olivo. Ortega se ocupó durante un tiempo de la dirección de *España*, de la que se desprendió también en cuanto pudo para entregarla, tras un breve intervalo bajo la dirección de su gerente, Ruiz Castillo, a las competentes manos de Luis Araquistain, mientras él se subía a la atalaya de *El Espectador* o, por decirlo simbólicamente, se iba desplazando del llano a las alturas, del Ateneo a la Residencia, «primer ensayo de combinación entre lo mundano y lo intelectual», como definió Alfonso Reyes esta casa, «gobernada por gente joven, entre jardinera y futbolista», abierta en los altos del Hipódromo, lejos de la ciudad. Ortega inauguraba con este gesto la forma del periódico de un solo autor con las miras de «elevar un reducto contra la política para mí y para los que compartan mi voluntad de pura visión, de teoría»[149]. De la Liga nunca más

se supo. Y de *España* se continuó sabiendo porque Luis Araquistain —acusado por aquel Juan Pujol que Azaña había tratado en París, de ser un «mercenario al servicio del gobierno francés»— se dio maña suficiente para dirigir la revista desde febrero de 1916 buscando financiación donde la había, de la parte de las potencias aliadas, empeñadas en luchas de propaganda para ganar la opinión de los países neutrales. Fue el mismo Araquistain quien escribió: «Los dedos de una sola mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid» y quien, por sus relaciones con los centros de propaganda británicos, consiguió una subvención para *España* de 3000 pesetas mensuales, repartidas a partes desiguales entre británicos, 1500; franceses, 1000 e italianos, 500, lo que permitió mantener durante un tiempo la revista en una tirada de 20 000 ejemplares[150]. Y por lo que respecta a Ortega, cuando salga de nuevo a la palestra con un proyecto propio, lo hará desde la redacción de *El Sol*, rodeado de la flor y nata de lo que D'Ors creyó que se llamaría para siempre *generación España-1915* y que pudo haberse llamado *generación El Sol-1917* , pero que acabó llamándose, como en todo el mundo, generación de 1914 o, simplemente, del 14.

En tales circunstancias, los socios de la Liga que habían pasado a formar parte de la junta nacional reformista no se representaban más que cada cual a sí mismo: aquel carácter de presencia generacional, con una plataforma propia, quedó como reconcentrado en la revista *España*, y más adelante en *El Sol*, pero difuminado, al desaparecer la Liga, en la política del partido. En el nuevo año de 1915, Melquíades Álvarez decidió acercarse a Romanones con el propósito de acelerar la descomposición de la situación conservadora y propiciar el retorno de los liberales al gobierno, de manera que para las siguientes elecciones pudiera llegarse a un acuerdo con ellos. A Manuel Azaña las reuniones del comité nacional le parecen, el 25 de enero, un poco ridículas: «La mayoría de los que a ellas asisten conocen la política de oídas o por lo que leen en los libros, con lo que todo se reduce a torneos en los que cada señor va a demostrar que es más culto, más ingenioso y más elocuente que los otros». Ni a él, ni tampoco a Ortega, les convence la deriva de un partido que se había presentado como una opción alternativa y que había tenido como un deshonor mezclarse con el Partido Liberal. En la reunión plenaria de la junta nacional de 20 de marzo, que habría de tratar del discurso que Álvarez debía pronunciar en Granada el 1 de mayo, Ortega dice —y Azaña toma buena y extensa nota— que la menor aproximación a Romanones «nos desprestigia ante la opinión pública y nos anula como fuerza política».

No había que aspirar a un triunfo inmediato ni a traer más diputados valiéndose de medios tortuosos, sino insistir en la propaganda, en la sinceridad de la conducta, en el acierto en el planteamiento de las cuestiones. Los políticos, anota Azaña, están en contra de Ortega. Incluso Hoyos contemporiza: en provincias se ven las cosas de otro modo que en Madrid, le viene a decir. Azaña, por su parte, no comprende que se haya perdido la oportunidad de crear un gran periódico del partido: el tiempo perdido no se recupera. Tampoco acaba de ver en la persona de Melquíades Álvarez un «jefe de partido». Gran orador, se le resiste «todo este manejo de paciencia y atención cotidiana que requiere la dirección de un grupo político». No encuentra sin embargo ninguna razón de peso «contra la gran idea de constituir un partido radical dentro de la monarquía». El problema, lo que suscita en él la duda es que su jefe puso condiciones para ingresar en la monarquía y sin que se haya cumplido ninguna, «está hablando ya de colaborar con Romanones». El fracaso del reformismo —concluye Azaña— «sería encontrarse Melquíades en la monarquía sin haber hecho el partido y habiendo deshecho la conjunción» republicano-socialista, exactamente lo que ocurrirá unos años después.

8. POR LA CAUSA DE FRANCIA

Generación del 14 acabó llamándose, no porque Ortega pronunciara su famosa conferencia en ese año, sino porque comenzó la guerra más grande de las muchas que habían asolado las tierras de Europa desde que ese nombre designa un continente. En España, la reacción espontánea ante la catástrofe fue la neutralidad: en este punto, la rápida declaración del gobierno presidido por Eduardo Dato reflejó el sentir general de la sociedad, intelectuales incluidos, que después del desastre del 98 y de la no menos desastrosa guerra en Marruecos lo último que podía desear era ver de nuevo a España metida en otra guerra, por mucho entusiasmo que en las primeras semanas levantara su declaración entre las jóvenes generaciones de las naciones implicadas[151]. Pero la neutralidad admitía matices, expresados en filias y en fobias, y en la reunión plenaria que la junta nacional del Partido Reformista había celebrado el 20 de marzo de 1915, si la discusión fue subida en torno a la colaboración con Romanones, el acuerdo fue rápido en torno a la neutralidad, con un añadido que Azaña resumió a su modo: todos aliadófilos. De la misma cuerda era Romanones, que escribió su famosa, aunque anónima, «Neutralidades que matan». Neutralidad, sí, sostenía el líder liberal, pero no un silencio que quiebre la amistad histórica de España con sus aliados, de la que penden sus intereses en América Latina, en el Mediterráneo y en Portugal: neutrales, pero, por interés nacional, era preciso «hacer saber a Inglaterra y a Francia que con ellas estamos, que consideramos su triunfo como el nuestro y su vencimiento como propio». Lo escribió en Sigüenza, dando satisfacción a su pasión favorita, la caza de codornices, y como nadie quiso firmarlo, el director de *El Diario Universal* advirtió en una nota que el artículo era de «uno de nuestros colaboradores de los que tienen y merecen más alta consideración»[152].

Tampoco se mostró germanófilo Antonio Maura en un discurso organizado por las Juventudes mauristas que despertó enorme expectación y al que pudo asistir Azaña con Donoso Cortés el 21 de abril de 1915 en el Teatro Real, gracias a la mediación de Antonio Goicochea, convencido

germanófilo, que procuró a los amigos dos entradas. La política de Maura, comentó Azaña en su diario, es la de siempre: «muy liberal… con tal que nadie toque las cosas que estima intangibles: la Corona, la Religión, la Constitución». Hasta ahí, tuvo a su público entregado; pero cuando comenzó a tratar de política internacional, el entusiasmo de los jóvenes mauristas, que le habían dedicado una ovación *kolossal*, se apagó, quizá porque llevaba ya dos horas de discurso y algunas voces surgieron invitando al orador a que descansara, lo que de inmediato recibió su respuesta: «¡Está más fuerte que Romanones!». Más fuerte estaría, pero al insistir en la necesidad de mantener los pactos de Cartagena, que él había tenido el honor de suscribir en 1907, y la concordia con Francia e Inglaterra, su público comenzó a dar muestras de impaciencia. Sacando fuerza de flaqueza —«no me alcanzan las fuerzas para más»— terminó Maura su discurso pidiendo a la nación que formara tras el gobierno, pues para las naciones «no es potestativo desentenderse en una hora determinada de la relación, que no hay yermo adonde se vaya una nación ni hay vacaciones para la vida internacional». Y con este rebrote de energía, y tras el sonoro: ¡He dicho!, el público en pie agitó sombreros y pañuelos. Maura pareció a Azaña soberbio, pero a sus amigos los encontraba de lo más majadero[153].

Habló Romanones, pues, y habló Maura también. Ahora tenía que hablar Melquíades Álvarez, que lo hizo en Granada, donde la expectación era inmensa el sábado, 1 de mayo, con todas las entradas del teatro Cervantes agotadas. Es preciso, correligionarios, hablar de la guerra, y hablar de ella con pasión no exenta de justicia, dijo don Melquíades a un público no menos entusiasta que el formado por los jóvenes mauristas. Y lo que comenzó hablando de la guerra no se diferenciaba mucho de lo que ya habían hablado Romanones y Maura: que la única política posible del gobierno era la neutralidad. Pero, añadió, los partidos no estaban obligados a guardar el mismo tipo de *neutralidad política* que el gobierno; si lo hicieran, la suya sería una *neutralidad moral*, algo así como la esclavitud del silencio. Moralmente, pues, la posición de los reformistas no era la neutralidad, sino la que imponían la razón y el deber, por fortuna coincidentes: franca simpatía, calurosa adhesión, verdadera solidaridad con la causa de los aliados. Por tres razones, de mayor a menor: por interés nacional, por la causa de la justicia, por afinidad de ideas políticas. De este reconocimiento general sólo se excluían los carlistas, que no han de gobernar jamás; algunos militares, no todos, deslumbrados por la admirable organización del ejército alemán, y el grupo híbrido de la defensa social católica, cegado por el odio a Francia y por

el sectarismo religioso. En resumidas cuentas, y como fórmula sintética, Álvarez se atrevió a decir a su público, con su proverbial habilidad para dar con la frase oportuna, lo siguiente: Antes con Inglaterra y Francia vencidas, que con Alemania y Austria vencedoras. Y la ovación que recibió al decirlo fue delirante: nada hay que eleve más la moral que la contemplación de la virtud y la justicia derrotadas[154].

Pero el jefe reformista tenía otro asunto que tratar, el mismo que había provocado en la junta nacional el agrio debate con Ortega: la posible colaboración con los liberales. Y en este punto tampoco le faltó claridad y contundencia. Si se nos requiere —dijo— «para una obra verdaderamente liberal y democrática que tenga por base la sinceridad y la buena fe […] desde ahora, correligionarios, ofrecemos nuestra colaboración sincera, entusiasta, decidida, generosa, resuelta, como cumple a los partidos que no sienten otros estímulos que el del deber ni otro amor que el amor a las ideas y al engrandecimiento de su patria». Hubo luego palabras destinadas a impedir cualquier suspicacia: la oferta era desinteresada, de manera que el partido pudiera mantener su personalidad, pero a Ortega le produjo el efecto de un mazazo. A partir de este momento, los motivos que pudo abrigar unos meses antes para encaminar hacia el reformismo a las gentes de su generación se esfumaron. En política internacional, la neutralidad moral se resolvía en un grito de resignación: «lo que quiera Inglaterra», algo que no excitaba nada la imaginación de Ortega, formada al abrigo de Francia en su adolescencia y juventud y al calor de Alemania en su primera madurez; y en política nacional, la apuesta por la colaboración con los liberales indicaba, por una parte, que los reformistas no confiaban en la posibilidad de crear una opinión pública sobre la que apoyarse «para abrir brechas en los muros podridos de la política» y, por otra, que el líder reformista había renunciado a sus armas blancas y su piel de armiño a cambio de acercarse a un partido que no había dado prueba alguna de que fuera posible esperar nada de él[155], lo que se dice vender la primogenitura por un plato de lentejas. Ni por un lado ni por otro, ni por la neutralidad moral anunciada ni por la colaboración ofrecida a los liberales veía Ortega razón alguna para mantener su compromiso con el reformismo.

Manuel Azaña compartía la posición política enunciada por Melquíades Álvarez en el ámbito internacional, adhesión a la causa aliada, aunque mantenía su actitud crítica, compartiendo a este respecto la posición de Ortega, ante las prisas que al líder reformista le habían entrado por echarse en brazos de Romanones. En tales circunstancias, y sacando el máximo partido

de la plataforma que le proporcionaba el Ateneo, se dedicó en los meses siguientes a promover en lo que de él dependiera la causa de los aliados, muy especialmente centrada en la causa de Francia, invadida por los germanos. El 16 de abril de 1915, el Ateneo ofreció su tribuna a Maurice Wilmotte, profesor de las Universidades de Lieja y de La Sorbona, para hablar de «L'héroïsme belge dans le passé». Wilmotte deseaba hablar en el Ateneo pero había recibido una respuesta negativa de Labra y había mantenido una tensa entrevista con Ortega, que rechazó la sugerencia de declarar «bárbaros» a los alemanes y de reconocer públicamente la superioridad de la cultura francesa, aunque expresara a su interlocutor el deseo de que la victoria favoreciese a los franco-anglo-belgas. Azaña, por el contrario, acogió sin ninguna reserva al profesor belga y lo presentó al público del Ateneo con «una arenga en pro de Bélgica, que fue aplaudidísima mientras Labra se pasaba la mano por la calva y bajaba la cabeza, muy descontento», un motivo más de complacencia para el presentador del acto, que tampoco dejó de recordar la comunidad histórica de Bélgica y España durante los reinados de la dinastía austriaca[156].

Unas semanas después, y también desde el Ateneo —que era para él como un pequeño cuartel general de la francofilia—, Azaña se dirigió a la Academia de Medicina para asistir, el día 30 de mayo, a la ceremonia de ingreso de Gustavo Pittaluga y entregarle el original de un manifiesto de adhesión a los aliados, escrito por Ramón Pérez de Ayala, para ver si el ilustre médico y patólogo conseguía la firma de Ramón y Cajal. Antes, en octubre de 1914, Luis Simarro había reunido a diez o doce ateneístas para escribir la respuesta a un manifiesto de noventa profesores alemanes, que tropezó con la indiferencia o el rechazo de la mayoría de intelectuales a los que se había pedido la firma. Luego, Pérez de Ayala escribió a Manuel Azaña una carta proponiéndole un plan para contrarrestar con una iniciativa de «cierta ejemplaridad correctiva, sobria y de peso», un acto convocado para el 31 de mayo por el «idiota de Vázquez de Mella» al que asistirían «todos los energúmenos que simpatizan con Alemania». Pérez de Ayala pensaba en un manifiesto breve y *ad hoc* que podría escribir Palacio Valdés porque, además de gracejo y sutilidad satírica poseía, según le contaba a Azaña, un raro talento para sintetizar en términos claros ideas complejas. Así lo hicieron, aunque el borrador de Palacio Valdés no gustó, por ser demasiado violento. Fue el mismo Pérez de Ayala quien se encargó de escribir otro, pero no como respuesta a nadie sino «como manifestación de lo que piensan las gentes de alguna valía en España y para contrarrestar la opinión de que todo el mundo es germanófilo»[157]. Tampoco en esta ocasión fue todo coser y cantar: detrás

de la firma de Cajal llevaban los amigos del Ateneo varios días, sin conseguir nada, y Carracido, por su parte, se había negado en redondo. ¿Germanófilos vergonzantes? No necesariamente, sino que la posición oficial de España fue desde el primer momento la neutralidad, y a la neutralidad, entendida como abstención en el mejor de los casos o como hostilidad hacia ambos contendientes en el peor, se atuvieron en los primeros meses de guerra muchos de los intelectuales, sobre todo los de la generación mayor, que no sentían ganas ni urgencia por declararse a favor de una o de otra parte y preferían mantenerse al margen o reservaban para ambas, como Ramón y Cajal en sus primeras manifestaciones, «desprecio y desdén», porque «Francia nos impuso su voluntad en Marruecos [y] Alemania fomentó en Marruecos la acción del moro contra España»[158].

No cejaron en su empeño los amigos del Ateneo hasta que el 9 de julio de 1915 lograron publicar en el semanario *España*, que presentó el suceso como un hecho histórico y trascendental, su «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», muy pronto conocido como manifiesto de los intelectuales o de los francófilos. Ellos, sin embargo, preferían ser identificados por otros títulos de legitimidad: «por sus vidas calladas, consagradas a las puras actividades del espíritu», y por la causa que defendían: «nos hacemos solidarios de la causa de los aliados […] en cuanto representa los ideales de la justicia», sin olvidar la mención de la coincidencia de ese ideal con «los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación», un detalle que muy bien pudo haber escrito Melquíades Álvarez aunque la pluma fuera de Pérez de Ayala. Los firmantes esperaban con fervoroso anhelo que el triunfo de la causa que reputaban justa afirmaría los valores esenciales de la razón y la justicia. Firmaba este manifiesto, en primer lugar, un importante plantel de *profesores*: Azcárate, Achúcarro, Buylla, Castro, Cejador, Cossío, Goyanes, Hoyos, Lafora, López Navarro, Madinaveitia, Marañón, Menéndez Pidal, Morente, Ortega, Pittaluga, Posada, De los Ríos, Rivera, Simarro, Turró, Unamuno, Urrutia y Luis de Zulueta; seguían cuatro *compositores de música*: Falla, Turina, Villar, Vives; un puñado de *pintores*: Anglada, Casas, De Miguel Nieto, Rodríguez Acosta, Romero de Torres, Rusiñol, Zuloaga; un grupito de *escultores y decoradores*: Julio Antonio, Borrel, Clara, Casanovas, Castaños, Fernández de Soto, Sunyer, y Jerónimo y José Villalba; y, para cerrar, y también por orden alfabético, una lista de *escritores* de toda clase: Aguilar, Alomar, Araquistain, Azaña, Azorín, Carner, Ciges, Grandmontagne, Hurtado, Iglesias, Antonio Machado, Maeztu, Martínez Sierra, De Mesa, Palacio Valdés, Pérez Galdós, Pérez de Ayala y Valle-Inclán. Faltaba la firma, por

omisión telegráfica, de los escultores Mateo Inurria y Miguel Blay, del pintor Villegas y del escritor Gómez de Baquero. Los promotores del manifiesto sentían vivamente la ausencia de Pío Baroja y añadían que, por delicadeza, juzgaron oportuno no recabar la de Ramón y Cajal, en atención a su cargo de presidente de la Junta para Ampliación de Estudios. *El País*, en un editorial que saludaba el fin del silencio de los intelectuales, recordaba a los redactores de *España* que faltaban también otros nombres ilustres, caracterizados por su aliadofilia —Altamira, Arderius, Alas, Alarcón, Barnés, Bueno, Bello, Castro, Dicenta, Díez Canedo…— pero a este reproche respondía *España* que sí, que era verdad, pero que «premuras de tiempo estorbaron a solicitar un concurso que sabían se les había de otorgar de muy buen grado»**[159]**.

A mediados de 1915 pocos títulos llevaba acumulados Manuel Azaña para ser incluido entre los *escritores* que habían respondido con su firma a la llamada de los redactores del manifiesto. Publicado con su nombre sólo tenía los dos folletos de juventud —su tesis y el discurso en la Academia de Jurisprudencia—, y *El problema español*, en una tirada de la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares para repartir entre los amigos, y algunos artículos en *Eco de Alcalá*, también de ámbito estrictamente local. Es difícil que en aquellos momentos hubiera alguien, excepto los muy allegados, que recordara a un Salvador Rodrigo, que a finales del siglo XIX escribió en *Brisas del Henares*, y a principios del XX en *Gente Vieja*, ni a un Martín Piñol, autor de cuatro artículos madrileños y nueve crónicas enviadas desde Francia para *La Correspondencia de España*, que fueron muy bien recibidas por los pocos informados de la personalidad de su autor. Luego, no hubo nada más de Azaña en las librerías ni en la prensa de ámbito nacional. Si su nombre apareció en esa lista bajo el rótulo de escritores, fue porque ocupaba la secretaría del Ateneo, desde la que había participado en la elaboración, publicación y difusión del manifiesto. Naturalmente, alguien tan activo en la recogida de firmas no podía quedar fuera y como no había ningún apartado para funcionarios públicos ni especial para abogados, aunque muchos lo fueran, se sumó al de escritores, que al fin y al cabo era lo que sentía como una de sus vocaciones favoritas, de momento irrealizada.

Una muestra de esta predominante dedicación a la causa aliadófila fue su primera incursión en asuntos militares españoles. De siempre, Azaña realizó en su interés por Francia aquella característica atribuida por Araquistain a los miembros de su generación, que se alejaban de España para mejor acercarse a ella después de contemplar su imagen desde la distancia. No era sólo cosa de la generación de Araquistain: ya le pasó cien años antes a Mesonero

Romanos, que creyó que de Madrid sólo se podía subir al cielo hasta que tuvo la ocurrencia de hacer un viaje a París; como le pasó también a Ángel Fernández de los Ríos cuando, exiliado, proyectó su Madrid futuro plagiando la disposición de calles y plazas del París presente. Azaña pertenece a esa estirpe, que algún día querrá también construir un Madrid republicano sobre la plantilla de París Segundo Imperio. De momento lo que le preocupa es que el gobierno, tras una gestación de doce meses, haya dado a luz su proyecto de reformas militares. Que la reforma era necesaria, nadie lo dudaba: «la institución militar española estaba sumida en el marasmo, la oficialidad dividida y resentida, la tropa mal equipada y alimentada, la moral baja»[160]. Eduardo Dato había hecho de la reforma cuestión de gabinete: si no se debatía y salía adelante, presentaría la dimisión. Los liberales, todavía bajo el liderazgo de Romanones, vieron ahí una buena razón para derribar al gobierno. Y ésta fue la circunstancia que aprovechó Azaña para enviar a *El País*, diario republicano, su primera incursión en el terreno, luego tantas veces visitado, de las reformas militares. Su veredicto es contundente y extensivo a todos los ramos de la Administración: injusticia, despilfarro, ineficacia. «La injusticia del régimen militar español se encuentra ya en la fuente de ese poder, en el sistema de reclutamiento. El despilfarro se comprueba por comparación de los recursos en hombres y dinero que el país ha puesto en manos de todos los gobiernos y el rendimiento nulo que se ha obtenido. La ineficacia del organismo que hemos creado, ¡a la vista está!». Y en ese momento, enuncia lo que después reiterará cada vez que se enfrente a la cuestión de la neutralidad española en la Gran Guerra: la verdadera causa de la abstención de España es «nuestra impotencia militar absoluta, mejor conocida por los que hubieran podido pedirnos ayuda que por los españoles mismos»[161].

Pero esta aparición en la prensa resultó esporádica. Cuando *España* inició su andadura, con su redacción cinco números más arriba del Ateneo, en la misma calle del Prado en la que Azaña pasaba todas las tardes, no se encontró capaz de «meter un artículo sobre nada», ni parece haberlo intentado después, cuando Araquistain, con quien había establecido una cercana relación, se hizo cargo[162]. Y en los periódicos no lo intenta. Sigue sin ser escritor, motivo de esa insatisfacción profunda que asoma a las páginas de su diario madrileño de 1915 y 1916, como si el tiempo se le escapara entre las manos sin dejar nada, excepto el trajín diario de las ocupaciones burocráticas en la Dirección General y de la gestión del Ateneo. Insatisfacción porque no abandona su dedicación a la lectura —es entonces cuando lee sistemáticamente todo lo

relacionado con la decadencia de España y la generación del 98—, porque inicia trabajos ambiciosos —literatura del desastre, Ángel Ganivet—, y toma infinidad de notas de autores de los siglos XVIII y XIX, cuando no se remonta en el *Memorial* de Danvila hasta el XIV o el XVI, para finalmente dejar todo en esbozo, a medio hacer. Esta insatisfacción no puede confundirse con una frustración generadora de rencor hacia las figuras más brillantes de su misma generación, escritores ya consagrados. No es de este tipo el sentimiento que en ocasiones le embarga: es un malestar difuso consigo mismo, con las dudas que le paralizan, con el tiempo perdido en años pasados, en Alcalá, o en la tertulia de las «fuerzas vivas», con Pedregal, Vega, Fernando Bango, en la que se reían de todo para no hacer nada[163]; un malestar derivado de la convicción de saberse dotado para la política y para la literatura —dos actividades que en su tiempo, aunque ya autónomas, todavía no se habían escindido tan radicalmente como ocurrirá tras la Segunda Guerra Mundial— pero que por azares de la vida no ha podido o no ha sabido desarrollar. En literatura, no es nadie: la novela que ha escrito se la ha guardado, con buenas razones, en el cajón; en política, no es siquiera concejal, aunque ocupe una plaza en la junta nacional de su partido. Luego, él mismo dará de este estado de ánimo una explicación que habría que tomar como si se tratase de un autor en busca de su propio personaje: que por su indolencia y despego creció hacia dentro, como un ovillo, esperando el día de un estiramiento que no llegaba. El despiste posible, si se le toma al pie de la letra, no radica en que creciera durante estos años, y desde que era niño, hacia dentro, devorando libros; ni tampoco en que su estiramiento fuese tardío, ambas cosas ciertas; sino en que el crecer tanto hacia dentro como el estirarse tan tarde hacia fuera obedecieran a una frustración paralizante, de esas que impiden levantarse por la mañana, salir a la calle, acudir a la oficina y tomar iniciativas.

Nada de eso. Azaña está ahí, mientras lamenta perder el tiempo, en dos de los centros más activos de la vida política e intelectual de su generación: el Partido Reformista y el Ateneo. En los dos casos, como miembro de las respectivas juntas directivas y defendiendo posiciones políticas propias. En la asamblea celebrada por el Partido Reformista los días 12 y 13 de mayo de 1916, su crítica a la ternura que a sus dirigentes les había entrado por el Partido Liberal, le conduce a un enfrentamiento que repite, un año después y en muy parecidos términos, el debate entre José Ortega y Melquíades Álvarez. Ha pasado un año de todo aquello, Ortega se ha convertido en *espectador* y Azaña toma la palabra en la asamblea para fustigar la dirección emprendida por los reformistas. No le satisfacen nada los resultados obtenidos

en las pasadas elecciones, presididas por Romanones el 9 de abril, pero en las que, como profetizaba *El Imparcial* en un sabroso comentario, el acoplamiento de los reformistas iba a resultar muy dificultoso, «porque figurando en ese partido muchas capacidades, no están en relación con el número de votos»[164]. Sumaron dos diputados más que los obtenidos dos años antes, hasta catorce, de los que cinco fueron en distritos de Asturias, pero perdieron León, con el consiguiente disgusto de Gumersindo de Azcárate, y pronto les arrebatarán Santander, donde Luis de Hoyos había sido proclamado en primera instancia. Quedarán trece, pero los dirigentes del partido, que son asturianos, están encantados porque, por vez primera, Melquíades Álvarez había sido llamado a Palacio antes de un cambio de situación a evacuar consulta con el rey. En la asamblea, Azaña afirma, por el contrario, que el partido se ha metido en un callejón sin salida porque el rey no puede hacer nada a su favor, la oligarquía ha formado el cuadro contra ellos y pensar en una alianza con el Partido Liberal sería un deshonor. No hay más camino que ganar la opinión, pero como nada se ha hecho en ese sentido, el partido se encuentra muy disminuido respecto al día en que se fundó. Melquíades Álvarez no pudo disimular su mal humor al oír estas cosas. Replicó que no estaban disminuidos, que él había recibido centenares de cartas y telegramas tras su visita de diciembre a Palacio. Cuando apunta sus impresiones sobre debate, a Manuel Azaña le molesta el excesivo menosprecio que algunos reformistas, que han hecho carrera y militado con los republicanos, sienten por «las consabidas masas». Seguramente, no se equivocaba al sospechar que Álvarez debió de ver en su actitud «una continuación de lo que hacía Ortega»[165]. Lo que pasa es que, a diferencia de Ortega, Azaña no se va del partido, se queda; y no para educar a las masas, sino para hacer política.

Si en la junta nacional reformista todo son caras largas ante el descaro con que plantea los problemas —aunque en el texto escrito para el homenaje a Melquíades Álvarez y a Gumersindo de Azcárate se muestra más complaciente con los mayores a la par que solicita mayor comprensión para la impaciencia de los jóvenes, que buscan «justicia y libertad, peregrinas sin albergue en tierras de España»[166]—, en la junta directiva del Ateneo, la responsabilidad por la movilización a favor de la causa de los aliados depende cada vez más de su iniciativa. Vicente Guarner, que habló con él en muchas ocasiones durante el otoño de este año de 1916, recordaba sus «claras y elocuentes intervenciones en una ponencia del señor Galarza, acerca de la Primera Guerra Mundial, en la que intervenían oradores como los doctores

Pittaluga y Simarro, y José Calvo Sotelo y Vicente Gay»[167]. Y en efecto, además de la gestión diaria, Azaña concedió una atención prioritaria a la guerra y, más específicamente, a la defensa de la causa de Francia, a partir de la visita de una misión de intelectuales franceses, decidida en noviembre de 1915 y puesta en marcha el 27 de abril de 1916[168]. Desde Irún, con paradas y recepciones en San Sebastián y en Burgos, llenas de cordialidad, calor y simpatía, los académicos Étienne Lamy, secretario perpetuo de la Academia; Henri Bergson, a quien Azaña había tenido ocasión de escuchar durante su estancia como pensionado en París; Edmond Perrier, director del Museo de Historia Natural, Charles Widor, profesor de órgano y secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes, y Pierre Imbart de la Tour, promotor del viaje, fueron recibidos en la estación de Atocha el 30 de abril por una comisión de profesores de la Universidad y de socios del Ateneo, que se habían reunido el día anterior con su secretario para preparar el programa de la visita: Blay, Beruete, Valdeiglesias, Augusto Barcia, Gómez de Baquero, Luis de Hoyos, Francés, Ribera, Gustavo Pittaluga, Manuel García Morente y algún otro, se encontraron de nuevo entre la veintena de personas que el día siguiente bajaron a la estación a recibir a los académicos franceses[169].

No entraba en el programa de los viajeros impartir ninguna conferencia ni dirigir ninguna alocución sobre la guerra ni plantear tampoco ninguna solicitud de ayuda de España a la causa aliada. Lo que pretendían era influir en la opinión pública española, que consideraban muy trabajada por los cuatro hogares de la germanofilia —el partido carlista o jaimista, una fracción del mundo intelectual, el ejército y el pequeño grupo de los que soñaban con una España más grande— por más que un aliadófilo como Azorín considerase que de algún tiempo a esta parte los germanizantes españoles habían moderado su tumultuoso enardecimiento[170]. Si la principal razón de la hostilidad hacia Francia mostrada por los germanófilos era «el profundo desdén con el que la intelectualidad francesa miraba las cosas de España»[171], lo más conveniente sería que los visitantes mostraran, en los temas de sus conferencias, la alta estima que los académicos franceses sentían hacia la cultura española. Días antes de la llegada de la misión, Pierre Paris, director de la École des Hautes Études Hispaniques de Madrid, visitó a Azaña en el Ateneo para concertar las fechas de las conferencias y decirle que Imbart de la Tour pensaba hablar de Juana de Arco y del misticismo, «el cual interesa siempre mucho a los españoles». A Azaña, que seguramente esperaba una misión algo menos católica y de mayor calado político y un diferente contenido en las conferencias de los académicos, sólo se le ocurrió apuntar: «Y esto me lo dice

un señor que vive en la calle del Marqués de la Ensenada»[172]. Indudablemente, no le produjo mayor entusiasmo lo que le contaba Pierre Paris a propósito de los planes de la misión, que él consideraba una magnífica ocasión para movilizar a la opinión española a favor de la causa de los aliados. Si el mundo católico constituía el armazón de la opinión germanófila, hablar del misticismo que tanto interesaba a los españoles, ni que fueran católicos convencidos como Lamy, Widor o Imbart los encargados de la empresa, poco habría de servir para despejar un camino que Azaña juzgó, desde las primeras semanas de la guerra, bloqueado.

Al final, la intención de mantenerse en el plano de las ideas fue ampliamente rebasada por la masiva afluencia a los actos organizados en el Ateneo, donde Bergson impartió dos conferencias en las que no pudo, como remate final, dejar de descender «de la fría abstracción al cálido mundo de la guerra», como escribía el editorialista de *España* —Luis Araquistain, sin duda — en su resumen de la visita. Al comienzo del acto, forzado por la cortesía y vencido por el respeto, tomó Ortega «la palabra no más que para anunciar, como solían los heraldos, la presencia de un prócer» anunciando que iban a asistir a una escena gloriosamente patética: «cómo de una mente sublime se vierte y fluye el pensamiento». La voz de este gran filósofo —añadió— es de las que dirigen los destinos del hombre. Bergson agradeció las palabras de Ortega y elogió a su vez las *Meditaciones del Quijote* por su intensa penetración psicológica, y dejó fluir en efecto su pensamiento evocando la sublime serenidad de Francia ante el infortunio y la muerte. Ni una queja, ni una lágrima, ni un signo de abatimiento; nada más que un digno y silencioso orgullo de un deber de humanidad cumplido. El éxito, comentó Azaña, fue inmenso, y la ovación que premió estas palabras finales, estruendosa. Tanto que el presidente del Ateneo, Rafael María de Labra, que ocupaba un puesto en el estrado, extendió el brazo para imponer silencio y empezó a hablar, para no decir más que «tonterías», que si el Ateneo tenía ochenta años de vida, que si era la Holanda de Europa, y cosas por el estilo. Su intención fue echar agua al vino para que nadie tomase por manifestación fancófila lo que acaba de ocurrir, resumió Azaña. Pero eso que acababa de ocurrir no fue más que la respuesta lógica de un público joven, que no había ido a escuchar una lección académica sino a participar en un acto político, a la emotiva conferencia de Bergson. No pasó lo mismo con el público que el jueves día 4 acudió a la iglesia de San Luis de los Franceses para escuchar el concierto de órgano interpretado por Charles Widor, compuesto por la casi totalidad de la colonia francesa y por distinguidas personalidades de la buena sociedad madrileña, así

como muchos literatos, músicos, artistas y hombres de ciencia, poco dados a formar alborotos. *España* se congratulaba, en todo caso, de que ni la Universidad ni ninguna Academia hubiera servido de cuartel general de estos guerreros espirituales, sino el Ateneo, verdadera universidad libre, con un poder de resonancia y vivificación que faltaba a todos los demás centros intelectuales de Madrid[173].

Y fueron el Ateneo y su secretario los que organizaron el banquete ofrecido a la misión académica francesa en el hotel Palace la noche del sábado, en el que hablaron Gumersindo de Azcárate, Melquíades Álvarez y el rector de la Universidad Central, Conde y Luque y en el que Manuel Azaña —que ocupaba un lugar principal, porque representaba a Labra, ausente por luto riguroso— tuvo que pronunciar también unas palabras, reclamado por el elemento joven, que exigió hablara en nombre del Ateneo. «Acaso rebasó normas establecidas», apunta el cronista de *El Imparcial*, aunque en opinión de *España*, pronunció «un excelente discurso» para recordar que la juventud no sabe de protocolos, ni de reglamentos, ni de sordinas oficiales. Por eso, gracias al Ateneo, y a despecho de la indiferencia del gobierno y de la estudiada frialdad de los centros oficiales, los huéspedes franceses se llevaban una impresión de exaltado entusiasmo, que contribuirá a solidificar un nuevo vínculo. Imbart de la Tour recordará también este «suntuoso banquete», en el que los franceses y los españoles amigos de Francia «escucharon con emoción a los dos oradores más grandes de España, el eminente jurisconsulto, Azcárate y el jefe del Partido Reformista Melquíades Álvarez, que exaltaron el heroísmo de nuestro ejército y desearon su éxito. ¡Y qué aclamaciones saludaron al joven y brillante secretario general del Ateneo, M. Asaña [*sic*], que fue, con su presidente, el senador de Labra, el alma de estas fiestas, cuando, en nombre de estos profesores, escritores, artistas, agrupados alrededor de nosotros, celebró la irradiación del espíritu francés, la indisoluble unión de las naciones latinas!»[174].

Azaña, si dijo lo que *España* e Imbart le atribuyeron, se habría mantenido fiel a sus ideas de juventud: una cultura latina que en el actual momento histórico se alimentaba de la irradiación francesa. En las páginas que preparó para brindar en el banquete puso especial interés en recalcar que con sus aclamaciones, el Ateneo no hacía más que cumplir un elemental y grato deber. Sin duda, la dedicación al estudio, al trabajo desinteresado, ya aseguraba a los visitantes un puesto en aquel hogar, pero hay un acento en las cosas, y en una hora trágica, «cuando os hemos visto pasar llevando con la entereza que os corresponde un dolor sublime», el corazón de los ateneístas se

desbordó y nunca el Ateneo fue más ni tanto como en esa hora. Por eso, la acogida de que fueron objeto. Y por eso también, siguió diciendo Azaña, la necesidad de que los españoles rompieran el silencio y el desconcierto en que quedaron sumidos desde el verano de 1914 «con un grito de guerra, con una palabra de cólera e imperio que separe las tinieblas de la luz». Los que amaban a Francia en la paz, por la suavidad de las costumbres, la libertad de su régimen, la irradiación de su cultura; los que se proclaman hijos de la Revolución que dio forma política y valor universal a la reconquista del hombre; los que envidian a Francia por cumplir el terrible destino que la obliga a blanquear los desfiladeros de la Argonne con los huesos de los defensores del mundo latino, tienen que proclamar su «fe en vuestra causa», su «fe en vuestra victoria». Brindar por Francia, «clavada hoy en la cruz, por su gloria y su victoria», después de reivindicar las aclamaciones del Ateneo y de romper el silencio con un grito de guerra, acabó por convertir la visita de los académicos, conservadores y católicos en su mayor parte, en un acto de militancia francófila por los valores de libertad**[175]**.

La notoriedad alcanzada por el Ateneo y por su secretario en la organización de la visita de los académicos franceses, sumada al quebrantado estado de salud y el luto de su presidente, explica que la representación de la docta Casa en el viaje con que un grupo de intelectuales españoles devolvió la visita a sus colegas franceses, en octubre de 1916, recayera sobre Manuel Azaña, de quien Raoul Narsy, en las semblanzas de los miembros de la delegación, no tenía otra cosa que decir salvo que el Ateneo había mostrado su interés en participar en la expedición y que, impidiéndole la edad al director, señor Labra, semejante desplazamiento, su «distinguido secretario general» era quien acompañaba a la delegación. A diferencia de los franceses, los españoles no eran exclusivamente académicos ni se reclutaron en medios católicos y conservadores. El jefe nominal de la delegación era el duque de Alba, que unos meses antes había abierto las puertas de su palacio de Liria, cerradas desde hacía años, para ofrecerlas a *Mme. la comtesse* de Bryas con objeto de que pronunciara una conferencia en beneficio de la *Oeuvre des Foyers devastées*. Con el duque, Rafael Altamira, jurista, historiador y político, y Ramón Menéndez Pidal formaban el trío de cabeza; venían luego Jacinto Octavio Picón, miembro de la Academia y bibliotecario perpetuo. José Gómez Ocaña, Odón de Buen y Gil y Morte representaban la ciencia española, aunque había que lamentar que Ramón y Cajal, con Pérez Galdós y Azorín hubieran tenido que renunciar al viaje por razones de edad o de salud. En fin, Américo Castro, uno de los más jóvenes maestros de la Universidad

de Madrid, completaba el brillante elenco de intelectuales en misión a Francia[176].

Azaña se incorporó a la delegación por invitación de los académicos franceses, que aceptó gustosísimo, dirigida a través de Menéndez Pidal[177]. Salieron de Madrid el sábado 21 de octubre a las nueve de la mañana Menéndez Pidal, Ocaña, Blay, Bilbao, Castro y él en el expreso que los dejó en Hendaya a primeras horas de la noche. Desde la salida, Azaña acordó con Américo Castro «aprovechar todos los momentos favorables para acentuar nuestra francofilia», a la que una carta de Ramón y Cajal al presidente del Instituto de Francia, de la que era traductor y portador Castro, había insuflado un aporte insospechado. Castro se la dio a leer a Azaña y ambos se entusiasman por el efecto que puede producir, ante el temor de Gómez Ocaña, que no quiere que se lea. Cajal se manifestaba en ella como un francófilo apasionado, presentándose como hijo espiritual del genio francés y como Latino, para formular sus más ardientes deseos «por el triunfo final de vuestro heroico pueblo en la lucha terrible que sostiene no sólo por la liberación del territorio sagrado de la patria, sino por una causa más alta, la de la libertad de los pueblos y el respeto de las nacionalidades», elemento éste añadido a la aliadofilia cuando se hizo patente la vulneración por los alemanes del derecho internacional y de las leyes de guerra. Castro, que la había traducido al francés, no pensaba reducir ni una coma de su significado[178].

Los miembros de la delegación no tenían, escribió Azaña en sus notas de viaje, más representación que la suya personal, a nadie comprometían, lo que daba a cada uno de ellos una amplia libertad para expresar lo que bien le pareciera. Él comenzó pronto, en Hendaya, donde fueron recibidos por el rector de Burdeos, el alcalde de la ciudad, el subprefecto de Bayona y algunos funcionarios. Al rector le contestó Azaña, que puso calor en sus palabras y que brindó por vez primera por la victoria de Francia: al rector, anota, no parece que le guste «que sea el más joven y menos importante de los españoles presentes quien le conteste». Pero ser el más joven y menos importante no le paraliza. En la recepción ofrecida el martes 24 en la Société des Gens de lettres, de París, «en nombre del Ateneo, en una cálida improvisación en español, saludó a nuestros gloriosos ejércitos y les deseó un triunfo “prompto, completo, grandioso”», escribió Narsy en su informe. Pero la improvisación no fue tal. Quizá pensando que, por representar al Ateneo, tendría que hablar en la recepción ofrecida a la misión en el Ayuntamiento, celebrada inmediatamente antes, Azaña había preparado unas cuartillas, que llevaría, como siempre, aprendidas de memoria, y pidió permiso al presidente

de la Société para «hacer un discurso» en español. Habló muy despacio y muchos le entendieron. Pudo explayarse: su texto comenzaba saludando a los «representantes de la ciudad de París» en nombre del Ateneo de Madrid para expresarles la deuda de gratitud contraída con la capital de Francia por todas las gentes «que consagran lo más y mejor de su vida al cultivo de las cosas del espíritu». París, había escrito, es como un crisol siempre encendido donde el alma latina se depura y sin cesar se renueva. Raza, alma, cultura latina, uno de los temas recurrentes en la reflexión de Azaña desde su intervención en la polémica con Baroja, vuelve ahora en forma de palabras de agradecimiento porque París, donde «se concentran y criban con insuperable energía las cualidades de nuestra raza, donde el genio latino lanza sus mejores destellos, constituye el depósito y archivo de los títulos en que la Europa meridional asienta su prestigio en el mundo». La aliadofilia de Azaña es, cada vez más, una francofilia: ni en lo que dice ahora ni en lo que escribirá más adelante abordó directamente el significado de la presencia de los ejércitos británicos en Francia, aunque su gran tributo de sangre, la muerte de cerca de 60 000 soldados el primer día de la batalla del Somme estaba muy reciente. Gran Bretaña y la tradición liberal anglo-americana difícilmente podrían caber en un argumento construido sobre el postulado de la luz que las tres naciones latinas alumbraron en el Renacimiento y que fue pasando de una a otra, creando un lazo de unión interno para introducir en el mundo la idea del imperio de la Razón, la idea de que por encima de intereses y ambiciones, y por encima de las rivalidades de raza y de religión, existía un valor eterno inviolable, la conciencia moral del individuo y todo lo que de esa conciencia se derivaba: el combate por adecuar el ser al deber ser, el imperio de la ley, la libertad y la justicia. La adhesión y el amor a las cosas de París significaban, en este momento, veneración por la historia de la raza latina, entendida como matriz de la conciencia individual y del régimen de libertad, y confianza en su futuro, en la permanencia de sus destinos[179].

Tuvo Azaña ocasión de dar algún paseo por París para comprobar que la emoción de volver a los lugares recorridos durante su primera estancia no era tan fuerte como había esperado: será porque al hallarse allí cree que nunca ha estado ausente. Es el mismo juego de su primera llegada, entendida como un retorno al lugar donde nunca se ha estado. No es tan insólita esa sensación: a cada cual le ocurre que, de pronto, al pasear por una ciudad la siente como recuperada, como si de niño hubiera jugado por sus calles, sentido sus olores, vivido sus colores. Azaña se entrega de nuevo a esas sensaciones mientras hace tiempo para el almuerzo al que les ha invitado Aristide Briand en el

Ministerio de Asuntos Extranjeros. Van llegando personajes. Briand los recibe y Azaña apunta: es de poca estatura, grueso, de cabeza grande, cargado de espaldas, tiene la tez de color de tierra, los ojos grandes y saltones, los bigotes caídos. Va delante y les invita a seguirles, con un leve ademán, lleno de autoridad y de gracia. Se ve que Azaña, por razones distintas a las del jardín de Luxemburgo, también ahora está en sus glorias: ahí es nada un secretario del Ateneo de Madrid en amena conversación con Aristide Briand, hombre que da la impresión de gran aplomo, de confianza en sí mismo, de seguridad. Y luego, al jardín, a hacerse una foto antes de volver al despacho, donde hay magníficos tapices y, sobre una mesita, un mapa, por cierto alemán.

Terminadas estas recepciones y agasajos, y tras impartir sus conferencias Menéndez Pidal y Altamira, la delegación salió hacia el frente. La catástrofe de la Gran Guerra había adquirido por entonces tan impresionante dimensión que muchos intelectuales le atribuyeron contenidos religiosos: la guerra era, como escribió Croce, una «acción divina», un castigo de Dios del que los combatientes habrían de salir como regeneradores de la política[180]. Por lo que respecta a Azaña, lejos de divagar sobre las excelencias y la belleza de la guerra, lo que va anotando es su carácter horrendo, sus estragos, la calamidad que significa, la catástrofe que entraña. No se permite la más mínima ilusión mística con los sufrimientos que soportan los soldados, en los hospitales y en las trincheras, hundidos en el fango, enervados, cansados. Lo que se trae de su visita a los frentes no es la exaltación propia de la visión religiosa del sufrimiento humano sino la reforzada adhesión a la causa de los aliados y, más específicamente, a la de Francia, que había sabido responder a la destrucción y los horrores de la guerra con el despliegue de energía y la observancia de una dura disciplina militar que, sin embargo, no aniquila la libertad de conciencia. Horror y sufrimiento que contrastan con la energía y la disciplina en la defensa de la patria sin renunciar por eso a la libertad individual: ésa es la lección francesa que Azaña repetirá una y otra vez a su regreso de los frentes.

A la vuelta del frente, y después de visitar Toulouse y Burdeos en compañía de los pocos que van quedando de la delegación, Azaña reafirma, en un artículo paralelo al que Imbart de la Tour había escrito sobre la misión de los académicos franceses, su voluntad de que la misión de los intelectuales españoles no sea vana, sino que tenga resultados prácticos y eficaces. «Hemos decidido que, desde nuestro regreso a España, los miembros de la misión se constituirán en comisión permanente, con el fin de conseguir el acercamiento

más estrecho posible entre los dos países, desde todos los puntos de vista»[181]. Piensa en la necesidad de una «acción común» entre españoles y franceses y dedicará a analizar las condiciones de su posibilidad las últimas y más enjundiosas reflexiones de su informe sobre el desarrollo de la misión en Francia. Afirma que esa acción marcha con retraso, que debió haber progresado antes de que los acontecimientos de la guerra se echaran encima y que es preciso asegurar su valor y eficacia con los medios adecuados. En este punto, se permite completar una recomendación de Imbart de la Tour: «Dirijámonos ante todo a las ideas». Azaña contesta: muy bien, dirijámonos a las ideas, pero también a los hombres. Hay que saber con quién y para qué propósito emprender la acción común. Y a este respecto, distingue dos clases de gentes: la francófila de antes de la guerra y la que se ha vuelto francófila después. Los primeros son herederos y representantes de una tradición liberal, que se remonta al siglo XVIII, y que es francófila porque sólo de Francia podía recibir los principios sobre los que construir la vida española en libertad y progreso. Los segundos no proceden de esa tradición y se adhirieron a la causa de Francia porque vieron conturbada su conciencia por la agresión de que había sido objeto e hicieron votos por su triunfo como una reparación debida a la justicia. Cree Azaña que la base duradera, sólida, de una acción común sólo se garantizará si se construye sobre los primeros, y que será pena perdida pretender edificarla sobre los segundos. Más aún creará un gran desconcierto entre los españoles francófilos el intento de conquistar ciertas posiciones de la opinión peninsular que por ahora son inabordables. Es claro que, para Azaña, si Imbart, Paris, Legendre, Widor, todos católicos y todos partidarios de alguna relación permanente entre españoles y franceses, se empeñaban en conquistar la opinión católica, acabarían fracasando: conocía bien la inquina acumulada durante siglo y medio por los católicos españoles contra las ideas disolventes importadas de Francia[182].

De todo lo visto y sentido en su visita a los frentes derivará Azaña la lección de alcance universal, objeto de su conferencia «Reims y Verdun», impartida el 26 de enero de 1917 en el Ateneo, acompañada de la proyección de placas fotográficas. Saludada y parcialmente reproducida por la revista *España* como uno de los trabajos más hermosos que se habían escrito sobre Francia, «dicho en un lenguaje de verdadera elocuencia, sobrio, preciso y bello», del que era autor «uno de los hombres jóvenes de más talento que se asoman al horizonte de nuestra política»[183], Azaña pretendió resumir en ella la impresión que le había causado Francia en guerra con una frase en la que el dolor y la fuerza aparecieran, más que juntos, fundidos: dolor por los

sufrimientos no buscados, fuerza para acometer la restauración total y violenta de la armonía rota. Reims, con su catedral mutilada y Verdun, convertida en un montón de escombros, eran teatros de dolor, de sufrimientos inmerecidos, de horrores innecesarios; dolor por las vidas que se pierden, por la sangre que corre a raudales. Sus visitas al frente —escribirá más tarde al evocar la impresión perdurable de tanto sufrimiento— «me hicieron ver la fealdad repulsiva de la guerra»[184].

Si Azaña insiste en los estragos de la guerra, en su carácter repulsivo, es para resaltar la fuerza cívica que entraña la decisión de hacerle frente: los franceses se encontraban metidos en una guerra que no querían y a la que han de «responder con la fuerza en que el espíritu público se abroquela», que no es una energía explosiva, sino persistente y tenaz que se resume en una decisión: pues estamos en guerra, hemos de hacer cuanto sea necesario para que nuestros hijos no se encuentren en una situación igual. La lección universal que se deriva de esa guerra consiste en que, a pesar de los sufrimientos y las ruinas, Francia había sabido organizar una defensa eficaz armonizando la libertad individual con las exigencias de cohesión nacional. Por eso, después de suscitar la emoción de su auditorio ante la contemplación de las imágenes de Reims, Azaña resalta el «heroísmo tenaz, metodizado, fríamente puesto en ejercicio», que pudo palpar en los kilómetros interminables de galerías subterráneas en las que el ejército francés resistía bajo el «montón de escombros» a que había quedado reducido Verdun: extrema la descripción del horror físico para exaltar luego el valor cívico de la resistencia. De ahí su abierta admiración por los importantísimos puntos de apoyo de orden moral en los que se basaba el esfuerzo de guerra sostenido por los franceses; de ahí su afirmación de que la patria, que es una libertad, es también una conquista de pueblos libres; de ahí, en fin, que la lección triunfal de Verdun consista en el amor del ciudadano a la patria libre. Como resumía la crónica del día siguiente, fue una conferencia «muy hermosa, elocuente y altamente educadora. Manteniéndose dentro de los límites de la discreción más rigorosa, el orador habló el lenguaje de la razón, de la dignidad y de la experiencia histórica, alcanzando por todo ello muy legítimos aplausos»[185].

9. EL MOTIVO DE LA ANTIGERMANOFILIA

A partir de las primeras semanas del nuevo año, cuando se habían cumplido dos y medio de guerra, más que manifestarse por la causa de Francia, los intelectuales aliadófilos sintieron la urgencia de tomar la pluma y la palabra contra los que defendían la causa de Alemania, aunque muy atrás quedara ya aquel «manifiesto germanófilo» de finales de 1915 que, encabezado por Jacinto Benavente, Sinesio Delgado, Juan Vázquez de Mella, Adolfo Bonilla San Martín, Laureano Díez Canseco y Francisco Rodríguez Marín, entre otros, se complacía «en manifestar la más rendida admiración por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España, así como también su profundo reconocimiento a la magnificencia de la cultura alemana y a su poderosa contribución para el progreso de España»[186]. No se trataba ahora de responder a un manifiesto sino de denunciar una política de neutralidad a toda costa que favorecía los intereses alemanes, pasando por encima del hundimiento de mercantes españoles, y que reforzaba en los medios de la derecha la convicción de que nada tenía que cambiar del corrupto sistema político español. Y de nuevo en este punto, Azaña se dispuso a comprometer a la institución de la que era secretario, organizando conferencias, impulsando manifiestos, participando en debates, visitando frentes de guerra.

Del semanario *España*, que dirigía Luis Araquistain desde las oficinas situadas a un paso del Ateneo, partió la iniciativa de publicar un manifiesto dirigido a los españoles por una Liga Antigermanófila que acababa de nacer. En su presentación, *España* afirmaba que no era propósito inmediato de la Liga combatir a Alemania sino «dar la batalla a todas las fuerzas oscurantistas, a las heces del tiempo y de la historia, que han abandonado sus escondrijos en el curso de la guerra y se han agrupado, aquí en España, con el pretexto de una germanofilia vergonzante, disfrazada generalmente del título de hispanofilia o de neutrafilia». Interpretaba así Araquistain el espíritu y la letra del manifiesto que desde sus primeras líneas denunciaba como peores enemigos de España a los mismos españoles que por inconsciencia o interés

colaboraban en la perpetuación de sus males y perseguían «ferozmente todo signo de una España más culta, más libre y más respetada en el Consejo de las naciones». Había que «dar la batalla a los enemigos intestinos de España» que pretendían desviar al pueblo español «de la única ruta de sus libertades, de sus intereses y de su seguridad internacional». La neutralidad, entendida al modo de los germanófilos, tenía para España la consecuencia de que, después de la guerra, todo seguiría igual. Y eso era lo que denunciaban los impulsores de la Liga, que recogió en muy pocos días miles de firmas agrupadas bajo los epígrafes de artistas, catedráticos, maestros nacionales, profesores mercantiles, publicistas, diputados, exdiputados y senadores, alcaldes, exalcaldes y concejales, ingenieros, médicos, abogados, comerciantes e industriales, profesiones varias. Era de nuevo una muestra muy representativa de la nueva clase media profesional en la que Manuel Azaña venía a ocupar un puesto entre los publicistas, aunque no fuera mucho lo que por entonces publicaba o había publicado[187].

Muy poco después, *España* celebró el segundo aniversario de su existencia con su comida anual en el imprescindible hotel Palace, con Miguel de Unamuno como invitado de excepción. Muy en su estilo, el «vejado exrector de Salamanca» evocó «las dos Españas frente a frente, si es que las dos son Españas»; la neutralidad como vergüenza inevitable; los parricidas de la patria que venden la gasolina con que los submarinos alemanes hunden buques españoles, el clericalismo y el militarismo, para terminar brindando por España y los españoles, por los nobles pueblos aliados en defensa del derecho y de la justicia, y también, cómo no, por Alemania y los alemanes. Voto de unos españoles libres por la liberación alemana y que se «queden los turcos, sus aliados y compañeros germanófilos españoles como ejemplo troglodítico prehistórico de una fauna espiritual que la civilidad reduce a ser escurrujadas de la tradición del progreso». Los concurrentes, que eran doscientos, premiaron sus palabras con una ovación que se prolongó largo rato. Hecho el silencio, Manuel Azaña, como si fuera secretario de la Liga, dio cuenta de las adhesiones, entre las que destacaban las de Manuel Bartolomé Cossío, Melquíades Álvarez y Gumersindo de Azcárate, junto a la de Andrés Ovejero[188].

Los dirigentes reformistas emprendían, pues, la senda de la antigermanofilia, que no era la de la germonafobia sino otra cosa que miraba más a esos españoles atrincherados en su odio a Francia como gran excusa para que en España nada cambiase. Fue en los salones del Círculo Reformista de Madrid donde se celebró el 15 de febrero la asamblea de constitución

definitiva de la Liga Antigermanófila, en la que se aprobaron sus estatutos y se eligió el Directorio Central Nacional definitivo, con la notoria presencia de dirigentes de los partidos de izquierda. Se esbozaba así, en forma de liga, una especie de recomposición de la conjunción republicano-socialista, liquidada prácticamente desde 1912 por el abandono de los reformistas. Ahora, en medio de la inestabilidad política provocada por el faccionalismo de los partidos dinásticos y de la creciente movilización sindical ante la imparable carestía de las subsistencias, reformistas, republicanos y socialistas volvían a tantear posibilidades de acción conjunta, olvidando resquemores y agravios de años pasados, a la que allanaba el terreno la revista *España* y la liga promovida desde sus páginas. Una mayoría de intelectuales a secas con unas interesantes presencias de políticos y varios intelectuales-políticos fueron elegidos para integrar el Directorio de la Liga. Eran ellos Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Miguel Blay, Luis Simarro, Juan Madinaveitia, Nicolás Achúcarro, Amadeu Vives, Rogelio Villar, Gustavo Pittaluga, Manuel Azaña, Luis de Hoyos, Jacinto Octavio Picón, Consuelo Álvarez, Augusto Barcia, Marcelino Domingo, Fernando Durán, Fabián Vidal, Amadeo Hurtado, Álvaro de Albornoz, Luis Araquistain, Luis García Bilbao, Roberto Castrovido, Indalecio Prieto y Félix Azzati, que formaron bajo la presidencia honoraria de Pérez Galdós y la efectiva de Luis Simarro**[189]**.

En este frente común, que la antigermanofilia va fraguando entre lo que vuelve a ser conocido como «las izquierdas», produjo un impacto especial la tercera salida a escena de Antonio Maura, impulsado de nuevo por sus Juventudes, que le llevaron hasta un estrado dispuesto en la meseta del toril de la plaza de toros de Madrid. Unas veinte mil personas acudieron de toda España para escuchar la voz clara y enérgica de alguien que asumía progresivamente la figura del gigante que está ahí, afuera, pero que comienza a impacientarse por los desatinos que cometen los que se han quedado dentro. Maura no tenía duda alguna sobre su capacidad para resolver los problemas de aquella hora con un buen manotazo que espantara a los partidos políticos que no personificaban ideas ni políticas, que eran meros «sindicatos de intereses, de ambiciones, de vanidades». Él había roto con esos partidos, con el liberal desde que en 1909 le declaró su hostilidad implacable; con el conservador desde que despreció como «idóneos» a los que se mostraron dispuestos a atender las llamadas de Palacio. Él habitaba otras esferas más puras, las del amor a la patria, había sabido esperar en el ostracismo voluntariamente elegido y se disponía a dar un paso adelante invocando la unidad nacional como única meta de los verdaderos patriotas, de los que

sentían de verdad ese «amor patrio» que se sustancia en el celo por la independencia nacional. Con esas credenciales, pretendía erigirse «en el hombre de la unidad nacional y, en consecuencia del Gobierno», lanzando diversos señuelos, bien dosificados, a aliadófilos y a germanófilos, según comentó Luis Araquistain. España pertenece, quiera o no, al ámbito de naciones occidentales pero no tiene ningún agravio con Alemania, dice Maura. Y con esto, todos satisfechos, aunque el argumento estuviera construido sobre unas cuantas contradicciones, que el editorial de *El Imparcial* no dejó de advertir cuando le recordaba que nadie puede inflamarse reivindicando Gibraltar y al tiempo «negar el hecho cierto, recientísimo y sangrante de los agravios que nos ha inferido Alemania en nuestra propiedad y en la vida de nuestros compatriotas»[190].

Más que el contenido del discurso de Maura, lo interesante para el esbozo de unidad de las izquierdas anunciado por la formación del directorio de la Liga Antigermanófila fue el hecho mismo de su celebración, que infundió las energías necesarias para organizar la respuesta con otro mitin monstruo a celebrar en la misma plaza de toros. Convocado por *España* en una especie de manifiesto editorial dirigido «A todas las izquierdas españolas» el 26 de abril, tres semanas después de que el conde de Romanones fuera «arrojado del poder porque quería conservar la política de acercamiento entre Inglaterra, Francia y España», el mitin se organizó como una respuesta a Maura, una reedición, adelantada por Araquistain en su comentario y por *El Socialista* en grandes titulares, del ¡Maura, no! que tanto juego había dado en 1909. Fue la revista *España* la que lanzó la idea y fue en sus locales donde se reunieron el 24 de mayo los diputados republicanos y reformistas para preparar la organización del mitin[191]. El único diputado socialista, Pablo Iglesias, invitado a capitanear el acto, se mostró reservado: quería saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar los reformistas, que ya le habían dejado plantado una vez, y dejó que la presencia socialista corriera, de manera informal, a cargo de Andrés Ovejero, un intelectual en el partido. En esa reunión, se acordó el orden y el tiempo de que cada cual dispondría: Albornoz, Castrovido y Menéndez Pallarés hablarían, como Ovejero, durante diez minutos; Unamuno disfrutaría del doble de tiempo y Melquíades Álvarez y Alejandro Lerroux, de media hora, una dosificación que ponía de relieve la importancia que los organizadores concedían a cada cual.

Entre la reunión preparatoria y la celebración del mitin, Manuel Azaña pronunció en el Ateneo una conferencia que fue parcialmente publicada poco después como folleto con el título *Los motivos de la germanofilia*. De todas

las conferencias de su vida, ésta fue la más pensada, la más densa también y, sobre el papel, la de mayor extensión. Como todavía era su costumbre en estos años, se tomó el trabajo de escribir con suficiente antelación —y con casi completa seguridad: después de leer el discurso de Maura de 29 de abril — lo que pensaba decir, rellenando en esta ocasión 164 hojas de entre 20 y 22 líneas, de las que se publicaron como trascripción mecanográfica únicamente 68. ¿Fueron escritas las páginas que no vieron la luz después de la conferencia para completar su contenido con vistas a la edición de un libro? No lo parece, ni por la continuidad sin solución del texto escrito ni por el comienzo del folleto impreso, que da por supuesto que el orador llevaba ya un rato hablando. Fue uno de sus textos más trabajados, más sólidamente construidos, como si en aquel grave momento, con submarinos alemanes torpedeando a mercantes españoles, con mítines a cargo de figuras principales, con duros enfrentamientos entre aliadófilos y germanófilos**[192]**, Azaña hubiera pretendido decir una palabra en la que la razón, la historia y la política se impusieran sobre las pasiones desencadenadas tras la declaración unilateral de guerra submarina tomada por el gobierno alemán el 1 de febrero de 1917.

En su conferencia, Azaña planteó el problema desde el punto de vista del político que, aparte del necesario trabajo de organización, está obligado a espiar sagazmente las fluctuaciones de la opinión para encauzarlas, ilustrarlas y servirlas. Acechar la idea del momento, espiar los vagos deseos que laten en las entrañas de un pueblo y que pugnan por salir a la luz para arrojarse sobre ellos es una elemental exigencia táctica que afecta como a ningún otro, dice Azaña, «a nuestro partido, que es riquísimo de contenido ideal porque en él ha venido a reunirse lo que hay en España de más respetable y prestigioso en punto al liberalismo, con las ansias culturales de las generaciones nuevas y los deseos de poner a la patria en un pie de organización europea». Hoy, esa preocupación inmediata de los españoles es la guerra, que ha removido todas las rutinas y que a todo el mundo ha sorprendido: jamás ante un suceso de tal magnitud se ha encontrado un pueblo menos preparado. ¿Causa inmediata de tamaña indefensión? La ligereza, la ignorancia, las intrigas, la rapacidad de siglos de reyes y ministros, que operaban sobre la resignación y la mansedumbre de un pueblo. Y luego, la indefensión moral: la pereza, el cansancio, el deseo de evitarse molestias ha dado como resultado «nuestra actitud tortuosa ante el conflicto», que se condensa en dos negaciones: neutralidad y germanofilia. Por supuesto, hablando en el Ateneo, se guardará mucho de señalar cuándo, cómo y hasta qué límites debía España intervenir:

pretender establecer el modo de la intervención desde la tribuna del Ateneo sería «caer en ridículo o pedantería»; la política, dice, se hace fuera del Ateneo, «manejando otras realidades». A lo que se puede aspirar desde aquella tribuna es a remover ideas rechazando esas dos negaciones. Y eso es lo que pretende denunciando, ante todo, la absoluta falta de preparación, diplomática, militar, política, moral, en que la guerra había sorprendido al Estado español. La neutralidad, por tanto, no fue una opción libre, sino impuesta por una indefensión, por la absoluta carencia de medios militares capaces de medirse con los ejércitos europeos. De esa neutralidad obligada era preciso salir, «poniéndose de parte de los aliados».

Éste es el punto que más interesa al conferenciante: combatir la idea, extendida también entre los partidarios del bando aliado, de que por ningún motivo los españoles estaban obligados a tomar posición en la contienda. El interés nacional de España, hoy, es el de Inglaterra y Francia, que combinan la autonomía más completa de cada ciudadano con un ardiente patriotismo. La germanofilia consiste, por el contrario, en el deseo de ver humilladas a Francia e Inglaterra, en esa ojeriza contra Francia de la que España aún no estaba curada, como ya escribía Feijoo en el siglo XVIII. Contra esa clase de gentes viene haciéndose desde hace siglo y medio la historia de España en un combate sin tregua para romper las trabas que se oponen al reinado de la libertad y de la tolerancia en nuestro país. Desde su discurso en Alcalá, Azaña había manifestado una especial irritación al polemizar con la «teoría de la abstención» porque siempre veía detrás de ella asomar la oreja de la hipocresía. Demasiado tiempo llevamos de espaldas a las cosas de fuera, dice ahora, para que se nos venga a proponer como tipo representativo del alma española al corregidor de Almagro, que se murió porque a un vecino le sacaron la capa demasiado corta. Una mirada al pasado que le sirve para formular una propuesta de futuro: estamos tan unidos a un tronco de civilización que nos va la vida en su defensa. Dentro, como parte de este tronco común, es donde y como tiene sentido el amor a la patria, el patriotismo, que Azaña equipara —en lo que parece una respuesta a las invocaciones de Maura— con virtud cívica, concebidos como último móvil de las acciones de los hombres en cuanto miembros de una sociedad política. Pero, añade, no basta amar a la patria, hay que crearla; la patria no es un depósito permanente, es una creación. La patria, que es una libertad, es también una conquista de pueblos libres. Ante esa definición de sentimiento patriótico nada importan las enemistades del pasado. Buscarlas es una aberración porque en democracia los intereses y aspiraciones nacionales se

dilucidan en la discusión pública, quedando excluidas las ambiciones dinásticas, los ímpetus guerreros y las combinaciones de los diplomáticos de oficio.

Completado el juicio político, Azaña plantea la posibilidad de enunciar un juicio moral sobre la guerra. El individuo humano se define como ser moral, como un ser que tiene una conciencia moral. De ese axioma deduce dos reglas inviolables: que en todas las acciones de la vida, debemos conducirnos como hombres, como seres morales; que el Estado, que no se diferencia de un pueblo organizado, es un medio, no un fin y debe actuar de modo que robustezca y defienda la cualidad primordial humana de cada uno de sus miembros. El juicio que a partir de estas consideraciones formula es taxativo: todas las nociones de respeto a la personalidad, de sentimiento de justicia, de imperio de la Humanidad, que son la base de la civilización europea, «han sido en nuestros días furiosamente atropellados por el pangermanismo agresor. Lo han sido doctrinalmente, como preparación del hecho material; y lo han sido políticamente, como organización de las fuerzas preparadas para cometer la agresión». Analiza entonces con detalle la política de equilibrio y paz hasta 1914, la formación de la Triple Alianza, tal vez la más formidable liga militar que se había conocido en Europa, y el cumplimiento casi obligado de la ley de equilibrio que lleva a Inglaterra, Francia y Rusia, a pesar de sus diferentes sistemas políticos, a formar la Triple Entente para mostrar que los móviles de cada una de ellas se dirigían al mantenimiento de la paz. El correlato de Triple Entente y paz será pangermanismo y guerra. Azaña se remonta entonces a los fundamentos teóricos y a los objetivos políticos del pangermanismo, organizado como una máquina poderosa no sólo porque el Estado era la fuerza absoluta, como «lo divino en la Historia, según la expresión de Hegel», sino porque en sus relaciones con los demás Estados, el Estado alemán prusianizado representaba un momento culminante de la historia del mundo. Por eso, termina Azaña su larga y, entre los medios aliadófilos españoles, insólita argumentación, «cuando nosotros condenamos el pangermanismo, cuando nos declaramos —por usar el término inglés— aliadófilos, no podemos decir que triunfe una dinastía sobre otra, que tal nación conquiste esta o aquella provincia, que gane o pierda tantas batallas: queremos poner a salvo la integridad de los derechos de la persona humana y con nuestra admiración por los que derraman su sangre a favor de esta causa les enviamos nuestro augurio de triunfo y envidiamos su gloria inmortal»[193].

Dos días después de esta conferencia, en la que se exponían argumentos de otra entidad a los habitualmente empleados en manifiestos y debates

políticos, alrededor de 25 000 personas se apiñaban en gradas y tendidos de la plaza de toros para asistir al anunciado mitin de las izquierdas. En la tribuna, viejos conocidos: Azcárate, Barcia, Giner de los Ríos, Palacios, Zulueta, Besteiro, Gancedo, De Buen, Palomares, Araquistain, Hoyos, Azaña, Fabián Vidal, Bagaría, Núñez Arenas, Sánchez Ocaña, tantos otros: eran como una representación, tres años después, de aquella nueva España anunciada por Ortega, sin Ortega. A la vista del magnífico espectáculo, el doctor Simarro, que presidía la gran asamblea, se puso en pie agitando un pañuelo, se hizo un profundo silencio y el primer orador, Álvaro de Albornoz, dijo que estaban allí para proclamar su solidaridad con los pueblos que luchaban por la libertad y por la civilización, para decirle a Alemania que no estaban dispuestos a tolerar que los barcos españoles fueran torpedeados y para censurar al gobierno por no haber permitido que se constituyera la Liga Antigermanófila. Luego habló Andrés Ovejero, que transmitió la fervorosa simpatía y el apoyo moral de los directores del Partido Socialista y afirmó que la guerra europea llevaba en su seno un fermento revolucionario, cosa que él celebraba extraordinariamente. Roberto Castrovido, director de *El País*, dijo que se trataba de poner frente a frente la paz con la libertad y la democracia para vencer al militarismo, el clericalismo y el kaiserismo. Emilio Menéndez Pallarés veía en la exacerbación entre derechas e izquierdas la más notoria repercusión de la guerra europea y tildó a Maura de «germanófilo agermanado». Luego le tocó a Miguel de Unamuno que, por encima de la multitud, se dirigió como tanto gustaba directamente al rey de España para recordarle que los tronos se derrumban si no saben cimentarse en la voluntad del pueblo. Se había entrado en la sospecha, dijo el filósofo, de que en esta Monarquía cabía una República coronada, «pero si se persiste en una neutralidad estricta, muchos que no hemos sido republicanos ni lo somos hasta ahora, muchos, repito, tendríamos que hacernos republicanos al cabo». Entre aviso y amenaza, Unamuno instó a los poderes públicos a que aprovecharan la ocasión para hacer de una buena vez su «revolución desde arriba e impusieran a la Monarquía el gorro frigio».

Los dos dirigentes políticos más esperados, el reformista y el radical, Melquíades Álvarez y Alejandro Lerroux, que aparecían otra vez juntos, hablaron los últimos y cumplieron lo que de ellos se esperaba, aunque la manera de dirigirse Unamuno al rey tuvo en ambos un efecto fulminante. Álvarez reafirmó los principios en que se basaba la política reformista, pero no dejó pasar la ocasión de recordar a quien quisiera oírle que si la forma de gobierno no podía ser para él un ideal eterno, los reformistas estaban allí para

salvar la dignidad de España y que «si alguien, por muy alto que estuviera, se oponía a tal propósito, desaparecerá». Por fin, «salió el gran toro de la tarde, el que levantó el público hasta el delirio», Alejandro Lerroux, que recordó que la guerra implicaba una lucha de derechas e izquierdas y, mirando al palco real, exclamó: «Aquí está presente la soberanía popular, pero la que está ausente es la soberanía real. Ausente, como en Rusia, la queremos siempre». Ovacionados todos los oradores, el doctor Simarro leyó las conclusiones en las que sellaban las izquierdas su acuerdo: que España no podía permanecer indiferente y aislada; que por sus propios intereses debía orientar su política internacional en la dirección de Francia, Inglaterra y sus aliados; y que por los atropellos a su neutralidad, España debía romper relaciones diplomáticas con Alemania. Terminado el mitin, y de vuelta los amigos en el Ateneo, Lerroux fue «el ídolo de todas las conversaciones»[194].

El acto, decía *El Imparcial*, «ha sido no un mitin aliadófilo, sino un mitin antimonárquico», una opinión que en *ABC* se expresaba con otro acento: «fue un acto de propaganda republicana, de franca acción revolucionaria»[195]. En realidad no fue para tanto, aunque algo de esto hubo, al menos en ciernes: la antigermanofilia, al facilitar una acción común de las izquierdas, derivaba en republicanismo, una dimensión que Azaña no había rozado en su conferencia y que de momento no parecía dispuesto a incorporar a su discurso, pero que no hizo más que extenderse con los acontecimientos inmediatos, de los que él permaneció relativamente al margen. Tres días únicamente separaron el mitin de las izquierdas del acto de fuerza, especie de golpe de Estado encubierto, que las Juntas de Defensa protagonizaron el 1 de junio, y que Azaña, con la distancia de un año, definirá como «fecha histórica en la política actual de España porque en ese día se planteó de forma, más que aguda, violenta, el problema militar». Algo se rompió, o así fue vivido, aquel 1 de junio cuando las Juntas de Defensa del Arma de Infantería entregaron al capitán general de Cataluña un ultimátum púdicamente calificado de Memoria. El gobierno liberal, que García Prieto presidía desde el 19 de abril, rodaba por los suelos diez días después: tan fuerte fue el empujón que no pudo recuperar su equilibrio. El día 11, la situación liberal dejaba paso a una nueva situación conservadora, con Eduardo Dato otra vez en la presidencia. El 13, Ortega, volviendo por sus fueros, iniciaba en la primera página de *El Imparcial* un artículo que arrancaba: «Voces se oyen canoras…» para terminar, tras un requiebro al Arma de Infantería, pidiendo la convocatoria de Cortes Constituyentes. Araquistain, menos cantarino, después de afirmar el 7 de junio que el espíritu que animaba a las Juntas era «democrático o

antioligárquico», pedía también, siete días después, una reforma de la Constitución[196]. Si Ortega y Araquistain representaran a la generación de 1914, se podría decir que aquello por lo que vagamente suspiraba la nueva España desde hacía cuatro años se convertía de pronto, por una acción militar, en una meta al alcance de la mano; que el trabajo estaba hecho y que sólo había que esperar a que la fruta cayera del árbol. Convocatoria de Cortes Constituyentes, ¿qué otra salida podía tener aquella situación, con el régimen bajo un arco en ruinas?

Dejando de lado los matices, ésta fue también la composición de lugar que se habían hecho los convocantes del mitin: había sonado la hora de un cambio radical, a ser posible pacífico, sin violencia. El 16 de junio, a las tres y media de la tarde, se reunían en el Congreso los diputados de las izquierdas, con la presencia, esta vez en carne y hueso, de Pablo Iglesias, único diputado socialista, que unos días antes había proclamado como deber de todas las izquierdas «establecer una estrecha inteligencia para abrir camino al régimen político que mejor se preste al presente para remediar las desdichas de nuestra patria» y que ahora volvía a encontrarse para un propósito político con sus viejos conocidos Melquíades Álvarez y Alejandro Lerroux, además naturalmente del resto de diputados republicanos. Quedaron los tres líderes comisionados para redactar una nota que en sus términos esenciales declaraba incompatible la democracia con el actual régimen y la urgencia de que todas las izquierdas de la política española mantuvieran la unión, que en aquellos momentos se establecía, hasta conseguir «el triunfo de la soberanía popular, sin la cual no se concibe la vida de las naciones modernas». Los firmantes del manifiesto adquirían el compromiso de «utilizar la representación que ostentan y su influencia en los partidos a que pertenecen para hacer que prevalezca por encima de toda clase de Poderes la voluntad soberana de la nación»[197].

No se trataba, pues, de una proclamación por la República, como podría pensarse de la incompatibilidad expresada entre democracia y régimen actual. Por régimen actual no se entendía la monarquía en abstracto, sino aquella monarquía en concreto, que no reconocía, o lo hacía sólo a medias, la soberanía popular. Los coligados del 16 de junio no exigían la abdicación del rey ni la formación de un gobierno transitorio que se encargara de convocar elecciones constituyentes. Ni siquiera incluyeron el sintagma Cortes Constituyentes en su manifiesto. Pero aunque no lo hicieran, estaba claro que eso era lo que pretendían, por más que dejaran en el aire una definición más concreta de sus metas inmediatas. Se impuso, sin embargo, la cautela

reformista por la que se dejaba la puerta abierta para que el mismo gobierno de la monarquía, con la anuencia o por mandato del rey, disolviese las Cortes y convocase elecciones legislativas con el encargo a las nuevas de proceder a una reforma constitucional en un punto decisivo: acabar con la co-soberanía de Cortes y rey, en la que se situaban todas las corruptelas del sistema. Soberanía sólo una, la popular o nacional. Que a eso se llegara por promulgación de una nueva Constitución o por reforma de la existente era asunto que en ese momento no dividió a reformistas, republicanos y socialistas.

La caída del gobierno de García Prieto, la entrega del poder a Eduardo Dato, la decisión de mantener la censura de prensa y el cierre de las Cortes precipitaron los acontecimientos en la única dirección posible: la radicalización de las posiciones, con la Asamblea extraordinaria de senadores y diputados convocada para el 19 de julio en Barcelona y el comienzo de una huelga de ferroviarios que desembocaría en una huelga general en agosto. La moción aprobada en Barcelona, antes de que los diputados y senadores fueran disueltos por la policía, iba mucho más allá que el manifiesto publicado un mes antes por las izquierdas. Ahora sí se exigía con toda claridad la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas Cortes Constituyentes que «no pueden ser convocadas por un Gobierno de partido, que fatalmente seguiría los habituales procedimientos de adulteración del sufragio, sino por un Gobierno que encarne y represente la voluntad soberana del país». No se resolvió en las conversaciones preliminares, escribirá después Manuel Azaña en su crónica política para *Hispania*, si el régimen futuro sería monárquico o republicano: «Se aspiraba tan sólo a colocar al país en situación de escoger la forma de gobierno que le pareciese mejor; unas Cortes Constituyentes libremente elegidas habrían satisfecho las aspiraciones de todos»**[198]**. No fue así y le tocó el turno a la clase obrera organizada, que también fue mucho más allá de lo previsto y deseado por sus dirigentes, al declarar la huelga general.

¿Dónde estaba Manuel Azaña en esas semanas del verano de 1917? No, desde luego, en el origen de ninguna de las decisiones de su partido, que fueron tomadas por el grupo de sus parlamentarios, no por la junta nacional, y que fueron llevadas a la práctica bajo la dirección personal de Melquíades Álvarez, comprometido hasta el final con la Asamblea de parlamentarios y con la huelga general que adquirió en su circunscripción de Asturias una extraordinaria amplitud. Azaña, más radical que Álvarez en el rechazo de acercamiento a los liberales, lo fue mucho menos en las metas finales de la alianza de izquierdas porque no creía que pudiera salir nada bueno de un

movimiento que había comenzado con la irrupción de juntas militares en la vida política y porque de una huelga general, convocada a la fuerza, como reconocerían luego sus más directos responsables, obligados por los acontecimientos más que por una decisión autónoma, tampoco cabía esperar el triunfo. La huelga general, escribirá en la misma crónica para *Hispania*, estalló prematuramente para no desamparar al sindicato de ferroviarios del Norte en lucha con la Compañía. Cuando la huelga, pacífica en sus comienzos, se hizo violenta, los huelguistas se encontraron sin armas, excepto en Asturias y en algunos puntos de Cataluña. En Madrid sólo tenían piedras, lo que no evitó emplear al ejército en una represión muy violenta.

De la violencia empleada por el ejército en la represión fue Azaña testigo lejano. En el verano de 1917, cuando la relación con Cipriano de Rivas se convirtió, como recordará ocho años después, en «comunidad», acostumbraba a deambular noctámbulo con su amigo por los altos de la Castellana o las frondas de la Florida o la Moncloa, en busca de un respiro, refugiándose ambos «en la esperanza de una dedicación artística y literaria, rehuyendo la torpe vulgaridad del ambiente». En ese estado de ánimo les sorprendió la huelga general, que obligó a los paseantes a reducir el recorrido de sus caminatas y limitarse a dar vueltas por el barrio de Salamanca hasta que, cansados, subían a la casa del amigo mayor, ahora en la calle Villanueva. Recuerda Cipriano que desde el mirador de la casa, por el eco lejano de los tiros sueltos en los que se apagaba la batalla de los Cuatro Caminos entre los huelguistas y la fuerza armada, adivinaban en el azul del cielo el resplandor de las descargas, mientras su amigo Manolo encendía «el cigarrillo no sé cuántos de aquella velada», inquieto por el destino que pudiera esperarle a Julián Besteiro, prisionero como el resto de los miembros del comité. ¿Será posible que le fusilen**[199]**?

No le fusilaron. Muchos obreros murieron en aquellas jornadas revolucionarias del verano de 1917, pero ni a Julián Besteiro, ni a ningún otro de los miembros del comité de huelga los fusilaron; los condenaron a cadena perpetua, que comenzaron a cumplir en el penal de Cartagena, mientras Manuel Azaña emprendía hacia mediados de septiembre un viaje al extranjero, a Italia esta vez, en compañía de Américo Castro, Miguel de Unamuno y Santiago Rusiñol, a quienes se unió más tarde Luis Bello, todos invitados por la oficina de propaganda italiana para visitar los frentes de guerra. A diferencia de lo ocurrido en su viaje al frente francés, las notas personales que dejó de una excursión por el lago Mayor son tan íntimas que constituyen una excepción en la materia habitual de sus diarios. No es nueva

en sus páginas la impresión del paisaje que más le place, la planicie con árboles, visibles la una y los otros a la primera ojeada; es el paisaje que más gusta a los oradores como le había dicho Soltura un día en que tuvo el primer atisbo de que su vocación podría ser la elocuencia; tampoco es nuevo el tipo de reflexión sobre la huella dejada en sus monumentos por la mano del hombre: monumentos que en España hablan de una vida sin orden, de un propósito fracasado, frenéticos, agresivos; que en Francia muestran los frutos de una disciplina que aherroja la iniciativa, que se limita y huye de la osadía y que en Italia son obra de la facilidad y la gracia, aliadas a la robustez de la inspiración y a la seguridad de la mano. Lo nuevo es que Azaña confíe al papel su sentimiento de que las emociones suscitadas por el paisaje y por el arte a orillas de un lago ebrio de claridad necesiten ser compartidas. «Por primera vez me está ocurriendo estos días que mi entusiasmo quiere ser comunicativo», escribe en sus apuntes de Milán, un 16 de septiembre de 1917. Y como los que le acompañan no existen en este mismo plano para él, confiesa al papel haber echado «de menos en seguida a quien me manda desde lejos y a quien a mí me gusta también mandar, esto es, subyugar con una emoción compartida. No estaba, y me entristecí»[200].

Azaña nunca se había expresado en estos términos y nunca lo volverá a hacer: las dos ocasiones en las que confiesa esta clase de sentimientos íntimos dejó constancia, por una inicial o por el nombre, de la persona hacia la que se dirige su ternura, su capacidad de amar. Ahora, sin embargo, ese «quien», que le manda o a quien le gusta mandar queda en la penumbra, sólo presente por su capacidad de transformar desde la distancia el goce en dolor. «La gran ventura que sentía se cambió en dolor». Y luego, en un arrebato de entusiasmo que es único en sus diarios, un Azaña desconocido se ve «por un instante dueño de un tesoro de amor, de bondad, de ternura; quisiera haberlo gastado por una sacudida en un abrazo, en una mirada, en un apretón de manos, no sé, simplemente con estar juntos. ¡Ay! Yo sé cómo nos hubiéramos entendido; yo sé a qué delirante entusiasmo habría sabido yo llegar, atizado por el goce suyo; yo sé que hubiéramos sido felices los dos, insuperablemente felices; esta hora hubiera dejado en nuestra vida una claridad imborrable. Siempre podríamos volvernos hacia ella. Tendríamos lo que tal vez hoy nos falta: un instante así […] Mi tristeza venía no sólo de su ausencia. Venía de tener que aventar como pavesas una de mis emociones más caras, más puras, porque quien era su objeto no la podía recibir». Azaña guarda para sí un sentimiento de amor «que aún no ha sabido encontrar su expresión cabal y propia».

A su regreso de Italia, Manuel Azaña, «orador elocuentísimo y secretario del Ateneo de Madrid, quiere brindar a los lectores de *El Liberal* las interesantes impresiones de su viaje». Proyecta una serie de dieciséis artículos, que comenzaría por «Udine» y culminaría con «La ascensión de Unamuno», en el que hubiera contado seguramente la extravagante conducta de don Miguel, la desconsideración hacia sus anfitriones, sus reiteradas discusiones filológicas con Américo Castro y su miedo a subir en avión, a propósito de lo cual tantas risas hizo luego con su amigo Cipriano. Publicó, los días 14, 17 y 23 de octubre, los tres primeros artículos, pero el cuarto, titulado «El nuevo ejército», se quedó en borrador. Italia había declarado la guerra a Austria-Hungría en mayo de 1915, pero sus ataques, con las once batallas en el Isonzo, fueron frenados a costa de grandes pérdidas dejando el frente estabilizado sobre un desierto de cadáveres que sugiere a Azaña una reflexión que, pretendiendo ser irónica, resulta de una desoladora falta de sensibilidad: como, por fortuna, al desencadenar en un lugar como aquél la guerra su furor sólo ha causado estragos sobre los hombres y como en aquel lugar no había palacios, catedrales ni objetos valiosos, tampoco hay «pérdidas irreparables que lamentar». Visto el aprecio que los hombres hacen de sí mismos, añade, «esa consideración debe servirnos de muchísimo consuelo».

El caso fue que el 23 de octubre, cuando apareció este tercer artículo, seis divisiones alemanas y cuatro austro-húngaras lanzaron una ofensiva que rompió el frente italiano en Caporetto, con el resultado de 300 000 prisioneros, 50 000 muertos y el ejército italiano en retirada hacia el Piave. Fue para Italia un desastre histórico que no sólo invalidaba las «dotes proféticas» del cronista, como escribe Cipriano, sino la percepción misma de la realidad que tenía ante los ojos y que trataba de transmitir a sus lectores. En su primer artículo, «Udine», contaba que Italia hacía la guerra «con holgura, sin ahogos, con perfecto dominio de los temas militares y morales que su empresa encierra». Esto, escribía, produjo al grupo español admiración y no pequeña sorpresa. «¿No era Italia país meridional, latino como ninguno; es decir, imprevisor, desorganizado, fácil presa de entusiasmo y desilusiones?». Y entonces, su pensamiento, como siempre, se proyecta hacia España. La diferencia es que Italia ha tenido que organizarse para la guerra y ha resuelto los problemas técnicos y de organización que la guerra le planteaba. Si esa conclusión derivó de la visión de los ejércitos italianos, cuando trató, en el artículo siguiente, del militar que encarnaba la unión de la nación y el ejército, el general Luigi Cadorna, lo definió como «hombre insustituible, representativo de su país». Y con objeto de que no se entendiera que realizaba

un elogio del caudillismo, aclaró: «Yo no creo en los hombres providenciales, pero a veces los sucesos y las personas se nos presentan como si un hábil escenógrafo los hubiese colocado adrede en tabladillo de la Historia. La guerra italiana, tan compleja de significado —emancipación de la tutela austriaca y penetración germánica, conclusión de las guerras de independencia, primera gran empresa nacional acometida con todos los recursos del pueblo italiano coordinados—, halla en Cadorna una personificación de prestigio». Cuando esas líneas se publicaron, Cadorna tenía los días contados, aplastado por el desastre de Caporetto.

Sin publicar quedaron otros artículos en los que Azaña exponía algunas de las conclusiones generales que hasta el momento había sacado de sus visitas a los frentes y de sus lecturas sobre cuestiones militares. Su reflexión no se dirige a problemas de táctica ni estrategia militar, ni a discutir la teoría dominante hasta bien avanzada la guerra sobre el masivo empleo de la artillería para lanzar luego a la infantería al asalto de las trincheras enemigas, sino a la crítica de las razones que durante el siglo XIX habían servido para mantener en pie un ejército profesional separado de la nación, encuadrado por un cuerpo de oficiales imbuidos de espíritu militar. Azaña piensa, tras su viaje a Italia, que la guerra había reducido a una proporción mínima el papel de las tropas de activos, del ejército de cuartel, mientras agrandaba el de las despreciadas reservadas. El esfuerzo de guerra, en los ejércitos francés o italiano, estaba sostenido en hombres no militares, que antes de la guerra eran otra cosa, pacíficos burgueses, abogados, industriales, ingenieros, profesores. Por las conversaciones mantenidas con ellos le constaba que después de la guerra, a pesar de sus ascensos en la carrera militar, «muchos muchos oficiales se proponen renunciar a los empleos y grados que hayan obtenido, deshacerse del uniforme y confundirse de nuevo en la masa pacífica de la población civil»[201]. Algunas derivaciones de esta consecuencia de la Gran Guerra pretenderá luego llevar al debate sobre la ponencia de Guerra y Marina de la que se encargará en la asamblea del Partido Reformista.

Azaña regresó de Italia a tiempo para asistir desde las tribunas del Ateneo, reservadas para los socios, a la segunda sesión de la Asamblea de parlamentarios que había aceptado el ofrecimiento de la junta directiva para reunirse en el salón de actos el 30 de octubre. El gobierno conservador de Eduardo Dato estaba en crisis desde dos días antes y los ánimos andaban algo más que excitados. El salón de actos del Ateneo se convirtió por unas horas en una especie de parlamento con los periodistas sentados en mesas dispuestas en el centro de la sala y los setenta y siete diputados asistentes

ocupando en semicírculo sus escaños. No todos estuvieron de acuerdo, especialmente en lo relativo al juicio que merecía el origen de todo el movimiento en unas Juntas de Defensa ni en la respuesta a la invitación recibida por el reformista Melquíades Álvarez y el catalanista Francesc Cambó para incorporarse a un gobierno que, por el momento, tenía Antonio Maura el encargo de formar. Cambó dijo que sólo se incorporaría si se aceptaban las conclusiones aprobadas en la Asamblea de parlamentarios en Barcelona el 19 de julio; Álvarez respondió que él era dirigente de un partido de izquierda, y que las izquierdas reclamaban la convocatoria de Cortes Constituyentes. Luego, Maura no pudo formar gobierno y García Prieto empleó sus mejores artes para formarlo de «concertación», que era cosa nueva en los anales del sistema. Concertación quería decir que el gobierno quedaría formado por una especie de delegados nombrados por las facciones de los partidos. Los reformistas mantuvieron su negativa pero Cambó dio su acuerdo al ensayo aunque no quiso comprometerse personalmente y envió a Joan Ventosa i Cavell para que se hiciera cargo de Hacienda: era un gobierno manifiestamente destinado a no durar.

¿Recomendó en noviembre de 1917 Manuel Azaña a su jefe la incorporación del Partido Reformista al gobierno de concertación presidido por García Prieto? Su argumento habría sido que nunca se presentaría una «oportunidad tan favorable para intervenir en la gobernación del Estado y asumir la responsabilidad en un verdadero cambio de política», como la que se anunciaba con la formación del nuevo gobierno. A juicio de Azaña, según testimonio de Rivas Cherif, a la conveniencia de una acción política eficaz se podían sacrificar unos principios que no eran tan intangibles como el de la previa aceptación por parte de la Corona de la convocatoria de Cortes Constituyentes, que Melquíades Álvarez mantenía como exigencia inexcusable. Azaña creía —siempre según el testimonio de su amigo— que, una vez dentro del gobierno, se podría «abrir brecha con la que adueñarse luego del poder legítimamente». Su consejo, si lo hubo, habría sido desestimado pues don Melquíades prefirió mantener el compromiso con la alianza de izquierdas, confirmado en la Asamblea de parlamentarios que celebraba en el Ateneo su segunda sesión, y exigir la reforma constitucional[202].

Si Azaña aconsejó en esta crisis la incorporación de los reformistas al gobierno no fue precisamente con ese ánimo con el que acudió al homenaje que Marcelino Domingo recibió en Madrid, el 23 de noviembre, tras su salida de la cárcel. En sus palabras al final de la comida, Azaña toma nota de la

movilización por la amnistía para afirmar que en España hay ya un número de gentes «que bastan para fundar el porvenir». Con ellas tenían que contar, «y sólo con ellas», una afirmación que no necesitaba ser aclarada pero que, por si acaso, remachó insistiendo en que era preciso abandonar «las esperanzas puestas ligeramente en los herederos de Gonzalo de Córdova» y curarse de «la antigua superstición del caudillaje, de la fe en el hombre maravilloso, sobre todo si ciñe la espada». Azaña nunca pensó, como sí habían pensado, entre muchos, Melquíades Álvarez y José Ortega, que de la intervención militar de 1 de junio podía derivarse el fin acelerado de la vieja política. Había que curarse de esas creencias: el ejército iba con retraso en todas partes, y en España más que en ninguna. Podría ayudar a una reforma si fuera liberal y democrático; no lo es. Y no lo será hasta que toda la sociedad sea democrática. La conclusión, en tal caso, sería la misma, pues entonces ninguna falta hará su intervención[203].

Un año denso termina, pero todavía queda tarea pendiente. El auxiliar segundo de la Dirección General de los Registros remite el 29 de noviembre de 1917 una solicitud a su director general exponiéndole la necesidad en que se encuentra de hacer un viaje al extranjero para asuntos propios y solicitando la oportuna licencia para ausentarse durante quince días a partir del primero de diciembre[204]. Concedida la licencia, Azaña sube al tren la noche del 1 de diciembre en la estación del Norte, adonde acude también Cipriano para despedirle, y desembarca en el Quai d'Orsay treinta y seis horas después, con la impresión de haber pasado un solo e inmenso día entre ruido, humo, insomnio, frío y otros elementos igualmente desagradables. Forma parte, en esta ocasión, de una delegación de escritores y artistas invitados por el gobierno francés para una nueva visita a los frentes. Como le escribe a su amigo: aquí está todo el catalanismo. Y verdaderamente, por la defección final de Julio Camba y de Corpus Barga, todos los compañeros de viaje fueron «*un grup de escriptors i artistes, tots amics*», según recordaba Claudi Ametlla, que se olvidó de la presencia de Manuel Azaña al escribir unas *Memòries* en las que menciona, como integrantes del grupo, a Ramón Casas, Josep M.ª Planàs, que iba en representación de su suegro; Santiago Russinyol, Romà Jori, Antoni López, el escultor Josep Clarà, Santiago Segura y el médico Santiago Solé i Pla, además de Màrius Aguilar. Fue Mario Aguilar —que, como él mismo escribe, sin ser catalán, se lo creía— quien mejor recordó las peripecias de la visita en una crónica publicada quince años después en la que Manuel Azaña aparece entre catalanes cálidos como un castellano frío, silencioso, penetrante, preocupado por los problemas militares, que formulaba

preguntas precisas, todo lo contrario de las expansiones sentimentales a las que el lirismo nacionalista empujaba a sus compañeros de viaje, especialmente al doctor Solé i Pla, que recorría las trincheras tocado de una barretina morada, con los bolsillos rebosantes de toda clase de lacitos y banderitas para repartir entre los voluntarios españoles, la mayoría catalanes. Cuando Aguilar dijo a Azaña que disculpara esas expansiones, Azaña le contestó que no tenía nada que disculpar, que Cataluña le interesaba extraordinariamente y que él era «un hombre muy liberal que comprende todas las demandas de libertad».

Recordaba también Aguilar que la Patria, la Libertad y la Eficacia, todo con mayúscula, eran las máximas preocupaciones de Azaña, que dijo a sus compañeros, a la vista de los voluntarios españoles: «Estos hombres, estos españoles son los mejores soldados en la guerra más imponente y más dura de todas las guerras. ¿Por qué no dan este rendimiento en Marruecos? La sangre es la misma; pero no son lo mismo el encuadramiento, el material y la eficacia». Y luego, de nuevo, su principal conclusión. A Jaurès le da la razón esta guerra, la nación en armas: un ejército permanente con todas las eficiencias y todas las competencias, que sea como la solera militar de todo el pueblo preparado para la movilización. Es la lección que no se cansará de repetir y que le lleva, también a él, a inclinarse ante el arzobispo de Reims y besar su pastoral anillo. Este hombre, dijo a sus compañeros, sigue viviendo al lado de su catedral, bombardeada y vacía, sirve a la Iglesia, pero sirve también a su Patria[205]. Por lo demás, escribe en unas notas de viaje, «la guerra, cuando se ve de cerca deja de ser un tema literario: es trabajo, privaciones, muerte, destrucción». Pero ¿y los hombres?, se pregunta, tras evocar lo irreparable de las pérdidas en el arte, en la destrucción de Reims. Y dejándose de ironías de dudoso gusto, termina: los hombres, «como no son famosos, como se les *sustituye* pronto, sólo a ellos mismos les duele intensamente. Pero la pérdida de un hombre, de una vida truncada, de este mundo que anuda sus hilos dentro de mí, también es irreparable cuando se destruye. Lo más importante son los hombres»[206].

10. EL REFORMISMO EN SU APOGEO

El mismo día que publicaba *El Imparcial* la tercera y última entrega con las reflexiones suscitadas por su segunda visita al frente francés comenzaba Manuel Azaña, el martes 12 de enero de 1918, a las seis y media de la tarde, un ciclo de conferencias en el Ateneo sobre «La política militar de la República Francesa». Dedicó la primera a los «Antecedentes históricos de la reforma militar de 1872»; continuó sus lecciones el sábado 19, a la misma hora, tratando de «La política militar hasta la revolución dreyfusista», y terminó el ciclo el sábado siguiente, día 26, también a la seis y media, con «La oficialidad en el Ejército nacional». Son las tres conferencias a las que se refiere, en el prólogo escrito en octubre de ese mismo año, como núcleo de su libro *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar* que la editorial Saturnino Calleja le publicará un año después, en 1919. Más que núcleo, las tres conferencias fueron como primera y verbal entrega de un proyecto escrito mucho más amplio sobre el que siguió trabajando durante todo el año, según comprobó su vecino de pupitre, Pedro Sainz Rodríguez —elegido en junio de 1918 secretario tercero de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo— que le vio «leer durante semanas y semanas una serie de libros referentes a la historia de la organización del ejército en Francia»[207].

Antes de emplearse a fondo en esta tarea, y de pasar algunos ratos de charla sobre cuestiones literarias con el muy joven pero ya asiduo ateneísta y precoz conferenciante Sainz Rodríguez, probó Azaña fortuna como candidato a diputado en las elecciones generales convocadas por el gobierno de García Prieto para el 24 de febrero de 1918, cuando todavía no habían pasado dos años de las organizadas por Romanones en abril de 1916. Si se cree el testimonio de su correligionario Vicente Álvarez Rodríguez-Villamil, la designación de Azaña como candidato por el distrito de Puente del Arzobispo, con Oropesa como principal núcleo de población, se habría debido a la iniciativa del mismo Azaña, que en alguna de las habituales reuniones en casa de su jefe político habría expresado su voluntad de presentarse como

candidato al Congreso. «Señáleme un distrito cualquiera, en que disponga usted de amigos que salgan a recibirle, con música a la estación, y le proporcionen unos cientos de votos seguros. No tendré inconveniente en ayudarle e ir yo mismo a participar en comicios de propaganda», le habría dicho don Melquíades. Azaña se habría aplicado al estudio del mapa electoral y habría sugerido a su jefe la posibilidad de que Villamil renunciara a uno de los dos distritos por los que pensaba presentarse. Así habría ocurrido: Villamil se quedó con Alicante y allá se fue Manuel Azaña a luchar en desigual combate contra el cacique de Puente del Arzobispo, César de la Mora y Abarca, candidato de la fracción maurista y algo pariente de don Antonio, puesto que su hermano Germán —que había discutido vivamente con Azaña en el debate sobre libertad de asociación de la Academia de Jurisprudencia— se había casado con Constancia, hija de Maura y, por cierto, madre de Constancia de la Mora, que de la infancia en casa de sus padres recordará al mozo de comedor, Leandro, entusiasmado por los días en que el rey llamó al abuelo para encomendarle la formación de un gobierno nacional, luciendo en la camisa nueva unas palabras bordadas que decían: «¡Maura, SÍ!»[208].

Claro que no era necesaria tanta historia para que Azaña se presentara como candidato por Puente del Arzobispo, un distrito considerado como «propio» del diputado conservador César de la Mora, elegido allí en abril de 1903 y desde entonces, ininterrumpidamente, con la particularidad de que en las dos últimas, en marzo de 1914 y en abril de 1916, fue declarado diputado por el famoso artículo 29 de la Ley Electoral de 1907, obra del mismo Maura, de modo que ni siquiera tuvo que someterse al engorro de acudir a las urnas puesto que la suya era candidatura única. Nadie quería, pues, presentarse por Puente del Arzobispo, ni seguramente puso tampoco demasiado empeño en hacerlo —si es que puso alguno— el señor Álvarez Rodríguez-Villamil, que bastante tenía con presentarse por Alicante, por donde efectivamente resultó elegido, a diferencia de su jefe, don Melquíades, que en febrero de 1918 perdió su escaño de Asturias. Y es que estas elecciones, pretendiendo ser «sinceras», fueron caras, o más caras de lo normal, porque no hubo encasillado y los candidatos tuvieron que exprimir la bolsa en la compra de votos. Azaña, que no disponía de mucho dinero, debió contentarse con la grata compañía de su buen amigo Luis de Hoyos, que al menos le sirvió de consuelo en los jugosos trances de los que dio cuenta puntual a Cipriano de Rivas: la rotura de la biela del coche que había contratado, las dificultades para llegar a Talavera, los problemas con la gasolina, la comida en casa de un médico amigo del profesor, la salida con Hoyos, caballeros en sendos burros,

para recorrer varios pueblos inaccesibles por otros medios, las risas que hicieron los dos amigos en algunos trances divertidos, la noche literalmente toledana en Espinoso del Rey, donde no había comida, ni camas, ni luz y donde ni cenar pudieron porque lo único que les pusieron en la mesa fue una gallina cruda[209].

¿Qué clase de discurso echaría Azaña a las gentes de los pueblos que salían a recibirle y que organizaban actos para oír su palabra? El candidato reformista había preparado las elecciones sobre la base de las sociedades obreras y había pedido a su amigo socialista de Alcalá, Antonio Fernández Quer, su colaboración en la campaña. De acuerdo con ese supuesto, lo que fue a decir a los ciudadanos que acudieron a escucharle, o al menos, lo que se tomó la molestia de escribir en unos papeles a modo de discurso y de esquema con temas a desarrollar fue, primero, que se imponía la unión de todas las fuerzas populares, «las unión de las izquierdas», en «un solo frente» para dar el ataque en todas partes y al mismo tiempo y de esta manera ganar la guerra; además, que esa guerra se dirigía también a salvar la patria, entendiendo por patria, no la monarquía, ni la religión, ni el territorio nacional, ni la tierra que nos había visto nacer, ni el cielo que nos cobija, ni las tradiciones de los antepasados, ni los recuerdos familiares, ni otra porción de sentimientos placenteros y tiernos que todos los hombres cultivan; no, la patria en la que Azaña pensaba era «nuestra cualidad de hombres libres», nuestra propia obra, que hacemos libremente. La patria, resumía el orador, reiterando que se dirigía a «ciudadanos», es la asociación de hombres libres que viven bajo su ley.

Luego procedía a la denuncia de la situación y de sus responsables para terminar con una llamada a la acción: en esa patria no se podía posar los ojos con alegría, porque los gobernantes no tenían más intereses que los de sus familias ni otra patria que su estómago. Mientras así se perdía la patria —seguía diciendo el candidato— el pueblo ha alzado su voz, exigiendo mejoras, clamando en demanda de leyes justas, de buena administración, de procedimientos honrados. Ahora, nada se puede esperar en nuestro país sin una profunda transformación a la que hay que llamar por su nombre: una revolución, que se hará por la fuerza y con sangre si quien puede y debe abrir los cauces legales para satisfacer las justas reivindicaciones españolas no lo hace. Y por vez primera, pronunciará Azaña —o eso al menos fue lo que escribió para decirlo— un ataque en toda regla a la Corona: hubo un momento, hace ya años, cuando la corona fue ceñida por un hombre joven que podía personificar las ansias de renovación. Pero lo que en realidad hizo

fue contribuir a desmenuzar los grandes partidos para manejar mejor a los grupos; adular al ejército creyendo que ése era su único sostén, jugar con las pasiones y rivalidades personales de los políticos. Revolución, aunque sea sin sangre, y denuncia del papel desempeñado por la Corona: dos novedades en el discurso político de un candidato trasplantado del salón de actos del Ateneo de Madrid al corazón de la ruralidad manchega[210].

Es claro que en febrero de 1918 todo el capital de confianza que Manuel Azaña había depositado en la buena disposición del régimen a «convalidar los anhelos del país liberal y a caucionarlos con su autoridad constitucional», como había dicho en el Polistilo, en diciembre de 1913, se había esfumado. Han pasado desde entonces poco más de cuatro años, repletos de entusiasmos y expectativas, atravesados por ese trueno en cielo azul que para la vida política española representaba la Gran Guerra; pero han pasado en balde. O más bien, han pasado de manera que lo peor del viejo sistema canovista ha dado ya todos sus frutos: los partidos fragmentados en facciones y el ejército ascendido a árbitro de la situación, ambas cosas por voluntad de la Corona. La conclusión política, que todavía no tiene el nombre de república, porque no mira al régimen sino a la táctica a seguir, consiste en formar un frente común socialistas y republicanos con vistas a una revolución si las puertas de la reforma permanecen cerradas.

Todo eso fue lo que contó Manuel Azaña a sus públicos del distrito de Puente del Arzobispo en febrero de 1918 y eso fue lo que no sirvió para reducir más que en unas décimas los votos apañados por César de la Mora, que en las últimas elecciones celebradas en el distrito, en mayo de 1910, se llevó 7482 de los 11 454 votantes y 13 464 electores que constaban en el censo; y en éstas de 1918 consiguió 7320 de 11 473 votantes y 13 617 electores, bajando pues del 68,5 al 63,8 por 100 de los votos emitidos. Azaña, que obtuvo 4139 votos, hizo constar en el acta que «había habido en varias secciones del distrito compra de votos y coacciones ejercidas por las autoridades, así como que tres de los notarios requeridos por él no le habían prestado auxilio», además de protestar por la corrupción electoral en Oropesa y porque a César de la Mora le acompañaron los diputados provinciales ejerciendo coacción sobre los electores[211]. Algo sacó, sin embargo, de su experiencia como candidato: el comienzo de su amistad con Enrique Martí Jara, que puso a su disposición los votos de sus amigos y que, andando el tiempo, ejercerá sobre él, en un momento de desánimo, un saludable influjo político, y el encuentro con el alcalde de El Torrico, Ildefonso Ávila, un personaje cervantino, no sólo por el carácter sino por la vestimenta, el calzón

y el pellico blanco. Era Ildefonso «mediano de estatura, anguloso, la boca delgada y sumida, duro y enérgico en el mirar, de elegancia natural los movimientos, y la actitud altanera, sin proponérselo; hablaba un castellano portentoso» y era un deleite oírle nombrar las cosas. Años después, cuando la rebelión militar cubra de sangre los caminos, se presentó a ver al presidente de la República un labrador de Caberuela que se apellidaba Cuadrado, a quien había conocido también durante aquella campaña, para entregarle una relación de veinticuatro hombres y seis mujeres fusilados por los rebeldes. Ildefonso Ávila era uno de ellos. ¡Pobre Ildefonso!, termina Azaña su recuerdo, «si te hubiesen dicho que morías por salvar la civilización cristiana en Occidente, no lo habrías entendido»[212].

Las elecciones, que ya no servían de mucho, en esta ocasión no sirvieron de nada o, mejor, no sirvieron para lo que estaban destinadas en aquel sistema: dar aire al gobierno que las convocaba y garantizarle al menos seis meses de vida. Las elecciones eran, como escribirá Azaña después de pasar por la experiencia, «el talismán prodigioso que permite a quien lo posee fabricar una mayoría, o por lo menos, un grupo importante en el Parlamento y sostenerse unos meses en el poder»[213]. Para eso se requería que el gobierno viniera a las Cortes con un buen número de diputados, pero el rampante faccionalismo que fragmentaba el sistema de partidos no podía dejar de afectar a la estabilidad de los gobiernos. García Prieto, que fue el convocante, no duró ni un mes: dimitió al cabo de cuatro semanas exactas y el rey tuvo que abrir consultas de nuevo. Recurrió a una medida extrema, sugerida al parecer por Romanones: llamó a los primates de los dos partidos y los encerró en Palacio hasta que acordaran la formación de un gobierno teóricamente situado por encima de los partidos, o sea, un gobierno nacional. El investido con la alta misión de presidir semejante artefacto, nunca visto desde la restauración de la monarquía, fue nada menos que Antonio Maura, el mismo que acababa de despreciar como «sindicatos de intereses, de ambiciones, de vanidades» a todos los partidos políticos, comenzando por el suyo, y que había enviado al rey a paseo hacía no más de cuatro años. Y lo que es más sorprendente: andaba la gente tan inquieta por la crisis en la que se hundía todo el sistema, que el entusiasmo, al propagarse la noticia de que el rey había conferido a Maura el encargo, que Maura había aceptado y que Dato, Romanones, García Prieto y Alba habían accedido a incorporarse al gobierno, fue otra vez indescriptible. Ortega, en esta ocasión sin firma, arrancaba su artículo en *El Sol*: «Fue la de ayer una mañana espléndida para los españoles. Al despertar, como de una pesadilla, hallaron en el aire la mejor luz de

primavera y un raro entusiasmo nacional en los corazones». Lo mismo Francesc Cambó, llamado a última hora de la tarde a Palacio, invitado a entrar en el gobierno nacional: «las calles, que ya estaban llenas, se tupieron todavía más en unos instantes. La gente se abrazaba sin conocerse. Muchos lloraban de emoción»[214].

En el Ateneo, mientras así se movía la política y mientras una buena parte de la vecindad sufría los efectos de «la enfermedad de moda», conocida como «la de la fiebre de los tres días», se lloraba la pérdida de quien durante los últimos años había desempeñado dignamente su presidencia, Rafael María de Labra, que había contraído una pulmonía en el invierno y que desde entonces vivió recluido en su domicilio hasta sufrir un colapso del que murió el 16 de abril. En la presidencia del duelo formaron, el día de su entierro, Dato y García Prieto, en nombre del gobierno; Barcia y Bances, en nombre de la familia; y Cortezo, Dubois y Azaña, en representación del Ateneo. Figuraba entre los concurrentes, con otras destacadas personalidades de la vida política y cultural madrileña, el conde de Romanones, a la sazón ministro de Gracia y Justicia del gobierno nacional. Cinco años habían pasado desde que el conde intentara ocupar la presidencia del Ateneo, vacante en febrero de 1913 por la muerte de Moret. Acompañando ahora al féretro de Labra, seguramente iba dando vueltas en su cabeza a la posibilidad de suceder a otro difunto con objeto de conseguir por fin lo que no pudo lograr cinco años antes. En el Ateneo, desde entonces, no se habían convocado elecciones y era llegado el tiempo de renovar su junta. Sí, decididamente el conde iba a probar de nuevo fortuna.

Las elecciones se celebraron el 20 de mayo, siguiendo un guión muy parecido a las anteriores aunque con diferente resultado. La candidatura de Romanones, como escribía Azaña a Unamuno —que lamentaba la difícil situación en que tal elección le colocaba «para con esa mi queridísima casa»[215]—, comenzó a ganar prosélitos entre los socios, hasta el punto de conseguir el apoyo de «los elementos de más prestigio y mayor arraigo» en aquella Casa, según informaba *El Liberal*. Frente al conde coincidieron «los odios desenfrenados de los germanófilos, la pasión partidista de muchos amigos del señor Maura y ciertas intransigencias de algunas gentes jóvenes de la extrema izquierda socialista». Pero ni los odios ni las intransigencias de izquierda o derecha fueron suficientes para que se presentaran más candidatos, de modo que un sector de socios comenzó a propagar la idea de votar a Leonardo Torres Quevedo, célebre por sus dirigibles y sus «globos fusiformes deformables»[216], mientras los jóvenes mauristas propugnaban la

candidatura de don Antonio, presidente a la sazón del mismo gobierno del que Romanones era ministro. Los dos, el científico y el político, conocedores de lo que tramaban sus partidarios, desautorizaron la iniciativa y anunciaron que no eran candidatos ni aceptarían el cargo. No hubo caso: el conde salió elegido por 319 votos, frente a los 120 que mantuvieron su voto por Torres Quevedo, dos irreductibles que lo hicieron por Maura y un despistado que votó a Melquíades Álvarez. Con Romanones, cuya elección le pareció a *ABC* muy acertada, salieron también elegidos Antonio Aura Boronat, vicepresidente; Antonio Dubois, vocal segundo; Suárez Corona, depositario; Enrique Díez Canedo, bibliotecario; y Manuel Azaña, secretario[217].

Más importante que la presidencia para el diario quehacer del Ateneo fueron las elecciones de «los individuos que forman las secciones que habrán de actuar el año que viene», celebradas el lunes, 3 de junio. Adolfo Buylla, Enrique de Mesa, Luis de Hoyos, Manuel García Morente, Manuel González Hontoria, Aureliano de Beruete y Miguel Salvador fueron los elegidos para encargarse de las presidencias de las distintas secciones. Nombres como los de Ángel Galarza, Enrique Ramos, Alfonso Reyes, Mauricio Bacarisse, Honorato de Castro, Joaquín Xirau, Pedro Sainz Rodríguez, Ángel Vegue, Mariano Madrazo, Adolfo Salazar, ocupando diferentes vicepresidencias y secretarias, auguraban que el brillante periodo por el que atravesaba el Ateneo, con un impresionante número de conferencias, veladas musicales, representaciones teatrales y debates de todo tipo, no decaería[218]. Si acaso, podría pensarse que la hegemonía mantenida durante los años pasados por la hornada generacional del 14, en mayor o menor grado afecta al reformismo, entraría en un periodo de mayor confrontación política, ocupada ahora la presidencia por un miembro del gobierno y dirigente de una facción del Partido Liberal, crecidas entre los socios las corrientes conservadoras y deslizándose el reformismo, al que pertenecía la mayor parte de los presidentes de las secciones ahora elegidos, hacia una alianza de izquierdas no del gusto de todos los miembros fundadores de la Liga de Educación Política.

Y en efecto, la confrontación no tardaría en estallar. Antes, sin embargo, Manuel Azaña, reelegido también el 3 de junio, tuvo tiempo de mantener su colaboración, iniciada desde principios de año, con la nueva revista del Institut d'Études Hispaniques de la Universidad de París, *Hispania*, cuyo comité de dirección presidía Ernest Martinenche y del que era secretario general Carlos Ibáñez de Ibero. En su conjunto, las «Crónicas políticas» que Azaña envió de manera regular para los cinco primeros números de la revista,

traducidas al francés y publicadas en la sección «La vie politique», inauguraban en su biografía un nuevo modo de acercamiento a la realidad social y política española cambiante bajo su mirada[219]. En ellas se manifiesta el publicista que indaga el origen de las cuestiones sometidas a estudio, remontándose varios siglos en la historia cuando el problema viene de lejos; los analiza con un despliegue de información entreverada de ironía, de distanciamiento penetrado de sentido crítico y los explica a un público que no está al tanto de las interioridades de la política de partidos, proporcionándole los elementos imprescindibles para situar los problemas. Por eso, sus crónicas se inician con un análisis de las transformaciones experimentadas por la opinión pública desde que surgió hacia 1898 una generación caracterizada por la orgullosa afirmación del yo personal, el desprecio de todo lo que se había encerrado bajo la idea de España y el propósito de salvar del naufragio la propia personalidad. Amargura y desorientación de aquel momento que la realidad, según piensa Azaña, se ha encargado de corregir, porque lo cierto es que España no sólo no se hundió sino que comenzó a experimentar una profunda transformación en las condiciones materiales de vida. Fiebre de negocios en algunas comarcas, reforma en los métodos agrícolas, jóvenes que salían a estudiar al extranjero, movilización y agitación; en resumen, una sociedad que cambia por un movimiento que procede de adentro afuera mientras el sistema político permanece inalterable[220].

Muestran estos artículos que Manuel Azaña se ha formado ya algo más que una idea de los grandes problemas que la política española tiene pendientes, a los que se acerca con aquella «propensión realística» que creía poseer y que consistía «en ver las cuestiones tal como verdaderamente se plantean». Es ejemplar a este respecto la manera de abordar «la cuestión catalana», dando cuenta, ante todo, de las turbaciones y temblores que suscita en la opinión, sin diferencias de clase ni de ideología, multiplicadas por la manera en que el catalanismo ha aparecido en la política general. Desbrozado el camino de los aspectos sentimentales que la oscurecen, Azaña va por derecho a su definición política: lo que el catalanismo pretende es cambiar el concepto fundamental que hasta ahora preside en la organización de España. En ese punto introduce el argumento histórico: el Estado español es resultado de una corriente unitarista y centralizadora que con los Austria dio lugar a un «aparatoso conglomerado» imposible de fundir en un solo cuerpo; que los Borbón corrigieron con un principio centralizador y que los liberales del siglo XIX, llamados a culminar la obra de unificación, fueron incapaces de

llevar a cabo. Las corrientes localistas, regionalistas y últimamente nacionalistas tenían que ser, por su historia, más fuertes en Cataluña que en ninguna otra parte. Los catalanes se han habituado a las luchas políticas modernas y saben mover grandes masas. Han encontrado además un definidor de la doctrina, Prat de la Riba, que formula el principio capital: Cataluña es una nación. Si Prat define, son los intelectuales los que despiertan la conciencia del pueblo catalán. Lo que quiere Prat es un Estado catalán en unión federativa con los Estados de las otras nacionalidades de España. Su forma es la federación española, su periodo triunfal es el imperialismo, momento de plenitud[221].

Este artículo es como un modelo de lo que Azaña prodigará en años posteriores en sus escritos y discursos: definir los problemas en sus términos históricos y políticos para saber exactamente de qué se habla y proponer luego una fórmula política capaz de concitar una mayoría parlamentaria que marque el camino de una solución negociada. Así procede con todos los demás de esta serie hasta que informa a los lectores franceses de los últimos acontecimientos, cuando en noviembre de 1918, siete meses y pico después de todas las ilusiones desatadas en aquella luminosa mañana de marzo, «el gobierno de eminencias monárquicas que presidía el Sr. Maura se derrumbó sin concluir su cometido». Maura había dicho que aquello no era un gobierno, que era un minué; al que lo sustituyó en noviembre de 1918, presidido otra vez por García Prieto, marqués de Alhucemas, no le quedó más remedio que seguir el baile: presupuesto y cuestión catalana fueron la pesada herencia. Como el presupuesto no podía amoldarse al tiempo, García Prieto intentó —escribe Azaña— «amoldar el tiempo al presupuesto» y sacó adelante una ley estableciendo que el año económico comenzaba el 1 de marzo. De nada sirvió la argucia: la cuestión catalana dio en tierra con el gobierno que el marqués cedió en diciembre, cuando la Gran Guerra llegaba a su fin, al conde, no sin echar la promesa de una comisión como calmante de las pasiones catalanistas exacerbadas. No se escapa al cronista, aunque sólo le dedica un breve comentario, que «la preocupación del momento son las huelgas». La organización sindicalista ha llegado en Cataluña a un grado de perfección hasta ahora desconocido. Una organización secreta, misteriosamente dirigida, se consagra a la tarea de asesinar patronos: la pistola y el puñal juegan impunemente. En Andalucía, la miseria y el ejemplo de Rusia tiene «soliviantados a los obreros agrícolas» y, con el socialismo escaso allí de fuerzas, puede temerse que alguna chispa provoque muy pronto un gran incendio.

Mientras envía a *Hispania* estas crónicas de política española, Azaña termina su amplia y laboriosa investigación sobre la política militar francesa, sus orígenes, sus bases y orientaciones, los avatares de la democratización del ejército y las oposiciones revolucionaria y contrarrevolucionaria. Que lo hiciera con la vista puesta en el ejército español, evidente en el prólogo, no quita un ápice al valor propio de este estudio, realmente insólito entre las gentes de su generación, poco dadas a investigar los procesos políticos de los Estados vecinos, menos aún si se trataba de política militar. En sus visitas a los frentes, había comprobado que la organización militar de los Estados modernos plantea un grave problema político: la dificultad de «armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional». Hay Estados que suprimen el problema, bien porque sacrifican la libertad individual y entonces el Estado es víctima del ejército, como de un órgano monstruosamente desarrollado; bien porque el ejército se reduce a unos pocos hombres y la mayoría de la población ignora la servidumbre militar. Francia es, por el contrario, ejemplo de Estado civil, con los derechos individuales garantizados y dotado de una eficaz y poderosa fuerza militar: ésa es la lección política de la Gran Guerra. España ofrece, sin embargo, el caso inverosímil en que se ha sacrificado al mismo tiempo la libertad y la seguridad: un ejército ineficaz para la defensa nacional, costoso para el erario, privilegiado entre los ciudadanos, pero al mismo tiempo amenazador de la libertad personal y obedecido por el poder público[222].

A medida que la Gran Guerra se aproxima a su fin, la expectativa de que un cambio profundo en las costumbres y la vida política española era urgente e inevitable movilizó a todos los sectores de la aliadofilia, que comenzaron a plantear sus programas para el futuro inmediato. Melquíades Álvarez, llamado a consulta a Palacio el 8 de noviembre de 1918, tras la caída del gobierno de Maura, dejó abierta la puerta a la formación o a la participación reformista en un gobierno si el rey aceptaba las condiciones establecidas por la junta nacional de su partido en la reunión celebrada unos días antes; la principal: disolución de las Cortes actuales y convocatoria de unas Cortes Constituyentes que reconocieran el principio único de la soberanía del pueblo y suprimieran las prerrogativas de la Corona incompatibles con este principio; además, y mirando hacia Cataluña, el reconocimiento de la autonomía de los municipios y regiones; en fin, la definición clara de una política internacional de acuerdo con las potencias aliadas y la supresión de la llamada Ley de Jurisdicciones como reconocimiento de la supremacía del poder civil[223].

Pero ni la Corona ni los partidos dinásticos estaban por la labor: la política española sigue ignorando la transformación que sufre el mundo, titula *El Sol* su número de 10 de noviembre, cuando contrapone la abdicación de Guillermo II y la formación del nuevo gobierno español por García Prieto. «Los representantes de la más vieja política española se atreven a presentarse ante el mundo constituidos en gobierno», insiste *El Sol*, a toda plana. Nadie que no pertenezca a los dos partidos sobre los que gira como una noria la política española durante estas semanas decisivas se lo puede creer: los reformistas convocan una Asamblea para finales de noviembre; los republicanos se reúnen en la cátedra pequeña del Ateneo, ofrecida por la junta directiva, para concluir que es llegada la hora de ir rápidamente a la proclamación de la República; los catalanistas afirman que «el momento de la autonomía es ahora, ahora» y abandonan con un gesto de gran eficacia teatral el Parlamento; Cambó, siempre tan pulcro, tan comedido, siente por adelantado la «emoción augusta del momento en que se dirá en Cataluña: Tú, Cataluña, eres dueña de tus destinos». Los acontecimientos marchan a una velocidad vertiginosa: mientras en Europa se produce la desbandada general de testas coronadas, en España ha venido un gobierno «presidido por esa ficción humana, García Prieto», escribe Araquistain. La crisis, conviene todo el mundo, es muy grave, gravísima[224].

En la misma junta nacional que había establecido las condiciones para una posible colaboración reformista, Manuel Azaña quedó encargado de presentar en la Asamblea de 30 de noviembre la ponencia sobre Guerra y Marina, que fue aprobada con algunas modificaciones tras un vivo debate y pasó a formar parte de la Carta programática del Partido Reformista. En la ponencia emergen las mismas preocupaciones que guiarán años después la reforma militar republicana: alejar al ejército de las contiendas políticas, reducir la jurisdicción militar a lo estrictamente necesario para mantener la disciplina interior, asignar al Tribunal Supremo la facultad de conocer en casación todos los fallos de los tribunales militares, impedir que siguiera aumentando el número ya excesivo de oficiales, respetar los derechos adquiridos al amparo de las leyes, reducir el tiempo del servicio en filas[225]. Por lo demás, la confianza de Azaña en la capacidad de su partido como «el instrumento adecuado para la transformación de la política española» salió reforzado de esta Asamblea en la «que se ha aprobado un vasto programa (reforma constitucional, autonomías locales, democratización del ejército, nuevo régimen fiscal, reforma de la propiedad agraria, etcétera) glosado por el *leader* del partido, Melquíades Álvarez en el discurso pronunciado ante los

asambleístas congregados en el Palace Hotel en un banquete al que asistieron 2000 personas». Pocas veces se habrá mostrado tan identificado con su jefe como en estos primeros días de diciembre de 1918, en los que también desde *El Sol* se consideraba que el Partido Reformista asistía «a su momento de apogeo»[226].

Mientras preparaba su ponencia, Azaña se multiplica en la fundación y puesta en marcha de una nueva liga, que venía a llenar el hueco de la antigermanófila, prohibida por el gobierno. Un grupo de intelectuales y políticos, que en los años anteriores se habían movido entre el reformismo, el republicanismo y el socialismo —Unamuno, Simarro, Cossío, Buylla, Hoyos, Marañón, Pittaluga, Azaña, Madinaveitia, Luis de Zulueta, Menéndez Pidal, Albornoz, Menéndez Pallarés, Bello, Castro, Pérez de Ayala, Pedroso, García Bilbao, Núñez de Arenas, Araquistain— lanzó un nuevo llamamiento, esta vez para fundar la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres. «La paz se alza ya sobre la línea del horizonte, —comenzaban diciendo—, y sus resplandores disipan las sombras, las angustias, las incertidumbres de esa trágica noche de cuatro años en que ha vivido la conciencia del mundo civilizado». Una porción de España, la más inteligente y sensible, la mejor dotada de sentido histórico, siente una fervorosa solidaridad espiritual con el resto de los pueblos civilizados y no quiere ser confundida con la «otra España pétrea e insolidaria», la que había optado por la germanofilia en la guerra recién terminada. Esa parte de España quiere que «la España total deje de ser la que ha sido durante los últimos siglos, una aldea europea, para convertirse en una nación digna de colaborar, con personalidad propia, en el nuevo orden del mundo». Para eso, España tenía que convertirse en una democracia de modo que desaparezca «todo poder arbitrario en la gobernación del Estado español». Las adhesiones al llamamiento, muy numerosas, debían dirigirse a nombre de Manuel Azaña, Unión Democrática Española, calle del Prado 11, 2.º, dirección del semanario *España*, cuyos despachos frecuentaba desde la frustrada constitución de la Liga Antigermanófila[227].

Todo este trajín lo vive Azaña sin necesidad de salir de la misma calle: de la secretaría del Partido Reformista, en el número 8, no tenía más que cambiar de acera para entrar en el número 11, domicilio de la revista *España* y bajar luego hasta el 21, propiedad del Ateneo, donde le esperaba también una actividad inusitada. Como se temía, García Prieto no pudo cumplir ni un mes en la presidencia. El martes 3 de diciembre de 1918, su situación era difícil; el miércoles 4, había caído y el jueves 5, Romanones cumplía el encargo del rey

y formaba nuevo gobierno. ¡Romanones! Nadie se lo podía creer excepto el mismo conde, que tuvo el humor de iniciar el nuevo año dándose el gusto de organizar su diferida toma de posesión de la presidencia del Ateneo con un discurso sobre «La influencia de la guerra en la transformación de los partidos políticos». Antes de comenzar, dedicó unas cariñosas palabras a su antecesor en el cargo, Rafael María de Labra, para añadir a renglón seguido: «Comienzo por confesar, con sinceridad nacida del fondo de mi alma, que no debiera ocupar este puesto». ¡Es verdad!, dijo en ese momento una voz enérgica y resuelta. Era día de fiesta mayor en el Ateneo y había muchos ministros y personajes de todo rango en el salón, de modo que el alboroto fue grande. ¡Fuera, fuera!, gritaban de todas partes al que así se había manifestado hasta que, aprovechando un momento en que el bullicio disminuía, Romanones arrancó otra vez e insistió en lo mismo: «No debiera ocupar este puesto». ¡Evidente!, sonó estentórea la misma voz, arreciando el escándalo hasta que el interruptor, dándose por satisfecho, desalojó su puesto[228].

Romanones pudo por fin decir en paz su discurso y Manuel Azaña seguir con su trabajo en el Ateneo a la vez que solicitaba, el 25 de febrero de 1919, de la Junta para Ampliación de Estudios una pensión con objeto de continuar durante un año sus estudios sobre política francesa contemporánea, que planeaba culminar con dos nuevos volúmenes dedicados a la organización del sufragio y al laicismo, con lo que quedaría «hecha una exposición sobre las principales corrientes de ideas en Francia durante el pasado siglo». Aducía en su solicitud el gasto de tiempo y de dinero tan extraordinarios que le había costado confeccionar en España su primer volumen en comparación con los que hubieran sido necesarios hallándose en París y prometía enviar a la Junta, en cuanto estuviera impreso, un ejemplar del primer volumen con objeto de que pudiera tenerlo presente en su resolución. El libro salió con más retraso del previsto y Azaña lo envió a la Junta el 2 de septiembre para que pudiera comprobar que en efecto un tercio de su proyecto estaba ya terminado y publicado. Como la Junta no resolvía, solicitó unos días después que se le concediera la «consideración de pensionado», figura prevista en el art. 10 del Real Decreto de 22 de enero de 1910 y en el correspondiente Reglamento, que equiparaba «por completo a los pensionados las personas que, proponiéndose ampliar sus estudios en el extranjero sin subvención del Estado, obtengan de la Junta ser considerados como tales». Azaña recibió esa «consideración de pensionado» por resolución de la Junta de 27 de septiembre de 1919, dos semanas antes de su llegada a París: podría disfrutar de la consideración pero no de la subvención[229].

Entre la solicitud de pensión y la concesión de la consideración de pensionado transcurrieron, pues, siete meses que Manuel Azaña pasó en Madrid, no en París[230], y en los que no parece haber sufrido ningún tipo de dispepsia neuropática, a pesar de que así conste en el certificado médico con el que trató de justificar una falta de asistencia de aproximadamente dos meses a la oficina, que el jefe del Negociado de Personal, Cirilo Palomo, comunicaba a la superioridad el 7 de junio de 1918. Este mismo Cirilo Palomo, en una solicitud de licencia firmada el 23 de agosto, daba por conocido tanto por el director general como por todo el personal de la Dirección que «el Sr. Azaña hace seis meses que no asiste a la oficina y próximamente un año que apenas presta servicio en el Negociado» y consideraba un hecho «incierto y eventual» que algún día volviera por allí. Pero si faltaba a la oficina, como a todos constaba, no era porque el tratamiento de la «dispepsia neuropática» exigiera un «reposo intelectual absoluto», como certificaba el doctor Mateo Carreras, sino porque su actividad intelectual se dirigía a otros campos. Lo mismo ocurrirá en el año siguiente, cuando la enfermedad diagnosticada el 13 de mayo de 1919 por el mismo Carreras fue «neurastenia cerebral con intensa sobrexcitación nerviosa», muy semejante a la anterior en que también requería «reposo intelectual absoluto» con el añadido esta vez de que sería beneficiosa «una transitoria variación en las actividades habituales del paciente». Ah, pero este doctor Carreras era buen amigo de Azaña: había ocupado en 1914 la secretaría tercera de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo y, como veremos, será elegido secretario tercero de la nueva junta directiva en la votación de 30 de mayo de 1919. Azaña estaba metido hasta el cuello en esa operación y seguro que el doctor se prestaba de buen grado a certificar lo que fuera menester con tal de que el secretario, que por otra parte sufría frecuentes dolores de cabeza, pudiera seguir ocupándose de la crisis por la que atravesaba el Ateneo cuando firmó el certificado[231].

Lo cierto es, en todo caso, que Azaña nunca estuvo tan intelectual y políticamente activo como en los dos o tres últimos años y que si en febrero de 1919 solicitó una pensión para irse a Francia no fue porque se sintiera desesperado, aburrido, sin saber qué hacer, neurótico, buscando a toda costa el aislamiento, arrastrando su vida con monotonía entre el oscuro y poco exigente trabajo en la Dirección General, la gestión burocrática del Ateneo y las tertulias. Toda esta literatura, tan socorrida desde el sin par retrato que del personaje y de su personalidad publicara en 1932 Ernesto Giménez Caballero —y que nadie ha sabido repetir con más ingenio que él—, no guarda relación

con la incansable actividad desarrollada por Azaña desde el comienzo de la campaña aliadófila en 1915 y aun antes, hasta su participación en el mitin reformista de mayo de 1919, con conferencias y artículos, un libro, tres viajes a los frentes de la Gran Guerra y su dedicación a la Liga antigermanófila y a la Unión Democrática. Lo que pasa es que por toda esa actividad intelectual, política y de gestión ateneísta Azaña no recibía ni un duro y los certificados médicos servían, como todo funcionario sabe, para seguir cobrando puntualmente la paga cada primero de mes.

El motivo que le llevó a solicitar de nuevo una pensión a la Junta, esta vez por un año, no hay que buscarlo muy lejos de lo que él mismo argumentaba en la solicitud: había terminado su primer libro, lo había enviado al editor, estaba a la espera de que saliera a la calle y quería continuar el trabajo con otros dos volúmenes[232]. La obra completa, tal como figuraba en la página 5 del libro, una vez impreso y entregado a la Junta, se titularía: *Estudios de política francesa contemporánea*. I.— *La política militar*. II.— *El laicismo*. III.— *La organización del sufragio*. En el momento de solicitar la pensión, Azaña no tenía duda sobre lo que quería hacer en el inmediato futuro: pasar un año en París trabajando en la culminación de su obra. Al fin, había definido una vocación desde una base tangible y pública, un libro, el primero que escribió de principio a fin, que entregó a una editorial y que pudo ver en las librerías, a los treinta y nueve años de edad, cuando los jóvenes que afluían a Madrid desde todos los litorales comenzaban a publicar a los veinte. Bien, era algo tarde, pero no dejó rastro alguno de que eso le deprimiera ni paralizara; todo lo contrario, en esta ocasión le incitó a no dejar las cosas otra vez a medias, a completar una línea de trabajo que le había ocupado durante un año y de la que dominaba, subido a una montaña de lecturas de autores franceses, las principales claves de interpretación.

Mientras esperaba la decisión de la Junta, no perdió el tiempo ni penó aislado dando vueltas por las calles de Madrid. Es claro que la elección de Romanones para la presidencia del Ateneo no le había hecho ninguna gracia. Más aún, seguramente fue él uno de los que propagó la idea de votar a Torres Quevedo, como ya había ocurrido cinco años antes al sugerir a sus amigos que borraran el nombre de Romanones y escribieran en su lugar el de Ramón y Cajal. La maniobra, muy similar, no dio en esta ocasión resultado. Era preciso apechar, pues, con la situación y, en aquel momento de ebullición política, con las Cortes cerradas y los gobiernos en crisis permanente, la junta directiva, en la que él desempeñaba un papel principal, pero no único, decidió convertir el Ateneo en caja de resonancia de las voces excluidas del sistema

del turno. Que vinieran a hablar en su salón grande políticos de aquellas «izquierdas» que se habían reconciliado al socaire de la antigermanofilia y que habían salido a la superficie con manifiestos y grandes mítines por la amnistía. Un ciclo de conferencias sobre «El actual momento político» sería estupenda ocasión para invitar a intelectuales definidos en los años anteriores por su aliadofilia y a dirigentes republicanos y socialistas. Y, de paso, constatar cómo respondía el conde de Romanones a esta invasión del Ateneo por semejante turba.

Empezaron pronto a moverse en esa dirección, con la carta dirigida el 9 de febrero de 1919 por varios socios a Fernando de los Ríos. Los firmantes —entre los que se encontraban Américo Castro, Manuel Núñez de Arenas, Pablo de Azcárate, Ángel Galarza, Cipriano de Rivas, Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala y Julio Álvarez del Vayo— se identificaban como «hombres de uno y otro partido pero unánimes en el propósito de un extremo liberalismo», expresaban a De los Ríos su sentimiento de solidaridad y le comunicaban su más entusiasta simpatía por su actuación social en Granada, «en la lucha que ese pueblo mantiene contra las caducas organizaciones que ahí, como en toda España, viven parasitariamente sobre el rudo cuerpo nacional». El gobierno había declarado en aquella provincia el estado de guerra a raíz de la muerte por la policía de un estudiante que protestaba contra el señor La Chica, diputado y gran cacique de Granada. Y fue en un Ateneo literalmente abarrotado donde De los Ríos, que había ingresado en el Partido Socialista y había conseguido un escaño de diputado en las elecciones del año anterior, recibió el homenaje de los socios en un clima de enfervorizada solidaridad[233].

El homenaje a De los Ríos fue como un aperitivo de lo que vendría después. Tocaba el turno de intervenir en el ciclo sobre «El actual momento político» a Alejandro Lerroux, líder del Partido Republicano Radical. Dos horas antes de iniciar su conferencia ya no había ni un asiento libre: un público selecto, en el que figuraban no pocas señoras y elementos intelectuales y políticos de todas las fracciones, sin excluir la maurista, había invadido el salón de actos mientras una multitud pugnaba por entrar a las puertas del Ateneo. Esto ocurría un jueves, 24 de abril, pero es que el domingo 27 estaba anunciada la presencia de Miguel de Unamuno, exrector ilustre de la Universidad de Salamanca, como lo presentaba *ABC*, lo que garantizaba que un número no inferior al que había acudido a oír al líder radical se congregara de nuevo para escuchar sus palabras y se extendiera hasta doblar la esquina de Ventura de la Vega. En España, como se decía

poco después en el semanario del mismo nombre, «había voraz apetencia de una voz que sonase diáfana, rotunda, vibrante, como un clarín, interpretando el sentir general en esta angustiosa hora de la vida española». Y como el Parlamento seguía cerrado y sin visos de que fuera a abrirse algún día, sólo quedaba un «baluarte de la libertad que ningún gobernante se había atrevido a asaltar»: el Ateneo de Madrid.

Aquella tarde de 27 de abril, el baluarte quedó muy pronto rodeado de público mientras salones y pasillos volvían a estar abarrotados, sin que Unamuno apareciera por ninguna parte. Bien porque ya había anunciado que mientras Romanones fuera presidente él no pisaría el Ateneo, o sencillamente porque era así de arbitrario e imprevisible, lo cierto es que el exrector había dado la espantada y algunos socios se acercaron al secretario para preguntarle qué se hacía, si se suspendía el acto o se sustituía al orador anunciado por algún espontáneo dispuesto a hablar. Azaña, hombre de recursos y soluciones —como se leía al día siguiente en *El Imparcial*— anduvo buscando entre los presentes alguna personalidad política, explicando previamente al público la extraordinaria circunstancia de la desaparición de Unamuno. Se acercó a Julián Besteiro, que rechazó la invitación aduciendo que él mismo debía hablar dentro de tres días y que no traía nada preparado. Se lo dijo luego a Indalecio Prieto, que aceptó encantado y pronunció un discurso del que más de la mitad apareció censurado en la edición de *El Sol* del día siguiente. Improvisar sobre la actualidad política era de lo más apetecible para que alguien como Prieto se despachara a gusto: el rey había retirado su confianza unos días antes al conde de Romanones y había encargado formar gobierno otra vez a Antonio Maura, a quien se rumoreaba que entregaría el decreto de disolución de las Cortes. Maura iba a presidir unas elecciones, que ya no podrían ser «rabiosamente sinceras», como le aconsejaba Ángel Ossorio, ministro de Fomento, sino de aquellas otras en las que De la Cierva, ministro de Hacienda, era gran maestro. Sonaba a provocación, a que como no había podido mantener en vida el gobierno nacional, lo intentaba de nuevo construyéndose una mayoría o sostenido, al menos, por un numeroso grupo de sus partidarios al Congreso.

Se comprende que el ciclo sobre «El actual momento político», tal como se iba desarrollando, suscitara algo más que inquietud en el ánimo del presidente del Ateneo, que había dejado de ser presidente del Gobierno dos semanas antes y que no quería, con su silencio, hacerse responsable de lo que allí se dijera. Pero como a Lerroux siguió Prieto y a éste Pérez de Solís y se anunciaba Besteiro, Romanones escribió el 30 de abril una carta a Manuel

Azaña comunicándole la ineludible necesidad moral en que se sentía de «renunciar a la presidencia del Ateneo» y rogándole que diera cuenta a la junta directiva de «esta irrevocable resolución mía». Tomaba esta decisión con profundo pesar por lo que el Ateneo significaba en la historia del pensamiento español y por el papel que a la juventud le estaba en él reservado, pero «así es indispensable, y sacrifico mi entusiasmo a mi deber». Azaña, que seguramente no esperaba de Romanones una irrevocable dimisión, fue a visitarle para convencerle de que reconsiderara su decisión. Y en efecto, «al cabo de una larga entrevista» logró que el conde retirase la dimisión[234].

Pero todo se complicó porque el vocal primero de la misma junta, Antonio Royo Villanova, presentó también su dimisión, en carta igualmente dirigida a Manuel Azaña, culpando a Romanones de haber redactado con la suya la mitad del decreto de disolución de las Cortes y afirmando que por nada del mundo se resignaba a ser presidido por quien, «ocupando el puesto de Moret, había servido los intereses políticos de Maura». Era una acusación algo extravagante que dio motivo a una acalorada junta general de socios en la que Azaña recordó todo el desarrollo del asunto, de su entrevista con Romanones para hacerle desistir de su dimisión y lamentó que Royo Villanova mezclara ahora un tema político como el decreto de disolución entregado a Maura con un asunto de orden interno de la Casa. Después de un buen rato de discusión, varios socios propusieron un voto de censura para el conde de Romanones, pero la asamblea estimó que lo conveniente sería rechazar la dimisión de Royo y someter después a votación la censura propuesta. Por aclamación se aprobó lo primero y por 53 votos contra 17 se aprobó también la moción de censura contra el conde, aunque invitándole a asistir a una próxima junta general para ofrecer sus explicaciones. Meses después, en un suelto sin firma de *España*, alguien —quizá Antonio Dubois, colaborador habitual— presentó el caso como si «los ateneístas, volviendo por sus fueros», hubieran expulsado violentamente al conde «liberal», mientras los jóvenes mauristas hablaban de invadir con sus cuotas el rebelde Ateneo e impedir con sus votos estas expansiones civiles[235].

El conde contestó con una nueva carta dirigida a Manuel Azaña en la que insistía en el «carácter irrevocable» de su dimisión. Nueva junta general, pues, el 15 de mayo, presidida por Dubois y Azaña y lectura por éste de la segunda carta de dimisión en la que Romanones decía que nunca creyó que en el Ateneo se le discutiría por sus actos de hombre político, ya que no cabía sino discutir su actuación como presidente de la sociedad. La lectura de la

carta sirvió de pórtico para que los socios asistentes se enzarzaran en una discusión en la que los defensores del conde insistieron en la historia de la docta Casa como modelo de cortesía y templo de tolerancia. Contra este argumento, el célebre Díaz Tendero defendió su interpretación del reglamento en el sentido de que cuando un socio renunciaba a un cargo, a la junta general no le cabía más que darse por enterada. Al final, se resolvió someter a votación si se aceptaba o se rechazaba la dimisión del conde, con el resultado de que 63 de los asistentes fueron favorables y sólo 28 contrarios. Romanones se quedó, por así decir, con su dimisión aceptada por la mayoría del centenar mal contado de socios que acudieron a la junta general, en la que los «jóvenes mauristas» no llegaban a la treintena[236].

Quince días después, el 30 de mayo, entre las tres y las seis de la tarde, los mismos Dubois y Azaña constituyeron la mesa electoral para proceder a la votación de nuevo presidente. Varios socios distinguidos habían presentado para el cargo a «uno de los hombres que más ha trabajado y con mayor fruto por la cultura española», don Ramón Menéndez Pidal. Los ateneístas, con «unanimidad completamente nueva», se apresuraron a acoger con satisfacción la candidatura. No hubo lucha. Menéndez Pidal obtuvo 311 votos; Adolfo Álvarez Buylla, para vicepresidente primero, 310; Elías Tormo, como vicepresidente segundo, 177. Tomás Elorrieta fue elegido vocal primero; Hernández Pacheco, contador; Juan José Calomarde, secretario segundo; y Carreras, secretario tercero. Royo Villanova, que pretendía ser vocal primero, fue penalizado: sólo obtuvo 45 sufragios y aunque protestó, se quedó fuera de la junta[237]. La primera presidencia nominal del conde de Romanones en el Ateneo de Madrid, con Manuel Azaña como secretario, habrá durado, pues, once meses y diez días, desde su elección el 20 de mayo de 1918 hasta su dimisión por carta enviada al secretario y a la prensa el 30 de abril de 1919.

Manuel Azaña, que se confesaba cansado y gastado como secretario del Ateneo, trató de buscar a alguien que le sucediera en el cargo y que fuera digno de colaborar con quien habría de ser nuevo presidente. Había decidido además el viaje a Francia poco después de terminada la guerra y quería evitar a Menéndez Pidal las dificultades de una *crisis parcial*. Fracasó en sus gestiones porque unos tenían mucho que hacer y se negaron a aceptar el puesto y otros porque lo consideraron inferior a su categoría social[238]. De modo que siguió todavía durante unos meses con su actividad en el Ateneo, donde poco antes de la crisis había pronunciado una conferencia dentro de un ciclo sobre «Figuras del Romancero» que se venía desarrollando desde principios de año. ¿Figuras del romancero? Ciertamente, el romance —poema

español escrito en verso octosílabo que es el pie métrico sobre el que camina toda la lengua española, como escribirá Juan Ramón Jiménez—, conocía por aquellos años un renovado esplendor. Antonio Machado había publicado *La tierra de Alvargonzález* con la pretensión de continuar el Romancero general y Menéndez Pidal había andado los caminos de Castilla con su cuaderno y su pluma, y la compañía de su recién casada, copiando los romances que las mujeres cantaban mientras lavaban la ropa en los fregaderos de los arroyos. Nada de extraño, pues, que el Ateneo organizara un ciclo sobre figuras del romancero. Pero ¿qué pintaba Manuel Azaña en ese ciclo? Sin duda, algo y aun mucho había leído sobre el siglo XIV, la época de Alfonso XI y «la personalidad de este monarca y las luchas de la realeza con los nobles en lo más rudo de la época feudal castellana»[239]. En esas lecturas, los romances ocuparon un lugar de privilegio: «suprimid de nuestra historia literaria los romances viejos y desaparecería también cuanto en [el Quijote] hay de afirmativo», escribió, de manera que material tenía en abundancia para entretener a su público durante un rato.

Pero no fueron sólo los romances lo que suscitó en Manuel Azaña el interés hacia la vida de Alfonso Onceno, un rey que «usó la diadema como argolla para sujetar los dispersos elementos de un gran Estado en ciernes», como dijo en su conferencia. El Estado: ése era de nuevo el centro de su interés: el origen, la construcción, las digresiones, la organización, las carencias del Estado español en su formación histórica. Por eso, antes de entrar en materia se entretuvo en una divagación preliminar, que no pasó desapercibida al público, con el propósito de justificar la elección de su tema. «Lo español es una herencia histórica sujeta, en cuanto principio de conducta, al correctivo de la razón», comenzó diciendo, para plantear de inmediato la ambigua calidad moral y el riesgo político que entraña el concepto mismo de patriotismo, que «no se contenta con ser estrictamente una *virtud*, es decir, una fuerza y disposición del ánimo que pospone los intereses pasajeros del individuo a los intereses superiores y permanentes de la comunidad sino que aspira, además, a definir de antemano esos intereses y pretende ser, según los casos, un criterio lógico, o jurídico, o estético», una actitud que rechaza de plano porque «suplanta a la razón, que es universal y comunicable, con un sentimiento privativo y exclusivista, adquirido por revelación directa en el alma de los fieles». Hay intereses superiores y permanentes de la comunidad política: servirlos es patriotismo. Pero la definición de esos intereses es propia de la razón, no del patriotismo. La actitud propia de los patriotas —hoy se diría: de los nacionalistas— «es el entusiasmo. Su modo de expresión, los

alaridos. Su rasgo característico, la falta de discernimiento». A nadie se le ocurre, añade un poco más adelante, pedir luces al entusiasmo para resolver una ecuación, «pero todos los días vemos resolver por entusiasmo cuestiones jurídicas o críticas». Y, se podría preguntar: qué tiene que ver toda esta divagación preliminar con el romance del tiempo de Alfonso Onceno. Pues una cosa tan sólo: Azaña va a suscitar con su evocación una «emoción histórica y patriótica» y conoce bien de qué tipo son esas emociones. Cuando los hechos que los romances cantan se encaminen a su dramático desenlace con la muerte de Alvar Núñez y los mensajes de reconciliación cruzados entre el rey y don Juan Manuel, cada uno desconfiará del otro y se hará acompañar de sus huestes. Don Juan Manuel era ya viejo y meditaba las experiencias de su vida y escribía: «El mejor pedazo del hombre es el corazón, ese mesmo es el peor». Lo mismo ocurre con el patriotismo. Por eso, la vigilancia, que será rasgo permanente de su actitud política, ante los que se proclaman patriotas y su desconfianza ante quienes pretenden derivar del patriotismo un régimen jurídico, una constitución o un proyecto político.

Pero éstos son trabajos que Azaña se toma para su solaz y deleite mientras se agrava la crisis política abierta desde el final de la Gran Guerra. El Partido Reformista decide celebrar un mitin para denunciar la entrega del decreto de disolución de las Cortes al gobierno de Antonio Maura. Van a tomar la palabra figuras principales del partido: Azcárate, Leopoldo Palacios, Zulueta y Melquíades Álvarez. Hablará también Manuel Azaña. Está indignado y no lo disimula: «he de excitar vuestra ferviente indignación contra un suceso que significa el hundimiento de nuestras esperanzas liberales», comienza diciendo a la gran concurrencia reunida en el teatro Odeón. «Los peores reaccionarios han recibido de manos del rey el decreto que necesitaban para completar sus órganos de gobierno. Esto es una bofetada a los legítimos sentimientos liberales del país que ve con dolor cómo se alejan las posibilidades de su avance político». Durante la guerra, sigue diciendo, había sostenido la esperanza de que en el resurgimiento del mundo renacería también una España más justa, nueva y libre que la España caduca y llena de vilezas en que vivíamos, pero la entrega del poder a los conservadores y del decreto de disolución a Maura han «matado las más bellas esperanzas y los más nobles ideales del país». En este punto, el delegado de la autoridad se creyó obligado a intervenir y llamó la atención del orador, ante la enérgica protesta del público, que aplaude a Azaña. Pedregal, que preside el acto, interviene entonces para aconsejar silencio y pedir a los oradores que «sin falsear los conceptos se ajusten a modos de expresión que no den lugar a la suspensión

del acto». Azaña continúa y termina imprimiendo un giro social a su parlamento: «ser liberal hoy no es batirse por la Constitución del 12 sino satisfacer las justas aspiraciones de los trabajadores, dando a cada individuo el espacio moral suficiente para la plenitud de su desarrollo»[240]. Azaña parece haber completado con este discurso un trayecto de su militancia como reformista: la expectativa de que el régimen abriría sus puertas a la reforma es nula. Siendo así las cosas, los contenidos de una política liberal tienen que cambiar en una dirección: la que lleva al encuentro de las «justas aspiraciones de los trabajadores». En la política española del momento, esa exigencia implicaría un definitivo alejamiento de los partidos dinásticos y un acercamiento al socialista, que se presenta como voz política de la clase obrera organizada sindicalmente. No dice que sea ésta la política que debe emprender su partido, pero en su accidentado discurso, que apareció censurado en la prensa del día siguiente, es evidente que el camino hasta entonces seguido por los reformistas conduce a un callejón sin salida.

11. DEL ATENEO A *LA PLUMA* PASANDO POR PARÍS

La irritación y el desencanto de Azaña por el rumbo que tomaba la política en manos de viejos líderes rotando cada cinco meses a la cabeza de gobiernos no se tradujo en nuevas propuestas de acción para su partido ni en acercamiento a grupos políticos más radicales. Desconfiaba del republicanismo histórico y no se sentía atraído por un partido socialista que, hacia dentro, decidía romper la conjunción con los republicanos para continuar de nuevo en solitario su camino y, hacia fuera, iniciaba el extraordinario, por su duración y complicaciones, debate sobre la adhesión a la Internacional Comunista, que celebró su primer congreso en Moscú en marzo de 1919 con un llamamiento a todos los partidos socialistas del mundo para que abandonaran las filas de la Internacional Obrera y se sumaran a la «nueva Internacional revolucionaria». Bloqueada, por otra parte, cualquier posibilidad de una política de «las izquierdas», con el Partido Reformista de vuelta de sus recientes avances en esa dirección y retornando al gubernamentalismo, Azaña mantuvo su propósito de alejarse otra vez, de irse de Madrid para pasar una larga temporada en París.

En un primer momento, ya desde febrero de 1919, había pensado salir por un año si conseguía la pensión de la Junta para Ampliación de Estudios, pero a la vista de que la Junta no respondía, negoció con *El Fígaro*, fugaz diario madrileño dirigido por Carlos Ibáñez de Ibero —con quien ya había tenido tratos por sus colaboraciones en *Hispania*[241]—, la posibilidad de ejercer como enviado especial en Francia para escribir una serie de reportajes sobre las regiones de Alsacia y Lorena a propósito de la restauración de la Universidad francesa en Estrasburgo. Por la correspondencia que mantuvo con José María Vicario desde su llegada a París, no parece que Azaña tuviera que depender únicamente de los ingresos por sus crónicas de *El Fígaro* para sobrevivir durante su estancia en Francia. Buen amigo de su amigo, Vicario quedó encargado de presentarse el primero de diciembre al habilitado, señor Castillo, con objeto de hacer efectiva su paga, más los atrasos por aumento de sueldo que acababa de conseguir por el nombramiento, el 31 de octubre,

como auxiliar primero, jefe de negociado de primera clase, con ingreso anual de 8000 pesetas. Vicario se ocupaba de atender al pago del alquiler y del portero, entregar cinco duros a la criada y recordarle que si quería marcharse dejara la ropa de don Manuel en condiciones de no apolillarse, abonar unas librerías al carpintero por un importe de 300 pesetas y una factura de 200 pesetas que dejó a deber al sastre Roberts, con domicilio en la calle de Alcalá, 4, principal, además de empaquetar ejemplares de su libro recién publicado para enviarlos a algunos amigos. Las dificultades que parecen haber surgido con el cambio de año para seguir percibiendo el sueldo quedaron resueltas en febrero de 1920: «se arregló lo de mi paga», le dice a José, encomendándole que tratara de cobrar la de ese mes con el pico de veinte pesetas que le adeudaba del pasado. Cuidaba el detalle, don Manuel[242].

Antes de salir con dirección a París, invitó a Cipriano, que vivía de sus traducciones y de sus artículos en la prensa madrileña, a que le acompañara durante el viaje. No era la primera vez que salían juntos: en el verano del año anterior ya pasaron varias semanas de excursión, recorriendo todo el Norte, desde La Coruña hasta San Sebastián, para dejar apalabrado, por encargo de Rafael Altamira, un programa de conferencias que debía impartir cierto profesor norteamericano de paso para Italia. Tomaron el tren en aquella ocasión el 26 de junio y la última anotación de Azaña en su diario es de 28 de julio, cuando salían desde Aizgorri a la llanada de Álava, después de visitar Santiago, Pontevedra, Vigo, León, Oviedo, Santander, Bilbao, sufriendo a cada paso la lentitud de los trenes, la incomodidad de los hospedajes, pero disfrutando mucho del paisaje y de la mutua compañía. Ahora, pasado un año de aquella excursión, juntaron sus cortos caudales y volvieron a tomar el tren hacia el 10 de octubre con el propósito de pasar una temporada en Francia y regresar en Navidades. Ése era, al menos, el propósito de Cipriano cuando aceptó encantado la invitación de su amigo; el de Azaña, si tenía alguno decidido, era no volver a fecha fija; por lo pronto, estaría en Francia hasta finales de noviembre, pero si sus asuntos se arreglaban bien en el ministerio —o sea, si podía seguir percibiendo la paga— se quedaría una temporada larga, aunque todavía indefinida.

Los primeros días en París fueron, para los dos amigos, una gozada. Para Azaña, por lo que disfrutaba redescubriendo cada palmo de la capital en el acto de enseñárselo a Cipriano: sus calles burguesas, el río, las perspectivas de sus grandes avenidas, las proporciones, siempre a la medida del hombre; y también porque en los primeros días no hacía nada, ni escribir, ni leer, ni hacer política, ni tratarse apenas con nadie; era como una cura de silencio

después de la intensidad de los meses anteriores. Para Cipriano, porque descubría la capital en la mejor compañía posible, porque veía feliz y contento a su amigo y porque, amante de la escena, París le ofrecía más incitaciones de las que podía imaginar. Y además, porque era otoño y, mejor aún, octubre, y había tanto que ver y disfrutar: aquel centro del mundo que Azaña situaba entre el bulevar de los Italianos y la calle Rivoli; Nôtre Dame, el Louvre y el Grand Palais, las Galerías Lafayette y los almacenes Printemps, y los conciertos y teatros. Cipriano estaba encantado y pensaba que organizando bien el negocio de las traducciones, si la ocasión era propicia, podría prolongar la estancia más allá de lo previsto[243].

A pesar de presumir ante Vicario de que no hacía nada sino pasear y ver las aguas del Sena discurrir bajo los puentes, Azaña no se demoró en emprender, en compañía de Cipriano, el viaje a la frontera del Este para iniciar sus colaboraciones como «enviado especial» de *El Fígaro*. Los artículos salieron en el periódico durante cinco semanas, desde el 4 de noviembre en que apareció el primero hasta el 11 de diciembre, cuando publicó el undécimo y último. La frecuencia fue, pues, muy superior a sus anteriores colaboraciones de corresponsal de diarios madrileños: uno cada cuatro días, un ritmo notable si se tiene en cuenta que la mitad de ese tiempo estuvo de viaje por Alsacia y Lorena, escribiendo varios artículos con la ciudad de Metz como tema central y cumpliendo, en los dedicados a Estrasburgo, el papel de guía de viajero que cuenta las excelencias de la Universidad y lo ilustre del caserío viejo ligado a la catedral por un cíngulo de canales. Pero será éste el último de los destinados a *El Fígaro*. A principios de noviembre había recibido una carta del director de *El Imparcial* que respondía a otra suya anterior para reanudar la breve colaboración interrumpida desde hacía casi dos años. Riñó con *El Fígaro*, al que de todas formas le quedaba muy poco tiempo de vida, y desde el 17 de diciembre comenzaron a aparecer sus colaboraciones en *El Imparcial*, que hasta el 17 de abril le publicará quince artículos, un promedio de uno cada ocho días, no siempre con la puntualidad que hubiera deseado: desde finales de enero se lamentaba de que a veces se los retenían hasta veinte días, una espera mortal para alguien que nunca estuvo muy seguro de su capacidad para escribir en periódicos: «¡qué voy a hacerle!», le decía, sintiendo quizá no poder organizar, como hubiera querido, su producción de forma regular para prolongar su estancia en París[244].

Lo que le interesa en este viaje no es ya la defensa de la causa aliada contra los imperios centrales, a la que había supeditado todo en las dos visitas

anteriores. Los aliados han vencido y es hora de analizar los resultados políticos de ese triunfo, que no son, como había esperado, un impulso a todos aquellos valores esgrimidos como poderosos motivos para abrazar la causa de Francia durante la guerra, sino un retraimiento, como un reflujo hacia el conservadurismo. Los soldados se habían convertido en electores, pero también en candidatos: había veteranos de guerra en todas las candidaturas de unas elecciones, ya inminentes, que pasarán a la historia con el sobrenombre de «bleu horizon», por el color de los uniformes militares. La primera reacción de Azaña fue, como la de todo buen reportero, abrir los oídos y tomar nota de los cambios: cuando viaja a la frontera del Este, pregunta a los soldados con los que coincide en los viajes, busca a interlocutores informados de la situación, se hace con los libros sobre el curso de la guerra que ya van apareciendo[245]. Los problemas son otros, la mirada también y las fuentes de información deben ser más variadas. En resumen, lo que antes defendía por estar «adherido a la causa de Francia» deja paso a lo que debe decir ante el «momento crítico» que tiene a la vista, con dos cuestiones fundamentales en torno a las que «se va operando lentamente la agrupación nueva de las antiguas banderías»: el examen de las responsabilidades por la preparación y la conducta de la guerra y los trastornos sociales que la guerra ha acarreado en todas partes, pero más concretamente en Rusia con el triunfo del bolchevismo[246].

La reacción de Azaña ante las fuerzas en presencia, con los republicanos divididos, igual que los socialistas, mientras las derechas, con restos de otras formaciones, se presentan en un bloque en el que Millerand puede codearse con Barrès, no es la de una frustración, como si se sintiera víctima de una estafa. La guerra, como siempre lo había sentido, fue una realidad repulsiva y los soldados, engullidos en el barro o agonizando en las ambulancias, sólo le suscitaron una pregunta: ¿qué pasará cuando vuelvan a sus casas los sobrevivientes de esta catástrofe? Pues bien, ya habían vuelto a casa y, además de recuperar la libertad de crítica que la guerra se había encargado de limitar, los soldados se encuentran en la condición de electores. Azaña pasa a analizar la confrontación política tal como se presenta después de la guerra, las expectativas electorales de los partidos en presencia, las posibles consecuencias de un sistema mayoritario, no proporcional. Observa y toma nota de la aparente facilidad con la que antiguos republicanos, antes defensores del laicismo, se coligan con las derechas en un Bloque nacional que, bajo el liderazgo de Clemenceau y con la ayuda de un sistema electoral que favorecía a las coaliciones de partidos, inflige una severa derrota a los

radicales de Herriot y a los socialistas y, conquistado el poder, se prepara para cerrar a Clemenceau el camino a la presidencia.

Celebradas las elecciones con el triunfo aplastante del Bloque nacional, la serie de artículos para *El Imparcial* anuncia desde el primer momento ese cambio de perspectiva que obliga a mirar a las cosas de frente, cara a cara. La guerra, reconoce Azaña, «nos había echado una especie de sortilegio», un poco por la fascinación de la sangre y otro más por el horror de contemplar la destrucción. Nunca había creído que la guerra fuera un tónico moral ni que sirviera como restauradora o regeneradora de energías. La guerra, afirma otra vez con fuerza, «es un mal absoluto, sin compensación posible, ni mezcla de bien alguno», y ha llegado la hora de mirar de frente a las responsabilidades por su estallido, conducción y resultados. La paz le parece impregnada de tristeza, la victoria es amarga y no se puede mirar al pasado con los ojos del niño que deja su cuaderno en blanco. Tampoco se puede ver a Francia como en los tiempos de la guerra, cuando lo urgente y justo era que se salvara y había que aceptarla en bloque. Ese momento ha pasado y aunque Azaña no pide disculpas por haber adoptado aquella actitud, afirma que lo importante ahora es indagar en los caracteres de la crisis provocada por la guerra y atisbar los síntomas que anuncian el porvenir[247]. El investigador que coloca encima de la mesa todas las huellas de lo ocurrido para proceder a su descripción e interpretación gana la partida al militante que defiende una causa; la hora del militante ha pasado; es el turno del analista.

De sus análisis para *El Imparcial* ofrece particular interés el que dedica al caso Caillaux, no sólo por sus implicaciones jurídicas sino por la cuestión política que plantea. Joseph Caillaux era presidente del Consejo durante la primera visita de Azaña a París, cuando por el Tratado de 1911 cedió a los alemanes territorios en el centro de África a cambio de que renunciaran a cualquier reclamación sobre Marruecos. Representaba una política de transigencia con Alemania, de suspensión de hostilidades, de búsqueda de acuerdos económicos. Durante la Gran Guerra fue acusado de continuar esa política en tratos con alemanes, sometido a juicio, procesado, encarcelado y condenado. Azaña se enfrenta al «caso Caillaux» exigiendo ante todo pruebas convincentes de los fines perseguidos y de los medios utilizados en sus presuntas relaciones con los alemanes durante la guerra: es el jurista que no se deja convencer por la propaganda ni la demagogia. Pero hay planteada además otra cuestión que considera de más relevancia y que enuncia con una pregunta: ¿dónde se acaba la esfera de acción lícita de un hombre de Estado que persigue el bien de su país como él lo entiende? Si Caillaux trató en

efecto con los alemanes la posibilidad de explorar una política intermedia entre *el juquabutisme* y la insurrección contra la guerra, ¿habrá que condenarlo? ¿Puede condenarse a un gobernante por haber explorado algunas de ellas[248]?

Las crónicas sobre la situación política después de la guerra tuvieron un complemento en la serie titulada «La crítica de la guerra en Francia», que escribió, después de su vuelta a Madrid, para la revista *España*. En ella se ocupó exclusivamente de política militar, comenzando por la cúspide, por los errores del Estado Mayor, para continuar con los técnicos y seguir con la doctrina. Aquí ya no hay nada parecido al argumento dominante durante los años de guerra: Francia como paradigma de Estado que ha sabido unir la eficacia militar con el respeto a las libertades individuales. Ahora se trata de ofrecer a los lectores de *España* el resumen de los debates suscitados en Francia en torno a la preparación y la conducta de la pasada guerra. De nuevo, acopia una importante base bibliográfica para sus análisis: está perfectamente al tanto de lo publicado en Francia sobre las causas del desastre y las derrotas de 1914, y comparte el diagnóstico de que centenares de miles de vidas fueron sacrificadas a la doctrina de la «ofensiva obligatoria»: soldados franceses vestidos de brillantes uniformes avanzando, con la bayoneta en alto, contra alemanes emboscados en casas o en trincheras que siegan las filas con sus ametralladoras. Éste es el resumen. Y pregunta: ¿A quién pedir cuenta de tanta sangre? Inferiores en artillería pesada y en ametralladoras, porque la creían un obstáculo para el avance, supeditándolo todo a la rapidez y movilidad de la ofensiva, el Estado Mayor y los técnicos incurrieron en un error de consecuencias catastróficas. Azaña, que no vuelve a interesarse por aquellos dos volúmenes que habrían de completar sus *Estudios de política francesa contemporánea*, despide esta serie de artículos con una nueva promesa, que suena como un «Se continuará» de los artículos de su juventud: «Otro día haré la historia de esa equivocación»[249].

Quizá pensaba en un nuevo libro, distinto de aquel para el que había solicitado la pensión, del que pudiera obtener España enseñanzas de política militar derivadas de la experiencia de la Gran Guerra. Al cabo —reconoce en el último de los artículos dedicados a Francia, al dar razón de su actitud personal— el azar y su gusto le habían llevado años antes «a tomar la sociedad política francesa como pantalla sobre la que proyectar la silueta española, a ver qué parecía». Ése fue siempre el propósito, soterrado en ocasiones, explícito en otras, de sus estudios sobre Francia: comparar la sociedad española con una sociedad europea robusta para medir «el tardo

paso de nuestro pueblo, aspeado, rezagado, divagador» y aprender de esa comparación la lección de que «el permiso que nos tomamos para zigzaguear[…] no es compensación suficiente del fracaso cierto de nuestras vidas». En aquel tiempo, Francia le parecía vivir «bajo ciertas normas que eran la transposición de la ideología que uno fraguaba cuando, puesta la vista en España, se entregaba al placer de rectificar lo tradicional por lo racional». Tal fue el proyecto elaborado por el reformista Azaña, la vía por la que era preciso entrar para liquidar aquel «problema español» del que había hablado hacía diez años: Francia, sin menoscabo del fondo peculiar de la nación, era la que más hueco había abierto a lo universal humano. Sin renunciar, o mejor, potenciando ese fondo, a España le faltaba por ofrecer ese hueco a lo universal; lo primero era obra de la tradición, recogida, puesta en valor; lo segundo era obra de la razón. Ésa fue la ideología que fraguó desde su juventud. Ahora había que preguntarse por todo lo que la guerra había devastado en el espíritu francés para averiguar qué quedaba en pie de aquella ideología, tanto en España como en Francia**[250]**.

Enunciaba así una especie de nuevo programa de investigación en el que aparecían entreverados, como tanto le gustaba, la historia, la política y la moral o el espíritu público. Pero, en esta dirección, no hubo más: con los últimos artículos dedicados a la crítica de la guerra, al cambio de política experimentado por Francia tras la paz y a dar cuenta y razón de su actitud personal durante esos años, se terminan los escritos sobre historia y política francesa si se exceptúa el publicado en *Política*, en enero de 1930. Todavía reseñará algunos libros, pero desde ahora, Francia deja de ser la pantalla sobre la que proyecta España con objeto de derivar por comparación y contraste una lección para los españoles. Y si en el comienzo de esta línea de publicaciones el azar y el gusto personal desempeñaron un papel determinante, también por azar y gusto se producirá su abandono, que no es desinterés ni, menos aún, despecho, sino sustitución por otro tipo de intereses, cultivados desde los años de su juventud, que se afirmarán desde mediados de 1920 hasta el fin de la década y que no son otros que conjugar trabajos de creación literaria con una cada vez más profunda inmersión en la historia, la política y el espíritu público de España desde la revolución liberal hasta la irrupción en escena de la generación del 98.

La ocasión para emprender este giro hacia dentro le vino de fuera, aunque todos los pasos para que se produjera ya los estaba él dando por su propio pie en la insustituible compañía de Cipriano. En los primeros días de enero de 1920, solicitó la baja como socio de la Sociedad Nacional de Música y de la

Filarmónica Madrileña, y cortó el débil lazo que le mantenía unido al Ateneo de Madrid. Parece como si, con motivo del nuevo año y a punto de cumplir los cuarenta de su edad, hubiera querido romper amarras con su pasado y permanecer por tiempo indefinido en el extranjero, enviando crónicas a los periódicos, ayudándose los dos amigos con traducciones encargadas por Calpe o CIAP y acometidas otras por propia iniciativa, que luego trataban de colocar en alguna editorial. Éste fue el caso de *Los Trasatlánticos*, de Abel Hermant, con la mala fortuna de que luego no encontraron editor, como ocurrió también con el manuscrito de la traducción titulada por Azaña *Memorias y correspondencia de Emilia de Épinay*, que se conserva en la Casona de Tudanca, quizá porque en algún momento se lo entregó a José María de Cossío[251]. La estancia en París se prolongó, pues, más de lo que había pensado al escribir a Ramón Menéndez Pidal en los primeros días del nuevo año, y aunque no supiera entonces si podría instalarse allí indefinidamente, para acabar con la situación de interinidad y provisionalidad en la que vivía desde que comenzó su viaje, su propósito en los primeros días de 1920 era no regresar a España hasta que un cambio de política y unas elecciones generales le obligaran a ello.

Largo se lo fiaba. Cambio de política en España, si no lo hubo en la ocasión más propicia, otoño de 1918, era de todo punto ilusorio esperarlo en un futuro más o menos cercano. Los conservadores no acababan de encontrar la fórmula ni el dirigente para dar mayor estabilidad a sus gobiernos: a Antonio Maura, débil sombra ya de lo que en otros tiempos fue, le sucedió sin pena ni gloria en julio de 1919 Joaquín Sánchez de Toca, y éste dejó paso en diciembre, empujado por una nueva intervención de las Juntas de Defensa, a otro viejo rotante en carteras ministeriales, Manuel Allendesalazar. Las últimas elecciones las había presidido Maura el 1 de junio, pero no le habían servido más que a García Prieto las suyas en febrero del año anterior: para sostener su gobierno durante unas semanas. No era previsible que Allendesalazar consiguiera del rey el decreto de disolución, aunque hasta el nivel a que había caído el juego político de los partidos dinásticos, cualquier cosa podía ocurrir. En todo caso, escribir desde París el 3 de enero de 1920 que sólo volvería a Madrid cuando se produjera un cambio de política o unas elecciones quería decir que retrasaba la hora del regreso a un horizonte *sine die*. Lo cual conducía a Manuel Azaña a presentar a Ramón Menéndez Pidal su renuncia al cargo de secretario del Ateneo rogándole que lo trasmitiera en la primera reunión a la junta directiva, ante la que él mismo formalizaría su dimisión «en una simple carta, *por no poder atender el desempeño del*

cargo». Pocas semanas después, escribía a Vicario diciéndole que había enviado al presidente del Ateneo su dimisión de secretario[252].

Así que, desde Francia, cerró el capítulo más intenso de su vida. Durante el invierno de 1920, los días transcurrieron para los dos amigos plácidamente en París, donde tuvieron ocasión de responder al sombrerazo que dirigía al público desde su *landeau* el nuevo presidente de la República, Paul Deschanel, que había derrotado a Clemenceau. Con lo que dejaban las traducciones, dispusieron de holgura suficiente para cambiar de domicilio e irse a vivir a la avenida de Victor Hugo, cerca de L'Étoile. Y gracias a la amistad de Cipriano con Manuel de Falla consiguieron dos entradas para asistir a un estreno memorable en la Ópera de París: *El amor brujo*, interpretado por los Bailes Rusos, los mismos sobre los que Rivas Cherif había escrito con motivo de su actuación en el Teatro Real de Madrid unos años antes, en 1916. Azaña abrió un paréntesis en las crónicas sobre temas franceses para escribir, «estremecido todavía por la emoción de su gran triunfo», una «Nota sobre un baile español» en la que dio rienda suelta al entusiasmo que le habían producido la música de Falla, la coreografía de Massine y los telones y trajes de Picasso, que habían revelado a París «la existencia de una España desconocida, harto distante, por fortuna de las que suelen presentarnos en truculentas españoladas de *music-hall* a uno y otro lado de los Pirineos»[253]. Y será con una crónica sobre «La temporada teatral» como termine la serie de artículos enviados a *El Imparcial*. En algún momento pensó en trasladarse a Italia, pero el 17 de marzo de 1920, cansado de la «vida activísima» que había llevado en Francia, escribía a su amigo Vicario: «Ya pronto voy».

Regresaron, en efecto, los dos amigos a Madrid a principios de abril de 1920. «En mi cuarto huele a libros, a madera. ¡Qué blanco, qué claro en esta noche de soledad!», anota al volver a casa. Soledad en su cuarto, tristeza en su visita a Alcalá el lunes de Pascua, no sabe muy bien a qué dedicar el tiempo tras esos seis meses de viajes por Francia: por el Ateneo ha decidido no volver si no es como simple socio y en contadas ocasiones, la Dirección General no le interesa, a pesar de su reciente ascenso en el escalafón, el Partido Reformista no le despierta ningún entusiasmo en su nuevo rumbo al encuentro del Partido Liberal, ya definitivamente marcado. No queda nada, entonces, salvo que en París habían hablado los dos amigos de la posibilidad de fundar una revista literaria y habían encontrado en Amós Salvador, que pasaba por allí, algo más que buenas palabras para iniciar la aventura: la promesa de una subvención. Era su mecenas un arquitecto bien situado en

Madrid, responsable en 1903 de la ampliación de la Fábrica de Tabacos y autor en 1915 de la imponente y neomudéjar fábrica de jabones y perfumes Gal. Era además diputado de toda la vida por el Partido Liberal, que primero le buscó escaño por el distrito de Ponferrada, luego por el de Albocácer, en Castellón, y desde las elecciones de 1919 por el de León, donde su señor padre, Amós Salvador Rodrigáñez, lo había sido también durante décadas; o sea, que Amós hijo venía de la vieja política aunque representaba con sus hermanos Miguel y Fernando la nueva España, un detalle sobre el que Ortega no había teorizado, pero que a Azaña, reformista, no le repugnaba ni en lo teórico ni en lo práctico. El Congreso había introducido la feliz costumbre de proporcionar unas dietas a sus diputados y Salvador puso la suya, de quinientas pesetas, a disposición de los amigos para que tuvieran con qué comprar papel y pagar los gastos de impresión. A las dietas se unió el mecenazgo de un «ricacho bilbaíno», Juan Echevarría, que cuando pasaba por Madrid gustaba de invitar a sus amigos a la Parisiana, lo cual Manuel Azaña, poco dado a frecuentar ese tipo de locales, soportaba pacientemente en beneficio de la causa.

No tardaron nada los dos amigos en sacar la nueva revista a la calle. En junio de 1920, *La Pluma, Revista Literaria*, con domicilio en Hermosilla, 24 duplicado, Madrid, que era por entonces el domicilio particular de Manuel Azaña, saludaba a sus lectores y les anunciaba los valores estéticos que guiarían su existencia: sobriedad, pureza de líneas y claridad, ésos eran los «estigmas de la obra del talento acendrado por la disciplina»; eso pretendía ser *La Pluma*, «un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia», agrupando a su alrededor a un corto número de escritores que «sin constituir escuela o capilla aparte, están unidos por su hostilidad a los agentes de la corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento contemporáneo». Quiénes eran esos escritores se iría viendo en las sucesivas entregas publicadas con frecuencia mensual hasta su desaparición, con el número 37, en junio de 1923; quiénes no eran lo dejaron también claro desde el principio en una «Palinodia» que levantó algunas ampollas, pues en ella se decía que la revista no contaba «con la colaboración de D. Mariano de Cavia, D. Jacinto Benavente, D. Pío Baroja, D. José Ortega y Gasset, D. Ricardo León, D. Julio Camba, D. Eugenio d'Ors, D. José Martínez Ruiz (Azorín), la condesa de Pardo Bazán, ni, probablemente, la de D. Gregorio Martínez Sierra». Y añadían, para cerrar la gracieta: «Imponiéndonos cuantiosos sacrificios, hemos adquirido la seguridad de que no colaborará en *La Pluma* Don Julio Senador Gómez»[254].

Arriesgada palinodia, que pasados tres años todavía les afeará Jorge Guillén[255] y que pudo haber provocado la estampida de posibles colaboradores. No fue así: la vida literaria era en el Madrid de entonces muy rica y variada, un revoltijo de generaciones, tendencias, personajes, en el que la consagración como maestros no se acompañaba de un respeto reverencial por los discípulos. La generación ya por entonces tópicamente llamada del 98 había alzado en su momento bandera de rebeldía contra sus mayores, había innovado destrozando valores consagrados e introduciendo como nuevo valor la juventud y el descaro. Ahora, en 1920, se habían subido ya a las hornacinas, como lo dijo Azaña, pero nadie estaba dispuesto a besarles la peana. Había otros nuevos, deseosos de aprender de los mayores, sin duda, que los recibían en sus tertulias y hasta en sus casas, o en las habitaciones de sus sanatorios, con algo más que complacencia. Pero, una vez reconocido el magisterio, cada cual tenía que abrir su propio camino, hacerse un nombre propio. En tal ambiente, una revista literaria podía pescar colaboradores en muy diversas aguas. Azaña y Rivas mantenían desde antiguo amables relaciones con algunos de aquellos valores consagrados, los habían tratado en sus tertulias o en el Ateneo, donde también habían conocido a gentes de las nuevas generaciones, todavía sin un número a las espaldas.

Por eso abrieron *La Pluma* a las más variadas colaboraciones. Entre la generación mayor, fue decisiva la presencia de Valle-Inclán, que publicó en sus páginas *Farsa y licencia de la Reina Castiza* y *Los cuernos de don Friolera* en varias entregas que ocuparon el primer año y medio, y *Cara de Plata* en el segundo semestre de 1922. Miguel de Unamuno también acudió pronto, muy satisfecho porque no le pagaba mal la revista y enviando en junio de 1920 lo que encontró más a mano de su poesía, y luego *Fedra*, que Rivas Cherif había representado unos años antes, en 1918, en el Ateneo y que apareció ahora, en sus tres actos, en los primeros números de 1921[256]. Y aunque Antonio Machado sólo colaboró en una ocasión, Juan Ramón Jiménez fue asiduo visitante, marcando con la suya una de las notas más sobresalientes de la revista, la presencia de poetas, que no faltaron en ningún número: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Francisco Vighi, José Moreno Villa, Federico García Lorca, Valentín Andrés Álvarez, Alonso Quesada, Juan José Domenchina, Fernando González, Luis García Bilbao… aparecieron, unos con más frecuencia que otros y alguno sólo en una ocasión, en las páginas de *La Pluma*. De uno de estos jóvenes ha quedado una muestra de agradecimiento por haber visto su «poemilla» publicado en una «revista de tanto postín», como escribe Jorge Guillén desde París, al recibir el tercer número,

declarándose de Manuel Azaña «muy devoto y agradecido peón»[257]. Ramón Gómez de la Serna se contó también entre los más asiduos, sobre todo desde mediados de 1921, con sus «Disparates». Mantuvo la revista una sección de crónicas literarias a cargo de Mario Puccini, que se ocupó de las letras italianas; Paul Colin, de las letras alemanas y belgas; Alfredo Pimenta, de las portuguesas; Douglas Goldring, de las inglesas, y Jules Bertaut, de las francesas; y en una ocasión J. Massó Ventós y Guillermo Jiménez, que escribieron de Cataluña y México. Mujeres, sólo una publicó en una ocasión, Catalina Albert, que firmaba Víctor Catalá, aunque la traducción de su cuento dio lugar a un intercambio de cartas en torno a cuestiones de derechos. Adolfo Salazar se encargó de las crónicas de música y diversos colaboradores mantuvieron una sección de crítica de libros. Muy habitual fue Cipriano de Rivas, en su registro preferido, la crítica y la noticia de teatro, adoptando el seudónimo de «Un crítico incipiente», pero también como poeta y autor de breves piezas literarias. Andaba Cipriano por esos primeros años de la nueva década, junto a Manuel Núñez de Arenas, con el Teatro de la Escuela Nueva, para el que dirigió en el Español y con actores noveles *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, con motivo de los congresos que en junio de 1920 celebraron el PSOE y la UGT en Madrid[258].

Y Azaña, claro, que por fin rompió a escribir de manera continuada. Trabajo le había costado, no escribir, sino hacerlo por sistema para una publicación periódica, como era habitual en los intelectuales españoles, sobre todo a partir de la irrupción de la gente del 98, que entendía el artículo como el mejor vehículo para llegar a la plaza pública y como un complemento sustancioso al sueldo de profesor, como en el caso de Unamuno, o como fuente principal de ingresos en el de Azorín, pues con libros nadie entonces podía sobrevivir. Azaña, que mostró una afición precoz a la escritura de artículos en publicaciones periódicas, nunca consolidó una posición como escritor con nombre propio: sus colaboraciones en *La Correspondencia de España* iban con seudónimo y no llegaron a la docena, aunque como ya se ha visto, algo dieron que hablar en el grupo de amigos; más tarde, entre 1917 y 1919, todo lo que envió a *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Fígaro* estuvo relacionado con la Gran Guerra y nunca se prolongó más allá, como corresponsal ni como colaborador habitual. En la redacción de *El Sol*, que reunió a un impresionante número de colaboradores fijos de su misma generación, especializados cada cual en una sección, no había puesto el pie ni lo pondrá en su vida, a pesar de lo que Manuel Aznar, su joven y listo director de los primeros años, pudo haber ido pregonando por ahí acerca de un bofetón

que le habría propinado Ramiro de Maeztu[259]. Ahora, sin embargo, bajo la presión de una revista que tenía que salir todos los meses, no le quedó más remedio que escribir.

Lo hizo con profusión: sin contar las reseñas de libros, muy variadas y numerosas, desde autores poco conocidos en España como John Maynard Keynes hasta periodistas muy cercanos, como Luis Araquistain, y alguna nota editorial breve, escribió una pieza en catorce números, dos en seis, y tres en uno, de manera que algo suyo encontró el lector en veintiún números de *La Pluma*, con el curioso y a veces divertido equívoco de atribuir, ante el mismo Azaña, a algún otro autor una de sus piezas, como le ocurrió al médico que le firmaba los certificados, Mateo Carreras, cuando le hizo la alabanza de Canedo por un artículo de Cardenio. En este repentino e inesperado caudal de escritura, Azaña tocó los más variados registros. Recurrió al folletón cuando lo que pretendía contar excedía claramente la extensión adecuada para un número. Ése fue el caso, con el primero de la serie en el número 1, de junio de 1920, y el último en el número 30, de noviembre de 1922 —con interrupciones hasta de un año, en una ocasión—, de su magistral ensayo «… castillo famoso», en el que desarrolló una teoría de Madrid como poblachón manchego en el que se esbozaba una gran ciudad. La teoría estaba construida sobre un conocimiento inmediato, derivado de largos paseos, de familiaridad con las gentes y los lugares, con las costumbres y los olores, con los oficios y las oficinas, con menestrales y burócratas, con el ritmo de la calle y el lento movimiento de los tranvías, pero también sobre un conocimiento de la historia de una ciudad que sacrificó su posible futuro como capital de un Estado, capaz por tanto de irradiación, a su cualidad de Corte de una monarquía incapaz de ensamblar los fragmentos de la nación. Ciudad incómoda, desapacible, chabacana y fea, apelmazada en unas costanillas, sin fuerza para esparcirse. Y sin embargo, escribía Azaña, España necesita un Madrid. Había, pues, que pensar Madrid de nuevo para que dejara de crecer como zarza al borde del camino, carreteril y polvoriento, abandonado en manos de una espontaneidad desenfrenada…

Folletón fue también *El jardín de los frailes*, que comenzó a publicar en septiembre de 1921 y del que llegó a aparecer el capítulo XII en el número 25, de junio de 1922, quedando en un «Continuará» que excepcionalmente se verá continuado, aunque tarde otros cuatro años más en decidirse, con su publicación final en 1927 como libro, dedicado a Cipriano de Rivas Cherif, con siete capítulos más y un prólogo en el que la presenta como obra vieja, interrumpida sin razón y explicando que, al escribirla, pensaba haber elegido

un tema personal, «de suerte que en vez de relegar al ocaso de la profesión literaria el componer mis memorias habría empezado (si empezar es esto) por escribirlas». Azaña piensa pues, en diciembre de 1926, fecha en que firma el prólogo, que en verdad al trazar aquella narración estaba componiendo sus memorias y, además, que con esta obra comenzaba al fin «su profesión literaria». Pasados unos años, ya no se reconoce sin embargo en estas «confesiones sin sujeto», a cuyos soliloquios el autor asiste indiferente convirtiendo al actor en persona sin nombre, en puro signo. A punto de cumplir cuarenta y siete años, Manuel Azaña se asoma, con pudor y respeto, a los sentimientos de un mozo de quince y al inhábil balbuceo de su pensar. Pero ese mozo ¿es él? ¿Está sometido aquí Azaña al pacto autobiográfico que ha hecho célebre Philippe Lejeune, o se siente libre para crear literariamente un personaje sin rostro al que cede su propia voz? Autobiografía o novela autobiográfica, su autor puede sentirse, o escribir para el público que se siente indiferente ante el soliloquio de su actor o puede escribir, en otro momento y para sí mismo, que una parte profunda de su vida se removió hasta los poros cuando, para escribir *El jardín*, lo re-sintió. Lo primero está dicho para ser leído, lo segundo para guardarlo en un diario que tal vez algún día convertirá en memorias. Libre del pacto autobiográfico pero no completamente liberado de sus ataduras: así parece el Azaña que escribe *El jardín* y que luego se muestra indiferente o emocionado, según las circunstancias, ante los soliloquios de su joven sujeto sin nombre.

Al ensayo histórico y político sobre Madrid y a la evocación de un adolescente entre frailes, añadió, bajo el seudónimo de Cardenio, unas jocosas fantasías en las que se burla de sucesos de su tiempo. La primera, «La muerte de Lepe, o eruditos al cielo y el garrote más bien dado», de enero de 1921, es una parodia del mundo académico, de los opositores a cátedra, de los tribunales de oposición que al final prefieren a uno de los candidatos porque es hijo de viuda pobre, motivo tan legítimo como cualquier otro por estar en la ley de reclutamiento; y de su presidente, que pide ser ahorcado para que el aspirante rechazado pueda ocupar su plaza, todo dirigido a reírse de las rencillas que ya habían saltado a la luz pública desde los despachos universitarios en torno a la academia establecida, representada por el señor De Lepe y el Centro de Estudios Históricos, al que pertenece el voluntario que se presta a aplicarle garrote, y que resulta ser el Análisis Objetivo. La segunda, de agosto de ese año, «Auto de las Cortes de Burgos, o triple llave al sepulcro del Cid y divino zancarrón», es una parodia de la fiebre de centenarios y de remoción de huesos, muy aguda en 1921, con el homenaje a

Ganivet y el proyecto de trasladar sus «restos queridos» a España y con el intento de depositar los de Costa en el Panteón de Hombres Ilustres, de Madrid, finalmente abortado «por el pueblo que acudió en masa a la estación y obligó a viva fuerza que se quedaran en Zaragoza»[260]. Azaña fantasea con un vocal nato de todas las juntas de conmemoración de centenarios gloriosos, representante del Comité Nacional de Exhumación de Hombres Ilustres, un arzobispo de Trajanópolis y un burgalés de pro que deciden exhumar los restos del Cid ante dos médicos y dos veterinarios. Los veterinarios llegan a la conclusión de que un fémur de colosales dimensiones pertenece, no al Cid sino a su caballo Babieca, acabando todo con la entrada de Fernando III, que instaura la Fiesta de la raza caballar pan-hispánica mientras da comienzo el baile y una voz canta: «Como el ser buen patriota / vale dinero / ¡no sabes, patria mía / lo que te quiero!». Fernando se anima y para no ser menos canta en un solo: «Tengo el tronco en Sevilla, / la diestra en Burgos, / la cabeza perdida, / y mis dos muslos, / deshechos en reliquias, / por esos mundos». La tercera fantasía, titulada «Si el alarbe tornase vencedor», parodia la guerra de Marruecos arrancando con una junta de notables en un zoco para deliberar paces y guerras con España y pasando luego a la reconstrucción, a favor del cataclismo, de la unidad moral de España al grito de ¡No más Europa, no más europeizantes, todos alcarreños! En un obispo de Coria, llamado don Niceto el Antiguo, que venía al campo reventando caballos y que, por un don de Dios vertido sobre su cuna, hechizaba a los hombres y a los brutos con su palabra de elocución caudalosa, transparente y suave, como miel fluida, podría verse su segundo encuentro con Niceto Alcalá Zamora, ignorante Azaña de los muchos que le depararía la fortuna.

Literatura paródica, estas tres piezas que hablan del presente tienen un formidable complemento en varios artículos que adelantan lo que después será muy abundante en la revista *España* y que en *La Pluma* aparecen bajo los títulos de Objeciones y de Gacetilla, como críticas políticas y sociales de actualidad. En la que dedicó, anónima, a Valle-Inclán en «México y el patriotismo pasado por agua», los objetados fueron los que protestaron en la colonia española y los que censuraron en España «la falta de respeto del invitado a ciertas instituciones que son la encarnación más alta de la patria». Azaña saltó sobre la oportunidad que le brindaba el caso para reiterar que patria sólo es la comunidad donde el trabajo manual y la inteligencia desinteresada se conviertan en contraste y medida únicos de cuanto aspire a ser socialmente digno de respeto. Y por lo que se refiere a lo que se imponía entonces como patria y patriotismo, no es más que matute y baratería en que

aquellos valores resultan desfalcados. Y no sería Azaña si dejara pasar sin crítica con una fuerte implicación personal —«no escondo mi despecho; diré, si no es excesivo, mi rabia»— la visita de Miguel de Unamuno al rey en abril de 1922. Unamuno era colaborador ilustre de *La Pluma*, y la revista, en un comentario editorial de octubre de 1920, escrito sin duda por su director, había exigido que la sentencia condenatoria que había recibido debía quedar, no indultada sino soberanamente incumplida. Pero ahora, Unamuno, dejando a sus partidarios y seguidores con un palmo de narices, había ido a ver al rey, rompiendo así un acuerdo con las gentes que habían participado en el movimiento llevadas por su palabra, por el tono de la campaña. Azaña se niega a explicar el resbalón por la personalidad, y duda del quijotismo, no porque no crea que Unamuno no sea un quijote, sino porque «la esencia del quijotismo acaso no sea el amor de la justicia sino el afán de conquistar eterno nombre y fama». Al fin, se despide de don Miguel recordándole que «se puede decir la verdad sin poner motes. También oírla»[261].

Lo publicado por Azaña en *La Pluma* guarda todavía al lector que haya seguido el curso de sus escritos y de su vida hasta la altura de los años veinte alguna otra sorpresa. Pero lo evocado es suficiente para entender estos años, primero, como los de una plenitud literaria de alguien que hasta ahora no se había atrevido a publicar más que análisis políticos y, segundo, como anuncio de lo que prodigará en breve, cuando se haga cargo de *España*. Son también tres años, desde su regreso a Madrid en abril de 1920 hasta diciembre de 1922, en los que parece muy feliz, aunque en ocasiones, cansado, por dedicar todo el tiempo que le deja libre la Dirección General a mantener la comunicación con los corresponsales y colaboradores de su revista, confeccionar cada número, llevar los originales a imprenta, recoger las galeradas, pasar largas horas en compañía de los impresores corrigiendo pruebas, dar su aprobación definitiva a cada pliego, recoger los ejemplares, empaquetar y llevar al correo y… escribir sus artículos, notas y reseñas de libros y hasta una breve traducción, como Paseante en Corte, Cardenio, Manuel Azaña, M. A., A. o simplemente anónimas. Si Cipriano estaba en Madrid, todo lo hacían juntos[262], escribiendo cada uno sus cosas, y cuando terminaba la jornada se iban al Regina con la peña presidida por Luis García Bilbao y en la que eran puntos fuertes Enrique Díez Canedo, Valle-Inclán, Luis Bello, Juan de la Encina, y Sindulfo de la Fuente. Si Cipriano no estaba, Azaña se ocupaba de todo, y todo se lo contaba en una correspondencia, muy abundante, casi diaria en verano, en la que le ponía al tanto del último detalle y hasta de las opiniones adversas como la de «Guillermito» de Torre, cuando

escribió en *Cosmópolis* que los malos versos de Répide en *La Pluma* probaban «la errónea orientación de sus directores». Cuidaba hasta el último detalle de esta singular revista, pulcramente maquetada y compuesta: además de pasar durante estos tres años por una situación especialmente creativa, ocurrente y divertida, era un corrector consumado de pruebas de imprenta, una nota más que añadir al currículum de sus variadas actividades. La erratas le enojaban tanto como a don Juan Valera y ponía todo su empeño en evitarlas, aunque en alguna ocasión le escribió a su amigo que después de haber pasado toda la mañana en la imprenta, de ocho y media hasta las doce para volver por la tarde desde las tres hasta el anochecer y haber leído y corregido dos veces todos los pliegos, ya no volvería más y «si salen erratas, *tant pis*»[263].

A esta dedicación preferente añadió durante estos años una particular actividad como traductor, terminando cosas iniciadas en Francia y acometiendo tarea nueva, no sólo de originales en lengua francesa, sino también en inglés, que no hablaba, pero que leía, al traducir *La Biblia en España*, de George Borrow, publicada con un estupendo prólogo que apareció también en *La Pluma* con el título «Peregrinos curiosos». Es evidente que Azaña disfrutó traduciendo a *don Jorgito el inglés*, curioseando en sus antepasados, reconstruyendo sus andanzas por el mundo, sonriendo ante su propósito de regenerar España por medio de la lectura del Evangelio, y trasladando al español lo escrito originariamente en inglés: «Eso es traducir», le escribe entusiasmado Manuel Bartolomé Cossío, anglófilo de pro, como todos los de su cuerda: «Es un encanto la vida y el perfume que ha sabido usted dar en castellano». No eligió él a don Jorgito —le vino por encargo de Alberto Jiménez Fraud a través de Cipriano— pero es claro que en esta traducción puso particular empeño. Él traducía por encargo de los editores, según le contestó, con mal disimulada impaciencia, a una periodista alemana interesada en saber, años después, si había traducido en 1919 *Diez años en el exilio* de *Madame* de Staël «porque reflejaba sus sentimientos». Al oír tal sugerencia, le soltó una especie de bufido[264]. Hasta cuatro libros más aparecieron durante este periodo traducidos por él, algunos iniciados probablemente en años anteriores: *Memorias de su vida, escritas por el mismo*, de Voltaire; *Historia de un quinto* y *Waterloo*, de Émile Erckmann y Alexandre Chatrian, que firmaban como un solo hombre: Erckmann-Chatrian; y *Gaspar. Los soldados de la guerra*, de René Benjamin. A Cipriano le contaba, a principios de octubre de 1921, que acaba de entregar *La Niña Bonita o el amor a los cuarenta años*, de Eugène Monfort, que publicará

CIAP, en enero 1922. Se conoce que en la Dirección General, adonde había llegado un director amigo de entrar a las 9 en punto de la mañana, le quedaba tiempo para hartarse de leer y quizá de traducir si venía al caso[265].

12. QUIEBRA DEL REFORMISMO Y CRÍTICA DEL 98

Con su trabajo en *La Pluma* y las traducciones, Manuel Azaña imprimió un giro considerable al rumbo que su vida había seguido desde febrero de 1913, cuando fue elegido secretario del Ateneo, hasta su viaje a París en octubre de 1919. Al regresar a Madrid, no se ocupó de nuevo de aquella Casa, aunque cuesta trabajo pensar que no apareciera por allí ni asistiera en junio de 1921 al mitin contra la censura teatral o a la representación de *La voz de la vida*, de Bergstriom, que el Teatro de la Escuela Nueva proyectaba estrenar en el Español y que fue prohibida por la Dirección General de Seguridad. No había faltado tampoco el 20 de mayo de 1921 al «homenaje de los intelectuales españoles» a Sarah Bernhardt, que fue recibida a las puertas del Ateneo por la junta directiva con su recién y por segunda vez elegido presidente, el conde de Romanones, a la cabeza, a quien por cierto la gran trágica europea mentó la bicha: «¿Y Maura? ¿No está Maura?», le preguntó inquieta, mientras el conde besaba gentilmente su mano. Y Maura, que andaba por allí cerca —como José Ortega, que suspendió una conferencia en la Residencia para no perderse el evento—, se adelantó a saludar a la diva, que lo acogió jubilosa. Manuel Azaña interpretó luego el homenaje en clave de farsa, con una Sarah inmóvil, adormilada, que de pronto se despabila y pregunta dónde está, asustada en medio de tanto retrato como cuelga de las oscuras paredes del pasillo. «En la Holanda de España», respondió algún pedante. «*Tiens!*», exclamó ella. Y un burgalés de pro que alcanzó a escucharla, como le preguntaran: qué ha dicho, qué ha dicho; respondió: Ten, ha dicho: ten[266].

Pero si fue de vez en cuando por el Ateneo no ocurrió con él lo que pasó con el conde de Romanones, que el 3 de marzo de 1921 se presentó de nuevo a la presidencia de la Casa, con ánimo de suceder a quien había sido su sucesor, Ramón Menéndez Pidal, que había dimitido antes de cumplir dos años en el cargo. Cuenta la leyenda que en aquella ocasión, las aguerridas huestes de la novísima juventud estudiantil se habrían levantado «contra la tiranía ateneística de Azaña» y lo habrían «derrocado de su sitial de secretario en el que ejercía una verdadera dictadura personal», como ha escrito,

revistiéndose de la autoridad de testigo y de cabeza de rebelión, Pedro Sainz Rodríguez[267]. Pero Sainz Rodríguez confunde sus deseos retroactivos —lo mucho que a él le hubiera gustado expulsar a Azaña del Ateneo— con la realidad de los hechos: hacía ya más de un año que Azaña había bajado del sitial por su propio pie, sin necesidad de que nadie le empujase. La candidatura a la que Sainz Rodríguez se incorporó como bibliotecario fue única y resultó elegida sin oposición. Estaba presidida otra vez —como en febrero de 1913 y mayo de 1918— por el conde de Romanones, a quien acompañaban Ángel Ossorio y Baldomero Argente, de vicepresidentes. Los vocales eran Tomás Elorrieta —el mismo chico que había escrito a Azaña en 1912 diciéndole lo muchísimo que le gustaban sus artículos— y Eugenio López de Sá; el contador, José Menéndez Parra; el depositario, Benito Guitart, y como bibliotecario, el dicho Sainz Rodríguez, que en 1918 había trabajado muchas tardes en un pupitre de la biblioteca contiguo al de Azaña. De secretarios fueron elegidos Victoriano García Martí —otro amigo de París, el que le preguntaba qué tal se encuentra usted solo—, Tomás Benito Landa y Francisco González Ruiz. Todos superaron por unos cuantos votos los 220 que obtuvo el conde, excepto López de Sá, que sólo consiguió 130, en competición, éste sí, con Antonio Dubois —vocal de la junta anterior que tal vez contó con el apoyo de Azaña— que consiguió 120, protestó por el resultado y aparecerá posteriormente desempeñando de nuevo su cargo de vocal[268].

Ésta fue la nueva junta directiva que sustituyó en marzo de 1921 a la presidida por Ramón Menéndez Pidal, de la que había sido interinamente secretario Rafael Sánchez Ocaña, como tuvo ocasión de subrayar el nuevo secretario García Martí cuando, al presentar su primera *Memoria*, recordó que «entre el largo periodo en que el señor Azaña ocupó tan dignamente la Secretaria primera y el actual, en que yo tengo el honor de desempeñarla, existe uno brevísimo, durante el cual fue titular de aquel cargo nuestro culto compañero D. Rafael Sánchez de Ocaña». Luego, y sin que nadie protestara, se refirió a la obra y actuación de Manuel Azaña diciendo que de todos eran «ventajosamente conocidas las cualidades de este distinguido consocio, y sería una grave injusticia que no hiciéramos público testimonio de ello». Y como desmintiendo por adelantado la versión propalada después por su compañero de junta, añadió: «Quiero ser yo el que tenga el honor de proclamarlo, subrayando sus méritos ante la Sociedad en general. Sus trabajos sobre la situación económica de esta Casa, compendiados en el enjundioso informe acerca de la deuda de la misma; la labor de reorganización de sus

servicios; su espíritu de rectitud y disciplina; sus gestiones activas en pro de la actividad moral y progreso material del Ateneo me obligan a dedicarle el homenaje de este recuerdo»[269]. Los candidatos que acaban de derrocar de su sitial a un dictador o a un tirano no suelen expresarse en estos términos.

Así pues, la dimisión enviada a Menéndez Pidal surtió efecto: Rafael Sánchez Ocaña se ocupó de la secretaría y Azaña abandonó el espacio con el que se había identificado durante siete años. Y en verdad, desde comienzos de 1913 hasta finales de 1919, Manuel Azaña resulta incomprensible sin el Ateneo, lo que quiere decir que todas las experiencias intelectuales y políticas de ese periodo se cocieron en el caldo de aquella Casa donde, más que atender los papeles como burócrata encerrado en un despacho maloliente, ejercía de manera muy personal una autoridad difusa pero muy efectiva: no era el presidente, pero tenía más autoridad que el presidente, sobre todo durante los dos últimos años, con Labra medio retirado y, a su muerte, con Romanones sin aparecer mucho por allí. Del Ateneo eran los círculos de sus amistades y en sus despachos y salones, con los treinta años más que cumplidos, se inició en política; por ocupar en el Ateneo una posición destacada saltó a la junta nacional del Partido Reformista, participó en tres viajes a los frentes de la Gran Guerra, pronunció conferencias inmediatamente editadas como folletos, trató a los más destacados miembros de dos generaciones de intelectuales madrileños o que en Madrid residían, tomó públicamente la palabra, debatió, encontró fórmulas para solucionar situaciones complicadas, conoció de cerca a la clase política de la monarquía, se sintió parte de una nueva generación, se presentó como candidato a diputado en unas elecciones generales, y en fin, sus tertulias, la gente con la que trataba, y hasta la íntima relación con su amigo Cipriano, resultarían incomprensibles e improbables sin el Ateneo. Casi todo eso, con su dimisión, había terminado. En *La Pluma* inició otro modo de vida pública, sin más asidero institucional que la oficina de una revista literaria, situada en su mismo domicilio, sin administrador, ni nadie que echara una mano en la secretaría, ni chico de los recados. Con esa base, empezó a escribir y a publicar, empujado por la exigencia de sacar cada mes a la calle un cuaderno de la revista. Debió de sentir seguramente que no hay nada como recibir un buen empujón para que se acaben las vocaciones vacilantes y la indolencia como metáfora literaria para no hacer nada más que lamentar cómo pasa el tiempo.

La Pluma era, según rezaba el subtítulo, una revista literaria, «la revista literaria española, la única pura», como le escribió Jorge Guillén[270]. Azaña hizo en ella literatura y ensayo histórico, pero en buena parte de sus

colaboraciones lo que más le tiraba era, como siempre, la crítica política y cultural, soterrada bajo las formas literarias de farsa o parodia burlesca. Refugiado en su trabajo, como le escribe a Unamuno, cada vez le daba más pereza ir a la tertulia y hasta se acostaba algunos días temprano, a la insólita hora de las 11 de la noche. Y lo que es peor, dice a Cipriano: «me levanto a las 8 y no me pongo malo»[271]. Pero esas nuevas costumbres no le contrarían en exceso: ahora escribe por vez primera de manera regular y la comunidad con su amigo se estrecha y amplía a toda la familia Rivas, con frecuentes visitas y un trato muy cercano con sus padres, don Mateo y doña Susana, motivado por la muerte de uno de los cinco hijos que quedaban al matrimonio de los diez que habían tenido, Ramón, a la edad de diecisiete años. Pasó también alguna temporada en la casa/castillo que los Rivas poseían en Villalba de los Alcores, y comenzaron por entonces las bromas y los juegos con la pequeña de la casa, Lola, a la que sacaba veinticuatro años y a la que envió unas rimas en respuesta a su invitación, que sorprendieron a la joven y que retuvo en su memoria quizá porque aquel señor mayor, tan amigo de su hermano, se retrataba en ellas, en el modo amable: «A su alteza cherifana / señora de horca y de cuchillo / que me invita a su castillo / de la estepa castellana / contesto carta sin ripios / que acepto de corazón / su graciosa invitación / pues soy hombre de principios. / Dejo que la suerte corra, / que en tiempos de tanto apuro / es el modo más seguro / de vivir, vivir de gorra. / Mas digo al aceptar mis condiciones / por prevenir el mal de un desengaño / ya padecido en ocasiones / y no vaya a resultarlo hogaño, / yo no bailo, no canto, no hago chistes. / Aunque el genio en el cuerpo me retoza / estoy catalogado entre los tristes. / Para la gente moza / soy funesto ciprés o fraile o cura / y en general procuran / arrancarme de sí como las chinches…»[272].

Esa placentera forma de vivir, sin necesidad de acercarse por la calle del Prado, no parece turbada por la situación política, que sin embargo aceleraba su deterioro. Al gobierno conservador de Allendesalazar, que comenzó su corta vida en diciembre de 1919, mientras Azaña y Rivas estaban en Francia, le había sucedido en mayo de 1920 Eduardo Dato, que accedía por tercera vez a la cabecera del banco azul, y a quien el rey otorgó la merced de disolver las Cortes para que pudiera organizar unas elecciones en diciembre, que se saldaron con idéntico resultado a las celebradas en 1919 y 1918: Dato tampoco pudo fabricar una mayoría con los diputados de su facción y los reformistas se quedaron más o menos como estaban, con siete diputados, entre ellos el jefe del partido, Melquíades Álvarez, que volvió al Congreso por el distrito de Castropol. Pero siete eran exactamente la mitad de los

conseguidos en 1916, lo que indicaba un estancamiento en el nivel más bajo posible. Quizá por eso, y porque el asesinato de Eduardo Dato en marzo de 1921, sumado a las luchas de clases en Cataluña y a la marcha de la guerra en Marruecos, agravó la rampante crisis del sistema político, la asamblea del Partido Reformista celebrada en Madrid en los últimos días de mayo confirmó la opción de Melquíades Álvarez por un acuerdo con las distintas facciones del Partido Liberal, que actuaban ya como partidos o grupos autónomos, cada uno vinculado por la lealtad a un jefe de facción. Esperaba Álvarez que, agotada por extenuación la situación conservadora, el rey encargara de nuevo a García Prieto la formación de gobierno y le concediera el decreto de disolución, lo que permitiría reforzar la situación de su partido en una posible concertación con los grupos liberales. En su discurso de clausura de la asamblea, Álvarez defendió un concepto de política como «arte de lo posible», reafirmó su deseo de ver al reformismo sentado en el gobierno y dirigió un «vibrante llamamiento» a la opinión liberal para que despertara de su letargo y emprendiera una política revolucionaria, actuando en todos los órdenes de la vida del Estado[273].

Manuel Azaña, que desde el fin de la alianza de las izquierdas, nunca formalmente decretado pero evidente en la práctica, había mantenido una posición distante respecto a la política seguida por los reformistas, preparó de nuevo para esta asamblea la ponencia sobre «Defensa Nacional», que no pudo leer por encontrarse enfermo. En su lugar, la defendió un señor Ortega, que no suscitó ningún debate: «las conclusiones de la ponencia, de un carácter eminentemente moderno y bien orientadas, quedaron aprobadas», informa escuetamente la nota de prensa[274]. Pero aunque permanece en los órganos directivos del partido, sus apuntes sobre Melquíades Álvarez y la política reformista en general son cada vez más cáusticos: «los reformistas pueden aspirar a administrar honradamente el caciquismo», anota por estas fechas. O bien: «Melquíades, plebeyo y universitario, va perdiendo o ha perdido las ventajas que para la política podían proporcionarle esas dos cualidades». Ve a su jefe político cada día más cómodo y apagado, dedicado a defender pleitos y a ir al casino: «concluirá por no saber nada»[275]. Se diría, si se atiende a lo que anotó en sus cuadernos y publicó en *La Pluma* durante esos meses, que la política dejó de interesarle lo bastante como para ocuparse directamente de ella y que todo el tiempo de que disponía se lo dedicaba a la literatura, incluso cuando hablaba de política, como ocurre con la sátira titulada «Si el alarbe tornase vencedor», que deja de ser burlesca para convertirse en cruel si se

recuerda que dos meses antes, en julio de 1921, el ejército colonial español sufrió un nuevo desastre en Annual.

Consecuencia del desastre fue la caída de Allendesalazar —que había sustituido a Dato tras su asesinato— y la vuelta de Maura a la presidencia del Gobierno en agosto de 1921 al frente de una «concertación monárquica» de la que quedaron excluidos los reformistas con alguna facción liberal y de la que estuvieron ausentes los principales líderes de los dos partidos: nadie quería repetir la fórmula «nacional» de 1918. Un gobierno, en definitiva, para no durar, como así fue, sustituido a principios de marzo de 1922 por Sánchez Guerra, que se estrenó con decisión y voluntad de resolver algunos de los problemas pendientes: disolución de las Juntas de Defensa y política de pacificación en Cataluña, con la destitución de los dos responsables de orden público, los generales Martínez Anido y Arlegui, que habían dado carta blanca a pistoleros para arreglar cuentas con sindicalistas. Sirvió también Sánchez Guerra, muy a su pesar, para acelerar las conversaciones entre las facciones liberales y los reformistas con objeto de alcanzar una concertación o bloque liberal, que hizo acto de presencia en abril con un banquete por todo lo alto en el Palace, un hotel que al socio recién admitido, Melquíades Álvarez, resultaba a estas alturas más que familiar: los banquetes en el Palace eran como mojones del largo camino hacia el gobierno.

El bloque liberal se estrenó planteando en el Congreso la exigencia de responsabilidades por los desastres de la guerra en Marruecos, que fue el gran motivo de movilización política durante el otoño de 1922. A mediados de noviembre, y después de graves incidentes y enfrentamientos con la policía, los estudiantes universitarios decidieron acudir a una manifestación nacional contra la impunidad de los responsables. En ese clima tuvo lugar en el Ateneo la solemne sesión de inauguración de curso con una lección de su presidente, el conde de Romanones, sobre el apasionante tema: «Don Rafael María de Labra y la política de España en América y Portugal», que le había preparado, durante mes y pico, Pedro Sainz Rodríguez, a quien felicitó muy efusivamente Ángel Ossorio[276]. A los pocos días de la lectura, la junta directiva, por boca de su vicepresidente, el mismo Ángel Ossorio, presentó su dimisión ante la junta general por su desacuerdo con la implicación del Ateneo como tal en la convocatoria de la manifestación nacional. Sometida a votación, 173 socios se pronunciaron a favor de aceptar la dimisión y 131 en contra. El conde de Romanones, definitivamente gafe en una de las más reiteradas aspiraciones de su vida, quedó apeado por segunda vez de la presidencia del Ateneo, que fue ocupada la semana siguiente por el veterano

institucionista y relevante personalidad del grupo de Oviedo, Adolfo Álvarez Buylla, con Gregorio Marañón y Luis de Zulueta como vicepresidentes, y Ramón Gómez de la Serna como secretario primero. Una junta, como apostillaba *El Sol*, a la que nadie daba mucho tiempo de vida[277].

Poco después de los impulsos vehementes y de los ardores polémicos que Luis de Tapia atribuía, respectivamente, a los jóvenes y a los veteranos socios del Ateneo, en diciembre de 1922, Alfonso XIII decidió poner término a la situación conservadora, aceptó la dimisión de Sánchez Guerra y encargó una vez más —era la cuarta— al marqués de Alhucemas, Manuel García Prieto, la formación de un gobierno que resultó de concentración liberal, concepto con el que se bautizó la novedad política de la incorporación de un ministro del Partido Reformista a un gobierno de la monarquía: José Manuel Pedregal pasó a ocupar la cartera de Hacienda. Tanta historia, tantas tensiones, tanto banquete, tantas alianzas a izquierda y derecha, para venir a aterrizar, en el momento más difícil y con una débil participación, en la arena de la política dinástica. Los reformistas, si aceptaban entrar en la concertación no era, ni podía ser, a cambio de que el gobierno asumiera aquellas condiciones tantas veces proclamadas como irrenunciable exigencia para gobernar con la monarquía: reforma constitucional y fin de las prerrogativas regias, además de legislación social, autonomía territorial, laicidad del Estado o abrogación de la jurisdicción militar. Después de tantos trabajos, llegaban en posición subalterna, con un partido incapaz de romper los pequeños círculos de clientes alrededor de un corto número de notables; llegaban, pues, con el propósito, no de cambiar el sistema sino de que el sistema cambiase los términos de su relación con los otros partidos garantizándoles mayor número de diputados; o sea: venían a ver si desde el gobierno podían duplicar y hasta triplicar sus escaños en el Congreso con objeto de ofrecerse más adelante como posible alternativa en la cabecera del banco azul.

Crisis permanente en el Ateneo, crisis sin solución en los gobiernos, Manuel Azaña, en lo que hace y en lo que escribe durante el segundo semestre de 1922, parece como distante de esas inquietudes, hasta que vino a sacudirle de su relativa placidez una propuesta de su amigo Amós Salvador que, ya desde octubre de 1921, le había hablado de fundir algunas revistas porque, según decía, cada una por su cuenta se destruyen. *España*, desde el fin de la Gran Guerra, había perdido la subvención de los aliados y arrastraba una considerable deuda que no pudo enjugar con el aumento de su precio de venta. Al llegar al número 301, de 5 de febrero de 1921, la sociedad editorial, formada unos meses antes para garantizar su continuidad, se vio obligada a

suspender su publicación, que no se reanudará hasta pasados once meses, cuando el 7 de enero de 1922 aparezca el número 302. El pesimismo acerca de la posibilidad de supervivencia cunde y su gerente, Luis García Bilbao, se acerca también a Amós Salvador en petición de ayuda. Salvador idea la solución de sacrificar *La Pluma*, que no tiraba más de mil ejemplares, y destinar la subvención a reforzar la precaria situación por la que atravesaba *España* nombrando a Manuel Azaña «encargado de la gerencia» del semanario a partir del día 1 de enero de 1923, cuando comienza a venderse a treinta céntimos. Y así fue como Azaña se vio, por una vez en la vida, ocupando un puesto que había desertado Ortega, porque esta gerencia será pronto una dirección, a la que asistirá su amigo Cipriano como secretario, de manera especial tras la desaparición de *La Pluma* en junio de 1923. Rivas Cherif será, además de crítico teatral, autor de unas crónicas, «Anales de ocho días», publicadas bajo el seudónimo de Tito Liviano.

¿Para sostener qué política, se hace cargo Azaña? Desde que Luis Araquistain tomó sus riendas en 1916, *España* había propugnado el encuentro entre reformistas, republicanos y socialistas en una política de izquierdas, en plural. Pero cuando Azaña llegó a su dirección, esa política, que habría conducido en un tiempo razonable a revitalizar la conjunción de las tres corrientes, llevaba ya tres o cuatro años abandonada, sin nadie dispuesto a insuflarle nueva vida: los socialistas caminaban solos, los republicanos habían entrado en lo que parecía un declive terminal, y los reformistas había sellado su «concertación» con los liberales. Ciertamente, el programa del nuevo gobierno de García Prieto, con Pedregal en Hacienda, incluía las conocidas demandas de limitación de las facultades gubernamentales para suspender las garantías constitucionales, la libertad de cultos, la reforma del Senado y, en un lejano horizonte, el recorte de las atribuciones de la Corona. Desde sus primeras semanas de vida, sin embargo, ya se pudo comprobar que los obstáculos tradicionales se mantenían en todo su vigor: bastó una reunión de obispos con Romanones, incorporado a la concertación como ministro de Gracia y Justicia, para que se fuera a pique un modesto proyecto de ley que pretendía restringir la venta de bienes eclesiásticos de manera que se evitara la salida de España de obras de arte. Peor aún, la reforma del artículo 11 de la Constitución, que declaraba a la religión católica religión del Estado y prohibía «las ceremonias y manifestaciones públicas de cualquier otra religión que no fuera la del Estado», quedó congelada inmediatamente que el cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza, protestó porque aquella iniciativa atentaba contra el primer artículo del concordato con la Santa Sede firmado en tiempos

de Isabel II: siempre había un concordato que oponer a una reforma constitucional y siempre cedía el gobierno. José Manuel Pedregal no esperó más y dimitió, acompañado por su subsecretario, Leopoldo Palacios, en los primeros días de abril de 1923. Primera crisis, que había venido a demostrar, como escribirá Azaña, que «en España, el poder supremo es el de la Iglesia»[278], cuando apenas habían transcurrido cuatro meses y estaban en puertas las elecciones que debían consolidar al gobierno de concentración liberal, ahora sin colaboración ministerial de los reformistas.

Azaña mantuvo todavía durante estos meses su compromiso con el partido, aunque desde el primer día en que se hizo cargo de la dirección de *España* no dejó de someter a crítica la dejación de un Gobierno que, cuando tuvo que habérselas con la Iglesia por el proyecto de ley de ventas de bienes eclesiásticos no se le ocurrió nada mejor que pedir permiso al Nuncio. Por el flanco militar, si el proyecto se refiere a la reorganización del Estado Mayor Central, el ministro Alcalá Zamora llevará en el cartapacio para su aprobación por el Consejo los proyectos fabricados en el Estado Mayor Central. El Nuncio y sus hermanos, después de entrevistarse con el rey, ejercen una especie de derecho de veto sobre el proyecto de ley de Romanones y, por el otro lado, la inhibición del Parlamento en cuestiones militares sirve para que los ministros acumulen errores y todo se haga al revés: oficiales, muchísimos, condenados a una carrera pobre; los estudios, rebajados todo lo posible; la selección intelectual después de salir de la Academia, nula. Azaña denuncia el poder de la Iglesia y, en cuanto a los militares, propone el cierre de las academias para proceder a una reorganización de arriba abajo. Pero García Prieto y Romanones ceden y Alcalá Zamora, ministro de la Guerra, aguarda a que los técnicos a sus órdenes le digan lo que tiene que hacer. Y antes de disgustarlos, termina Azaña su artículo —anónimo, como casi todos los que publica en estos meses—, preferirá cerrar su pico de oro[279].

Esta línea crítica a la política eclesiástica y militar de un gobierno en el que colabora el partido a que él mismo pertenece, la mantiene también en lo que respecta a las perspectivas electorales abiertas cuando las dos iniciativas parlamentarias pendientes son la exigencia de responsabilidades y la reforma de la Constitución. Para acometer esas tareas se necesitaría un gobierno sostenido por una firme y unida mayoría liberal, pero lo que puede esperarse es que el conde de Romanones lleve a la Cámara el núcleo más poderoso después del que obtenga el marqués de Alhucemas, para convertirse en árbitro de la mayoría. Eso obligaba a la izquierda liberal, liderada por Santiago Alba, más disciplinada, a que «por aversión al conde se apiñe en torno al gobierno»;

pero lo más chusco es que Gasset quiere llevar por lo menos dos diputados más que Alcalá Zamora. Las facciones, pues, se han multiplicado: garciprietistas, romanonistas, albistas, alcalázamoristas, gassetistas, mientras los reformistas se han convertido en un «flamante cuerpo auxiliar, bisoño, nuevecito». Los pobres, escribe Azaña, «habituados a la escasez se hubieran contentado con muy poco. Representan el papel del vergonzoso en Palacio. No se atreven a levantar la voz, no dan disgustos al gobierno». Hay que contentar a todos y contentarse con lo que nos dan para que salga una Cámara que acabará por facilitar la subida de la Cierva. Y si no, al tiempo, termina Azaña sus malos augurios sobre las posibilidades que la concertación tiene de formar un gobierno sólido tras la celebración de las elecciones[280].

En estas condiciones, con Pedregal fuera del gobierno, con los proyectos de reforma bloqueados por la Iglesia y el ejército, con el Partido Liberal fragmentado en varias facciones tirando cada una para su lado y con los reformistas en el papel de subalternos, ¿cómo fue que Azaña repitió por el mismo distrito de Puente del Arzobispo su candidatura al Congreso en las elecciones de 29 de abril de 1923? Poco antes había recibido una carta de Jorge Guillén, más larga de lo habitual, en la que se despedía preguntándole por la continuación de *El jardín de los frailes* y deseando que Dios le librase «de reformismos y de tentaciones parlamentarias»[281]. ¿Por qué no atendió el sensato consejo de Guillén? Cipriano de Rivas, que en esta ocasión acompañó al candidato y ha dejado un relato de las diferentes modalidades de compra de voto, atribuye la decisión al comité directivo del Partido Reformista, aunque lógicamente, si Manuel Azaña hubiera rechazado la sugerencia, nada habría ocurrido. Quizá pensó que esta vez era posible y quiso probar fortuna: el contrincante no era candidato gubernamental ni se llamaba César de la Mora, como afirma Rivas, que se confunde tanto en el nombre como en la adscripción política del rival; sino del Partido Conservador y de nombre Francisco Leyún Villanueva. El candidato gubernamental, si alguno había, era Azaña, que en algún momento temió que los «pardillos» de su distrito creyeran que a él le «desencasillaban» por alguna maniobra interna[282]. En principio, pues, se trataba de una elección relativamente abierta, con dos candidatos que aspiraban a ocupar por vez primera el escaño. La candidatura de Azaña, única que se oponía al candidato conservador, contó con el apoyo del «honradote secretario de la Casa del Pueblo», como en la ocasión anterior, y con la colaboración de sus amigos Francisco Vighi y Ciria Escalante, que se acercaron a echar una mano. Cierto marqués rubio y barbudo y un millonario bilbaíno, naviero por más señas, contribuyeron a los gastos, que consistían en

comprar votos a través de intermediarios, como era norma en las elecciones desde que se introdujo el sufragio universal[283]. El resultado, a pesar del marqués y del millonario y de los duros que pudo repartir el secretario de la Casa del Pueblo, fue decepcionante: de los 13 617 electores censados, Francisco Leyún consiguió 6380 votos mientras que Manuel Azaña se quedó en 4252, un centenar más que en las elecciones de 1918. En la credencial de diputado emitida por la Junta de escrutinio de la provincia de Toledo se certifica que en el acta de la sesión de proclamación, Azaña protestó por que la Junta hubiera acordado por mayoría de seis votos contra cuatro que no interviniera en el debate, negándole el uso de la palabra por no haber estado presente a las 10:30 de la mañana, como ordenaba la legislación vigente[284].

Su partido, sin embargo, no salió malparado en unas elecciones en las que 145 candidatos no tuvieron que pasar por el trance de las urnas, de ellos cinco reformistas, que salieron por la circunscripción de Asturias por el artículo 29 de la Ley Electoral. Diecinueve diputados en total formaban la minoría más numerosa de las conseguidas hasta ahora por el partido, suficiente para que su jefe, Melquíades Álvarez, asumiera con el empaque que sólo él sabía dar a una ocasión tan señalada, la presidencia del Congreso, lo que le aseguraba una cercanía institucional a la Corona, paso si no imprescindible, conveniente al menos para ser algún día llamado a la presidencia del Consejo. Los socialistas, por su parte, triunfaron en Madrid sobre una coalición de los partidos monárquicos consiguiendo cinco de los ochos escaños en disputa, un acontecimiento que insufló en la combativa minoría del PSOE, con Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos como arietes, nuevas energías para redoblar la presión con objeto de que la Comisión de los Veintiuno, que Sánchez Guerra había puesto en marcha, reanudara el proceso de exigencia de responsabilidades. Con reformistas, socialistas y varias facciones liberales, el Congreso se convirtió de pronto en una institución dispuesta a pedir cuentas a los militares y a la Corona por los estropicios causados en Marruecos.

Manuel Azaña tomó nota de esta nueva situación denunciando desde las páginas de *España* el permanente estado de rebeldía militar ante la exigencia de responsabilidades por el desastre de Annual y concediendo a la guerra de Marruecos una atención preferente en la serie «Memorial de guerra. Glosas al libro del general Berenguer». «No le digo nada nuevo declarándole que sus escritos de Ud. me parecen admirables y deliciosos», le escribió Pérez de Ayala a propósito de los dos primeros artículos de la serie, mostrándole además su pesar porque «esos trabajos y otros *ejusdem capitis* no aparezcan en un gran diario donde los pudieran leer mayor número de españoles»[285]. A

la investigación sobre la guerra de Marruecos, en la que introdujo algunas referencias a la guerra de las Alpujarras, añadió su apoyo claro y sin reservas a los trabajos de la Comisión de los Veintiuno con el propósito de contrarrestar las críticas al sistema parlamentario y, en general, a los políticos, que arreciaron como nunca en los últimos meses en los medios intelectuales. Y aunque se mostraba muy crítico por el abandono sin resistencia de los principales puntos de su programa por la concentración liberal —entre ellos, la revisión constitucional «en cuanto los obispos hicieron la señal de la cruz»[286]—, casi siempre escuchaba «de mala gana lo que se dice en descrédito de las Cortes, porque suele ser un pretexto de que se aprovechan la arbitrariedad del despotismo ministerial y los irresponsables mangoneadores de la camarilla». El Parlamento español será todo lo incipiente e insipiente que se quiera, pero por el momento «no tenemos otro para defendernos». Las Cortes, a las que también cabía una parte de la «responsabilidad enorme en el desastre de África», eran en aquel momento «la única institución española que puede, recuperando sus funciones propias, extraer del conflicto de las responsabilidades el buen fruto que de esta conmoción el país espera». Desde *España*, y a la vista de la oportunidad abierta por vez primera en su historia para someter desde el Congreso de los Diputados a proceso al ejército y a la Corona, Azaña no tiene duda: es necesario «encauzar unas energías y vencer con ellas las resistencias vacilantes»[287].

Pero las resistencias no vacilaron en absoluto: ante la creciente protesta contra la guerra de Marruecos y ante la inminente apertura del debate parlamentario por las responsabilidades del desastre de Annual, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, asestó un golpe mortal a la Constitución y cerró el Parlamento. Y fue en este punto cuando Azaña, como si se sintiera movido por un resorte, declaró el reformismo en bancarrota y rompió con Melquíades Álvarez. El triunfo de la dictadura militar hiere sin remedio la base doctrinal y moral del partido; más que herirla, la destruye, escribió a su jefe en carta de 17 de septiembre, cuatro días después del golpe de Estado. El Partido Reformista se había fundado para democratizar la monarquía, conservando la forma de la institución, su prestigio histórico, pero no su contenido arbitrario ni su fuerza arbitral. «Creíamos en las buenas intenciones regias, avaladas por hombres como don Fernando González, Azcárate, Simarro y servida por la ardorosa convicción y la persuasiva palabra de usted», le recordaba en la carta. Pero todo ha fallado y no hay disculpa posible: no es disculpa la fuerza, porque «no es obligatorio ser rey. En el trance de someterse o abdicar, lo decoroso es dejar la corona en el suelo

y no pasársela a un militar sublevado». El 14 de septiembre, escribió dos meses después en un artículo anónimo, publicado en francés por la revista *Europe*, «los destinos de España estuvieron por unas horas en manos del rey. Una decisión suya habría obligado a los generales a ponerse al lado del Gobierno». Pero el rey tenía de tiempo atrás tomada una resolución y se contentó con ver venir los hechos mientras «tergiversaba»: que si las carreteras no estaban buenas; que si él estaba acatarrado. Que el golpe se hubiera dado por iniciativa personal del rey no podía Azaña asegurarlo, pero que se había tramado con su anuencia y triunfado con su apoyo no le ofrecía la menor duda[288].

El fin del reformismo era la inevitable consecuencia de la liquidación del supuesto de que la monarquía española, iluminada por el ejemplo de la Corona inglesa, no pondría más estorbos a las reformas democráticas. Esa esperanza se ha terminado y Azaña, al romper con el reformismo, rompe también con la monarquía: el golpe de Estado había dejado crudamente al descubierto el régimen en que desde 1917 vivía España. Él nunca compartió la convicción ni la expectativa, acariciadas por distinguidos intelectuales, de que por fin había aparecido el militar regenerador decidido a barrer la vieja política. Azorín, por ejemplo, recordaba a sus lectores argentinos «el alborozo y regocijo con que recibimos todos en España la caída del antiguo régimen», mientras Ortega echaba en un platillo de la balanza el «excelente propósito» de Primo de Rivera de liquidar la vieja política, los viejos partidos, y en el otro la evidencia de que se trataba de una dictadura militar con vocación de permanencia[289]. Azaña no dudó ni un instante: interpretó el golpe, no como la acción quirúrgica destinada a sajar el cáncer de la vieja política, sino como la prueba definitiva de la voluntad de la Corona de liquidar las Cortes en el momento en que iban a hacerse «intérpretes de la opinión pública»[290]. Sabemos que las Cortes servían de poco, escribirá meses después, cuando lance su apelación a la República, pero ese poco era lo que nos separaba de la vergonzosa dictadura: antes de permitir el funcionamiento pleno y prestigioso del Parlamento prefirieron destruirlo. Para Azaña, la dictadura era la quintaesencia del Antiguo Régimen, de esa vieja política que Azorín y Ortega, como tantos otros, pensaban que Primo de Rivera había venido a destruir.

Creía además que Melquíades Álvarez no podía contemplar pasivamente y de brazos cruzados el curso de los acontecimientos. Aparte de jefe del reformismo, Álvarez era, como resultado de la coalición liberal-reformista, presidente del Congreso de los Diputados. Si el dictador cerraba y disolvía el

Congreso, violando la Constitución y mostrando con su sola presencia al frente de una Junta o Directorio militar la incapacidad de la monarquía para emprender el camino a la democracia, a don Melquíades y a los reformistas no les quedaba más remedio que elegir entre tres posibilidades: manifestar su adhesión a la monarquía, confundiéndose con los partidos dinásticos; disolverse dando por liquidados los supuestos que hacían posible su existencia; o «regresar a sus antiguas posiciones, dejando caer el apellido reformista para no llamarse más que republicano». Correspondía a una asamblea del partido decidir y Azaña urge a Álvarez su convocatoria, confiado aún en que la energía, la capacidad y el civismo del dirigente reformista prestaran todavía a España «servicios de mucha monta de los que no sería lícito prescindir»[291].

Esta carta sin concesiones no produjo en su destinatario ningún resultado. A los pocos días, tuvo su decepcionada conclusión en un «¡Rompan filas!», un artículo anónimo y parcialmente censurado, dirigido desde *España* a sus correligionarios en el reformismo. Ningún partido, de todos los expulsados del gobierno y de sus alrededores por la dictadura militar, tiene tanto que sufrir como el reformista, escribía, pues no ha sido lanzado al desierto sino al vacío. Según él lo veía, los reformistas habían perdido algo más valioso que el mando, como era el caso de los partidos liberal y conservador; habían perdido la condición necesaria para existir. Podía aceptarse la endeblez de la doctrina —que la forma de Gobierno era accidental— si algunas de sus ideas capitales se incorporaban a la vida del Estado: la autonomía regional, la libertad sindical y religiosa, la supremacía del Parlamento, la democratización del ejército. Ideas simples pero esenciales para la existencia misma del reformismo; pero todas ellas se habían ido al traste con el golpe militar. De aquellas ideas, no quedaba nada y entonces lo único que se podía decir a los que un día confiaron en sus dirigentes y en su programa es que rompieran filas. Y luego, una vez rotas las filas y disuelto el partido, ¿qué hacer? Azaña tardará unos meses en formular un nuevo programa, pero al enviar su carta de ruptura tenía ya claro que su alternativa era la tercera: que el Partido Reformista volviera a su primera denominación, dejara caer lo de reformista y colocara otra vez en su sitio lo de republicano. No fue una conclusión doctrinaria; fue simplemente el resultado de una opción política personal, iniciada en 1913 con la llamada de Ortega a «hacer la experiencia monárquica» y liquidada sin contemplaciones diez años después, en septiembre de 1923 con el rey abrazado al dictador: en la monarquía española, los caminos evolutivos hacia la democracia estaban cerrados; a los

demócratas no les quedaba más alternativa que tomar el camino de la república[292].

A la vez que rompía con la monarquía, Azaña volvió a ocuparse de la herencia del 98 y de lo que en el otoño de 1923 quedaba de los proyectos de regeneración acariciados en la crisis de fin de siglo. Más que con una actitud resentida y desdeñosa frente a aquella generación de intelectuales, habría que relacionar su crítica con la singular circunstancia política a la que debía enfrentarse en la dictadura como director de una revista política. Azaña no escribió ningún tratado teórico, no fue un pensador a la manera de un profesor de universidad; era un político acostumbrado a pensar cada coyuntura presente desde una perspectiva histórica. Y lo que escribía cada semana estaba siempre tan estrechamente relacionado con cada momento político que interpretar sus textos como si hablaran por sí mismos, independientemente de las polémicas del momento y de la acción política propuesta, conduce a lamentables errores. En este caso, su renovada atención al 98 fue directamente provocada por Ramiro de Maeztu cuando, unas semanas después del golpe de Estado militar, escribía en *El Sol* que lo importante del 98, en política, no fueron él ni sus compañeros de generación, sino Macías Picavea y Joaquín Costa. Lo afirmaba para remachar a continuación que no eran las ideas del mismo Maeztu y de sus compañeros, sino las de Picavea y Costa «las que ahora inspiran al directorio la serie de golpes que está asestando a la hidra caciquil»[293].

De modo que las conclusiones a las que llegaba Maeztu eran, primero, que con el Directorio se realizaba el programa regeneracionista de principios de siglo encarnado en figuras situadas por encima de toda sospecha, Picavea y Costa; y segundo, que ese programa consistía en acabar con el caciquismo y con la vieja política. El artículo de Maeztu no tardó más de una semana en suscitar la rápida respuesta de Azaña, que publicó el 20 de octubre una breve nota en *España* con un título que indica bien la persistencia de su actitud juvenil frente a la ya por entonces afamada generación y la sensación como de hastío que le provocaba tener que volver al mismo asunto: «¡Todavía el 98!». A ese primer artículo siguieron otros tres: «Al pie del monumento de Cartagena», «El cirujano de hierro, según Costa» y «Balance de una empresa de reconstrucciones», publicados en los números de 17 y 24 de noviembre y 22 de diciembre del mismo año. Dando al conjunto de los cuatro artículos el título del primero, Azaña los recopilará siete años después en *Plumas y palabras*, invirtiendo el orden de su primera publicación y cambiando el comienzo del primero: «Opina el señor Maeztu», por «Opina algún escritor»,

pues en 1930 ya no tenía sentido referirse a una opinión de Maeztu. Pero la modificación posterior no exime de interpretar este primer balance global de la herencia del 98 como una directa respuesta a la tesis de Maeztu, a quien, por lo demás, había dedicado ya unos meses antes su atención a propósito de la recomendación de que España debía perseverar en Marruecos como nación protectora. Azaña no dejó pasar la ocasión que le deparaba la «defección» de uno de los del 98 para recordar la adscripción de Maeztu a una generación que ejerció despiadadamente la crítica y la protesta, que incorporó a su vida sentimental el consabido problema de España y que por su autodidactismo se había visto condenada a «caminar toda la vida de sorpresa en sorpresa, a descubrir a los cuarenta años el padrenuestro y a los cincuenta el terror del infierno»[294].

Pero la más notable osadía de Maeztu había consistido en legitimar la obra de la dictadura como realización de las ideas del 98. ¿Ideas?, se pregunta Azaña. Y la respuesta es rotunda: en lo político, no las tuvieron. Por tanto, nada tienen que ver con la dictadura. Lo que pretendía Azaña, recordando todas las lecturas y todos los planes abrigados diez años para levantar el balance de la literatura del desastre, era precisamente lo contrario que «el señor Maeztu» intentaba cuando pretendía vincular la protesta de los intelectuales del 98 con la dictadura de Primo de Rivera para así buscar una legitimación para esta encarnación del cirujano de hierro. Lo que ocurre es que Azaña los desvincula por el procedimiento de negar que tuvieran alguna idea política, sin rescatarlos para la causa de la democracia ni de la república. En las semanas inmediatamente posteriores al golpe de Estado, ése fue el propósito que le llevó a mostrar la nula estima en que tenía el legado político de la generación del 98: a pesar de que su posición era esencialmente crítica, no demolieron nada «porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias». Tal es la sustancia de la crítica, que no evita el sarcasmo hacia esa generación «con escala cerrada y amortización de vacantes», a la que el tema de la decadencia nacional «sirvió de cebo para su lirismo». Les reprocha haberse dejado llevar por la corriente general de «egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas», pero les echa en cara la inconsistencia de su posición crítica. En el orden político, concluye Azaña, «lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98, está por comenzar»[295]. La dictadura nada tiene que ver con ellos.

Este artículo polémico le dio pie para ocuparse de la «empresa de reconstrucciones» propuesta por Costa, a quien Maeztu presentaba como directo inspirador de Primo de Rivera. Azaña volverá a criticar lo que desde

joven consideraba mayor insuficiencia de su pensamiento: su «criatura más imponente», el cirujano de hierro[296]. Pero lo que reprocha ahora con más énfasis a Costa es su conservadurismo, su historicismo, el afán arqueológico que le incitaba a buscar en las ruinas del siglo XVI las piedras para construir el futuro. Asimilando la crítica de Costa a la de Picavea, Azaña apunta en su haber la compilación de cuanto se sabía de los males de la patria hasta comprobar que en España nada permanecía en pie: en el museo de ruinas no falta ni una pieza, dice, pero de tanto pasearse entre escombros, ellos mismos se convirtieron en «naturalistas arqueólogos». Lógico que pretendieran construir el futuro con los pedazos del pasado y sacar las libertades populares de «una costumbre local momificada». Y con eso llega Azaña al corazón del problema: la tragedia de Costa «es la de alguien que quisiera dejar de ser conservador y no puede». Costa, en definitiva, es un pesimista radical que recela de la democracia, que participa en el antidemocratismo de otros autores de libros terapéuticos y que, de tanto mirar atrás, pierde el futuro. No ha percibido «el movimiento ascensional del proletariado», le reprocha Azaña, que acababa de identificar democracia con república y de postular como base de una acción por la república el retorno a la conjunción republicano-socialista.

Acción por la república y vuelta a la conjunción de los republicanos con los socialistas: Ésta es ahora la razón política de su renovada crítica, pues de esa actitud historicista, conservadora, se deriva la incapacidad de Costa y, en general, de toda la literatura del desastre, para plantear y responder políticamente las cuestiones que juzga fundamentales. Ningún pueblo «es regla única y suficiente de sí mismo»; los liberales del siglo XIX, escribe Azaña, sabían de las deformidades del Estado español tanto como Costa, Picavea y Mallada. Pero, a diferencia de éstos, aprendieron en Michelet, en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses «mucho más que hubiesen aprendido pescando cangrejos en el Duero». Fueron a la raíz «por deducción de principios generales», mientras que los regeneradores de fin de siglo «desnudaron de ideas políticas a su política». Su «despensa y escuela no pasa de ser una fórmula previa, preñada de cuestiones capitales, de los verdaderos problemas», había escrito en 1921 y dos años después, con el dictador ya en el poder, vuelve sobre idéntico pensamiento para preguntarse: «¿quién ha de costear el pan y las obras?, ¿quién regentará la escuela?, ¿de quién será la tierra, esté seca o regada?». Ahí, añade Azaña, se abre la perspectiva sobre los fines y comienza la política. Costa, sin embargo, al no plantearse siquiera estas preguntas, «cortó las raíces a los programas de regeneración» porque, de

espaldas a toda ideología política, renunció a los resortes de acción[297]. Como en un eco de lo que ya Unamuno había escrito en 1911, Azaña le reprocha su política de calzón corto, su despotismo providencial y restaurador, su *atrezzo* oratorio muy siglo XIX, su conservadurismo historicista, la desmesurada confianza en «el leal entender y en la cordura de capa parda de los honrados varones concejiles»[298]. La actitud pesimista del 98 y la espera del mesías liberador, denunciadas por Azaña desde sus escritos de juventud, se relacionan ahora con el desdén hacia la democracia y la desconfianza hacia la organización obrera[299].

Ni pescando cangrejos en el río ni reclamando el carácter o la identidad nacional como guía para la construcción del Estado se avanzará hacia la libertad y la democracia. Por estas mismas fechas, Azaña entra también en polémica con Salvador de Madariaga, que explicaba la mala fortuna de las constituciones liberales del siglo XIX por ser contrarias al carácter nacional español, que se definía por un «monarquismo consustancial» derivado de «un inconmovible sentido del hombre concreto, del hombre de carne y hueso». Los españoles que buscaron en Inglaterra los principios y los elementos formales de la libertad política, replica Azaña a Madariaga, participaban en el carácter nacional, «no creían derogarlo ni violentarlo; al contrario: se pagaban de continuar una tradición infelizmente rota». Y sus enemigos, los absolutistas, se hacían fuertes, no en el carácter nacional, sino en las prerrogativas del rey absoluto. Azaña, que se tenía «por español como el que más lo sea», aunque serlo no le pareciese, «ni en mal ni en bien, cosa del otro jueves», y que juzgaba como un tópico abominable en boca de un liberal «decir que en el siglo XIX se había perdido el tiempo luchando por cosas fútiles», consideraba ridículo el propósito de elaborar una Constitución que conviniera al carácter nacional: «todos los españoles tendremos que formar un corro inmenso alrededor de los Toros de Guisando, y esperar con ansiedad a que este venerable vestigio ibérico nos revele nuestra identidad nacional». Y por lo que se refería, no ya a la Constitución sino a la acción política, el carácter, con la tradición son las fuerzas de la resistencia, mientras la inteligencia activa y crítica es la señal de la libertad. Un pueblo en marcha, escribe Azaña, elaborando uno de los puntos en los que más ha insistido a lo largo de su vida, «se me representa de este modo: una herencia histórica corregida por la razón»[300].

Rotos los vínculos que le unían al reformismo y crítico acerbo de la herencia política de Costa y, más allá de él, de todo el regeneracionismo noventayochista, Azaña mostrará, en fin, sus distancias políticas con Ortega

con ocasión de la aparición de *Revista de Occidente* y de la coincidencia del aniversario de la muerte de Francisco Giner con un homenaje a Pablo Iglesias. Azaña habla ahora no como crítico de las insuficiencias de una generación pasada, sino como testigo y partícipe de una experiencia de juventud de su propia generación. En su opinión, lo que Ortega pretendía, «o tal se engañaban sus primeros adeptos», entre los que él mismo se contaba, era hallar la «fórmula reconstructora de una identidad nacional salvada del desastre contemplado por los profetas del *finis Hispaniae*». Esa fórmula, que medía bien la distancia entre Ortega y la generación del 98, consistía en la conjunción ideal de estos dos «santos laicos», Francisco Giner y Pablo Iglesias. La confluencia entre la Institución Libre de Enseñanza y el Partido Socialista soñada entonces por Ortega constituía, si no un programa, «el índice posible de una acción social determinada». Las herencias de Giner y de Iglesias unidas en un proyecto común con vistas a la reconstrucción de una identidad nacional; a ese proyecto fue al que se habían apuntado las gentes del 14, Azaña entre ellos. Pero la Liga de Educación Política, que pretendía «encauzar las vagas aspiraciones de unos cuantos jóvenes intelectuales deseosos de afirmarse sobre el *nihil* de sus inmediatos predecesores», naufragó «muy luego en el puerto engañoso de la abstención». El ensayo no pasó de conato y aquella juventud quedó dispersa y desorientada: unos, los pocos cuyo temperamento político necesitaba lucha electoral, se adscribieron a los partidos históricos o a los que aspiraban a serlo, esto es, al reformista; otros, los arbitristas literarios y los aficionados a ver los toros desde la barrera, siguieron al margen. Y tal es el reproche que Azaña le dirige ahora, cuando el sistema canovista se hunde ante la acometida militar y Ortega, al presentar los propósitos de su nueva revista, afirma que vivirá «de espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas». Es este «extravagante empeño» de no ocuparse de negocios ni asuntos políticos, enunciado en la primera página de *Revista de Occidente*, lo que en septiembre de 1923 tiene a la vista cuando se dirige a él directamente para decirle, desde *España*: «Usted es un hombre de gran temperamento literario, sensibilidad retórica refinada, acaso un poeta, pero en sus ensayos orientadores sólo se sacan paradojas, arbitrariedades, antojos y caprichos, que a veces son una maravilla de factura, pero con frecuencia alarmante un galimatías magnífico de frases felices y absurdos históricos y jurídicos»[301].

En resumen, la vía posibilista a la democracia, el reformismo, estaba en quiebra; los intelectuales del 98 nunca habían tenido política y los del 14 habían naufragado en la abstención; todo junto había conducido a la

postración actual, la que Azaña contemplaba como consecuencia del golpe militar de Primo de Rivera. Si se quería salir de ella, estaban obligados a renovar el impulso de su ya lejano «arrebato juvenil», el que les había embarcado precisamente en el reformismo. Azaña invita entonces a Julián Besteiro y a Fernando de los Ríos, dos destacados intelectuales socialistas vinculados a la Institución Libre de Enseñanza —en los que era, por tanto, manifiesta la doble herencia de Giner y de Iglesias—, a convertirse en «los batidores de ese movimiento conjunto, de esa acción positiva a que concurran, exentos de bizantinismos, los intelectuales con los obreros organizados». No había más fórmula de futuro que reclamar para los intelectuales una acción política específica que los empujara a una alianza con la clase obrera. La fórmula concreta no podía ser otra que la de una «nueva conjunción republicano-socialista capaz de oponer al bloque avasallador de las fuerzas oscurantistas coligadas, la resistencia primero, la contraofensiva después, de la voluntad liberal latente so la mentida resignación del país». Honremos, escribe, «al santo varón en quien saludan los obreros españoles organizados a su redentor… Y trabajemos con paciencia por convertir en una sola fe política las dos grandes corrientes de pensamiento republicano y de la acción socialista de Pablo Iglesias»[302].

13. Apelación a la República

El golpe militar y su secuela dejaron a Manuel Azaña sin política que defender pero no sin motivos sobre los que escribir. Mientras *España* siguiera alentando, la presencia en sus páginas de su nombre, iniciales o seudónimos estaba garantizada. Más aún, los meses que van de septiembre de 1923 hasta marzo de 1924 fueron particularmente prolíficos en artículos sobre los temas más variados, tratados siempre con un ojo puesto en la censura, implacable con Unamuno, y que a él le obligó a aguzar la ironía y el ingenio, aunque no pocas veces le fueron devueltos con tachaduras y supresiones. No fue sólo la crítica política, aguda, mordaz, llena de sentido, a la generación del 98. Fue también la crítica a la secular política del Estado español hacia los funcionarios, consistente en matar en germen su espíritu corporativo y profesional con el propósito de «reclutar adeptos al sistema político en vigor», una observación que vale para los siglos XIX y XX, que no ha perdido ni un ápice de su valor para el actual y que movió a Jorge Guillén a escribirle, con cierto entusiasmo: nuestro Larra, es usted nuestro Larra. O su análisis del caciquismo, que se adelanta cincuenta o sesenta años a los primeros estudios sobre la naturaleza de este fenómeno, «anterior a cualquier constitución, a toda urdimbre política», que crece de abajo arriba, como un arrecife de coral que sirve como pedestal al político coruscante y vanidoso, sin caer en la cuenta de que la divisa del cacique consiste en «Nunca servir al señor que me lo puedan derrotar». O su comentario a la introducción del sufragio de las mujeres de cierta condición civil en el proyecto de ley municipal presentado por Calvo Sotelo, cuando aboga por la generalización del voto de la mujer con el argumento de que se trata de un «derecho que no entra en el patrimonio administrado por el marido»[303]. O sus «panoramas grotescos», en los que un profesor de latín imparte sus lecciones en sabrosos diálogos con Cardenio[304]. O, en fin, una a modo de fantasía como las que había publicado en *La Pluma*, «El Fénix de las Españas», parodia que termina con el encargo de formar gobierno que el conde de Romanones recibe en la cámara regia. En resumen, un conjunto de artículos en los que el nuevo régimen implantado por

el golpe de Estado no ha reducido un ápice el sentido del humor, la capacidad de observación, la originalidad de los análisis ni el sólido armazón conceptual que caracterizan las colaboraciones de Azaña en la revista y que sólo desaparecerán con la misma revista, que salió a la calle por última vez el 24 de marzo de 1924, dejando tras de sí un reguero de letras por abonar.

A esas alturas, Manuel Azaña, que se había quedado sin el Ateneo y sin *La Pluma*, además de perder *España*, ha abandonado también su militancia política de diez años: «Y el señor Álvarez no compartió mi criterio y me di de baja en el partido reformista», recordará después. ¿Qué hacer, cuando ha cumplido 44 años y todo a lo que había entregado sus afanes se ha disuelto en el aire? Acomodarse a la situación, no puede; pero combatirla, tampoco. El único medio posible de mantener el ánimo y afilar el ingenio, una revista, unos artículos en los que pudiera ir destilando sus críticas, se lo han cerrado. La «experiencia monárquica» que para Azaña se compendió en la calle del Prado, números 8, 11 y 21, ha fracasado. Se trata, además, de un fracaso colectivo, el de una generación, la suya, y el de todos los que se habían embarcado en la misma aventura y se habían propuesto alcanzar el Estado por la vía de un reformismo evolutivo para, desde él, sacar de su ruina y de su incuria secular a la sociedad española, que se encuentran ahora expulsados del sistema político por un acto de fuerza que liquidaba aquello mismo que pretendieron reformar. Para mayor desengaño, el fracaso no parece haber afectado a algunas de las mejores cabezas, que no sólo no reaccionaron contra la dictadura, sino que recibieron al dictador como al cirujano que habría de extirpar el cáncer de la vieja política, recoger luego el material quirúrgico y volver a los cuarteles para dejarles el camino expedito.

Quedaba, en ese desierto, la posibilidad de reflexionar en lo ocurrido e interpretar la naturaleza del nuevo régimen implantado con el golpe militar para luego lanzar, sobre un puro argumento de la razón, una apelación muy personal a la República. Es a lo que comienza a aplicarse desde el otoño de 1923 cuando distingue los orígenes de la insurrección militar, que remonta a una veintena de años antes, cuando Alfonso XIII advino a la mayor edad, de sus causas profundas que o son permanentes y dependen de la peculiar índole moral del pueblo español, o son «muy añejas y actúan desde que España se dio o se dejó dar una apariencia de régimen democrático». Lo que caracteriza los últimos años de política española es que desde 1917 se ha acelerado el largo proceso de descomposición de aquel régimen. La dictadura, así entendida, ni pone fin al régimen de apariencia democrática ni comienza otro nuevo; sencillamente es la última etapa de su descomposición, posible por la

anuencia del rey, por la indisciplina del ejército, por la connivencia de la burguesía, especialmente de la catalana, por la pasividad del pueblo. Es innegable, escribe, que una parte del país apoya al Directorio, y otra mucho mayor espera de él, pasivamente, grandes cosas: nada menos que la felicidad de la nación. Las gentes honradas, que forman la «masa neutra» han acogido muy bien el escobazo de los generales, la expulsión del personal gobernante y de los partidos[305].

Resultado la dictadura de una larga historia y asentada en un océano de pasividad social, Azaña no vislumbra cómo se pueda hacer frente a todo eso, pues «movimiento de izquierda apenas si lo hay en España». El Directorio «puede durar» ya que ningún peligro le amenaza salvo los que puedan surgir de su propio seno, especialmente de una posible división del ejército. Y es quizá por no ver despejado el camino inmediato por lo que da un salto hacia el futuro sin mediaciones que lo justifiquen: al final de la gestión militar «puede estar el vacío, esto es, la revolución inevitable, que ha tratado de suplantar» y que sería la consecuencia de la claridad que el mismo golpe ha introducido en la confusa política española. Pues lo que la dictadura aclara ya para siempre es que no existe vía media entre el «absolutismo irresponsable» y el «liberalismo organizado en democracia». Ambos se han conocido desde que España existe como Estado moderno; el primero, durante tres siglos, desde el XVI, y, por temporadas, también en el XIX; al segundo, que sólo ha planteado con timidez ensayos fugaces, no se le ha permitido echar raíces. Lo que en 1911 denunciaba en la Casa del Pueblo de Acalá de Henares como problema español, atribuido entonces a unas cuantas familias que habían acampado sobre el país, se carga ahora sobre el absolutismo, nombre de la monarquía, con su política antinacional, sus guerras dinásticas y de religión, imperialistas, enemigas del bienestar, de la riqueza y de la población de España; desoída la voz de las ciudades, desoídos los consejos de los moralistas, triunfantes la intriga y las camarillas palaciegas, la aristocracia y el clero dueños del país, y un pueblo pobre, un país desierto, un Estado sin prestigio y a la postre una Corona sin glorias: tal es el balance del régimen absolutista. ¿Hemos de oír ahora que la libertad política y sus instituciones son culpables de la decadencia de España?, se pregunta Azaña y la respuesta es obvia: el renacer, y no la decadencia, de España es obra de la libertad. Sólo que la libertad a partir de este momento no puede alcanzarse por una trasformación interna del absolutismo sino por su liquidación. Nada queda aprovechable del sistema anterior: ni la estructura de las Cortes, ni la institución regia ni, menos, los partidos de gobierno. No hay, pues,

posibilidad de reforma: el supuesto del liberalismo monárquico ha quebrado. La nueva ecuación consiste en identificar monarquía con absolutismo irresponsable y afirmar que «la democracia es incompatible con la monarquía»[306].

Tal es la sustancia de la *Apelación a la República* que en forma de manifiesto con objeto de solicitar adhesiones había terminado de redactar en mayo de 1924, sólo dos meses después de que «los escritores castellanos» dirigieran al Directorio militar un «Manifiesto en defensa de la lengua catalana», en el que Azaña estampó también su firma al lado de Pedro Sainz Rodríguez, de quien fue la iniciativa, y de muchos otros, como Marañón, Ossorio, Menéndez Pidal, Azorín, Bello, Araquistain, Madariaga, Pérez de Ayala, Ortega, Jiménez de Asúa, García Lorca o Sánchez Albornoz. Azaña entregó un ejemplar de su personal *Apelación* a Amós Salvador y envió otro a Núñez de Arenas, con las erratas corregidas, para que se ocupara de la impresión de diez mil ejemplares en Burdeos. Núñez de Arenas no contestó a cartas ni telegramas y Azaña, asombrado por su silencio, pensó recurrir a Corpus Barga, que seguía de corresponsal en París. En Madrid, Cipriano, cuando esperaba las pruebas, recibió el original devuelto: su gozo en un pozo. Gregorio se niega y Pedro se echa atrás. Está además seguro de que Martí Jara, que esperaba un documento más breve, le dará una respuesta negativa. Por si acaso, fue a ver a un pequeño industrial, conocido suyo, de la Prosperidad, que adelantándose a cualquier insinuación le dijo que no. Finalmente, por medio de alguna de sus amistades en La Coruña —quizá el arquitecto Rivas, que trabajaba en el despacho de Salvador— logró que alguien de quien nada supo se encargara de contactar con otro desconocido que a su vez estaba en relación con un impresor que se encargó él solo del trabajo: primera experiencia de clandestinidad. Años después recordará en un discurso pronunciado en La Coruña que «allá por el año 24, unos cuantos que habíamos dicho que no a lo de septiembre del 23 —y que diríamos otras cien veces que no a lo mismo— imprimíamos en La Coruña y difundíamos por España aquel manifiesto titulado *Apelación a la República*, primero de una campaña que veníamos realizando»[307]. Primero y último, porque el siguiente, que podría haber sido el primer artículo enviado a *Europe*, no se imprimió.

El motivo para pasar el verano de 1924 en La Coruña fue que Azaña había proseguido normalmente su carrera funcionarial en la Dirección General de los Registros y del Notariado, en la que para entonces había ascendido a jefe del Negociado Sexto, que se ocupaba de todo lo relacionado con el Registro

mercantil, el de sociedades anónimas y el de los actos de última voluntad, además de la Estadística del Registro de la Propiedad y de Notarías, la publicación del Anuario de la Dirección y las Memorias de los Registradores de la Propiedad[308]. A la elaboración de resoluciones propias de su negociado se añadió desde 1924 su participación como vocal en los tribunales de oposición a notarías, con esta primera estancia en La Coruña, que aprovechó para conocer las rías altas, pasar un día de fiesta en Betanzos y dos horas de pie en la plataforma del tren rodeado de una masa compacta, empaparse de lluvia, que en Galicia suele caer sin previo aviso, emprender una expedición con el señor arzobispo y la flor y nata de la clericalla coruñesa, montar su propia tertulia aprovechando que al frente de un nuevo café encontró a un antiguo camarero del Regina y escribir a Cipriano una carta cada tres o cuatro días relatando sus impresiones: iniciado el carteo el 19 de julio, después de despedirse en la estación, la última carta es de 8 de septiembre, cuando le comunica que «esto se acaba», con doce cartas más entre ambas.

En su *Apelación*, Azaña se manifestó intransigente en la doctrina y flexible en la práctica, una nota que definirá en adelante su posición política. Según él lo veía, los liberales españoles sólo podían plantear en aquellas circunstancias los preparativos de una acción política futura: recontar las personas, esbozar una organización, declarar los principios generalmente admitidos por la conciencia liberal y proponer las soluciones a los problemas actuales concordes con sus ideas. Los que andamos en esta procesión del liberalismo, escribe, tenemos que dejar de repetir la antífona de la libertad y de expectorar con voz humedecida por el llanto su amable nombre. El deber es ahora mucho más estricto, más severo: consiste en restaurar en su pureza las doctrinas y acorazarse contra la transigencia. La intransigencia será el síntoma de la honradez, lo que quiere decir que si alguien persiste en llamarse liberal, y es transigente en los principios, no será «un hombre honrado». En 1924, con la dictadura asentada, la opinión liberal estragada, la libertad perdida, se precisa un nuevo comienzo, definido tanto por lo que no hay que hacer: transigencia con la monarquía, salmodias por la libertad; como por el deber de preparar futuras acciones: contar lo que somos, declarar lo que queremos y proponer las soluciones[309].

La radical intransigencia doctrinal, en síntesis: que monarquía es igual a absolutismo y que no cabe más democracia que en república, es compatible, sin embargo, con la propuesta de una amplísima alianza política para la que no será requisito una patente de acendrado republicanismo. Es evidente, si se exigiera tal requisito, él y todos los que habían formado hasta ayer mismo en

las huestes del reformismo creyendo en la capacidad de la monarquía para abrir el camino a la democracia, tendrían que quedar excluidos de esa alianza. Bastará ser honrado en el terreno de los principios y no mostrar ambigüedad alguna respecto a la monarquía. Convencido de la debilidad orgánica de un republicanismo que carecía de programa, de organización y de fuerzas —como escribirá un año después para explicar la facilidad del golpe de Estado[310]—, consideraba suicida limitar a los partidos republicanos históricos la acción por la república. Los términos de la opción no serán tanto los de monárquicos contra republicanos sino absolutistas frente a liberales. Somos liberales, afirma, pero ese concepto «no tiene en estos momentos ninguna significación de partido ni exclusivista. Liberales podrán ser el proletario y el burgués, el socialista y el republicano: podrían serlo incluso los monárquicos, si algunas personas quisieran». Nuestro liberalismo, afirma a continuación, «reposa en estas dos ideas: la idea del individuo soberano, ser de derechos, y la idea de nación, que es el marco histórico donde el hombre libre cumple sus destinos».

Aparece así enunciada en todos sus términos la estrategia de Azaña para la instauración de la democracia en España: de una visión de la historia moderna que atribuye a la monarquía absoluta «la ruina y la degradación del pueblo español» ha derivado la teoría de la descomposición del régimen monárquico por su identificación con la dictadura militar. Al vacío de poder que provocará el fatal destino del absolutismo, deberá responder el liberalismo, que hasta ahora no ha echado raíces en tierra española, con la recuperación de su intransigencia doctrinal y una propuesta de amplio movimiento social en el que pueden caber desde los republicanos a algunos monárquicos, y desde los proletarios a los burgueses: un movimiento que va más allá de la adscripción a una determinada clase social y que excede a los partidos o grupos políticos existentes para confundirse con la nación entera como marco de realización de la libertad del individuo.

De esa estrategia deduce el principio de una acción práctica que deberá «incorporarse en un organismo cuyo centro sea republicano» pero que lleve a su izquierda «las fuerzas organizadas del proletariado» y a su derecha la burguesía liberal, hasta ahora monárquica. Es significativo que desde los primeros meses de 1924 haya percibido la necesidad de una coalición en la que se incluya orgánicamente a la clase obrera y a la burguesía liberal y que haya concebido el lugar y la función del republicanismo como centro de elementos tan dispares. Los términos de la lucha todavía no se enuncian como oposición entre corona y nación, entre rey y pueblo, pero las bases teóricas

para esa visión del pleito histórico español están echadas desde el día después del golpe de Estado y del levantamiento del acta de la quiebra del reformismo monárquico. Hay que agrupar a la nación para desterrar el absolutismo: tal es el sentido de la primera apelación a la República, que no sale de la cabeza de un republicano histórico sino de alguien que había pretendido unir su esfuerzo al de quienes creyeron durante diez años que era posible reformar a la monarquía desde dentro para alumbrar de ella una democracia parlamentaria[311].

Si no resultó fácil imprimir el manifiesto tampoco fueron muchas las adhesiones recibidas. Lo que Azaña entendía por burguesía liberal se mantenía a la expectativa, los republicanos habían desaparecido de la escena y la clase obrera organizada, esto es, los socialistas, habían aceptado colaborar con la dictadura en la Organización Corporativa Nacional, mecanismo ideado por el dictador para encauzar las relaciones laborales concediendo en la práctica a la Unión General de Trabajadores el monopolio de la representación obrera. Azaña se encuentra políticamente solo, o acompañado por muy pocos amigos, en el preciso momento en que se ha quedado sin un partido en el que actuar, sin un ateneo en el que debatir, sin unas revistas en las que escribir. Para colmo, a la inacción política y a la imposibilidad de publicar lo que escribe, a no ser que lo envíe a Francia o Argentina, se añadirá una inesperada separación que convertirá el año 1925 en el más triste de su vida.

Ello fue que, libre de la sujeción de *La Pluma* y *España*, Cipriano de Rivas aceptó el ofrecimiento de actuar como «asesor y propagandista» de la actriz italiana Mimí Aguglia para realizar una gira teatral por España, como primera parte de una más amplia por América. Azaña no comprende que el amigo, sin pensar en él, se muestre tan dispuesto a emprender el viaje y a seguir proyectos en los que él no entra ni participa, a romper en definitiva una ya antigua comunidad de vida. Inútil que Cipriano, sorprendido ante la profundidad de los sentimientos de abandono y melancolía que su amigo Manolo le expresa al comunicarle la tristeza por la ruptura de «la comunidad que teníamos puesta desde hace pronto ocho años», le asegure que no se siente «desglosado» de él y que si se va tan confiado y seguro es porque sabe que le «acompaña la falta que nos hacemos el uno al otro». Pero Azaña no se consuela: «Vivir separados muchos meses por tantas leguas, absorto tú en otras distracciones [no es lo mismo que] vivir como hace cinco o seis años, en que todo lo emprendíamos juntos», le responde, muy sorprendido a su vez de que el amigo no lo entienda así[312]. El entusiasmo de Cipriano por la

perspectiva de un futuro viaje a América, al que se entregaba con alegría, «sin salvedad alguna, como si a mí no debiera interesarme», le pareció «el remate de una separación ya comenzada moralmente». Azaña atribuye el dolor y la amargura que le depara la separación a haber infringido «el consejo de Renan: Pas d'amitiés particulières». En todo caso, era ya «tarde para la enmienda»[313].

«Pas d'amitiés particulières? Miente Renan. Es lo único que vale la pena», responde Cipriano. ¿De qué amistad hablan? Manolo y Cipri, como se llamaban entre sí, acababan de pasar unos años viviendo en comunidad, como «golfos candorosos», despreocupados, alegres de llevar personalmente al correo los números de *La Pluma*[314]. Manolo llegó a ser considerado por la madre de Cipri como «uno de la casa», hasta el punto de convidarle a cenar todas las Nochebuenas, para que no estuviese solo, «como si hubiese adivinado todo lo remolón y casero que soy»[315]. Cipri, por su parte, pasaba las tardes en casa de Manolo, hasta la hora de la tertulia en el Regina o en Granja El Henar, donde aparecían juntos. ¿Una amistad particular? Pues sí, o una manera particular de ser amigos, que, unos meses después de esta dolorosa separación, Azaña sentirá haber revelado en público cuando, presa de la «indignación atroz» que le producen los comentarios de la peña del Regina ante la noticia de un supuesto duelo de Rivas a pistola, trata violentamente a alguno de los contertulios y se ve obligado a marcharse del café «para no reñir inevitablemente». Lo único que se ha sacado del asunto —le escribe— es que los amigos de la tertulia «vislumbren lo mucho que yo lo soy tuyo, o mejor, la manera que tengo de serlo»[316]. Esa «manera» de ser amigo, que no profesará a nadie más, rebosa ternura y un fuerte sentimiento de posesión capaz de reacciones violentas. Él llama a esa relación «comunidad» y se extraña de que Cipriano se rebele contra su ruptura, «puesto que es un hecho». Por eso, siente la separación con el menosprecio de sí tan característico del amigo abandonado: «será que no merezco más», se decía, confesándole el fracaso, «mío principalmente, y de los dos, en cuanto ninguna de las cosas que hemos soñado y proyectado ha venido a cumplirse». Y como remate, otra determinación del amigo que se encuentra solo de pronto: cometer la «tontería gigantesca» de meterse en unos devaneos que al punto no fueron entendidos y, que por suerte, fueron rechazados. Decidió, por tanto, refugiarse en la afición a escribir[317].

En esa actitud cercana a la más absoluta indolencia, contra la que sin embargo se había propuesto luchar, Enrique Martí Jara tiró de él para llevarlo a las reuniones que un grupo de amigos mantenían con frecuencia semanal en

el laboratorio que José Giral había montado en el entresuelo de su farmacia de la calle de Atocha. Sólo unos meses mayor que Azaña, pero políticamente activo desde que en sus años de estudiante se incorporó a la Unión Escolar, José Giral, nacido en Santiago de Cuba el 22 de octubre de 1879, era desde 1905 catedrático de Química Orgánica de la Universidad de Salamanca y alguna participación había tenido en la huelga general de 1917 por la que fue detenido y encarcelado. Durante sus años universitarios de Salamanca conoció al joven catedrático de Derecho Administrativo, Enrique Martí Jara, que, como él, había pasado dos años ampliando estudios en el extranjero, en París y Londres. En Madrid, adonde Giral se trasladó en 1920 con un empleo como químico en el Instituto Oceanográfico y con el propósito de abrir farmacia y laboratorio mientras esperaba la oportunidad de acceder a una cátedra en la Central, reanudó su relación con Martí Jara, que también había solicitado la excedencia para dedicarse al ejercicio de su profesión en Madrid. Se encontraron en la Escuela Nueva y decidieron animar durante la dictadura una de las «novenas» que proliferaron durante aquellos años, así llamadas porque se reunían grupos de sólo nueve individuos con objeto de no incurrir en la figura delictiva de reunión ilegal[318].

A esta novena, durante la ausencia de Cipriano, llevó Martí Jara a Manuel Azaña para incorporarlo al pequeño grupo que todas las semanas se reunía en el laboratorio de la farmacia de Giral. Allí encontró de nuevo a antiguos conocidos: Luis Jiménez de Asúa, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistain, Honorato de Castro, Teófilo Hernando, y en aquella rebotica comenzó a trabajar activamente «en la preparación de la República», sacudidos ya de sus espaldas los restos de reformismo. En esas reuniones se habló también de fundar un periódico o de resucitar *España*, trayendo algún dinero a la sociedad para echarla a andar, y de lanzar un manifiesto que sirviera como elemento dinamizador y coordinador de la opinión republicana. De lo primero no hubo nada, pues ante la pretensión de Álvaro de Albornoz de dirigirlo personalmente, Azaña insistió en que el semanario *España* eran Cipriano de Rivas y él con alguien más como Díez Canedo, a lo que Martí Jara replicó que entonces no habría periódico. No lo hubo, desde luego. De lo segundo, redactar y publicar un manifiesto, se encargó Azaña personalmente, quizá por la insistencia de los amigos, que apreciaban sus dotes de escritor y que conocían su *Apelación*: «creo que voy a escribir un manifiesto», escribe a Cipriano en abril de 1925, como si en esa tarea se condensara toda su actividad en la preparación de la República[319].

El manifiesto lleva efectivamente su sello: en unos párrafos que expresaban «toda la rabia de nuestro espíritu liberal, sometido a la tiranía, y toda la esperanza de nuestro vigor de españoles, deseosos de redimirse»[320], el grupo repetía por boca de Azaña la sustancia de la anterior apelación a la República, publicada anónimamente, sin comprometer a nadie ni hablar en nombre de nadie. Sumida la nación en el estupor donde cayó al sobrevenir la dictadura, afirma el manifiesto, nadie hasta hoy ha roto colectivamente el silencio. Es pues llegada la hora de que España escuche un llamamiento a la libertad, identificada ya sin ninguna vacilación con la República. «Somos republicanos», declaran, para afirmar «que en España el problema político primero consiste en mudar de instituciones». A la tajante declaración de republicanismo se añade «una convocatoria de acción» con el objetivo de establecer, por medio de la instauración de la República, la equivalencia, por el momento rota de hombre libre y ciudadano español[321].

No hay fecha ni firmas en el manifiesto: pero es mayo de 1925 y son tan sólo un grupo «particularmente volcado a la actividad» con ganas de convertirse nada menos que en «embrión de un partido, centro organizador, agente de relación; todo eso, y más que las circunstancias demanden». Los reunidos en el laboratorio de Giral aspiran a ocupar un lugar entre los partidos republicanos sin constituirse por el momento en partido. Por eso, el grupo solicita la cooperación de las antiguas organizaciones republicanas, pero también las del proletariado, y la de todos los ciudadanos que perciban con claridad lo que el civismo reclama de ellos. Es, de nuevo, la gran alianza de *Apelación*, sólo que ahora se propone a partir de un nuevo grupo político que no pretende absorber a ninguna de las entidades existentes, pero que tampoco «consentirá ser absorbido por nadie» y que, reiterando la misma estrategia de Azaña, quiere constituirse en centro de una amplia coalición que abrace a socialistas y republicanos históricos. Para ser útil a una obra de tal envergadura, el grupo necesita mantener su propia identidad e independencia, no ser confundido, en resumidas cuentas, con las desprestigiadas formaciones políticas de los republicanos históricos, a las que los socialistas no guardaban ninguna consideración. Ellos representan algo nuevo y diferente: aspiran a una «autoridad de orden puramente moral» que no consistirá más que en confrontar a cada cual con su deber del momento y preguntarle si lo ha cumplido. El proyecto presenta, pues, todas las características de una plataforma política, abierta en todas direcciones, que no compite con los partidos existentes, pero que pretende ejercer sobre ellos cierta autoridad: es un modo de presencia de intelectuales en política que se sitúa un paso por

delante de una liga y un paso por detrás de un partido con el propósito de ejercer, desde una esfera autónoma, un influjo moral en la dirección de aunar voluntades para la instauración de la República.

Sostiene Azaña, al incorporarlo años después a una edición de sus discursos, que este manifiesto constituyó la primera demostración pública de la existencia de Acción Republicana, lo que induce a fechar en mayo de 1925 su creación. No es nada seguro, sin embargo, que así fuera pues, por una parte, en el manifiesto el grupo se llama únicamente el grupo: todavía no tiene nombre o, al menos, no lo tiene para sus destinatarios ni para el público en general, lo que viene a ser lo mismo. Lo más probable es que comenzara a conocerse como grupo de acción política, sin más, y a lo largo de 1925 esa denominación elevada a mayúsculas, Grupo de Acción Política, comenzara a coexistir con la de «Grupo de Acción Republicana». Azaña, que tenía buena memoria, escribirá en otro manifiesto, que aparecerá cinco años después en la prensa madrileña firmado por cerca de un centenar de personas, que el grupo de Acción Republicana se fundó en Madrid «a finales de 1925» y así puede quedar, mes arriba, mes abajo. Probablemente, el carácter informal del grupo, la falta de cotización de sus miembros, la inexistencia de estatutos, su misma definición como centro de enlace, la conciencia que de sí mismos tenían como grupo de acción que se reunía informalmente, aunque con frecuencia semanal, en el laboratorio de Giral, y en fin su determinación de seguir llamándose grupo en lugar de partido impidan hablar de una organización con nombre propio hasta algún tiempo después, cuando a principios de 1926 la iniciativa de fundar Alianza Republicana exija la adopción de una identidad propia para justificar una representación del grupo en el comité directivo de Alianza[322].

«Nos fue difícil encontrar una veintena de firmas que suscribiesen el primer manifiesto», recordará también Azaña años después, en un discurso pronunciado ante sus correligionarios de Madrid. Y su recuerdo, como casi siempre, es exacto: «lo del manifiesto, parado, porque no hemos reunido más de 30 firmas», escribió a su amigo Cipriano varios meses después de publicarlo[323]. Un fracaso que, sin embargo, no acabó con el grupo, comprometido ya en las conspiraciones contra la monarquía que proliferaron durante los años de dictadura, sino que por el contrario lo empujó con más decisión, ya que no existía otro camino hacia el encuentro con el republicanismo histórico, ambos, el histórico y el nuevo, necesitados de refuerzos. Fue entonces cuando este grupo de intelectuales estrechó sus vínculos, como tal grupo diferenciado y celoso de su independencia, con el Partido Republicano Radical, siempre liderado por Alejandro Lerroux que,

por su parte, consideraba que Giral y Martí Jara perdían lastimosamente el tiempo cuando querían formar un grupo de acción «desligado por completo de los partidos históricos, por considerar que estando éstos y sus jefes desprestigiados no podían servir de instrumento útil para derrocar la dictadura»[324]. Lo cual, ciertamente, se aproxima mucho a la verdad: para aquellos intelectuales, acercarse al lerrouxismo, aunque pudiera despertar recelos y hasta rechazos, constituía una necesidad si no querían permanecer en sus «torres de marfil» o, más exactamente, en el laboratorio y la tertulia, que a eso era a lo que se reducía por entonces su fuerza. A Lerroux, la presencia de un grupo republicano más en los aledaños de su partido, si estaba formado por profesionales de prestigio, le aportaba una especie de legitimación, de la que carecía ante las clases medias que habían crecido reformistas en los años diez y que ahora estaban de vuelta de la experiencia monárquica. Azaña lo dirá después, cuando, exagerando tal vez la magnitud del fenómeno, recuerde a Lerroux que «aquello le interesaba mucho» por la autoridad y el prestigio que le daba «la calidad de las personas que nosotros llevábamos a la Alianza Republicana».

En todo caso, muchos de los que por entonces abrazaban la causa republicana no querían entenderse con Lerroux y fueron Azaña y Giral, como recordó el primero en una célebre sesión de Cortes, «quienes convencimos a docenas y docenas de nuevos republicanos para entablar relaciones políticas con su señoría y convencimos a aquellos señores de que su señoría era un valor político de positiva fuerza, al que no se podía desdeñar ni desplazar»[325]. Esas personas de calidad, esos señores, eran «profesores, escritores, etcétera», o sea, gentes respetables, que no habían engrosado el republicanismo histórico, reformistas en su mayoría o republicanos que se habían mantenido sin adscripción partidaria. Pero no eran, o no, al menos, a mediados de los años veinte, docenas y docenas. Tan pocos eran, y tan sin nombre debían de andar, que los artífices de la aproximación al republicanismo histórico no actuaron, en este empeño, como miembros del grupo de Acción Política, o Republicana, que tanto daba para el caso, ni en su representación, sino como socios de Escuela Nueva.

En efecto, la iniciativa de congregar a todos los sectores del republicanismo para la celebración conjunta el 11 de febrero de 1926 —aniversario de la República que entonces no era primera sino única habida en España—, que señala el comienzo de Alianza Republicana, partió de «una representación de la Escuela Nueva»[326]. Los comisionados eran, no por casualidad, José Giral y Enrique Martí Jara —a quienes se presenta como

republicanos que no han militado en ninguna de las disciplinas políticas conocidas, el primero; socialista independiente, el segundo— que, con Antonio Marsá, del partido radical, pero actuando también, como los otros dos, en calidad de socios directivos de Escuela Nueva, reunieron a las «fuerzas republicanas organizadas», o sea, a Lerroux, Ayuso y Domingo y les propusieron la celebración conjunta de la festividad. El 1 de febrero de 1926 se redactaba la circular convocando a todos los republicanos a organizar una comida, merienda, vino de honor o café colectivo, que el día 3 se llevaba ya al correo, y el 4 y 5 aparecía en la prensa, firmada por los líderes de los partidos republicanos históricos más los animadores de los grupos nuevos: Álvarez Buylla, Martí Jara, Giral, Castrovido, Pi i Arsuaga, Ayuso, Rocamora, Domingo, Salmerón, Marsá, Guerra del Río, Albornoz y Lerroux. La dirección a la que todos los convocados debían enviar los pliegos de firmas recogidos en los actos que se organizaran resultaba muy familiar a los lectores de *España* y a los afiliados hacía ocho años a la Unión Democrática Española: Escuela Nueva, calle del Prado, número 11, Madrid, que antes había sido la de *España*.

El resultado de la convocatoria fue muy superior a las esperanzas que se habían depositado en la iniciativa. Desde el clásico banquete a la reunión familiar, los republicanos de toda España tuvieron ocasión de celebrar actos de fraternidad, sencillos y solemnes a la vez, recontar los efectivos, merendar o cenar, y, a las diez en punto de la noche, guardar un minuto de silencio para luego enviar pliegos con firmas de los asistentes. En Madrid, se celebraron actos en diversos centros republicanos. Destacó, por las personas de calidad, por los señores, el banquete celebrado en la Escuela Nueva, clasificados como de costumbre en catedráticos, escritores y artistas, médicos, ingenieros, abogados, farmacéuticos, exdiputados, representantes, más los adheridos. Azaña quedó integrado en el grupo de escritores y artistas, con viejos conocidos de la generación: Pérez de Ayala, Araquistain, Bello, Tapia, Mesa, Benlliure, Camba, Bagaría, pero no tenía más que levantar la vista para saludar a Negrín, Jiménez de Asúa, Barnés, Giral, Martí Jara, Milego y tantos otros. Fueron veintitrés catedráticos, diecinueve escritores y artistas, dieciséis médicos, nueve ingenieros, diecisiete abogados, seis farmacéuticos y ocho más que firman como exdiputados. Ya se ve sin más la calidad de las gentes con las que Azaña se incorporó al republicanismo[327].

Pues de aquella iniciativa presentada como de Escuela Nueva surgió Alianza Republicana, una nueva entidad que en su circular número 1 tranquilizaba a todos asegurando que no pretendía crear un partido nuevo, ni

inmiscuirse en la vida interior de las organizaciones actuales ni intentar fusiones o amalgamas que pudieran degenerar en confusiones, como había sido tradición, sino únicamente que en todas las localidades en las que hubiera grupos republicanos se constituyera una representación de Alianza[328]. Un partido nuevo habría incrementado la confusión ya existente, mientras que la idea de fusión sufría entonces el bien merecido desprestigio ocasionado por los múltiples y fracasados intentos que jalonaban la historia del republicanismo desde la restauración monárquica[329]. Se trataba, pues, como proclamaba su primer «Manifiesto al país», de «articular el republicanismo dotándole de dirección coordinada y de dinamismo disciplinado» con el propósito de ofrecer al país «la sensación de que nosotros representamos una dilatada opinión que aspira a ser respetada y somos órgano apto para el ejercicio del poder». El manifiesto señalaba, como primer punto del programa, el «restablecimiento de la legalidad por la convocatoria de unas Cortes Constituyentes, elegidas mediante sufragio universal». La Alianza consideraba, pues, a comienzos de 1926 que no era imprescindible la evicción de la monarquía y la proclamación de la República como condición previa para la convocatoria de unas Cortes Constituyentes: será en esas Cortes donde lucharán «por la proclamación del régimen republicano». Por lo demás, el programa reivindicaba una «ordenación federativa del Estado», la solución inmediata del problema de Marruecos, la nivelación del presupuesto, la masiva creación de escuelas, y varias medidas de reforma agraria y de legislación social. Marcelino Domingo, que se había encargado de redactarlo, se cuidaba de recordar que tales puntos programáticos no agotaban el ideal republicano pero, al presentarse como «sacerdotes del orden antes que promotores del desorden», quiere tranquilizar a la sociedad y no promete más de lo que considera posible cumplir. Serenamente, con la conciencia emocionada y despierta, este primer manifiesto de Alianza Republicana aparecía firmado por Leopoldo Alas, Adolfo Álvarez Buylla, Daniel Anguiano, Luis Bello, Vicente Blasco Ibáñez, Honorato de Castro, Luis Jiménez de Asúa, Teófilo Hernando, Fernando Lozano «Demófilo», Antonio Machado, Gregorio Marañón, Enrique de Mesa, José Nakens, Juan Negrín, Eduardo Ortega, Ramón Pérez de Ayala, Joaquín Pi i Arsuaga, Hipólito Rodríguez Pinilla, Nicolás Salmerón, Ramón Sánchez Díaz y Miguel de Unamuno, que formularon la solemne promesa de no separarse «hasta que la obra señalada se cumpla en su totalidad»[330].

Al pie de ese manifiesto aparece por vez primera Manuel Azaña como representante del «Grupo de Acción Republicana» en la Junta Provisional de

Alianza Republicana, integrada también por Manuel Hilario Ayuso, por el Partido Republicano Federal, Roberto Castrovido, por Prensa Republicana, Marcelino Domingo, por el Partido Republicano Catalán y Alejandro Lerroux, por el Partido Republicano Radical, mientras Giral, Marsá y Martí Jara forman la secretaría de la Junta. Azaña y Acción Republicana nacen, pues, a la política republicana y, simultáneamente, a la coalición con otros partidos republicanos. De tal origen, que marcará en adelante su biografía política, fueron responsables los mismos amigos de la rebotica, sobre todo Martí Jara, muy buena persona, tenaz hasta la terquedad, que le llevó casi tirando de él a la fuerza, a los primeros trabajos para organizar la Alianza Republicana. Fue él quien «cuando había que destacar a alguien en algún puesto, me destacaba a mí, con la extrañeza de algunos y el desdén de otros». Por Martí Jara, fue Azaña en representación del «Grupo de Acción Republicana» a la Junta provisional de Alianza y de ahí vino —recordará luego, dando un salto de cuatro años— «que fuese al pacto de San Sebastián», lo que explica además que llegara a ministro de la Guerra[331]. En el origen de lo que en 1931 se consideró una fulgurante ascensión —y esto es lo que le interesaba destacar en su diario— lo que hubo fue un empujón de otro, no un afán de medrar, de subir, de hacer política: alguien por fin se había fijado en él y, en lugar de postergarle, le empujaba, animoso como era, a participar en comités.

14. LITERATURA, POLÍTICA Y AMOR

«¡A la jota jota, y más a la jota, que Santa Lilaila parió una marmota! ¡Y la marmota parió un escribano con pluma y tintero de cuerno, en la mano! ¡Y el escribano parió un escribiente con pluma y tintero de cuerno, en la frente!». Desde que oye a El Bululú, recitado «con aire picaresco y excelente voz de barítono por Francisco Vighi, poeta festivo», Martín Luis Guzmán se regocija de las circunstancias que le han traído a esta velada de representaciones íntimas en la casa de Ricardo Baroja, pintor, y escritor también como Pío, su hermano novelista[332]. Idéntico regocijo siente Manuel Azaña, encaramado con Díez Canedo y Marquina en los sitios más altos del salón, dispuesto a asistir en esta tarde de domingo a un programa de lujo: primero, estreno del prólogo y el epílogo de *Los cuernos de don Friolera*, último esperpento de Ramón del Valle-Inclán; segundo, estreno de *Marinos vascos*, breve drama de Ricardo Baroja; y tercero, reposición de *Adiós a la bohemia*, de Pío Baroja.

Es 7 de febrero de 1926, estamos en Madrid, en la casa de la calle Mendizábal, número 34, a la que unos cuantos amigos aficionados a las letras suelen ir a tomar café los sábados o domingos por la noche, con Ricardo Baroja y Carmen Monné, en el comedor de la planta baja, un cuarto grande, rectangular, con techo alto. Los fijos de la tertulia, los que nunca faltan, son cuatro: Cipriano de Rivas Cherif, pequeño de estatura, más bien rubio, bien proporcionado, con la cara correcta, y parlanchín, cuentero, gracioso y divertido como nadie; Fernando Bilbao, moreno, chato, muy esbelto, con cara antigua de torero, de majo, de chispero madrileño; Sindulfo de la Fuente, simpático, cachazudo, calmoso, muy buen amigo, se reía y se metía con los otros con verdadera gracia; y Manuel Azaña, el más viejo, alto, corpulento, con cabeza gruesa y cara tosca, «amigo nuestro, amable y simpático». Carmen Baroja, que así los retrata, recuerda que algunos de ellos editaban una revista literaria llamada *La Pluma*. Si era así, la tertulia databa por lo menos de los primeros meses de 1923 y una buena noche, sea el día de Difuntos o el de Inocentes de 1925, a su hermano Ricardo se le ocurrió la idea de representar en casa alguna comedia. Acogida con gran entusiasmo, Cipriano

de Rivas, que había terminado su experiencia de Escuela Nueva y había recorrido diversas capitales españolas con la compañía de Mimí Aguglia, se encargaba de todo: «él citaba a la gente, repartía los papeles, imitaba a Valle-Inclán, recitaba como nadie»[333].

Las representaciones de El Mirlo Blanco, como bautizaron al invento, fueron recibidas en el Madrid de la dictadura con tanto interés que el lleno a rebosar estaba garantizado y faltaban sitios para cada velada. Azaña, que tenía por costumbre asistir a los estrenos teatrales, así fuera el de *Doña Diabla*, de Fernández Ardavín, compartía con los actores de El Mirlo los ataques de risa que en no pocas ocasiones obligaban a interrumpir la representación. Allí se encontraba, además, con todos los amigos del Regina y de la Granja y no pocos del Ateneo: Echevarría, el pintor, como aclara Guzmán, Díez Canedo, Valle-Inclán, Bagaría, Gustavito Pittaluga, el músico, Marquina; con las colaboradoras de El Mirlo, Isabel Oyarzábal, Natividad González, Magda Donato, Carmen Juan y Josefina Blanco; y con toda la familia Baroja: Carmen y Ricardo, Rafael Caro y Carmen Monné, y con don Pío, condenado unos años antes a la lista de los que no iban a colaborar en *La Pluma*, rescatado luego entre los tres escritores que «personificaban la renovación de las letras españolas: Valle-Inclán, Azorín, Baroja…»[334]. Y allí, en casa de los Baroja, conoció e intimó con Martín Luis Guzmán, exiliado mexicano, que ya había residido en Madrid en 1915 y con quien anudará fuertes lazos de amistad personal y complicidad política.

Así que no todo era indolencia, ni pesadumbre de vivir con su hermana y familia en casa, ni desolación por la ruptura de la comunidad con su amigo, ni disparates como el que estuvo a punto de cometer con, probablemente, la viuda apetecible. Asentada la dictadura, había tiempo para todo eso y para más. Y ése más era su amistad con Valle-Inclán, con quien se encontraba muy a menudo, en divertidas cenas con otros amigos; su afición por el teatro, por la literatura en general y por la historia, que no cesa y que le proporcionará motivos de gran contento y alegría, no sólo por El Mirlo Blanco, del que es entusiasta seguidor, sino porque le espera don Juan Valera en su correspondencia, y Ángel Ganivet en el homenaje que le tributan los intelectuales madrileños con ocasión del traslado de sus restos a Granada. Le esperan también los frailes de El Escorial en los rincones de su jardín, por no hablar de los fantasmas que siguen rondando su cabeza y sus sueños y que ahora llevan por nombre Demetrio, carácter definido en una cuartilla con muy parecidas notas que un Ramón Martínez, que en el curso del mismo esbozo pierde su nombre y se convierte en Lotario, en diálogo con Delfín, personaje

que aparecía como descolgado en sus «Notas de París» y que más tarde será el protagonista de un relato sin título: «Yo me llamo Delfín y profeso la erudición artística». Siempre las dudas en torno a la identidad y el nombre de sus otros yos en los que pretendía encontrar al suyo propio[335].

Todo eso eran borradores, intentos de acertar con la novela de su vida, iniciada veinte años antes, en Alcalá. Pero de lo que escribe de verdad en los primeros años de dictadura «no es más que de don Juan Valera», como había informado a Cipriano en marzo de 1924, cuando la censura le obligó a suspender la publicación de *España*. Y un año después, en abril de 1925, le repite: «No dejo de trabajar en lo de Valera». Es mucho para Azaña trabajar durante un año en el mismo asunto, pero es indudable que lo de Valera le fascinaba. Sumergido en su sabrosa y riquísima correspondencia, que Carmen Valera puso en sus manos por sugerencia de Cipriano, la convocatoria de dos premios nacionales de literatura el 3 de noviembre del 25 le animó a enviar al jurado —formado por Gabriel Maura Gamazo, como presidente; Andrés Ovejero, Ramón María Tenreiro, Pedro Salinas y Gerardo Diego, como vocales, y por el secretario de los Concursos Nacionales— una *Vida de don Juan Valera* que, en efecto, obtuvo uno de los premios, yendo a parar el otro a su presunto «verdugo» del Ateneo, Pedro Sainz Rodríguez, autor de una «Introducción a la historia de la literatura mística en España», que también se embolsó, como él, la apreciable suma de 5000 pesetas[336].

Azaña no publicó su *Vida*, quizá porque no le satisfizo plenamente y pensaba, como así fue, seguir trabajando en el texto a la par que iba dando a conocer, muy revisados, algunos de sus capítulos o ampliando episodios apenas tratados en el original. En el primero de ellos, «Valera en Rusia», aparecido en *Nosotros* poco antes de fallarse el premio, narra con delectación el viaje de la misión confiada al duque de Osuna, de la que fue secretario Valera, en respuesta a la embajada extraordinaria del zar de Rusia a Isabel II. Luego vinieron «Prólogo a *Pepita Jiménez*», escrito para la Colección de clásicos castellanos, y «La novela de *Pepita Jiménez*», que en principio era un trozo del anterior aunque, por su extensión, editor y autor convinieron reservarlo para un Cuaderno Literario. Así lo explicó Azaña en su «Preliminar» a esta edición, aclarando que ambos procedían, uno por resumen y otro casi al pie de la letra, de una *Vida de don Juan*, «copioso ensayo biográfico y crítico que aún no desespero de publicar dentro de este mismo siglo»[337]. No lo publicó, aunque tampoco olvidó su texto ni, sobre todo, a su personaje.

«Un prólogo de 70 páginas en letra menuda y estilo apretado, sin hojarasca de ideas, sin ocios verbales», escribió Martín Luis Guzmán al aparecer la edición, calificando el trabajo de notable estudio biográfico y de penetrante caracterización de su personaje como hombre de letras y humanista. Comparaba Guzmán este ensayo con *El jardín de los frailes* para afirmar que las conquistas de Azaña no eran menores en este otro terreno, «gracias a la rigurosa disciplina del historiador de las letras y a la grave técnica del crítico», dotado su autor del «raro privilegio de hacer bien, y bien en planos superiores, cuanto acomete». En *El jardín* había salido de sí mismo para verse en la distancia; en el «Prólogo» se asoma a la vida de otro**[338]**. ¿Por qué a la de Valera? En parte, por azar: la abundancia de su correspondencia, la incitación de Cipriano, la acogida de Carmen. Pero no hay que descontar, en este caso, un elemento que casi nunca se dio en las traducciones: la elección del personaje como posibilidad de proyectar en él al sujeto que Azaña busca ser, la elaboración literaria de su propio yo que la vida de don Juan le ofrecía. Poseía Juan Valera, escribe su biógrafo en un pasaje esclarecedor, «una inclinación natural a contradecir, si no es que estaba poseído de ella, y encontraba en su fértil espíritu cantidad de recursos para satisfacerla. Ágil, fluido, peregrino lector, emparedado entre la duda y la mesura, apestándole cualquier dogmatismo y propenso a la sátira, su opinión se precipitaba al oponerse a otras, más por argumento que por razón, más para decir: no es eso, que para probar: esto es». Juan Valera, diplomático, escritor, crítico, político, muy asendereado por la vida, con «una ambición de dinero muy limitada y sin límites la de gloria y poder»**[339]**, ofrecía a Manuel Azaña el personaje cabal, no para hablar de sí mismo, pues para eso ya estaban los Jerónimo, Demetrio, Hipólito, o el adolescente sin nombre de *El jardín*, sino para explorarse, para indagar lo que por confrontación con don Juan es don Manuel, emparedado también entre la duda y la mesura, dividido entre la literatura, la política, la crítica y la historia.

Al tiempo que volcaba todo su interés en el siglo XIX, ocupándose de una de sus figuras más sobresalientes por su obra literaria, por la finura de sus análisis políticos, por sus cartas, viajes, amistades y amores, Azaña volvió sobre la pretendida conexión entre las ideas del 98 y la dictadura de Primo de Rivera sometiendo ahora a una crítica sin concesiones el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, objeto de un segundo «rebrote de gloria póstuma» al llegar sus restos a Madrid en marzo de 1925. El interés que desde hacía años le despertaba su figura, y del que fue primera muestra el artículo «En torno a Ganivet», publicado en *La Pluma*, en febrero de 1921, con ocasión de otro

homenaje, debió de resucitar con las alabanzas cantadas ante sus restos por algunas de las estrellas del firmamento intelectual madrileño. Azaña escribió a Cipriano —al contarle el homenaje y las gestiones que realizó para imprimir, por encargo de Marañón, una carta de Unamuno repartida entre los universitarios— que frente a los panegíricos de Marañón y Jiménez de Asúa, «el único que estuvo en su punto fue D'Ors», que le pareció muy bien «porque es lo mismo que yo opino y he escrito de Ganivet»[340]. Lo que dijo D'Ors fue, en resumidas cuentas, que la gloria de Ganivet estaría mal orientada si consistiera en considerarlo un liberal y un demócrata cuando en realidad «había cantado antes que nadie la Marsellesa de la autoridad»[341].

El homenaje le devolvió su interés antiguo por Ganivet, víctima ahora de la suerte que espera a los hombres ilustres: desenterrarlos: en España la «manía de la exhumación sopla por ráfagas». Hace años, recuerda, «el Parnaso español pudo temer que era llegado el día del juicio final: no dejábamos a nadie yacer tranquilo. Hubo un ir y venir de ataúdes y un trasiego de huesos que apestaba». Le ha llegado el turno a Ganivet y Azaña aprovecha para retornar en su compañía al siglo XVI, de donde la tradición liberal había derivado el gran relato de la anomalía de España, la distorsión de una historia de libertad nacida en los concejos y en las Cortes de Castilla e interrumpida y desviada de su curso en la batalla de Villalar y la entronización de un monarca extranjero. Y ahí es donde Azaña tropieza de nuevo con Ganivet porque es ahí, dilucidando el significado histórico de la revolución de los comuneros, donde podía hacer añicos el montaje del *Idearium* y alimentar con un relato histórico, alternativo al liberal, la acción por la República a la que se venía dedicando desde su *Apelación* de 1924[342].

Azaña se encuentra con dos relatos históricos enfrentados: donde la tradición liberal había visto una historia de libertad interrumpida por una intromisión extranjera, Ganivet dibujaba una rebelión de feudales retrógrados que temían ver a España abrirse a Europa por decisión del emperador. Como el primero le parece insuficiente y el segundo disparatado, se aplica al estudio de las crónicas y los documentos recopilados por Manuel Danvila y rechaza la afirmación de Ganivet sobre la supuesta ignorancia de sus respectivos intereses que habría afectado por igual a los dos bandos en lucha y la atribución a los comuneros de la defensa de la política tradicional, mientras que Carlos V representaría la tendencia innovadora y europea. Los comuneros, escribe, sabían lo que querían y se organizaron para defenderlo. Contra ellos se levantó la clase nobiliaria, brazo militar del emperador para aplastar la rebelión. «El tercer estado y, en general, las llamadas clases

productoras, habían cobrado conciencia de su fuerza y de su inferior condición en el reino» y se rebelaron contra la nobleza: tal es el punto fuerte de su interpretación. Fue «una guerra social, una contienda de clases»: tercer estado, clases productoras, contra nobleza; pero fue también un intento de encontrar un nuevo equilibrio de poder entre la nobleza y la Corona. Por eso —observa con su habitual agudeza— a los nobles «les importaba que el César venciese, que no venciese demasiado, y que no venciese enseguida»[343].

Percibida a esta luz, Azaña ve en la rebelión comunera un antecedente de los alzamientos del tercer estado, y en la actitud de la nobleza, el cierre de una oligarquía titulada en torno a la Corona en una nueva redistribución de poder. Los «caudillos de Villalar» no pretendían únicamente obligar a la Corona al pacto, como pensaban los liberales en el Cádiz de las Cortes, restaurando así una antigua tradición castellana de transacción y concuerdo entre la Corona y sus súbditos, sino iniciar una revolución antinobiliaria. De modo que, con su teoría de las Comunidades, al pulverizar las lucubraciones de Ganivet, Azaña se situaba en terreno distinto al gran relato liberal, aun si reconocía a los liberales el mérito de haber restablecido la idea de las Cortes como limitación del poder real por los comunes, los pueblos y las villas y, en consecuencia, como pacto y primera garantía de libertad civil. Pero no se quedó ahí; avanzó más allá de la tradición liberal destacando el carácter de clase de la revolución y la alianza que a partir de ese momento selló el destino de la nobleza y de la monarquía, fundidas contra el tercer estado. Esta genial intuición —como la ha calificado Perez— surgió en el marco de la acción política que por entonces trataba inútilmente de impulsar: una república sostenida en la alianza de la burguesía liberal con la clase obrera contra la Corona y la oligarquía. Su teoría de la revolución de las Comunidades como primera revolución moderna se sitúa, pues, lejos del lamento liberal por la pérdida de las libertades medievales, origen de una anomalía española, y cerca de la Revolución francesa y de la conquista de la democracia por el empuje de burguesía y clase obrera, los mismos sujetos que habían aparecido en su *Apelación a la República* como únicos artífices posibles del cambio constitucional.

Valera, Ganivet: ensayos literarios cargados de contenidos políticos, son además investigaciones propias del historiador que Azaña es durante los años de la dictadura, trabajando en fuentes primarias, en correspondencia, en actas, que le permiten construir visiones originales sobre el significado moderno de la revolución de las Comunidades de Castilla y sobre los límites de la revolución liberal del siglo XIX. Desde que apareció por la Academia de

Jurisprudencia, Azaña se había manifestado como un moderado liberal y un reformista convencido de que España podría alcanzar la democracia por el camino evolutivo, sin trastornos sociales ni derramamientos de sangre. Su inmersión en la historia de los siglos XVI y XIX le reveló, sin embargo, que los obstáculos con los que había tropezado la posible evolución del liberalismo a la democracia venían de antiguo y quedaron sin remover por quienes, diciéndose liberales, sucumbieron ante el poder de militares y clérigos. En quiebra la expectativa de evolución, comienza a tomar cuerpo la alternativa desechada en sus discursos de 1913, la revolución: de la obra de las Cortes de Cádiz retrocede hasta la rebelión y derrota de las Comunidades de Castilla, para encontrar la clave de la digresión de la historia de España. Volver a poner la máquina en el raíl exige que lo anunciado por aquella revolución se realice ahora: una alianza de «clases productoras» que empuje no a una reforma sino a un cambio de Constitución que acabe con el poder de la alianza Corona/oligarquía.

Este giro en su pensamiento histórico/político, que fragua a mediados de la década de 1920, coincide con su experiencia como representante del grupo de Acción Republicana en Alianza Republicana. El recuento de fuerzas a que se había procedido con ocasión del 11 de febrero de 1926 mostró un republicanismo vivo y con arraigo en la sociedad, con cerca de cien mil adhesiones recibidas, pero a medida que transcurrieron los meses y se frustraron los conatos de conspiración en los que participó, o de los que fue informada, Alianza volvió a reducirse a reuniones de comités y charlas entre amigos: si la convocatoria del 11 de febrero tuvo un eco muy esperanzador, los resultados políticos fueron nulos en el marco de una dictadura que tras apaciguar el problema de Marruecos parece consolidarse como un régimen perdurable. En 1928, Alianza Republicana se halla como en punto muerto, sin poder celebrar el rito anual de celebración y recuerdo de la República, que en Madrid quedó reducido al banquete organizado en la Bombilla bajo el paraguas de un homenaje a Fernando Lozano[344]. «Podríamos encender la sensibilidad política», dice el republicano Azaña al socialista Besteiro en su encuentro casual a principios de mayo de 1927, «si hubiese vida pública, prensa y tribuna. Pero bajo esta campana de bronce, ¿qué se promueve? Sólo es posible la conspiración y la fuerza, y para eso falta ardimiento»[345].

En Alianza Republicana se habían manifestado dos criterios dispares: como, según escribirá Lerroux, «en el fondo de todo progresista hay un conspirador», unos habían depositado sus esperanzas en la fuerza armada, en una inteligencia entre el ejército y el pueblo para el bien del progreso, de la

libertad y de la patria; otros, muy críticos de los millones que se consignaban en el presupuesto del Estado para los militares, lo fiaban todo a un movimiento civil; y todavía unos terceros pretendían combinar ambos elementos: revolución y organización. Tales fueron los afanes y el objeto de la «inquietud constante» de Alianza, pero durante varios años lo único que cosechó en el primer terreno fueron fracasos, mientras que en el segundo, el de la agrupación de todas las izquierdas, se recogieron «no pocos desengaños». Ni en la conspiración político-militar de la noche de San Juan de 1926 ni en el conato de insurrección y desembarco de enero de 1929 tuvo Alianza «otra misión efectiva que obedecer»[346] y por lo que se refería a movilizar la opinión republicana, todavía tendrían que pasar cuatro años para apreciar un resultado diferente al de la tradicional celebración del aniversario de la República.

Con este panorama por delante, Azaña repitió en la junta interina de Alianza, incapaz de convocar una asamblea que eligiera sus órganos directivos, una forma de presencia y actitud con rasgos similares, aunque con una implicación personal más elevada, a la que mantuvo en el Partido Reformista. Asistía todas las semanas a las reuniones que la junta celebraba en casa de Lerroux, que dice haberle conocido y saludado entonces por vez primera y que lo recuerda «poco hablador, áspero en la discusión pero atento» con él[347]. Estaba informado de los planes de insurrección en los que andaban comprometidos elementos militares y a los que no puso objeciones, todo lo contrario: en junio de 1925, antes de la creación de Alianza Republicana, ya había ido «en comisión a un café, a conferenciar con un capitán ferocísimo» al que encontró «demasiado bruto»: no volvieron a verse; en vísperas de San Juan de 1926 asistió en Valladolid a unas cuantas reuniones relacionadas con la conspiración militar, ocasión a la que se remonta quizá el inicio de la estrecha amistad que mantendrá en adelante con Juan Hernández Saravia y Arturo Menéndez[348]. Dos años después, en 1928, aprobó, como miembro de la junta de Alianza, los contactos de Lerroux con Sánchez Guerra en París, en los que intervendrá también José Giral, para explorar las posibilidades de una inteligencia con el dirigente conservador con vistas a una nueva insurrección contra la dictadura[349]; se reunió con los conspiradores que preparaban el golpe de enero del año siguiente y a principios de 1929 residió de nuevo en Valladolid, «donde se hicieron o se intentó hacer ciertas cosas engastadas con otras que fracasaron en diversos puntos de España». Estaba él entonces —recordará más tarde— en el tribunal de oposiciones a notarías y en vísperas de

casarse y andaba «metido en el fregado que terminó con el desembarco de Sánchez Guerra en Valencia»[350].

Participó también en las gestiones políticas de Alianza, acompañando a Lerroux, Domingo y Ayuso en sus visitas a los expresidentes de las Cortes con objeto de invitarles a convocar a todos los exdiputados y exsenadores ante el anuncio oficial de convocatoria de una Asamblea consultiva por el dictador. Con el mismo motivo firmaron una carta dirigida a los líderes de los partidos dinásticos, que enviaron a Melquíades Álvarez, Villanueva, Romanones, Sánchez Guerra, Bugallal, García Prieto y Sánchez de Toca. Cuando fueron a conferenciar con ellos en junio de 1927, Azaña encontró a Villanueva con ganas de contar anécdotas de los primeros días del rey, cuando se comportaba como niño coronado; Sánchez de Toca le pareció entre lugareño y episcopal en su risa y con un no se qué de clérigo en su porte; y García Prieto, un ancianito que apenas respondía con monosílabos, un señor insignificante. A Manuel Azaña correspondió exponer el criterio de Alianza en la reunión con su antiguo jefe político, Melquíades Álvarez, que les invitó a fumar un puro —«¡Pepeee, los puros!», recordaba haberle oído tantas veces — mientras ponderaba la importancia de lo que fueran a hacer Sánchez Guerra y los conservadores[351].

Se mantenía, pues, en la Alianza, en la conspiración, en las negociaciones políticas y en la fidelidad al compromiso sellado el 11 de febrero de 1926. Pero, en conjunto, esa actividad aparece impregnada de un profundo escepticismo: aquí no pasa nada, ha quedado en agua de borrajas todo el manejo que nos traíamos, apunta en junio de 1925; reunión en casa de don Alejandro, conversaciones, nada; se habla otra vez de movimientos de los artilleros, y hasta se dice que quieren dar un golpe antes del 17 de mayo, anota el día 10 de ese mismo mes de 1927, pero añade: después del ridículo que hicieron este verano, lo mejor sería que se retirasen a un convento; aquí se está incubando un huevo que prometía ser de avestruz y me temo que sea de *gorriona*, escribe a Unamuno en mayo de 1928. De los republicanos históricos tampoco espera mucho: le parece que Lerroux —muy lejos ya de aquel demagogo que había imperado sobre el Paralelo de Barcelona— se achica delante de algunos magnates políticos, tal vez por una inseguridad derivada de su «falta de autoridad moral»[352]; y de las reuniones que mantiene con sus amigos políticos no guardará un recuerdo excitante: contar chismes divertidos y hablar sin fin de la mejor forma de derribar al gobierno, tal era la sustancia de su actividad política en los años centrales de la dictadura.

Y puesto que el horizonte político aparece cerrado y la acción se consume en comités y en reuniones, «¿qué va a hacer uno en estos tiempos como no sea dedicarse a la literatura?», pregunta a Besteiro. Sensible a las presiones de Cipriano, se había decidido a terminar *El jardín*, cortado en las entregas a *La Pluma*, con una promesa de continuará en el capítulo 12, y que acabará de publicar ahora, en 1927, en forma de libro, suscitando comentarios que le invitan a considerar más seriamente que nunca su posible vocación literaria y a sopesar los inconvenientes de la política. Besteiro, que le había encontrado un día en que «Madrid está bello», le dice algo del libro y le comenta que tiene madera de escritor. Salinas, con quien conversa en Granja El Henar, se lo «alaba minuciosamente» por su sabor a castellano genuino, sin aliño mediterráneo o gallego o andaluz y sin el engolamiento de Pérez de Ayala; recibe de Unamuno una «cordialísima carta» en la que el vasco le habla del encuentro de sus soledades; Álvarez del Vayo le dedica un artículo muy amistoso en *El Sol*; Guillén le envía una carta «muy afectuosa» felicitándole por el libro; y Díez Canedo, en una nota que le satisface plenamente, habla de la «revelación de un verdadero escritor, esperada por cuantos le conocían de antes y realizada al fin, sin sorpresas, en estas páginas que, si no me engaño, son de las más bellas y fuertes de pensamiento que se escriben ahora en España». Sabrá también que le ha gustado a Corpus Barga, que escribe un comentario para *La Gaceta Literaria* en el que muestra su grata sorpresa por no haberse encontrado con una novela de El Escorial, ni de otra parte, ni tampoco unas memorias, sino «las confesiones abstractas de un espíritu que se eleva barroco, con desdén y melancolía por el fracaso social»[353]. De las reseñas, sólo la de Fernández Almagro, que le considera «encumbrado y difícil» y a quien Azaña tenía situado en la «zona media de la amistad», la de esas relaciones que no llegan a ser íntimas, pero que no se quedan en superficiales, le suscita una exploración en su propio carácter y una reflexión sobre las causas de la distancia entre lo que uno cree ser y la opinión en que los demás le tienen[354].

Aunque en opinión algo tardía de Luis Bello «el valor de ese libro no fue sino por muy pocos estimado como merecía»[355], los comentarios que llegaron hasta Azaña fueron suficientes para revivir en él su antigua vocación literaria. Siente que, ahora sí, despunta como literato y se pregunta si acaso no será ésta su verdadera vocación. Cree, desde luego, valer más para la política que para la literatura, por esa «propensión realística» que hay en él y que se manifiesta de dos formas: «una que consiste en ver las cuestiones tal como verdaderamente se plantean, desterrando de mis juicios la influencia de los

deseos y de la imaginación… una especie de tino, como si yo tuviera una experiencia antigua, que en realidad no tengo». La otra es «la comezón pragmática, el desasosiego organizador, un rigorismo puntual que exige en mí que cada cosa a mi cargo esté como deba estar, y la facultad de descender a detalles». Azaña piensa que esa característica, si no es congénita, la debe a su temprana condición de jefe, de amo, con personas a su cargo, obligado desde los 18 años a tomar decisiones que afectaban a otras personas y a su patrimonio. Aquello acabó mal, recuerda, no enteramente por su culpa, aunque le dio un «dominio que no se adquiere en las bibliotecas, los salones o el café»[356]. Pero, por otra parte, esa dedicación a la política, en la que resulta más fácil brillar que en las buenas letras, tiene para su carácter «muchísimos inconvenientes», sobre todo porque «la gente procede en política por subordinación, no por crítica ni adhesión libre».

Valer para la política por ver las cosas como son, sin distorsiones procedentes del deseo o de la imaginación, y por la tendencia a ocuparse de ellas para ponerlas en su ser; inconvenientes de hacer política, por la necesidad de subordinarse a alguien y por las intrigas: ése es el dilema en que se ha debatido durante los años de su militancia en el reformismo y que sigue sin resolver cuando se ve obligado a desarrollar una actividad política de reunión y comité, libre por tanto de acudir a unas elecciones sabiendo que, en caso de ganarlas, tendrá que hacer algo por el chico del alcalde. Pero hay algo más: el temor a que su gusto por la polémica le lleve a la obcecación y «a creer que tenía más razón yo solo que todos los demás juntos» es lo que le retrae de un mayor y definitivo compromiso con la política. Eso fue —escribe al hilo de un comentario de Juan Uña sobre el brillante porvenir que le esperaba en el reformismo si el golpe de Estado no hubiera suprimido la vida política—, lo que le pasó a Maura, pero es también lo que a él le ha ocurrido en algunos de sus debates con los reformistas. La política «es un ir haciendo y deshaciendo, con una derivación enorme de la línea ideal; excluye todo profetismo y el amor propio puede llevarle a uno a creerse un profeta desconocido por el ingrato pueblo». No que confunda política con fidelidad estricta a la idea, menos aún con voluntarismo: desprecia precisamente a los intelectuales por hacerse tal idea de la acción política; sino que cuando ve una cosa tal como es, puede obcecarse hasta el punto de pretender tener razón contra los demás. Y eso, en política no sirve más que para labrarse la ruina. ¿La conclusión de todo esto?: quienes prefieren el brillo, la notoriedad y el poder, estarán a gusto en la política. Él no lo estará nunca; se encontraría

«disperso y disminuido. Es preferible consagrarse a lo que puede hacer uno solo»[357].

Y lo que puede hacer uno solo es escribir. Además de sus trabajos histórico-literarios, los de la dictadura fueron años de dedicación intensiva al teatro, en todas sus formas y manifestaciones: asistió a cuantos estrenos le fue posible, entre ellos, *El hijo del Diablo*, de Joaquín Montaner, que se recordará, según dijo a Martín Luis Guzmán, como lo más saliente de la vida literaria del otoño de 1927, no por Montaner sino por Valle-Inclán, que empezó a gritar: «muy mal, muy mal, muy mal» y cuando —protegido ya por Araquistain, Negrín, Rivas Cherif, Vighi, Chabás y otros veinte— llega el delegado gubernativo y le manda salir, se niega, diciéndole: «cumpla usted con su deber: a la cárcel con los que aplauden»[358]. Estudió a fondo dos obras de Benito Pérez Galdós, *Realidad* y *Voluntad*, estrenadas treinta años antes; tradujo *George Dandin*, de Molière, que quedó inédita; escribió una comedia, *El cielo y el infierno*, trazó el argumento de otra, *La Vara*, e inició un estudio sobre cuarenta años de teatro en España[359]. En carta de 31 de marzo de 1925, Cipriano le instaba a preparar el «dramita rústico» que le había anunciado. «Morano va a ir a La Latina en septiembre y Juanito me ha hecho quedar muy bien a sus ojos. ¡Mira que si te estrenara *La Vara*!», le dice, y Azaña responde que tiene a medio hacer un esperpento: «Flores políticas del siempre siervo Azorín y su incorrupción milagrosa, demostrada», que vendría muy a tiempo «porque este danzante va a dirigir el periódico *La Nación*, del Directorio». También tenía pensado y planeado el primer acto de una comedia de la que había hablado a Cipriano, que saldría, si tuviese tino y vista, «por los cánones españoles clásicos, es decir, romántica, pero romántica por dentro. Y no le habría de faltar una punta irónica». Todo esto es difícil, reconoce, y no tendrá que esperar porque no quiere empezar cosas nuevas sin saber que puede concluirlas.

De estos proyectos literarios, el único que llevará a término, y de un tirón, en febrero de 1928, será *La Corona*: «he caído en la tentación de escribir para el teatro y he hecho un drama», le dice a Unamuno; «pero hasta ahora no encuentro quién lo represente»[360]. Margarita Xirgu, a quien pasaron el manuscrito y que ya por entonces llamaba a Azaña «el señor republicano», le achacó «cierta lentitud y exceso que invalidarían su suceso para con las audiencias de nuestros teatros». Azaña, que había imaginado alguna vez, cuando era muy joven, y «como vanidosuelo que era», que escribía una obra teatral y presenciaba el estreno de incógnito, desde una butaca, habría de recortarla «un tanto» y esperar unos años a su estreno, que sólo tuvo lugar

cuando estaba ya «en la punta de la cucaña, incómodamente expuesto a la curiosidad pública», una situación que no le impidió revivir «lo autobiográfico de la obra, que nadie verá»[361].

Drama de amor y de política, los sentimientos de los personajes traducen los de su autor, que ha puesto en *La Corona* la ternura que de tiempo atrás sentía hacia Lola, a quien va el libro dedicado: «Tú posees, pequeña, una varita para hacer que brote un raudal de un *vieux coeur*. Viejo, y todavía ansioso, quimérico»[362]. Es el raudal que vierte Azaña en el primer acto y que revivirá en él cuando asista a su estreno; es la ternura, el amor, pero también el miedo al ridículo y la angustia que sintió al descubrirse enamorado de la hermana menor de su amigo. «¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado?», se pregunta el 10 de julio de 1927. «¿Es de una graciosa persona, es del amor, es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y con él, una dicha comunicable, quizá la postrera de mi vida?». No lo sabe y sufre momentos de angustia. Las convenciones sociales, que no se siente con ánimos de romper, le impiden «una explicación, un diálogo, un contraste de la realidad y el ensueño». Una noche no puede más y teme que va a decirlo delante de todos. «Ella lo sabe, tiempo ha. Y es cruel». La situación le parece absurda. «Yo no tengo la libertad que tendrá otro cualquiera para salir de ella. No sé qué hacer. Y entre tanto, divago, me atormento y me entristezco»[363].

Es un sentimiento que ya conoció en París, muchos años antes, cuando el trato con don Luis de Hoyos y «mi señora doña Lucía Sancho» le introdujo en la vida de la familia y le ofreció la oportunidad de pasar gozosos ratos de charla con su hija Mercedes hasta sorprenderse enamorado de una jovencita, cuando él había dejado bien atrás los treinta años. Ahora con cuarenta y ocho, volvía a sentir, dentro del ámbito familiar que don Mateo y doña Susana le habían abierto de par en par, el atractivo de una graciosa persona, a la que doblaba en edad y que era además la hermana pequeña de su más íntimo amigo. ¿Qué otra cosa hacer sino escribir cartas? Años antes, cuando se enamoró en París, las echó al correo y quedó esperando respuesta. Y ahora, durante ese mismo verano, cuando tiene que volver a La Coruña a engendrar notarios, pasará el tiempo que le dejan el tribunal y la corrección de pruebas del prólogo a *Pepita Jiménez* escribiendo muchas cartas a Lola, «que no recibirá»[364].

Absurda como le parecía, la situación se resolvió varios meses después del mejor modo posible. En el carnaval de 1928, Carmen Monné organizó un baile de máscaras para los amigos de El Mirlo Blanco, que terminaba sus funciones. El *clou* de la fiesta, recuerda Carmen Baroja, fue Azaña, que se

presentó disfrazado de cardenal, con perilla y bigote entrecano, lo que extrañamente le daba cierto parecido al cardenal Richelieu. Allí se encontró con Lola, vestida de damisela del Segundo Imperio. La anfitriona, confidente de Azaña, sabía que estaba enamorado de la hermana de su amigo, pero como Lolita era muy bonita y muy joven, y él bastante viejo —le llevaba veinticuatro años—, no se atrevía a decírselo ni a ella ni a la familia. Total, que en la fiesta fue comidilla de los enterados que algo había entre el cardenal y la damisela. A los pocos días, Azaña se atrevió a preguntar a Cipriano, de improviso y por la calle, su parecer sobre un posible matrimonio. El chasco de su amigo fue inmenso —se quedó de un aire, escribe— cuando le aclaró que no se refería a uno de sus devaneos, el de la viuda apetecible, sino a su hermana Lola. Naturalmente, comunicación a la madre, que compartió por un momento el disgusto de su hijo, aunque luego, con Lolita muy ilusionada, fue para sus padres una satisfacción porque conocían a Azaña de siempre. El caso es que Azaña, muy en su estilo, escribía a Unamuno el 25 de mayo que, «por hacer de todo, y esto sí que es dramático, creo que voy a casarme probablemente en otoño»[365].

La estación pasó sin que tuviera lugar el acontecimiento, pero el 6 de enero del año siguiente, *El Sol* informaba a sus lectores de la petición de mano de la señorita Dolores de Rivas Cherif por don Ramón de la Guardia para su hermano político, el escritor don Manuel Azaña. El 10, desde Valladolid, informa a su amigo Vicario de que tiene apalabrada para el domingo siguiente la ceremonia de toma de dichos, para la que debía acreditar que era huerfanito y que no tenía a nadie en el mundo que le pudiera aconsejar en el paso que iba a dar, por lo que necesitaba la partida de defunción de su padre, de cuya muerte se cumplían ese mismo día treinta y nueve años, diez menos de los que cumplía también ese día Manuel Azaña. Un mes después, el 16 de febrero, la señorita María de los Dolores de Rivas Cherif, sin profesión especial, y don Manuel Azaña, abogado, comparecen ante el notario Alejandro Arizcun y declaran que van a contraer matrimonio y que a ese matrimonio aporta la señorita contrayente una larga lista de bienes, que se detallan a continuación, en concepto de dote inestimada, entregándoselos a su futuro marido para que los administre: los muebles, ya instalados en el número 24 de la calle Hermosilla, piso 3.º izquierda, con recibidor, saloncito, gabinete y despacho, comedor, alcoba, cocina y cuarto de baño, alhajas y ropas, todo lo cual quedó valorado en 45 000 pesetas.

Sólo quedaba contraer el matrimonio. Ni Manuel ni Dolores se echaron atrás y el 27 de febrero de 1929, a sólo un mes de haber fracasado la intentona

insurreccional en la que andaba metido como miembro de la junta de Alianza Republicana, se celebraba en los Jerónimos «la boda de la encantadora señorita Dolores de Rivas Cherif con D. Manuel Azaña, distinguido escritor y alto empleado de la Dirección de Registros». La novia, que vestía un elegante traje de crespón satén y se tocaba con un velo de encaje de Bruselas, entró en la iglesia a los acordes de la marcha nupcial de Mendelsohn y del brazo de su padre y padrino, don Mateo de Rivas Cuadrillero, mientras el novio daba el suyo a la señora del general García Benítez, que representaba a su hermana Josefa, enferma. El mismo general actuó de padrino de Azaña, que llevó de testigo a otro militar de alta graduación, el teniente coronel de Caballería, Ramón de la Guardia, su hermano político. Como testigos firmaron también su amigo, y ya cuñado, Cipriano de Rivas, el director general de Registros, Pío Ballesteros, y Amós Salvador, republicano, masón y viejo amigo. Y para que nada faltara de lo que la tradición exige, terminada la ceremonia, «los asistentes se trasladaron a un hotel céntrico, donde se sirvió un espléndido *lunch* y se organizó un animado baile» y… los novios felizmente casados emprendieron viaje a París para disfrutar allí su luna de miel[366].

15. En la batalla, desde el Ateneo, por la República

Dos meses antes de su boda pronunció Manuel Azaña una conferencia en la sala Rex, de Madrid, titulada «Asclepigenia y la experiencia amatoria de don Juan Valera». Era parte de otro intento de renovación teatral emprendido por el siempre animoso Rivas Cherif, que consistía en organizar unas sesiones en las que se representaba una breve obra teatral por el grupo Caracol (anagrama —escribe él— de Compañía Anónima Renovadora del Arte Cómico Organizada Libremente) precedida de una conferencia a cargo de algún renombrado escritor. Inició el programa Azorín, el 24 de noviembre de 1928, siguió un recital de Natividad Zaro, la representación de *Orfeo* de Cocteau, precedida de un recital de poesía moderna hasta llegar a su amigo, a quien le pareció poco programa organizar una sesión con su conferencia y la representación de «Asclepigenia», porque ni él ni el autor de la obra, Juan Valera, «somos *vedettes*». Tras un intercambio de notas, en el que Azaña ofreció prescindir de su conferencia, decidieron finalmente mantenerla, añadiendo a la breve pieza de Valera una obra de Paulino Massip, *Dúo*, y un acto del teatro breve de Benavente, *Si creerás tú que es por mi gusto*[367].

A la mañana siguiente, 30 de diciembre, los lectores de *ABC* se desayunaron con una crónica de la velada, escrita por Luis Calvo, en la que se refería al «obsequio impagable» ofrecido por el Caracol con la conferencia acerca de Juan Valera. «¡Gran espíritu y gran cerebro los de Manuel Azaña!», exclamaba el cronista. «Su charla —ingenio fino e incisivo, verbo elegante y preciso, sagacidad crítica, noble erudición— cautivó al auditorio durante no se sabe cuánto tiempo, pero muy poco tiempo, ciertamente». Calificado como «uno de nuestros intelectuales que mejor han rehuido los caros halagos de la fama para consagrarse al estudio recoleto y profundo», Azaña había entretenido al público especulando agudamente «sobre la vida, la fisonomía moral y el arte de D. Juan Valera». Lástima de actores del Caracol, venía a decir después, empeñados en destruir los encantos de Asclepigenia. Más contenido, aunque más amigo de Azaña, Enrique Díez Canedo lo presentó en

El Sol como «un orador de palabra justa, sorprendente en la fluidez sin divagación, en lo completo de sus evocaciones, en lo seguro de sus conceptos». Se le oyó con deleite, «casi con más gusto que al propio Valera en su diálogo». De los actores, se limitó a recordar que a los habituales del Caracol, Zaro, Martínez Sierra y Donato, Rivas Cherif, Gorbea y Lluch se había unido Suárez de Deza y, excepcionalmente, la actriz argentina Fanny Brena, a todos los cuales se les dispensó cordial acogida**[368]**.

En su conferencia había dicho Azaña, quizá como evocación oblicua del trance por que estaba pasando: «Postergar el amor es un crimen contra la vida. El saber, la riqueza, la gloria no lo reemplazan. Valera nunca lo postergó». Él sí, él lo había postergado. La adhesión a la vida, la inteligente alegría de don Juan se representaron en el fervor de su culto amatorio: perderse para el amor y dudar de la vida será todo uno. Él, sin embargo, que había postergado más de veinticinco años el amor por haber dudado de la vida, se encontraba ahora recuperado a la vida por haber encontrado, a una edad en la que parecía un viejo, el amor. En adelante ya no prodigará los lamentos por haber llegado tarde a todo, ni volverá a dudar de su vocación. Unos meses después escribe una alegoría del retorno, primer capítulo de un largo viaje, ya sin diálogos, excepto el que mantiene consigo mismo el protagonista que se creía invulnerable a la emoción del regreso. «Asclepigenia» y «Viaje de Hipólito», experiencia amatoria y regreso a casa, son como parábolas de la vida de Manuel Azaña, que a punto de cumplir los cincuenta, cansado de buscarse, encuentra el amor de una mujer muy joven y muy bonita, rubia, llenita, con melena muy corta, escasamente maquillada, vestida con elegancia, y emprende un viaje de vuelta a casa**[369]**.

A la vez que encuentra el amor y regresa a la literatura parece perdido en la política. Todo se ha ido al traste después de la intentona de Valencia. Había que empezar de nuevo y quizá porque se vuelve más casero y gusta de asistir a los estrenos teatrales con su «pequeña esposa», o porque pierde la costumbre de aparecer todos los días por el Regina y porque la tertulia de Carmen Monné se ha reducido al matrimonio jugando al póquer con Sindulfo y Fernando Bilbao, pasan los días sin novedades dignas de mención, aunque los estudiantes manifiestan su rebeldía decapitando un bronce del rey, obra de Benlliure, y arrojándolo al canalillo, como escribe a Cipriano, que viaja por América de director de una compañía de teatro. No informa a su cuñado, sin embargo, de las renuncias a sus respectivas cátedras de personajes como Ortega, Jiménez de Asúa, De los Ríos, García Valdecasas o Sánchez Román ni del escrito de protesta dirigido al dictador por ciento treinta profesores

encabezados por Ramón Menéndez Pidal. Luego, el 27 de mayo, muere Enrique de Mesa, «de un ataque a la cabeza después de una cena feliz en compañía de sus amigazos», como escribe Gómez de la Serna. Era padrastro de Carmen Ibáñez, la mujer de Cipriano, y Azaña le vio en la calle pocas horas antes de su muerte, que le causó una impresión tremenda. A Cipriano le tiene al tanto de la fatal enfermedad de su madre, doña Susana, y del dolor que reina en la casa. En julio y agosto pasa todo el tiempo en Columela, acompañando a don Mateo e intentando sobrealimentar a Lola, que se ha quedado hecha una pavesita. Todo se le vuelve tristeza y presentimientos fúnebres, alimentados por el pesar de no haberle dicho en vida cuánto la quería y en cuánta estima la tenía[370].

Para entonces, Manuel Azaña, que sigue como jefe del Negociado de Registros Especiales, había ascendido en el escalafón de la Dirección General al recibir de Alfonso XIII el nombramiento de Oficial Jefe de Sección de Segunda Clase del Cuerpo Técnico de Letrados del Ministerio de Gracia y Justicia, firmado el 17 de junio de 1929, con unos haberes anuales de 11 000 pesetas. No precisamente un oscuro burócrata, como será fama, sino más bien un funcionario de un cuerpo superior de la Administración, hoy englobado en la Abogacía del Estado. Ni el matrimonio, al que todos los amigos ven muy enamorado, ni el sueldo, que es elevado[371], ni la literatura, que no abandona, le apartan del grupo de Acción Republicana ni de Alianza, donde se discute la posibilidad de disolución por la salida de varios intelectuales, como Marañón, Pérez de Ayala, Salvador, Tapia, Negrín y la defección de Marcelino Domingo, que funda con Álvaro de Albornoz el nuevo Partido Republicano Radical Socialista, porque no ven clara la dirección de compromiso con los monárquicos que Lerroux quiere imprimir a la junta. Azaña critica la escisión, mantiene el compromiso fundacional y colabora con el líder radical en las tareas de propaganda, le ayuda con el correo[372] y hasta llega a presidir con él la Asamblea de representantes provinciales que el 14 de julio de 1929 deberá resolver sobre el problema planteado por la escisión de los radical-socialistas.

Para su gran sorpresa, entre cincuenta y sesenta delegados de Alianza vinieron a Madrid a reunirse de tapadillo en el último piso de un hotel con ánimo de debatir sobre el futuro. Por no dejar que hablara solo Lerroux, Azaña les echó también un discurso que Valle-Inclán se encargó de difundir el día siguiente por todas las tertulias calificándolo de gran éxito. A los padres de Cipriano llegaban noticias de que la suya era la primera cabeza de la República —y a Azaña, cuando Lola se lo decía muy satisfecha, le confiere la dignidad de segunda cabeza[373]—. Hasta los últimos meses de 1929, esa

cabeza defenderá la misma política mantenida por la junta provisional desde que comenzó sus tratos con Sánchez Guerra para participar en alguna acción conjunta contra la dictadura: se diría que le quedan, en la cabeza o donde fuere, rescoldos humeantes del reformista que fue, partidario de incorporarse al sistema político de la Restauración para impulsar su reforma desde dentro. Todavía a finales de noviembre dirigirá una carta a Miguel Villanueva insistiendo en la formación de un gobierno provisional, con «posible participación de los partidos de izquierda», que tendría por cometido la convocatoria de unas Cortes Constituyentes. El plan dejaba en cierta nebulosa la permanencia del rey en el trono durante un periodo que culminaría con la aprobación de la nueva Constitución[374].

Todo cambió, y de forma radical, desde principios del año siguiente. «Atacado insidiosamente todos los días», amenazado por una nueva insurrección militar y falto de apoyo regio, Primo de Rivera, «dando suelta al lápiz» y sin tiempo de releerlas, envió a la Oficina de Prensa unas cuartillas que tenían para él una consecuencia inevitable e inaplazable: su retirada del gobierno[375]. El dictador se fue, la gente salió masivamente a la calle y Azaña tomó nota enseguida de la nueva situación: existe un republicanismo difuso, amorfo todavía pero bastante más fuerte de lo que denotan los partidos republicanos; los antiguos partidos monárquicos están disueltos y no se ve por parte alguna una base política bastante amplia para restaurar una monarquía constitucional y parlamentaria, escribe para la *Revue de Genève*, poco después de escuchar a Sánchez Guerra[376]. Desde la caída del dictador, sólo se puede pensar en un cambio de régimen, dice a María Zambrano y a sus compañeros cuando van a visitarle a su casa de Hermosilla y les anima, puesto que no quieren crear un nuevo partido político, a ingresar en alguno de los existentes[377]. El sentimiento republicano sube como la espuma, las convocatorias se multiplican, las manifestaciones se repiten, un afán por convertir la calle en escenario privilegiado de la política sacude a las principales ciudades españolas, que durante la década anterior habían doblado su población y recibido a grandes contingentes de emigrantes jóvenes. Los cines y teatros en los que se anuncia que algún político, de la situación o de la oposición, iba a echar un discurso del que se esperaba una definición contra la monarquía, por la república, se llenan a rebosar.

Azaña, que se había definido años antes, tomó también la palabra en la presentación del grupo de Acción Republicana, el 8 de febrero, en el local cedido por el Círculo Federal, donde «se congregaron muchos catedráticos, médicos, ingenieros, escritores, farmacéuticos, abogados y personas de otras

diversas profesiones liberales, todos ellos poseídos del mayor entusiasmo republicano», con el propósito de elegir a los representantes de Acción en la junta nacional y local de Alianza Republicana. «Muchos» debían de ser unos ciento cincuenta, que no era un número despreciable para un «grupo» que cinco años antes no había logrado reunir veinte firmas al pie de su primer manifiesto. Ahora, cuando se redacta el segundo, se han multiplicado por seis, decididos a «aunar los esfuerzos de todos para restaurar en España la libertad por medio de la República. Nada más. Nada menos»[378]. A este respecto, pues, ninguna duda, ninguna vacilación: Acción Republicana y, por tanto, Azaña, autor del manifiesto, no contemplan ninguna solución a la crisis que no sea la república: nada de retorno a la normalidad constitucional como si la dictadura hubiera sido un paréntesis, como pretendía Berenguer; nada de convocatoria de unas Constituyentes con el rey en su trono, como querían los constitucionalistas Bergamín y Álvarez; ni de mirar a la izquierda socialista sin dejar de mirar a la derecha monárquica, como todavía aconsejaba Alejandro Lerroux.

En su afán por recuperar presencia pública, la junta de Alianza, representada por Azaña, Giral, Lerroux, Marsá y Martí Jara, visitó al presidente del gobierno, general Berenguer, «para saber si los republicanos españoles podían celebrar el 11 de febrero». Berenguer los remitió al Consejo, que resolvió en sentido afirmativo. Acción Republicana envió a los suyos una circular anunciando el evento y estimulando a todos «a la unión fraternal para mejor servir a la Patria y a los ideales»[379]. En La Bombilla, a mediodía, se volvieron a encontrar todos en un banquete en homenaje a la República de 1873, presidido por el venerable Fernando Lozano, con Pi i Arsuaga, por los federales, Lerroux, por los radicales, y Arauz, por el Círculo Federal, además de Nicolás Salmerón y Ángel Galarza, que representaban a los «abogados republicanos». Hablaron todos y habló Azaña, que procedió al recuento de lo que estaba ocurriendo desde la caída del dictador: «el régimen, forzado a elegir entre someterse o tiranizar, eligió tiranizar, jugándose el todo por el todo. Pues bien, se lo jugó y lo ha perdido»; los partidos republicanos, que antes eran muchos y divididos, aparecen ahora fraternalmente reunidos; a su alrededor, la opinión pública, que ya no es pasiva ni amorfa, les mira y les pide cohesión y valor cívico; los republicanos adquieren una nueva conciencia de su fuerza y perciben «en torno nuestro» una «masa vastísima», indecisa hasta ese momento, que espera de ellos «una guía y una salvaguardia». Hay que responder a esa expectativa por medio de una coalición lo más amplia posible de fuerzas políticas con la única condición de

que todos los coligados se declaren previamente en favor de la República. Se acabaron los experimentos monárquicos y las coaliciones con partidos dinásticos: «hay que contar con las izquierdas españolas todas, y nada más que con ellas», repite Azaña, que no teme ser tildado de sectario. La República, insiste, «cobijará sin duda a todos los españoles; a todos les ofrecerá justicia y libertad; pero no será una monarquía sin rey: tendrá que ser una República republicana, pensada por los republicanos, gobernada y dirigida según la voluntad de los republicanos»[380].

Insistir tan machaconamente en la condición republicana de quienes pretendieran dirigir la República tenía por objeto cortar en seco la concertación de las tres fuerzas, republicanos por el centro, socialistas por la izquierda, monárquicos decepcionados por la derecha, que Lerroux volverá a defender el 21 de febrero. Azaña se mostró pública y tajantemente contrario a esa política enviando a la prensa una carta de respuesta a la pregunta que, también desde los periódicos, formulaba Marcelino Domingo: ¿compartía Alianza la opinión que parecía haber expresado Lerroux? No, responde Azaña, Alianza no ha deliberado nada sobre el asunto de la formación de lo que llaman «con vocabulario de guerra frente único… con los monárquicos más o menos descoloridos por las intemperies últimas». Y, por lo que a él respecta, «soy —escribe— irreductible enemigo de extender nuestro frente por la derecha, como esa extensión no venga precedida del reconocimiento explícito, sin remilgos ni distingos, de la forma republicana»[381]. No que exija un certificado de acendrado republicanismo; él mismo no habría podido exhibirlo, pues el suyo no se remontaba más allá de 1923. No importaba nada lo que se hubiera sido ayer; lo decisivo es lo que se dice hoy: bastaba una declaración de republicanismo para identificarse como republicano e incorporarse al frente único.

También tendría Azaña ocasión de abordar en público una de las cuestiones debatidas en las reuniones para la construcción de un frente común republicano: el lugar que ocuparía Cataluña en el movimiento por la República. Un grupo de escritores catalanes invitaron a los intelectuales castellanos que habían firmado el manifiesto en defensa de la lengua catalana contra los «disparates asimilistas» de Primo de Rivera. Figuraban en la expedición «personajes de mucha cuantía» que salieron para Barcelona en tres tandas, sumándose Azaña a la segunda, la del primer expreso de la noche del 22 de marzo, en la que también viajaban Díez Canedo, Insúa, Millares y Chabás, entre otros. Menéndez Pidal, Ortega, Marañón, Ossorio, y «algunos aventureros, como Sainz Rodríguez», hablaron en el Ritz, que hizo en

Barcelona las veces del Palace en Madrid. En la Diputación, Américo Castro quiso que hablara él, pero Azaña transfirió el encargo a Sánchez Albornoz. Y como en esas reuniones andaban revueltos personajes oficiales monárquicos con los de la Lliga y los republicanos y socialistas, decidieron éstos organizar una comida en el restaurante Patria a la que sólo asistirían las izquierdas. No se encontraba bien Azaña aquel día, con su «neuralgia tremenda», y como le dijeran que no se podía excusar escribió unas cuartillas por si encargaba a un amigo leerlas. No hizo falta: las leyó, produjo algún revuelo y uno de sus oyentes, Joan Lluhí, se las arrancó de las manos para que al día siguiente, 27 de marzo, aparecieran en *La Publicitat*, en primera página, como si se tratara de manifestaciones realizadas expresamente para aquel diario republicano[382].

Era, pues, un texto escrito, leído a los postres de una cena; nada de lo que en él se dice puede atribuirse a improvisación del momento o a la inclinación a halagar a sus oyentes, a quedar bien, de la que Azaña no estaba libre. En su alocución, pretende que el catalanismo político se incorpore a la movilización general, española, contra la monarquía. De ahí su primera tesis política: la libertad de Cataluña y la de España son la misma cosa. Cataluña no se libera contra España: España y Cataluña se liberan frente al Estado español moderno que ha violado la justicia y el derecho. Son palabras que van mucho más allá de todo lo que pudieron escuchar esos días los intelectuales catalanes de labios de Ortega o Marañón, que hablaron en actos oficiales. Él habla ante republicanos en términos de igualdad y de convivencia: son tan fuertes los lazos históricos, espirituales, económicos entre Cataluña y España que no concibe la posibilidad de que algún día se volvieran de espaldas como si nunca se hubiesen conocido. Sin embargo, y llevando al extremo su argumento, no cierra esa posibilidad: si algún día dominara en Cataluña otra voluntad y decidiera remar ella sola en su navío, sería justo el permitirlo… Pero ése no es hoy el problema. Hoy, dice de inmediato, el problema consiste en crear un Estado nuevo dentro del cual podamos vivir todos; a eso se llama lisamente revolución. Y ese Estado ha de salir de la voluntad popular, y a eso se llama República. En resumen, una revolución popular que alumbre una república. Tal es la empresa que interesa por igual a catalanes y castellanos. Si lo consiguen, si logran vivir juntos, respetándose mutuamente, será en virtud de la federación, un concepto que poco después se introducirá en las bases de coalición firmadas en mayo entre Alianza Republicana, el Partido Radical Socialista y el Partido Federal. De momento, Amadeu Hurtado asistía a la revelación de Azaña en Barcelona con «*un discurs sensacional* [que

asociaba] *les reivindicacions especifiques de Catalunya a les aspiracions polítiques de tot Espanya com un factor d'harmonia entre els diferents pobles del país*»[383].

Mientras trabaja por la consolidación y ampliación de Alianza Republicana no olvida la batalla que se está desarrollando por el control de la junta directiva del Ateneo de Madrid. Comenzó pronto, en la primera quincena de febrero, con la triunfal entrada a las tres de la tarde del día 12, y por la puerta principal, de los señores miembros de la junta legítima: Gustavo Pittaluga y Gregorio Marañón, vicepresidentes; Luis de Tapia, Eduardo Bonilla, secretarios; Luis Jiménez de Asúa, Antonio Dubois, vocales; Isidoro Vergara, contador, y Salvador Pascual, depositario. Los porteros, que tenían orden de cerrarles el paso, se lo franquearon para que un notario levantara acta y declarara posesionados de los cargos que ejercían el 7 de julio de 1926, cuando todos ellos fueron destituidos por Real Orden e ingresaron en la cárcel por haberse negado a entregar el Ateneo a los nombrados ilegalmente por el dictador[384]. La vuelta de la junta legítima fue acompañada por el retorno de un considerable y distinguido número de socios que se habían dado de baja a raíz de aquellos hechos. Azaña no se contaba entre ellos, porque aunque ausente del Ateneo, nunca se había dado de baja y hasta había desempeñado algún papel en su supervivencia cuando trataron de hacerlo desaparecer por medio de la fusión con el Círculo de Bellas Artes.

Pasado un mes, los socios del Ateneo fueron convocados a elegir a la junta directiva, formada por los mismos miembros que la repuesta, con la novedad de que Marañón pasaba de la vicepresidencia primera a la presidencia y que estaba vacante el cargo de depositario. Un grupo reducido de chicos, en el que también figuraban dos chicas —una de ellas, la audaz reportera Josefina Carabias—, fueron a ver a Manuel Azaña para que accediera a presentarse y, después de algunas bromas, lograron convencerle, a pesar de su temor a la derrota. La votación fue lucida, en torno a 725 votos para la mayoría de los elegidos con la excepción de Clara Campoamor, que alcanzó 478, y sobre todo, de Azaña, que se quedó en 382 e hizo saber de inmediato, con una nota colgada en la vitrina, que aquella elección no iba con él y que no se haría cargo del puesto asignado[385]. No por eso dejó de participar en la bullente vida del Ateneo, convertido en sucedáneo del Congreso de Diputados, decididos sus socios a mantener viva la exigencia de responsabilidades. Indalecio Prieto, diputado socialista en las últimas Cortes, eligió su salón de actos para pronunciar el 25 de abril un discurso resonante

que fue, más que una definición, una convocatoria a la lucha: «el rey es el hito, el rey es la linde: con él o contra él, a un lado o a otro»[386].

Azaña puso también su grano de arena para que no decayera el entusiasmo. En el coche de Giral y en su compañía y la de Martí Jara viajó a Salamanca para invitar a Miguel de Unamuno, que había realizado una gira triunfal de retorno del exilio, a pronunciar dos conferencias en Madrid, en el cine Europa y en el Ateneo. Había conseguido Alianza Republicana, tras no pocos forcejeos, que el gobierno autorizara el desplazamiento a la capital del ilustre exiliado, que con sólo poner el pie en la estación desencadenó un fenomenal movimiento de estudiantes universitarios que se dirigieron a la estación «con el sano intento de provocar una manifestación que se procuraría degenerase en disturbios», como sabía de «origen fidedigno» el director general de Seguridad, Emilio Mola[387]. El Ateneo anunció su conferencia para el 2 de mayo con un título muy elocuente: «Como veníamos diciendo». No defraudó: «Aquí me tenéis otra vez para reanudar y recomenzar la campaña que llevé a cabo en esta casa. Vengo a daros cuenta de todo lo que aprendí en estos seis años en que viví fuera de España»; y continuó muy en su estilo engarzando anécdotas varias sobre el fondo de la exigencia de responsabilidades. El presidente, Gregorio Marañón, había presentado el acto con un toque de atención y una llamada a la cordura: un nuevo peligro se cernía sobre la vida del Ateneo y era preciso hacerle frente con serenidad, «pues no estamos en horas de gallardías inútiles sino de actuaciones eficaces». Unamuno, rodeado por toda la junta, posó en la escalera para los fotógrafos de modo que la grande cabeza de Azaña, depositario a su pesar, al lado de una semioculta Campoamor, dejó irrebatible testimonio de su pertenencia a la directiva del Ateneo[388].

Por poco tiempo. El 30 de mayo, tras el aplazamiento de la anunciada conferencia de Marcelino Domingo, con los incidentes de rigor y la dimisión y la retirada de la dimisión de la junta, aparecía en el tablón de anuncios una larga nota en la que Marañón, Jiménez de Asúa y Bonilla explicaban las razones por las que no se presentarían a las elecciones para la renovación de la junta, trance que también afectaba a Manuel Azaña y Luis de Tapia, en una crisis de dirección con rasgos similares a la de 1919, cuando Romanones dimitió, retiró la dimisión y acabó dimitido y censurado. Ahora, los dimisionarios afirmaban que el Ateneo debía, «por encima de todo, seguir siendo el baluarte del pensamiento libre y de la orientación más avanzada de la intelectualidad española», pero entendían que «la eficacia de esta actitud se redoblaría manteniendo el sentido tolerante y amplio…». En definitiva, no

querían seguir a la cabeza de un Ateneo lanzado a una carrera que estaban lejos de controlar. Tapia se sumó al escrito de sus colegas mientras Manuel Azaña ni firmó ni tuvo nada que añadir: entendía que nunca había tomado posesión del cargo y que nada de eso iba con él[389].

Con insólita precipitación, el día siguiente de este escrito se celebró la junta general para la renovación de los cargos vacantes. Salieron a elección los de presidente, vicepresidente segundo, vocal segundo, depositario, bibliotecario y secretario primero, para los que resultaron elegidos, casi por unanimidad, Fernando de los Ríos, Sanchís Banús, Martínez Risco, Negrín —sucesor de Azaña en la depositaría—, Agustín Millares y Honorato de Castro. Pero fue visto y no visto: Gustavo Pittaluga, miembro de la junta renovada, envió una carta a Félix Lorenzo, director de *El Sol*, diciéndole que en el Ateneo pasaban «cosas peregrinas» y que ignoraba por qué motivos se había procedido a una elección parcial, a la vez que ratificaba su dimisión irrevocable. También renunció a su cargo, o más bien no aceptó su designación, el recién elegido presidente, Fernando de los Ríos, iniciativa que precipitó una dimisión en cadena, de los cargos renovados y de los que habían permanecido en sus puestos, de manera que el Ateneo hubo de enfrentarse por tercera vez a la necesidad de convocar una nueva elección, esta vez para todos los puestos de la junta.

Y en ese punto fue cuando Azaña se hizo cargo de la situación, con algo más que el apoyo y la complicidad de Valle-Inclán, que reunió en su casa a una veintena de socios para formar una candidatura compuesta exclusivamente por ateneístas. Asistió a esa reunión, con don Ramón guardando cama, Victoriano García Martí, a quien algunos de los reunidos, incluido Azaña, que lo conocía desde los tiempos de París, propusieron para vocal primero, sugerencia que rechazó y que volvió a rechazar cuando se encontraron de nuevo por la tarde[390]. En todo caso, de la alcoba de Valle-Inclán salió una candidatura completa que el 16 de junio aparecía en el tablón de anuncios junto a una especie de manifiesto en el que se ponderaban la capacidad de talento y de trabajo, el dominio de los problemas interiores, la eficacia y la sensación de seguridad que Manuel Azaña transmitía de que «los intereses y los prestigios de la casa estarán con él firmemente sostenidos». Le acompañaban en la candidatura Antonio Royo Villanova, Amós Salvador, Ángel Galarza, Julio Álvarez del Vayo, Isidoro Vergara, Manuel Martínez Risco, Agustín Millares, Honorato de Castro y Miguel Moreno Laguía. Y firmaban la defensa de la candidatura, con Valle-Inclán en cabeza, Pérez de Ayala, Ossorio, Marañón, Pedregal, Bello, Barcia, Alcalá Zamora, Uña,

Lerroux, Urueta, De los Ríos, Hoyos, Camba, Cristóbal, Albornoz, Castro, Salinas y así hasta sesenta y ocho nombres, entre los que también se encontraban Araquistain, Espina, Guzmán, Vighi, Carreras, Lafora y Díaz Fernández, en buena mezcla de generaciones y colores políticos, con la presencia de los dos presidentes anteriores y con ausencia de la otrora juventud maurista aunque con Miguel Maura cerrando la lista[391]. No se presentaba solo, ni era un desconocido Manuel Azaña cuando el 18 de junio obtuvo 485 votos de 517 socios que acudieron a la mesa electoral. Iba a la presidencia del Ateneo muy acompañado, decidido a recuperar su «tradición política» y a desempeñar un papel clave en el proceso de unión de los republicanos y de movilización por la República, y en la exigencia de responsabilidades a la Corona por el desastre marroquí, insuflando nueva vida a la Comisión de los Veintiuno[392].

Mientras culminaba esta batalla por el Ateneo, Azaña empujaba también a los partidos republicanos por el camino de la formación de un frente unido. Fue primero, el 14 de mayo, el pacto entre Alianza y el Partido Radical Socialista por el que se comprometieron a poner en común todos los medios de acción y a coordinar sus esfuerzos bajo la dirección de un comité «hasta conseguir la instauración y consolidación de la República en España». Fue, un mes después, el 12 de junio, la firma de un acuerdo entre Alianza, los partidos Radical Socialista y Federal y la Federación Republicana Gallega con un solo e inmediato fin: implantar la República. Luego, en una reunión en casa de Alcalá Zamora a instancias de Miguel Maura, la hornada de republicanos novísimos, monárquicos hasta ayer, fundó la Derecha Liberal Republicana, abandonando la táctica de pacto con los constitucionalistas defendida por Alcalá Zamora hasta su conferencia de 30 de mayo en el Ateneo. Todo estaba preparado para que desde el mismo Ateneo se convocara a los republicanos catalanes a un encuentro que se habría de celebrar en San Sebastián, ciudad preferida por los «escritores españoles» para el veraneo en familia[393], el 17 de agosto a las 4 de la tarde en el casino de la Unión Republicana.

Acudieron todos: Azaña y Lerroux, por Alianza Republicana; Domingo, Albornoz y Galarza por el Partido Radical Socialista; Alcalá Zamora y Maura, por Derecha Liberal Republicana; Casares, por la Organización Republicana Gallega Autónoma; Aiguader, por Estat Catalá; Carrasco i Formiguera por Acció Catalana; Matías Mallol, por Acció Republicana, y Felipe Sánchez Román, Eduardo Ortega y Gasset e Indalecio Prieto a título individual. La discusión con los republicanos catalanes fue muy viva: a Cataluña, dijo Aiguader nada más comenzar la reunión, le interesa más su

libertad nacional que la República[394]. Maura pidió aclaraciones y a las que ofreció Carrasco i Formiguera respondió agresivamente Albornoz: de modo que pensáis aprovecharos de la revolución para proclamar la independencia de Cataluña. Nueva discusión hasta que finalmente las intervenciones de Lerroux y de Alcalá Zamora —«guiaba yo la discusión hacia la concordia», escribirá éste luego, como si ya hubiera sido investido con la presidencia— parecen dar satisfacción a los catalanes, a costa, sin embargo, de dejar a la interpretación de los asistentes la literalidad de los compromisos contraídos, fuente de múltiples discusiones. Y cuando se pasaba a hablar de otros asuntos, entró Azaña, pidiendo excusas por llegar tarde. Prieto resumió lo hablado y Azaña no dijo nada: quien habría de ser principal responsable político del Estatuto no intervino, y ni siquiera presenció, esta primera discusión en torno al lugar que Cataluña ocuparía en el nuevo Estado español[395].

Un «antecedente chusco» de la idea de recurrir a la bolsa de Juan March para costear los gastos de la revolución —que llevó a Miguel Maura a tratar con sus agentes convencido de que podía sacarle un millón de pesetas— recordará Manuel Azaña a propósito de un manifiesto que pensaba publicar March, si las Cortes le procesaban, dando a conocer las negociaciones con los conspiradores, finalmente fracasadas: no soltó ni un duro. El caso fue que, terminada la reunión de San Sebastián y reunidos en casa de Maura, en Fuenterrabía, recibieron un telegrama de Galarza llamándoles a Madrid para un encuentro urgente con dirigentes del Partido Socialista. Salieron Maura y él, y en San Sebastián se les juntó Prieto. Fueron a cenar a Nicolasa, «donde Prieto se atracó de calamares en su tinta», primera ocasión en que el apetito de que el dirigente socialista siempre hacía gala dejó en Azaña imborrable recuerdo. Cenaba en el mismo restaurante «un señor calvo, aguileño en compañía de una joven rubia, guapísima»: era Juan March, a quien Prieto, durante la cena, dirigió algunas bromas, diciéndole: «Ya podía usted desprenderse de dos millones, para congraciarse con la revolución, y que no le haga nada». March se sonreía, como un conejo, recordaba Azaña[396].

Además de todo este trabajo de organización y agitación, Azaña encontró tiempo durante estos meses para sacar a la calle la edición de *Valera en Italia. Amores, política y literatura*, y para preparar con esmero la conferencia impartida en el Lyceum Club Femenino el 3 de mayo sobre un tema bien alejado de las inquietudes del momento: «Cervantes y la invención del Quijote». Un Cervantes en el que el conferenciante volverá a buscar los rasgos que gustaba proyectar sobre su propia vida, la indolencia, la relativa oscuridad, la tardía culminación, la soledad del goce interior, con esta

singular evocación: Cervantes «se tomó la pausa y el remanso de quien estuviera seguro de vivir cien años. Apacentaba su indolencia en las promesas rientes de la vida interior, fastuosas como ninguna realidad del mundo […] un dios benigno, el genio protector de la gran Compluto, le privó de ganar con la pluma […] Menos estimado de lo que pensaba merecer, dolido de su oscuridad, Cervantes, que refrenase o no los piques de la emulación ocasionada al rencor y desaires, debía de ser no tan campechano como su facundia promete, y más capaz de cobrar autoridad en un momento crítico que ir sembrando a voleo adhesiones frívolas. Hombre de culminación tardía, de los embobados por cierta música que ellos solos perciben»[397].

Azaña no se disculpa ante las señoras del Club que preside María de Maeztu por la elección de un tema distante de las preocupaciones del momento. Hablar es un placer, contagioso y comunicable; o mejor, el placer de quien habla está sujeto al placer de ser hablado. Y eso ocurre hablando de lo actual como hablando de lo que por no ser actual es perdurable, de lo que pasa y de lo que nunca deja de pasar. Habló de Cervantes, que nunca pasa; hablará de la revolución, que va a pasar. La ocasión fue la convocatoria de un gran mitin republicano en la plaza de toros de Madrid el domingo 28 de septiembre de 1930. Ya desde las ocho de la mañana la concurrencia era extraordinaria. En los palcos, la bandera republicana, con sus tres colores, no era la única. Aquí y allá, colgaba también alguna «completamente encarnada alguna blanca y roja y alguna morada completamente». En los tendidos llamaba la atención la presencia de algunas «damas» que tampoco faltaban en el ruedo, donde predominaban los jóvenes, muchos de ellos socialistas que repartían propaganda animando a los asistentes a engrosar sus filas con objeto de construir la nueva España. Mujeres y jóvenes, dos presencias que se afirmarán con mayor intensidad a medida que pasen los meses. También la de los forasteros, otros habituales de todas las manifestaciones que se celebran en Madrid y que habían venido en número de diez mil, mil quinientos de ellos de Valencia, provincia de probado republicanismo[398]. La gente, sin distinción de edad, sexo o condición, había comenzado a echarse a la calle rompiendo los espacios en que celebraban sus reuniones los «señores republicanos». Los ojos de aquellos señores, que habían perdido la costumbre de encontrarse con multitudes, no daban crédito a lo que estaban viendo.

Y algo de la emoción de un descubrimiento hay en las palabras de todos los oradores. A las diez en punto, cuando la plaza presentaba ya «un aspecto imponente», se cerraron las puertas y policías y guardias civiles procedieron a desalojar sus alrededores de la multitud que pretendía entrar aunque ya nadie

más cabía y Giral, presidente de la comisión organizadora, daba comienzo al acto. Cuando llega el turno de Azaña, lo primero que se le ocurre, «delante del pueblo congregado hoy aquí, es saludar en vosotros la manifestación de la voluntad nacional». Es el pueblo que se afirma frente al rey —como le habría gustado escuchar a su mejor amigo de estos años, Enrique Martí Jara, muerto en plena juventud— en ese nuevo escenario de la política, la plaza de toros, el «polo plebeyo» sobre el que, junto al polo elegante del Teatro Real, gira Madrid[399]. Ahí se constituyen las «Cortes espontáneas de la revolución popular» para notificar a quienes detentan los poderes públicos «el fallo irrevocable» de la voluntad de todos los españoles: «no nos da la gana de seguir siendo vasallos; queremos libertad». El pueblo, sujeto de la revolución, es el «jurado competente que pronunciará su definitiva sentencia contra un régimen que llamándose nuevo es el encubrimiento de lo más podrido y bastardo del régimen anterior». La audiencia en la que el pueblo se reúne para pronunciar su sanción es la calle; la sentencia no puede ser otra que la República. No prometerá Azaña «una era de felicidad, de ventura y de grandeza», pues la libertad no hace felices a los hombres; los hace simplemente hombres: «Seamos hombres, decididos a conquistar el rango de ciudadanos o a perecer en el empeño. Y un día os alzaréis a este grito que resume mi pensamiento: ¡Abajo los tiranos!». Tal es la sustancia de lo que Azaña denomina revolución popular[400].

Confirmada la unión y celebrada la asamblea de Alianza Republicana con la designación de un consejo o junta nacional que eligió a Lerroux, Marsá y Guerra del Río por los radicales, y a Giral, Azaña y Honorato de Castro —ocupando el lugar de Martí Jara— por Acción para formar su comisión ejecutiva, quedaba por incorporar a los socialistas al pacto de San Sebastián[401]. El comité revolucionario delegó en Azaña y Maura para los primeros contactos y, luego, en Azaña y Alcalá Zamora, que se reunieron el 19 de octubre en casa de Besteiro, partidario del aislamiento socialista, con éste y con Largo Caballero y De los Ríos, favorables a la incorporación. Azaña y Alcalá Zamora expusieron los trabajos realizados y su plan para el porvenir, y les recordaron que todos los elementos comprometidos, incluso los militares, pedían que los socialistas entrasen en el comité revolucionario, como garantía de solvencia y seriedad. Lo que solicitaban de ellos era lo de siempre: que cuando los militares se echaran a la calle, «el pueblo les ayudase, ya que no querían que apareciera como una cuartelada». Militares fuera de los cuarteles y pueblo en la calle: si el objetivo de la revolución era el propio del siglo XIX —venimos en el siglo XX a recuperar la libertad

conquistada en el siglo XIX, y en el siglo XX perdida, rezaba el manifiesto republicano de 1926—, sus agentes y su escenario tenían que ser decimonónicos: nada de tomas del poder por minorías audaces, al estilo bolchevique o fascista. De lo que se trataba era de repetir la tradición: militares, pueblo y clase media; insurrección armada, huelga general y republicanos tomando el poder. Como garantía de seriedad, los republicanos ofrecieron a los socialistas dos puestos en el comité revolucionario.

Una vez más, como en 1917, los socialistas tuvieron que discutir si se embarcaban en una operación que exigía de ellos la convocatoria de una huelga general para derrocar la monarquía, instaurar una república como vía al socialismo y confiar los puestos de mando a partidos burgueses obteniendo como contrapartida una participación en el futuro gobierno. Quienes se lo proponían les dieron la impresión de ser sinceros, serios, de garantía, quedamos satisfechos de la entrevista, dirá Largo cuando ofrezca al XIII Congreso de su partido el relato de lo sucedido. De modo que sin perder un minuto, al día siguiente de esta entrevista, las dos ejecutivas reunidas examinaron la cuestión. Hay que estar dentro, decía Largo al defender la presencia de la organización obrera en el movimiento republicano con la misma determinación que había defendido la participación en las instituciones de la dictadura. Las razones eran las de siempre: además de dar al gobierno provisional «garantías de solvencia», sólo desde dentro se podrá «influir de manera decisiva en la orientación de la revolución». Por una mínima diferencia de ocho votos contra seis la ejecutiva acordó aceptar la oferta, incrementada de dos a tres, y «declarar la huelga general donde haya elementos comprometidos, para que éstos, tan pronto se encuentren en la calle, se vean asistidos por el pueblo que los anima»[402].

En una nueva reunión, a la que asistieron los elementos militares además de los dos republicanos y los tres socialistas, quedó establecido que la huelga general se declararía en toda España. Y ya en vísperas de la proyectada insurrección, los miembros del comité revolucionario, que se reunía casi a diario en un despacho del Ateneo, decidieron publicar un manifiesto llamando a la revolución —que «será siempre un crimen o una locura donde quiera que prevalezcan la justicia y el derecho pero es derecho donde prevalece la tiranía»— además de «asumir las funciones del Poder público con carácter de Gobierno Provisional». Procedieron también a distribuir las carteras ministeriales, con la considerable sorpresa para los republicanos históricos de ver cómo iban a parar a manos de los más recientes conversos al republicanismo las de mayor responsabilidad: presidencia y gobernación para

Alcalá Zamora y Maura, mientras los radicales Lerroux y Martínez Barrio se contentaban con Estado y Comunicaciones. A los tres socialistas que desde la sesión de la ejecutiva de 20 de octubre fueron designados para formar parte del comité revolucionario, De los Ríos, Prieto y Largo Caballero, se atribuyeron Justicia, Hacienda y Trabajo. Casares, Albornoz y Domingo se harían cargo de Marina, Fomento e Instrucción. Luis Nicolau d'Olwer fue a Economía, y Manuel Azaña, como era de prever por sus antecedentes reformistas, quedó como responsable de Guerra.

Cuando el 20 de noviembre de 1930 pronuncia Azaña la conferencia inaugural de curso del Ateneo quedaban sólo tres semanas para la proyectada insurrección y todo el mundo que contaba en la vida intelectual y política se había definido ya por la república, incluso Ortega, que acababa de publicar en *El Sol* un artículo sensacional: «El error Berenguer». Azaña, por su parte, se remontó a la primera generación de ateneístas como punto de arranque de un proyecto político truncado por la defección de la burguesía liberal, que prefirió buscar refugio en manos militares y bajo el manto protector de la Iglesia, y no llevó a término su revolución. Había que culminar aquel proyecto, que ahora ya no podía consistir en una revolución puramente burguesa, sino que debía entroncar con las fuerzas populares en el común propósito de conquistar el Estado para rehacer la sociedad. Por eso, la acción política tampoco puede limitarse a una restauración de las viejas libertades con el reconocimiento de la Corona, como pretendieron los revolucionarios liberales cuando se empeñaron en que su revolución restauraba instituciones arcaicas y no dudaron en torturar «la tradición para autorizar su obra política». En tiempos más recientes, «un apóstol, casi un mártir de la regeneración española estaba también poseído del mismo afán». Pena perdida: había que liberarse de ese morbo histórico. Ni Toreno ni Costa sirven como guías de la acción propuesta, que es el derrocamiento de la monarquía como condición de la instauración de una democracia. Por eso, el edificio que se trata de construir no se puede «fundar en las tradiciones españolas sino en las categorías universales humanas»: hay que liberarse del pasado, de los intentos de regeneración de lo español. La empresa que aguarda es otra: unir la inteligencia y los «batallones populares» para el último asalto a la monarquía. Lo español que subsista será únicamente lo compatible con esas categorías universales humanas, con la democracia como marco de la vida política. Abundar en lo español, dice Azaña, lleva a «risibles anacronismos y mascaradas»**[403]**.

Todo esto era como la síntesis de lo que ha ido elaborando en sus incursiones por el reinado de Alfonso XI y por la rebelión comunera, en su crítica a los compromisos de los liberales, al historicismo de Costa y los dislates de Ganivet, al ensimismamiento del 98 y al abstencionismo de Ortega. En este punto, Azaña no podía recordar de la tercera generación del Ateneo, la del 98, sus ideas políticas, que las había dado por no tenidas, ni su consigna de sumergirse en los campos de Castilla o en las profundidades del Quijote para encontrar la roca sobre la que instaurar la libertad y la república. Buen conocedor del pasado, sabiéndose de memoria las limitaciones del liberalismo español y poco inclinado a la construcción de mitos historicistas, no reivindica la llamada a la intrahistoria. Sin embargo, a la acción política de ruptura con la monarquía le venía bien alimentarse de la negación radical del presente que introdujo aquella generación, antes denostada por exhibicionista. El Ateneo, recuerda Azaña, se hizo entonces numeroso, bullicioso y libre como nunca: «los hombres del 98 instauraron la actitud de repulsa, trazaron el ángulo crítico y abrieron así el cauce al movimiento inaugural de una edad nueva». Rompieron con cuanto el Estado representa: ésa resulta ser ahora su mejor contribución a la movilización por la República. Si la tarea que aguardaba era la de liquidar el morbo histórico negando el presente, entonces el manantial primero del que surgió la ola de protesta que estaba a punto de sumergir a la monarquía había que buscarlo en la aurora del siglo.

Y así, por vez primera, Azaña, apagados ya los últimos rescoldos de su reformismo, se declaraba dispuesto a compartir la actitud de rechazo de todo lo existente y se dejaba contagiar en este punto por la protesta del 98, aunque siguiera teniendo en nula estima sus ideas políticas. El mismo político que en 1923 había lamentado que los españoles no se aprovechaban del esfuerzo ni del saber de sus antepasados, que cada cual aprendía que el fuego quema cuando pone las manos en las ascuas; el mismo que había rechazado por primitiva, un poco salvaje y fastidiosa en demasía esa actitud**[404]**, no teme proclamar ahora: «Si me preguntan cómo será el mañana, respondo que lo ignoro; además, no me importa. Tan sólo que el presente y su módulo podrido se destruyan». Empezar la historia de cero: no son sólo los ecos de la protesta del 98 los que alimentan el discurso de la revolución popular contra la tiranía reinventado por Azaña a medida que avanzaba el año 1930 y la monarquía iba perdiendo, uno tras otro, todos sus apoyos sociales y políticos. Resuenan también en estas palabras de Azaña los ecos de la consigna con que Ortega cerró famosamente su artículo: «Españoles, no tenéis Estado. Reconstruidlo. *Delenda est Monarchia*».

Militares en la calle y obreros en huelga: ése era el proyecto republicano-socialista para el 15 de diciembre de 1930. Azaña, perfectamente al tanto de lo que se tramaba y de lo ocurrido tres días antes en Jaca, había tomado entradas para asistir esa misma noche a la representación de *Boris Godunov* en el teatro Calderón. En un entreacto se le acerco Pedro Rico, delegado de Madrid en la junta de Alianza, para decirle que la orden de detención de los miembros del comité revolucionario y firmantes del manifiesto llamando a la revolución ya había sido cursada y que la policía andaba buscándole. Con ayuda de su cuñado, logró desaparecer del teatro por el foso y salir por una puerta trasera para pernoctar en casa de Martín Luis Guzmán, de donde se trasladó el día siguiente a la de Sindulfo de la Fuente y más adelante a un hotelito situado por las alturas del Hipódromo hasta acabar en la casa de su suegro, en la calle Columela, donde estaba seguro de que la policía no iría a buscarle y donde podía disfrutar de la compañía de Lola sin levantar sospechas. Allí se pasaba el día recluido en su habitación, escribiendo la novela a la que venía dando vueltas desde tiempo atrás: *Fresdeval*, una historia de dos familias alcalaínas en las que de nuevo vuelve sobre su propia historia, la de su casa, su familia, los lugares y las escenas de su infancia y juventud, remontándose al siglo XIX en un intento de dar profundidad histórica y contenido político y social a las antiguas divagaciones en torno a su yo hablando a solas consigo mismo[405]. Funcionario al fin, tuvo la precaución de enviar al director general una solicitud de licencia sin sueldo por el máximo tiempo autorizado para cuidar fuera de Madrid una «afección nefrítica» de la que decía haber empeorado. Y como el encierro se prolongase, remitió un certificado médico, firmado por otro ilustre socio del Ateneo y médico también del príncipe de Asturias, Salvador Pascual, que recomendaba una temporada de reposo y de clima templado para curar el «cólico nefrítico» del que venía tratándole desde hacía dos años[406].

16. MINISTRO DE LA GUERRA Y ALGO MÁS

«¿Qué es de V.? ¿Dónde está?», preguntaba Niceto Alcalá Zamora desde la cárcel a su «querido amigo e insigne compañero» Manuel Azaña en carta de 22 de enero de 1931. Todos —Miguel Maura, Francisco Largo Caballero, Álvaro de Albornoz, Santiago Casares y Fernando de los Ríos— anhelamos «conocer su paradero, su actividad siempre tan útil y su parecer de orientación certera». En lo primero, Azaña fue muy parco: excepto los íntimos, nadie supo dónde estaba; en lo segundo, sólo su suegro, su mujer y su cuñado sabían que su actividad predilecta consistía en escribir una novela; en lo tercero, sin embargo, estaba Alcalá Zamora al cabo de la calle: su parecer era que «la coalición política resultante del pacto de San Sebastián se había hecho para traer la República mediante la revolución, pero no para labrar la felicidad gubernamental del grupo constituyente ni para facilitar al rey el único ensayo de salvación que le resta»[407]. Eso mismo venía diciendo desde la caída de Primo de Rivera, hacía ya un año: que los ensayos monárquicos se habían terminado, que sólo quedaba la revolución. Y eso fue lo que repitió desde su retiro cada vez que tuvo ocasión de comunicarse con el exterior.

Porque, a pesar de lo que dejó escrito Alcalá Zamora: «De todos teníamos noticias excepto de Azaña, a quien parecía habérselo tragado la tierra», lo cierto es que había dado muestras sobradas de su existencia y de sus pareceres, fueran o no de orientación certera. El 28 de marzo, el mismo Alcalá Zamora, ya en libertad tras la sentencia del Consejo Supremo de Guerra, le enviaba otra nota recomendándole que no se presentara «por ahora, esperando la amnistía, puesto que no gozaría de libertad provisional ni de condena condicional y el proceso no tendría ya interés ni efecto político», e informándole de que conocía «su modo de pensar en plena coincidencia con nuestra nota de febrero». Con «su modo de pensar» se refería a un «Proyecto de nota colectiva» escrito por Azaña después de una reunión mantenida con Lerroux y otros amigos el 17 de febrero, que Lerroux había entregado a dos compañeros del comité y que Azaña envió a Felipe Sánchez Román con una larga carta el día siguiente, reafirmándose en la vigencia de la coalición

pactada en San Sebastián, en su programa de «revolución y república», en la convocatoria de Cortes Constituyentes sólo después de proclamada la República, en la vigencia del gobierno provisional desde el 15 de diciembre y en la negativa a recibir poderes de la Corona. Pedía además a Sánchez Román que, una vez leído su proyecto, lo transmitiera a Alcalá Zamora, que en sus *Memorias* se olvida, e insiste: el caso de incomunicación de Azaña fue tal que en la cárcel llegaron a «tenerlo por dimitido»[408].

Mientras un jurado compuesto por Azorín, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez Canedo, Pedro Sainz Rodríguez y Ricardo Baeza declaraba su libro recién publicado, *Plumas y palabras*, «El mejor libro del mes»[409], Azaña escribía el 5 de marzo a Lerroux, inquieto por una noticia que le llegaba de Giral: «que nuestros amigos de la cárcel han nombrado un comité central, cuyas funciones desconozco». El líder radical le respondió que «los de la cárcel» habían acordado la formación de un comité integrado por Jiménez de Asúa —en representación de Sánchez Román—, Gordón Ordás y Rafael Sánchez Guerra, además de un representante del PSOE y de la UGT[410]. Tal vez por estos movimientos de última hora, que pretendían sustituir el gobierno provisional por un nuevo comité escorado a la derecha y controlado desde la cárcel, quiso dejar Azaña dos muestras más de su existencia en periódicos muy alejados de sus gustos y preferencias. La primera, un artículo publicado en *La Tierra* el 2 de abril, en el que volvía a defender sus conocidas tesis e interpretaba como reconocimiento oficial del gobierno provisional y de debilidad del régimen la visita de Sánchez Guerra a la cárcel para ofrecer la paz, dando en prenda carteras ministeriales. Ocho días después, en vísperas de las elecciones municipales, respondía a un cuestionario de *Solidaridad Obrera*, manifestando su escepticismo ante la posibilidad de una «dimisión» de la monarquía en el caso de triunfo de las candidaturas republicano-socialistas en las inminentes elecciones municipales, a las que daba valor de plebiscito. En su opinión, lo más probable era que, ante la manifestación de la voluntad popular, el ejército no secundaría otro atropello como el de 1923. La República no sería producto de un pronunciamiento más, sino de un «alzamiento nacional»[411].

Las elecciones se celebraron, la coalición republicano-socialista triunfó en las capitales y principales núcleos de población y la gente, al enterarse de la derrota monárquica, comenzó a salir a la calle con banderas y cantares de República. El comité estaba reunido en casa de Alcalá Zamora el día 12 por la noche cuando Cipriano de Rivas pidió a Josefina Carabias y a Mercedes, propietaria de un automóvil, que hicieran el favor de llevarle desde el café

Lyon por Castellana arriba. Llegaron a Martínez Campos, Cipriano bajó del coche y Carabias dijo a su amiga: «Ya está aclarado el misterio; va a casa de Alcalá Zamora». Quedaron las dos chicas a la espera cuando vieron aparecer a un señor corpulento, con sombrero y, sobre los hombros, capa española. «De manera que son las ateneístas guapas que vienen a raptarme», las saludó Azaña, y subió al coche con el buen humor que la presencia de Carabias le despertaba. Venía preocupado porque nunca había creído en la posibilidad de un cambio de régimen culminado de la noche a la mañana y ahora temía que «agentes provocadores» pudieran echarlo todo a rodar. El rey, decía, «ni se ha ido ni se irá, ni tiene por qué irse, al menos por ahora. Y si la gente se empeña en salir a la calle, los que tendremos que irnos mucho más lejos seremos nosotros». «Usted siempre tan optimista», comentaron ellas, mientras Cipriano las guiaba por Velázquez hasta Hermosilla: «Llevo ya mucho tiempo escondido en mi casa», dijo a sus acompañantes cuando mostraron su sorpresa por el destino final del paseo[412].

Escondido y entregado a la escritura de la novela de toda su vida, que se le iba «cuajando tan bien», vinieron a buscarle a su casa a las dos y media del martes, día 14, Rivas Cherif y Guzmán para advertirle de que le esperaban los compañeros del gobierno provisional en el hotel de Miguel Maura, en la calle Príncipe de Vergara. Desde allí, distribuidos en varios coches, la revolución popular los llevó en volandas, aunque abriéndose paso difícilmente a través de una muchedumbre inmensa, a la Puerta del Sol. De modo que era esto la revolución, ni insurrección ni huelga general, sino oleada de entusiasmo y alegría popular que ahorraba a los dirigentes republicanos la necesidad de tomar ninguna medida que no fuera dejarse llevar al centro simbólico del poder, desertado previamente por sus moradores; una noche memorable de 14 de abril en la que el comité salió al balcón del Ministerio de la Gobernación trasmutado en gobierno provisional de la República Española. Hacia las 11 de la noche, Manuel Azaña, acompañado por el capitán de artillería Arturo Menéndez, en un taxi y los dos solos, se dirigieron al palacio de Buenavista, donde le esperaba el subsecretario del Ministerio del Ejército, general Ruiz Fornells, a quien muy pronto confirmaría en su cargo. A partir de este momento, ya no habrá tiempo para la literatura. Adiós, *Fresdeval*; adiós, dudas y vacilaciones. En adelante, todo será política[413].

En el telegrama que esa misma noche envió a todas las guarniciones militares, además de una referencia al patriotismo y a la disciplina, saludó a los generales, jefes, oficiales y tropas y les notificó que se hacía cargo del Ministerio del Ejército, denominación modificada por la tradicional, de la

Guerra, en el mismo decreto de su nombramiento aparecido a la mañana siguiente, en la *Gaceta* del 15 de abril[414]. Era, en todo caso, el Ejército, más que la Armada y la Aviación, lo que había constituido materia de sus escritos en los años de militancia en el Partido Reformista y lo que había sido objeto de sus críticas cuando denunciaba los obstáculos para la democratización de la monarquía. Ahora había que demostrar que el nuevo régimen tenía, hacia el ejército, una política y el nuevo ministro no perdió tiempo para exponer sus intenciones. Lo hizo, de palabra, en la primera ocasión que tuvo de dirigir una breve alocución en un acto militar, el fin del curso de capitanes en la Escuela Central de Tiro: tras recordar los lazos de sangre y simpatía que le unían al ejército, felicitarse porque la República había venido pacíficamente, sin intervención militar y asegurar que a ningún militar se le preguntaría de dónde venía y cuáles eran sus convicciones, anunció la necesidad de reforma para convertir al ejército en arma eficaz de la defensa nacional. Y lo hizo, por escrito, en los sucesivos decretos que contenían las principales reformas. En ellos, el nuevo ministro, acostumbrado a la redacción de recursos gubernativos y de resoluciones de la Dirección General de los Registros, aprovechó los preámbulos para dar cuenta, de su puño y letra, de los contenidos de su programa, las razones que aconsejaban cada una de las medidas, los fines que perseguían, la legitimidad en la que se asentaban.

Tras el decreto de la presidencia del Gobierno provisional derogando la ley de 23 de marzo de 1906, «denominada de Jurisdicciones», las órdenes sobre aplicación de la amnistía decretada el 14 de abril y los ceses y nombramientos de los capitanes generales de todas las regiones militares y de los generales al mando de divisiones[415], comenzó sus reformas con el decreto de 22 de abril que establecía en su artículo 1.º la obligación de todos los jefes, oficiales y asimilados de prestar en el plazo de cuatro días «promesa de adhesión y fidelidad a la República». Azaña aprovechó la ocasión para impartir una lección sobre los acontecimientos recién vividos dándose buena maña para traer a la vista todos los conceptos sobre los que iba a construir su política. «La revolución de abril, que por voluntad del pueblo ha instaurado la República en España, extingue el juramento de obediencia y fidelidad que las fuerzas armadas de la Nación habían prestado a las instituciones hoy desaparecidas». Ahí están ya todos los protagonistas, del futuro y del pasado: revolución, pueblo, República, España, fuerzas armadas, Nación, instituciones desaparecidas. La República es la Nación que se gobierna a sí misma. El Ejército es la Nación organizada para su propia defensa. El ministro espera que generales, jefes y oficiales manifiesten, con la fórmula de adhesión y

fidelidad, los mismos sentimientos de todos los ciudadanos españoles y se complace en mostrar su satisfacción por la conducta de los militares en los días que acababan de transcurrir. Naturalmente, los militares que rehúsen prestar esa promesa será porque prefieren abandonar el servicio. No deben tomarlo como sanción sino como simple constatación de un hecho: si no quieren prometer fidelidad a la República pueden considerar roto su compromiso con el Estado.

Sobre la base de la fidelidad de los que opten por permanecer en las fuerzas armadas era preciso proceder a una drástica reducción de efectivos. El decreto, que se hará famoso con el título «de retiros» y como «ley Azaña», es breve y claro en su articulado, muy largo en su exposición de motivos. La reforma militar habrá de desarrollarse en dos etapas: la primera, más urgente y sencilla, «la acometerá desde luego el Gobierno, en virtud de los poderes que la revolución ha puesto en sus manos»; la segunda quedará diferida a las Cortes, limitándose ahora el ministro a insistir en la exigencia de disciplina, obediencia y silencio. Pero en tanto que las Cortes no estatuyen sobre el régimen definitivo del ejército, es urgente resolver el problema planteado por «el enorme sobrante de personal» que afecta a todas las escalas. ¿Cuánto sobrante? ¿En qué escalas? Azaña no lo dice ni lo sabe. La fórmula, muy simple, consiste en conceder el pase a la situación de segunda reserva, con el mismo sueldo que disfrutan en su empleo en la escala activa, a todos los generales, y el pase a la situación de retirado, en idénticas condiciones, a todos los jefes, oficiales y asimilados que lo soliciten en el plazo de treinta días. Del albur de miles de decisiones individuales iba a depender el tamaño del futuro ejército[416].

Vinieron después los decretos relativos a la jurisdicción militar, al cierre de la Academia militar, sobre provisión de destinos, anulando ascensos por elección, de reorganización del ejército y de supresión de las regiones militares, además de otros sobre diversos aspectos técnicos y administrativos. El sentido de esa avalancha consistía en librar al Estado del militarismo y a los militares del «despotismo ministerial». Para conseguirlo propuso, además de la reducción de efectivos, la reorganización de unidades que daría como resultado la formación de un ejército nuevo cuya única misión consistiría en la defensa de la patria en tiempo de guerra y la preparación para la guerra en tiempos de paz. Las dieciséis capitanías generales se redujeron a ocho divisiones orgánicas, quedaron suprimidas las regiones militares, abolidos los títulos, honores y prerrogativas de capitán general y suprimida la jerarquía de teniente general; el Estado Mayor Central fue restablecido y se creó un

Consejo Superior de Guerra y, dos días antes de la apertura de las Cortes, quedaron unidas por decreto las escalas activas y de reserva retribuida, poniéndose fin a la «innecesaria y antidemocrática distinción entre los militares de carrera y los procedentes de la clase de tropa». Fue una rápida sucesión de medidas que dejó paralizados a sus posibles adversarios y, aunque extendió el descontento en altas jerarquías militares[417], mereció elogios no sólo de la llamada prensa militar, consciente de la necesidad de una reforma que hiciera más operativo al ejercito y redujera las dimensiones de su macrocefalia, sino de la Cámara de Diputados, aleccionada por José Ortega en una insólita intervención en la que solicitó el homenaje del aplauso al ministro que había realizado una «maravillosa e increíble, fabulosa, legendaria, reforma radical del Ejército»[418].

Hasta ese momento, Manuel Azaña no se había revelado todavía como orador parlamentario: el instrumento preferido de acción política, en su relación con los militares, fue el decreto, convencido como estaba de que el problema militar se resolvía por medio de leyes. «Me he propuesto presentarme a las Cortes con el problema militar resuelto», dijo a los periodistas a principios de junio de 1931. Para el 14 de julio, día de apertura de las primeras Cortes de la República, estaba seguro de que «el problema no sólo estará resuelto, sino que no existirá». Esta sorprendente confianza en la fuerza de la ley, no ya para solucionar un problema histórico, sino para hacerlo desaparecer de la escena, guarda una obvia relación con su calidad de funcionario, de alguien que cree resolver problemas cuando dicta una resolución de obligado cumplimiento. Los militares estaban vinculados por juramento de obediencia al poder legítimo de la República. Su misión consistía en obedecer. Sin duda, debían ser bien mandados, con la razón, no con palmadas en la espalda, ni con promociones de favor o por medio de redes clientelares; y Azaña creía tener razón al aprobar por decreto su serie de reformas. A los militares no se les iba a preguntar por sus convicciones; lo único que se les iba a exigir era el cumplimiento estricto del deber y la lealtad absoluta al régimen constituido.

Pero habría que ver también en esta confianza un resultado de esa manera de revolución por la que el ministro de la Guerra identificaba el origen de la legitimidad del nuevo régimen en un «alzamiento nacional de la democracia republicana contra la tiranía». «Nosotros hemos venido al gobierno traídos por una revolución», repetía cada vez que la ocasión se presentaba. Y porque así había venido la República, no sólo por el sufragio, sino porque «antes ha habido revolución», entendió su entrada en el palacio de Buenavista como

colofón de un acontecimiento que obligaba a la República a ser radical y que había dejado el terreno libre para rehacer desde la raíz el Estado y la sociedad: había llegado de modo tan natural, tan fácil, que todas las cautelas y dudas previas a su instauración desaparecieron por el simple mecanismo de atribuir la nueva realidad a una revolución cumplida, terminada. Tal vez por esta razón, y por entender la relación del ministro civil con sus subordinados militares de manera abstracta, sin pensar en la incorporación de generales a los planes de reforma, sin buscar apoyos, sólo por el ejercicio de una autoridad legitimada por una revolución, insistiendo una y otra vez en la disciplina a la que por profesión y juramento estaban obligados, no prestó atención al malestar que algunas medidas extendían, sobre todo, entre los afectados por la revisión de ascensos, un añadido a la reforma que acabó por contaminar la percepción de todo lo demás. El ministro prefirió apoyarse en su ayudante, Leopoldo Menéndez y en su gabinete militar, dirigido por Juan Hernández Saravia, dos comandantes en los que encontró sus más estrechos colaboradores, por su honestidad y desinterés: raro caso, escribió en su diario, ninguno de los dos le había pedido nada[419].

Ésa era la clase de revolución que Azaña estaba preparado para poner en marcha desde el ministerio de la Guerra: reformar por medio de decretos y leyes, sin tejer previamente complicidades y apoyos entre altos mandos militares. Por supuesto, no fusiló a nadie ni purgó a sus mandos, ni prescindió de nadie porque hubiera servido antes lealmente a la monarquía. Es más, tuvo que defender a su subsecretario de las ansias depuradoras del círculo de militares republicanos, al estilo de Ramón Franco, que le reprochaban su blandura. Cuando pronuncia discursos dedicados a temas militares, cuando defiende ante las Cortes su política militar e interviene en los debates para aprobar los presupuestos de defensa, su famoso antimilitarismo no luce por parte alguna. Se sintió algo más que molesto por la actuación de la Comisión de Responsabilidades del Congreso y opinó que la «prisión colectiva de los generales», decretada por aquélla, era «un acto impolítico»; no le gustaba nada que anduvieran trayendo y llevando a Sanjurjo y consideraba que el ejército necesitaba «calma y quietud para echar piel nueva». Su experiencia de la Gran Guerra le había enseñado que no hay nación libre sin ejército eficaz y que no se puede aspirar a desarrollar una política internacional sin fuerzas armadas dotadas de un presupuesto suficiente. Sin duda, cuando se trata de política internacional, Azaña no pasará nunca de proponer una «continencia decorosa», pero incluso para ese tipo de presencia se requería un ejército eficaz y una «poderosa escuadra»[420].

El trabajo en el Ministerio no ocupaba todo el tiempo ni toda la atención del ministro de la Guerra. Azaña era cabeza de un grupo político que hasta la instauración de la República había actuado como una plataforma de apoyo al Partido Radical y, más personalmente, a su líder Alejandro Lerroux, en el marco de Alianza Republicana, situación que era preciso modificar con vistas a las batallas electorales y a la orientación política del gobierno. Había que definir la personalidad de aquel grupo informal que crecía con nuevas adhesiones, casi siempre de gentes relacionadas con trabajos intelectuales y profesionales y movidas, como afirmaba en un manifiesto la agrupación de Murcia, más por tener cabida en él «todos los matices del republicanismo, desde los de extrema derecha hasta los del mayor radicalismo izquierdista» que por una clara definición de su ideario y su programa[421]. Ahora, sin embargo, con unas elecciones en puerta, el crecimiento, aún modesto, exigía tomar disciplinadamente decisiones políticas. La primera, si procedía la disolución del grupo o debía estructurarse como partido, con sus organismos dirigentes, sus estatutos y su programa. Luego, concretar ese programa en medidas de gobierno, optar por una posición entre aquellos dos extremos de que hablaban los de Murcia y elegir a las personas que ocuparan los puestos directivos: el grupo, si se convertía en partido, debía renunciar a aquella línea de su manifiesto de 1930 en la que presumía de no tener presidente ni menos jefe.

El grupo de Madrid, reunido en junta general el 19 de mayo bajo la presidencia de José Giral —«que [la] cedió a D. Manuel Azaña cuando, dando una prueba de alto espíritu democrático y amor al partido, se presentó en el local donde la junta se celebraba»—, sometió a discusión la consulta que ya habían formulado a las agrupaciones locales y provinciales: si una vez instaurada la República procedía la disolución o debía estructurarse en partido. Los reunidos en Madrid coincidieron con el resto de las organizaciones consultadas en que debía «constituirse en partido con orientación izquierdista». La indefinición de la postura política que los había caracterizado desde su origen desaparece: el grupo se define «de izquierda» y elige un consejo nacional provisional en el que están presentes, todavía sin presidente, pero por este orden: Azaña, Giral, De Castro, Coca, Rico, Serrano Batanero, Rodríguez Pinilla, Martínez Risco, Royo Gómez, Fernández Clérigo, Salvador, Doporto y señorita Clara Campoamor. Viejos conocidos de Azaña, algunos desde los tiempos de secretario del Ateneo[422], nuevos a su alrededor otros, éste será el grupo que junto a los elegidos como delegados —Ramos, Escribano, Vázquez Humasqué, Álvarez Ugena, De Benito, Navarro

Blasco, Bolívar, Montilla, Lamana, Ferrer y Rioja—, prepararán la primera Asamblea nacional del partido convocada para los días 26 y 27 de mayo[423].

Los debates de la Asamblea fueron presididos, «con gran acierto, por el representante del partido en el gobierno provisional D. Manuel Azaña», y tuvieron como primer objetivo definir el programa ideológico. Y a este respecto, ninguna duda: Acción Republicana es, de nuevo, «un partido de izquierda» que no considera antagónicos a aquellos otros partidos con ideales político-sociales más avanzados siempre que admitan las instituciones democráticas. De izquierda y democrático, el partido reafirmaba su política de colaboración con los socialistas, pero mantenía su compromiso con Alianza Republicana, ocupando una posición autónoma en el centro de una amplia coalición que abarcaba desde el Partido Radical por la derecha hasta los socialistas por la izquierda, en la común lealtad a las instituciones democráticas. Si tal era su autoubicación, nada más lógico que, al debatirse la postura ante las inminentes elecciones, se optara por mantener la conjunción republicano-socialista. Ésta era la estrategia de Azaña, como serán también compartidos por la Asamblea los puntos principales de su programa de gobierno: República parlamentaria y democrática, con amplísima autonomía municipal y reconocimiento de la personalidad jurídica de sus regiones; pacifista, con instituciones marciales reducidas a las necesidades de la defensa nacional, y contribución, en política exterior, al desarme, el arbitraje y la conciliación entre los pueblos; laica, con separación de la Iglesia y el Estado, secularización de las órdenes religiosas, monopolización de la enseñanza para la defensa de la República y en interés de la cultura y un sistema de escuela única; social, con fomento de obras públicas, solución del problema de la tierra, extensión de seguros sociales y consideración de la sanidad como función del Estado. El programa incluía la reforma del Código Civil, con la implantación del divorcio vincular; la democratización de la justicia y la mejora de la vivienda junto a una política integral de urbanismo. Acción Republicana declaraba que dedicaría todo su esfuerzo a exigir las responsabilidades en que incurrieron la monarquía y sus gobiernos[424].

La Asamblea terminó sus tareas con la elección del consejo nacional formado por trece delegados de Madrid —los mismos que el provisional, excepto José Royo Gómez que cambió su puesto con Ángel Navarro Blasco — y doce de provincias, con la presencia de una sola mujer, Clara Campoamor, bajo la autoridad creciente, nunca discutida, de Manuel Azaña, que con ese partido, ese programa y esa estrategia se presentó a las elecciones de Cortes Constituyentes convocadas por el gobierno provisional para el 28

de junio. El mitin que iniciará su gira, de nuevo en una plaza de toros, rodeado por 30 000 personas, tuvo lugar en Valencia, adonde viajó con Lerroux y Pedro Rico en el expreso del 6 de junio. Banderas, bandas de música y ruido de carcasas anunciaron su entrada en la estación el domingo 7, a las 8.45 de la mañana, a bordo de un *break* que la dirección de Obras Públicas puso a su disposición. Ruido, color, pueblo otra vez en la calle, camino a la plaza de toros, con miles de valencianos apiñados ante sus puertas desde las 8 de la mañana. Azaña, que siente una profunda emoción cada vez que palpa el entusiasmo popular, encuentra de nuevo el lenguaje de revolución que ahora es el del triunfo y de seguridad en la victoria lograda que sólo espera una última y definitiva sanción. Es un discurso de celebración por la revolución más extraordinaria jamás realizada, que reivindica como legitimidad e impulso del gobierno, pero es sobre todo, después de esas efusiones, anuncio de la tarea que aún queda por cumplir. Ruptura total, tajante, con el pasado; reconstitución del país y del Estado desde los cimientos hasta la cima.

Dijo más; dijo que lo realizado era una maravilla, y que todos debían estar orgullosos, pero que no bastaba; que había que triturar la organización caciquil de la vida local española para rehacer sobre las cenizas otra sociedad. Y así echó a rodar desde Valencia la famosa trituración. Habló de triturar, ciertamente, pero no al ejército, sino al caciquismo, aunque a renglón seguido prometió que si alguna vez tuviera participación en el combate contra el caciquismo, habría «de triturar, arrancar esta organización con la misma energía y resolución que había puesto en deshacer otras cosas menos amenazadoras para la República». Nadie concedió entonces mayor atención a la metáfora, pero la interesada traslación de su propósito de triturar el caciquismo a su política militar dio lugar a que sus críticos le atribuyeran el nefando propósito de triturar el ejército. No hubo tal cosa. Azaña no trató en este mitin de política militar ni se atribuyó la maquiavélica intención de disolver el ejército para tener más expedito el camino de aniquilar España. Si para algo se dirigió al ejército fue para reconocer que se había hecho «acreedor, por su conducta, a la admiración, gratitud y mejores sentimientos de la nación entera». La parte de demagogia de aquella tarde no tuvo como blanco a los militares, sino a la Corona, cuando se mostró dispuesto a regalar todos los discursos sabios que se van a oír en las Cortes por trescientos diputados anónimos, decididos a levantarse y fulminar con el rayo de la ira popular a los culpables de la tiranía española, pidiendo su cabeza, convirtiendo el Parlamento en un instrumento revolucionario.

Las elecciones, celebradas el 28 de junio, consagraron el lugar hegemónico de los dos partidos históricos: unos 115 diputados socialistas; muy cerca de los 90, los radicales. Pero los escaños en disputa eran 470 y, por tanto, nadie podría gobernar en solitario y sería muy difícil hacerlo sin los socialistas o contra los radicales. En esa situación, los dirigentes de los principales partidos se apresuraron a interpretar los datos y establecer las condiciones que sus respectivas organizaciones exigirían para gobernar con las demás. Lerroux, que había obtenido seis actas —una de ellas en Madrid, otra en Barcelona—, confesaba la «pesadumbre de una responsabilidad nunca tan honda y gravemente sentida», o sea, que se proponía como candidato para la presidencia del futuro gobierno, aunque se mostraba cauto respecto al tiempo: el actual debía continuar «organizando en primer lugar las Cortes Constituyentes». Y Prieto soltó el día siguiente que «un gobierno presidido por Lerroux no contaría por parte de los socialistas ni con su colaboración, ni con su apoyo ni con su confianza». Ante semejante veto, Lerroux se apresuró a aclarar su posición: no sentía inmediatas ambiciones ni urgencias por llegar al poder, pero «si el clamor de España y sus necesidades» le planteara el problema «no vacilaría ni un instante [en] asumirlo íntegramente por imperativos del deber». «Cuanto más tarde el poder en llegar a mí, mejor para mi persona y mi partido», añadió el viejo zorro, mientras recordaba la existencia de «una representación republicana compacta, superior en número a los socialistas», la de Alianza Republicana[425].

Azaña juzgó impertinentes y faltas de tacto político las palabras de Prieto. Cierto, la magra cosecha de diputados obtenida por Derecha Liberal Republicana imposibilitaba a Alcalá Zamora seguir en la presidencia al poner de manifiesto que su partido ocupaba en el gobierno una posición que no correspondía a su representación en Cortes. El gobierno, por tanto, tenía que cambiar de signo y reflejar el predominio de izquierdas que había resultado de la convocatoria electoral, pero antes de hablar de futuros presidentes era preciso votar la Constitución y, en este punto, la posición de Azaña permanecía invariable: plantear en esos momentos la crisis política era inoportuno; el gobierno debía mantener su misma composición y luego, con la Constitución votada, ya se vería. Defendió, además, y desde muy pronto, la conveniencia de prorrogar la existencia de las Constituyentes hasta que se votaran las leyes complementarias. De manera que, según Azaña, que contaba con 21 diputados[426]: mismo gobierno hasta la Constitución; mismas Cortes hasta las leyes complementarias. Y entre la dimisión del gobierno presidido por Alcalá Zamora una vez aprobada la Constitución y la lejana disolución de

las Cortes, sería menester un gobierno de signo más izquierdista sobre el que no ofrece más que ideas generales, sin poner a nadie veto y sin señalar a nadie como posible presidente.

Lo que a él interesa por el momento es reforzar Alianza Republicana y mantener los vínculos orgánicos con el Partido Radical para evidenciar la superioridad numérica del bloque republicano sobre los socialistas en las Cortes Constituyentes. Esta opción podía valerle, por una parte, la acusación de que se había convertido en «lugarteniente de Lerroux», como le reprocharon los correligionarios de Alicante; y, por otra, y puesto que Lerroux tenía el veto de los socialistas, una ruptura con éstos. Pero Azaña evitará cuidadosamente dejarse arrastrar en ninguna de estas dos direcciones: ni subordinación a Lerroux ni ruptura con los socialistas. Reforzar Alianza, sí, convertirla en la minoría más numerosa de las Cortes, también; pero a la vez «sostener nuestra posición propia», que es izquierdista, e impedir que Lerroux derive hacia la derecha. Naturalmente, al insistir por igual en la propia identidad de izquierda y en la permanencia de Alianza, Azaña tiende un puente a los socialistas. Ocupa una posición única, que sólo podrá mantener si afirma la autonomía de su partido y eleva su personal autoridad política más allá del ministerio de la Guerra.

Fue lo que comenzó a ocurrir desde el mismo día de apertura de las Constituyentes. El 17 de julio pronunció un discurso en homenaje a los diputados electos de Acción, que saltó ya a la primera página de los periódicos madrileños[427]. Azaña confirma con sus palabras lo que *El Sol* vaticinaba un día antes: el ministro de la Guerra es «representante señaladísimo» de la manifiesta voluntad republicana del país; a él se atribuye haber conseguido de Lerroux una «garantía radical» para el pacto de Alianza y es él quien comienza a encarnar «la afirmación izquierdista de esa posibilidad gubernamental». Luego vino el elogio de Ortega, el aplauso de las Cortes, la exaltación de la prensa. En los primeros días de agosto, los socialistas, que vieron con reticencias su cercanía a Lerroux, como si girara en torno al astro rey, lo consideran su candidato: «el futuro gobierno tiene que presidirlo usted», le dice Prieto el día 4, y se lo repetirá el 9 de septiembre. Herrera Oria, jesuita de capa corta, en una visita que le hace el 29 de agosto le suelta que se habla mucho de él como jefe del futuro gobierno. Un día antes, Araquistain le invita a comer en su casa con Negrín para hablar de política y expresarle su deseo de que forme gobierno cuando Alcalá Zamora sea elegido presidente de la República y para decirle que los socialistas le apoyarían con lealtad aunque tuvieran que salir del gobierno.

Azaña se deja querer: los encuentros con los socialistas menudean y a sus sugerencias nunca dice que no. A Prieto le responde que cuando ha pensado en el asunto siempre ha previsto como «cosa natural un nuevo ministerio de coalición con socialistas y republicanos de izquierda» en el que él sería con gusto «cualquier cosa», hasta portero; y a Negrín y Araquistain les sondea sobre la posibilidad de mantener la colaboración socialista aun si éstos se retirasen de Trabajo, y les dice que sería prematura su subida a la presidencia pues es un recién llegado a la política. No descarta, pues, esa posibilidad, que sólo considera prematura por la muy significativa razón de que, estando reciente su llegada a la política, no tiene aún bastante autoridad. Frente a Lerroux, había confiado a su cuaderno a principios de julio, «no puede hacerse hoy otra cosa que adquirir autoridad», un empeño que impulsa llevando a término el proceso de consolidación de Acción Republicana como partido político en la segunda Asamblea nacional celebrada los días 12 y 13 de septiembre. En ella se aprueban los estatutos y la organización del partido en asambleas locales, provinciales y nacional, con consejos ejecutivos de idénticos niveles y un consejo nacional integrado por 25 miembros, elegidos por la Asamblea, de los que 11 debían tener residencia obligada en Madrid mientras los 14 restantes serían representantes provinciales con residencia obligada en sus respectivas provincias. Tan importante como eso: el partido se dota por vez primera de presidente, vicepresidente y secretario general, cargos que ocuparán Manuel Azaña, José Giral y Vicente Gaspar Soler.

Ministro de la Guerra, presidente de Acción Republicana, se espera con cierta impaciencia lo que vaya a decir en el acto de clausura de la Asamblea, anunciado para las 11 de la mañana del domingo, día 13, en el teatro María Guerrero. No defraudó a los impacientes cuando volvió a evocar en su discurso el origen revolucionario del gobierno, aunque ahora su recuerdo no le lleve a fulminar sobre la Corona el rayo de la justicia popular sino a elaborar una doctrina sobre los grandes temas que ocupan la atención de los diputados: la Constitución, el presupuesto, el paro, las dificultades que van surgiendo, las que intentan levantar los enemigos de la República. El entusiasmo de los primeros días, cuando el pueblo hacía la revolución como quien va de romería, se ha terminado y Azaña se felicita: «el entusiasmo en política sirve poco». Es hora de trabajar y la tarea que espera es inmensa y difícil: estas Cortes deben terminar su obra y votar todas las leyes complementarias de la Constitución: la ley agraria, la ley electoral, la ley municipal, el presupuesto. Azaña apuesta por la continuidad del Parlamento, que no implica necesariamente la del gobierno: con las mismas Cortes cabe

una coalición de republicanos y socialistas o sólo de republicanos. No cierra ninguna puerta: lo fundamental no es el gobierno sino las Cortes, que aprobando todas esas leyes conseguirán lo que todavía está por hacer, que la República penetre en los órganos del Estado, entre ellos muy destacadamente los colegios, en manos de frailes, que es donde se produce la torcedura de la conciencia nacional y donde los jóvenes están condenados a pasar el drama terrible cuando llegada la madurez se les derrumban las bases de su vida moral y de su riqueza intelectual[428].

Claridad, rigor dialéctico y entereza fueron las tres virtudes que *El Sol* atribuyó a este discurso, antes de afirmar que desde la Asamblea, «el Sr. Azaña acaudilla a las izquierdas españolas. Es el jefe irremplazable a quien le ha llegado su hora». Le llega, en verdad, y antes de lo que esperaba: su apuesta por la continuidad del gobierno, su clara posición ante la labor que esperaba a las Constituyentes, su defensa del orden republicano elevaron su estatura política por encima de la que su partido podía aspirar. Había acariciado tal vez la idea de ser presidente del Consejo cuando las Cortes hubieran culminado su primera tarea y el presidente de la República confiara el encargo ateniéndose ya a normas constitucionales. En ese caso, sólo después de la renuncia de Lerroux, de la negativa de los socialistas y del fracaso de Albornoz o Domingo, podría haberle llegado el encargo de formar gobierno, pero lo que nunca había previsto era la posibilidad de su «ensalzamiento» antes, y no después, de votado el texto constitucional. Para que esa eventualidad se produjera, tenía que dimitir Alcalá Zamora, abriendo así una crisis política de delicada solución si socialistas y radicales no se entendían; y que todos estuvieran de acuerdo, por las razones que fuera, en que la única salida posible con el menor coste era Manuel Azaña.

Fue lo que ocurrió, por el motivo menos previsible: el debate sobre el artículo 24 del proyecto de Constitución, aprobado finalmente como artículo 26. Muy escueto, sin ningún aspaviento, la primera redacción del artículo 24 establecía que todas las confesiones religiosas serían consideradas como asociaciones sometidas a las leyes generales del país; que el Estado no sostendría, favorecería ni auxiliaría económicamente a las iglesias, asociaciones e instituciones religiosas y que disolvería todas las órdenes religiosas y nacionalizaría sus bienes. Se comprende la inquietud de la jerarquía eclesiástica ante un proyecto que, de llevarse a cabo, liquidaría su presencia en la vida pública a través de las múltiples obras caritativas y docentes encomendadas a sus órdenes religiosas. Movidos por esa inquietud, el nuncio Tedeschini, el cardenal Vidal i Barraquer y la Conferencia de

Metropolitanos habían realizado gestiones ante el presidente y el ministro de Justicia y accedido a solventar el problema creado por Pedro Segura proponiendo al Vaticano su cese como cardenal primado.

Por lo que se refería a la Iglesia, Azaña se había limitado a expresar su posición contraria a la salida a la calle de la Guardia Civil, pero no a la del ejército, para reprimir a los incendiarios del 11 de mayo; a manifestar en alguno de sus discursos la posición genérica de su partido ante la cuestión religiosa, especialmente en lo relativo a la educación; a recibir para su discusión en Consejo de Ministros, y remitida por el de Estado, la nota de «sorpresa, dolor y firme protesta» de la Santa Sede por los decretos sobre libertad de cultos, enseñanza religiosa en las escuelas y patrimonio artístico de la Iglesia; y a charlar en una ocasión con Herrera Oria, director de *El Debate*, que le enumeró seis o siete puntos nefandos del proyecto de Constitución. Había participado también en el cambio de impresiones, en Consejo de Ministros de 28 de agosto y a iniciativa de su presidente, sobre la conversación de éste con el nuncio y la disposición y deseos del Vaticano ante el gobierno. En esta ocasión, Azaña, que habló el primero, se mostró de acuerdo en transmitir al nuncio una impresión de templanza personal a condición de que «eso no implique compromiso ni oferta de seguir una política determinada». Dos semanas después, el 14 de septiembre, Tedeschini y Vidal mantuvieron una reunión privada en casa de don Niceto y con la presencia de Fernando de los Ríos, en la que acordaron, a espaldas del gobierno, unos «Puntos de conciliación»: reconocimiento de la personalidad jurídica de la Iglesia, firma de algún tipo de convenio entre la Santa Sede y la República, respeto a todas las congregaciones religiosas y a su plena libertad de enseñanza y, por lo que se refería a presupuesto de culto y clero, se conservarían los derechos adquiridos con progresiva amortización de las partidas presupuestarias. A cambio, el Vaticano resolvería el problema del cardenal Segura, expulsado por Maura, obligándole a dimitir la sede primada[429].

El hecho de no haber intervenido de forma decisiva, ni marginal, en la política republicana respecto a la Iglesia no quiere decir que Azaña careciera de un pensamiento y de una actitud ante ella, resultado de las experiencias religiosas de su infancia y primera juventud y de sus reflexiones sobre la responsabilidad de la Iglesia en el atraso de la sociedad española. En uno de sus frecuentes paseos con Lola por El Escorial, el 26 de julio, muy poco antes de que comenzara el debate constitucional, se encontró «en perfecta comunión con este lugar» y pensó: «El Escorial debiera conservarse tal como

está, con frailes y todo», un sentimiento idéntico al que le había suscitado el canto de vísperas en Nôtre Dame veinte años antes. Lo mismo le ocurre con el respeto hacia las creencias religiosas: nunca se permitió una ironía sobre el cumplimiento de sus deberes religiosos por personas a las que conoce y ama, comenzando por Lola, a la que espera, conversando con los frailes, mientras está «oyendo misa en la basílica». Jamás se le ocurrió alardear, como hacían otros compañeros de gobierno, de haber resuelto el problema religioso en su ámbito doméstico, presumiendo de que en su casa nadie asistía a misa. Nunca hizo cuestión política del hecho de que el presidente del Gobierno y luego de la República fuera católico practicante —aunque no le gustaba nada que alardeara de las misas que oía— y siempre mostró respeto, teñido a veces de cierta paternal condescendencia, con frailes y monjas y hasta con los cardenales que fueron a visitarle. Azaña sintió hacia la creencia íntima religiosa, o las ceremonias de culto en las que esa experiencia se vivía comunitariamente, el mayor respeto y expresó con acento inusual en la literatura religiosa de la época el lado terrible o espantoso de la presencia del hombre ante Dios.

Respeto hacia los espacios y ceremonias religiosas y silencio ante la conciencia íntima de las personas: a estas dos actitudes que proceden de su infancia y juventud, añadirá otra, muy alejada de su primer discurso sobre libertad de asociación. Fue en los últimos meses del régimen liberal y, sobre todo, después del golpe de Estado de 1923, cuando identificó a la Iglesia como uno de los grandes culpables de la incultura y el atraso históricos del pueblo español. De entonces fue también la denuncia del infecto clericalismo del Estado y su determinación de impedir, en la medida en que de él dependiera, el ejercicio de la docencia por las órdenes y congregaciones religiosas. Y será de su actitud ante la creencia religiosa y de su reflexión sobre el papel educativo de la Iglesia y su perniciosa tutela sobre el Estado de donde se derive la posición que, como jefe de su partido, defenderá en el debate constitucional para encontrar un camino medio entre las diversas propuestas que dividían a los partidos de la coalición gobernante. En principio, su grupo, en una enmienda defendida por Enrique Ramos, propuso definir a la Iglesia como Corporación de Derecho Público y remitir a legislación posterior toda la regulación sobre sus relaciones con el Estado. Pero la enmienda no gozó de larga vida: una intervención de Fernando de los Ríos dio con ella directamente en tierra y Azaña no hizo nada por levantarla.

Azaña podía inclinar a su grupo a votar con los socialistas, que apoyaban el texto del proyecto remitido por la Comisión de Constitución porque incluía

la disolución de todas las órdenes religiosas y la nacionalización de sus bienes. Pero contra esa política se alzaba «un motivo de humanidad y de estética»: la medida le parecía «repugnante, ineficaz y que sólo encierra peligro». «Cada vez que me acuerdo de El Paular» —escribe en su diario el 13 de octubre— «siento mucha lástima por las cosas bellas que pierden su carácter tradicional». Así también lo sentía con Silos, o con El Escorial, además de parecerle «estúpido que vayamos a cerrar conventos de monjas por esos pueblos de España». Existía también una razón política para rechazar la disolución de todas las órdenes religiosas: su voto provocaría la inmediata caída del gobierno porque «Maura dimite y, probablemente, Alcalá Zamora, que no quiere quedarse en el gobierno como único derechista». Para Azaña, esa dimisión significaba una contrariedad enorme y de consecuencias imprevisibles, no porque no se pudiera formar un gobierno de mayoría, sino porque en él se sentarían únicamente radical-socialistas, socialistas y republicanos de izquierda, ya que Lerroux aprovecharía la ocasión para abandonar la coalición.

Ésas fueron las razones que le inclinaron a apoyar la nueva redacción del artículo 24 propuesta por la Comisión de Constitución en la mañana del 13 de octubre: disolución de las órdenes con voto especial de obediencia a una autoridad distinta a la legítima del Estado y de las que constituyen un peligro para la seguridad del Estado y prohibición de ejercer la industria y el comercio a todas las demás. Un diputado de su grupo, Carlos Esplá, vino a decirle que si Acción Republicana votaba este texto se interpretaría como un paso atrás y se distanciaría demasiado de la opinión de izquierda, que mantenía su apoyo al texto original. Azaña entendió que Esplá no hablaba sólo por su cuenta y le indicó que reuniese al grupo, ante el que expuso las líneas fundamentales de lo que pensaba decir desde el banco azul. Volvió al salón de sesiones, pidió la palabra, se hizo un silencio enorme, la tensión subió, los escaños se poblaron y al pie de la tribuna presidencial se arremolinaron muchos diputados. «Absolutamente sereno y tranquilo», empezó a hablar. Sabía bien lo que quería: retener a la derecha republicana e impedir la fuga de los socialistas, que habían ratificado su apoyo a la primera redacción del artículo 24, ofreciéndoles dos concesiones particularmente sensibles para los católicos: prohibición de enseñar a todas las órdenes religiosas y disolución inmediata, sin necesidad de una ley especial, de la Compañía de Jesús. La primera de esas novedades fue acordada en la reunión de su grupo y a propuesta personal suya, porque ésa era «la clave del

problema». La segunda le fue sugerida por Zulueta, porque el aplazamiento de la disolución a una ley especial podía volverse contra las Cortes[430].

Pero la trascendencia del discurso no radicó tanto en el hallazgo de esta fórmula transaccional, más dura para las órdenes que la presentada por la Comisión pero más suave que la defendida por socialistas y radical-socialistas, como en el marco histórico y político en que situó su discurso. La revolución, afirmó, no ha hecho más que enunciar aquellos problemas que han de transformar el Estado y la sociedad españoles hasta la raíz: las autonomías locales, el problema social y éste que llaman problema religioso, que salen a la luz no porque la República los haya inventado sino porque ha rasgado los telones de la antigua España oficial y ha dejado ver una sociedad española transformada. Es necesario por tanto adecuar el Estado a la transformación de la sociedad que la instauración de la República ha revelado. Y por lo que se refiere al llamado problema religioso todo consistía en nombrarlo por su verdadero nombre. No es, como se dice, un problema religioso, que «no puede exceder de los límites de la conciencia personal»; es un problema político, de constitución del Estado. Se trata de organizar el Estado de acuerdo con una premisa que la proclamación de la República convierte en axioma: España ha dejado de ser católica.

La originalidad de este planteamiento no radica en la premisa que le sirve de base, habitual en los escritos católicos de la época: que España había dejado de ser católica era algo de lo que se lamentaba Vidal i Barraquer en su informe a Pacelli o el escrito que los Metropolitanos españoles enviaron a Pío XI o los informes entregados por muchos obispos al Vaticano con ocasión de sus visitas *ad limina* y que atribuían también, como Azaña, la percepción de esa nueva realidad al cambio de régimen que «ha servido para exteriorizar realidades desconsoladoras», un indiferentismo oculto «bajo lo que se tenía por religiosidad española»[431]. Decir que España ha dejado de ser católica es una mera constatación que no requería exégesis porque decía exactamente lo que quería decir y lo que todo el mundo sabía: que la Iglesia no informaba la cultura española, que la mayoría de la gente vivía de espaldas a la religión. Lo original, lo que será luego insoportable para los católicos es que a partir de tal premisa Azaña pretenda ordenar el Estado, negando a la Iglesia el lugar que en él y en la sociedad ocupaba tradicionalmente. Tal es el núcleo de toda la cuestión pues si España ha dejado de ser católica, lo que pretenderá un obispo es que vuelva a su antiguo ser acudiendo en primer lugar al favor del Estado, mientras que para Azaña la consecuencia es la contraria: habrá que organizar

el Estado «en forma tal que quede adecuado a esta fase nueva e histórica del pueblo español».

Más insoportable aún para la jerarquía católica fue que Azaña reafirmara la obligación de respetar la libertad de conciencia, añadiendo que junto a ese principio «tenemos también el deber de poner a salvo la República y el Estado». El choque entre esos dos principios constituye un drama insoluble, que sólo se puede abordar respetando a los católicos la profesión de su fe y afirmando a la vez la capacidad soberana del Estado para legislar de forma unilateral. Respetar las conciencias y velar por la salud del Estado; eso es todo, pero eso requiere tratar desigualmente a los desiguales y oponer, a las órdenes religiosas, «no un principio eterno de justicia sino un principio de utilidad social y de defensa de la República»: no es lo mismo la Compañía de Jesús que las monjas de Cebreros, las bernardas de Talavera o las clarisas de Sevilla, «entretenidas en bordar acericos y en hacer dulces para los amigos». ¿Es que voy a caer yo —se pregunta— en el ridículo de enviar a los agentes de la República a que clausuren los conventos de estas pobres mujeres, para que en torno de ellas se forme una leyenda de falso martirio y que la República gaste su prestigio en una empresa repugnante? «Yo no puedo aconsejar eso a nadie». Si el principio que debe guiar a los legisladores es el de la salud pública, no tendrán más remedio que admitir que la mayoría de las órdenes religiosas no entraña peligro alguno para el Estado. Basta con los jesuitas que, por su voto especial de obediencia a un Estado extranjero, presentan la apariencia de peligro para la salud de la República.

Pero el mismo principio de salud pública del que deduce la conveniencia de disolver a los jesuitas y dejar en paz a todos los demás, sin «extremar la situación aparentando una persecución que no está en nuestro ánimo ni en nuestras leyes», sirve para enunciar con énfasis, amartillando bien sus palabras, lo que más temía la Iglesia: «en ningún momento, bajo ninguna condición, en ningún tiempo, ni mi partido, ni yo, en su nombre, suscribiremos una cláusula legislativa en virtud de la cual siga entregado a las órdenes religiosas el servicio de la enseñanza». Constituía una irrenunciable obligación de republicanos y españoles «impedir a todo trance» la acción continua de las órdenes religiosas sobre las conciencias juveniles en la que radicaba «cabalmente el secreto de la situación política por que España transcurre», pues esa situación le parece el resultado histórico de la evolución de la clase media en el siglo XIX «que habiendo comenzado una revolución liberal y parlamentaria» trajo luego a España la tiranía, la dictadura y el despotismo. Y esa clase media ha resultado ser lo que es precisamente por

haber sido educada por las órdenes religiosas que, en el orden de las ciencias morales y políticas, tienen la obligación de enseñar «lo que es contrario a los principios en que se funda el Estado moderno».

Ya está el problema enunciado en sus términos exactos y, por tanto, resuelto: ¿órdenes religiosas?, todas las que se quiera excepto la que exija un voto de obediencia a un poder ajeno al Estado nacional, los jesuitas; pero ninguna dedicada a la enseñanza, a la industria o al comercio. ¿Aceptan esta fórmula los socialistas?, pregunta Azaña antes de sentarse. Y aprovecha para impartir una lección: cuando ningún partido tiene mayoría en el Parlamento, hay que dar con un texto legislativo que permita gobernar a todos los que sostienen la República. Azaña votaría el texto socialista si se le asegura que lo necesita para gobernar y que están dispuestos a asumir todo el poder. Pero si eso no es así, entonces es preciso ver «la manera de que el texto constitucional, sin impediros a vosotros gobernar, no se lo impida a los demás que tienen derecho a gobernar la República española, puesto que la han traído, la gobiernan, la administran y la defienden». Ante semejante final, los socialistas resolvieron retirar su propuesta, aceptando el nuevo texto de la Comisión con los añadidos introducidos por Azaña, a quien llamó Negrín para que le acompañase a la sección en la que estaba reunido el grupo. Se discutió además el plazo para la supresión del presupuesto del clero, que quedó acordado en dos años. Resultado: dictamen de la Comisión, más salvedades de Azaña, más plazo de dos años para suprimir los haberes del clero y ya está redactado el artículo 26 de la Constitución. De abril a octubre, Azaña había sido el artífice de la política militar y religiosa que afectaba a las dos instituciones más poderosas del régimen que acababa de sucumbir: unos decretos y un discurso, eso era todo.

«Rayaba el sol en el tragaluz del salón» cuando se procedió a la votación. Se ausentaron entonces varios radicales y todos los radical-socialistas. Alcalá Zamora, que ya había comenzado a «torcerse y amostazarse» desde el día anterior, habló brevemente para explicar su voto en contra. También Maura dijo no. Y del resto de los ministros, Lerroux se había escabullido y Albornoz y Domingo no votaron. Total: que la solución propuesta sólo contó, del gobierno, con el voto socialista (Largo, Prieto, De los Ríos) gallego y catalán (Casares y Nicolau) y un radical, que era además alto grado de la masonería (Martínez Barrio). Y de los diputados, no más de 178 la votaron contra 59: le faltó el voto de la totalidad de los radical-socialistas, de algunos radicales y de varios diputados que, sin votar en contra, prefirieron la abstención. Al terminar la sesión, Leizaola, diputado vasco, permaneció en pie, en actitud

desafiante. Gran alboroto y muchos golpes. Algunos diputados llegaron a las manos, y la cosa no pasó a mayores porque un buen número de parlamentarios se aproximó para contener a los más impulsivos. El momento fue de una emoción enorme y el escándalo, indescriptible. Besteiro, después de romper varias campanillas, logró imponer silencio y se dirigió a la Cámara para decir que los diputados vascos estaban bajo el amparo del Parlamento y de ningún modo se podía consentir que sufrieran agresión. La sesión se levantó, por fin, y todos se fueron. Azaña llegó a casa a las ocho de la mañana.

Extraordinarios como habían sido el día 13 y la madrugada del 14, no agotaron «las cosas extraordinarias» que le sucedieron en esos dos días, tantas que le parecía estar «presenciando lo que le sucede a otro». Azaña es de nuevo el personaje de sí mismo, actor principal de la obra que cada día va escribiendo en su diario. Tres horas sólo de sueño y la decisión de quedarse en casa para descansar un poco. No habrá ocasión, pues cuando se disponía a comer le llama Casares con la novedad de que «tenemos otra vez la petenera», que era como entre ellos llamaban a los prontos de don Niceto, cuando le daba por presentar la dimisión. Azaña no concedió mayor importancia a la noticia hasta que le llamó Largo Caballero, encargado con Domingo de citar a todos los ministros a una reunión en casa de Prieto a las cuatro de la tarde. Esta vez va en serio: Alcalá Zamora ha llamado a Domingo para entregarle, como secretario del gobierno, una carta en la que notificaba su dimisión, que también comunicaba personalmente a Largo, «como el amigo entonces más íntimo», mientras acusaba a Azaña de deslealtad. Ha interpretado su discurso como una maniobra «cuidadosamente preparada y concertada», de la que nadie le había advertido, para reclamar el poder luego de dirigir un aparente, convenido y afectuoso reproche a los socialistas.

Examen de la situación y acuerdo de que son las Cortes la institución a la que corresponde resolver la crisis. «Inspirado en el más acendrado compañerismo y en la más simpática amistad», como dirá Prieto, se procedió a un cambio de impresiones para decidir quién debía hacerse cargo de la presidencia. Maura, dimisionario también, abrió el turno de palabra: aquí hay sólo dos presidentes posibles, dijo, Lerroux y Azaña. Inmediatamente, Lerroux, que se consideraba el republicano de más «abolengo, experiencia y autoridad», pero que no quería presidir un gobierno que dependiera de los votos socialistas y radical-socialistas, desechó toda pretensión de aspirar a la presidencia y, sin renunciar a ninguna de sus esperanzas ni a ninguna ambición, propuso a Azaña, que le parecía la persona más indicada por el

éxito de su gestión en el ministerio de la Guerra, por el triunfo personal en el discurso del día anterior que sirvió de base a la fórmula conciliatoria, por su talento, por su temperamento equilibrado, por su energía serena y por no acaudillar un partido numeroso. No olvidó ninguna razón Lerroux, y es muy significativo que haya señalado también esta última. Azaña sería presidente por acaudillar el partido menos numeroso de la coalición, pues esa circunstancia permitía mantener a socialistas y radicales como aliados y dejaba para más adelante la definitiva solución a la crisis. Tal era para Lerroux la mejor solución, siempre que el interesado comprendiera, aunque nadie necesitara decírselo, que se trataba de una solución interina[432].

Azaña se resistió cuanto pudo. Les hizo ver que era un encumbramiento prematuro, que le hundían, que mataban una reserva para el porvenir. Nada le valió: hubo de ceder —explica Prieto— ante requerimiento tan unánime y reiteradamente expresado. Es muy probable que tuviera razones políticas para evitar su «prematura elevación», pero no tan fuertes como para sentirse «disgustadísimo y de un humor negro, desesperado». Lo que lamenta es que su elevación llegue por sorpresa y que no existan las condiciones calculadas tantas veces, preparadas con prudencia y oportunidad, para hacerse con un poder que le viene «de improviso, en las peores condiciones posibles», sin él quererlo, sin haber hecho nada por alcanzarlo. Tiene la impresión de que se recurre a él para salvar una interinidad; porque él es la mejor fórmula pero sólo a condición de que lo sea por poco tiempo. A pesar de todo, sus sentimientos íntimos son, como siempre, contradictorios: «estoy como un condenado, esperando que me pongan en capilla», escribe, para añadir a renglón seguido: «el suceso es formidable para mí. Con un solo discurso me hacen presidente de Gobierno. Empezaré a creer en mi estrella».

17. PRESIDENTE DEL GOBIERNO

1. GIGANTESCAS AMBICIONES

¿Por un discurso, presidente del Gobierno? Exagera, sin duda, Manuel Azaña: lo es porque en un gobierno de coalición con dos partidos fuertes y enfrentados, socialista y radical, el presidente tenía que ser líder de un grupo minoritario y nadie más que él podía serlo. Pero si exagera, no le falta razón, pues en ese poder serlo sus discursos fueron decisivos. Algo tendrán, por tanto, para que diputados y, más todavía, directores de periódicos los hayan recibido como una revelación casi siempre inesperada, una sorpresa. Y a este respecto, no es lo menos importante que en esos discursos se apagaran los rescoldos todavía humeantes de la tradición castelarina, cumbre de la oratoria española, como decía Alcalá Zamora, en cuyas piezas resonaban los ecos de su admirado Castelar. Miguel Maura destacó algunas de las cualidades de esta nueva retórica: afirmaciones incisivas e hirientes, dialéctica demoledora y fascinante, capacidad para convencer, subyugar y arrastrar a las masas; Salvador de Madariaga se asombraba «escuchando aquel razonamiento riguroso con aquella perfección verbal», y uno de sus primeros estudiosos, Frank Sedwick, llamó la atención sobre su lógica irrefutable, su rico y exacto vocabulario, la originalidad y profundidad de su pensamiento, la hondura de su perspectiva histórica, la perfección sintáctica de sus largas y perfectamente equilibradas frases[433]. Los tres aciertan y todo eso importa, sin duda, porque sin eso no se podría haber dado lo demás. Y lo demás es que en su palabra gentes con expectativas divergentes y posiciones enfrentadas encontraban un esclarecimiento de la razón que, en un clima de alta emotividad, indicaba una salida política a una cuestión vital, embrollada en previos debates, que quedaba iluminada por una inmersión en la tradición de la que emergía una propuesta de futuro.

No se trata, pues, únicamente de perfección en la arquitectura, de riqueza en el léxico, de rigor en el análisis, de claridad en la exposición. Para Azaña un gran orador, a diferencia de un gran autor, es alguien capaz de captar la atención de su público de tal manera que consigue en un acto, por su propia naturaleza irrepetible, la «fusión más completa» con su auditorio. Un buen

discurso político, escribe en su prólogo a *En el poder y en la oposición*, es pieza única; no admite repetición ni copia. La oratoria política está cargada de dramatismo que no puede ser teatral porque los oyentes no soportarían por segunda vez el mismo discurso, como sí pueden asistir complacidos a varias representaciones de la misma pieza teatral o leer dos veces el mismo texto. En un discurso el público es protagonista, con el orador, del momento único que ambos crean, es parte activa del discurso porque de él recibe una «descarga de la sensibilidad o un esclarecimiento del juicio» o, se podría decir, un esclarecimiento del juicio como resultado de una descarga de emoción. El discurso político, si quiere ser eficaz, producirá por tanto un momento único de fusión entre orador y público en la palabra dicha. Y para eso, es preciso que el discurso relaje placenteramente una tensión ya existente y ofrezca una salida a la cuestión que la había creado[434].

Azaña construye este momento único sobre una inmersión en el pasado como materia viva de la que se deriva una propuesta de acción. Tal vez por eso, algunos de sus discursos podrían ser calificados de historicistas o de participar de una visión del mundo heredada del romanticismo. Lo que hay realmente en ellos es otra cosa: con los discursos pronunciados desde el gobierno, Azaña renueva la tradición liberal española que buscaba en un pasado medieval argumentos para construir un futuro de libertad y democracia. La renovación no consiste en dejar de mirar a ese pasado, sino en no empeñarse, como la primera gran generación liberal, la de Toreno, Argüelles, Martínez de la Rosa, Martínez Marina, en demostrar que su revolución restauraba instituciones arcaicas. No se trata de torturar la tradición para autorizar una obra política, ni de sacar de un pedazo de carta municipal del siglo XIII la planta jurídica que ampare la libertad personal en el siglo XX, como reprochaba a Joaquín Costa. Hay que mirar atrás, empaparse de historia, pero al mismo tiempo es preciso «liberar a la porción dominante de la sociedad española del morbo histórico que la estraga» y liquidar aquel encogimiento de ánimo del liberalismo del siglo XIX que, de tanto invocar la tradición, acabó por abdicar ante fuerzas e instituciones tradicionales[435].

Mirar atrás para proponer un arriesgado salto adelante o, como apuntaba desde joven, recoger la tradición para corregirla por la razón: ahí radica la originalidad de sus discursos como actos políticos encaminados a la construcción de un nuevo Estado. En su mirada al pasado, rescataba el sentimiento de pertenencia de su público a una tradición, no para engolfarse en la contemplación de las glorias históricas ni para buscar en ella una legitimación a una política de cortos vuelos, sino para todo lo contrario: para

argumentar, por un lado, que lo nuevo que él venía a proponer realizaba plenamente lo que en la tradición era sólo anuncio o germen, y, por otro, que él poseía la energía suficiente para llevarla a cabo porque suya era la razón derivada de la historia. Y será al evocar con vivas palabras y profundo sentimiento la tradición como razón política e histórica de las necesarias reformas, cuando alcance ese momento único, irrepetible, del gran discurso, porque es entonces cuando propone la fórmula capaz de desbloquear una enrevesada cuestión política y seguir adelante, cuando transmite la seguridad de que es posible hacerlo y comunica a su auditorio la firmeza para acometer la empresa: así ocurrió en éste sobre la cuestión religiosa el 13 de octubre de 1931 y así ocurrirá cuando abra camino a la autonomía de Cataluña el 27 de mayo de 1932 solventando, por una parte, el conflicto entre socialistas y Esquerra y desechando, por otra, la idea de que se trata de un problema irresoluble que era preciso «conllevar», como afirmaba Ortega. No había en este debate lugar «para la pasión alharaquienta y vocinglera» ni había que pretender ahora lo que no pudieron realizar los liberales cuando era tiempo: el Estado liberal español, por su debilidad y raquitismo, fracasó en su política asimilista y a la altura de los años treinta del siglo XX, con una Cataluña que ya no está en silencio, sino «descontenta, impaciente y discorde», sería vano intentarlo de nuevo. Es preciso, dice Azaña, remontarse a otra tradición, que no es la jacobina, sino la del «gran Estado español del Renacimiento», no para realizar una «política de arqueólogos sino de hombres modernos» que recuperan la tradición de los diferentes Estados españoles en un nuevo Estado español, liberándola de la argolla dinástica que había esclavizado a sus pueblos. En eso consistía, según dijo en Valencia el 4 de abril de 1932, «renovar la historia de España, sobre la base nacional de España, obstruida, maltratada desde hace siglos». Él creía que era posible y, en un momento de fusión, convenció a unos diputados escépticos y enfrentados de que efectivamente lo era[436].

De modo que la continuidad histórica en la que presenta su acción no tiene nada que ver con el postulado de una inmutable esencia o carácter nacional ni con una apelación a una realidad eterna, sino con una exigencia de liberación de energías sometidas por potencias ajenas —sobre todo, la Corona, la Iglesia, el militarismo, el caciquismo— que han desviado el curso histórico de la nación española, separándola del cauce general de la civilización europea y agostando lo que en otro tiempo fuera caudalosa corriente de su río. El énfasis en lo tradicional y hasta en lo eterno que atraviesa en ocasiones estos discursos no tiene más sentido que lograr aquel

momento de fusión en el que se produce la descarga emocional que a través del esclarecimiento de la razón hará que un público reticente ante una reforma acabe otorgándole su consentimiento interno. Es esa mezcla de clara razón y contenida emoción lo que explica el efecto inmediato de los grandes discursos de Azaña. «¿De modo que se tenía usted eso guardado?», le suelta entre incrédulo y admirado Alejandro Lerroux al finalizar su discurso sobre la cuestión religiosa. «La emoción me embarga de tal modo que no puedo hablar», dijo Amadeu Hurtado a los periodistas después de que Azaña pusiera punto final a su discurso sobre la autonomía catalana. Es el mismo sentimiento de Manuel Bartolomé Cossío, que le envía su fervorosa felicitación por interpretar «el valor de la historia, de la raza, de la tierra y del paisaje de este nuestro amado pueblo» con las imágenes y palabras «más justas, más hondas, más elevadas». O, en fin, entre tantos otros, el entusiasmo de Valle-Inclán, que define el discurso de Mestalla como «pieza admirable, porque une la energía a la cautela sin detrimento de la emoción y el fervor»[437].

Palabras justas, hondas, elevadas; energía, cautela, emoción, fervor: esta «revelación» de Azaña por el discurso apunta a otra característica de su oratoria que no pasó desapercibida a la fina mirada de Aldo Garosci: Azaña llevó a su obra de reforma política el ímpetu y la intransigencia de un moralista revolucionario, adversario inflexible de la pequeña y mezquina vida de la política tradicional, del caciquismo, las componendas y los cambalaches, que le movieron en incontables ocasiones a plantar su propio yo en el centro del drama político del que le tocaba ser principal actor. Esta implicación, que llegará a su más alta efusión en los discursos de guerra, podría juzgarse como una intromisión indebida: al cabo, recuerda Garosci, el orador político no tiene derecho a situar sus sentimientos en el centro del conflicto que le corresponde resolver[438]. En el caso de Azaña, esa intromisión es parte de la solución que ofrece del conflicto y que contribuye a privilegiar esta manera de intervención política, el discurso, hasta identificarla con la política misma. A falta de un poder propio, de un gran partido o de una disciplinada organización paramilitar, los discursos constituyeron su principal instrumento de acción, fueron su principal acción. «Felizmente, en política, palabra y acción son la misma cosa», dijo en Valladolid poco después de haber culminado los trabajos de elaboración de la Ley de Reforma Agraria y del Estatuto de Autonomía de Cataluña: «la primera acción política está concentrada en la palabra en todas sus manifestaciones, y la palabra crea, dirige, gobierna»[439].

Dispuesto a llevar a cabo una obra que «en la concepción es gigantesca y en la ejecución dificilísima», presumía sin embargo de no contar con más medio que «la efusión mía en lo que tenga de comunicativa». Por una exigencia interior, necesitaba comunicar su obra, no como si se tratara de simples medidas de gobierno, sino como efusión de su espíritu, de sentirse vivo en la fascinación de hacer cosas. A esa compulsión interior de encontrarse a sí mismo en la acción política se deben también sus diarios, la obra literaria de sus dos años de gobierno, con la que resolvía aquella permanente escisión vocacional entre literatura y política: hace política en sus discursos, hace literatura en sus diarios, construidos ambos sobre el eje de su yo. Era consciente de que la efusión íntima, servida por una calidad comunicativa insólita en un político profesional, constituía su máxima fuerza; no lo era de que podía convertirse en causa de su más peligroso espejismo: confundir el poder con la razón transmitida por la palabra, una convicción reforzada por la insólita facilidad de su encumbramiento a la presidencia del Consejo de Ministros. En su identificación de palabra y acción radicaba su fuerza pero también su debilidad, pues la palabra que ilumina como un fogonazo una intrincada situación nunca modifica por sí sola la situación misma. Capaz de rendir voluntades, la palabra no basta para destruir los obstáculos que ella misma, al tratar de corregir la tradición, suscita; es preciso también el poder, y hasta la fuerza, y Azaña nunca anduvo sobrado de ellos.

«Ya sé que no represento nada, que no valgo nada, que no tengo autoridad ni experiencia política», dijo a los diputados en su primer discurso como presidente del Consejo. Pero allí estaba, al frente de un gobierno con un plazo de existencia determinado por el debate constitucional pero que de ninguna manera podía entenderse como interino, provisional o transitorio[440]. Gobernaría como si tuviera por delante una larga serie de años, aunque su misión estuviera muy clara: colaborar con las Cortes para el más rápido voto posible de la Constitución, elaborar la Ley Agraria y aprobar los primeros presupuestos de la República. Para eso, no era preciso proceder a una remodelación ministerial, únicamente llenar el hueco producido por la dimisión de Maura, puesto que él permanecería en Guerra a la par que asumía la presidencia. Resolvió la limitada crisis recurriendo a sus más cercanos amigos políticos: pidió a Santiago Casares que se hiciera cargo de Gobernación y llamó a José Giral para encomendarle Marina. De esta manera no modificaba la relación de fuerza entre los mayoritarios y algo reforzaba la de su partido con un ministerio secundario.

Como carecía de poder, aunque ya anduviera sobrado de autoridad, las cuentas que casi todos se hacían a mediados de octubre de 1931 era que se mantendría dos meses al frente del gobierno. No los desaprovechó: la primera iniciativa consistió en dotar a la República de una Ley de Defensa que concedía al gobierno facultades extraordinarias, con el propósito de «hacer saber al país que es posible una República con autoridad y con orden público»; la segunda, un precipitado decreto sobre reducción a la mitad de las plantillas de funcionarios, que a los pocos días hubo de matizar. Algún movimiento realizó también para contar con alguna fórmula de repuesto por si Indalecio Prieto se obstinaba en sus reiteradas amenazas de dimisión, desbordado como se sentía por los problemas de la nueva ley bancaria, para la que juzgaba tibio el apoyo del gobierno. Ante los rumores de posible crisis, el nuevo presidente invitó a los ministros a una comida en Lhardy el 2 de noviembre, de la que salió reforzada la coalición ministerial y ratificado el compromiso de mantener el mismo gobierno hasta que se aprobara la Constitución, y no disolver las Cortes hasta que salieran todas las leyes complementarias, especialmente la de reforma agraria y la de Estatuto de Cataluña.

Pero cuando la Constitución se hubo promulgado, y, en un intento de reforzar las bases del nuevo régimen incorporando otra vez a la derecha liberal católica, Alcalá Zamora fue recuperado para la presidencia de la República, la estatura política de Azaña había crecido tanto que, permaneciendo la sorda hostilidad entre radicales y socialistas, era el candidato mejor situado para recibir el encargo de formar gobierno. Así se aprobó también en la asamblea de Alianza Republicana de 9 de diciembre, en la que defendió —contra la opinión mayoritaria del consejo nacional y el grupo parlamentario de su propio partido— la tesis de que los socialistas eran imprescindibles «en las actuales circunstancias» y que debía formarse un gobierno de coalición republicano-socialista. Siendo así las cosas, Lerroux aceptó ante la asamblea de Alianza Republicana el sacrificio personal y el de su partido, consciente de que «en las actuales circunstancias», y tropezando él con «la odiosidad de los socialistas» y de los radical-socialistas, no tenía más remedio que esperar, por España y por la República, a «la disolución de estas Cortes»; después, añadió, a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga. Mientras tanto, estimaba que quien debía «presidir el gobierno que se forme es el señor Azaña. Yo no quiero presidir», afirmó rotundo, «quiero seguir hasta que las circunstancias así lo determinen, sacrificándome por la República»[441].

Tres días después de este acuerdo, a las cinco de la tarde del sábado 12 de diciembre, Azaña visitó al presidente de la República, que le recibió en «un precioso saloncito amarillo, donde hay cuadros de Tiépolo», para presentarle la dimisión de su gobierno. Alcalá Zamora le dice que si la dimisión es un acto de cortesía y comprobación de confianza, el ministerio puede continuar en funciones: quería tomarse tiempo para decidir. Azaña tiene la impresión de una confianza limitada y no acepta la indicación, no quiere continuar al frente de un gobierno que por quince días o por quince meses tuviera carácter interino o provisional, de manera que no, la dimisión no es un acto de cortesía sino que abre una crisis de fondo: hay crisis y el presidente de la República es dueño de la solución que mejor le parezca para resolverla. El presidente abre consultas, mientras Azaña se retira de la escena y el domingo por la tarde sale en coche de paseo con Lola, como era su costumbre. Besteiro se manifiesta a favor de un gobierno de la misma composición que el actual, lo mismo que Lerroux cuando recomienda al presidente «un gobierno de concentración republicano-socialista [presidido por] la representación de una fuerza parlamentaria que no inspirase recelos por su excesiva fuerza ni se prestase a discusión por carecer de número en las Cortes», larga paráfrasis para significar lo que *El Sol* entendió perfectamente cuando añadió a su información que con aquellas palabras «quedaba dibujada la personalidad del señor Azaña». No es cierto, por tanto, que Alcalá Zamora, «para iniciar una nueva interpretación de las prácticas constitucionales», empezara por el final ratificando sin previas consultas su confianza a Manuel Azaña, como escribe Martínez Barrio[442].

Tras recibir el encargo, Azaña inició con buen ánimo las gestiones para mantener con un similar peso político la participación de todos los partidos que habían integrado su primer gobierno, aunque cambiando de cartera a varios de sus ministros. El Ministerio de Fomento se desgajaría en dos: Domingo pasó, con harto dolor, a Agricultura, Industria y Comercio, y Prieto, aunque refunfuñando, dejó Hacienda por Obras Públicas; Albornoz iría a Justicia y Fernando de los Ríos, a Instrucción. No pudo mover, como era su deseo, a Largo Caballero de Trabajo. Para el Ministerio de Hacienda, llamó el día 13 a Madariaga, que le pidió tiempo para pensarlo y luego le respondió por la negativa[443]. Luego se lo ofreció a Jaume Carner, un nombre que «caerá muy bien en el mundo financiero y bancario» y que le librará, por ser un catalán de fuste, de «tratar con la Esquerra y darles nada». Sus amigos Casares y Giral permanecerían en sus puestos, igual que Lerroux y Martínez Barrio. Al líder radical no le pareció mal la combinación, aunque cuando fue

a visitarle por segunda vez con la lista completa se encontró con una inesperada negativa: Lerroux había decidido no permanecer en el gobierno: o yo o los socialistas, vino a decir a Azaña, en el buen entendido de que si éste formaba un gobierno de concentración republicana sin los socialistas, al cabo de tres meses habría de dejarle el puesto a él, como llegó a proponerle medio año después. Lerroux reivindicaba su mejor derecho a la presidencia de un Gobierno exclusivamente republicano y no aceptaría que Azaña, recién llegado al republicanismo y líder de un partido minoritario, se consolidara como presidente con la fuerza de unos votos prestados[444].

Azaña tomó entonces una decisión cargada de consecuencias para el futuro: visitó a Alcalá Zamora, le presentó la renuncia al encargo recibido, el presidente se lo confirmó, y él mantuvo la coalición con los socialistas, a la vez que intentó ampliar la base del gobierno incorporando al grupo de Ortega. Telegrafió a Ramón Carande para ofrecerle el Ministerio de Comunicaciones, que dejaba vacante Martínez Barrio, pero antes de que llegara la respuesta, Ortega hizo saber a los periodistas que si Carande aceptaba, no sería con el carácter de representante de la Agrupación: Ortega, pronunciada ya su «Rectificación de la República», optaba por mantenerse al margen[445]. Carande, que había llamado a Ortega y recibido su opinión negativa, no aceptó y el gobierno quedó con la misma composición, con el añadido de Jaume Carner en Hacienda y Luis de Zulueta en Estado, aunque amputado de la presencia del Partido Radical. El republicano nuevo, iniciado cinco años antes en la política de oposición a la dictadura como cabeza de un grupo de profesionales que actuaba bajo el paraguas de Alianza Republica, había dado la vuelta a la situación y se había convertido en primer presidente constitucional, empujando al republicano histórico, cargado de méritos y títulos para haber sido la figura clave del nuevo régimen, al desierto de la oposición y, ahora, por tiempo indefinido.

A pesar de que la negativa de Lerroux equivalía a la ruptura de Alianza Republicana, Azaña tenía sólidas razones para mantener a los socialistas en la coalición. Desde *Apelación a la República*, había argumentado que la instauración de la democracia no podría llevarse a cabo como si se tratara de repetir la revolución liberal del siglo XIX: la democracia no era sólo cuestión de burguesía y clase media sino de una coalición en la que tuviera cabida el «movimiento ascensional del proletariado». A partir de ese momento, consciente de la debilidad de los partidos republicanos, la incorporación de la clase obrera a la gobernación del Estado fue una de las claves de su proyecto político, que en este punto no respondía a un afán decimonónico, sino a otro

muy siglo XX, muy del periodo de entreguerras, cuando en Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia los partidos obreros pasaron de la integración negativa a la incorporación positiva, con mejor o peor fortuna final, a las instituciones democráticas. Además, los socialistas habían sido el cimiento de la coalición fundacional de la República y eran el partido con mayor número de diputados. Por otra parte, Azaña percibía a la sociedad española atravesada por una profundísima crisis social, con las clases en lucha abierta por sus intereses y aunque este hecho no le parecía en sí mismo desastroso, entendía que para convertir esa lucha en un instrumento de «fusión nacional» necesitaba, además de crear un campesinado próspero, contar con la colaboración de una clase obrera dispuesta a renunciar a su tradicional apoliticismo y antiestatismo y asumir responsabilidades de gobierno.

En fin, pero no menos importante, el programa que presentó en su declaración ministerial de 17 de diciembre preveía cambios profundos en asuntos tan sensibles como la propiedad de la tierra por medio de una Ley de Reforma Agraria; las relaciones laborales, con una legislación encaminada a garantizar a los sindicatos un papel institucional en la negociación de las bases de trabajo; las relaciones entre el Estado y la Iglesia, con el proyecto de una Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas que habría de crear serias dificultades al gobierno; el Estatuto de Autonomía de Cataluña, que ya habían presentado los diputados catalanes; la reforma educativa, con la universalización de la enseñanza primaria y de la escuela unitaria, la reforma del Código Civil, la introducción del divorcio, la equiparación de derechos —entre ellos, el de voto— de la mujer, la secularización de los cementerios, la culminación de la reforma militar. Con un programa de esta envergadura, era una temeridad lanzar a los socialistas a la oposición; más aún, desprenderse de los socialistas habría llevado a disolver el Parlamento. Azaña juzgó, pues, prematura la ruptura de la coalición exigida por los radicales, aunque no descartó desprenderse del PSOE cuando se hubiera promulgado la legislación complementaria y su paso a la oposición pudiera realizarse sin traumas para ninguno de los partidos.

Decidido a mantener a los socialistas en el gobierno, no sintió ninguna preocupación por el hecho de que los radicales pasaran a la oposición. Más aún, como el funcionamiento de la democracia exigía contar con una oposición leal al régimen, pensó que el resultado final de la crisis consolidaba al nuevo régimen. Su propósito no consistía únicamente en desarrollar un programa de vastas reformas sino en acabar con las peores herencias de la vieja política, el «despotismo ministerial», la subordinación del Parlamento al

ejecutivo, el caciquismo, el favor político a los correligionarios, el uso espurio del decreto de disolución[446]. No era sólo un cambio de régimen sino, como él decía, un cambio en el sistema de la política: a partir de diciembre de 1931 habrá un gobierno basado en una mayoría «no colecticia ni transitoria» sino homogénea, que define una política, presenta unos proyectos de ley y ejecuta las leyes aprobadas por el Congreso, después de debatirlas con la oposición. Se han acabado, pues, la dispersión y heterogeneidad características del periodo anterior; a partir de ahora, los ministros son miembros de un gobierno responsable ante las Cortes, más que el comité de representantes de los partidos políticos. Presidente, gobierno, mayoría y oposición constituyen la sustancia del régimen parlamentario: así se gobierna en democracia y así se enseña a gobernar en democracia. En el diario que va recogiendo sus impresiones, en una tarde de mayo de 1932, mientras contempla cansado su imagen en el espejo, aparece Alfonso XIII, que le pregunta. «¿Adónde va usted, qué se propone hacer de España?». Y el hombre del espejo responde: «Gobierno una democracia, y enseño cómo se gobierna una democracia. Es difícil». Ese hombre del espejo no quiere ser Napoleón ni Pericles, sino «preparar a los pueblos para los tiempos (que son los más de los siglos) en que no hay Pericles ni Napoleón. Enseñar el gobierno de una democracia es habituarla a prescindir del genio»[447].

Azaña se conduce así como lo que es desde que pronunció su primer discurso y lo que no dejará de ser hasta el final de sus días, por encima, o por debajo de la forma de Estado en la que hace política. Cuando John Gunther le entrevistó en algún momento de 1932 acerca de su posición política y filosófica, no tuvo ninguna duda y le respondió, de manera casi desafiante: «soy un intelectual, un demócrata y un burgués»[448]. Es significativa esta respuesta, por lo que dice de sí mismo, pero también por lo que no dice: desde la presidencia del Gobierno, no se identifica como republicano cuando Gunther le pregunta por su posición. Lo que le viene a los labios es definirse, desde el punto de vista político, como demócrata. Un demócrata que se considera, por el medio cultural que ha frecuentado, un intelectual, y por el medio social del que procede, un burgués. La gigantesca ambición de Azaña consiste en llevar a cabo la tarea propia de una clase social que vio en acción en la Francia de principios de siglo y que, en España, no avanzó en los años de la Gran Guerra lo suficiente para imponer a la monarquía las reformas que había prometido. Ahora, en la República, las cosas habían cambiado y era por fin posible que la clase profesional, intelectual, demócrata y burguesa

realizara el programa enunciado en su primer discurso político ante sus paisanos de Alcalá en 1911: ¿Democracia hemos dicho? Pues democracia.

La coalición de republicanos de izquierda y socialistas echó, pues, a andar desde el comienzo del año nuevo, aunque no en las mejores circunstancias posibles. En los primeros días de enero de 1932, en el curso de una huelga general convocada por la Federación de Trabajadores de la Tierra, de la UGT, cuatro guardias civiles sufrieron una muerte atroz a manos de un grupo de campesinos en Castilblanco; poco después, en Arnedo, la Guardia Civil disparó sobre una manifestación pacífica que se había congregado en el centro de la localidad, matando a seis hombres y cinco mujeres y dejando malheridos a una treintena de manifestantes. Azaña atribuyó el «género de cosas y de desdichas» que habían sucedido en Castilblanco no a la pasión política sino a la falta de educación cívica, de sensibilidad, a la barbarie y al atraso y defendió a la Guardia Civil, a la que presentó fundada en dos bases: la obediencia al mando y la responsabilidad, principios que habría de repetir al día siguiente, cuando anunció, con motivo de los sucesos de Arnedo, que el castigo de los culpables, donde hiciere falta, sería inexorable; sin pasión, sin agresividad, sin ánimo de desquite**[449]**.

Desde los sucesos del 11 de mayo en Madrid, Azaña mostró su oposición a la salida de la Guardia Civil —creada para «perseguir al malhechor, al maleante, al ladrón»— para hacer frente a la masa obrera o afrontar perturbaciones de orden público. ¿Qué hacer entonces cuando hubiera que reprimir una huelga general revolucionaria o un intento de transformar una huelga en insurrección armada? Éste fue el primer problema de gobierno al que tuvo que enfrentarse. Antes, en la monarquía, estaba claro: a los obreros se les echaba encima el ejército. Pero Azaña no quería aceptar «como hipótesis forzosa que sea precisamente el ejército el que haya de salir de los cuarteles para imponer la paz»**[450]**. No lo quería admitir como hipótesis, pero no tuvo duda en aceptarlo como un hecho, cuando pocos días después de los sucesos de Castilblanco y Arnedo, la CNT declaró el comunismo libertario en la cuenca del Llobregat. Su decisión de proceder «con toda rapidez y con la mayor violencia» y hasta de fusilar «a quien se cogiese con las armas en la mano» para aplastar la rebelión de los mineros de Figols y de los obreros de Manresa se tradujo en una llamada al general Batet para que enviase «una columna al lugar del suceso con instrucciones inexorables de aplastar a los levantiscos», a la vez que rechazaba la oferta de Companys de enviar a Josep Grau, su chofer y ahora diputado de Esquerra, a convencer a los rebeldes para que depusieran las armas y volvieran al trabajo. Los únicos que irán a la zona

de la revuelta serán los soldados, dijo a Companys, a la vez que daba «órdenes al general de la cuarta División para que este disturbio quede extinguido en horas»[451]. Y así fue: el general Batet, que había dado a un capitán indeciso la temible orden de «que se conozca que hay ahí un capitán del ejército», podía anunciar a las pocas horas que todo había terminado, pues «la comarca donde se había desarrollado el comunismo» estaba ocupada militarmente[452].

Azaña negó en las Cortes que el gobierno hubiera de enfrentarse en aquella ocasión al ciudadano que usa de su derecho de huelga. A él, dice, no le espanta que haya huelgas, y ante una huelga legal y pacífica, se cruza de brazos. Pero nada tiene que ver con una huelga «romper la vía férrea, cortar las líneas telefónicas, apoderarse de depósitos de explosivos». Todo eso es rebelión e insurrección y quien lo hace no es un huelguista, sino un rebelde y un insurrecto y como tal lo trata: echándole al ejército encima… como en la monarquía. Afirma que no toma partido por ninguna de las organizaciones del proletariado —lo había tomado: Largo Caballero era ministro en representación de la UGT— porque se siente y está «por encima de eso», pero no transigirá en lo que se refiere a la disciplina y el orden y en la utilización de todos los instrumentos a su mando para aplastar lo que define siempre como rebelión. Todo el que se mueva fuera de la Constitución es un enemigo público sobre el que caerá el inexorable peso de la ley. Que nadie se llame a engaño: el respeto del gobierno a la ley no significa timidez, lenidad ni cobardía: la ley es inexorable e impasible, su majestad «proviene de que no está afiliada a ningún partido, y cuando nosotros hacemos caer la espada de la ley sobre el culpable no le preguntamos qué ideas profesa, sino si ha infringido la ley o no»[453].

Lo que Azaña entendía por peso inexorable de la ley se vería muy pronto. No juicios sumarísimos ni sentencias de muerte, sino «proceder con la máxima energía imponiendo con toda severidad las medidas preventivas y las sanciones a que autoriza la Ley de Defensa de la República»[454]. No hay juicios sino sanciones gubernativas de una naturaleza excepcionalmente dura, como la deportación de los «cabecillas» a Guinea, medida que había recomendado el Estado Mayor de la capitanía general de la Segunda Región Militar en junio de 1931 contra los «elementos comunistas dirigentes de la acción revolucionaria»[455]. En el aplastamiento de la rebelión por medio del envío de columnas militares y en las medidas adoptadas para prevenir nuevas intentonas insurreccionales, Azaña se conduce como ministro de la Guerra de un Estado que utiliza al ejército en funciones de policía, que no dispone de

fuerzas de seguridad capaces de intervenir con eficacia y rapidez en la represión de movimientos insurreccionales y que no se asusta cuando tiene que reprimir una insurrección por medio de una amplia intervención militar[456]. Pero es también el presidente que pide, a quienes sí se asustaron, que no retrocedan a la hora de aplicar las medidas represoras previstas por la ley y que no se ablanda por un «sentimentalismo que sería perjudicial para la patria», sino que aplicará la ley, no para castigar delitos, pues al gobierno no compete una función penal, sino para «reprimir e impedir que se repitan», lo que de inmediato valió al demócrata que él creía ser los calificativos de dictador, fascista, déspota ilustrado, émulo de Luis XIV, hasta el punto de convertirlo en un «caso». Y su determinación llega a tal punto que, en respuesta al grupo de diputados de la izquierda republicana que acusan de capricho a esa ley y de asesinos a los diputados de la mayoría, y que presentan una proposición para que el Congreso vea con disgusto la salida del *Buenos Aires* a Guinea, cargado de presos, no duda en plantear la cuestión de confianza, que obtendrá por 159 votos contra 14, ante la abstención de la gran mayoría de la Cámara[457].

El gobierno no tuvo que mostrar firmeza únicamente ante las insurrecciones anarquistas. Desde el verano de 1931 ya corrían rumores sobre los generales Barrera y Cavalcanti como centro de una conspiración, a la que se suponía vinculado el general Orgaz y en la que andaría mezclado el general Franco, disponible forzoso desde el cierre de la Academia y autor de un discurso que Azaña juzgó «caso de destitución inmediata si no cesase hoy en el mando» por ser «completamente desafecto al gobierno»[458]. Franco se había apresurado a enviar al jefe del Estado Mayor Central un escrito para que elevase al señor ministro de la Guerra su respetuosa queja y su sentimiento «por la errónea interpretación dada a los conceptos contenidos en la alocución» que procuró «sujetar a los más puros principios y esencias militares». Pero esa muestra de neutralidad política no fue suficiente para que Azaña diera por fantásticas las informaciones que le implicaban en los planes conspirativos: «anda en ello el general Franco», anotó el 15 de julio de 1931 y un mes después vuelve todavía sobre el asunto: «también recibo información de los manejos del general Franco y Orgaz. Franco es el más temible»[459].

No eran sólo rumores. En un informe confidencial recibido de París se aseguraba que existía en preparación un movimiento monárquico con dirección en la capital francesa y con tres orientaciones diferentes. La primera, promovida por Alfonso de Borbón, pretendía que el exrey, al frente del movimiento, entrara en España por territorio navarro y recuperase sin más

la corona. La segunda, inspirada por elementos monárquicos como Calvo Sotelo, Martínez Anido, Yanguas, Aunós y algunos otros, pedía la abdicación de Alfonso y quería colocar el movimiento bajo el caudillaje del infante don Juan, a quien se proclamaría rey. La tercera, protagonizada por el general Barrera, que parecía contar con medios económicos y mayor número de comprometidos, anunciaba en un manifiesto la proclamación de una Dictadura Militar Republicana, a la vez que pedía la renuncia de Alfonso a sus derechos al trono y proponía la derogación de toda la obra republicana. Barrera entró en contacto, en febrero de 1932, con el embajador de Italia para confirmarle la existencia de un movimiento militar cuyo objetivo consistiría en llevar al gobierno a hombres que «se opongan con energía al bolchevismo y restauren el orden», dejando para un momento posterior al golpe militar la decisión sobre la forma de gobierno[460].

Los rumores de conspiraciones de generales, exacerbados con motivo del comienzo de las actuaciones de la Comisión de Responsabilidades, se acompañaron de las muestras de descontento de jefes y oficiales, muy inquietos por el futuro del ejército y por sus propios destinos. La prensa militar de opinión cambió el tono de prudente expectación de los primeros meses por el ataque abierto, centrado en la política de nombramientos y en la denuncia del gabinete militar al que se atribuía el retorno del «arbitrio personal» al palacio de Buenavista. El ataque alcanzó enseguida al ministro de la Guerra: de persona capacitada pasó a ser tildado de ignorante que, provisto del necesario barniz para deslumbrar a los amigos del Ateneo, se había dejado arrastrar por sus pasiones e ineptitud a la obra de división de la oficialidad y destrucción del ejército y dejaba a España inerme ante un posible ataque exterior[461]. Esta prensa comenzó a servir de vehículo para la circulación de hojas clandestinas en las que además de denunciar los «agravios al Ejército», se formulaban llamadas a la unión y se repartían instrucciones para constituir organismos locales de todas las armas con representantes de todos los empleos y proceder al nombramiento de directivas que se relacionarían entre sí en los planos regionales y con una directiva central[462].

La conspiración y el malestar militar ampliaron su círculo cuando llegó el momento de cambios y sustitución de mandos, coincidente con el debate en las Cortes de los proyectos de reforma agraria y de Estatuto de Cataluña. De complot comenzó a hablar todo el mundo: en España, escribió Azaña, casi no hace falta la policía política, porque como todo el mundo cuenta lo que hace para darse tono, el Gobierno se entera de todo: ahora se habla tanto del

complot «como se hablaba del nuestro en noviembre de 1930». Un magistrado le cuenta a Casares los planes de un alzamiento militar, con un asalto al Congreso y a dos o tres ministerios, de los que tuvo cumplida noticia en un centro monárquico. Por prestar un servicio, Lerroux visita a Azaña el 10 de junio en el Congreso porque cree saber, y supone que el gobierno estará al tanto, que algunos generales conspiran[463]. También en junio, una «estupidez» de Albornoz con una «intolerable» respuesta de Cavalcanti, a quien fue preciso arrestar durante un mes en un castillo[464], además de la prisión de Barrera, contra quien sin embargo no aparecía prueba alguna que permitiera retenerle en la cárcel y acusarle judicialmente, extendieron el malestar, del que Goded y Villegas dieron cuenta a Azaña, a quien llegaban, por conductos casi siempre casuales, nuevas noticias de planes que ahora se ceñían a un asalto al Ministerio de la Guerra y a matar al presidente[465].

Azaña pretende contrarrestar este clima de acusaciones presentando a la República como identificada al ser de España y a sí mismo como el español más tradicionalista. Lo hizo en la asamblea de Acción Republicana celebrada a finales de marzo, después de recordar a los delegados que un partido tiene no ya derecho sino obligación de defender sus intereses como expresión de un interés que juzga superior siempre que cuente con mayoría parlamentaria para hacerlo, pero que cuando son parte de una coalición, los partidos coligados tendrán que ceder todo lo necesario hasta encontrar un acomodo con el resto para no entorpecer la acción de gobierno. Respondió entonces a quienes le acusaban de «gobernante despótico y antiespañol» reiterando que, en un sistema parlamentario, un gobierno debe mantenerse mientras cuente con mayoría y que cualquier otra doctrina reintroduciría los perversos usos de la monarquía. Y por lo que se refería a la tradición y al ser de España, nadie más tradicionalista que él y nada más acorde con el ser de España que la República, que venía a reanudar la gran tradición española. «Yo soy el español más tradicionalista que hay en la Península»; sólo que lo es de la tradición auténtica, la liberal y popular, no la que nació tras la monstruosa digresión impuesta por la monarquía imperial y católica. Era una forma de hacer política de la historia, a la que José María de Semprún opuso un razonable argumento: ¿de verdad se produjo un corte en el ser de España en el siglo XVI? ¿Puede algo así, no ya ser históricamente cierto sino biológicamente posible? Quizá no, pero el interés de Azaña consistía en defender «la permanencia y la perpetuidad del régimen republicano en España, como una floración natural del ser político de España». Por eso, volverá a postular la identificación de República y ser de España el 22 de

junio de 1932 en la apertura del local de su partido cuando afirma que la República, como España, es eterna[466].

Naturalmente, estos discursos no rebajaban en nada el malestar militar, que un incidente en Carabanchel vino a incrementar. Los generales Caballero, Villegas y Goded se encontraron en un desayuno de confraternidad con ocasión de unos ejercicios de cadetes de las academias y soldados de la guarnición de Madrid. Los tres generales habían pronunciado discursos en los que se habían referido al momento político y a la inquietud del ejército y habían terminado sus alocuciones con un «viva España y nada más», que uno de los jefes presentes, el teniente coronel Mangada, no había ostensiblemente contestado, dando así lugar a un enfrentamiento verbal con Goded. Mangada se despojó entonces de la guerrera y la arrojó al suelo, pisoteándola, hasta que otro de los jefes ordenó su detención e ingreso en prisión. Azaña pasó el día entero escuchando a testigos y, al día siguiente, trasladó a las Cortes el resultado de sus averiguaciones: había que distinguir dos aspectos del asunto, dijo: uno, los discursos de los generales; otro, el acto de indisciplina del jefe. De éste, no iba a ocuparse puesto que «está sometido a los tribunales competentes y el gobierno no tiene nada que decir ni que hacer sobre este caso particular»[467]. Pero las palabras de los señores generales eran otra cosa, que interesaba al gobierno y que merecía un correctivo, consistente en sustituir a los tres, con todos los miramientos posibles hacia sus personas, especialmente hacia la de Goded, de quien destacó la autoridad y la capacidad.

La destitución y sustitución de Caballero y Villegas no le preocupaba porque, al cabo, «nadie les hace caso y no significan nada». Pero Goded era otra cosa: listo, inquieto y ambicioso, aunque muy cauto, sería una torpeza empujarle hacia los que conspiran, piensa Azaña, que procuró por eso proceder con él de modo distinto, explorando su estado de ánimo. Le llamó al ministerio y le trató afectuosamente por ver si se confesaba. Se confesó, y la impresión que dejó en su confesor fue que llevaba dentro un escorpión. Rencor, despecho, envidia, ambición frustrada, miedo: de todo tenía. Y de todo hablaron, dando así salida a los diversos sentimientos que podía abrigar un conspirador de 1932: miedo, por la indisciplina de la tropa, trabajada por el bolchevismo; despecho, porque con una carrera tan singular ya no podrá ser, con la República, teniente o capitán general; encono, por la revisión de empleos, que aplicada a rajatabla le descendería a coronel; soberbia, por la importancia que se atribuía, puesto que «gracias a Sanjurjo y a mí no ha ocurrido ya una barbaridad en el ejército». Hablan también de política:

espantado de la obra de los socialistas y enemigo del Estatuto. En fin, al general, y es lo que quería saber, no le falta de nada. Azaña *accederá*, como quería, a relevarlo[468].

A pesar de lo que pudo deducir de la conversación, Goded se adentró desde entonces por los meandros de la conspiración de Barrera y Sanjurjo, que al fin estallaría la noche del 9 al 10 de agosto en Madrid. Antes, el 22 de julio, Azaña confió a su diario que se preparaba un movimiento «para la noche del domingo al lunes», una marcha sobre Madrid de las guarniciones de Zaragoza, Sevilla y Valencia. Decidió esperar que se desencadenasen los acontecimientos: el grano va a reventar y cuanto antes mejor, escribió entonces, pero la noche pasó y no hubo nada. Y a esa táctica, resultado de la seguridad de que tampoco ahora pasaría nada, transmitida por Saravia y Menéndez, y de su convicción de que bastaba la vigilancia para abortar el golpe, se atuvo en la noche del 9 al 10 de agosto. El día comenzó sin novedad y se acaba con preludios de drama, escribe en su diario. Una mujer, amante de uno de los oficiales implicados, comunicó a la Dirección General de Seguridad la hora exacta del golpe y sus primeros objetivos: el asalto al Ministerio de la Guerra y a la Telefónica. Arturo Menéndez, director general de Seguridad, se lo cuenta, hacia las seis de la tarde, en el despacho de las Cortes, ante el ministro de la Gobernación, Santiago Casares. Ya lo saben todo: día, hora, directores del movimiento, fuerzas implicadas, tal vez alguna complicidad en la guarnición de Madrid y hasta de algún funcionario del ministerio, dispuesto a abrirles las puertas. Como había decidido aguardarles en el ministerio, hasta allí se dirige, encontrándose con Saravia, que está de servicio, lo que le produce la natural alegría, «porque así queda todo en esta casa bajo la jefatura de un hombre de mi confianza». Luego llega Menéndez y toman las medidas oportunas: la Guardia de Asalto, cuerpo nuevo, todavía no probado, tendrá que someterse a la dura prueba de batirse con oficiales y tropas del ejército, si los sublevados consiguen sacar alguna de los cuarteles. Esta vez son militares los que se rebelan y no quiere oponerles la fuerza militar. Deben bastar los guardias civiles de servicio en edificios oficiales y, sobre todo, los guardias de asalto, al mando directo de Arturo Menéndez.

Azaña, Saravia, Menéndez, unas compañías de asalto y algunos números de la Guardia Civil. Eso es todo. Y frente a ellos una conspiración cuyo alcance real desconocen: igual puede venir un grupo de militares retirados que un batallón y hasta algún regimiento de la guarnición de Madrid. Lo sabe, pero no por eso dejará de cenar esa noche, en el ministerio, con Lola, Saravia y Cipriano, a quienes se unirá luego Enrique Ramos, subsecretario de la

Presidencia. Ninguna costumbre se rompe: después de cenar, charla en el saloncito de la esquina y una advertencia rodeada de una afectada indiferencia a Lola, que pregunta si pasa algo. Psch, le contesta sonriendo, que esta noche vienen a asaltar el ministerio. Lo dices en broma, responde Lola. Y Azaña: ya verás como no es broma, pero aunque oigas tiros no te asustes, no pasará nada. Sorprendente confianza que no le abandonó en toda la noche, mientras escribe la escena de la que es protagonista. Allí está él, rodeado de sus más íntimos, como le gustaba, sin molestar a nadie, preparando una nueva lección sobre defensa de la República que va a dictar en las Cortes el día siguiente. Fuma un cigarrillo mirando desde una ventana del ministerio cómo ante el gesto resolutivo de los guardias civiles, unos treinta confabulados arrojaron sus armas al suelo, y cómo una compañía de asalto, convenientemente mandada por su hombre de confianza, es suficiente para hacer volver a su cuartel de la Remonta a un destacamento militar que bajaba por la Castellana. Los medios del gobierno, dirá en las Cortes, son inmensos; en realidad, unos cuantos guardias civiles y una compañía de asalto.

Un triunfo, del que resultará el fortalecimiento del gobierno en sus posiciones y la reagrupación de las fuerzas republicanas, como escribía *El Sol* en la mañana del 10 de agosto. Hasta Lerroux, que lo sabía todo acerca de la conspiración, le enviará una carta, con algún retraso, ciertamente, y los radicales estarán por unas semanas, y hasta por unos meses con su estrategia de acoso en suspenso: oponerse ahora al gobierno podría pasar por complacencia con los insurrectos y Azaña, que lo sabe, responde al líder radical reiterándole lo mucho que estima «su solidaridad y adhesión y la de su partido en estos trances difíciles para la República, para cuya defensa siempre hemos de estar acordes»[469]. La ofensiva del Partido Radical contra su gobierno, iniciada en febrero, se había recrudecido con el discurso de Lerroux el 10 de julio en Zaragoza, sin que de nada hubiera servido su más extravagante ocurrencia para tender puestos con los radicales, sus antiguos aliados: la ceremonia de su iniciación en la masonería, el miércoles 2 de febrero, con enorme concurrencia, y de la que estuvo tentado de marcharse, pues «nada le importaba aquello». Nunca se había ocupado Azaña de la masonería y nunca después volverá a pisar una logia. Un socialista que asistió a la ceremonia, Juan Simeón Vidarte, creía que al pedir su entrada en la Logia Matritense, «marcadamente lerrouxista», intentaba «rehacer la unidad republicana, rota en el Parlamento […] buscaba ansioso con la mirada y no encontraba… no veía al Gran Maestre Diego Martínez Barrio»[470].

El fracaso del golpe de Estado, que en Sevilla tuvo otras complicidades y otro alcance, rodeó al gobierno del calor y hasta del entusiasmo popular y cerró por unas semanas las bocas de sus enemigos: el gobierno suspendió por tiempo indefinido la publicación de periódicos o revistas a los que se suponía relacionados con los conspiradores, como *ABC, El Siglo Futuro, Informaciones* y *Acción Española*, en Madrid; *La Unión* y *El Observador*, de Sevilla, y hasta *El Pensamiento Astorgano*, entre otros. Sobre todo, la resaca del golpe dejó vía libre al debate sobre las dos leyes pendientes, la de Reforma Agraria, agravada con la expropiación de tierras de la nobleza, y el Estatuto de Autonomía de Cataluña. Azaña reafirmó el valor de la fórmula política vigente desde diciembre de 1931, renovó su decisión de mantener a los socialistas en el gobierno y mostrarse magnánimo votando a favor del indulto de la pena de muerte impuesta al general Sanjurjo. Cuando se cumplía un mes del golpe, envió a los catalanes un saludo con ocasión de la aprobación del Estatuto en el que manifestó su orgullo por «haber gobernado la República durante esta etapa memorable»[471]. Aprovechó luego la breve vacación parlamentaria para emprender el 19 de septiembre un viaje que le llevó desde La Coruña y Oviedo a Barcelona y unos días después a Santander, acompañado por los ministros Jaume Carner, Santiago Casares, José Giral y Marcelino Domingo, para reafirmar el valor de la política reformista hasta entonces llevada a cabo y de la fórmula que la había hecho posible, y hacer entrega del Estatuto al gobierno de la Generalitat.

A Barcelona ya había viajado el año anterior para asistir el 19 de diciembre al estreno de *La Corona*, a cargo de la compañía de Margarita Xirgu, de la que era director Cipriano de Rivas[472]. La obra, apuntó en su diario, *no salió*, ni permaneció muchos días en cartel. Pero el viaje, aunque a disgusto por haber perdido su carácter privado, le dio la oportunidad de tratar en su salsa a los políticos de Esquerra, que le sometieron a un asedio para conseguir que destituyera al gobernador civil, Anguera de Sojo, porque mantenía a raya a los sindicalistas, base electoral de Esquerra. Ahora volvía en muy diferente condición, no la de autor teatral ni sólo la de presidente del Gobierno sino la de artífice del Estatuto de Autonomía, y el recibimiento fue apoteósico: «Con pocos actos semejantes puede compararse la grandiosa manifestación popular de júbilo y de solidaridad ciudadana ofrecida por el pueblo barcelonés con motivo de la llegada del jefe del Gobierno, señor Azaña, de sus ilustres compañeros de Gabinete y de las representaciones parlamentarias», comenzaba *La Vanguardia* su crónica del acontecimiento. El presidente de la Generalitat, Francesc Macià, y varios consejeros esperaban a

los viajeros en la estación de Francia, desde donde se trasladaron al Palacio de la Generalitat, en una «marcha apoteósica, de éxito inigualado, triunfal»[473].

A tono con el ambiente de aquella soleada mañana de septiembre, y con el recibimiento de que había sido objeto, el presidente del Gobierno se dirigió a los catalanes desde el balcón de la plaza de la República con una alocución en la que dio por culminada la revolución, a la que atribuyó la aprobación del Estatuto. Esto es la revolución triunfante, dijo a los catalanes. Revolución contra la Corona, expresada en frase que saltará a primera plana de los periódicos: «¡Ya no hay reyes que te declaren la guerra, Cataluña!». Llevado él mismo del entusiasmo y del clamor que sus palabras suscitaron, elevó la aprobación del Estatuto a un suceso de valor universal. La República española se adelanta y muestra el camino que habrán de seguir «otros pueblos peninsulares en las modalidades que les sean propias» y los pueblos de Europa en los que se plantea este mismo género de problemas. Ni el Estatuto ya aprobado ni los que vengan después significarán ruptura, disociación de caminos, corte de amarras: la autonomía de Cataluña es «una emanación natural de los principios políticos que inspiran la República». Es, de nuevo, la expresión de un sentimiento que ya había apuntado en su discurso de 1930 en el restaurante Patria, pero del que ahora deriva una consecuencia bien diferente: Azaña pretende que la colaboración se fundamente en motivos superiores a la organización del Estado y, convencido de que esos motivos son profundos, ya no evoca la posibilidad de que Cataluña decida cortar las amarras e iniciar sola una nueva navegación. Pensamiento que deja traslucir una inquietud: la República, sin una Cataluña republicana, sería débil y claudicante; pero Cataluña, sin una República liberal, no sería libre. Los destinos de Cataluña y España están unidos en la República. Y para terminar, y como respuesta a todos los que le acusan de ceder ante pretensiones secesionistas, Azaña remata su discurso con un «¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva la libertad!» que luego presumirá de haber sido el último en proferir desde el balcón del Palacio de la Generalitat.

Este discurso de Barcelona, junto a los que pronuncia en Santander cuatro días después de las emociones catalanas, y en Valladolid, a mediados de noviembre, dejando correr emociones castellanas, constituyen la mejor muestra del momento de plenitud que atraviesa durante este otoño de 1932. Hace un año que es presidente del Gobierno, una permanencia por la que nadie había apostado cuando por vez primera accedió a la cabecera del banco azul. Ha sido un año denso, repleto de acontecimientos, de dificultades y logros, pero allí está el gobierno y a la vista su obra. Azaña gusta entonces de

mirar hacia atrás, «hacer memoria de cosas felices y abrir la esperanza para otras igualmente venturosas», pues tanto la memoria como la esperanza trabajan durante esos meses a favor de la obra realizada, de la afirmación de los valores defendidos, de la táctica política seguida y de la tarea que aún queda por cumplir. La República, así lo ha percibido en estos viajes por las provincias, ha echado raíces en el pueblo español porque el gobierno ha mantenido su palabra y su programa. De nuevo, la historia ilustra el presente: lo que pasa ahora, al año y medio de instaurada la República, es lo contrario de lo ocurrido con los intentos de establecer un régimen constitucional en el siglo XIX. Lo cual echa sobre los partidos políticos una grave responsabilidad: mantener la fidelidad a la Constitución y no deslizarse ni un milímetro por la senda de la corrupción. Por supuesto, Azaña no duda en plantarse ante su auditorio como ejemplo de esas dos exigencias: él cumple la Constitución y se niega a formar un partido de amigos. Y entonces, otra de sus frases célebres que no dejará de suscitar comentarios: «en política, el jefe del Gobierno no tiene amigos ni los quiere»[474].

Pero no basta cumplir esos dos requisitos para mantener la obra de gobierno. En el inmediato futuro los partidos deberán atenerse a una exigencia que no pertenece al ámbito de los valores morales sino que emana de la misma realidad política: no podrán hacer política de partido, porque durante mucho tiempo será imposible que en España puedan formarse gobiernos homogéneos, ni de un solo partido político. Es consciente del peso de los socialistas en la coalición y, a la vez que los tranquiliza reafirmando su permanencia en el gobierno, pretende equilibrar la balanza y abrir cauces alternativos para el futuro con su propuesta de creación de una federación parlamentaria de grupos republicanos de izquierda. No era su propósito por el momento unificar partidos, sino concentrar fuerzas, de modo que la minoría mayoritaria de la coalición de gobierno dejara de ser la socialista para ser la republicana. Esto, por lo que se refería a la táctica. Y en cuanto a la obra de gobierno, Azaña celebra ante sus auditorios todo lo conseguido hasta este otoño de 1932 y reafirma el propósito de seguir adelante en la política reformadora, con una atención especial a la Ley Agraria como instrumento para crear en el campo una clase social nueva, tan necesaria a la República.

Las cosas marchaban, pues, razonablemente bien y Azaña no veía necesidad, en su visita a Valladolid el 14 de noviembre, de entrar en polémicas, ni responder a los ataques, aunque algún desplante dedicará a quienes le repiten que es preciso iniciar una política pacificadora, recomendando a los que así hablan que se pacifiquen ellos. Pero lo que le

interesa en este encuentro con sus correligionarios no es tanto la polémica como «la compenetración de las asambleas populares [que] reverdece el espíritu de los gobernantes». Tomando pie en la única novedad política de interés ocurrida desde su discurso en Santander, después de la ratificación por los socialistas de su compromiso con el gobierno, recuerda que una coalición no dura siempre; que algún día se acaba. Y explica entonces la novedad que la Constitución introduce en la vida parlamentaria al limitar la facultad de disolver el Parlamento. Es una lección simple de funcionamiento del régimen: si un gobierno cae, no por eso hay que disolver las Cortes; la permanencia de un Parlamento no debe depender de la vida de un gobierno, como ocurría en la monarquía. Por eso, Azaña explicita ahora lo que estaba ya en su discurso de Santander: la federación parlamentaria de izquierdas podrá ser mañana la base de una mayoría exclusivamente republicana. Es una letra a plazo ofrecida a Lerroux: llegará el momento de un gobierno republicano presidido por el líder radical; es sólo cuestión de esperar.

Esta insistencia en su esquema de política parlamentaria —que reafirmará el 23 de diciembre, en el acto de constitución de la federación de izquierdas republicanas parlamentarias de España[475]— no fue sin embargo lo que más llamó la atención en los comentarios suscitados por su discurso de Valladolid. Fue la profunda emoción que sacudió a su auditorio cuando, cumpliendo el hábito de dar un quiebro con la introducción de una experiencia íntima, personal, evocó, en un pasaje de muy arriesgado lirismo, el alma patética de Castilla refrenada por el decoro. Acusado de antinacional y antiespañol por la derecha católica emergente, Azaña insiste en que toda su política está encaminada a la creación de lo que con una expresión corriente se llama hacer una nueva España y se pregunta por la parte que en esta obra corresponde a los hijos del Duero, que tienen en el paisaje y en la historia una inconfundible identidad moral. Se pregunta por el papel que corresponde a Castilla en la organización del Estado sobre la base de las autonomías, pero al hacerlo se remonta a la fastuosa procesión que fue su historia desde la época en que sus reyes no eran más que una especie de caciques terratenientes hasta los tiempos en que el genio político castellano desparramó sus creaciones por todo el mundo.

¿Qué se hizo de todo aquello? Azaña revive entonces la emoción que le embargó al contemplar en una tarde de niebla y frío la silueta de un castillo desmoronado y unos pobres gañanes montados a mujeriegas en sus mulas, amparándose en el viejo sayal de sus mantas. ¿Adónde van, qué les espera cuando lleguen a su destino?, se pregunta. Y en lugar de impartir una nueva

lección política o jurídica, evoca la emoción histórica insuperable que le había proporcionado en sus recorridos por tierras castellanas cada piedra, cada rincón, cada ruina. Ahora bien, esa emoción que comunica a su auditorio hasta el punto de levantarlo de sus asientos no la pone al servicio de una política de restauraciones históricas. Sin duda, Azaña recurre a un lenguaje historicista, otras veces desechado, para hablar de la tierra eterna, de la raza perdurable. Pero de inmediato afirma, cortante: Lo que fue, pasó. ¿Y cómo es eso, que lo que fue, pasó, si es eterno y perdurable? En esta aparente contradicción es donde radica el contenido político del discurso. Azaña se guardará mucho de sugerir restauraciones históricas: restaurar no puede ser hoy otra cosa que fomentar una economía castellana que ponga a la región en el lugar que le corresponde. Mientras esto no se haga, todo lo demás —los prestigios, la historia, el idioma, la política imperial— será puro pasatiempo. Así se entiende que después de esta inmersión lírica, diríase que noventayochista, en el paisaje castellano pronuncie en Valladolid, corazón de Castilla, otra de sus frases célebres: «yo no soy empresario de restauraciones ni de reconstrucciones»**[476]**.

18. Presidente del Gobierno

2. Formidables obstáculos

Si el otoño de 1932 fue el momento de su mayor plenitud al frente del gobierno de la República, el invierno de 1933 marcó el inicio de su declive. Este año de 1932, escribió Josep Pla, «se habrá caracterizado en el panorama de la política española por la eclosión en términos excepcionalmente brillantes del mito Azaña como un gran estadista y por la decadencia de este mito»[477]. Si se resta de este juicio la parte que el mismo Pla había desempeñado en el intento de destruir lo que por entonces se definía como mito Azaña, la observación podría valer como indicación del cambio de clima perceptible desde los primeros días de 1933, cuando una nueva intentona insurreccional de la CNT culminó en la localidad gaditana de Casas Viejas con la matanza de una familia entera, encerrada en su choza, por las fuerzas de policía desplazadas para aplastar la insurrección. De inmediato, las oposiciones radical y católica emprendieron una campaña de acoso al gobierno, acusando a su presidente de haber dado órdenes directas de tiros a la barriga a los mandos de la Guardia de Asalto. Los ataques se dirigieron también al Partido Socialista, que había ratificado en su congreso de octubre anterior, no sin fuertes discusiones, la política de mantener la coalición con los republicanos, muy hábilmente defendida por Indalecio Prieto.

Para las oposiciones, el problema consistía en que ni la obstrucción radical ni, menos aún, la ofensiva católica resultaban suficientes para erosionar la base parlamentaria sobre la que se sostenía el gobierno. Como tampoco dejó de señalar Josep Pla, en aquel Parlamento Azaña no tenía «competidor posible ni oposición firme ni coherente». Precisamente porque las cosas eran así, se daba «la curiosa paradoja de que cuantos más éxitos tiene Azaña en el Parlamento más débil es su situación ante el país, y cuando más tritura el gobierno a sus enemigos del hemiciclo más fuerza tienen los vientos de fronda que soplan en la calle». No podría exponerse mejor el propósito de la ofensiva procedente de las mismas filas republicanas en su doble vertiente de radicales y conservadores, esto es, del centro-derecha de Alejandro Lerroux y de la derecha de Miguel Maura: con aquel Parlamento, la

oposición republicana no tenía posibilidad alguna de arrebatar a Azaña ni un solo voto de los diputados pertenecientes a los partidos de la coalición gubernamental. La única perspectiva de alcanzar el poder pasaba por el arriesgado camino de provocar una crisis política de tales dimensiones que exigiera la intervención del presidente de la República en la forma habitual de la vieja política: retirada de la confianza al presidente del Consejo y consiguiente entrega del poder al jefe de un partido que, por no disponer de mayoría, disolviera las Cortes y convocara nuevas elecciones para fabricarse una mayoría propia.

Lerroux estaba dispuesto a emprender ese camino bloqueando al Parlamento y presionando desde la calle a favor de los vientos de fronda que comenzaron a batir la fortaleza gubernamental desde la izquierda anarcosindicalista hasta la derecha católica. A la vuelta de unas breves vacaciones parlamentarias, recibió al gobierno con un discurso muy esperado aunque algo decepcionante, en el que denunció su rotundo fracaso en el ámbito económico, social y político y atribuyó todos los males de la situación a la persistencia de la coalición con los socialistas para acabar reconociendo que nunca podría triunfar si Azaña se obstinaba en encerrarse en «el círculo vicioso de suponer que entre las Cortes y la mayoría de la opinión del país no existe un divorcio». También él pensaba que mientras más se encerrara Azaña en su mayoría parlamentaria, más se alejaba de la opinión del país y le acusó de haber sumado adeptos gracias a las dos banderas del antimilitarismo y el anticlericalismo. Siendo así las cosas, y no queriendo saltar a las barricadas para dar en tierra con el gobierno, acabó su discurso con el reconocimiento de su impotencia y con la amenaza de acudir a todos los medios que el reglamento del Congreso ponía en sus manos para imposibilitar la obra del gobierno[478].

Azaña reafirmó su política en la misma sesión de Cortes de 3 de febrero de 1933 con un discurso muy personalmente dirigido a Lerroux en el que le recordó los trabajos realizados hasta la crisis de diciembre de 1931, rebatió su acusación de haber entregado la República a los socialistas y se negó a aceptar el dilema que le proponía el jefe radical: dimitir aunque conservara la mayoría o emprender una guerra sin cuartel. Al terminar, varios diputados de la coalición gobernante propusieron ofrecerle un homenaje que habría de celebrarse el 14 de febrero en el Frontón Central de Madrid. Con el gobierno en pleno sentado a la mesa presidencial, habló aquel día Prieto, que presentó el acto, y habló luego Azaña. Entre ambos se había forjado algo más que una corriente de simpatía personal: un acuerdo completo sobre estrategias y

táctica política. Azaña era un socialdemócrata convencido, que por haber otorgado una importancia prioritaria a la cuestión de la forma de Estado dirigió sus pasos hacia el reformismo y, cuando ese camino quedó obturado, al republicanismo. Y Prieto, con su proverbial indiferencia por las teorías políticas, fueran o no marxistas, era un republicano que, por haber vivido de cerca las luchas obreras de principios de siglo en una ciudad industrial, se había apuntado casi de niño al socialismo. A pesar de la disparidad de formación y de carácter, el entendimiento político entre ambos nunca fue difícil, colaboraron muy estrechamente en los planes de Obras Públicas diseñados por Prieto, especialmente en los relacionados con el Gran Madrid, y estuvieron siempre de acuerdo en la necesidad de prolongar la coalición entre republicanos y socialistas, asaeteada por todas partes.

Republicanos y socialistas se reunieron, pues, en el Frontón Central de Madrid para demostrar que «tenemos, y queremos probarlo, unos mismos puntos de vista, unas coincidencias fundamentales», desde la institución republicana hasta los medios y fines para desarrollarla. Es una manera común, no la única posible, reitera Azaña, que siempre había dejado a salvo, como reserva de futuro, la posibilidad de otra política, de concentración republicana, tan legítima como la que él defendía. Ahora bien, continuó, si esa otra política era posible, no era oportuna, ni podía imponerse por la coacción, recurriendo a maniobras extraparlamentarias. La razón: había que crear todavía un orden nuevo republicano. Y para esa tarea, la colaboración de los socialistas resultaba imprescindible, porque ese orden nuevo se definía por su carácter nacional, entendiendo por tal la incorporación de la clase obrera a la gobernación del Estado. Para justificarla, no recurrió esta vez a ningún argumento historicista: la República es nacional porque garantiza la presencia del proletariado en la administración y el gobierno del Estado. Por lo demás, el orden nuevo republicano no sería nada si al mismo tiempo no fundara una nueva moral pública. Y en este punto, imprime otra vez un giro a su discurso para adentrarse en una reflexión sobre el alto valor moral de la idea republicana. La República, dice Azaña, es a la vez española y universal, revolucionaria y tradicionalista, fundada no en las arenas viciosas de una historia falsificada sino en la pura roca del suelo español. Una República, por tanto, que en sus valores íntimos puede ser aceptada por todos, republicanos y socialistas, una República nacional. Tal es la avena loca que él había venido a sembrar, como el Arcipreste, orillas del río Henares. *El Sol*, muy adicto todavía, al comentar el acto resumió su contenido: «Plenitud de un régimen que ha encontrado hombre y estilo»[479].

Plenitud quizá, pero barruntos de derrumbe también. La insurrección anarquista, su brutal represión, la apresurada y torpe justificación de lo ocurrido antes de conocer su verdadero alcance ofrecieron a radicales y a católicos la ocasión para presentar continuas interpelaciones en las Cortes a las que el gobierno, por boca de su presidente, tuvo que responder una y otra vez con el inevitable desgaste político. Mientras el orden público absorbía todo el debate, los radicales ejercieron una persistente presión sobre el presidente de la República para que tomara nota del divorcio entre opinión y Parlamento y procediera a retirar su confianza a un gobierno que seguía, a pesar de las agrias disputas en las filas del Partido Radical Socialista, sin perder la confianza de la mayoría parlamentaria. El 31 de marzo, Diego Martínez Barrio, por la minoría radical; José Franchy Roca, por la federal; Miguel Maura, por la conservadora; Juan Castrillo, por la progresista, y Juan Botella, por la izquierda radical-socialista, firmaron un manifiesto redactado por Miguel Maura en el que acusaban al presidente del Gobierno de haber respondido «con el frío y rencoroso desdén que preside sus iniciativas políticas» a las peticiones que llegaban de la oposición, y anunciaban que no permitirían «paso franco» a ningún nuevo proyecto de ley, excepto al de Tribunal de Garantías Constitucionales. Si se pretendiera sortear esta decisión por medio de «los expedientes dilatorios a que tanta inclinación siente el presidente del Gobierno», las minorías republicanas de oposición cerrarían «el paso a toda obra legislativa»[480].

Ante el manifiesto de las oposiciones republicanas y el ataque personal de que en él era objeto, Azaña juzgó «inexcusable poner las cosas en claro» y en el Consejo de Ministros celebrado el 6 de abril en Palacio, presentó a la firma presidencial dos nuevos proyectos de ley que no eran complementarios de la Constitución ni habían quedado incluidos en la tolerancia de la oposición. Si Alcalá Zamora firmaba, contaría con una implícita ratificación de la confianza presidencial; si no firmaba, presentaría la dimisión y le dejaría las manos libres para proceder según su criterio[481]. Alcalá Zamora firmó, Azaña entregó una nota redactada de su puño y letra a los periodistas, respondió a la obstrucción con un discurso en las Cortes y a los tres días tomó la palabra en un mitin convocado en Bilbao, en el que hablaron además Marcelino Domingo, por el Partido Radical Socialista, e Indalecio Prieto, por el Socialista, para reafirmar ante la opinión su voluntad de mantener la coalición y responder a uno de los lugares comunes más repetidos en las propagandas contra el gobierno: que la opinión le había vuelto la espalda; que gobernaban sobre la ficción de una mayoría parlamentaria divorciada ya de tiempo atrás

de la mayoría de la opinión. De ese argumento, Azaña se defiende señalando a los congregados en la plaza de toros de Bilbao: «He aquí la opinión, ¿dónde están ellos?».

Y en verdad, sólo el anuncio del mitin había despertado entre republicanos y socialistas una expectación inusitada. A Bilbao se habían desplazado representaciones de las tres provincias vascas y de Navarra, Santander y Burgos. Desde primeras horas de la mañana, la capital vizcaína registraba una animación extraordinaria. Se calculaba que habría dentro de la plaza de toros hasta treinta mil personas, pero los que no alcanzaron a entrar, cerca de cincuenta mil, pudieron escuchar a los oradores por medio de altavoces instalados en las inmediaciones, en cafés y otros establecimientos públicos. Prieto, diputado por Bilbao, actuó de anfitrión: «en lugar de hacer la presentación de los oradores a la muchedumbre, voy a hacer la presentación de la muchedumbre a los oradores», dijo entre los aplausos del público, antes de defender para el País Vasco un Estatuto acorde con sus tradiciones liberales, no el propio de un país sometido al Vaticano. Domingo, titular de Agricultura, prometió que para el otoño las multitudes campesinas encontrarían la tierra que la República les daba y defendió la estabilidad y la autoridad del Parlamento. Y para cerrar el acto, Azaña impartió la lección de democracia parlamentaria que venía repitiendo desde que su gobierno sufría el embate de pasiones adversas. La República, recordó, dirigiéndose a los radicales, no es una oligarquía de gentes combalachadas. La República, además de una Constitución y una estructura jurídica, es un valor moral, un procedimiento para la acción de gobierno. No puede ser que ni ahora, ni dentro de veinte semanas, ni de veinticinco años, la obstrucción pueda determinar la caída de un gobierno. Eso no puede ocurrir en ningún caso, repitió por tres veces, llamando a los radicales a la cordura.

Discurso dirigido a los líderes del Partido Radical, Azaña desestimó por completo el argumento de que fuera del campo republicano otras oposiciones constituyeran un peligro para la República. Absorbido por la política parlamentaria, sin prestar atención más que a los efectos desastrosos de la obstrucción protagonizada por sus antiguos aliados de conspiración republicana y amigos de gobierno, subestimó claramente a la derecha católica, que avanzaba a ojos vistas. Para él, los peligros que pudieran surgir fuera del campo republicano no eran más que fantasmas inventados para preocupar a los asustadizos. Si algún día llegaran a condensarse, dijo a sus oyentes, se encontrarían de frente la enérgica decisión del pueblo español de no dejarse sojuzgar nuevamente. Esta ceguera para percibir cómo crecía bajo

sus pies una oposición que no era ya republicana procedía de la facilidad misma con que se instauró la República, de su convicción de que el catolicismo había dejado de impregnar la cultura española, de que la República era ya para siempre la forma política del ser nacional español y, en fin, de su atención prioritaria, casi exclusiva, al Partido Radical. Como bien muestran sus discursos y confirman las anotaciones de su diario, Azaña no concedió una atención específica, en el ámbito exterior, a la subida de Hitler al poder, ni, en el interno, al potencial movilizador del partido católico y a la capacidad de la Iglesia para modificar el rumbo de la política republicana.

Sin embargo, la posibilidad no ya de que surgiera un partido confesionalmente católico sino de que sus intereses pudieran coincidir, en un tramo del camino, con los del Partido Radical estaba anunciada desde el debate constitucional. Hasta la votación del artículo 24 del proyecto constitucional, la jerarquía católica y el nuncio no habían desechado la posibilidad de un entendimiento con el gobierno republicano. Pero a la vista del resultado final, la Conferencia de Metropolitanos desplegó su respuesta en dos frentes: atenuar e impedir los males que les afligían y alentar prudente y vigorosamente el movimiento general de afirmación católica. La primera tarea correspondía a obispos y nuncio por medio de una presión sobre las autoridades, que comenzó pronto, con la visita de Tedeschini a Azaña el 18 de octubre de 1931. A Federico Tedeschini, que le pareció a su anfitrión un hombre fino y cortés, fascinante por su capacidad para hablar de una cosa mientras daba la impresión de estar hablando de otra, o de nada, le dijo sin rodeos que pensaba aplicar lealmente la Constitución sin que la Compañía de Jesús pudiera esperar trato de favor o un disimulo, que era quizá lo que esperaba el nuncio. Un mes después, el 20 de noviembre, vinieron a visitarle Vidal i Barraquer e Ilundain, cardenales de Tarragona y Sevilla, para expresarle la profunda amargura que les producía la legislación de las Constituyentes y los gravísimos daños que se derivaban para la Iglesia. Azaña, que acogió amablemente a los cardenales y los trató con «gravedad afectuosa», se mostró muy complacido por la visita, les aseguró que interpondría su influencia para que sus ruegos fueran atendidos en la medida de lo posible y les dijo que una vez trascurrido el periodo en que no había sido posible evitar cierta efervescencia y extremismo, la situación religiosa se suavizaría y mejoraría. No concretó soluciones ni remedios, escribió Ilundain, pero prometió ocuparse de las clases más bajas del clero, desasistidas por la aplicación inmediata de los decretos sobre haberes. Tras la conversación,

fuéronse los dos arzobispos «brincando sobre las luengas figuras negras el rodete colorado del solideo»[482].

Idéntica respuesta recibirá Tedeschini cuando vaya a verle de nuevo el 12 de enero de 1932 para suplicarle que no fuera tan deprisa con el decreto de disolución de la Compañía de Jesús y con la Ley de Congregaciones y aconsejarle que antes de hacer nada con los jesuitas tratara con Roma, que estaba dispuesta a transigir y aceptar sin protestas una reducción de las casas de la Compañía en España. Azaña le respondió que el decreto estaba ya casi listo y que la Ley de Congregaciones iría más despacio, pero no entró en la discusión, no negoció nada ni se mostró interesado por conocer los términos exactos de la anunciada transigencia vaticana. Se limitó a recordar al nuncio que había que cumplir la Constitución y que él, por su parte, cumpliría el decreto que pocos días después, el 23 de enero, enviará a la *Gaceta* disponiendo la disolución de la Compañía de Jesús y la incautación de sus bienes. Coincidía tal severidad con los días en que la CNT había declarado la huelga general revolucionaria en el Llobregat y Azaña creía, contra la opinión de Alcalá Zamora, que «precisamente estos días que he de ser riguroso con la extrema izquierda me conviene serlo también con los del bando contrario». Y así, cuando el nuncio le entregue el 27 de enero una nota muy larga sobre la disolución de la Compañía, Azaña le dice que si la Iglesia sale de todo esto sin más pérdida que ésa, podría darse por satisfecha[483].

Con su actitud de cumplimiento estricto del mandato constitucional, Azaña brindó a obispos y nuncio el argumento que necesitaban para poner en movimiento el otro brazo de su estrategia. Puesto que de cuestiones constitucionales se trataba, y no quedaba margen para la negociación diplomática, los católicos se organizarían para apoyar y favorecer la campaña revisionista. Lo harían desplegando un doble movimiento: concentrar sus ataques en los socialistas e iniciar un acercamiento a los radicales. «Tremendo enemigo es para nosotros el partido socialista», había dicho Ángel Herrera, director de *El Debate*, en un discurso pronunciado en Valencia el 21 de diciembre de 1931, dos semanas después de la aprobación de la Constitución. «Pero han cometido un grave error estratégico: haber descubierto al enemigo sus planes ambiciosos; con lo cual han dilatado la línea de sus contrarios y los han unido. Y por eso el grito que hoy se levanta es éste: El socialismo; he ahí el enemigo». Y contra tal enemigo, no había que perderse en la discusión sobre formas de gobierno, si monarquía o república. Marcando claramente las distancias con los católicos tradicionalistas, Herrera aleccionaba a sus huestes instándoles a no plantear en esos términos el problema porque, haciéndolo así,

«estamos perdidos. Eso es la división. Dejad ahora la forma de gobierno; no tengáis prisa por declararos monárquicos o republicanos. Cada cual piense lo que quiera en lo secundario. Lo principal son España y la Iglesia, atacadas a fondo por el socialismo, al servicio de las logias»[484].

Herrera Oria hablaba muy pocos días después de que se hubiera producido el paso del Partido Radical a la oposición. De manera que cuando señalaba con el dedo al socialismo como el enemigo a batir, ya miraba de soslayo al Partido Radical como posible aliado en ese combate. Pocas semanas antes, en efecto, su pupilo José María Gil Robles, joven abogado salmantino, líder de Acción Nacional, había presentado al cardenal Francesc Vidal i Barraquer, cabeza visible de la Iglesia española tras la expulsión y obligada ausencia de Pedro Segura, un plan muy elaborado, dirigido a unificar políticamente a los católicos de manera que se pudiese alcanzar un «acuerdo con otras fuerzas parlamentarias (grupo Lerroux, por ejemplo)». Todavía Lerroux era miembro del gobierno de coalición republicano socialista y ya el sagaz dirigente católico vislumbraba la posibilidad de una coalición con su grupo para llevar al Parlamento una minoría lo bastante fuerte que permitiera plantear la revisión constitucional[485]. Antes de que la Constitución se promulgara, el emergente líder del catolicismo político planeaba el camino a seguir para revisarla en la primera ocasión posible: un acuerdo parlamentario con los radicales.

El proyecto de Gil Robles se convirtió en una alternativa plausible a partir de la formación del segundo gobierno presidido por Azaña en diciembre de 1931. El aglutinante sería la oposición de la derecha católica, no republicana pero tampoco monárquica —accidentalista, como se decía—, a la presencia de los socialistas en el gobierno, un terreno en el que podía, más que encontrarse, abrazarse con el Partido Radical. De ese nuevo dato tomaba nota el mismo Herrera un mes después de la propuesta de Gil Robles a Vidal i Barraquer; por eso decía a su público de Valencia: los socialistas, he ahí el enemigo. Era lo mismo que decía Lerroux, y lo que repetían las organizaciones patronales que le apoyaban en su lucha común contra los jurados mixtos, instrumento de la dictadura socialista, según los patronos. Naturalmente, si los socialistas, por la presión convergente de patronos, de católicos y de radicales, y por sus mismas dudas y debates acerca de la conveniencia de mantener la coalición con los republicanos en un clima de creciente conflictividad social protagonizada por la CNT, abandonaban el gobierno, no habría razón, ni mayoría disponible, para que Azaña siguiera a su frente: tras la apertura de la obligada crisis, la presidencia vendría a parar a

manos de Lerroux, que procedería a disolver las Cortes Constituyentes y convocar nuevas elecciones generales.

Los dirigentes del catolicismo político, que comenzaba a organizarse como partido de masas, moderno, dotado de todos los instrumentos de movilización y propaganda, con una fuerte base en los movimientos de mujeres y jóvenes de Acción Católica, tomaron buena nota de la discordia entre republicanos y diseñaron su plan con objeto de contener, primero, y revisar después toda la política secularizadora que debía derivarse de la estricta aplicación de la Constitución. Tenían claro, desde luego, que debían trabajar políticamente dentro de la República, pero no con la misma Constitución: «Esa Constitución no vivirá: ha nacido muerta», sentenciaba Herrera. Pero de esa constatación no se derivaba un ataque frontal al régimen republicano, sino una táctica algo más sutil, a la que Azaña no concedió la atención que merecía. Para él, educado políticamente en el marco de la monarquía restaurada, el poder político de la Iglesia se ejercía a través de la jerarquía; bastaba con plantar cara a las demandas de los obispos y se acabó el poder de la Iglesia. No pensó que también para la Iglesia había sonado la hora de la política de masas, la lucha por el dominio de los espacios públicos. Ya no se reducía a política por arriba, de elites que presionan y negocian. Era política en la calle, y la calle, para un republicano del 14 de abril, no pertenecía a la Iglesia ni a la derecha, era del pueblo y de la República. De ahí que ni Azaña ni, en general, los partidos republicanos prestaran atención a la salida a la calle de un partido católico, a su capacidad de organización y movilización y a su posibilidad de crecimiento no sólo entre medianos o pequeños propietarios agrícolas, asustados por los anuncios y la implantación de la reforma agraria, sino entre las clases medias urbanas de confesión católica, entre jóvenes, y entre mujeres, políticamente muy activas, y muy dispuestas a ejercer por vez primera el derecho de voto en las siguientes elecciones[486].

Herrera y Gil Robles, sin embargo, encontraron muy pronto el punto débil del republicanismo en la manifiesta hostilidad entre radicales y socialistas y en la consiguiente discordia entre republicanos, y enseguida levantaron la bandera capaz de aglutinar, más allá de la divisoria entre monárquicos y republicanos, a la mayoría de la opinión católica: «la revisión constitucional es una necesidad que se impondrá a todos los partidos y gobiernos», decía Herrera. «Ésa es nuestra bandera. Ésa es la bandera de las derechas. Bandera que la dictadura socialista y radical-socialista ha puesto en nuestras manos». No tardaron nada en lograr su propósito. En marzo de 1933 irrumpió por vez

primera en la política española el catolicismo político en forma de Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA, organizada con el propósito de «ocupar el poder» sin detenerse en «accidentalidades», según decía Gil Robles. Nosotros, dijo en el Monumental Cinema, en la asamblea fundacional, «defendemos a Dios y a España y dejamos en sus manos la forma de gobierno, que él sabrá el día de mañana premiarnos»[487]. A los dos meses, el nuevo partido dispuso de la primera ocasión para movilizar a los católicos con motivo de las elecciones convocadas el 23 de abril de 1933 en cerca de los 2500 municipios que en 1931 habían «elegido» a sus concejales por el artículo 29 de la Ley Electoral de 1907 y que desde entonces estaban regidos por comisiones gestoras. Según datos de *El Sol*, los partidos del gobierno obtuvieron 5048 concejales, los republicanos de oposición 4206 y las derechas 4954. Era como un anuncio de lo que estaba por llegar: los republicanos, desunidos en las urnas, convertían a las derechas en árbitros para la formación de gobiernos. Los radicales entendieron estos resultados como una clara derrota del gobierno y arreciaron en su política obstruccionista mientras los católicos, frente al pueblo republicano invocado por Azaña en su mitin de Bilbao, aparecían como representantes de otro verdadero pueblo español, el pueblo católico, que comenzaba a salir masivamente a la calle[488].

Al celebrar como una victoria aplastante contra el gobierno y contra los socialistas los resultados de estas elecciones, *El Debate* resaltó la inspiración antinacional, oscura, clandestina a cuyo dictado habría actuado un gobierno que pretendía infiltrar en España ideologías extranjeras y fracasadas. Azaña se vio así atacado por el mismo flanco en que ya habían golpeado los radicales: no era más que un prisionero de los socialistas, un gobernante que defendía intereses extranjeros, con el único ideal de triturar las instituciones nacionales, convertidas ya en escombros: triturados la magistratura, la diplomacia, el ejército, el profesorado, le tocaba el turno a la religión y a la propiedad. Carecía además de organización y de masas aunque fuera presidente del Gobierno y contara con una mayoría parlamentaria. El gobierno se cae, y no lo tira el Parlamento sino el país: es el divorcio de la opinión, el mismo argumento que esgrimía Lerroux ante el presidente de la República y que los católicos repiten con un ataque directo a Manuel Azaña, a quien el dirigente de las Juventudes, José María Valiente, comparaba con una de las grandes plagas de Egipto. Elevado así al rango de instrumento de los ocultos designios divinos, «castigo y providencia de Dios Nuestro», Azaña servía para sacudir la pasividad de los católicos y provocaba su pujante

movilización que levantaba ya «bandera de rebeldía y declaración de guerra». Y para alentar la rebeldía y urgir la disolución de las Cortes, nada mejor que una «bandera electoral: la derogación fulminante de la Ley de Confesiones y Congregaciones»[489], que el 17 de mayo de 1933 había obtenido en las Cortes el voto favorable de 278 diputados contra 50, lo que quiere decir que en esta ocasión muchos diputados radicales votaron con el gobierno.

Eran los antros masónicos, las logias, lo que estaba detrás de esa ley, pero ni gobierno ni masonería —escribía el diario católico el día siguiente de la aprobación de la ley por las Cortes— podrán ufanarse por mucho tiempo de su triunfo: gobiernos y políticas pasan, la conciencia católica de España, como la Iglesia, permanecen[490]. Al menos, echaría mano de todos los recursos para permanecer. Los Institutos Religiosos enviaron un mensaje al presidente de la República en el que afirmaban que «si nuevas tiranías semejantes a las del Imperio Romano nos sepultan en las catacumbas o nos llevan al martirio, seguiremos el camino», y le pedían que, en ejercicio de lo dispuesto en el artículo 85 de la Constitución, sometiera la ley a nueva deliberación de las Cortes a fin de que no prevaleciese la «ofuscación de un grupo»[491]. Por su parte, la Junta de Metropolitanos publicó unos días antes del preceptivo refrendo presidencial, una declaración colectiva lamentando que el «laicismo agresivo, inspirador de la Constitución […] no sólo no ha remitido sino que se ha agravado»: ruptura de tratos solemnes con la Iglesia, Ley de Divorcio como «invasión sacrílega en la soberanía espiritual de la Iglesia», violación de cementerios, vandálicos excesos de plebe enfurecida, incendiaria de templos y conventos, demoledora de santas cruces y otras venerandas imágenes, disolución de la meritísima Compañía de Jesús habían dado ocasión a recursos y protestas ante los poderes del Estado. Una vez más, los obispos tenían que levantar su voz contra «los corifeos del laicismo agresivo» que consideraban aquella ley como «la más eficaz arma de combate y de opresión contra la Iglesia católica»[492].

No bastó esta continua presión de religiosos y arzobispos sobre el presidente de la República: el 2 de junio, Niceto Alcalá Zamora, a punto de agotar el plazo de quince días de que disponía para devolver la ley a las Cortes, acabó por firmar, no sin antes mostrar a todo el mundo los días amargos por los que le obligaba a pasar el presidente del Consejo. El día siguiente, 3 de junio, Pío XI hacía pública su carta encíclica «Sobre la injusta situación creada a la Iglesia católica en España», en la que calificaba la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas como «nueva y más grave ofensa, no sólo a la religión y a la Iglesia, sino también a los decantados

principios de libertad civil sobre los cuales declara basarse el nuevo régimen español». Condenaba además como «gravísimo error» que la separación de la Iglesia y el Estado fuera lícita y buena en sí misma, cuando no era más que una «funesta consecuencia del laicismo, o sea, de la apostasía de la sociedad moderna». El Papa terminaba su carta reprobando y condenando la ley como contraria a la constitución divina de la Iglesia y lesiva de los derechos y libertades eclesiásticos y dirigiendo una llamada a los amados hijos de España para que se valieran de todos los medios legítimos a su alcance «a fin de inducir a los mismos legisladores a reformar disposiciones tan contrarias a los derechos de todo ciudadano y tan hostiles a la Iglesia». En resumen, Pío XI se sumaba a la campaña por la revisión constitucional[493].

En medio de este alud, el domingo 28 de mayo de 1933, había trabajado Azaña en el ministerio, como hacía a menudo, para poner al corriente el despacho de los asuntos pendientes. Después de almorzar, se fue «con Lola y el sobrinito a Riofrío», a pasar la tarde apaciblemente solos «en las arcádicas praderas verdes, pobladas de gamos». De regreso, ya anochecido, le acometió «una vaga melancolía, cosa rara, ante la frustración casi segura de buenos y grandes propósitos». No era la primera vez que en esos días de mayo sentía la impresión de que su obra podía derrumbarse. Dos semanas antes de esta excursión familiar, un árbol magnífico, enorme, el más viejo y hermoso del jardín del Ministerio de la Guerra, se había caído, dejando sus raíces al aire. Pesaba mucho y quizá el terreno en declive había fallado, lamentó Azaña ante la pérdida de un «antiguo amigo» al que siempre dirigía desde la acera una mirada de contento, pues le alegraba ver «una obra tan hermosa». Que ese amigo se derrumbase, ¿será un presagio de que toda su obra estaba condenada a correr la misma suerte?

La obra quizá no, pero él, desde luego, sí. El presidente de la República no pudo aguantar más la presión y el día 8 de junio, ante la propuesta del presidente del Consejo de modificar la composición de su gobierno con objeto de sustituir a Jaume Carner, enfermo desde hacía meses, prefirió abrir consultas. Ante esta iniciativa, que sólo podía entenderse como pérdida de confianza, el gobierno, dirá luego Azaña, dimitió allí mismo y allí se acabó el gobierno. «Desde el jueves estaba yo de muy buen humor», escribe en su diario, para dejar constancia de su alegría por la liberación de la carga. Un sentimiento placentero de «soltar este fardo, y soltarlo sin responsabilidad ni culpa [suya], sin que nadie le pudiera reprochar una huida» le embargó por unos días. Era el primer convencido de que para gobernar en aquellas circunstancias valía un hombre «con cualidades de zorro y que no descollase

demasiado». Él no se consideraba un zorro y había descollado en exceso. Quizá mejor retirarse a su «abandonada intimidad». La crisis le había deparado la efímera oportunidad de hacerlo sin brusquedades ni rompimientos que hubieran causado mucho daño. Quizá mejor atender el consejo de Martínez Barrio y reservarse para la gloria de «presidir a los republicanos reconciliados»[494].

Pero no se reservó. Alcalá Zamora abrió las consultas para la formación del nuevo gobierno de manera más bien extravagante, llamando a personajes de nula entidad política en aquellas Cortes, Melquíades Álvarez y Santiago Alba, dos representantes distinguidos de la «vieja política». Luego sondeó al socialista Julián Besteiro, que fue desautorizado por su partido; ofreció el encargo a Indalecio Prieto, que lo recibió con entusiasmo y que llamó a Azaña para pedirle que permaneciera como ministro de la Guerra. Azaña le dijo que sí, que podía contar con él, para no obstaculizar la formación de un gobierno de presidencia socialista, pero convencido de que Prieto no podría llegar muy lejos en su empeño, como así fue, por la oposición de su propio partido. El presidente llamó entonces a Marcelino Domingo, que retuvo el encargo durante unas horas, las que tardó en comprobar la futilidad de su esfuerzo. Recorrido todo el arco, el encargo volvió a Manuel Azaña con la recomendación de que formara el gobierno que pudiera «con los grupos de la antigua mayoría». Azaña aceptó, quiso recuperar al Partido Radical para reconstruir en lo posible la coalición de 1931, visitó a Lerroux en su domicilio para explicarle la situación y finalmente, ante la pertinaz insistencia de Martínez Barrio, portavoz de Lerroux, en no incorporar a nadie del Partido Radical si permanecían en el gobierno los socialistas, se limitó a ampliarlo con un federal hacia el que sentía nula estima política, José Franchy Roca, que se hizo cargo de Industria y Comercio, y con Lluis Companys, en Marina, y meter así a Esquerra en el gobierno. Francisco Barnés sustituyó en Instrucción Pública a Fernando de los Ríos, que pasó a Estado y Agustín Viñuales ocupó el Ministerio de Hacienda, vacante desde la enfermedad de Jaume Carner, lejano motivo de la crisis.

Azaña siempre había rechazado la idea de presidir un gobierno interino y se dispuso a reemprender la marcha, pero esta vez todo el mundo tenía claro que la forzada solución a la crisis marcaba un claro límite al gobierno naciente: la promulgación de la Ley de Tribunal de Garantías y la puesta en marcha del Tribunal tras las elecciones para cubrir sus plazas. A la insurrección anarquista, la obstrucción radical y la ofensiva católica se había añadido durante estos meses la pérdida del favor de la prensa y la declarada

hostilidad de destacadas figuras del firmamento intelectual madrileño. Su amigo Guzmán, que se había hecho con la gerencia de *El Sol*, no pudo evitar que, al no acceder el presidente del Gobierno a la subida de cinco céntimos en el precio de venta al público, siempre rechazada por los socialistas, Luis Miquel entrara en tratos con Juan March y pusiera los tres periódicos, *El Sol, Luz* y *La Voz*, un poco precipitadamente adquiridos, al servicio sus adversarios. De la gloria de los editoriales del otoño de 1932, el presidente del Gobierno cayó en picado al infierno de los que le dedicaban en el verano de 1933[495]. Azaña tomaba buena nota de esta creciente hostilidad de periodistas e intelectuales: Manuel Aznar, por ejemplo, que después de la rebelión de agosto lo ponía «todo a la carta Azaña» y le «llenaba de incienso», parecía haber cambiado de sentimientos cuando naufragó su candidatura para un cargo diplomático. Unamuno había proclamado en el Ateneo, en una conferencia que Azaña juzgó «lastimosa, una estupidez, o una mala acción», su gran pesimismo ante la presente situación política. «Me duele la República», dijo, añadiendo así un nuevo dolor a los muchos que desde joven padecía. Ortega también se sentía despegado de tiempo atrás de los republicanos y ahora ejercía todo su influjo para desacreditar su política, escribe Azaña, a quien llegaron noticias de que algunos colaboradores, como Francisco Ayala, se habían alejado de la tertulia de *Revista de Occidente* por lo que allí se decía de él[496].

El deterioro de las relaciones entre presidente de Gobierno y presidente de la República durante el debate y la aprobación de la Ley de Confesiones aceleró el rompimiento irreparable. Una vez aprobada la última de las leyes complementarias, «las discordias, la hostilidad entre republicanos y socialistas por esas provincias y esos pueblos, dio su primer fruto político en las elecciones, a fines de agosto, de los vocales para el Tribunal de Garantías», escribirá Azaña años después, atribuyendo a esas discordias los malos resultados. Los radicales y la derecha católica volvieron a exigir la dimisión del Gobierno, aunque lo peor fue «el efecto causado en el propio campo de los partidos ministeriales». Si en el gobierno todavía mantenían la unidad y en las Cortes la disciplina de voto, en los pueblos, «socialistas y republicanos solían andar a la greña, por cuestiones locales, ya políticas, ya de orden social». Largo Caballero llegó a decirle que la coalición republicano-socialista «estaba rota». Entonces, le respondió Azaña, se habrá roto todo. Y, en efecto, todo acabó por romperse el 7 de septiembre cuando el presidente de la República, después de que las Cortes hubieran ratificado por enésima vez

su confianza al presidente del Consejo, le retiró la suya y encargó a Alejandro Lerroux la formación de un nuevo gobierno.

Por fin sonaba la hora del viejo líder radical, que se dispuso a formar un gobierno de concentración republicana. Contra todas las expectativas, Acción Republicana aceptó el envite y ofreció su colaboración designando, para ocupar el Ministerio de Estado, a Claudio Sánchez Albornoz. Lo hizo a riesgo de soliviantar a los socialistas, que nada más conocerse la formación del nuevo gobierno, y «a virtud de la conducta seguida por los elementos republicanos al prestar su colaboración ministerial», dieron por rotos el 11 de septiembre todos los compromisos contraídos con los republicanos en 1930. En consecuencia, la ejecutiva del PSOE declaraba que cada grupo y cada partido «recobraba plenamente su independencia para seguir el camino que estime pertinente a la defensa de sus ideales». Prieto intentó aplazar el momento de manifestar a los republicanos la «inevitable hostilidad» de los socialistas, pero al final se impuso la propuesta de Largo Caballero, que fue aprobada por unanimidad. La coalición política que había servido de base a la República llegaba a su fin: a partir de ese momento, cada cual tendría que andar su propio camino[497].

La incorporación nominal de Sánchez Albornoz, que en esos momentos volvía de América y que garantizaba a Lerroux el apoyo parlamentario de Acción Republicana, no fue suficiente para que su gobierno superara la prueba de su presentación en las Cortes, en buena medida porque Lerroux, como recordará Martínez Barrio, adoptó una posición «evidentemente falsa»: pedía el voto de confianza a una Cámara que consideraba «gastada» y con la que no quería gobernar. Indalecio Prieto planteó, el 2 de octubre, una moción de desconfianza y pidió a los partidos republicanos de izquierda que se pronunciasen. Azaña mostró entonces su extrañeza ante la pretensión de Lerroux: ¿para qué pide la confianza a una Cámara que declara divorciada del país? No para gobernar con ella sino para conseguir del presidente el decreto de disolución. Y por ahí, no estaba dispuesto a pasar. En la República, la política no se podía hacer en torno al decreto de disolución: sería una corrupción de las costumbres políticas republicanas utilizar el decreto de disolución al modo de la monarquía. Así que anunció su voto en contra y dejó al gobierno con los pies en el aire. Lerroux pronunció una violenta requisitoria contra Azaña en la que se presentó león atacado por serpiente. Fue el debate que Azaña llamó «de los enojos», en el que aprovechó para dibujar su nuevo autorretrato cuando dijo a Lerroux que a él nadie le estorbaba porque tenía de su raza el ascetismo y del demonio la soberbia.

Lerroux cosechó su primera derrota y el presidente de la República, tras vanos intentos de conferir el encargo a alguna personalidad independiente, llamó a Martínez Barrio recomendándole que formara un gobierno lo más amplio posible con la única tarea de disolver las Cortes y convocar elecciones. Marcelino Domingo tuvo la ocurrencia, aceptada por Azaña, de invitar a los socialistas para reproducir la coalición que instauró la República: de esta manera se suavizaría el tránsito a otra política y no sería necesario precipitarse en la aventura electoral[498]. Martínez Barrio lo consideró imposible, pero al final, pasada la media noche, ¡la hora de las brujas!, como dijo Azaña a Domingo, los tres dirigentes republicanos se encaminaron a casa de Lerroux, lo sacaron de la cama y le pidieron que levantara su veto a los socialistas. Medio dormido y algo más que asombrado por la presencia de serpiente Azaña no ya en su casa, sino en su alcoba, Lerroux les dijo que hicieran lo que quisieran. Fueron entonces a buscar a Prieto para informarle de que Lerroux había aceptado la participación socialista. Eran las cinco de la mañana, Prieto intentó encontrar alguna fórmula que permitiera a los socialistas salvar la cara después de haber insistido en que su voto de recusación a Lerroux incluía también a cada uno de sus ministros. Al final, como lo que le salió fue una «paparrucha», desistió y declinó la oferta y con ella la última posibilidad de reconstruir, aunque sólo fuera por el tiempo que habría de durar este gobierno, la coalición de 1930. Martínez Barrio siguió adelante y el 9 de octubre presentó un gobierno de concentración republicana formado por tres radicales, tres radical-socialistas, y uno por cada uno de los partidos de Acción Republicana, que confirmó a Sánchez Albornoz, Izquierda Radical Socialista, Republicano Gallego, Republicano Progresista y Esquerra Republicana, con el añadido de dos independientes. Ése era el gobierno que habría de presidir las elecciones de 19 de noviembre bajo el control de Manuel Rico Avello, un independiente en el Ministerio de la Gobernación[499].

En el discurso de los enojos, Azaña había tranquilizado a Lerroux diciéndole que en la oposición no era nada ni significaba nada. No le faltaba razón. Azaña lo fue todo en el gobierno, sostenido no en la fuerza de un gran partido con amplio arraigo social sino en su inesperada capacidad para mantener unida una coalición de partidos dispares en la que el suyo no era más que una minoría. En tales condiciones, su programa de rehacer el Estado y la sociedad desde la raíz se puso en marcha sostenido en la claridad de su palabra, en la especie de iluminación que su discurso despertaba entre sus auditorios y sus socios de gobierno y en una mayoría parlamentaria que, tras

múltiples debates y discusiones, llegaba a acuerdos sustanciales sobre las grandes cuestiones pendientes. En conjunto, se trataba de profundas reformas en la sociedad y en el Estado emprendidas sobre la base de una mayoría parlamentaria que no le pertenecía. Él mismo definió aquellos dos años de gobierno como una revolución llevada a cabo en un régimen de libertad y por medios parlamentarios. Lo mismo escribió en el exilio Antonio Ramos Oliveira cuando atribuyó el fracaso de Azaña al hecho de haber pretendido realizar una revolución en un sistema de libertad. Este espejismo, que Aldo Garosci definió como haber descuidado el problema del poder, se reforzó por su «ascenssió rapidíssima, rutilant», como escribió Pla, por la aparente facilidad con la que alcanzó la presidencia del Gobierno[500].

En todo caso, el partido del que era presidente y dirigente indiscutido celebró su Asamblea nacional unos días después de la disolución de las Cortes Constituyentes. Como era costumbre, y en su calidad de presidente del consejo nacional, Manuel Azaña presidió la sesión de apertura, sentado a la mesa con José Giral, Amós Salvador, Cándido Bolívar, Enrique Ramos, José Serrano Batanero, González Herrero, Gómez de Llanera y el secretario general, Vicente Gaspar. En total, la comisión dictaminadora de actas dio por buenas las de 43 delegaciones que sumaban 268 votos, representando a 134 000 afiliados, un número que el diputado Mariano Ruiz-Funes, encargado de presentar la ponencia política, encontraba «consolador», aunque no faltaron críticas al consejo nacional por no haber sabido realizar las tareas de propaganda necesarias para una mayor expansión del partido[501]. Azaña pronunció el discurso de clausura, el 16 de octubre, pasadas las ocho de la tarde, en el teatro María Guerrero, de Madrid, tras ser reelegido presidente, con Ruiz-Funes como vicepresidente y Manuel Álvarez Ugena de secretario. Era la primera ocasión que se le presentaba, fuera del Parlamento, de elaborar en voz alta una reflexión sobre la obra realizada y proponer la táctica política para el futuro. De lo primero, se mostró evidentemente satisfecho. El suyo era un partido que con la palabra había creado una doctrina, con la conducta un ejemplo, con las realidades una República. Nada que reprochar al partido, nada que reprocharse a sí mismo como presidente de un «Gobierno complejo de coalición», obligado a poner, por decencia política, los intereses generales por delante de los del propio partido. Tampoco se arrepiente de haber confiado demasiado en la inteligencia, como en ocasiones se le ha reprochado: cree gobernar un país de adultos. Han hecho lo que tenían que hacer. Y el resultado es una revolución, aunque no está Azaña dispuesto a disputar por palabras: cambio de régimen político y de la estructura orgánica

del Estado; del régimen de la familia, de la propiedad, de estatuto religioso del país, del lugar que ocupaban fuerzas y poderes del Estado. Es mucho, si se mira hacia atrás; poco, si se pone la vista en el mañana.

Sobre todo porque España no está sola en el mundo, y el mundo sufre una profunda crisis. Es llamativo que un político formado en los frentes de la Gran Guerra, experto en política francesa, comentarista agudo de política europea, hubiera dejado pasar sin mayor provecho la única visita de un presidente de Gobierno recibida en los dos años pasados, la de Eduard Herriot el 31 de octubre de 1932, y que no haya pronunciado ni un solo discurso dedicado a las relaciones de la República con el mundo exterior y al impacto que ese mundo podía tener sobre la política republicana. Por excepción, en el dirigido a los asambleístas de su partido dejó caer algunas referencias, de carácter más bien general y abstracto, a la crisis mundial, a las invocaciones a los apetitos de raza, a la brutalidad y la barbarie que se habían introducido en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo, aunque no mencione por su nombre al nazismo ni al fascismo. Por excepción también, en esta clausura del congreso de su partido se encuentra la explicación del evidente desinterés del gobernante y político español por la política internacional: los españoles, dice Azaña, han disfrutado desde hace tiempo de un extraño privilegio: llevar una vida excéntrica y extravagante respecto al curso de las contiendas europeas. De modo que aquel lamento de 1911 sobre la España sentada a la vera del curso de la civilización europea se habrá convertido, en plena crisis de los años treinta, en un privilegio. Lo que ocurre en España es independiente del cauce general europeo. Nosotros, dice Azaña, no venimos de la situación de donde vienen los demás países en la crisis actual.

Por lo demás, y a pesar de su llamada a la defensa de la República, los tonos del discurso no son todavía de alarma ante un peligro inminente: de un acto de fuerza no hay temor alguno; y el desvío de la República o una derrota electoral, los mismos republicanos podrán evitarlos con tal de que sigan la política correcta: crear una federación de todos los partidos de idéntica significación política e impedir que, como ocurrió en las pasadas elecciones municipales, los candidatos de la derecha salieran elegidos con menos votos que la suma de los obtenidos por los partidos de izquierda. Ciegos había que estar para acudir a las elecciones separados. Azaña, en todo caso, no estaba seguro de que esa propuesta de federación republicana fuera a ser oída por alguien, como tampoco lo estaba de que los socialistas, volviendo sobre su acuerdo de 11 de septiembre, aceptaran ir a las elecciones en coalición con los republicanos. Y es en este punto cuando imprimió al discurso un giro para

comunicar a su auditorio la angustia que más profundamente le había asaltado durante los dos años y medio de gobierno republicano: si acaso todo lo realizado hasta ese momento, si toda esta etapa que ahora se cerraba «no sería, al fin y al cabo, en la historia española, más que uno de tantos islotes como de vez en cuando han aparecido en la política de España y después han quedado rodeados por todo el oleaje de bajas pasiones, de las miserias nacionales y de la decadencia pública, para quedar como un recuerdo en la historia española». Azaña se ha preguntado muchas veces, y así lo confiesa ante la asamblea de su partido, si estos dos o tres años quedarán en la historia española «como uno de los intentos generosos que se encuentran en nuestro pasado», como aquel «trienio del 20 al 23, como aquel bienio constituyente del 54 al 56, como los inicios de la revolución del 68 y de la República del 73»[502].

Es la especie de melancolía que embarga a los liberales españoles cuando consideran la historia política de su nación como «un continuo tejer y destejer, pronunciamientos y contrapronunciamientos, constituciones que nacen y mueren, leyes orgánicas que se mudan apenas ensayadas…», como había escrito cincuenta años antes Juan Valera al hacerse cargo de la continuación de la *Historia general de España* escrita por Modesto Lafuente; todo aquello que hacía de nuestra historia política «algo tan sin finalidad y sin propósito, tan triste y tan desengañado que da gran dolor tener que escribirla»[503]. Tanto dolor daba tener que hacerla, pero Azaña recupera fuerzas a la hora de la despedida e invita a todos los que sienten el mismo fervor republicano a reemprender la obra común. Mañana será el día de la lucha, les dice, convocando a la tarea no sólo a los afiliados de su partido sino a todos los republicanos, dondequiera que estén: «¡Arriba, por la República y por la Patria!».

19. EN LA OPOSICIÓN

Disueltas las Cortes por decreto de 9 de octubre de 1933 y convocadas elecciones para el 19 de noviembre, Manuel Azaña se metió de lleno en su segunda campaña de propaganda electoral dirigiendo toda clase de llamamientos a los socialistas con objeto de alcanzar una «coalición general pactada» con vista a presentar candidaturas únicas ante los electores. Consideraba suicida acudir por separado a sabiendas de que el sistema electoral de lista con prima a las mayorías, establecido por ellos mismos, otorgaba a las minorías un número de diputados inferior al porcentaje de votos recibidos y dejaba sin representación a los pequeños partidos que presentaban candidatura propia. Rechazó, sin embargo, de manera expresa que el voto de la mujer fuera a perder a la República: no había visto, dijo en Játiva, que las divisiones políticas se establecieran por edad o por sexo: el voto no dependía del sexo, sino del talento, el entendimiento y la educación, y tan furibundos cavernícolas veía él en «apuestos varones como en débiles mujeres»[504]. Desoídas sus recomendaciones, no por eso dejó de insistir en sus discursos de propaganda electoral en el «error injustificable» de aquella táctica, agravado por la amenaza que la derecha representaba para todas las políticas puestas en marcha durante la anterior legislatura: todo quedaría en suspenso o acabaría por perderse si la derecha lograba hacerse con el poder ante la división de socialistas y republicanos. Frente a esa amenaza, Azaña defendió una y otra vez en todos sus mítines, en Játiva como en Bilbao, en Castellón como en Madrid, la obra realizada hasta entonces: escuela, reforma agraria, legislación social, autonomías, e insistió en la necesidad de repetir la táctica que la hizo posible.

Tal como había pronosticado, las elecciones fueron un desastre para los republicanos de izquierda y, en menor pero muy frustrante medida, para los socialistas, incomprensiblemente convencidos de que podrían alcanzar el gobierno por medio de las urnas si se desprendían de lastre republicano. Azaña, tras rechazar la incorporación a una de las candidaturas republicanas por Barcelona que le había ofrecido el presidente de la Generalitat, Francesc

Macià, pudo salir elegido diputado gracias a que Indalecio Prieto, reticente a la consigna de su partido, mantuvo en su distrito la coalición con los republicanos y le incluyó en la lista por Bilbao, donde consiguió uno de los dos puestos destinados a las minorías. En Madrid, como cabeza de una candidatura de izquierda republicana distinta a la socialista, Azaña obtuvo en la primera vuelta 45 866 votos, muy por debajo de los 141 288 alcanzados como media por la candidatura del PSOE y de los 133 372 conseguidos por la coalición de derechas[505]: si se hubieran presentado en candidatura única, los partidos de la anterior coalición republicano-socialista habrían salido elegidos por las mayorías sin necesidad de repetir la votación en una segunda vuelta, que de todas formas confirmó en Madrid el triunfo socialista. El mismo caso, aunque con mayoría de la coalición de derechas encabezada por la CEDA, se repitió en otros muchos distritos: con una votación inferior a la suma de los votos obtenidos por las candidaturas divididas de republicanos y socialistas, la derecha católica pudo alzarse con la más numerosa minoría del nuevo Congreso.

Azaña reaccionó a los resultados electorales con una discutible, aunque inocua, iniciativa dirigiendo el 5 de diciembre una carta, firmada también por Marcelino Domingo y Santiago Casares, al presidente del Consejo, Martínez Barrio, solicitando la formación de un gobierno que diera «a la opinión la seguridad de que el rumbo de la República no va a desviarse peligrosamente». Sostiene Martínez Barrio en sus *Memorias* que «pocos días después de la celebración de las elecciones», le habría pedido Azaña una entrevista para proponerle que suspendiera la reunión de Cortes, constituyera otro gobierno con representación de todas las fuerzas de izquierda y convocara una nueva consulta electoral[506]. En realidad, ni la carta que recibió «dos días después» de esa entrevista —celebrada según Martínez Barrio «pocos días después» de las elecciones, lo cual añade un elemento más de confusión a la trama— se refería a dejar en suspenso la constitución de las Cortes y convocar nuevas elecciones, ni lo que Azaña declaró inmediatamente después de la segunda vuelta electoral avala semejante acusación. Todo lo contrario: en su única declaración conocida, tomada por el director de *El Socialista* el mismo día de la entrevista con Martínez Barrio y publicada el siguiente, defendió de forma expresa que el futuro gobierno, que habría de presidir Alejandro Lerroux con el indispensable apoyo parlamentario de la derecha, debía durar al menos seis meses con objeto de que, a la vista de sus resultados, pudiera producirse una reacción favorable a la opinión de izquierdas. Convocar ahora nuevas elecciones, dijo a su interlocutor, no serviría para nada porque reproduciría

con muy pequeñas variantes los mismos resultados que las recién celebradas. Años después, en agosto de 1937, Azaña y Martínez Barrio mantuvieron una larga conversación en la que salió a relucir esta entrevista. Azaña no se acordaba muy bien de lo que hablaron —«debía de ser para cosas de la elecciones», dijo— y Martínez Barrio se lo aclaró: «No. Las elecciones habían terminado. Fue para asuntos relacionados con el nuevo Parlamento». Al escribir sus *Memorias*, recordó otra cosa, como tantos, tantas veces[507].

Recibida la carta y despachada la visita, Martínez Barrio no consideró oportuno modificar la composición de su gobierno en el sentido que le indicaron sus tres visitantes y, a pesar de los rumores que circularon desde el domingo 3 de diciembre, por la tarde, los cinco ministros procedentes de los partidos republicanos de izquierda permanecieron en sus puestos, buena prueba de que ni Azaña, ni Casares, ni Domingo pretendían nada similar no ya a un golpe de Estado, pero ni siquiera a una modesta, por su limitado efecto, crisis de Gobierno. En sus manos tuvieron la posibilidad de abrirla, ordenando la retirada de los ministros de sus respectivos partidos, pero se temía una anunciada insurrección anarquista y pudo más el sentido de responsabilidad que el deseo de crear problemas a Martínez Barrio y provocar la crisis antes de la apertura de las nuevas Cortes. Constituida la Cámara el día previsto en el decreto de disolución y declarada en efecto la nueva insurrección anarquista, Lerroux pudo acceder por segunda vez a la presidencia del Consejo de Ministros el 16 de diciembre contando con una holgada mayoría parlamentaria. Pero esta mayoría no era suya, sino prestada por un partido que no había aceptado la República y cuyo jefe, José María Gil Robles, eufórico tras su viaje a la Alemania nazi, se había cuidado de aclarar que, para él, la democracia no pasaba de ser un «medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer»[508]. No eran las mejores credenciales para aspirar a gobernar la República.

Los socialistas respondieron a la nueva situación amenazando también ellos, desde el Parlamento y por boca de Indalecio Prieto, con la revolución cuando Gil Robles, en el debate sobre la declaración ministerial, comprometió su apoyo al Partido Radical y reclamó para la CEDA el derecho a gobernar «cuando el instante llegue». Para Prieto, la declaración de Gil Robles equivalía a una «amenaza dictatorial» que encubría un golpe de Estado. Y, «con sobriedad, con plena lealtad», se dirigió desde su escaño a Lerroux para decirle a él «y al país entero que públicamente contrae el Partido Socialista el compromiso de desencadenar, en este caso, la revolución». Nada de extraño,

pues, que en los primeros meses de 1934, según lo percibía Martínez Barrio, el panorama fuera ennegreciéndose; tanto que hasta él mismo no tardará en marcar sus distancias con el presidente de su gobierno y líder de su partido, Alejandro Lerroux, a quien «no deseaba acompañar en la marcha hacia la boda con el señor Gil Robles y el partido de Acción Popular». Pues de esto, en efecto, se trataba: mientras los socialistas organizaban la revolución, Gil Robles prestaba su apoyo al Partido Radical como primer paso de un paulatino acercamiento hacia el gobierno con el propósito de proceder a la revisión constitucional cuando se cumpliera el plazo de cuatro años establecido por la misma Constitución. Como recordará con toda claridad *El Debate*, la política de la CEDA consistía en «apoyar a Lerroux, primero; colaborar con Lerroux, después; sustituir a Lerroux, más tarde. He ahí las tres etapas de una táctica política»**[509]**.

En esta situación, Azaña volvió a tomar la palabra, no tanto en el Parlamento, que ahora frecuentaba menos y donde ya había repetido sus advertencias sobre el rumbo que tomaba la República, sino ante el público, en mítines multitudinarios. El 7 de enero de 1934, en vísperas de elecciones municipales en Cataluña, habló en la plaza de toros de Barcelona denunciando de nuevo la tremenda inmoralidad de presentarse ante el cuerpo electoral con banderas monárquicas y principios destructores de la República y tener la pretensión de gobernarla. El 11 de febrero, cuatro años después de lo que recordaba como su primer discurso político, pronunciado en el aniversario de la Primera República, fue en el cine Pardiñas, de Madrid, donde volvió sobre la misma cuestión, para negar a la CEDA y a los agrarios el derecho a gobernar la República hasta que se presentaran ante el electorado con banderas republicanas, un principio que había proclamado desde febrero de 1930, mucho antes de proclamarse la República. Lo justo, lo políticamente honesto era que quienes habían obtenido votos volviesen ante sus electores y les dijeran: nos hemos convertido al republicanismo. ¿Qué os parece? ¿Nos volvéis a votar? Tal como estaba la política europea por aquellos años, con el ascenso de Hitler al poder por la vía electoral y la suspensión del régimen parlamentario por el canciller católico Dollfuss en 1933, la pregunta de Azaña puede sorprender por su ingenuidad, no porque no existiera en España una amenaza real, explícitamente formulada, de conquistar el gobierno por medios democráticos con el propósito de liquidar el sistema parlamentario amparándose en una sedicente revisión constitucional.

En este discurso hubo mucho más que esta advertencia. Azaña habló durante tres horas, y en esa «masa gigantesca de oratoria», como la calificó *El*

Sol, sometió a una crítica implacable la situación creada por la alianza entre el Partido Radical y la CEDA, que le pareció siempre contra la naturaleza del régimen; propuso, a renglón seguido, un programa de gobierno en el que pasó revista a problemas tan diversos como la industrialización de la agricultura, la reforma del Parlamento de modo que se evitara la pérdida de tiempo y se le nutriera de eficacia, y la necesidad de una política de defensa basada en la escuadra y la aviación; invitó a la formación de un solo partido republicano «en condiciones tales que el partido no se vuelva a romper por las junturas» y que liquidara de una vez por todas los restos de republicanismo de casino, perdido entre el humo de los cigarros; y dirigió, en fin, una llamada a la acción. No lanzó ninguna amenaza de revolución, pero afirmó que en el orden del tiempo y en el orden político moral, antes que la Constitución estaba la República, y por encima y antes que la República estaba el impulso soberano del pueblo que la creó. Peligroso principio, en el que los socialistas encontraron una legitimación para los planes de revolución que por aquellas fechas iniciaban y que llevará a su periódico a calificar este discurso como el único de amplitud histórica que hayan pronunciado los republicanos en España. Azaña todavía reiterará el mismo pensamiento, y de forma más contundente ante las juventudes de su partido, en el discurso que les dirige el 16 de abril: «por encima de la Constitución, está la República, y por encima de la República, la revolución»[510]. Atrás quedaban las advertencias dirigidas a principios de año a Prieto y a De los Ríos en una comida en la Font del Lleó, a la que habían sido invitados por Companys, cuando se mostró adversario de cualquier intento de conquistar el poder por medios violentos: había que atenerse a la situación que cada cual ocupaba en el país: «serenidad y vigilancia», les dijo entonces. «Y tacto de codos para mantener una solidaridad que exigen el mantenimiento de la República y el respeto a la política social y laica que llevó a cabo el gobierno en las Cortes Constituyentes»[511].

Tacto de codos con los socialistas mientras emprendía la siempre intentada y siempre fracasada unificación de partidos republicanos. El sistema de partidos de la República, con una treintena de organizaciones con representación parlamentaria, se encaminaba durante los últimos meses hacia la consolidación de dos grandes partidos de masa, a la izquierda el socialista y a la derecha el católico, con una especie de subsistema muy fragmentado de partidos republicanos, sometidos a fuertes tensiones internas que culminaban en la formación de nuevos grupos, como había ocurrido recientemente con el Radical Socialista. Era preciso revertir ese proceso y emprender un trabajo de

unificación dirigido a consolidar en la República una opción situada entre socialistas y católicos, atravesados los dos por fuertes corrientes antisistema. La derrota en las elecciones de noviembre y, más que la derrota, sus causas, convencieron a Azaña de que los republicanos de izquierda debían resolver, como primer paso en su intento de recuperar el gobierno y, como empezó a decirse, rescatar la República, el problema de su unidad, no limitando ahora la meta a una federación parlamentaria de partidos, sin objeto alguno en las nuevas Cortes, sino dirigiendo todo el trabajo hacia su fusión.

Reducida su actividad a ir de vez en cuando por el Congreso, donde apenas tomó la palabra, y a presidir cada semana el consejo nacional de Acción Republicana, el único asunto político al que prestó atención y en el que puso todo empeño durante estos primeros meses de 1934 fue el de esta fusión de los partidos republicanos de izquierda, con reuniones de comités de las que se confesaba cansado pero a las que dedicó su atención hasta ver culminado el esfuerzo en la nueva Asamblea de Acción Republicana, convocada para decidir sobre su disolución y su fusión con la Organización Republicana Gallega Autónoma y con el Partido Radical Socialista Independiente[512]. El consejo nacional había preparado un documento en el que resaltaba el carácter de verdadera y auténtica organización política que durante los años transcurridos había adquirido Acción Republicana, por la pulcritud de sus procedimientos, la honestidad de sus hombres y los fuertes vínculos morales tejidos en las horas de triunfo y de adversidad. Podía por tanto mirar el futuro con optimismo pero ante la crisis honda y profunda por la que atravesaban los partidos de izquierda republicana, debida a la desunión y el parcialismo, el consejo proponía a la Asamblea, con enorme emoción, el más duro y cruel de los sacrificios: «disolver nuestro partido para fundirlo con todos aquellos otros que suscriban los grandes postulados de nuestra organización». El documento fue aprobado por unanimidad y Manuel Azaña, que fue recibido por los delegados del partido «con una ovación clamorosa que duró varios minutos», manifestó a los periodistas que aquella asamblea, celebrada con tanto entusiasmo, revelaba «un sano estado de ánimo […] y un sano deseo de laborar por que se modifique el rumbo que se ha impreso a la República en estos últimos tiempos». No cabe otro propósito, añadió, que «desarrollar una táctica combativa, de energía y decisión», prometiendo que en el futuro hablaría mucho y muy alto[513].

Disueltos los tres partidos el sábado 31 de marzo, iniciaron el domingo sus 81 delegados la asamblea de constitución de Izquierda Republicana, que continuó el lunes 2 de abril, con la discusión de los estatutos y con la

ponencia, defendida por Mariano Ruiz-Funes, de declaración política del nuevo partido. «No es la actual nuestra República», repetía como un estribillo la declaración, porque estaba dirigida por fuerzas que comienzan por no ser republicanas, porque son atropellados los que sienten verdadero fervor republicano, porque la querían libre de corrupción y concupiscencias. Ellos querían una República democrática y laica, popular y renovadora, honesta y fuerte y, para alcanzarla, no tendrán incompatibilidad con ninguna otra fuerza republicana contrastada, aunque abren la esperanza, después de resaltar la convivencia y colaboración con el Partido Socialista, a futuras actuaciones que hagan renacer la paz en el proletariado. Ruiz-Funes terminó su ponencia con un «¡Viva nuestra República, la República izquierdista del 14 de abril!», que fue recibido con una gran ovación. Por la tarde se procedió a la elección del primer consejo nacional del nuevo partido en el que Manuel Azaña ocupó la presidencia, con el voto unánime de los delegados —81—, Marcelino Domingo la vicepresidencia, con 79, y José Salmerón la secretaría general, con 78. Vocales del consejo resultaron elegidos, entre otros, Santiago Casares, Mariano Ruiz-Funes, José Sánchez Covisa, Gabriel Franco, Luis Bello y Santiago Pi i Sunyer.

Aprobada la declaración política y elegido el consejo, penetró en el salón de actos del Círculo Radical Socialista Independiente Manuel Azaña, que ocupó la presidencia y se dispuso a pronunciar, con muchos delegados de pie o sentados donde bien podían, su esperado discurso, que comenzó con palabras de agradecimiento para continuar con la coquetería de sugerir que tal vez hubieran cometido una equivocación al elegir a una persona creyendo haber elegido a otra. Y como los delegados denegaran con la cabeza, aclaró: «Yo soy ahora un hombre distinto de lo que fui». Aunque enseguida matiza, porque si ahora es distinto es por haber sido siempre como sigue siendo en este momento. ¿Qué hay de nuevo en este hombre que ya no es el que fue? La «repugnancia invencible» ante los que están intentando convertir la República «en un pingo, un higuí para contentar a los pazguatos boquiabiertos que vienen en busca del cebo para sus apetitos». «¿Qué tengo yo que ver con esa República?», se pregunta Azaña, que encuentra, como respuesta, una ovación. Lo nuevo es, por tanto, este sentimiento de repulsa, que modifica profundamente uno de los axiomas de su política, cuando pensaba que la República se podía gobernar de varias maneras, por medio de una concentración republicana o por una coalición de republicanos y socialistas. Ahora, Azaña muestra algo más que una crítica, su repugnancia ante los republicanos que han optado por gobernar apoyados en unas derechas

antirrepublicanas «para que el día que les convenga sean ellas las que alcen la bandera de la vindicación, de la rectitud y del prestigio nacional», lo que infligiría un daño no sólo a la política imperante, sino al régimen mismo. El acuerdo parlamentario entre radicales y católicos ha reducido a una las dos maneras de gobernar la República: sólo queda a partir de ahora una, la que representa el nuevo partido de Izquierda Republicana.

Unas semanas después de clausurar la asamblea de fundación de este nuevo partido, el 21 de abril de 1934, mantuvo Azaña un grato encuentro con los socios de la sociedad El Sitio, de Bilbao, para exponer en un ambiente distendido y en una conversación informal su idea de la política. Podría sorprender que entre las disquisiciones que ofreció a su auditorio no apareciera en ningún momento una reflexión sobre el trabajo realizado en los meses anteriores ni sobre la importancia de los partidos en un sistema democrático, pero la ausencia se debe a que en esta ocasión prefiere no hablar de la política de cada día, ni recordar lo conseguido hasta ese momento, ni proponer ninguna táctica o programa para el futuro. Lo que pretende es charlar un rato con los socios de El Sitio y compartir con ellos unas confidencias sobre la emoción política como signo de una vocación. Esa emoción procede de la observación de la realidad, siempre que de ella surja un movimiento interior de protesta. Así nace la emoción política y así se forja la personalidad del político: observar la realidad, protestar por la injusticia, emplearse en la mejora. ¿Con qué medios?, se pregunta Azaña. Y aquí es donde surge la sorpresa: ni lo sabe, ni le preocupa. La política es una especie de quijotismo y a Don Quijote los medios para obtener fines le traían más bien sin cuidado.

Ya tenemos a ese hombre con su emoción política a cuestas, a este Quijote con su quijotismo a cuestas, ¿adónde va? Pues al encuentro con la muchedumbre, para comunicarle su emoción, lograr que la comparta y conseguir que ponga en movimiento los alientos para todos los vuelos. El pueblo aparece así como la materia plástica en la que trabaja ese artista que es el político por medio de la palabra que comunica emociones; ante el pueblo congregado a su alrededor es donde se siente aquella gran emoción que define una vocación. Sin duda, en estas confidencias de una tarde en Bilbao hay también un lugar para otras reflexiones: los problemas de la democracia para la selección de los mejores; el auténtico sentido del tradicionalismo, fondo sobre el que habrá de actuar la razón política; la estructura de la sociedad española, en la que es fácilmente perceptible un eco de la teoría de las minorías selectas de Ortega; el ser español en el mundo. Pero lo más

revelador de su pensamiento íntimo, cuando ha abandonado el gobierno y se propone recuperarlo por medio de las urnas, es este tipo de relación entre el político y el pueblo, directo, por la palabra, en encuentros cara a cara que no pueden ser más que discursos en campo abierto, de los que espera despertar energías dormidas y mover de nuevo los espíritus a la acción. Como dirá ante la Comisión de Suplicatorios del Congreso a propósito de la reacción de su auditorio al terminar su discurso de 30 de agosto en Barcelona: «Es difícil resistirse a la verdad y a la razón y a la emoción que uno pone en ciertas cosas»[514].

Esta predilección de Azaña por la efusión comunicativa como gran instrumento de la política no encuentra, al final de las confidencias ante los socios de El Sitio, mejor ejemplo que el proporcionado por un elemento central de la mitología española tan característica de su generación intelectual. El político es, en efecto, alguien que propone al pueblo «una obra que en la ambición es gigantesca y en la ejecución dificilísima». ¿Y con qué medios?, se pregunta. Y con toda tranquilidad responde: Pues con casi ninguno. «Yo, por mí no tengo ninguno; no tengo más que la efusión mía en lo que tenga de comunicativa; quijotismo mayor no cabe», pues ni siquiera celada de cartón ni caballo flaco lleva este Quijote. Si esto fuera realmente así, si al mismo tiempo que desentraña ante un selecto auditorio esta singular manera de interpretar la política no estuviera creando un nuevo partido con el propósito de hacer del republicanismo un instrumento eficaz de la política con vistas a una vuelta al gobierno, tendríamos que convenir con el mismo Azaña que esto es una locura; una locura, habría que añadir, de resultados desastrosos para la acción política porque se trata de una locura capaz de movilizar a multitudes con vistas a unos objetivos sembrados de obstáculos mientras olvida el tema, tan enojoso para cualquier Quijote, del poder, es decir, la percepción realista de las condiciones en las que una política es realizable. ¿O será, como en cierta ocasión reprochó a Unamuno, que la esencia del quijotismo «acaso no sea el amor a la justicia sino el afán de conquistar eterno nombre y fama»?

Fuera de estos trabajos de unidad republicana, todas sus horas transcurrían —o así lo recordaba años después— en la aparente y placentera inacción que sigue al recobro de la intimidad de la vida privada. Desde chico había sido siempre «muy apegado al rincón casero» y volver a él significaba entrar en un clima apacible. Reposo profundo, después de la caminata; silencio, después de tanto estruendo; trato con libros y papeles, hartazgo colosal de lecturas, que le sirvió de correctivo de una deformación peligrosa porque «nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginación y esteriliza el espíritu como la

política activa y el gobierno». Son recuerdos de 1937, que reviven un semestre en el que creía haber recobrado, con el rincón casero, el gusto por la lectura, por el silencio y la vida interior, abandonada en los dos años de gobierno[515]. Pero lo cierto es que, mientras él vive como retraído de la política que se cuece en las Cortes, la situación no ha hecho más que deteriorarse, primero, con la salida de Martínez Barrio del gobierno por fuertes discrepancias con su jefe político a quien ve sucumbir progresivamente al abrazo de la CEDA; y, segundo, con la primera desavenencia sonada entre el presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, y el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, en torno a la Ley de Amnistía de los sublevados de 10 de agosto de 1932, que habían sido condenados a muerte en consejo de guerra y luego indultados y reducida su condena a treinta años de prisión por el gobierno de Azaña. Aprobada la amnistía por las Cortes el 20 de abril de 1934, Alcalá Zamora sólo accedió a firmar, tras largas vacilaciones y negativas, añadiéndole un escrito en el que exponía reparos jurídicos al texto, lo que podía entenderse como una retirada de confianza a Alejandro Lerroux como presidente del Gobierno. El incidente acabará con la dimisión de Lerroux y su sustitución por otro radical, Ricardo Samper, a finales de abril. Por esta vez, Lerroux habrá permanecido al frente del gobierno poco más de cuatro meses en los que no ha cruzado la palabra con Azaña, que sólo habló en el Congreso en dos ocasiones durante todo el año de 1934, reducción drástica respecto a su habitual, casi diaria presencia, tan característica de la anterior legislatura.

De ahí la ironía del presidente de las Cortes, Santiago Alba, al expresar su regocijo por «volver a oír al Sr. Azaña» que, contra su costumbre, ha interrumpido al recién nombrado presidente del Consejo, Ricardo Samper, en la sesión de Cortes de 2 de mayo de 1934 ante su confusa explicación de las razones de la crisis que ha acortado la vida del gobierno presidido por Lerroux. El problema de fondo, a finales de abril, giraba en torno a la imparable debilidad del Partido Radical, paralela al creciente peso que la CEDA iba adquiriendo en lo que ya aparecía a todas luces como una coalición algo más que parlamentaria —la CEDA mandaba mucho—, aunque todavía no de gobierno. Si los radicales se habían visto presionados por la CEDA para despojar al presidente de la República del privilegio de vetar una ley, cualquiera que fuera esa ley, entonces el gobierno no gobernaba, sino la CEDA. Por eso, el implacable argumento de Azaña que lleva contra las cuerdas a Samper para obligarle a responder a la pregunta de si suscribe la responsabilidad de haber privado al presidente de la República del ejercicio

de una facultad constitucional. Ése era, en efecto, el problema que Samper pretendía eludir con sus titubeantes respuestas.

La crisis de gobierno aceleró el proceso de escisión del Partido Radical con la formación, a mediados de junio, del nuevo partido Radical Demócrata, liderado por Diego Martínez Barrio, que el 30 de septiembre adoptará el definitivo nombre de Unión Republicana al fundirse con lo que quedaba de radical-socialismo bajo la batuta de Gordón Ordás. Mientras tanto, Manuel Azaña, como presidente de Izquierda Republicana, inició conversaciones con los dirigentes del republicanismo de centro y derecha, dos de ellos responsables en primer grado de la política de obstrucción en la anterior legislatura: Felipe Sánchez Román, Miguel Maura y Diego Martínez Barrio, invitados, con Azaña, por Gonzalo Figueroa, duque de la Torre, a un almuerzo en la casita de recreo que poseía éste en Ciudad Lineal[516]. Que Azaña pudiera no ya verse, sino entenderse con Martínez Barrio, que le había impedido gobernar obstruyendo sus proyectos de ley, revela uno de los rasgos de su carácter y de su acción política desde que comenzó sus trabajos en la ya fenecida Alianza Republicana: su capacidad para negociar y alcanzar, por encima de desavenencias, enojos y agravios personales, aquellos acuerdos políticos que consideraba imprescindibles para gobernar la República.

El resultado de estos encuentros consistió en encomendar a Miguel Maura y, un mes después, a Diego Martínez Barrio sendas conversaciones con el presidente Alcalá Zamora para transmitirle, en primer lugar y por medio de Maura, «la posibilidad de rescatar la República mediante un gobierno nacional de defensa republicana». Y para insistir más adelante, con Martínez Barrio como portavoz, ya que Maura optó por retraerse, en la necesidad de abrir una crisis ministerial, sustituir el gobierno, disolver las Cortes y formar «un gobierno nacional republicano que hiciera, en su momento oportuno, la convocatoria de nuevas Cortes», advirtiéndole además de que, en caso contrario, «los republicanos se encontrarían fuera de toda solidaridad con la política practicada actualmente en la República»[517]. Éstas sí eran ya palabras mayores; exactamente, y punto por punto, las mismas que Martínez Barrio denunciará en sus *Memorias* como una iniciativa que Azaña le vino a proponer inmediatamente después de celebrada la segunda vuelta electoral, en noviembre de 1933, cuando supuestamente le habría propuesto la suspensión de las Cortes antes de su constitución, la formación de un gobierno republicano y la convocatoria de nuevas elecciones.

No fue entonces, sino ahora; y no fueron Azaña, Domingo y Casares, sino Martínez Barrio, Sánchez Román y Azaña los que propusieron en el verano

de 1934 la formación de una especie de gobierno de salvación nacional que gobernara con las Cortes cerradas, o con plenos poderes para decirlo de manera más directa, y que no se viera limitado en su duración por la imposición de un plazo a fecha fija: una especie de régimen de excepción o de dictadura republicana como la que, dos años después, solicitará Miguel Maura desde las páginas de *El Sol*. La entrevista de los viejos conocidos, Alcalá Zamora y Martínez Barrio, tuvo lugar el 7 de julio de 1934, fecha en la que por vez primera puede documentarse una propuesta de disolución de Cortes firmada también por Manuel Azaña. Sólo que en el texto de esta iniciativa lucen con inequívoco brillo la pluma de Felipe Sánchez Román y la firma de Martínez Barrio, encargado de presentarla al presidente de la República[518]. La propuesta, sólo comprensible por los insistentes rumores de dimisión del presidente de la República que corrían desde varias semanas antes, no fue más allá de la entrevista: Alcalá Zamora se negó a abrir una crisis de gobierno y allí acabó todo el plan que al menos tuvo una virtualidad: recomponer los vínculos rotos entre un sector del republicanismo de centro y el nuevo partido que aglutinaba al republicanismo de izquierda o, por decirlo en términos personales, restablecer la concordia entre Diego Martínez Barrio y Manuel Azaña en la amable cercanía de Felipe Sánchez Román, ilustre jurista y antiguo compañero de Azaña en la Dirección General de los Registros.

Mirando también en la otra dirección, hacia su izquierda, un día después de esta entrevista y en calidad de presidente del consejo nacional de Izquierda Republicana, Manuel Azaña dirigió, por medio de Indalecio Prieto, una pregunta a la comisión ejecutiva del Partido Socialista con el propósito de conocer la actitud que adoptaría el partido ante la tantas veces evocada dimisión del presidente de la República. Semanas antes, un vocal de la comisión ejecutiva del PSOE, Fernando de los Ríos, había comunicado a sus compañeros una confidencia que dijo haber recibido directamente de Niceto Alcalá Zamora. El presidente le había informado de que, aprovechando un viaje suyo a Canarias, Lerroux, Cambó y Alba habían acordado secuestrarle para «dar lugar a que pasara Alba a la presidencia del Gobierno y formar un gobierno mayoritario que destrozara impunemente la obra de la República». Confidencia tan delirante, que algo indica acerca de las obsesiones de don Niceto, la trasladaba don Fernando, con gran susto en el cuerpo, a la ejecutiva de su partido a finales de mayo; ahora, en los primeros días de julio, Largo Caballero comunicó a las ejecutivas del PSOE y de la UGT, reunidas en sesión conjunta, que se había recibido «una información de fuente autorizada según la cual, en virtud de la gravedad de la situación política, el presidente

de la República se dispone a redactar un escrito de renuncia a su cargo»[519]. Aunque en situaciones normales nadie hubiera dado crédito a semejante propósito, los socialistas encontraron urgente decidir qué camino tomar si se producía tal eventualidad: Largo Caballero opinó que, de salir a la calle no podía ser como protesta sino «en plan revolucionario con todas sus consecuencias»; Prieto y De los Ríos, que no tenían muy clara la virtualidad de una salida a la calle con semejante propósito, intentaron reconducir la reunión proponiendo organizar un movimiento con los republicanos de izquierda para llegar a la formación de un gobierno socialista-republicano, muy diferente, por tanto, a «un gobierno republicano-socialista».

Los reunidos no cayeron esta vez en el ardid de Prieto, votaron mayoritariamente a favor de la propuesta de Largo Caballero —salir a la calle en plan revolucionario, por emplear sus mismas palabras— y nombraron a una comisión para comunicar a Azaña la respuesta a la pregunta que les había formulado. Azaña se lo tomó con calma y les invitó a discutir el asunto en una reunión en casa de José Salmerón con asistencia de Marcelino Domingo, secretario general y vicepresidente de su partido, respectivamente, y de Juan Lluhí, por los republicanos catalanes. Habló Azaña durante una hora, hizo una alusión a la coalición anterior y, «sin pretender resucitarla en igual forma», ponderó la necesidad de la unión y del acuerdo sobre un fin común. «Estoy persuadido —les [dijo]— de que, dada la situación de las cosas, articular nosotros un plan político común, y publicar solemnemente el acuerdo, produciría grandes e inmediatos efectos en el curso de la política». Habló después Largo Caballero para decir que la delegación socialista había acudido a la reunión por deferencia hacia quien la convocaba, pero que cualquier aparición pública con republicanos estaba descartada: «quedaríamos disminuidos moral y materialmente ante nuestras masas». No hubo, pues, acuerdo alguno; más aún, se agudizaron el descuerdo y la hostilidad porque a los pocos días, desde las páginas de *El Socialista*, una serie de editoriales vinieron a corroborar que al PSOE la República había dejado de interesarle: no era mejor régimen que la monarquía, estaba perdida, enferma, con el daño en el tuétano. Y en este trance, preguntaban, «¿qué decir? ¿Qué hacer? Nosotros decimos esto: que se muera. Y hacemos esto otro: prepararnos para la nueva conquista». Y por si no había quedado claro, tres días después remachaban: «¿A manos de quién debe morir? A las de cualquiera. Eso nos es indiferente. Lo que nos importa son las manos que hayan de facilitar nacimiento y vida al nuevo régimen»[520].

De modo que el intento de reconstruir algo parecido al comité revolucionario del 14 de abril —como lo bautizó *El Socialista*, olvidando que ni la derecha republicana ni el Partido Radical tenían nada que hacer en aquel entuerto— naufragó antes de echarse a la mar. De los tres proyectos que hasta ese momento había impulsado Azaña tras las elecciones de noviembre de 1933 —unidad de las izquierdas republicanas en un solo partido, alianza con el republicanismo de centro y renovación de la coalición con los socialistas— sólo el primero había llegado a buen puerto, el segundo estaba bien encarrilado pero avanzaba lentamente, y el tercero acabó en fiasco: un resultado insuficiente para aspirar a un cambio de la situación política y seguir presionando por la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. Se tomó, pues, unas vacaciones, se alejó de Madrid, y se fue con Lola a Cataluña, a tomar las aguas al balneario de Sant Hilari. Allí recibió visitas de políticos catalanes, en grave conflicto con el Gobierno central por la Ley de Cultivos aprobada por el Parlamento de Cataluña y anulada por el Tribunal de Garantías, y de muchas gentes que iban a saludarle, mostrarle su simpatía y, si se dejaba, departir con él un rato en torno a la situación política. Antes de volver a Madrid, sus amigos de Barcelona le organizaron un banquete de homenaje, celebrado en el hotel Oriente, en la noche del 30 de agosto. Hubo sitio para 1025 comensales, pero quedaron sin plaza centenares de simpatizantes que aclamaron a Azaña cuando llegó a las puertas del hotel.

Al terminar el banquete, y como no podía ser menos, pronunció un discurso, consciente de las amenazas de revolución con las que el Partido Socialista pretendía cerrar el paso de la CEDA al gobierno, de las malas relaciones entre el presidente de la República y el jefe del Partido Radical y del momento borrascoso que atravesaban los pleitos entre la Generalitat y el gobierno de la República a propósito de la Ley de Cultivos y de las competencias del Tribunal de Garantías. La República, dijo a los catalanes reunidos en su homenaje, ha caído en manos de pandillas políticas. Habrá por tanto que reconquistar el poder no sólo para la defensa del régimen, sino para reemprender la obra interrumpida desde 1933. Azaña quiere llegar al poder con absoluta libertad de movimientos, no como parte de una fórmula cualquiera. Y para conquistarlo, sólo vislumbra dos caminos: sufragio o revolución. De lo primero, no ha llegado todavía el momento. Ahora, en agosto de 1934, ya no recomienda la disolución de la Cámara y la convocatoria de elecciones, convencido como está de que si las izquierdas acudieran a las urnas en la misma situación que el año anterior, divididas y con los socialistas haciendo la guerra o lo que fuera por su cuenta, la derrota

sería segura: una convocatoria electoral efectuada presurosamente podría abrirle el panteón al régimen. Quedaba un largo trabajo por realizar: cambiar de táctica y ganar a la opinión pública. Con lo de cambio de táctica quería decir lo que todo el mundo sabía y reiteró al corresponsal de *The Times* en los primeros días de septiembre, «lo que necesitamos es la unión de los socialistas y las fuerzas de Izquierda Republicana. Si fuéramos ahora a las elecciones sin esa unión estaríamos en muy mal camino. Una disolución del Parlamento ahora, con nuevas elecciones, sería peligrosa por las condiciones desfavorables»[521].

Del segundo camino, la revolución, dice que no dirá ni una palabra, lo cual podría entenderse como que ya está dicha la única palabra que se podía decir: si promete no hablar de revolución, tampoco la da por descartada. Insiste en la vigencia de la Constitución, aunque en el bien entendido de que la Constitución existe para defender la República, no para arruinarla. Y la República, en su opinión, está a punto de perderse: si algún día se justificara con algún artículo de la Constitución la entrega del poder a los monárquicos más o menos disfrazados, entonces diría que se ha terminado la época de los errores y ha comenzado la de las traiciones y, en consecuencia, quedaría desligado de toda fidelidad no ya al sistema que se sigue sino al régimen mismo: una manera algo críptica de sugerir lo que Prieto había anunciado desde el Parlamento unos meses antes, pues ¿quiénes podrían ser esos monárquicos más o menos disfrazados sino la católica CEDA? En todo caso, Azaña está convencido de que en muy poco tiempo se añorará con lágrimas los dos años de su gobierno, en los que se había abierto para España un camino de restauración por vías legales mientras ahora la gente no tiene otro recurso que resignarse a la política de represión o «lanzarse por caminos que nosotros no hemos aconsejado, pensando en la desventura de nuestros semejantes y en la desventura de nuestro pobre país». De momento, deja las cosas en este punto, amenazando con una ruptura con el régimen pero aclarando que no aconseja la revolución, y vuelve a un tema de su predilección: las relaciones de Castilla y Cataluña. No fue Castilla la que secuestró las libertades de las otras regiones españolas, sino la Corona imperial y católica —que era su ya habitual forma de designar a la monarquía hispánica o española— la que liquidó, antes que las de cualquiera otra, las libertades de Castilla, anticipando así, en la rebelión de los comuneros, algunos temas políticos que al advenimiento de la República estaban sin resolver. Es el mismo tema de siempre que le permite reivindicarse de nuevo a sí mismo y defender su política autonomista como una de las piedras sillares

que él había puesto «pensando en una España del porvenir» que ahora ya no sabe si verá algún día.

Azaña volverá a Barcelona para asistir, en la mañana del 29 de septiembre, al entierro del que había sido ministro de Hacienda en su segundo gobierno, Jaume Carner, por quien sentía un afecto especial. Finalizada la ceremonia, el presidente del Parlamento de Cataluña, Juan Casanovas, le invitó, junto a los exministros Domingo, Casares, Prieto y De los Ríos a lo que *La Vanguardia* denominó «un almuerzo político», atribuyendo a la reunión la fijación de «orientaciones para el futuro político inmediato». En realidad, ésta fue la última ocasión en que Azaña, ante el hosco silencio de Prieto, llamó la atención a los dirigentes socialistas sobre la gravedad de los acontecimientos que se anunciaban[522]. A los tres días de este almuerzo, el Gobierno de Samper cayó sin pena ni gloria; el presidente abrió consultas; Azaña atendió la llamada del presidente por teléfono desde Barcelona, a las diez y media de la mañana, con una respuesta verbal, que hubo de aclarar por la noche con una nota escrita porque algunos periódicos le atribuyeron haber «ratificado su confianza al señor Alcalá Zamora para la solución de la crisis, añadiendo que sea cual fuere la solución adoptada le parecería bien». Nada más lejos, sin embargo, de su intención: aunque el escrito de aclaración no es precisamente un modelo de claridad, lo que Azaña aconseja es que no se forme un gobierno mayoritario —con tal expresión sólo podía referirse a un gobierno de coalición de radicales y católicos— y que en el caso de disolución, se gobierne vigorosamente en sentido republicano[523]. Era una respuesta para no ser atendida, claro está. Alcalá Zamora llamó a Lerroux, que formó gobierno con la incorporación de tres ministros de la CEDA y… comenzó la revolución tantas veces anunciada, que en Barcelona adquirió una dimensión especial porque aquí el protagonista principal no fueron el Partido Socialista ni la UGT, menos aún la CNT, sino el gobierno de la Generalitat, con su presidente a la cabeza, que proclamó en un alarde de audacia, muy característico de quien toma una decisión a ver qué pasa, «la República Federal Española y el Estado Catalán dentro de ella»[524].

20. REBELIÓN EN BARCELONA Y SALIDAS A CAMPO ABIERTO

El miércoles 4 de octubre de 1934, *España Republicana*, un periódico que se editaba en Buenos Aires, daba la noticia de que la «gran figura» de Manuel Azaña sería colocada al frente del «futuro gobierno de la República». Dos días después, *The New York Herald*, de París, publicó en primera página un recuadro con la foto de Manuel Azaña y al pie la escueta leyenda: «Leader of Revolt». Añadía el periódico que una Tercera República iba a ser fundada «any moment in Barcelona with Azaña named First President». Otros dos días más, el lunes 8 de octubre, la autoridad militar ordenaba su detención.

¿Qué hacía el 6 de octubre Manuel Azaña en Barcelona? Para responder a la pregunta que inquietaba a los instructores de su causa, el detenido se remontó a «los días postreros de septiembre», cuando se conoció en Madrid la muerte de Jaume Carner. Azaña, que tenía de Carner la más elevada y afectuosa de las opiniones y de quien estimaba la rara cualidad de ordenar lo confuso, desenredar lo enredoso y de prestar forma a la innominada materia de las intenciones, quiso trasladarse enseguida a Barcelona para asistir a su entierro. Corrían rumores acerca de un golpe de fuerza contra el Parlamento y se daba por seguro que en la noche del 27 de septiembre «se produjera en Madrid y en alguna provincia un golpe de Estado contra la República». Martínez Barrio consideró tan grave la situación que le convocó, junto a Felipe Sánchez Román, para ver qué se podía hacer. No decidieron nada, pero Sánchez Román recordó a Azaña que debía participar en el debate parlamentario anunciado para el 2 o el 3 de octubre. Azaña, sin ninguna gana de actuar en un medio tan hostil, les dijo que por recomendación de unos amigos se disponía a permanecer, después del entierro, unos cuantos días en Barcelona[525].

Allí se quedó, hospedado en el hotel Colón, por indolencia, porque se encontraba a gusto y porque le «daba asco pensar que en Madrid le llamarían a consulta en Palacio, que tendría que ver a don Niceto y que hacer la burra de diversas maneras»[526]. Dispuso de tiempo para hacer de todo: salir tarde de

sus habitaciones y recibir a sus amigos hasta la una en el hotel; luego, comida en algún restaurante, invitado en una ocasión por el alcalde en Miramar, en otra por el comité de Izquierda Republicana en Montjuich, o con sus amigos en el hotel Florida del Tibidabo o en el Petit Canigó, en las montañas. Por la tarde, visita alguna exposición o asiste a una corrida de toros y, después de cenar, otra vez a la calle para ir a la función en el Palau, el Teatro Cómico o el Barceló. De noche, todavía quedaba tiempo para la tertulia en la terraza del hotel con los amigos que le acompañan y los simpatizantes que se acercan, entre veinte o treinta en total. Disfruta con esta inesperada oportunidad de «vacación y asueto» y sólo el 3 de diciembre piensa que va siendo hora de despedirse de sus anfitriones y se acerca al Parlament para decir adiós al señor Casanovas, su presidente, con quien se sentía en deuda de cortesía.

Se despidió de Casanovas, pero no regresó a Madrid. El día 4 comió con Faustino Ballvé, presidente de Esquerra Nacional a Catalunya y otros amigos en el Petit Canigó, donde se quedaron un buen rato y, por la noche, invitado por el consejero de Justicia de la Generalitat, Joan Lluhí, a cenar en su casa, hablaron del trance angustioso por el que tal vez se vería abocada a pasar la Generalitat después de conocerse la solución que el presidente de la República había dado a la crisis, con el encargo a Lerroux de formar un gobierno en el que entraría la CEDA. A pesar de que durante todo el día anduvo de acá para allá, se reunió después de cenar con Arturo Menéndez, Jesús Pérez Salas y Juan Moles, que le hacían compañía en Barcelona, para ir al cine Coliseum y no volver al hotel hasta las dos de la madrugada. De tertulia en la terraza, se presentó Luis Bello, que había viajado en el rápido para traerle las últimas impresiones de Madrid, donde todos daban por seguro que en Barcelona era inminente una revolución conjunta de republicanos y obreros. A poco, se acercó también a la tertulia Joan Lluhí, no más enterado, y todos se fueron a la Generalitat por ver si allí tenían más noticias. Ocupados en sus cosas, Gassols y Companys no tuvieron tiempo más que para saludarle y regresó al hotel hacia las tres de la madrugada.

Y ésa fue toda la relación de Azaña con la revolución que se preparaba en la Generalitat, porque el día siguiente, viernes 5 y hasta el mediodía del sábado 6, no hizo nada, salvo levantarse tarde y no salir del hotel. Barcelona había amanecido, como Madrid, en estado de huelga general, aunque la comunicación telefónica no se suspendió entre las dos capitales. Azaña tuvo ocasión de aprobar personalmente el texto que Izquierda Republicana se disponía a publicar en el que amenazaba con «acudir a todos los medios en defensa de la República»[527], una expresión que podía entenderse como

invitación al uso de la violencia, aunque él lo negara en sus posteriores declaraciones. Tal vez rondaba todavía por su cabeza la idea que expuso a la delegación socialista que fue a verle en julio: publicar un manifiesto conjunto de los partidos republicanos y del Partido Socialista del que se derivaría una situación similar a la del 14 de abril de 1931: pacífica salida de gente a la calle, dimisión del presidente y formación de un gobierno provisional. Ésa era la idea que Azaña se había hecho de aquella revolución que le había llevado en volandas a la Puerta del Sol; ésa era la que estaba implícita en las reuniones de julio y eso es lo que probablemente sugería en octubre de 1934 —puesto que no había mantenido contacto alguno con militares y acababa de sostener una agria discusión con Prieto y Fernando de los Ríos a cuenta de la anunciada insurrección socialista— el anuncio de recurrir a todos los medios.

Si era así, quedó ampliamente desbordado, o lo estaba ya, cuando Izquierda Republicana fijó su posición ante la crisis. Lluhí fue a verle de nuevo al hotel, el día 6, hacia la una, con el encargo de poner en su conocimiento que el gobierno de la Generalitat había decidido proclamar esa misma tarde «l'Estat Catalá dintre de la Republica Federal Espanyola». Le preguntó si estaba dispuesto a participar en el movimiento en la forma que determinaran de común acuerdo y Azaña respondió que, no siendo él federal, mal podía esperarse su aquiescencia a un régimen que no era el suyo, añadiendo que la defensa de la República y de la autonomía de Cataluña debían realizarse con la Constitución y el Estatuto: a la hora de la verdad, pues, la Constitución iba por delante de la revolución. Además, estaba convencido de la inevitable derrota de cualquier movimiento que no fuese estrictamente constitucional. Lluhí, que parecía entusiasmado con la posible repetición del 14 de abril como soporte de la declaración de un Estat Catalá, le contestó lo mismo que Josefina Carabias y su amiga Mercedes dos días antes de aquella fecha, que era excesivamente pesimista, y dio por terminada la conversación.

Al tanto ya de los planes de la Generalitat, que desde ese momento no se volvió a interesar por él, Azaña convocó a las tres y media de la tarde en el hotel Colón a los directivos de la «delegación» de su partido en Barcelona y a otros dirigentes de Esquerra Nacional a Catalunya, a quienes resumió los acontecimientos de los últimos días y les expresó el deseo de conocer su opinión. Todos se mostraron unánimes en que la actuación del partido y del presidente de su consejo nacional, o sea, Manuel Azaña, estaba condicionada por el postulado fundamental de la defensa del orden legal establecido por la Constitución. El partido era esencialmente legalista y no podía cooperar

directa ni indirectamente en ninguna actuación que significara un apartamiento violento del orden legal establecido[528]. Azaña se felicitó de la coincidencia con los presentes, levantó la reunión, y lamentó, unos minutos después, ante Moles, Hurtado y Nicolau d'Olwer, encontrarse en Barcelona como en una ratonera, en el preciso momento en que se iba a destruir el régimen autonómico. Les preguntó qué podía o debía hacer en aquella circunstancia y le recomendaron que abandonara el hotel, paralizado por la huelga, y se alejara de Barcelona y, si era posible, de Cataluña.

De manera que en la tarde del 6 de octubre Manuel Azaña se volvió a encontrar solo y, además, quería estarlo: abandonó el hotel y rechazó cariñosa pero enérgicamente el ofrecimiento de Luis Bello de hacerle compañía. Alguien enviado por la Generalitat había quedado en recogerle, pero el coche no apareció en el lugar convenido y, pasado algún tiempo, encaminó sus pasos al domicilio del doctor Carlos Gubern, a quien había conocido en el mitin de enero. Tres días después, José Antonio Orellana, inspector de vigilancia, recibió la orden de registrar el piso de Gubern para detener allí a un importante personaje. No tuvo que hacer muchas pesquisas Orellana para dar con el escondite: el mismo Azaña había llamado al agente encargado de su protección para comunicarle el teléfono en el que podía encontrarle. De modo que cuando Francisca Carrera abrió la puerta al inspector y a los guardias que le acompañaban, sabían muy bien a quién iban a detener y no hicieron caso a lo que la sirvienta les dijo, que allí no había nadie más que ella. Entraron pues y al pasar Orellana por la habitación de enmedio, un servicio de café con una taza a medio consumir llamó su atención, metió el dedo en la taza, comprobó que los restos de café estaban todavía templados, se asomó al balcón y allí, en el extremo izquierdo, percibió «el bulto de una persona a quien encañonó con su revólver, levantando entonces el desconocido los brazos».

Y así culminó la segunda revolución de Azaña, esta vez en Barcelona: detenido en un balcón de la casa del doctor Carlos Gubern y hecho prisionero a pesar de no haber sido sorprendido en flagrante delito, como estipulaba la Constitución en su artículo 56 para el caso de detención de diputados. Sofocada rápidamente la rebelión de la Generalitat y derrotada, tras duros combates y derramamiento de sangre, la huelga general revolucionaria declarada por los socialistas, el gobierno le mantuvo en varios buques de la armada hasta que el Tribunal Supremo decidió el 28 de diciembre sobreseer el procedimiento y ponerle en libertad. Entre la fecha de su detención y de su puesta en libertad, Azaña tuvo que pasar por los sucesivos interrogatorios a

los que le sometieron el juez instructor militar, Sebastián Pozas, el juez especial delegado por el Tribunal Supremo, Ignacio de Lecea, en relación con su rebelión en Barcelona, y el juez Alarcón en relación con el alijo de armas del vapor *Turquesa* en la playa de San Esteban de Pravia, y de sus contactos, en 1931, con tres ciudadanos portugueses que preparaban, con Martín Luis Guzmán, algo similar al 14 de abril en España[529].

Mientras duró su cautiverio, primero en el buque *Ciudad de Cádiz* y luego en los destructores de la armada *Alcalá Galiano* y *Sánchez Barcáiztegui*, Azaña recibió cientos y cientos de telegramas y cartas en las que gentes de toda condición, amigos, correligionarios y críticos, viejos o jóvenes, hombres y mujeres le manifestaban su profundo afecto, su cariño, la adhesión más firme e inquebrantable, la devoción, la lealtad, el respeto, la admiración y hasta el amor, como le escribe alguien refugiándose en el modo impersonal: porque se le quiere, don Manuel, ya sabe usted que se le quiere. Son numerosísimos los españoles, le escribió Américo Castro, «que en este momento de desventura no renegamos de su amistad […] y estamos persuadidos de que su talento y su tan española hombría de bien habrán de ser un día un puntal para este pueblo cansado de no hacer nada, y sin rumbo ni aliento». Y Juan Lafora, que a veces había combatido su política y que quizá disentirá «de ella en el futuro», protesta por «la difamación, la calumnia de la que es víctima sólo por ser republicano». Muy sensible a estas manifestaciones, Azaña lo fue particularmente a la muestra de solidaridad que hizo llegar a la opinión pública, distribuyendo un manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales que no pertenecían a su partido ni estaban ligados a él por intereses de ninguna especie. Para los firmantes, Azaña era «víctima de una persecución: no se le critica, sino que se le denosta, se le calumnia y se le amenaza; no se aspira a vencerle sino a aniquilarle». Defenderle de esa persecución era «defender la civilidad española»[530].

Esa oleada de afecto y adhesión trataba de contrarrestar lo que la prensa y círculos de la derecha monárquica y católica escribieron y dijeron de él durante estas semanas. Con Azaña, recordará Ángel Ossorio, encargado de su defensa en los procesos en que fue inculpado, no se respetó nada. «Se dijo que era ladrón y concusionario y hasta se le atribuyeron los extravíos más degradantes para un hombre. Eran, quienes así hablaban, las damas distinguidas de la buena sociedad. Era tal su criminal barbarie que no se podía ni dialogar con ellas. Había que taparse los oídos». Pero no hacía falta ser de esa clase de damas para presentar a Azaña, como hacía González Ruano, como la encarnación de un odio frío y a todos los actos de su vida

infrahumana, como presididos por un cinismo del peor estilo. Su vida había sido la del «oscuro funcionario enloquecido de soberbia y amoratado de rencor en su manía persecutoria». Si Manuel Bueno había escrito que su temperamento recordaba el de Tiberio, «por su fría crueldad», González Ruano añadía que sus complejos insobornables le equiparaban a un monstruo. Azaña era en definitiva, como sentenció Ramiro de Maeztu, la Antipatria[531].

El alud de cartas y la grosería de las ofensas modificaron sustancialmente la percepción del significado de Manuel Azaña en la política española, introduciendo por vez primera una nítida división entre quienes comenzaron a identificarse como «azañistas» y quienes lo consideraban como un enemigo a liquidar. No hubo nada como «azañismo» en el primer bienio republicano: sólo de Manuel Aznar, director de *El Sol* y aspirante a embajada, escribió Azaña que era republicano y *azañista*; y la única ocasión en que *azañista* aparece en sus diarios es para afirmar que el único es él. Pero ahora todos lo dicen, desde Josefina Carabias, cuando le envía «un abrazo o dos abrazos, que no se merece menos don Manuel Azaña» y le asegura que tal como se estaban poniendo las cosas no iba «a tener más remedio que hacer[se] azañista otra vez», hasta Antonio Espina, cuando le informa que hoy toda la España liberal es azañista y le saluda con «un ¡hurra! entusiasta a bordo de ese buque, buque-insignia de la democracia española». Azaña se convierte en «la persona que tan elevadamente ha sabido siempre simbolizar nuestros ideales», como le escribe Juan Peset o como afirma un grupo de jóvenes de Sada adheridos la Partido Galleguista, que se habían «conmovido escuchándole en un acto memorable»: «La República que encarna usted, señor Azaña, y que volverá a lucir en nuestro país un día no lejano pese a la bilis que sobre ella y sobre usted quieren verter los incapaces de apreciar su grandeza mental, generosidad y atenciones tenidas con ellos»[532].

Azaña, por su parte, que se aburre en el barco sin sus tertulias y sin sus paseos, considera todo lo que se está formando en torno a su persona con cierta melancolía y tristeza, que se agrava cuando le comunican la muerte de su hermano Gregorio como si se hubiera producido a causa de la impresión recibida por su detención y procesamiento. Tiene a flor de piel el sentimiento de que ha sido no ya injusta, sino ilegalmente detenido y tratado, entregado a la jurisdicción militar, sin notificación de cargos durante dos semanas, y piensa que el juez Alarcón, por lo que le ha contado a Margarita Nelken, le interroga presionado directamente por Lerroux para que encuentre algo de lo que se le pueda acusar. Un estado de ánimo que Lola y Cipriano se dispusieron a combatir, trasladándose a Barcelona y visitándolo con

frecuencia. Lola, sobre todo, que en los primeros días, desde Madrid, le dice, muy cariñosa, que le echa mucho de menos, que se acuerda de él a todas horas y le pide que se cuide mucho y que piense mucho en ella. Luego, en Barcelona, le acompaña también con sus cartas y sus visitas —en ocasiones, gracias a pases que le proporcionan los amigos hasta que, ya en el *Alcalá Galiano*, le autorizan la visita diaria—, y le comenta que ha intentado realizar «esos ejercicios de aritmética tan graciosos» con los que su marido se entretenía. Le recomendaba, en fin, que no se aburriera demasiado y que apartara de él «esa tristeza», que ella debía de conocer tan bien, como sabía de sus dolores de cabeza para los que se ofrece a llevarle cafiaspirina[533].

Ni la tristeza, ni el aburrimiento, ni el dolor de cabeza le impidieron percibir que el golpe de su detención les saldría, a la larga, políticamente mal a sus perseguidores. Su opinión sobre el porvenir inmediato es, como escribe a Prieto el 25 de diciembre, «bastante sombría», pero el sobreseimiento del proceso por su rebelión en Barcelona juega a su favor, como jugará también que los diputados de la CEDA se empecinen en mantener abierto el del alijo de armas. Al recuperar la libertad y, tras unos días de descanso, reunió en su casa el 10 de enero de 1935 a varios amigos del consejo nacional de su partido —Barcia, Domingo, Giral, Casares, Becerra y Barnés— para ver qué postura adoptaban en el futuro inmediato. Los reunidos se comprometieron a mantener la personalidad política de Izquierda Republicana con la misma significación ostentada en las Cortes Constituyentes, reafirmaron su respeto a la Constitución, y se propusieron conquistar la opinión pública para comparecer en su día ante el cuerpo electoral y llegar a inteligencias electorales con otros partidos. Enemigo declarado de una vagorosa fusión de partidos republicanos en la que andaba por entonces metido Álvaro de Albornoz y los directores de la prensa republicana —*El Liberal* y *Heraldo de Madrid*, principalmente—, Azaña no temió aparecer como adversario de ese tipo de unión y defendió la necesidad de establecer, sólo con los partidos republicanos más solventes, una inteligencia que tuviera por objeto movilizar a la opinión para volver al gobierno por medio de las urnas. A Indalecio Prieto, que, invocando «nuestra gran amistad», le escribe el 2 de abril para recordarle que en política hay que comerse cada día dos o tres sapos vivos y recomendarle que ataje el runrún de que «usted no ve con buenos ojos» la coalición de todos los republicanos, le contesta que no está dispuesto a «hacer política de artificios electorales, demostrada en directorios, supercomités y zarandajas de fraternidad republicana»[534].

Antes de iniciar su campaña de inteligencia republicana y de movilización popular, pendía sobre Azaña una segunda acusación abierta contra él por el Congreso de Diputados: haber colaborado en la revolución de Asturias por la parte que supuestamente habría tenido, siendo ministro de la Guerra y último responsable del Consorcio de Industrias Militares, en la venta de un cargamento de armas a los socialistas. La acusación, promovida en las Cortes por la CEDA y los radicales, era tan desatinada y rocambolesca que acabó por producir el efecto contrario: como dijo el conde de Rodezno al diario monárquico, se han empeñado en levantar un pedestal a Azaña y lo van a conseguir. Lo consiguieron, en efecto, ya que la acusación acabó en nada, no sin que antes, desde su pedestal de inocente injustamente perseguido, Azaña regresara al Congreso, más pálido que de costumbre, para pronunciar el 20 de marzo un demoledor discurso, lleno de «sátira, sarcasmo, ironía, ingenio y elocuencia» —según recordaba Claude Bowers, embajador de Estados Unidos, presente en la sesión— con el encargo a Gil Robles de decir al presidente de la República que aprendiera a no tomar «por realidades sus propias alucinaciones ni a difundir especies nacidas de la aprensión personal y contagiadas a Su Señoría»[535]. Con este discurso —incluido por su mismo autor con el título «El alijo de armas» en la serie de campo abierto, aunque se tratara, como él mismo dice, de uno en campo cerrado— rompía públicamente con Alcalá Zamora y rechazaba cualquier salida a la embrollada situación política que no pasara por la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. Desde la crisis de gobierno provocada por la retirada de los ministros de la CEDA a finales de marzo de 1935, decidió no llevar a Palacio «los consejos de un presunto delincuente»[536]. Disolver las Cortes y convocar elecciones era la respuesta transmitida por Augusto Barcia, como portavoz parlamentario, cada vez que Alcalá Zamora abría consultas con motivo de alguna de las numerosas crisis que esmaltaron la vida política de aquel año.

Libre de acusaciones y procesos, volvió a trabajar en las dos direcciones en las que tan escaso fruto había cosechado el año anterior: unir tras un programa común de gobierno a los partidos republicanos e invitar a los socialistas a restablecer los vínculos rotos desde la crisis de 1933. Para dirigir esos dos procesos con autoridad, debía mostrar a unos y otros que mantenía, o había acrecentado, su capacidad de convocar multitudes al anuncio de su palabra, de modo que todo el mundo supiera que los republicanos eran mayoría en el país. Salió a echar discursos por ahí, al rescate de la República de los malandrines que la tenían secuestrada, otra vez adoptando la figura del

Quijote, convencido como siempre del poder de la palabra como instrumento de la política. Formaba parte de las costumbres políticas de la época organizar mítines de propaganda en salas de cine o de teatro de las capitales de provincia, con dirigentes nacionales como plato fuerte: eran los «mítines del domingo», de los que daban noticia los periódicos del martes, a veces con trascripción literal, tomada por taquígrafos, de los discursos pronunciados. Si por la calidad, número o variedad de oradores el mitin debía alcanzar mayor resonancia, se contrataban locales de mayor capacidad, de hasta veinte mil localidades. Para estas ocasiones de gala, la plaza de toros era el escenario ideal. Y así se programó para la primera salida de Azaña a campo abierto: tendría lugar en la plaza de toros de Valencia, a finales de mayo de 1935[537].

Desde el mismo momento en que se pusieron a la venta las localidades, comprendieron los organizadores que la demanda superaba el aforo de la plaza. Listas interminables de peticiones y colas inacabables a las puertas del domicilio de Izquierda Republicana, más las protestas llegadas de otras provincias por no disponer de un número de entradas suficientes, obligaron a cambiar, cinco días antes del mitin, la plaza de toros por el campo de fútbol de Mestalla. Aquello no era ya un típico mitin de domingo, ni siquiera un mitin de propaganda de un partido político: con la ampliación del espacio, el mitin adquiría un nuevo significado, sin perder el primero. Azaña consolidaba la posición de su partido en cualquier proyecto de coalición de izquierdas, pero a la vez asumía, mal que a él le pesara —que no le pesaba nada— la representación o, como escribirá *El Liberal* de Bilbao con motivo del mitin en el campo de Lasesarre, «la personificación del régimen republicano». Lo que tantos le dijeron en sus cartas de adhesión cuando estaba preso, ahora se lo dicen desde editoriales y tribunas de periódicos: Azaña representa, personifica, la República. Autocares, caravanas de automóviles, taxis, gentes que llegaban a pie desde lugares alejados propagaban por las calles, la tarde anterior al mitin y durante toda la mañana siguiente, un clima de entusiasmo y fervor republicanos en el que menudeaban los vivas a Azaña seguidos de vivas a la República. Azaña y República comenzaron a ser para mucha gente la misma cosa.

El sábado 25 de mayo, veinte días después de la nueva crisis que devolvió a la CEDA al gobierno en una posición de fuerza, Azaña tomaba el rápido a Valencia, acompañado de Lola y Cipriano, de Casares y Domingo, y de varias figuras del republicanismo madrileño. Durante el trayecto, vítores en las estaciones y, al llegar, cuando no se le esperaba en Valencia hasta la mañana del domingo, la multitud, enseguida que le reconoce, prorrumpe en aplausos y

aclamaciones. Fue el calor de la presencia de esa multitud, el fenómeno insólito de que llegaran a reunirse cien mil personas para oír un discurso, lo que dio toda su dimensión al acto de Mestalla y lo convirtió, como reconocía *El Sol*, en «el acontecimiento más importante de estos últimos tiempos». Se creía a Azaña destrozado y ahí estaba, rodeado de más gente que nunca; se creía a la izquierda liquidada por la represión tras la revolución de octubre y ahí volvía, representando una opinión «nacional». No fue un fenómeno esporádico ni casual, ni limitado a Valencia, tierra de arraigado republicanismo. Dos meses después, el campo de Lasesarre, en Baracaldo, volverá a ser escenario de un acontecimiento similar, con una novedad añadida: el éxito de Mestalla indujo a socialistas y comunistas a convocar a las «masas populares», una llamada que probablemente tuvo su efecto en el incremento de las multitudes que acudieron a escuchar su palabra y que, a la vez, modificaba o podía modificar el significado del mitin.

«Todos al mitin de Azaña» fue el llamamiento que, en Madrid, el diario *Pueblo*, órgano del PCE, imprimió en primera plana el 19 de octubre, un día antes del último discurso de campo abierto, cumpliendo la nueva política de frente popular consagrada en el VII Congreso de la Internacional. Amós Salvador se movió mucho para que les concedieran el Stadium Metropolitano, aunque nadie le dio «una contestación categórica». A muy pocos días del mitin, tras nuevas gestiones fallidas para conseguir el campo del Madrid, Izquierda Republicana alquiló un terreno de 400 por 200 metros situado al sur de la capital, en la carretera de Toledo, el campo de Comillas, y lo acondicionó para el mitin llevando 40 000 sillas y 12 equipos de altavoces a 750 voltios con un grupo electrógeno de 50 caballos, aparte de instalar ocho puestos de asistencia de la Cruz Roja y una centralita telefónica. Miles de personas habían llegado el sábado para oír a don Manuel. De Valdepeñas, Valencia, Bilbao, Vigo, Santander, Vitoria, Granada, Málaga, Barcelona, de todas partes, las agencias de prensa anunciaban un «entusiasmo extraordinario»; venían en trenes especiales, en autobuses y camiones, a caballo, en mulas, en burros y a pie: «parecían abrirse las puertas de un dique, el día antes del mitin, cuando miles de personas entraron en Madrid con el ímpetu y el estruendo de un Niágara», escribió Claude Bowers. El domingo, Constancia de la Mora, caminando entre una multitud compacta que se movía muy lentamente, tardó más de dos horas en atravesar el puente de Toledo hasta llegar al terreno de Comillas. Ningún político europeo, escribió Henry Buckley, habría sido capaz de concentrar una masa tan numerosa sin recurrir a organizaciones paramilitares o sin adornar el acto con desfiles y

manifestaciones. Araquistain tituló «El mito Azaña» el editorial de *Leviatán*, reconociendo, él, incapaz de hablar en público, que no existía «en toda Europa un político capaz de que casi medio millón de personas se reúnan espontáneamente para oírle y además paguen la entrada».

Azaña fue consciente desde el primer momento de la magnitud del fenómeno y de los peligros que esa fuerza, mal orientada, podía provocar. Era, como dijo en Comillas, «un torrente popular que se nos viene encima», ante el que no se hace el distraído, ni siente miedo, ni teme que le arrolle, pero que añade una inquietud a la que manifestaba a Prieto cuando el «azañismo» acababa de nacer y ya le parecía «cosa grave» pues la gente «creerá que yo hago milagros». No los hacía, pero a la vista del torrente se le agudiza la exigencia de hacer coaliciones: había que encauzar aquella fuerza y llegar a un pacto entre los responsables políticos. A ese doble objetivo obedecen la estructura y los contenidos, muy similares, de los tres discursos en campo abierto, en los que hay muy poco lugar para la demagogia y mucho para las llamadas a la responsabilidad y para exponer, a veces hasta en detalles que poco podían interesar a la mayoría del público congregado, el programa de un futuro gobierno republicano[538]. A medida que la multitud crece, Azaña muestra mayor determinación en señalar que la finalidad del movimiento popular consiste en recuperar la República, que ha sido desfigurada, y en advertir que no se puede atacar, arrumbar ni organizar contra ella ninguna insurrección. Nada hay por encima ni antes que la Constitución: todos los equívocos que habían salpicado sus discursos de 1934 desaparecen; nosotros, dice en Comillas, representamos una política estrictamente basada en la Constitución que declaramos hoy por hoy intangible: constitución reformista en el orden social, parlamentaria, fundada en el sufragio universal.

Plan de política republicana y frente electoral con los socialistas: tales eran los dos objetivos de Azaña al emprender su campaña de discursos en campo abierto, coincidente con el retorno de la CEDA al gobierno, más fuerte que nunca, con cinco ministerios. En las nuevas condiciones creadas por estos mítines, no fue difícil avanzar en la primera dirección, la inteligencia republicana. La persecución sufrida por Azaña realzó su autoridad y situó a Unión Republicana en posición subordinada, de modo que el pacto, del que fue un adelanto la declaración conjunta firmada por Azaña, Martínez Barrio y Sánchez Román el 12 de abril, estaba listo a mediados de julio, aunque su texto, demasiado largo, no llegó a hacerse público. Lo importante, con todo, era engarzar ese plan con las aspiraciones socialistas. Azaña lo intentó por el lado que solía, el que ocupaba Indalecio Prieto, con quien restableció

rápidamente una fácil comunicación y un sustancial acuerdo político a pesar de las diferencias surgidas un año antes cuando, encerrado en su mutismo, no desautorizó la pedantería revolucionaria de la que hizo gala Fernando de los Ríos en su última conversación en la Font del Lleó.

Como remate de una enjundiosa correspondencia política, Prieto escribió a Azaña el 12 de agosto para animarle a pasar con Lola unos días de vacaciones por Bélgica, con el atractivo de sus «setenta kilómetros de playa, pueblecitos lindísimos, donde es raro encontrar un español» y donde «gastaría usted la mitad del dinero que habría de gastar en Francia». A Bruselas viajaron, pues, don Manuel y doña Lola y allí pasaron el 9 de septiembre con don Indalecio y doña Concha, acompañados por tres veteranos dirigentes del socialismo asturiano, Belarmino Tomás, Teodomiro Menéndez y Amador Fernández. Con Prieto y «los Menéndez» todavía tendrían ocasión de conversar otro día, el 18, en una visita que los Azaña les hicieron a Ostende[539]. Manuel y Lola viajaron luego a Ámsterdam —«¡qué bonito! ¡Qué cosa!», escribió ella a su hermano— y dieron un paseo de una hora por el canal en un vaporcito y «para qué contarte, aquello era una maravilla». Las vacaciones terminaron hospedados durante unos días en Le Grand Hotel, de París, en la plaza de la Ópera. Disfrutaron de un tiempo maravilloso, les gustó mucho —¡cuánto se reía Manolo!— «una comedia *muy buenísima*», *Knock o el triunfo de la medicina*, de Jules Romains, que el gran Louis Jouvet dirigía y representaba en la Comédie des Champs Elysées; visitaron nuevas salas de escultura francesa en el Louvre y disputaron por ver quién leía antes una carta de Cipriano. ¡Cuánto te queríamos!, le escribe su hermana, al tanto de la broma que solían gastarse Manolo y Cipriano cuando sólo eran amigos y empleaban el pasado en su correspondencia[540].

De regreso a Madrid, el camino para llegar a la coalición con los socialistas seguía obstruido por la negativa de Largo Caballero a renovar cualquier tipo de pacto con los republicanos, confirmada cada día por la manifiesta hostilidad de sus seguidores hacia la persona y la significación política de Prieto, que, apoyado por la mayoría de miembros de la comisión ejecutiva del PSOE, había retornado a su tradicional política de alianza con los republicanos. Largo Caballero, encarcelado en la Modelo, y apoyado por las Juventudes, por la mayoría de la organización sindical y por algunas importantes agrupaciones del partido, entre ellas la de Madrid, sin renunciar a la conquista de todo el poder, había optado por una política de la espera, de la que un elemento principal era la rotunda negativa a participar de nuevo con los republicanos en ningún proyecto político. Una división de fondo que tuvo

a los socialistas empantanados en debates internos durante todo el año de 1935, mientras los comunistas, abandonada ya la política de clase contra clase, realizaban progresos, todavía modestos entre los mayores, pero muy notables entre los jóvenes, en su nueva política de frente popular, que exigía un acercamiento a los republicanos y a los sectores de izquierda del socialismo.

Llegaba por entonces a las librerías, con fulminante éxito de ventas que obligó a sacar hasta cuatro ediciones en poco más de un mes, *Mi rebelión en Barcelona*, donde Francisco Ayala encontró «páginas que, sin punto de referencia en nuestra literatura moderna, reclaman parangón con los más vivos pasajes de Quevedo»[541]. Es de nuevo Azaña biógrafo de sí mismo que aprovecha el «mucho caudal» de tiempo con que se encontró a bordo de los destructores de la Armada, para construir esta vez su personaje de prudente consejero a quien ninguno de sus amigos políticos presta atención en la excitación del momento, para pasar luego al inocente perseguido por la confabulación de intereses adversos, desde las presidencias de la República y del gobierno hasta la prensa monárquica. Pero no podría Azaña dibujar los escenarios y personajes de su vida durante los días de revolución, de refugio en casa de Gubern, de paso por la jefatura de policía y de cautiverio, sin antes mirar atrás con el propósito de revivir sus relaciones con Cataluña y con el nacionalismo catalán. Y a este respecto, no dejó de observar el componente declaradamente antidemocrático, autoritario y demagógico de cierta dirección del catalanismo que prosperaba «no por la ostentación de su verdadera faz, que acaso hubiera horrorizado a muchos secuaces, si la vieran, sino a favor del nacionalismo acérrimo, de que parecía invulnerable reducto». En Cataluña —escribe— como en el País Vasco, «el uso de reclutar en las masas de un partido voluntarios para una formación militarizada tiene precedentes anteriores al fascismo»[542].

Al tiempo que hablaba, publicaba y muñía coaliciones, el Partido Radical y su gobierno entraban en barrena arrastrados por el efecto de sus continuas crisis y su errática política en medio de acusaciones de corrupción y por la evidente impaciencia de su aliado, la CEDA, en hacerse con el poder una vez cumplido el plazo de cuatro años que la Constitución establecía para que se pudiera plantear el proceso de revisión. Gil Robles aspiraba a obtener el decreto de disolución con el propósito de organizar las siguientes elecciones y acometer, respaldado en una amplia mayoría, su anunciada revisión constitucional que, además de devolver a la Iglesia las posiciones perdidas, transformaría la República en un régimen autoritario y corporativo. Fue en

esa coyuntura, con los republicanos de izquierda hacia arriba, los radicales hacia abajo y la CEDA llamando a las puertas del poder, cuando Largo Caballero accedió a responder positivamente a la propuesta de coalición planteada por Azaña en carta al secretario de la comisión ejecutiva del PSOE, Enrique de Francisco, el 14 de noviembre de 1935, aunque con dos condiciones: primera, la coalición sería electoral, no de gobierno, eventualidad que quedaba por completo descartada; y segunda, el lado obrero de la coalición debía ampliarse con la incorporación de sindicalistas y comunistas. Azaña, renuente a esta segunda condición —«adónde podemos ir nosotros, ni ustedes, con los comunistas», había preguntado meses antes a Prieto—, accedió sin embargo aunque indicando que esas incorporaciones no afectarían al reparto de puestos en las candidaturas: tendrían que ser los socialistas, no los republicanos, quienes cedieran posiciones si querían que comunistas y sindicalistas se incorporaran a la coalición[543].

Una coalición, pues, que no repetía las de 1931: no la de abril, porque ni conservadores como Maura ni radicales como Lerroux tenían nada que hacer en ella; pero tampoco la de diciembre, porque a los socialistas y republicanos de izquierda se unían ahora comunistas y sindicalistas. Para Azaña, era la coalición de siempre, la de republicanos y socialistas; para la gente, sin embargo, se trataba de algo nuevo y diferente que debía ser bautizado con otro nombre: era el Frente Popular, como hubo de reconocer finalmente el mismo Azaña en uno de sus discursos electorales: al existir una coalición en torno a un programa «ha surgido, por decirlo así, una entidad política nueva, el Frente Popular, como lo llama la gente, o coalición de izquierdas, como quiera llamársele»[544]. En este momento, y tal vez para tranquilizar a posibles electores o para no espantar al sector «caballerista», Azaña se distancia de Prieto en el alcance que la coalición tendría el día siguiente de las elecciones. Mientras Prieto sugería la posibilidad de que la alianza electoral pudiera convertirse más tarde en «una alianza de gobierno», Azaña insiste en que la administración de una hipotética victoria electoral será tarea de «un ministerio constituido por republicanos de izquierda con el apoyo parlamentario de los socialistas». Antes de las elecciones, no era necesario ni parecía conveniente cerrar ninguna posibilidad: el gobierno sería republicano y luego ya se vería.

La coalición de Frente Popular, con su programa de amnistía para los represaliados de octubre y de reposición de los despedidos, obtuvo un ajustado triunfo en votos pero, actuando ahora el sistema electoral a su favor, rotundo en escaños. Izquierda Republicana consiguió en primera vuelta 79 diputados, nueve menos que el PSOE, aunque con los 34 de Unión

Republicana y los 22 de Esquerra garantizaban una mayoría republicana en la coalición de izquierda. En Madrid, la coalición de Frente Popular consiguió en primera vuelta mayoría absoluta: de 414 775 votantes, obtuvo Azaña 223 826 votos, unos centenares menos que Besteiro y Martínez Barrio, y unos dos mil y pico más que Largo Caballero y José Díaz, variaciones estadísticamente irrelevantes que indican una gran disciplina de voto[545]. El mismo día en que se conocieron estos resultados, entre manifestaciones populares y rumores de golpe de Estado, el presidente del Consejo, Manuel Portela, dimitió irrevocablemente y Azaña debió hacerse cargo del gobierno sin esperar a la constitución de las nuevas Cortes, como tenía planeado y era su deseo. Sus mensajes a los españoles, sus declaraciones a periodistas, iban todos en la misma dirección: tranquilizar los ánimos, asentar la democracia, aplicar lealmente el programa electoral, democratizar el ejército para evitar situaciones como la pasada en las últimas horas, aprobar la amnistía, restablecer el orden, aplicar la ley. Es sorprendente que, a pesar de la tensión de aquellos días, de las noches sin dormir y del ambiente como enfebrecido que rodeó el triunfo electoral, la crisis y formación de gobierno, mantuviera una tranquila seguridad sobre el futuro: los adversarios han sido derrotados y no representan ningún peligro apreciable, los incidentes graves son limitados, el gobierno controla la situación: no queremos la revolución, dijo al enviado especial de *Paris-Soir*: «somos unos moderados, apasionados por la justicia»[546].

Moderación fue la característica más sobresaliente del gobierno formado el 19 de febrero, una coalición de Izquierda Republicana y Unión Republicana: Augusto Barcia en Exteriores, Gabriel Franco en Hacienda, Enrique Ramos en Trabajo, Mariano Ruiz-Funes en Agricultura no eran unos revolucionarios dispuestos a subvertir el orden de las cosas. Como primera medida, el presidente del Consejo convocó a la Diputación Permanente de las anteriores Cortes para plantear la necesidad urgente de legalizar la liberación de los presos con la concesión de una amnistía y aprobar un decreto sobre readmisiones e indemnizaciones a los «seleccionados» por la huelga general de octubre. Estas medidas, tomadas con el apoyo de los diputados de la CEDA, se complementaron con las llamadas a los dirigentes sindicales para que pusieran fin a las manifestaciones convocando una para el día 1 de marzo, que sería a la vez celebración del triunfo y apoyo al gobierno. Idéntico sentido tuvo la prohibición de una manifestación nacional de campesinos, convocada para el 15 de ese mismo mes. Las tensiones entre Madrid y Barcelona se resolvieron con la anulación por el Tribunal de Garantías de la ley que

suspendió el Estatuto y con la liberación de Companys y sus consejeros, condenados a treinta años de cárcel, y su inmediata reposición en el gobierno de la Generalitat.

Al tiempo que procedía a tomar estas medidas pacificadoras, el gobierno mantuvo el estado de alarma durante toda la primavera, lo que le permitió encarcelar a la plana mayor de Falange Española, cuando uno de los suyos comenzó el 12 de marzo la racha de atentados apuntando por vez primera a una destacada autoridad política: Luis Jiménez de Asúa, vicepresidente de las Cortes, que salvó la vida aunque no así su escolta, Jesús Gisbert, ni días después el magistrado Manuel Pedregal, ponente de la sentencia que condenaba a penas de cárcel a los acusados como autores o cómplices del atentado. Se hablaba de revolución y de contrarrevolución, permanecía la tensión en la calle, eran frecuentes los choques entre policías y guardias civiles y manifestantes con resultado de muerte, y eran continuas las llamadas a la huelga por los sindicatos de las más diversas industrias y oficios. Antes de contar más cosas, le escribe a Cipriano el 17 de marzo, «intercalo mi negra desesperación: hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha y el registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla…»[547]. Pero si todo esto es cierto, también lo es que su discurso en las Cortes, el 3 de abril, conciliador, impregnado de gran emoción política y «elogiado sin sombra por casi todos los sectores de la opinión pública como digno de un cabal estadista por el tono y el contenido», como escribió el embajador de Estados Unidos[548], tuvo efectos que llegaron a la Bolsa de Madrid. Las sociedades anónimas comenzaban a publicar los resultados del ejercicio anterior, mostrando su confianza en que lo peor de la crisis había pasado; las asociaciones patronales, obligadas a soportar las readmisiones e indemnizaciones, recomendaron obediencia a sus afiliados, mientras negociaban con los sindicatos las nuevas bases de trabajo.

«Bulto todavía parlante de un hombre excesivamente fatigado», Azaña recordó a los diputados que se enfrentaban a la «postrera coyuntura» de desenvolvimiento pacífico y normal no sólo del régimen republicano sino también del régimen parlamentario. Pero eso era precisamente lo que no pocos diputados habían dado ya por descontado. El problema político de estas semanas, con ser grave el deterioro rampante del orden público, radicó en la profunda desorientación de los dos partidos con mayor representación parlamentaria y más arraigo popular, el católico y el socialista. La CEDA y el PSOE compartían algunas características comunes: ambos disponían de una

amplia base social y ambos habían participado en distintos gobiernos en las legislaturas anteriores; ambos habían actuado también en algún momento como partidos antisistema y habían cultivado de la República una visión instrumental: servía en la medida en que aproximara la hora de la realización de su programa máximo, que en los dos casos implicaba no ya una reforma constitucional sino un régimen diferente; ambos sentían una presión externa, constante y creciente, a su derecha uno, a su izquierda el otro, procedente en el primero de monárquicos y falangistas y, en el segundo, de anarcosindicalistas y de comunistas, y ambos se encontraron ahora divididos entre quienes pretendían estabilizar la República, participando en el gobierno o proclamando su lealtad al régimen, y quienes esperaban el momento de ocupar todo el poder o de pasar directamente a la rebelión armada.

Manuel Giménez Fernández, del ala moderada y socialcristiana de la CEDA, intentó lo primero planteando a su grupo parlamentario una votación para que se decidiera de una vez entre república o monarquía, democracia o fascismo. Ganó su votación, pero el retorno de Gil Robles a la cabeza del grupo, añadido a los agravios recibidos con motivo de las actas de diputados invalidadas y los resultados de la segunda vuelta electoral, radicalizó de nuevo las posiciones. Las juventudes de su propio partido, que habían adoptado lenguaje, uniformes y saludos fascistas, se deslizaban hacia Falange Española, que engrosaba por vez primera de manera perceptible su afiliación. Mientras tanto, la mayor combatividad parlamentaria del líder monárquico, Calvo Sotelo, lo convertía en referente de las derechas subversivas, frustradas tras la derrota de quien había prometido conquistar el poder por la vía pacífica, y ansiosas de una solución de fuerza protagonizada por los militares. En los primeros días de julio, Gil Robles puso a disposición del general Emilio Mola, cabeza visible de la conspiración militar, medio millón de pesetas, remanente que había quedado del fondo electoral de la CEDA en las pasadas elecciones[549].

El deslizamiento de la derecha accidentalista hacia las posiciones de la derecha subversiva, monárquica o fascista, no fue compensado por una mayor determinación del PSOE por reforzar el gobierno republicano. Desde el mismo día del triunfo electoral, la hostilidad entre las dos facciones en que se había escindido desde la revolución de octubre de 1934 se reanudó a la espera de que un congreso, previsto para el otoño, decidiera. La comisión ejecutiva, de la que habían dimitido Largo Caballero y sus leales permaneciendo en ella los dirigentes de la facción centrista, liderada por Prieto, se veía continuamente atacada y desautorizada por los dirigentes de la UGT, que

tenían el apoyo de la izquierda de su propio partido y de las Juventudes, lanzadas ya, tras una estancia de su secretario general, Santiago Carrillo, en la Unión Soviética, a la unificación con las Juventudes Comunistas. De la escisión entre los mayores lo único que resultó fue la impotencia de Prieto para llevar adelante su política de reforzar al gobierno y colaborar al restablecimiento del orden, mientras Largo Caballero, sin posibilidad de sustituir con sus propios medios al gobierno republicano, radicalizaba su discurso, daba vía libre a los jóvenes socialistas para fundirse con los comunistas y acercaba la acción sindical de la UGT a la que por tradición convenía más a la CNT: las huelgas dirigidas por ambos sindicatos después de crear comités conjuntos se multiplicaron.

Si de la confusión y desorientación en las filas de la derecha católica resultó el trasvase de efectivos y liderazgo a la derecha subversiva, monárquica o fascista, de la escisión en las filas socialistas resultó el desplazamiento de la iniciativa política a los dos grandes sindicatos, UGT y CNT. Después de conseguir la amnistía y la readmisión e indemnización de los «seleccionados» por la huelga de octubre, los sindicatos aprovecharon su nueva posición de fuerza para plantear, en las discusiones sobre nuevas bases de trabajo, exigencias que los patronos juzgaron desorbitadas, como la de 36 horas de jornada semanal reclamada por la CNT en el sector de la construcción. A esta movilización de obreros urbanos acompañó la de jornaleros del campo. El 3 de marzo, el mismo día en que Ruiz-Funes publicaba un decreto por el que se devolvían las tierras a los yunteros expulsados de ellas por la Ley de Contrarreforma Agraria, se puso en marcha en Cenicientos, una aldea de la provincia de Madrid, un movimiento que culminó el día 25 de marzo con la toma sincronizada en Badajoz de 3000 fincas por unos 60 000 campesinos encuadrados y dirigidos por la Federación de Trabajadores de la Tierra, sindicato de campesinos de la UGT. Después de las ocupaciones en amplias zonas de latifundio, de Sevilla y Córdoba, como de Salamanca y Toledo, la reposición de la Ley de Reforma Agraria por las Cortes y las medidas adoptadas para simplificar los trámites de expropiación no venían más que a sancionar situaciones de hecho: hasta el mes de junio se habían ocupado más hectáreas —573 000— y asentado más campesinos —114 000— que desde la promulgación de la Ley cuatro años antes[550].

Manuel Azaña, mientras tanto, preparaba la operación política que debía culminar con su elección para la presidencia de la República y con el encargo a Indalecio Prieto de formar un gobierno de coalición socialista-republicano. En enero de 1936, Niceto Alcalá Zamora había confiado el decreto de

disolución a Manuel Portela Valladares con el ilusorio propósito de que su partido político obtuviera un resultado en las urnas que le permitiera seguir desempeñando un papel arbitral en la marcha de la política. Pero los liberales demócratas sólo consiguieron uno de los 473 escaños en liza. Después de un descalabro de tal magnitud, Alcalá Zamora, en buena lógica, debió haber sacado la lección de una aventura que todos, por la derecha como por la izquierda, entendieron como una derrota personal, y haber dimitido la presidencia de la República. Permaneció en ella, reteniendo, según una interpretación muy personal de la Constitución, su potestad para disolver por tercera vez las Cortes, con el argumento de que la primera, por afectar a las Constituyentes, no contaba. Los partidos de la mayoría no lo veían así, decidieron que el presidente había agotado su prerrogativa y que, por tanto, podían «examinar y resolver la necesidad del decreto de disolución de las anteriores», como establecía el artículo 81 de la Constitución.

El problema consistía en que ellos mismos habían exigido la disolución que ahora tendrían que declarar como no necesaria. Ante esta dificultad, Azaña reservó su opinión hasta última hora. El domingo 5 de abril, cenó con Prieto, Sánchez Román, Casares y Viñuales y hablaron del asunto hasta las tres de la madrugada sin que ninguno de ellos lograra sonsacarle nada. La noche del lunes, al acostarse, reflexionó sobre lo que haría al día siguiente en la Cámara y «la resolución que llevaba en eso que llaman el subconsciente apareció clarísima»: se dijo que «no podía cargar con la responsabilidad de dejar en la presidencia de la República a su peor enemigo»; que si todos se arrepentían de haberlo votado en 1931, él no quería tener que arrepentirse de volverlo a elegir en abril del 36, «pues a tanto equivalía desperdiciar la ocasión de la tarde del martes», en que tendría lugar el debate parlamentario. Escribió la proposición, la llevó al Consejo de Ministros, calló las voces que se levantaron en contra, y se la pasó luego a Indalecio Prieto para que la defendiera en las Cortes. Aprobada por 238 votos, uno más de los exigidos para la mayoría absoluta, la proposición escrita por Azaña y defendida por Prieto dice así: «Al Congreso: Los diputados que subscriben, atentos únicamente a la suprema razón política de asegurar en todas las instituciones del Estado republicano la observancia y la defensa de la Constitución; pospuestas al urgente cumplimiento de aquel deber todas las demás consideraciones que puedan emanar del planteamiento de la última contienda electoral, proponen que las Cortes, para los fines del último párrafo del artículo 81 de la Constitución, declaren que no era necesario el decreto de

disolución de las Cortes de 7 de enero de 1936. Palacio de las Cortes, 7 de abril de 1936».

21. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Abril de 1936 no era el momento más oportuno para plantear, en la presidencia de la República, una crisis que necesariamente tendría que afectar a la estabilidad del gobierno. La conspiración militar, iniciada desde el mismo día de las elecciones, seguía su curso sin mayores obstáculos mientras subía la tensión en las calles con la proliferación de atentados como los ocurridos en Madrid en el desfile conmemorativo del quinto aniversario de la proclamación de la República. En las Cortes, la derecha monárquica pasaba a la ofensiva, ante la indecisión de la CEDA, con Calvo Sotelo asumiendo el papel de líder de la oposición, mientras avanzaba en el Partido Socialista el proceso que, en el sentir de un buen número de sus dirigentes, habría de conducir a una escisión. A la inoperancia del Frente Popular como coalición de gobierno se añadió en este mes de abril el comienzo de una ofensiva sindical, con llamadas conjuntas de la UGT y de la CNT a declarar huelgas generales de industria, que alcanzaron en estos dos meses unas proporciones nunca vistas en la República. En estas difíciles circunstancias, Azaña, que durante estas semanas dio a todos sus visitantes la impresión de serenidad y confianza en el futuro, presentó su gobierno ante las Cortes el 15 de abril reiterando su llamada a desarraigar la violencia del carácter español y su convicción de que sólo en la República encontraría su redención el estrago de siglos sufrido por la tierra y el espíritu españoles. Pero cuando se celebra el debate parlamentario, tiene decidido ya abandonar la presidencia del Gobierno para ocupar la de la República. Lo pensaba, como escribe a su cuñado, «desde hace mucho tiempo», desde el verano, cuando al «ver la oleada de azañismo» solía decir, y muchos le oyeron, que él «no podía ser más que presidente de la República»; no por su comodidad, sino porque «es el único modo de que el "azañismo" rinda todo lo que podía dar de sí, en vez de estrellarlo en la presidencia del Consejo»[551].

Si el azañismo se estrellaba, no quedaba en el republicanismo repuesto alguno. Sobre esa base planeaba también el futuro el ala «caballerista» del socialismo: el fracaso del gobierno republicano significaría automáticamente

la formación de un gobierno exclusivamente socialista. La única manera de evitar lo primero y no dar lugar a lo segundo consistía en incorporar a los socialistas, desde una presidencia de la República revestida de toda la autoridad posible, a un gobierno de coalición que, a la altura de mayo de 1936, no podía reproducir el modelo de 1931, sino que exigía llevar por vez primera a un socialista a la presidencia. El único político republicano con autoridad suficiente para convencer al resto de partidos de este signo de que aceptaran colaborar en un gobierno de presidencia socialista era Azaña; y el único político socialista sobre el que podía recaer en la primavera de 1936 el encargo era Prieto. Tal vez, como dirá Cipriano de Rivas, «no había pacto alguno entre el futuro presidente de la República y el jefe socialista, pero sí una mutua estimación del puesto que cada uno debía ocupar»[552]. Y ese puesto no podía ser más que Azaña en la presidencia de la República y Prieto en la del Consejo.

La primera parte de ese acuerdo tácito no ofreció demasiada dificultad. Manuel Azaña fue presidente de la República porque así lo decidió él mismo y así lo impuso a sus correligionarios y a los principales adversarios de su candidatura, los amigos de Luis Araquistain, que temían lo que desde ella planeaba: llamar a Indalecio Prieto para ofrecerle la presidencia del Consejo. Una vez que Azaña hizo pública su intención de presentarse como candidato a la presidencia no quedó a Izquierda Republicana más alternativa que proclamarlo en una emotiva reunión de su consejo nacional y la minoría parlamentaria, celebrada el jueves 30 de abril. La propuesta procedía de Unión Republicana y fue defendida por Bernardo Giner de los Ríos, aunque si se hubiera sometido a votación inmediatamente después de las intervenciones en contra de dos diputados de Valencia, Federico Miñana y Pedro Vargas, «acaso hubiera sido rechazada», según comentario del cronista de *El Sol*. Augusto Barcia y Emilio Palomo tuvieron que emplearse a fondo en dos largos discursos para demostrar de manera paladina —siempre según el cronista— que la elevación de Azaña al cargo de presidente era una «necesidad republicana»[553].

No lo creían así los socialistas de la facción caballerista, que defendieron la candidatura de Álvaro de Albornoz, aunque al no encontrar eco en ningún grupo, se plegaron a regañadientes a lo que otros habían resuelto sin consultarles. Y con el apoyo, en estos casos sin mayor discusión, de los comunistas y de Esquerra, Azaña fue elegido, pues, candidato único a la presidencia de la República por acuerdo de todos los partidos que formaban la coalición de Frente Popular. El jueves 7 de mayo, almorzó en un céntrico

restaurante con Casares, Sánchez Román, Maura, Prieto, De los Ríos y Viñuales. Por la tarde, Prieto conferenció con el presidente interino de las Cortes, Luis Jiménez de Asúa, y luego explicó a los periodistas con todo detalle cómo se habría de desarrollar la promesa presidencial y la transmisión de poderes. Ante todo, no habría crisis antes de las elecciones: Azaña llegará a la elección como presidente del Consejo, dijo Prieto, que se erigía así en una especie de portavoz del candidato. El viernes se despidió de los diputados y compromisarios recordándoles la herencia que recibían en el fuerte e inconmovible partido de Izquierda Republicana y prometiendo defender el régimen hasta derramar la última gota de sangre. Un día después, quedó constituida la asamblea de diputados y compromisarios y la espléndida mañana del día 10, con una gran animación en el Retiro y sus cercanías, el presidente interino de las Cortes saludó a los «Compañeros diputados y compromisarios» con breves palabras que terminaron con una invitación a que con él vitorearan a la República. «¡Viva la República!», gritó con su potente voz Jiménez de Asúa. Todos dieron unos cuantos vivas, excepto los diputados de la CEDA, «que rodean al señor Gil Robles, se ponen en pie, pero no secundan los vítores». Efectuada la votación y realizado el recuento de papeletas, Manuel Azaña obtiene 754 votos de los 874 diputados y compromisarios que tomaron parte en la votación. Obtuvieron un voto cada uno: Alejandro Lerroux, Francisco Largo Caballero y José Antonio Primo de Rivera; otros dos fueron a Ramón González Peña; el resto votó en blanco. Jiménez de Asúa comunicó a Martínez Barrio el resultado de la elección y Azaña le presentó su dimisión como jefe de gobierno después de un breve y emocionante encuentro con sus ministros. Augusto Barcia fue el encargado de formar gobierno hasta que el nuevo presidente prometiera su cargo.

Lo primero, pues, estaba hecho: Azaña, vestido de frac y muy acentuada la palidez de su rostro, prometió el cargo el 11 de mayo en medio de otra extraordinaria animación, con mucho público ocupando la carrera y con toda la pompa y boato propios de la circunstancia. Esa misma noche inició las consultas para formar gobierno, consciente, como lo prueba la carta que escribía, a manera de diario, a Cipriano de Rivas, de las dificultades que «el araquistanismo» opondría a la designación de Prieto como presidente, lo cual no le impidió llamar a Prieto con el propósito de sondear su ánimo antes de ofrecerle formalmente el encargo. Y aunque después dijera otra cosa, Prieto salió de su primera entrevista con el recién elegido presidente, en la noche del 11, convencido de que iba a ser presidente del Consejo desde el día siguiente. Tal fue la impresión que produjo a varios miembros de la comisión ejecutiva

cuando les informó de que había comunicado al presidente de la República un plan de gobierno cuyo primer punto consistía en realizar un cambio sustancial en los mandos militares, para que sólo los de probada lealtad permaneciesen en los puntos claves del ejército. En esa conversación con Azaña, Prieto se mostró decidido a pasar a la reserva a todos los jefes de actuación antirrepublicana y a privar de todos sus derechos a los militares acogidos a la Ley de Retiros que venían conspirando contra la República. No sólo esto; Prieto habló también ante sus compañeros de la comisión ejecutiva de la urgencia de tomar medidas que devolvieran la tranquilidad a la República, desarrollando el plan de reforma agraria e impulsando una política que remediara el paro obrero en las ciudades. Habló entonces, según recuerda Juan Simeón Vidarte, como si su nombramiento fuera ya un hecho[554].

No le faltaban motivos para temer lo contrario. Dos días antes de la elección presidencial, los compromisarios socialistas se reunieron en el Congreso con los diputados de la minoría. Allí se dio cuenta de los antecedentes de la designación de Azaña como candidato único de las izquierdas y no faltaron quienes echaron en cara a Prieto haber maquinado todo de espaldas a la minoría. Los compromisarios, como ya no había otra opción, aceptaron la candidatura pero censuraron por 60 votos frente a 41 a la comisión ejecutiva por la tramitación del caso[555]. Una primera derrota para Prieto, que anunciaba lo que podía ocurrir en la mañana del 12, cuando la minoría parlamentaria, responsable de decidir sobre la participación del partido en gobiernos de coalición, se reunió para estudiar la nota oficial que entregaría al presidente en el momento de evacuar la preceptiva consulta sobre la formación de gobierno. Prieto acudió a la reunión vestido como en las solemnes ocasiones: con un impecable traje azul y con el aire de quien tiene la batalla ganada antes de plantearla. Si se cree el testimonio de Vidarte, aquella mañana actuó convencido de que la minoría parlamentaria aprobaría la recomendación de formar un gobierno de Frente Popular bajo presidencia socialista. Dijo a los reunidos que estaba seguro de contar con el apoyo de Izquierda Republicana, Unión Republicana y Esquerra Republicana, pero que sólo aceptaría el encargo si contaba también con el respaldo de los diputados de su propio partido.

No se lo dieron. Largo Caballero había hecho aprobar unos días antes, el 7 de mayo, en la comisión ejecutiva de la UGT una resolución que declaraba roto el Frente Popular si la ejecutiva del partido aceptaba formar parte del gobierno, ratificando así el acuerdo tomado el día antes por la Agrupación Socialista Madrileña, donde también contaba con mayoría. De este acuerdo se

habían hecho eco varios compromisarios socialistas de Valencia distribuyendo un documento a la prensa en el mismo acto de la elección de Azaña en el que denunciaban la «conducta insólita de un miembro de la ejecutiva que, por su falta de discreción y desbordante personalismo, ha dado lugar a que apareciera en la Prensa su nombre a propósito de entrevistas, comidas, y demás actos propios de un político burgués del más viejo estilo pero impropios de un dirigente o militante en un partido de clase». Los signatarios de este documento no se contentaban con denunciar el extravío de Prieto sino que, «como por desgracia el nombre del partido socialista se ha barajado ya públicamente en aras a una posible colaboración ministerial», se creían en el deber de manifestar que cualquier intento de compartir responsabilidades lo considerarían un «atropello intolerable e imperdonable al pacto de Frente Popular». Con su enfático manifiesto, los compromisarios valencianos cumplían su misión como «mandatarios de la base de un partido que tiene como fundamento los más puros principios del marxismo revolucionario y que sigue con fe inquebrantable y entusiasmo la línea de Largo Caballero»[556].

Y la línea de Largo Caballero consistía en esperar a que los republicanos cumplieran en solitario su parte del programa electoral para después ocupar todo el poder. En la reunión de la mañana del 12 con la minoría parlamentaria, después de escuchar a Prieto, se mantuvo Largo en esa posición y propuso que los diputados recomendasen al presidente de la República la formación de un gobierno de las mismas características que el anterior, sin participación socialista. Prieto se quedó mudo, no supo qué responder y asistió impotente a la abultada derrota de su posición: 19 votos a favor de la aceptación, 49 en contra. No le quedaba más alternativa que acudir a Palacio, agradecer al presidente su llamada, y declinar la oferta o… aceptarla a sabiendas de que rompía la disciplina de su partido. Prefirió lo primero. Azaña mantuvo el encargo y Prieto lo declinó a las dos de la tarde porque, según dijo a los periodistas, no quería agravar la división en el seno de su partido. Que ése iba a ser el resultado final de sus gestiones quizá lo sabía ya, o lo temía, el presidente que, sin embargo, ofreció a Prieto el encargo porque, como vio *El Sol* en su editorial del día 13, quería «dar la tónica de una gestión que ahora comienza», situándose por encima de los partidos «para pensar en los intereses del país» y llamando a «las responsabilidades del Poder a uno de los partidos básicos del Frente Popular». A pesar de que Prieto dijera luego otra cosa, en mayo de 1936 no hubo

gobierno de coalición presidido por un socialista sencillamente porque Largo Caballero cerró las puertas a tal eventualidad.

De esta manera, una operación destinada a ampliar las bases del gobierno acabó por debilitarlo todavía más en un momento de conspiración militar y de movilización obrera y campesina. Mientras maduraban las condiciones que posibilitaran un gobierno de coalición, Azaña confirió el encargo a su más cercano y leal colaborador político, Santiago Casares, que formó un gobierno exclusivamente republicano. Con Casares mantenía una estrecha amistad: en octubre de 1931 lo había trasladado del Ministerio de Marina al de Gobernación para cubrir la vacante dejada por Miguel Maura; ratificó en diciembre el nombramiento y confió en él para hacer frente al doble asalto que la República sufría de parte de los anarcosindicalistas y de la derecha monárquica aliada con militares levantiscos. Atravesó con él la tormenta desencadenada por radicales y católicos a propósito de Casas Viejas y, más adelante, en los primeros meses de 1934, fue una pieza clave en la creación de Izquierda Republicana; de nuevo, colaboró muy de cerca con Azaña en la recomposición de la coalición electoral, aunque en febrero de 1936 no quiso asumir el Ministerio de Gobernación y se contentó con Marina. Sobre esta permanente colaboración política se habían anudado fuertes vínculos de amistad: Casares y su mujer acompañaban con frecuencia a Azaña y Lola en sus paseos en coche y era muy habitual que compartieran mesa y tertulia, junto a Rivas Cherif, Guzmán, Saravia y sus esposas.

Azaña confió pues en su amigo y se retiró de la primera fila de la política, a cuidar los rosales de la Quinta del Pardo, maltratados por una lluvia persistente, con una presencia quincenal en los consejos de ministros y asistencia a actos institucionales propios del cargo. Vivió esas semanas como en un compás de espera, desdeñando el peligro que representaba el auge del fascismo, juzgando los rumores de golpe de Estado que venían de los cuartos de banderas como charlas de café y pensando, como en el primer bienio, que el principal peligro para la República procedía del anarquismo, «un cáncer que hay que extirpar», como dijo al embajador de Francia en la audiencia que le concedió el 10 de julio. Fue entonces cuando confió al embajador su opinión de que Francia no sacaba más que ventajas al estar gobernada por un ministerio en el que figuraban los socialistas. No sólo figuraban: desde el 5 de junio, Léon Blum, socialista y judío de más de sesenta años que había sufrido meses antes diversas heridas por la agresión de un grupo de la derecha monárquica, y que a la hora de la verdad, cuando todo el mundo, comenzando por el presidente de la República, Albert Lebrun, esperaba que un radical

asumiera la jefatura del Gobierno, declaró estar preparado para presidir el gobierno. En España, Manuel Azaña había trabajado a fondo durante un año para conseguir que los socialistas asumieran esa misma responsabilidad en una situación tan crítica como la que pasaba en esos meses la República Francesa. Todo estaba preparado; todo, menos los socialistas. En julio de 1936, pensó que a Indalecio Prieto —que pudo haber sido un Léon Blum con tres semanas de adelanto— le había faltado valor para hacerse cargo del gobierno, aunque se consoló con la idea de que había reforzado su posición para el congreso que en octubre resolvería las diferencias socialistas. «¿A quoi bon ces quatre mois d'interim?», se lamentó Azaña ante Herbette[557].

No hubo ocasión de saber qué hubiera pasado en el Partido Socialista si esos cuatro meses hubieran transcurrido en paz. Porque aquellas conversaciones de café entre oficiales monárquicos, a las que se refería Manuel Azaña en su entrevista de 26 de febrero de 1936 con el embajador de la República Francesa, se transformaron a partir del 17 de julio, unos días después de los asesinatos del teniente Castillo y del diputado Calvo Sotelo, en una sublevación militar que a las pocas semanas se convertía en una guerra civil. Azaña había pasado por la experiencia de un golpe de Estado en dos ocasiones: septiembre de 1923, cuando el general Primo de Rivera se pronunció desde Barcelona como cabeza visible de la corporación militar y tomó limpiamente el poder, con la anuencia del rey; y agosto de 1932, cuando la rebelión militar iniciada por el general Sanjurjo fue sofocada con relativa facilidad por el gobierno. En la primera ocasión, era un reformista desengañado y contempló con un sentimiento de impotencia el cierre del Parlamento y el fin del régimen liberal; en la segunda, era presidente del Consejo y ministro de la Guerra y presenció con singular aplomo, y con la ayuda de su ministro de la Gobernación, Santiago Casares, la rápida derrota de la rebelión. Ahora, en julio de 1936, por tercera vez debía enfrentarse a una insurrección militar, en una situación por completo diferente a la de cuatro años antes aunque los protagonistas no hubieran cambiado: Sanjurjo volvía a ser cabeza visible de la rebelión y Santiago Casares era su presidente del Consejo.

Lo fue por pocas horas. Si el golpe de Estado quedó lejos de alcanzar el previsto objetivo de una rápida conquista del poder, también lo estuvo de ser aplastado sobre la marcha. El gobierno de la República se hundió la misma tarde del golpe y los gobernadores civiles no siempre supieron qué decisiones tomar para liquidar la insurrección en sus respectivas capitales. Durante unas horas dramáticas, la República careció de gobierno: Casares dimitió la

presidencia del Consejo en la tarde del sábado, día 18 y, cuando ya había anochecido, Azaña —que en la tarde del 16 se había trasladado por razones de seguridad desde la Quinta del Pardo al Palacio Nacional—, llamó al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, para encargarle la formación de un nuevo gobierno que desbordara por la derecha los límites del Frente Popular y no contara, por la izquierda, con los comunistas[558]. Martínez Barrio lo intentó pidiendo a Felipe Sánchez Román y a Indalecio Prieto su incorporación al gabinete, lo que habría conducido a la formación de un gobierno de coalición republicano-socialista con predominio de las posiciones de centro y bajo la presidencia de un republicano. Sánchez Román accedió, pero Prieto, tras consultar con su partido, regresó con una respuesta decepcionante: el PSOE rechazaba la oferta.

Fue, de nuevo, la estrategia de Largo Caballero la que se impuso, como ya había ocurrido dos meses antes, cuando Azaña ofreció a Prieto la presidencia del Consejo. Martínez Barrio siguió, de todas formas, adelante; habló con el general Cabanellas, que cortó displicente la conversación con un «no hay nada que hacer»; habló también con algunos de los comandantes generales de las divisiones orgánicas y con el general Mola, en esos momentos jefe efectivo de la VI división. «Es tarde, muy tarde…» respondió Mola a las consideraciones de Martínez Barrio, que, a pesar de todo, a primeras horas de la mañana del domingo, día 19, había logrado formar un gobierno a base de los tres partidos firmantes de la nota de 14 de abril del año anterior: Izquierda Republicana, Unión Republicana y Partido Nacional Republicano. No era un gobierno de Frente Popular puesto que los socialistas, principal partido de la coalición, se negaban a entrar en él, y, sin socialistas, era impensable que los comunistas, caso de haber sido invitados, aceptaran incorporarse a un gobierno mayoritariamente republicano.

Los intentos de Martínez Barrio para llegar a un acuerdo con los jefes de la rebelión tropezaron con la oposición de socialistas, anarcosindicalistas y comunistas, que se pusieron al frente de una gran manifestación en las primeras horas de la mañana del domingo. Hasta él llegaron voces exigiendo armas y gritando: «¡Abajo el gobierno!», mientras algunos correligionarios de Azaña no dudaban en calificarlo de traidor. El recién nombrado presidente, fracasado en su gestión con los rebeldes, y con los partidos obreros dirigiendo una manifestación contra su gobierno, presentó su dimisión: su presidencia habrá durado poco más de seis horas. A media mañana del día 19, en lugar de iniciar un turno de consultas, Azaña convocó a los dirigentes de los partidos con objeto de resolver la crisis de manera que todos se sintieran implicados en

la solución que se adoptara. En esa reunión, Largo Caballero rechazó una vez más la participación socialista y sólo dio su visto bueno a un gobierno republicano bajo la condición de que licenciara a todos los soldados y procediera a repartir armas a los sindicatos. Azaña confió entonces la presidencia a su amigo José Giral, que formó un gobierno exclusivamente republicano, dispuesto a cumplir la exigencia de repartir armas. Más de un año después, en noviembre de 1937, cuando visite los frentes de Madrid, Azaña reconocerá el «sacrificio de aquellos republicanos que en los días más terribles de la rebelión tomaron sobre sí la gobernación del Estado y el empeño de reconstruirlo»; un sacrificio, añadió, que «ningún español sabrá agradecer nunca bastante, como no sea yo, que lo conozco por dentro»[559].

Hasta la noche del 23 de julio, el presidente de la República no salió del mutismo y de la reserva a los que, según dijo, se sentía obligado por su función presidencial, aunque no hay que descontar la parte que el cansancio, las noches sin dormir, la angustia por lo que se echaba encima, la reiterada constatación de las faltas de asistencia a su propósito de formar un gobierno de unidad nacional frente a la rebelión, hayan podido tener en este prolongado silencio. Habló, por fin, recordando su deber, en una alocución por radio dirigida a todo el pueblo español. Fueron palabras de aliento y gratitud dirigidas a los que defendían la causa de la República, de rotunda reivindicación de su legitimidad, de condena sin paliativos de sus agresores, de compromiso personal con su defensa, y de esperanza en el triunfo. Azaña recurrió por vez primera a la imagen que luego se hará común en mítines políticos, en romances anónimos, en representaciones teatrales: el pueblo español, heredero de aquel otro pueblo que opuso a los ejércitos de Napoleón una heroica resistencia, estaba escribiendo en aquellos momentos, «en circunstancias maravillosamente parecidas a las de entonces», la epopeya de su libertad.

La nitidez de la condena y la esperanza en la victoria corrían paralelas a un desgarro interior que muy pronto afloró a la superficie: quienes le habían visitado unas semanas antes y volvían ahora para charlar de nuevo con él comprobaron un rápido envejecimiento, una acusada palidez en su rostro, un evidente cansancio, un temblor de emoción en la voz cuando evocaba las atrocidades de los insurgentes y el sacrificio del pueblo, aunque hablara sin rencor y sin mostrar ningún ánimo de venganza[560]. Desde los primeros días de agosto, cuando se hizo evidente que Francia y Gran Bretaña no venderían armas al legítimo gobierno de la República, Azaña era ya un convencido, no de que la República fuera a ser derrotada, sino de que, abandonada por las

potencias democráticas, nunca podría ganar aquella guerra. «¡Nos dejan solos!» lamentó ante Corpus Barga, que lo encontró al lado de un catalejo que apuntaba a la Casa de Campo, «los pocos pelos de arriba despeinados, las arrugas indecisas de una faz mal forrada, lívida, los ojos vagando sin mirada, el cuerpo apesadumbrado de ave que quiere y no puede volar»[561].

Sola, la República no podía ganar: fruto de esa convicción fue su obsesiva insistencia en la urgencia de que las potencias democráticas, y de manera especial Francia, de la que tanto y tan en vano esperó durante aquellos días, percibieran lo que estaba en juego en la guerra de España, que de cuestión meramente interior había pasado a adquirir, con la asistencia militar de las potencias totalitarias recibida por los rebeldes, un alcance internacional. En sus encuentros con el escritor y socialista francés, Jean-Richard Bloch, y con varios corresponsales de prensa extranjera, insistió una y otra vez en que la derrota del gobierno de la República española significaría la derrota no sólo del Frente Popular en Francia sino de la democracia francesa. «Lo que se juega ahí abajo, en la sierra, no es sólo nuestro destino, es también el vuestro», dijo a Jean Cassou cuando se hizo evidente que el acuerdo de no intervención, presentado por Francia y rápidamente aceptado por el Reino Unido, suponía en la práctica el bloqueo de armas para la República sin impedir un continuo suministro para los rebeldes.

La soledad de la República, su abandono por las potencias democráticas ante la flagrante violación de los acuerdos de no intervención por parte de Alemania e Italia, se sumaron en el ánimo de Azaña a la insoportable experiencia de los terribles sucesos del 22 de agosto en la cárcel Modelo de Madrid. Allí estaban presos algunos de sus amigos políticos de otros tiempos, muy particularmente, su antiguo jefe Melquíades Álvarez, con quien tantas horas había departido, cuando el asalto de la cárcel por una multitud acabó con sus vidas. Desesperación y horror, abatimiento y vergüenza, retraimiento invencible y repugnancia: tales fueron sus sentimientos cuando tuvo noticia de lo ocurrido. Y como conclusión lógica: veleidades de dimisión. Pasó toda la noche sentado, con las manos sobre la cabeza, en el salón de Gasparini y a la mañana siguiente, trastornado por la cantidad de sangre derramada también en la zona leal, quiere abandonar. Su cuñado, que había regresado de la gira emprendida en el mes de enero como director escénico de la compañía de Margarita Xirgu, llamó a Ángel Ossorio para que viniera a hablar con el presidente, abatido por completo y decidido a dimitir. Ossorio evocó ante él la lógica de la historia, la mayor culpa de quienes desencadenaron esa oleada de crímenes, la necesidad de cumplir con el deber. Azaña se enfurece ante estas

razones, pero la misma expresión de su furia y de su repugnancia le tranquiliza[562]. Continuará en la presidencia, pero desde ahora una segunda convicción se arraiga en su ánimo: la indisciplina, el desorden interno, la aparición de multitud de poderes locales autónomos, el afán por las llamas purificadoras, será el segundo gran enemigo, tras la defección de Gran Bretaña y Francia, que se cruce en el camino de la República.

«Yo también hubiese querido morirme aquella noche o que me mataran», dirá unos meses después, por medio de Garcés, su otro yo de 1904 convertido en 1937 en personaje central de *La velada en Benicarló*. En esta misma obra, puso Azaña en boca del doctor Lluch un recuerdo que refleja quizá una nueva y terrible experiencia personal, la que más contribuyó a su abatimiento de ánimo y a su inclinación a retirarse, a dimitir. Fue durante las semanas que pasó en el Palacio Nacional, cuando se fusilaba en la Casa de Campo y en las tapias cercanas: «una noche, a fines de agosto, mientras de codos en la ventana de mi cuarto tomaba el fresco, sonaron en el cementerio tres descargas», dice Lluch; de allí a poco, el médico oyó un gemido que creció hasta ser alarido, intermitente, desgarrador; no pudo convencer a nadie para que recogiera al moribundo, todo lo más enviar un recado a la alcaldía para que alguien se hiciera cargo de él. «Pasó el tiempo, ¡tac, tac! Dos tiros en el cementerio. Dejó de oírse el gemido». Es indudable que Azaña —aficionado desde muy joven a contar las experiencias de su propia vida por medio de diálogos en los que varios personajes de ficción cruzan y enfrentan sus propios sentimientos y razones— sintió que algo se desmoronaba en su interior cuando pudo comprobar que la crueldad y la venganza, «hijas del miedo y de la cobardía», dominaban también en su propio campo.

Desde el primer momento de la guerra, Azaña había sido un crítico severo de lo ocurrido en la República como respuesta a la rebelión militar, que definía como impotencia para reemplazar un orden antiguo por un nuevo orden revolucionario. Lo que muchos llamaban revolución no era para él sino «abundancia de desorden», inevitable cuando la revolución carece de contenido político, de pensamiento, de autoridad, de plan, de capacidad organizadora y de eficacia con respecto a los fines que la desatan. No reprochaba a los revolucionarios que lo fueran, sino que se mostraran incapaces de llevar a término la revolución que proclamaban. Una revolución —dice también en *La velada* el mismo Garcés— necesita apoderarse del mando, instalarse en el gobierno, dirigir al país según sus miras. Lo primero que habría hecho una revolución de verdad, le dice a Pedro Corominas, hubiera sido apoderarse del gobierno. No lo ha hecho. Por falta de fuerza, de

plan político, de hombres con autoridad, se ha creado una situación propia de los alzamientos que empiezan y no acaban, que infringen todas las leyes pero no derriban al gobierno para sustituirse a él; una situación de «indisciplina, anarquía, desorden», de los que se ha derivado «la impotencia y el barullo» ante los que el nuevo gobierno no ha podido nada, sino comprobar que en todos los servicios públicos se ha producido «un derrame sindical paralizante como un derrame sinovial»[563].

En estas circunstancias, la República sólo cosechó durante las primeras semanas desastres en el exterior y retrocesos continuos en el interior. En el exterior, Francia y Gran Bretaña persistían en la no intervención, mientras Alemania e Italia acudían sin ningún disimulo en ayuda de los rebeldes. En el interior, las milicias se mostraron inservibles para la batalla en campo abierto y no pudieron ofrecer una eficaz resistencia a las tropas sublevadas que avanzaban desde Andalucía, por Extremadura, camino de Madrid. En los primeros días de septiembre, el presidente del Gobierno, José Giral, creyó llegado el momento de sacar las consecuencias de esta situación y decidió «entregar a S. E. el Presidente de la República los poderes que recibió de él y con ellos la dimisión de todos los ministros», añadiendo en la misma carta que debía formarse un gobierno capaz de «representar a todos y cada uno de los partidos políticos y organizaciones sindicales u obreras de reconocido influjo en la masa del pueblo español, de donde nacen siempre todos los poderes». Azaña, que consideraba a los dirigentes sindicales los mayores responsables del despilfarro de tiempo, energía y recursos, de la parálisis del gobierno y de los desastres cosechados por la República en el campo de batalla, no tuvo más remedio que aceptar como hecho consumado esta especie de transferencia de poder al líder de la UGT, aunque no era capaz de ver en Largo Caballero a un Lenin redivivo y estaba convencido de su fracaso: se hundirá, pero la República con él, dijo a su cuñado, que por esos días salía hacia Ginebra para hacerse cargo del consulado y de la secretaría permanente de la delegación española ante la Sociedad de Naciones[564].

El nombramiento de un gobierno de coalición, con seis socialistas representando a la UGT y al PSOE en los principales ministerios, cuatro republicanos en posiciones secundarias, la participación de dos comunistas por vez primera en un gobierno de Europa, y la incorporación posterior de un representante del PNV como ministro sin cartera, no detuvo el avance de los rebeldes que, a mediados de octubre, se aproximaban peligrosamente a Madrid. La tristeza y la zozobra del presidente de la República crecen en esos días, cuando al despachar con el nuevo presidente del Gobierno, anota sus

«reacciones de viejo», la falta de ideas generales, de imaginación y de energía, su incompetencia en la Administración y en el Estado y su encandilamiento por lo sindical, además de una falsa apreciación de los hechos, ese sentido realístico, ese ver las cosas tal como son realmente, que siempre consideró primera cualidad de un político y que tampoco le abandonaba en las horas de mayor tribulación. Cuando habla con Prieto, sin embargo, se siente más libre para expresar sus «angustias de conciencia» y no protesta ante las razones que le da para tranquilizarle y para obligarle a desistir de una dimisión que «equivaldría al hundimiento de la República, pues valdría a las demás naciones para desconocerla, ya que el reemplazo presidencial, dadas las circunstancias, resultaría constitucionalmente imposible»[565].

Los embajadores de Chile, México y Brasil le visitan en los primeros días de octubre para tratar cuestiones relacionadas con el derecho de asilo. Azaña les dice que no sólo es partidario sino que vería con agrado que el jefe de los rebeldes se encontrara asilado en alguna embajada. «¿Para tener un enemigo menos?», le preguntó el embajador de Chile. «No, señor embajador, para salvar una vida más», contestó el presidente, que no podía soportar la vecindad de tanta muerte y que alguna gestión personal realizará en breve para «librar a [José Antonio] Primo de Rivera del asesinato que iban a perpetrar algunos fanáticos de Alicante»[566]. El 18 de octubre, por la mañana y acompañado por Prieto, Negrín y Giral, asiste en un cine de la Gran Vía de Madrid al estreno de *Marineros de Cronstadt*, una muestra más de la creciente importancia que el Partido Comunista asume en el aparato de propaganda para la preparación de la defensa de Madrid. Largo Caballero convoca reunión urgente del gobierno, que adopta el acuerdo de que el presidente de la República salga de Madrid con dirección a Valencia. Azaña no lo duda: ese mismo día emprende el viaje por carretera y llega a la una de la madrugada a Benicarló, donde pernocta para reemprender viaje la mañana siguiente a Barcelona, cumpliendo la indicación que le hace llegar el presidente del Gobierno por medio de Giral, ministro sin cartera, que le acompaña. Recibido el día 19 por el presidente de la Generalitat, y sorprendido por no encontrar a los ministros, su viaje se presenta al público como la primera de una «serie de visitas oficiales a las nacionalidades ibéricas que luchan por su libertad». Dos días después, la visita oficial se convirtió en residencia permanente. Tras pernoctar los primeros días en la Casa dels Canonges, Azaña estableció su residencia y despacho en el Palacio de la Ciudadela[567].

Una preocupación le domina durante los primeros días de su estancia en Barcelona: si cae Madrid, no será posible continuar la guerra, sólo quedará margen para «humanizar la paz». Dominado por este sentimiento, mantiene el día 24 de octubre una entrevista con el rector de la Universidad de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, que es de los primeros en acudir a saludarle porque se dispone a marchar a Edimburgo. Azaña aprovecha la ocasión para encomendarle «una misión cerca de los embajadores en Inglaterra y Bélgica, Pablo de Azcárate y Ángel Ossorio». La misión, como el mismo Bosch Gimpera afirma, no consistía en «instrucciones concretas dadas de espaldas al gobierno de la República» sino en informar a los dos embajadores de la opinión del presidente ante la crueldad de la guerra y el difícil triunfo de la República debido a la ayuda de Hitler y Mussolini recibida por los insurgentes. Azaña pensaba, y así lo comunicó Bosch Gimpera a los embajadores, que en aquellas circunstancias sólo una mediación británica podría poner fin a la guerra de manera que, en el futuro, los españoles decidieran libremente el régimen que prefirieran. Los embajadores le dijeron que, dado el ambiente favorable a la sublevación en Inglaterra y en Bélgica, consideraban muy difícil cualquier intento de mediación. Y en ese punto acabó la primera escena de esta historia que volverá a emerger a la superficie cada vez que la ocasión se presente y, a veces, aunque no se presentara ocasión alguna[568].

Un día después de firmar las cartas a Azcárate y Ossorio, el domingo 29, Azaña, «fresco, bien conservado y de buen humor», fue de excursión a Montserrat, donde le recibió el comisario de la Generalitat en el monasterio, Carles Gerhard, que vio en él a un hombre «una mica fort, massis, amb un gran cap ben assentat sobre les espatlles amples, ample front, cabell gris al voltant de la testa, mirada una mica inexpressiva, llevat de quan riu o de quan polemitza, i una pallidesa del rostre i de la calba realmente impressionants». Azaña ya había visitado Montserrat, «debía ser entonces ministro o jefe de gobierno», escribe Gerhard, y se contaba de él que cuando el padre abad le mostró, en el museo, la maqueta del templo de Jerusalén y le iba dando el nombre de todas las puertas, le interrumpió preguntándole: «Y diga usted, padre, ¿podría indicarme cuál es la puerta por donde Jesucristo expulsó a los mercaderes?», una anécdota a la que Gerhard no daba mayor crédito por lo que tenía «de agresivo y descortés, defectos que no se dan en el señor Azaña». Ahora, en esta nueva visita, ya no había frailes y al señor Azaña le acompañaba el séquito de sus más cercanos colaboradores: Cándido Bolívar, Santos Martínez, los comandantes Parra y Viqueira, Sindulfo de la Fuente y

Carlos Renzo, habilitado de la Casa Presidencial, además de su cuñado Cipriano y de su mujer, Lola, que había regresado de Ginebra el día 24 y que le pareció a Gerhard «toda fina, toda grácil, como una novia de 20 años»[569].

Extasiado ante el panorama que desde la abadía se divisaba, Azaña dijo al comisario de la Generalitat que de buena gana cambiaría el cargo por el suyo. No llegó a tanto, pero el jueves, 2 de noviembre, día de difuntos —como recuerda el mismo Gerhard—, un Azaña de aspecto muy distinto, «envejecido, abatido y amargado», se instalaba en el monasterio. Y allí fue donde le llegó la peor noticia que, en semejante estado de ánimo, podía recibir. La CNT había dado por concluido el debate sobre su incorporación al gobierno, reclamando cuatro ministerios, y Largo Caballero había accedido a concedérselos, nombrando a un destacado dirigente de la FAI, Juan García Oliver, titular de Justicia. Unos días antes, Azaña había recibido en Barcelona, por indicación de Companys, a una delegación de la CNT de Cataluña, integrada por Juan p. Fábregas, consejero de Economía de la Generalitat, Mariano Rodríguez Vázquez, secretario del comité regional, y Antonio García Birlán, consejero de Sanidad, que venían a pedirle la entrada de la CNT en el gobierno con el mismo número de ministerios que el sindicato socialista. Prometió transmitir ese deseo al gobierno y dio instrucciones a Giral sobre el modo de resolver el asunto. Poco después, una delegación del comité nacional de la CNT se desplazó a Barcelona para solicitar formalmente la incorporación de la organización sindical al gobierno de la República. Encabezada por el secretario del comité nacional, Horacio Martínez Prieto, e integrada por los representantes de las federaciones regionales del Centro, de Levante y de Cataluña, la delegación no fue recibida por Azaña pero obtuvo lo que buscaba: Giral, encargado de atender a los delegados, «reconoció que la CNT debía estar representada equitativamente y prometió cuatro ministerios», los mismos que la UGT. Los sindicalistas no pidieron más, pero tampoco aceptaban menos, y Horacio M. Prieto regresó a Madrid «habiendo obtenido el consentimiento del jefe del Estado» para que la CNT se incorporara al gobierno, política que había defendido ante varios plenos nacionales de la CNT desde el mismo momento en que volvió a hacerse cargo de la secretaría del comité nacional[570].

Fue el mismo Giral, ministro sin cartera, quien llamó al atardecer del día 4 para anunciar al presidente la solución definitiva de la crisis. Azaña le contestó muy enérgico que no era eso lo que le había encargado un día antes. Giral responde que era muy diferente «arreglar los dos desde Montserrat que encontrarse en Madrid». Los nuevos ministros anarquistas eran Juan Peiró,

Juan López, Juan García Oliver y Federica Montseny, que representaban, según Horacio M. Prieto, un equilibrio de fuerzas entre la CNT y la FAI. Azaña intentó, cuando ya todo estaba más que hablado y decidido, que no hubiera ministros de la FAI y que «quiten a Oliver» o, en caso contrario, que le dieran por escrito las razones de su incorporación: «¿Cómo quedo yo?, ¿qué papel hago yo ahora?», preguntó exasperado a Giral. «No me avengo con esto, no paso por ahí»[571]. Habló también con Largo Caballero, que le confirmó la publicación del decreto. Protestó Azaña cuanto pudo, pero sólo para tropezar con la inamovible determinación del presidente del Gobierno, ratificada en una carta, «anodina y taimada», que le dejó abatido. Largo Caballero se limitaba a confirmar por escrito los términos de la conversación telefónica: «si se había visto en el trance de pedir autorización para publicar los decretos designando a los nuevos ministros, sin esperar a que estuvieran firmados, se debía sólo y exclusivamente a la urgencia del caso». Y en cuanto a los nombrados, le hacía constar que habían sido designados libremente por su organización y que él, Largo, «los había aceptado siguiendo el mismo criterio que observé con los partidos políticos, es decir, que todos los ministros del gobierno han sido propuestos por los partidos y organizaciones que representan», práctica habitual cuando se trata de gobiernos de coalición: no era el presidente del Gobierno el que elegía a sus ministros, sino los partidos y sindicatos quienes los nombraban. Al presidente de la República no le quedaba más remedio que admitir el hecho consumado y firmar los decretos después de haber sido publicados[572].

Adversario de encomendar a organizaciones sindicales la dirección del Estado y de la política, la respuesta de Largo y la seguridad de que García Oliver sería desde ese momento ministro de Justicia de la República le hicieron pasar una «noche trágica» en la que adoptó la «resolución de abandonar», convencido como estaba en esos momentos de la inminente caída de Madrid y de que en quince días estarían igual en Montserrat, preparándose para «salir pitando a lo menos hasta París». Sin ninguno de sus más cercanos amigos a quien recurrir, llamó por teléfono a Carles Pi i Sunyer, alcalde de Barcelona, que acudió de inmediato a verle y lo encontró «deshecho, con la moral en ruinas». «Hasta aquella inteligencia suya tan brillante» le pareció ahora «opaca, medio apagada». Le dijo que quería marcharse, salir de España, renunciar a la presidencia de la República. Amargado y profundamente disgustado por la actitud contemporizadora de la Generalitat con la FAI —como había apreciado Carles Gerhard en su primer encuentro—, Azaña se veía ahora obligado a refrendar contra su voluntad los nombramientos,

publicados en la *Gaceta* antes de que el presidente del Gobierno hubiera sentido no ya la cortesía sino la obligación de comunicárselos. Estuvieron largo rato de charla y cuando, ya muy tarde, Pi i Sunyer se retiró, Azaña «parecía conformado a no abandonar el cargo al que lo había atado el destino»[573].

No le resultó fácil. En agosto de 1936, cuando se hizo patente la crueldad de la guerra; en noviembre, cuando tuvo que aceptar a los sindicalistas en el gobierno; pero también en mayo de 1937, cuando reconoce que su moral se ha quebrantado; y en marzo y, otra vez, en agosto de 1938, cuando es ya evidente la imposibilidad de triunfo, siente la tentación de abandono, pero siempre la rechaza. Y esto es lo que necesita explicación, que haya permanecido en la presidencia; no el abatimiento, la repugnancia, la indignación, el horror o el miedo que le produce ser testigo de la destrucción y la muerte y del derrumbe del Estado republicano, que él había identificado con la libertad y el imperio de la ley, sino que sintiendo todo eso como una quiebra de lo que él era y representaba permaneciera en la presidencia. Quedarse no fue lo normal entre quienes pensaron que la guerra había escindido a los españoles en dos bandos irreconciliables y que nada tenían que hacer en esa lucha. Desde septiembre de 1936 era evidente que la República no estaba ante un pronunciamiento tradicional, sino ante una rebelión militar que, adueñándose sólo de una parte del territorio, había desencadenado una contrarrevolución y una revolución e iniciado una guerra larga en el tiempo e incierta en el resultado. Muchos, y muy cercanos a Azaña por su biografía, su formación, sus gustos y su clase social, no se sintieron capaces de optar por la rebelión ni por la defensa de aquella República y abandonaron la partida, algunos con la pretensión de situarse en una ilusoria tercera España que no sería la de los rebeldes ni la de los leales sino una especie de reserva para el futuro.

Azaña no sólo permanece en su cargo sino que cuando oye que España se ha dividido en dos bandos feroces, que ninguno de ellos podrá ganar y que algún día, cuando así se reconozca, se encargarán de gobernar los que se mantienen lejos, siente que le penetra «el espíritu intransigente del miliciano», como dice el médico Lluch a un amigo que encuentra en París. Y fuera de la ficción, conversando con Ángel Ossorio, singular católico que permaneció hasta el fin leal a la República, le dice: todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo y algunos engañándome. Se han marchado, incumpliendo su obligación de servir a la República, porque daban todo por perdido o por miedo a los rebeldes o a los revolucionarios. Y todavía

reprochará duramente a Claudio Sánchez Albornoz su errada conducta y deplorable ejemplo cuando pretendió justificarse por la masa de republicanos que encontró en París[574]. Incluir a Azaña en esa tercera España a la que no habría podido sumarse hasta el final de la guerra por haber caído prisionero de los comunistas es una falacia: siempre rechazó la idea de una fantasmagórica tercera España y se quedó en la que había porque así lo decidió libremente.

Se quedó, pero no sin grandes vacilaciones y amarguras interiores que al final cedieron ante las poderosas razones, políticas y morales, que le determinaron a quedarse. De las que él mismo explicita, la primera fue su claro y contundente repudio a la rebelión, que definió desde el principio como una agresión sin ejemplo, como horrenda culpa, un «crimen no de lesa patria, sino de lesa humanidad», echando en cara a sus responsables el delito de haber desgarrado el corazón de la patria. Nunca encontró justificación ni explicación alguna para ese delito: «aunque hubiesen sido ciertos todos los males que se cargaban a la República no hacía falta la guerra. Era inútil para remediar aquellos males. Los agravaba todos, añadiéndoles los que resultan de tanto destrozo»[575]. La segunda, tantas veces evocada, fue su respeto por los combatientes. Siempre manifestó, en público y en privado, admiración, gratitud y respeto hacia quienes sacrificaban su vida en el combate por la República. De las dos cosas respetables y hasta sagradas que suceden durante la guerra, una es «el sacrificio de los combatientes que arrostran la muerte o la padecen abnegadamente»; me aguanto —dirá a Negrín en abril de 1938— por «el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable». Lo demás vale poco. En fin, la tercera razón de su permanencia es la causa misma de la República, aunque en este punto tampoco se llama a engaño sobre el futuro: jamás compartió la euforia de las primeras semanas de revolución. Desde el primer momento se mostró desolado por el hundimiento del Estado y descorazonado por el futuro de España. Pero la República era la ley, el orden, la convivencia, la democracia y a esos valores había entregado su vida[576].

Abatido y resignado vivió Azaña durante este último tramo de 1936. Ante Martínez Barrio, que viajó a Barcelona en los primeros días de noviembre para invitarle sin éxito a ir a Valencia, hablar en las Cortes y mantener alguna reunión con el gobierno, insistió en sus conocidos argumentos para emprender gestiones diplomáticas con el propósito de poner fin a la guerra por la vía diplomática, una opinión que en modo alguno ocultaba nunca a sus interlocutores. Es seguramente lo que también dice en la reunión que el 17 de noviembre, en plena batalla de Madrid, mantiene en Benicarló con Martínez Barrio, presidente de las Cortes, con Largo Caballero, presidente del

Gobierno, y con Lluís Companys, presidente de la Generalitat. Pero, convocada por la «necesidad de prepararse ante la catástrofe y decidir la línea de conducta», esta reunión de los cuatro presidentes no conduce a nada y parece haberse limitado a un mero cambio de impresiones. El retiro en la montaña, y la soledad de alguien acostumbrado desde joven a los paseos y las tertulias nocturnas, se le hace cada vez más duro: «Montserrat: reclusión y tristeza», es todo lo que apunta en sus notas. Es verdad que cada tarde baja de la montaña a su despacho en Barcelona, pero nadie puede entender que el presidente de una República en guerra viva encerrado, separado del gobierno, sin comunicación directa con los responsables de la política y de la guerra.

Menos que nadie, y con más confianza para decírselo directamente y sin tapujos, lo entendía Ángel Ossorio que, con ocasión del nuevo año, le envió una carta en la que le expresó su deseo de que hablara y saliera de Montserrat para residir «habitualmente en Valencia con su gobierno y, rebañando hasta las últimas posibilidades, se traslade usted a los varios frentes, a fin de que el mayor número posible de combatientes le vea y le escuche». Ossorio le manifestaba su preocupación por la «volatilización de los republicanos» y, aunque comprendía que Azaña tuviera el espíritu «sobradamente amargado» por las muchas cosas malas que estaban ocurriendo, le recordaba que las buenas y aún alegres eran mucho mayores en número y volumen. El conjunto español estaba sufriendo transformaciones trascendentales y a Azaña le había tocado presidir todo aquello. La presencia física, la palabra, los escritos, la expresión fisionómica debían contribuir a mostrar esa realidad. «En cualquier parte puede estar el Jefe de un Estado que guerrea menos en un Monasterio», le escribía, cargándose de razón. No podía ser que el presidente de la República viviera recluido, dando pábulo a los rumores que le consideraban secuestrado por los anarquistas. «Que sí, Manolo, que de ti están descontentos, porque vas muy poco por allá», le dice también Rivas Cherif desde Ginebra en una de las muchas conversaciones que mantienen por teléfono[577]. Había que salir, ir a Valencia, hablar, visitar los frentes.

22. UN PLAN DE MEDIACIÓN

Fue lo que al fin comprendió cuando iba mediado el mes de enero de 1937 y decidió salir de su inactividad y de su mutismo para pronunciar un discurso en el Ayuntamiento de Valencia. Madrid, contra todo pronóstico, había resistido; los frentes parecían estabilizados; la presencia de fuerzas extranjeras, ejércitos y aviación italianos y alemanes del lado rebelde, brigadas internacionales, del republicano, estaba a la vista de todos. La guerra se presentaba larga y costosa, en vidas y en bienes; y de ser una cuestión interna, una guerra de fusiles y pistolas, en la que militares africanistas, actuando como un ejército de ocupación colonial, se enfrentaban a un pueblo en armas, campesinos y obreros en primer lugar, una guerra civil española, se había convertido en una guerra entre cuerpos de ejércitos, con tanques y aviones, «primer acto de una nueva Gran Guerra» no declarada oficialmente. Azaña fue de los primeros, si no el primero, en verlo: si la República perdía la guerra, Francia e Inglaterra perderán la primera «campaña de la guerra futura», había dicho a sus visitantes extranjeros desde los primeros días de agosto y repite ahora, por medio de uno de los personajes del diálogo sobre la guerra que ya bulle en su cabeza cada vez que baja a Benicarló a mantener entrevistas con políticos republicanos y que escribirá pocas semanas después[578].

Pero su arraigada convicción de que en España se estaba jugando el destino de Europa no le impide reafirmar, cuando pronuncia su primer discurso en Valencia, que aquella guerra era, en su origen, «un problema de carácter nacional español, un problema interno de la política española»: una rebelión de gran parte de las fuerzas armadas de la nación contra un Estado que responde a la agresión cumpliendo con su deber. Hacemos una guerra terrible, añade, recordando quizá los motivos de su francofilia, pero «nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen». Y así habrían querido los republicanos que se hubiera mantenido, como un «problema de orden nacional interior», pero la rebelión militar ha ascendido a «la categoría de grave problema internacional», por su origen marroquí y por los contingentes armados que «ciertas potencias extranjeras» prestan a los rebeldes. España,

afirma, es una nación invadida; el pueblo español, que resistió a la agresión militar, lucha ahora, en sentido estricto, por su independencia nacional. Por otra parte, esos contingentes armados de potencias extranjeras, además de servir de ayuda a los rebeldes, rompen el equilibrio europeo: Francia e Inglaterra no pueden permanecer impasibles ante un triunfo de Alemania e Italia en España. Algo tendrán que hacer. En modo alguno pretende que entren en la guerra, del lado de la República, generalizando así el conflicto a toda Europa; sino que salgan de su pasividad, acaben con la política de no intervención y obliguen a Alemania e Italia a suspender su ayuda a los rebeldes porque, faltos de ella, los rebeldes no podrán continuar la guerra[579].

Esa activa intervención de las potencias democráticas ¿se dirigirá a restablecer la República si algún día la paz volviera a instalarse en España? No es eso lo que dice ni prevé. Su plan, que expondrá al gobierno y que llevará muy pronto ante el Foreign Office, consiste en que se negocie, bajo presión internacional, una suspensión de armas entre los combatientes. Suspensión de armas no es un mero eufemismo por armisticio, aunque algo de eso también haya en el cuidado para dar con las palabras adecuadas: Azaña no contempla en el invierno y la primavera de 1937 una mediación internacional que conduzca a la firma de un acuerdo entre las dos partes en guerra, lo que implicaría un reconocimiento formal del enemigo; lo que propone es que cesen las hostilidades con objeto de facilitar la salida de combatientes extranjeros y que se aproveche esa especie de tregua, no declarada de modo solemne y oficial, para facilitar la reanudación de relaciones familiares y comerciales entre las dos zonas y preparar, para un futuro indeterminado y bajo supervisión internacional, la convocatoria de un plebiscito que permita al pueblo español pronunciarse por el régimen que desee.

Sin presentar ningún programa político o social, interesado sobre todo en la dimensión internacional de la guerra, pero destrozado por la pérdida que para España significaba su prolongación, Azaña imprime hacia el final de su discurso el giro hacia su propio e íntimo sentir, las dos pasiones que guiaron su vida pública, la pasión española y la pasión de la libertad, para manifestar, de manera algo críptica, su esperanza en el restablecimiento de la paz, aun en el caso de que la República no fuera el régimen que los españoles quisieran darse: «Pienso en ese día. No sé cuál será el régimen político español. Será el que el pueblo quiera darse». Un testigo de excepción, Juan Gil Albert, recordará la emoción que embargó a sus oyentes cuando después de esas palabras evocó la paz que pondría fin a las desventuras del pueblo español: «Su palabra parlamentaria, siempre correcta, pero tachada de glacialidad,

acusada de desdeñosa, adquirió aquel día, como si hasta en él se hubieran resquebrajado los cortezones del oficio, los acentos de un calor que tenía mucho de amargo. Fue un discurso prócer y españolísimo que escuchamos, como quien dice, de pie, cual si detrás del arte de la oratoria se nos hubiera revelado, como sucede a través de una pintura ejemplar o una sinfonía inspirada, la vida, la vida de un hombre, y lo que resulta más augusto, la vida de un país. Y cuando Azaña terminó diciendo, con un imperceptible quebranto en la voz: "Vendrá la paz y vendrá la victoria; pero la victoria será una victoria impersonal: la victoria de la ley, la victoria del pueblo, la victoria de la República"; entonces, digo, todos sentimos, como escribió Ángel Gaos en nuestra revista, como si el dolor majestuoso del pueblo destrozado cayera sobre nosotros. A mi lado, María Zambrano musitó como una niña: "¡Don Manuel, don Manuel!". Tenía los ojos húmedos»[580]. Don Manuel había terminado su discurso: «Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España».

Después de bajar a Valencia, don Manuel ya no permaneció muchos más días en Montserrat. Un problema de abastecimiento de gasolina para sus diarios desplazamientos de ida y vuelta a Barcelona, acompañado de una no desdeñable comitiva, agrió la relación con el comisario de la Generalitat, siempre extremadamente cortés en su trato con el presidente. Azaña se había cansado de la reclusión y decidió residir en Barcelona, donde comenzó a respirar de otra manera, como si el discurso de Valencia le hubiera ayudado a reencontrarse consigo mismo, desde los primeros días de febrero. Viaja a partir de ese momento con más frecuencia a Valencia, sede del gobierno, nueva capital de la República; se entrevista con embajadores y con ministros; habla con Largo Caballero. A todos trata de convencerles de lo que comienza a llamar «mi plan», que resume a Luis Araquistain, embajador de la República en París, en una larga conversación mantenida en Barcelona el 2 de febrero: bloqueo de armas y de contingentes; reembarco de combatientes extranjeros, suspensión de armas. A Araquistain le parece muy buena idea y Largo Caballero le muestra su conformidad en una posible negociación sobre Marruecos y en el positivo efecto que para la guerra pudiera tener el reembarco de extranjeros. Álvarez del Vayo, ministro de Estado, a quien no le había gustado nada ese plan cuando se lo expuso por vez primera en diciembre, ahora lo acepta. Pero si esto es así cuando mantiene conversaciones personales, las actitudes cambian cuando se trata de impulsar una «actividad diplomática más viva». Mudez y defecciones es todo lo que

encuentra en el consejo de ministros celebrado en Benicarló el 19 de febrero. Luego, persistente en su empeño, Sánchez Román y Besteiro lo aprueban; Prieto, que es en este gobierno ministro de Marina y Aire, lo estima irrealizable e inútil; Araquistain lo recibe con una mueca de extrañeza y Vayo le dice que no encontrará gobierno para llevarlo a cabo.

De manera que el presidente de la República no actuó de espaldas al gobierno —como es corriente afirmar, trasladando al invierno y a la primavera de 1937 lo que ocurrirá en el verano y otoño de 1938— en su propósito de buscar la intervención de Reino Unido y Francia para forzar la suspensión de armas, clave de bóveda que sostenía todo su plan. Pablo de Azcárate, que pasó dos semanas en Valencia y se entrevistó con Azaña, con Largo Caballero y con Álvarez del Vayo, informó el 1 de marzo de 1937 de manera muy confidencial, de paso para Ginebra, a la Dirección política del Ministerio de Asuntos Exteriores francés de las instrucciones recibidas. Eran muy claras, pero nada monstruosas ni anticonstitucionales, como luego dejó escrito: que la retirada de las tropas extranjeras fuera total y se realizara lo antes posible; y que, para conseguirlo, se estableciera «una suspensión de armas». El gobierno estaba convencido de que si cesaban las hostilidades, ya no se reanudarían. Para realizar esta retirada, aseguró el embajador de la República a sus interlocutores del Quai d'Orsay, el gobierno español estaba dispuesto a aceptar todas las formas de control que fueran necesarias. Una comisión militar internacional debería tomar las cosas en su mano y organizar la evacuación. Si esa retirada de voluntarios se llevara a cabo, insistió Azcárate, todos estaban convencidos en Valencia de que se acompañaría de una suspensión de armas, pero no por eso tendría que haber negociación entre gubernamentales y rebeldes, ni mediación entre ambos, ni armisticio, ni nada en lo que pudieran intervenir los generales. Azcárate subrayó con fuerza que en esta cuestión el gobierno era unánime y que el presidente de la República, con quien había hablado, compartía esa manera de ver[581].

Realmente, no es que el presidente de la República la compartiera; es que ésa era su manera de ver, ése era su plan. El que lo compartía, al menos en marzo de 1937, era el gobierno, desde que en diciembre recibiera una propuesta de mediación franco-británica, y el mismo Azcárate, que se lo presentó a los franceses, por más que luego no lo recuerde. Azaña venía exponiendo su plan, desde que el golpe de Estado se transformó en guerra civil con intervención extranjera, ante todo el que quería oírle y, cuando el plan llegó por vez primera a los ministerios del Exterior británico y francés, fue por medio de diplomáticos que habían recibido del gobierno instrucciones

en ese sentido. A principios de marzo de 1937 no se trataba ya, como a finales de octubre de 1936, de un catedrático de universidad que visita a unos embajadores para transmitirles en sendas entrevistas privadas la opinión de un presidente desolado, con el propósito de que sondeen el estado de ánimo de los responsables británicos y belgas en relación con la guerra de España y su posible fin por una mediación; sino de un embajador que ha recibido instrucciones de su gobierno para presentar una propuesta de suspensión de armas ante gobiernos extranjeros. Que el plan fuera o no oportuno, útil, realizable, es una cosa; que la iniciativa fuera anticonstitucional y tramada como una especie de conspiración de espaldas al gobierno, es otra que difícilmente se sostiene en la documentación diplomática disponible.

El plan de «suspensión de armas» fue, para Azaña, el acicate del que hasta entonces había carecido para abrir los oídos a lo que estaba ocurriendo en el interior de la coalición de fuerzas que gobernaba la República y escudriñar la posibilidad de volver a desempeñar un papel activo en la definición de la política republicana. Mientras escribía en Barcelona los diálogos que le inspiraban sus veladas en Benicarló con dirigentes republicanos, socialistas y comunistas, el presidente de la República percibió que la línea por la que se podía romper el gobierno y abrir la crisis discurría entre sindicatos y partidos, no entre guerra y revolución. En los apuntes de 3 de febrero de 1937 anota ya: «pensamiento de futura coalición comunista, socialista y republicana», o lo que era igual: gobierno de coalición de partidos políticos con los sindicatos fuera. Y esto, más que el debate guerra/revolución, fue lo que comenzó a aflorar a la superficie tras la caída de Málaga y la incapacidad del gobierno para conseguir resultados positivos en el plano militar. Largo Caballero, no tan taimado políticamente como Azaña pudo pensar al recibir su carta en Montserrat, le puso sobre aviso en el encuentro que mantuvieron el 19 de febrero en Benicarló cuando le comunicó la posible demanda de la CNT de formar un nuevo gobierno con las dos sindicales y todo lo más «algunas gotas de los partidos». A mediados de marzo mantuvo Azaña una conversación con José Díaz y Pasionaria, que le expresaron la posición de los comunistas «contra las sindicales» y contra la política de Largo Caballero en Guerra, donde habría que sustituirle, aunque no se opondrían a su continuación como presidente de un gobierno con menos ministros. Lo mismo, en sustancia, le dijo el embajador de la República en Moscú, Marcelino Pascua, trasmitiéndole unas reflexiones de Stalin: no se tomaba la guerra en serio y no había disciplina militar. Pascua compartía las dudas sobre la capacidad de

Largo como ministro de la Guerra y también se manifestó «contra el proyecto de gobierno sindical»[582].

La crisis, anunciada en marzo y que le parecía «sorda» a mediados de abril, resultará clamorosa a partir de la «insurrección anarquista» en Barcelona en los primeros días de mayo de 1937. Cuando comenzó la lucha en la calle, el presidente de la República se encontró aislado por completo del gobierno y privado de la libertad necesaria para el ejercicio de su función. A través de su gabinete telegráfico pretendió de forma reiterada e insistente establecer contacto con el presidente del Gobierno, entonces en Valencia. Largo Caballero, ocupado en negociar con los dirigentes de la CNT una salida al conflicto, no encontró tiempo o no juzgó necesario acudir a los requerimientos del jefe del Estado. Fue Prieto quien atendió sus llamadas y le anunció el envío a Barcelona de dos destructores y de algunas fuerzas de aviación que llegarían por tierra. Poco después, hacia el mediodía del 5 de mayo, Azaña aseguró al presidente de las Cortes, Martínez Barrio, que «solamente una acción de gobierno rapidísima y aplastante» podría evitar que tomase aquella «determinación irreversible» que había evocado a Prieto, es decir, su dimisión como presidente de la República. Por rapidísima y aplastante acción pretendía sugerir lo que después pedirá ya abiertamente: un bombardeo de la aviación leal que despejara el camino de su residencia hasta el puerto con objeto de abandonar Barcelona. Llegó a proponer a Prieto que diera la «orden a la aviación de que bombardee el foco de la estación». Al ministro de Marina y Aire le pareció la orden «demasiado extrema a título de episódica y podría complicar las cosas». Finalmente, y después de algunas tentativas frustradas para dirigirse al puerto y embarcar en el destructor *Lepanto*, pudo salir de Barcelona, llegar al aeropuerto del Prat donde le esperaba un Douglas y volar el día 7 a Manises sin que el gobierno hubiera tenido que ordenar el bombardeo de una gran capital de su propio territorio[583].

Azaña marchó a Valencia dispuesto a ejercer de nuevo su papel como presidente de la República. El mismo día de su llegada recibió, por la tarde, a Largo Caballero que «entró en conversación como si nos hubiésemos visto todos los días o como si yo llegase de una excursión de recreo». Conteniendo la irritación acumulada por lo que juzgaba un «abandono efectivo» y una «insolente conducta», no evocó los sucesos de Barcelona porque no veía modo de que una vez iniciada la conversación sobre ese asunto pudiera salir Largo Caballero de la entrevista como presidente de Gobierno. Desde noviembre, había resuelto no relevarlo de su cargo por una decisión personal

y aún no sabía cómo hacerlo cuando lo tuvo delante aquel día de mayo. En una conversación con Giral, había podido comprobar que el acuerdo alcanzado por los tres sectores políticos que integraban el gobierno, socialistas, comunistas y republicanos, era sólido y que todos ellos formaban, como le dijo Giral, «una piña que facilitará cualquier solución». Que la piña estuviera formada y que ninguna circunstancia pudiera romperla le permitió mantener la iniciativa cuando el mismo Largo Caballero le presentó la propuesta de cesar al general Miaja. Azaña vio con toda claridad que despedir a Miaja podía crear al presidente del Gobierno algún problema con los comunistas, que aprovecharían los republicanos y los socialistas de la facción prietista para plantear la crisis.

El desarrollo de la crisis, abierta cuando los ministros comunistas abandonaron la reunión del Consejo el jueves 13 de mayo, y Prieto obligó a Largo a suspenderla, recordándole que tenía que dar cuenta de la novedad al presidente de la República, puso de manifiesto que si existía un acuerdo previo entre los partidos políticos, no ocurría lo mismo entre los dos grandes sindicatos, socialista y anarquista. UGT y CNT no habían llegado a establecer una política de unidad de acción ni a imprimir al gobierno una común dirección política. En esas condiciones, la ofensiva de los partidos políticos contra Largo Caballero no desembocó en una lucha entre partidos y sindicatos, como podía temerse, sino en el progresivo aislamiento del viejo dirigente sindical, que no contó, en el momento de la crisis, con el apoyo unánime de la UGT ni, menos aún, con el de la CNT. La distribución de carteras ministeriales que presentó al presidente de la República, cuando éste le renovó su confianza y le encargó la formación de un nuevo gobierno, parecía ideada para aumentar más su aislamiento político: no intentó formar un bloque obrero o sindical ni exploró la posibilidad de encontrar un camino intermedio que le evitara la confrontación directa con los comunistas y con los socialistas de Prieto. Quiso tener razón él solo contra los partidos sin reforzar previamente su flanco sindical y hasta debilitándolo, con la oferta de sólo dos ministerios a la CNT, los de Justicia y Sanidad.

Su propuesta fue rechazada por todos. Azaña le dijo entonces que, antes de renunciar al encargo, se proponía realizar una gestión personal cerca de los partidos de Frente Popular «para ver si obtenía una concordia». Pretendía que si, finalmente, Largo no podía formar gobierno, todos los partidos aparecieran como responsables de la decisión. Martínez Barrio, José Díaz, Ramón Lamoneda, Salvador Quemades, además de José Giral e Indalecio Prieto acudieron a la reunión, mientras Largo Caballero esperaba en el ministerio.

Habló a los reunidos sobriamente y con gravedad, y luego, uno tras otro, todos coincidieron en transigir con la continuidad de Largo en Guerra si los comunistas lo aceptaban. Azaña llamó entonces a Largo Caballero, rebotó la discusión, e hizo algunas reflexiones a José Díaz, «tal vez con más calor del conveniente». Le propuso que consultara a su comité. Astuta maniobra, pues la respuesta era previsible: el Partido Comunista no se avenía a que Largo Caballero continuara como ministro de la Guerra. «Ya no hay nada que hacer», dijo a Largo por teléfono. «Mañana por la mañana resolveré». La decisión de los comunistas, a la vista de todo el mundo, le dejaba las manos libres para proceder como mejor le pareciese. Largo no caería empujado por una decisión personal «antiobrerista» suya sino por la presión conjunta de socialistas y comunistas, con el acuerdo de los partidos republicanos y sin que la CNT moviera un dedo para salvarlo. Azaña recobraba así toda la libertad para resolver por última vez una crisis de gobierno[584].

Decir que recuperó toda la libertad es decir demasiado, porque realmente no había mucho donde elegir. Estaba claro que el futuro presidente de Gobierno no podía proceder de las filas republicanas, porque no eran ellos los que soportaban el mayor peso de la guerra y porque habría que dar en ese caso «por descompuesto e inutilizado el Frente Popular»: socialistas y comunistas no habrían accedido a ser presididos de nuevo por un republicano, una fórmula intentada y llevada a la práctica por última vez con José Giral en julio de 1936. Quedaba por completo excluido, aunque según creía el mismo Azaña «muchos lo desean», que se encargara él personalmente del poder, un despropósito en el que no habría de incurrir. Tampoco podía formar gobierno un comunista, como respondió a Largo cuando éste, en un arranque, le dijo: «¿No son ellos los que derriban el gobierno? Pues que gobiernen». No quedaban más que los socialistas, pero de éstos tampoco servían los de la facción de Largo Caballero, porque además de que era difícil encontrar entre ellos alguien a la altura de la tarea, de lo que se trataba era de limitar la presencia de los dos sindicatos, asignando un solo ministerio a la UGT y otro a la CNT, drástica reducción que nunca habría aceptado un caballerista. Quedaban, pues, únicamente los socialistas cercanos a Prieto, los que controlaban la ejecutiva del partido y habían llevado el peso de las negociaciones con los comunistas. Y entre éstos, la opción también parecía clara: el mismo Indalecio Prieto. Eso era, al menos, lo que casi todos esperaban[585].

Azaña eligió, sin embargo, a Negrín, aunque cuidando de reforzar la posición de Prieto, que recibió los ministerios militares reunidos en un nuevo

Ministerio de Defensa. Las razones, él mismo las dejó escritas y no hay motivos para no creerlas. La primera, porque no se fiaba de Prieto en la presidencia y nadie mejor que él para ocuparse de Defensa: «Estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que fuera de él no había candidato posible» —escribió en la primera entrada de su nuevo diario, tras la solución de la crisis— mientras que en la presidencia, sus altibajos de humor, sus «"repentes" podían ser un inconveniente». Azaña conocía a Prieto de antiguo, había tejido con él fuertes vínculos de amistad política y estimaba sus cualidades y su capacidad de trabajo, pero ya en 1931 había tenido que trasladarlo de un ministerio muy sensible debido a esos «repentes»: en Hacienda, Prieto podía reunir a los directores de bancos y, ante la depreciación de la peseta y la profunda crisis económica internacional, decirles que no tenía ni idea de por dónde debía seguir; para colmo, en mayo de 1936 no se había atrevido a cargar con la responsabilidad de formar el gobierno de coalición socialista y republicano que la República necesitaba. Ahora, en mayo de 1937, escribe Azaña, «me parecía más útil aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín».

Cuando le ofreció el encargo, Juan Negrín no era para él un desconocido. Quince años antes, allá por 1922, unos cuantos amigos cayeron en la cuenta de que «España estaba en una grave e imperiosa deuda» con Ramón del Valle-Inclán y decidieron ofrecerle un homenaje el día 1 de abril en el café de Fornos, de Madrid. Entre esos amigos, además de Azaña y Negrín, se encontraban Unamuno, Díez Canedo, Barcia, Jiménez de Asúa, Rivas Cherif, Bagaria, Encina, y Luis Araquistain. Casi todos estos amigos vuelven a aparecer juntos como firmantes del manifiesto que Alianza Republicana dirigió al país el 11 de febrero de 1926 con ocasión del aniversario de la República española y otra vez al año siguiente, en la celebración del mismo aniversario. Se encontraron con toda seguridad en el Ateneo, durante el crítico año de 1930, poco después de que Negrín pronunciara en la Casa del Pueblo una conferencia en la que, con gran escándalo de algún veterano socialista como Julián Besteiro, afirmó que se había incorporado al PSOE porque era el único partido republicano existente en España. Ya en el gobierno, volvieron a tratarse en la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid, de la que Negrín era secretario y Azaña presidente por su condición de jefe del Gobierno. Una mañana fría de noviembre de 1931, con mucho viento, Negrín fue a buscarle para visitar las obras en un «cochecillo minúsculo». Azaña, que en sus caminatas por los alrededores de la capital había apreciado en La Moncloa lo mejor de Madrid, no pudo ocultar su consternación al encontrarse

con «la desolación de La Moncloa destruida»: ya no quedaba nada de aquella bajada hacia el río, «bellísima, dulce, elegante». Visitan de nuevo la Ciudad Universitaria y los terrenos lindantes con El Pardo en marzo de 1932, cuando ya están en marcha los planes de acceso y extrarradio impulsados por el Ministerio de Obras Públicas en el que Prieto desplegaba toda su energía y Secundino Zuazo sus planes urbanísticos para hacer de Madrid una gran capital. Naturalmente, Negrín fue el ministro que el 13 de septiembre de 1936 le puso a la firma el decreto que autorizaba el envío a Moscú del oro depositado en el Banco de España.

Ministro de Hacienda del gobierno dimisionario, Negrín le pareció un político más completo y más idóneo que Prieto para presidir un gobierno de coalición entre republicanos, comunistas y socialistas. Pues ésta era la clave del problema: presidir un gobierno de coalición. «Si no se puede gobernar con el Frente Popular, no hay gobierno», le había dicho a Martínez Barrio cuando desechó la idea de encargarse él mismo del poder. Y Negrín tenía buenas relaciones con todas las fuerzas políticas —o no las tenía malas con ninguna — del Frente Popular. Aunque amigo de Prieto y colaborador suyo, no había sido protagonista de ningún enfrentamiento con Largo ni con la UGT o las Juventudes en 1935, el año de la discordia socialista; mantenía además buenas relaciones con los comunistas, aunque había sido el único socialista que reforzó un cuerpo armado —el de Carabineros— cuidando de que no entrara ni un solo comunista en él. Por su formación y energía gozaba de mucho aprecio entre los republicanos, que lo consideraban como uno de los más cercanos a sus posiciones políticas. Podía obtener quizá la colaboración o, en su defecto, la neutralidad del otro gran sindicato, la CNT, como así fue cuando los dirigentes de las dos organizaciones sindicales optaron por no incorporarse al nuevo gobierno con el único ministerio que a cada una de ellas ofreció el nuevo presidente. En resumen, Negrín era el único de los políticos socialistas de relieve que en mayo de 1937 no concitaba el rechazo de ninguno de los partidos ni sindicatos que formaban el Frente Popular[586].

Todo esto debió de pesar en el ánimo de Azaña para optar por Negrín. Pero la razón decisiva fue la misma que le movió a permanecer en la presidencia de la República: no veía ninguna salida a la guerra que no pasara por una mediación internacional y consideraba a Negrín el político socialista mejor dotado para esta tarea. Hasta entonces, la política de Azaña no tuvo más empeño, en el interior, que reconstruir el Estado, limitando el poder de los sindicatos y reforzando el ejército, con el propósito de convencer, en el exterior, a Francia y Gran Bretaña de la necesidad de imponer algún tipo de

suspensión de armas tras un acuerdo general sobre la salida de voluntarios y militares extranjeros. Creía que si el Reino Unido y Francia se lo proponían con firmeza, no habría obstáculo insuperable para poner en marcha las sucesivas etapas del plan de paz que fue elaborando desde finales de 1936: retirada de extranjeros, suspensión de armas, presencia de una delegación internacional capaz de garantizar su cumplimiento, intercambio de prisioneros de ambas zonas, reconstrucción de familias con la progresiva libertad de desplazamiento de una zona a otra y, en fin, celebración en un lejano día y bajo supervisión internacional de un plebiscito sobre la forma de gobierno que los españoles quisieran darse. Ése fue el mensaje de Bosch Gimpera a Azcárate y Ossorio en noviembre de 1936; ésas fueron las instrucciones recibidas en febrero por Pablo de Azcárate y, cuidando de no hablar de mediación, ése fue también el plan que el 7 de mayo, en el aeropuerto de Manises, recién liberado del asedio a que fue sometido durante los sucesos de Barcelona, confió a Julián Besteiro para presentarlo a Anthony Eden, secretario del Foreign Office, con ocasión de la ceremonia de coronación de Jorge VI[587].

Hasta ese momento, los esfuerzos y advertencias habían sido en vano, pero en mayo de 1937 la situación había cambiado considerablemente: los italianos acababan de sufrir la derrota de Guadalajara, la República había logrado reconstruir un ejército, y sobre todo, después de aceptar de hecho la situación creada por Italia en Etiopía, Anthony Eden necesitaba pruebas de la buena voluntad italiana para seguir adelante con su política de seguridad colectiva. Tal vez por estas circunstancias, prestó más atención de la acostumbrada al mensaje que Azaña le enviaba con Besteiro, encargó a los embajadores que sondearan ante sus respectivos gobiernos la posibilidad de una mediación en España, y aprovechó la presencia en Londres del secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Giuseppe Pizzardo, enviado de Pío XI a la coronación de Jorge VI, para decirle «cosas muy sensatas» y preguntarle si Italia se uniría a una llamada conjunta de las potencias en favor de un armisticio en España que pudiera rebajar la tensión entre Inglaterra e Italia por el Meditérraneo. Pizzardo, por su parte, tenía ya alguna noticia de las intenciones británicas respecto a España por su conversación, el 8 de mayo, con Paul van Zeeland: se comenzará con un armisticio y después, en un segundo tiempo, se alcanzará la pacificación religiosa, le dijo el ministro belga del Exterior. Mantuvo también un coloquio cordialísimo con *sir* Robert Vansittart, subsecretario permanente

del Foreign Office, en el que, aun esperando poco, se evocó la posibilidad de comenzar en breve una obra de pacificación[588].

Pizzardo quedó muy impresionado —y así se lo dijo al representante oficioso del gobierno de Burgos ante la Santa Sede, Antonio Magaz, a la vuelta de su viaje— por el mal ambiente que hacia la «España nacional» se respiraba en Inglaterra, Francia y Bélgica[589]. Lo curioso, en todo caso, es que durante unos días el plan de paz elaborado por Azaña pasó de manos de Julián Besteiro, por las de Eden y Pizzardo, hasta llegar a las del cardenal Isidre Gomà, primado de España. Efectivamente, el documento «Le problème d'une médiation en Espagne», entregado por Pizzardo a Gomà en Lourdes el 22 de mayo de 1937, en el que podrían encontrarse algunos ecos de la declaración aprobada en febrero por el Comité français pour la paix civile et religieuse en Espagne, presidido por Jacques Maritain, es un calco de lo que Azaña no se había cansado de repetir a todos sus interlocutores desde que recuperó presencia pública tras su retiro en Montserrat: suspender las hostilidades durante cierto tiempo, de modo que el Comité de Londres pudiera estudiar sobre el terreno la posibilidad de que España llegara, por libre expresión de la voluntad del país, a una solución pacífica del conflicto armado; pedir a las autoridades de la República que se abstuvieran durante ese tiempo de toda operación de guerra; permitir a una delegación de las potencias ir a España durante la suspensión de la lucha para estudiar las posibilidades de paz[590].

Cuando vio ese papel, Gomà, que desconocía «las iniciativas de algunos políticos extranjeros» sobre la mediación, se quedó perplejo y desolado porque, como escribió a su obispo auxiliar, «fuera de España no se sabe, al menos de la blanca, ni la media de la misa», una forma muy propia de referirse a lo que consideraba una torpeza del Vaticano. Ni él ni las autoridades insurgentes comprendían las cautelas y vacilaciones de la Santa Sede para establecer plenas relaciones diplomáticas con el nuevo Estado y, en consecuencia, rechazaban de plano su política contemporizadora con los nacionalistas católicos del País Vasco y no ocultaban su irritación ante lo que consideraban un efecto de la propaganda roja. La guerra, dijo Gomà a Pizzardo cuando se encontraron en Lourdes, no podía terminar más que con la victoria sin condiciones de la España nacional y católica. A mediados de 1937, la propuesta de un plan de intervención de las potencias extranjeras que dejara la guerra en tablas, con una ardua tarea de reconstrucción de la convivencia nacional en perspectiva, no entraba para nada en el horizonte de los mandos insurgentes ni de sus aliados eclesiásticos que, para entonces, ya

habían redescrito el «alzamiento» como una «cruzada» que sólo podría acabar con la liquidación y el exterminio del adversario[591].

Cuando resolvió la crisis de gobierno, con el nombramiento de Negrín, Azaña no tenía aún noticias del resultado de la misión de Besteiro, ni de las respuestas escépticas o claramente negativas que los embajadores británicos enviaron al Foreign Office sobre las posibilidades de una mediación. Entre ellas, fue particularmente desalentadora la del encargado de negocios ante la República, John Leche, que debido a la cantidad de sangre derramada, al carácter español, a los odios y a la elevada moral y confianza de las dos partes en la victoria, informaba un día después de la entrevista de Eden con Besteiro, de que se trataba de una guerra «to the knife» que sólo terminaría por el colapso total de una de las partes[592]. Azaña, que tampoco se hacía ilusiones, creía sin embargo que si la República reconstruía su Estado y su ejército y adoptaba una política militar defensiva, aunque no pudiera ganar la guerra, obligaría a las potencias democráticas a liquidar la política de no intervención e iniciar un proceso de pacificación. Negrín, con quien comentará las impresiones traídas por Besteiro de su viaje a París y Londres[593], le parecía el presidente más capaz para avanzar en esa dirección, pues, al contrario de Prieto, tenía una amplia experiencia internacional, había establecido relaciones sólidas con la Unión Soviética, se había movido de incógnito por el extranjero, y su cultura y amplio dominio de lenguas podían ser de gran utilidad en la búsqueda de aquella mediación presentada bajo la doble iniciativa de retirada de extranjeros y suspensión de armas.

«El nuevo gobierno ha sido recibido con general satisfacción; la gente ha hecho ¡uf! y ha respirado», escribió en su diario. Sobre todo, respiró él, que después de recuperar y ejercer sus prerrogativas presidenciales, tan decaídas desde la crisis de septiembre de 1936, tan anuladas desde la de noviembre, podía contar por fin con un presidente del Consejo con quien hablar. Estaba realmente encantado de su elección: Negrín, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas; «algunos creerán que el verdadero jefe de Gobierno será Prieto; se equivocan», dejó anotado, coincidiendo en este punto con Prieto, cuando dijo a Rivas Cherif que en Ginebra se equivocaban si pensaban que la crisis se había resuelto con «un Ministerio Prieto presidido por Negrín»[594]. Y en verdad, quienes acertaron, muy para su futuro pesar, fueron ellos, Azaña y Prieto: el gobierno nunca fue de Prieto-Negrín sino de Negrín-Prieto durante los primeros meses y, a partir de fin de año, de Negrín en exclusiva. Pero eso todavía estaba por llegar. De momento, instalado en La Pobleta, una finca situada en las cercanías de

Valencia, y disfrutando de «silencio absoluto, sol mediterráneo, olor a flores», Azaña reanudó la costumbre de llevar su diario, con una larguísima entrada de 20 de mayo en la que anotó todo lo ocurrido desde los sucesos de Barcelona.

Con el relato de aquellos días inició Azaña lo que, en el exilio, denominará *Cuaderno de La Pobleta*, añadiendo el subtítulo: *Memorias políticas y de guerra*. En realidad, no había tal cuaderno sino hojas con membrete de la presidencia, en las que fue dejando los testimonios de largas conversaciones con Fernando de los Ríos y Diego Martínez Barrio, con José Díaz y Dolores Ibarruri, con Pedro Corominas, Carles Pi i Sunyer o Lluis Companys; recibe con mucha frecuencia a Negrín, Prieto y Giral, pero habla también largamente con el agustino Isidoro Martín, que le da la ocasión de rememorar el pasado, o con Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, que le habla de los horribles sucesos de la cárcel Modelo. Durante estos meses de 1937 es todo lo contrario de un presidente amortizado, como dirá de sí mismo más adelante, aunque su presencia en actos públicos es mínima y no se le ocurre que tal vez un presidente de la República tendría que hacerse más visible a los soldados, a la gente, salir a la calle, ir a los hospitales, visitar los frentes. Lo que escribe, en entradas que a veces ocupan varias páginas, es el diario de un infatigable conversador, de alguien que recuerda el pasado, disecciona el presente y trata de convencer a sus interlocutores de las vías para abrir un futuro; no es ya el diario de un hombre de acción, de alguien que quiere construir un Estado y rehacer una sociedad. Lo que él es, ya está echado a las espaldas; ahora ha tocado en el fondo de la nada y quiere únicamente dejar testimonio de la palabra dicha para encontrar un camino de salida a la destrucción que le rodea. Por eso también, las evocaciones de paisaje son ahora cuadros de una devastación: en La Pobleta, tras cinco días de fuertes tormentas, un alcotán destroza a la oca, los mastines descuartizan a las gallinas, el murciélago se atasca de mosquitos. Pero los bichos no lo saben; quienes lo saben muy bien son los que vienen de noche, con rayos y llamas, a incendiar pueblos. Y cuando viaja a Madrid, en noviembre de 1937, al pasar por Alcalá sólo percibe lo que fue y ya no está: el quemadero de caballos, la gran industria de Paco el Loco, la huerta del tío Cayo. Todo ello se va, desaparece para siempre jamás[595].

En todo caso, lo que deseaba Azaña era que al nuevo gobierno, con el que se reunió enseguida, le acompañara el acierto. Para comenzar, insistió en sus dos máximas preocupaciones: defensa en el interior, no perder la guerra en el exterior; consolidar la autoridad en materia de Orden Público y de Guerra y buscar la mediación internacional. Lo primero exigía restablecer en Cataluña

la autoridad del gobierno, respetando y haciendo cumplir el Estatuto de Autonomía, que en la práctica había dejado de regir las relaciones entre la Generalitat y el Estado; lo segundo exigía establecer como base de la política exterior el axioma de que «la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas». Había que preparar políticamente el desenlace de la guerra, empezando por los medios que pudieran alterar la situación a favor de la República: la retirada de extranjeros, que podría ir acompañada de acuerdos entre las potencias. El gobierno, sin necesidad de firmar tales acuerdos, permitiría la presencia de comisiones de neutrales para comprobar la retirada y la suspensión de hostilidades. Conseguido este objetivo, el cansancio de la gente haría todo lo demás: sería muy fácil no reanudarlas[596].

Azaña expresaba así de nuevo el único propósito que le mantenía en la presidencia de la República. Por supuesto, en cuestiones de política internacional, jamás se había hecho ilusiones y, a partir del comienzo de la guerra, menos que nunca: cada cual actuaba según le dictaban sus intereses, y la República, como ya era el caso en 1931, carecía de una poderosa escuadra para que su voz se tuviera en cuenta en la Sociedad de Naciones o en las cancillerías de las grandes potencias: «como no tenemos una gran escuadra, de poco sirve tener razón», escribe en su diario el 9 de octubre. Desde el primer momento consideró la política de no intervención y la actitud de la Sociedad de Naciones como un crimen, el peor cometido en Europa desde el reparto de Polonia; como una puñalada en la espalda juzgó en varias ocasiones la política franco-británica. «Nuestro mayor enemigo», escribió, es el gobierno británico[597]. Con todo, nunca cejó en sus iniciativas para que Gran Bretaña y Francia intervinieran en la guerra española. Y como nunca creyó en la suficiencia de los motivos humanitarios, todo su esfuerzo se dirigió a convencer a los gobiernos británico y francés de que su propio interés consistía en levantar el embargo de armas, primero, y en imponer un fin negociado, después. Se aferró contra toda esperanza a dos firmes convicciones: la primera, que Francia y Gran Bretaña no podían permitir en España el triunfo de los rebeldes sostenidos por Italia y Alemania; la segunda, que si Italia y Alemania así lo decidían, Franco no tendría más remedio que suspender las hostilidades. Siempre estimó en poco menos que nada las posibilidades de Franco para continuar la guerra si alemanes e italianos le obligaban a sentarse en una mesa de negociación.

A pesar de los obstáculos con los que muy pronto tropezó su propuesta, llegó a creer que la paz acabaría por abrirse paso y, aprovechando que en círculos católicos y en cancillerías europeas se hablaba de la posibilidad de

una «pacificación», tomó de nuevo la palabra para dar unos cuantos aldabonazos ante la Sociedad de Naciones y el Comité de Londres. Es su segundo discurso de guerra, pronunciado en la Universidad de Valencia, por indicación del gobierno, el 18 de julio de 1937, cuando se cumplía el primer aniversario de una rebelión que «se habría agotado» si las «potencias extranjeras» no hubieran sostenido una «invasión clandestina contra la República española». Es este nuevo carácter que ha tomado la guerra, continuación de la serie de invasiones padecidas por España en los dos últimos siglos, lo que Azaña sitúa en el centro de su discurso con el evidente propósito de emplazar a la Sociedad de Naciones al cumplimiento de sus obligaciones y denunciar la idea falsa sobre la que está fundado el Comité de Londres y el equívoco bajo el que funciona: sus resultados no pueden ser otros que el derecho pisoteado y la fuerza satisfecha.

Insistiendo, como siempre, en el alcance internacional de la guerra, Azaña no olvida su origen español ni pasa por alto que España, «cuyas seis letras sonoras restallan hoy en nuestra alma como un grito de guerra y mañana con una exclamación de júbilo y paz», es el territorio en que se lucha. España, sus tierras, fértiles o áridas, sus paisajes, sus jardines y sus huertos, sus diversas lenguas, sus tradiciones locales, un ser moral vivo que se llama España: eso es lo que existe y por lo que se lucha. Y esa existencia del ser nacional es lo que exige la reprobación de cualquier política de exterminio. Días antes de este discurso, el 12 de julio, había escrito en su diario, como parte de una larga conversación con Pedro Corominas: «Los españoles tendrán que convencerse de la necesidad de vivir juntos y de soportarse a pesar del odio político. Si lo hubiesen comprendido así a tiempo, nos habríamos ahorrado todos estos horrores». Su discurso de Valencia, en la parte que afecta al interior, además de celebrar que el pueblo español y los gobiernos de la República hayan puesto en pie un verdadero ejército, prosigue esta permanente meditación: «Ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario». Los españoles, el día en que por fin alumbre la paz, tendrán que habituarse a la idea «que podrá ser tremenda, pero que es inexcusable» de que por mucho que se maten unos a otros, «siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen necesidad y obligación de seguir viviendo juntos para que la nación no perezca». Él por su parte, se opondrá, dondequiera que esté, a que «nuestro país, el día de la paz, pueda entrar nunca en un rapto de enajenación por las vías del odio, de la venganza, del sangriento desquite»[598].

Todo el esfuerzo de recomposición del Estado se dirigía a consolidar las posiciones militares aunque en este terreno lo que de inmediato esperaba al

nuevo gobierno era el bombardeo de Almería por los alemanes, la pérdida total de los territorios del Norte todavía republicanos y una experiencia en el frente de Madrid preñada de enseñanzas políticas para el futuro. Del suceso del *Deutschland*, Azaña conoce el informe del Estado Mayor Central, ahora con el general Vicente Rojo de jefe, que aconseja responder con la fuerza, aunque reconoce que los barcos sólo tendrían combustible para diez días. Y comenta el 2 de junio: «¡Siempre la imaginación española echando humos sobre la cruda realidad!». Naturalmente, no pudo aconsejar al gobierno «determinaciones que agraven el conflicto». Bilbao cayó veinte días después sin que de nada sirviera el «cinturón de hierro», como en un lúcido comentario había previsto dos semanas antes: defenderse casa por casa, calle por calle, como en Madrid, es un caso que no se repetirá en Bilbao; y, en efecto, cuando estuvo vencida la defensa en el campo, la villa no resistió. No sólo eso: caído Bilbao, era «verosímil que los nacionalistas arrojaran las armas, cuando no se pasen al enemigo». Acertó en sus dos temores: los batallones vascos desobedecieron la orden de replegarse hacia Santander y Asturias para continuar allí la lucha y se rindieron en Santoña el 26 de agosto ante las tropas del general Roatta y no pocos de sus efectivos pasaron a encuadrarse en las filas de los vencedores: ellos no se batían «por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y semiindependencia»[599]. Y así, terminada la resistencia en Vizcaya, Santander primero y lo que de Asturias quedaba como territorio republicano cayeron en manos de los rebeldes, sin que sirvieran de mucho las maniobras de distracción en Brunete y luego en Belchite. El 21 de octubre se había completado la caída de todo el Norte.

Nada de esto, ni la publicación por *ABC* de Sevilla de algunos fragmentos de los cuadernos de sus diarios robados por Antonio Espinosa San Martín en el consulado de Ginebra[600], fue óbice para que el presidente de la República mantuviera una frecuente y franca relación con el nuevo gobierno y con su presidente, sin ocultaciones ni sobrentendidos, durante el segundo semestre de este año. Al terminar la Asamblea de la Sociedad de Naciones, celebrada en Ginebra del 14 al 18 de septiembre, Azaña recibe a Negrín y a Giral y se limita a tomar nota de las impresiones que le transmiten: es obvio, apunta, que «si nos presentásemos en situación desesperada, nos abandonarían todos». El 9 de octubre, sin embargo, anota que espera ver a Negrín por si «se les ha ocurrido algo más que publicar declaraciones en los periódicos», y al día siguiente Carlos Esplá le completa los informes sobre «nuestra función ginebrina». La impresión, ahora, es mala: a las risibles o lamentables

interioridades de nuestra delegación, se añade la constatación de que no se ha hecho nada de lo que él había encargado. Todavía en noviembre de 1937, pocos días antes de emprender una visita a los frentes en torno a Madrid, Azaña mantuvo una larga conversación con Negrín, Prieto y Giral sobre un posible encargo a Azcárate ante el gobierno británico en el marco de una política activa por la paz. Azaña pone en claro que no les parece bien una exploración oficiosa cerca del gobierno inglés y procura hacerles entender mejor su indicación, que en modo alguno pretendía pedir a Inglaterra que propusiera una suspensión de la guerra sino saber cómo la recibiría si alguien la propusiese. Su divergencia más notable con el gobierno consistía en interpretar qué entendía Giral por «aprovechar una ocasión» para tratar de una posible mediación con algún embajador, porque no era lo mismo, ni indicaba idéntica actitud, esperar que la ocasión se presentase que provocarla activamente. El mismo Azcárate, tal vez, podría convencer a algún periódico británico «moderado o de la derecha» que lanzase la idea. En fin, hacer algo, moverse en esa dirección**[601]**.

Es claro que sus amigos en el gobierno no concedían un interés prioritario a la búsqueda de ocasiones para explorar las posibilidades de un compromiso. La guerra seguía su curso, el ejército se había reconstruido, los enemigos, después de conquistar todo el norte, no avanzaban. En estas circunstancias, Azaña decide emprender «una excursión» a Madrid. En la carretera de Vicálvaro pasa revista a las tropas: «Qué raza —le dice a Negrín—. Es un dolor», y «con la pesadumbre de Madrid gravitando sobre [su] alma», pronuncia en el Ayuntamiento otro discurso, el tercero en lo que iba de guerra. En el viaje, comprueba, para su sorpresa, que Negrín mantiene una «confianza cerrada voluntariamente a toda duda». Esa seguridad le resulta todavía más llamativa en un hombre con formación intelectual. Los intelectuales dudan porque son incapaces de ocultar a su inteligencia aquellos aspectos de la realidad que se resisten a su acción. Pero Negrín, que es un intelectual, rebosa confianza: la tranquila energía que en él percibió y que le movió a confiarle la presidencia del Gobierno se ha convertido en una «tranquila audacia» que se asienta en una manera de enfrentarse a los problemas que a Azaña le parece sorprendente: cerrarse a la duda por un ejercicio de la voluntad. De momento, su observación no va más allá, pero no es casual que contraste esta seguridad con la visión de Madrid como un degolladero por el que la ciudad se desangra; una ciudad en la que se ha instalado la guerra, en la que los pobres combatientes, agazapados en el barro, acechan.

Su tercer discurso de guerra, pronunciado con ocasión de esta visita al frente, abundará en los elementos ya conocidos, aunque progresivamente impregnados de consideraciones morales: Sabemos que la guerra es una espantosa calamidad, y que la guerra civil es una monstruosidad. Lo es porque vencedores y vencidos tendrán que llevar el día de mañana sobre sus costillas, «como la llevarán las generaciones venideras, la pesadumbre de esta catástrofe». Calamidad, monstruosidad, catástrofe, la guerra civil no tiene excusa: nada puede justificar una guerra si no es la defensa de la patria. «Nosotros afrontamos la guerra civil porque es nuestro deber, porque nos defendemos». Ése es el único valor sagrado que justifica una guerra: «defenderse contra un invasor extranjero». Pero «invocar el nombre de la patria para suscitar una guerra civil es ilegítimo, como no se crea que la patria es una especie de deidad remota, sanguinaria, delante de la cual hay que sacrificar unos cuantos de cientos de miles. La patria no es eso. Nuestra patria no es distinta de los españoles. Nosotros somos nuestra patria moralmente». Azaña se levanta contra la idea de nación y de patria que la guerra impone, no sólo entre los rebeldes: «No creo, nadie puede admitir que exista una entidad indefinible, incognoscible, remota, distinta al interés de nosotros los compatriotas; que en nombre de la patria sanguinaria haya que inmolar vidas a millares»[602].

La emoción le embarga de nuevo cuando, al día siguiente, camino de Guadalajara, visita Alcalá de Henares, recorre sus calles y vuelven a su memoria los días del Campo Laudable cuando contempla el campo de ruinas en que la guerra, con los incendios de los suyos y los bombardeos de los enemigos, ha convertido a la ciudad de su infancia y juventud. La Magistral, el sepulcro del arzobispo Carrillo, la iglesia de Santa María, la iglesia de los Jesuitas, la Capilla del Oidor y el palacio Arzobispal han quedado completamente destrozados. Las iglesias que presenciaron sus juegos de niño, el convento de las Carmelitas Descalzas en la calle Imagen y el de las Bernardas en la plazoleta de San Bernardo, expoliadas o seriamente dañadas: «¡Guerra y revolución en Alcalá! Increíble. El mundo se desquicia».

23. ¿PRISIONERO DE NEGRÍN?

«Nos iremos a Barcelona dentro de dos o tres días y probablemente nos quedaremos ya allí», escribió Manuel Azaña el 5 de diciembre de 1937 en su diario. El gobierno trasladaba su sede y era preciso hacer otra vez las maletas, cambiar otra vez de residencia, para instalarse ahora en las cercanías de Tarrasa, en la finca La Barata, acompañado por Lola, como siempre, por Cipriano y su mujer, Carmen, con sus cuatro hijos, y por el secretario general de la Presidencia, Cándido Bolívar, su secretario particular, Santos Martínez, y el encargado de la tesorería de la Casa Presidencial, su amigo de toda la vida Sindulfo de la Fuente. Allí, en una finca incautada a la familia de un industrial asesinado en los primeros días de la revolución, iba a finalizar el año más denso de su vida, lleno de horas de tormento y de noches sin dormir, vivido en la vecindad de la guerra, que golpeó de nuevo a su familia, añadiendo al fusilamiento en Córdoba de su sobrino Gregorio, en las primeras semanas de la rebelión[603], la muerte en Valencia, a consecuencia de un bombardeo, de Antonio Martínez, marido de su joven sobrina Anita Azaña, que dejaba dos niños pequeños; un año que había comenzado en un monasterio, alejado de la guerra, para sufrir luego en Barcelona su cercanía, sin posibilidad de moverse del palacio de la Ciudadela; o bajando en Valencia al refugio antiaéreo para ponerse a salvo de las bombas, como ocurrió el día que su mujer «tenía de visita a las de Ureña y de Morla»; un año en que ejerció por última vez su función presidencial con la mayor plenitud de atribuciones posible en aquellas circunstancias, y en el que no dejó de hablar con todos, con el nuevo presidente del Consejo en decenas de ocasiones, pero también con diputados comunistas a los que les interesaba conocer su opinión, o con políticos catalanes para inculcarles «la buena doctrina de gobierno y llamarles a la reflexión», como lo intentó en la larga conversación con Pi i Sunyer, Bosch Gimpera y Comorera, consejeros del nuevo gobierno catalán. Un año, en fin, en que sintió de nuevo la necesidad de dejar todo por escrito, su desolación, la seguridad de que «viviremos, o nos enterrarán (o quedaremos de pasto para los grajos), persuadidos de que nada de esto era lo

que había que hacer», pero también su esperanza de que todavía era posible aprovechar la resistencia para concertar la paz[604].

Esta fórmula, explicada una y otra vez a todos sus visitantes, conocida por el gobierno, compartida por algunos de sus ministros, presentada en París y Londres durante la primavera, despertaba en el otoño, tras la caída del Norte, las sospechas de que el presidente de la República buscaba por encima de todo un compromiso para poner fin a la guerra. Comenzaron, pues, a alzarse voces contra la propuesta de cualquier tipo de armisticio, que ahora llegaban también de América, como la sugerida por el secretario de Estado de Cuba al embajador norteamericano J. Butler Wright el 21 de octubre de 1937 invitando a todos los pueblos del continente americano a que ejercieran conjuntamente sus buenos oficios a fin de llegar, primero, a un armisticio y luego a un convenio de paz entre las dos fuerzas contendientes[605]. Cuando unas semanas después de esta enésima iniciativa, el comité central del Partido Comunista celebre un pleno, Dolores Ibarruri denunciará a «los hombres de espíritu apocado» que se dejan llevar del desánimo por las derrotas del Norte, y José Díaz afirmará que no puede haber compromiso de ninguna suerte con los generales traidores ni con el invasor extranjero, añadiendo a modo de advertencia: «En nuestro país, ni un minuto podría mantenerse en el Poder aquel hombre que siquiera pensara en la posibilidad de llegar a transacciones o compromisos con el enemigo»[606].

A qué hombre se refería José Díaz quedaba claro en el informe de Palmiro Togliatti sobre la reunión de Azaña con «Companys, Comorera y otros dos ministros catalanes» en la que el presidente se lanzó a una discusión sobre el curso de la guerra desarrollando el punto de vista de que era imposible ponerle fin mediante la victoria por las armas y que había que buscar la solución fuera del terreno militar. A Comorera, como dijera que era menester la convicción para ganar la guerra, respondió Azaña: «La convicción sirve para creer en el misterio de la Trinidad, pero no da los ejércitos que nos faltan». Se sabe —apostilla Togliatti— que «el presidente mantiene vínculos sospechosos con el extranjero y que el ministro de Exteriores [José Giral] le es completamente afecto»[607]. Negrín, por su parte, declaraba al *Manchester Guardian* que la guerra terminaría en dos años más, lo que se entendió como un desmentido formal a los rumores de armisticio. El mismo día y al mismo periódico, el general Franco respondía con idéntica firmeza a la pregunta sobre qué pasaría si el gobierno de la República, por medio de una potencia europea, ofreciera un armisticio: «Rechazaré incluso entrar en contacto. Mis

tropas avanzarán. La opción para el enemigo es la lucha o la rendición incondicional, no hay ninguna otra»[608].

Bloqueada cualquier perspectiva de avanzar en la mediación, el segundo objetivo de la política de Azaña, la defensa o resistencia en el interior, sólo podía conducir, por una parte, a un creciente papel político de los jefes del ejército republicano, del que el general Vicente Rojo ya había informado a Indalecio Prieto en una sorprendente carta en la que le suplicaba su relevo porque él, «como otros militares que respetaban el deber escrito de mantenerse al margen de la política, necesariamente hemos de faltar a él y poner de relieve nuestra ideología»[609]; y por otra, a la hegemonía comunista dentro de la coalición de Frente Popular, lo que se traducía en una política de reconstrucción del Estado con el propósito de resistir para ganar la guerra o, por decirlo con las palabras de Dolores Ibarruri, organizar la defensa para «comenzar la ofensiva y arrojar de nuestra patria a los ejércitos invasores y fascistas». Esta nueva relación de fuerzas en la coalición republicana no dejó de crear tensiones que estallaron con ocasión de la batalla de Teruel, en diciembre de 1937. En sus primeros días, el avance del ejército de la República llenó de euforia al gobierno, convencido de haber pasado de la defensa al ataque, como dijo Prieto en un juego de palabras con la denominación de su ministerio. Todos pensaban y afirmaban, escribió Togliatti, «que el enemigo había quemado la mayor parte de sus reservas y que difícilmente podía desencadenar una nueva ofensiva de amplio alcance»[610]. Pero a estos entusiasmos siguió sin solución de continuidad el mayor desaliento y confusión. La ofensiva sobre Teruel acabó en el derrumbe del frente de Aragón, con el inicio el 9 de marzo de 1938 de la maniobra de ruptura hacia el mar y la llegada de las tropas de Franco al Mediterráneo el 15 de abril.

El resultado final de la batalla, perceptible en los últimos días de enero, confirmó en el ánimo de Azaña su arraigada convicción de que la República no podía ganar la guerra y que el esfuerzo por reconstruir el Estado, el ejército y la autoridad del gobierno conducirían a un desastre si su propósito consistía en alcanzar a toda costa, y frente a las evidencias contrarias, el triunfo militar. No era para ese objetivo para lo que él había confiado a Negrín la presidencia del Gobierno sino para organizar la defensa en el interior con el propósito de no perder la guerra en el exterior, esto es, para forzar a las potencias extranjeras, una vez demostrada en el terreno militar la capacidad defensiva de la República, a una intervención pacificadora, evocada una vez más el 11 de diciembre de 1937 con ocasión de la presentación de credenciales por el

nuevo embajador de la República Francesa, Eric Labonne. Azaña insistió en su conocida posición: cuando los españoles se vean libres de injerencias extranjeras, ventilarán prontamente sus discordias. En cuanto callen las armas, dijo ante el embajador, «el pueblo español, reintegrado al ejercicio de sus derechos, será convocado para expresar su voluntad. Lo que decida, habrá de respetarse»[611].

Esa política de intervención pacificadora del exterior quedó arruinada cuando se hizo patente que, en lugar de quemar las reservas del enemigo, la ofensiva republicana se había saldado en el frente de Aragón con la destrucción de las propias. Azaña sacó enseguida la conclusión de que había sonado el momento de poner fin a la guerra cuanto antes. A tal estado de espíritu responde su conversación con Labonne, en Barcelona, a finales de febrero de 1938. Sin prisas, durante tres horas, el presidente de la República confió al embajador de Francia su visión más personal del papel que había desempeñado hasta ese momento en la guerra, su opinión sobre la naturaleza del régimen que se construía en la zona rebelde y sobre el lugar inesperado que los rusos ocupaban en la República como consecuencia del abandono de las potencias democráticas. No concedía más que una circunstancial relevancia al hecho de que los comunistas hubieran aumentado su poder en la coalición gubernamental: el auge del comunismo, le dijo, no respondía al carácter de los españoles ni obedecía a razones de política interior republicana. Rusia, que tan escasas relaciones había tenido con España a lo largo de su historia, ¿quién hubiera podido predecir que estaría llamada a desempeñar ese papel?, se pregunta Azaña, que siempre había tenido en menos, como un elemento accidental del que fácilmente se podría prescindir, la intervención soviética en España[612].

Si la URSS ha ocupado un lugar que no le corresponde por la geografía ni por la historia, la única responsable es la política de no intervención, que para colmo, y como no se había cansado de advertir, se vuelve contra los intereses de Francia e Inglaterra. Y ahora sí, Azaña desborda su papel constitucional cuando propone al embajador la firma de un acuerdo que pondría a disposición de Francia y Gran Bretaña las bases navales de Cartagena y de Mahón con objeto de equilibrar las de Ceuta, Málaga y Palma, en manos de los rebeldes. «¿Qué harían ustedes si esas bases cayeran también en manos de los invasores de España?», preguntó a Labonne. Azaña había entendido correctamente la reciente dimisión, o destitución, de Anthony Eden como secretario del Foreign Office: Chamberlain tenía prisa por llegar a un acuerdo con Mussolini sin exigir previamente la retirada de las tropas italianas de

España, y estaba seguro —dijo al embajador— de que Francia seguirá por el mismo camino. Entre las contrapartidas a esas concesiones, figuraría la búsqueda de un apaciguamiento en España. «¿Debemos resistir? ¿Debemos oponernos o permanecer inertes?», se pregunta Azaña. «No lo creo. Hay que entrar sinceramente en estas perspectivas y en este juego», se responde, como diciéndole: puesto que Gran Bretaña y Francia se disponen a proponer concesiones a Alemania e Italia, sepan que España estaría dispuesta a seguir el juego concediendo a ustedes facilidades en sus bases navales. Se trata de una iniciativa personal del presidente que, para convencer al embajador de que hablaba en serio, le recuerda que su autoridad ha aumentado durante los últimos meses y que estaría en condiciones de forzar a su propio gobierno en esa dirección. Para terminar, Azaña desmintió que el gobierno y la organización social de la España republicana pudieran asimilarse al comunismo. Este mito desaparece cada día más. Próximamente, quizá se haya desvanecido del todo, le asegura[613].

A esta conversación siguieron el derrumbe del frente y la convicción, compartida por el ministro de Defensa, de que era preciso reconocer la derrota y poner fin a la guerra. A los ojos de Azaña y Prieto —que estaban lejos de ser núcleo de ninguna «camarilla» o de un «partido» de la paz—, el curso de las operaciones mostraba que el ejército republicano nunca podría ganar y que la continuación de la defensa no tenía sentido. El corte de comunicaciones entre Valencia y Barcelona equivalía a perder la guerra, como había reconocido Pasionaria unos meses antes, conversando con Azaña en presencia de Joan Comorera y Pedro Checa[614]. Pero en octubre de 1937, ese corte no pasaba de ser una lejana eventualidad y no costaba nada reconocer que, en caso de producirse, todo estaba perdido. Ahora es un hecho y Negrín, que conoce bien lo que opinan el presidente y el ministro de Defensa, denuncia públicamente esa actitud como derrotista. Viaja a París el 8 de marzo, para «pedir auxilio militar», y allí le sorprende la anexión de Austria por Alemania, la vuelta de Léon Blum a la presidencia del Gobierno francés y los «desastres» provocados por la ofensiva rebelde. Azaña llama a Giral, ministro de Estado y le dice «lo indispensable del retorno» del presidente del Gobierno. Negrín regresa el martes, 15, y en una reunión con los ministros pide a cada cual que se pronuncie sobre lo que sea preciso hacer. Los republicanos se muestran indecisos; Zugazagoitia, socialista, se manifiesta por la movilización de todos los medios y contra toda suerte de compromisos; Prieto está de acuerdo en esta ocasión con Zugazagoitia, y Negrín resume la situación diciendo: aquí hay dos políticas: una de luchar, otra de concesión y

compromiso. El Consejo de Ministros, como Giral y Negrín comunicaban a Labonne, se había dividido, seis a favor y cinco en contra, acerca de una propuesta de mediación presentada por el gobierno francés[615].

El día siguiente, en el consejillo celebrado antes de la reunión formal con el presidente de la República, Negrín vuelve a plantear la cuestión de la mediación ofrecida por Francia. Prieto, de nuevo, rechaza la posibilidad porque si el ejército se enterase cundiría la desmoralización, mientras Giral y el resto de los republicanos la aceptarían siempre que partiera de Francia, no como una iniciativa del gobierno. Azaña se incorpora, frío y distante, a la reunión del Consejo y pide a Negrín que le diga qué hay. Negrín deja una «impresión embarazosa» al exponer la situación militar pero, afirma, consultado el gobierno, hay unanimidad en rechazar la proposición francesa de mediación. Azaña, incrédulo, pregunta: «¿Unánimemente… todos?», y sin esperar respuesta se dirige a los ministros para exponerles un panorama desolador: «¿Se puede ganar con los recursos actuales?», les pregunta: «Alguno dice, no; los demás callan», es todo lo que puede obtener por respuesta. Repite la pregunta, añadiendo que él no lo cree. «Vuelven a callar. Pero quien calla, otorga». Queda todavía tiempo para realizar una gestión enérgica cerca de Francia. Si no ayudan, él sabe lo que ha hecho y también lo que no hará ni consentirá: conoce su deber. Mientras hablan, una gran manifestación convocada por los comunistas, a la que se han sumado socialistas y republicanos, «viene a Pedralbes, con carteles y gritos: ¡Abajo los republicanos traidores! ¡No pactos!». Azaña pregunta: «¿Qué pasa?». Y le contestan: «Una nutrida manifestación…». Y entonces comenta, dicen que jocoso: «Una manifestación de entusiastas es siempre buena… a menos que se trate de entusiastas reclutados»[616].

Si Azaña conoce su deber, Negrín no ignora el suyo: el 26 de marzo manifiesta al embajador de Francia su rechazo a cualquier iniciativa de conciliación, aunque muchos piensen en ella y hasta en una rendición. Todo gobierno que acepte entrar en un procedimiento de conciliación, reconociendo así de una manera u otra su derrota —le dijo— será inmediatamente barrido y «otro gobierno infinitamente más violento se formará de inmediato para proseguir la lucha». Según Negrín, no había elección ni alternativa: «hay que vencer o morir». Él era uno de los convencidos: venceremos. Está —o se manifiesta— completamente seguro de la victoria por lo rápido que marchan los acontecimientos internacionales, de lo que se podía esperar que las potencias extranjeras que desplegaban en España su armamento se verían obligadas a disminuir su presión para transportarlo a otras partes. Entonces,

los republicanos, reforzados con nuevos armamentos y apoyados en las masas, recuperarían la ventaja y estarían en condiciones de pasar de nuevo a la ofensiva: «la primera gran victoria republicana será suficiente y será la victoria total». Después de una derrota de efectos tan desastrosos como la de Teruel, Negrín seguía apostando a finales de marzo de 1938 por una «gran victoria» que cambiaría el curso de la guerra[617].

Había algo más en esa apuesta que un rasgo de carácter o que el intento de mantener a toda costa una política de resistencia, había una estrategia: una gran victoria será, por sí misma, una victoria total. Alguien, quizá, del Estado Mayor, algún consejero militar, tendría que haberle recordado lo que escribió Pétain tras el fracaso de las operaciones en la región de Arras en mayo de 1915: «La guerra actual ha tomado la forma de una guerra de desgaste. Ya no hay batallas decisivas como en el pasado». Cuando se dijeron esas palabras, el pasado era antes de la Gran Guerra; el presente, 1915; la lección había costado la vida a más de cuarenta mil hombres, la obstinación en la batalla decisiva habría de costar muy pronto otras cien mil más y la cuenta seguiría abierta en el frente italiano, donde también Luigi Cadorna se obstinó en la batalla decisiva a costa de amontonar cadáveres en un paisaje baldío y desolado. Habían transcurrido desde entonces más de veinte años, pero en España, en la República, el presidente del Gobierno, Juan Negrín, y el general jefe del Estado Mayor Central, Vicente Rojo, seguían pensando que la batalla decisiva estaba aún por llegar, que sería la próxima: la primera gran victoria será la victoria total. En todo caso, de momento, no quedaba más remedio que aguantar. «Créame, señor embajador, desgraciadamente estaremos todavía en guerra durante mucho tiempo», suficiente, en todo caso, para organizar otra batalla decisiva.

Labonne se había convertido, sin mayor mérito de su parte, en paño de lágrimas de los dos presidentes. Pocos días después de esta reveladora entrevista con Negrín, Azaña le pidió que fuera de nuevo a verle. Era el 30 de marzo y Labonne, que insiste ante sus superiores en el carácter secreto de la entrevista, toma nota de la «profunda divergencia» que se ha abierto entre «las dos cabezas de envergadura de la España republicana». Azaña se siente dichoso al liberar su conciencia ante un extraño, hacerle partícipe de su *embarras* y de sus dudas sobre el camino al que le lleva su meditación solitaria; Negrín muestra la seguridad total, sin el menor resquicio para la duda, de ganar una batalla que abrirá la puerta a la victoria. Azaña se confiesa abrumado por una desproporción de fuerzas que jamás podrá ser reequilibrada si Inglaterra y Francia mantienen la farsa de la no intervención; Negrín sólo

busca que Francia permita el tránsito de armas por su territorio o que acceda a enviar armas para reforzar el ejército republicano. Azaña no puede soportar la perspectiva de continuar en guerra otro año más, está convencido de que hay que provocar su fin, pero no sabe cómo ni cuándo hacerlo, desecha la eventualidad de abrir una crisis ministerial y no ve en el horizonte la posibilidad de una mediación: habrá que consolarse con un «esfuerzo internacional de carácter exclusivamente humanitario» para el que todavía no ha llegado la hora[618]. Negrín, por su parte, no sólo rechaza la oportunidad de una mediación sino que está dispuesto a resistir hasta vencer.

Decidido, pues, a continuar la guerra, Negrín resolvió apartar a Prieto del ministerio de Defensa después de la tensa reunión del Consejo de 29 de marzo, pero un incidente con Jesús Hernández complicó la difícil solución. Pidió al Partido Comunista que retirase a Hernández y redujese su presencia a un solo ministerio y propuso a Prieto que renunciase a Defensa y aceptase cualquier otro ministerio, a su elección. Los comunistas accedieron, Prieto rechazó la oferta, y Azaña mantuvo durante algún tiempo abierta la crisis. En lo que se refería a política exterior, había dado la guerra por perdida ante la pasividad de las democracias; en el orden interior, había llegado a la conclusión de que debía sustituir a Negrín al frente del gobierno pero, como en el caso de Caballero, no por una decisión personal, que si entonces pudo tropezar con la oposición de los sindicatos, ahora podría naufragar ante la resistencia del PCE y del Estado Mayor Central. Muchos le habían venido «con el cuento al oído de que no es posible seguir así, que Negrín es un dictador, que está entregado a los comunistas, que la guerra va mal, que la gente está muy descontenta». ¿Cuándo nos quita a este don Juan?, le preguntaba sonriente Lluís Companys, que le visitó el 26 de febrero para decirle que «no estorbaría ninguna solución política que el presidente de la República quisiera arbitrar». Azaña mantuvo su práctica, iniciada el mismo día de la rebelión militar y repetida la víspera de la caída de Largo Caballero, y convocó el 4 de abril a los dirigentes de los partidos y sindicatos, para que le dijeran lo mismo, ahora ya con «la responsabilidad cada cual de sus propios actos»[619].

Fue una iniciativa contraproducente para una situación que no se parecía en nada a la del 19 de julio de 1936, cuando Martínez Barrio había dimitido y era preciso encargar a alguien la formación de un nuevo gobierno con la seguridad de que contaba con el apoyo de todos los partidos; ni al 16 de mayo de 1937, cuando los comunistas, sostenidos por la facción prietista del PSOE y por los republicanos, no tuvieron inconveniente en correr con todo el gasto

de la caída de Largo, provocando la crisis. En esta ocasión, Azaña sabía que no podía abrir una crisis contra la voluntad del gobierno porque en ese caso, como dijo al embajador francés en su reciente entrevista, tendría que asumir personalmente el poder, lo cual era «imposible». Ni Negrín había dimitido ni Azaña le había retirado su confianza: técnicamente, pues, el gobierno no estaba en crisis, sino en un proceso de remodelación que su presidente podía resolver según su criterio aunque necesitara el refrendo posterior del presidente de la República, igual que le había ocurrido a él cuando procedió en junio de 1933 a la sustitución de Carner, enfermo, por Viñuales. Si el presidente del Gobierno había decidido continuar la guerra y el de la República no le retiraba su confianza, Negrín no hacía más que cumplir con su responsabilidad al apartar a Prieto de su ministerio: si un general que no cree en la victoria no es digno de ser cabo, como Clemenceau decía de Foch, un ministro de Defensa que da una guerra por perdida no sería digno de ser jefe de negociado. El objeto de aquella reunión, por tanto, no estaba nada claro y podía interpretarse como si Azaña necesitara que ante Negrín los jefes de los partidos manifestaran su desconfianza para él retirársela, lo cual era cierto, pero desatinado.

Como era de esperar, ninguno de los convocados se manifestó contra Negrín. Monzón, del PNV, dijo que no había nada que hacer excepto expresar su admiración por él; Mariano R. Vázquez, de la CNT, recordó la gravedad de la situación que aconsejaba no modificar el gobierno, si acaso, añadió, podría reforzarse con la reincorporación de los dos sindicatos, CNT y UGT; González Peña, presidente de la comisión ejecutiva del PSOE, dijo que el partido quería mucho a Prieto pero que había que tener cuidado con él; Tarradellas sólo pidió conocer a fondo el problema militar, que fue lo mismo que dijo Nicolau, o sea, nada. Quedó por tanto Azaña más solo que nunca, lo que facilitó un agrio enfrentamiento con José Díaz, que no le dejó pasar una observación sobre la política soviética en el sentido de que utilizaba a España en prenda de sus relaciones con Inglaterra, como era obvio, por lo demás, pero que para el caso era irrelevante y, en aquella circunstancia, impertinente. Negrín se negó a dar explicaciones sobre la situación militar y redujo el problema a una cuestión de fe: yo creo en el triunfo y Prieto y Giral, no. Azaña no tuvo nada que añadir y zanjó, malhumorado: «El problema es la situación militar y esta reunión no sirve para nada». Entonces, replicó Díaz, cargándose de razón, «¿por qué nos ha citado?»[620].

En efecto, la reunión no sirvió para nada y la cita había sido un completo error. Bloqueada cualquier perspectiva de mediación como resultado de una

resistencia inexpugnable, Azaña no disponía de una política alternativa a la de Negrín que no presentara todas las apariencias de una pura y simple capitulación, ni había a mano ningún dirigente político capaz de sustituirle al frente del gobierno sin provocar una violenta reacción del Partido Comunista y de los jefes militares, que no habían dado la guerra por perdida. De aquella reunión su posición salió, pues, debilitada: confirmó contra su voluntad a Negrín en la presidencia y asistió impotente a la marcha de Prieto, a quien anunció otra vez su propósito de renunciar a un cargo que no podía seguir ejerciendo con autoridad por ver mermada su prerrogativa constitucional para resolver la crisis según su criterio. «Usted no puede dimitir», le dijo Prieto secamente. «¿Por qué?», le preguntó, «entre curioso e iracundo. Porque su dimisión lo desmoronaría todo; porque usted personifica la República que respetan los países no aliados de Franco». Además, añadió Prieto, no se pueden celebrar elecciones para sustituirle. Entonces ¿qué debo hacer?, preguntó Azaña. Resignarse, le contestó Prieto. Y después de un intercambio de argumentos, Azaña calló un instante. «Me resignaré a todo, dijo luego»[621].

Resignado una vez más, como ya había ocurrido en la crisis de septiembre de 1936, asistió sin ningún entusiasmo a la reorganización del gobierno con la reincorporación de los dos sindicatos, muy disminuidos ya en su fortaleza y en su unidad: Ramón González Peña, por UGT, se hizo cargo de Justicia, y Segundo Blanco, por CNT, de Instrucción Pública y Sanidad. Negrín se quedó con Defensa y prescindió de José Giral en Estado, para que lo ocupara de nuevo Julio Álvarez del Vayo, una sustitución que no podía dejar de afectar a Azaña, tanto por el destituido, que permaneció en el Consejo como ministro sin cartera, como por el nombrado, que no le despertaba la menor confianza. Convencido de que la guerra en el interior estaba perdida y de que su capacidad de influir en la definición de la política exterior se había consumido en la remodelación del gobierno, la veleidad de dimitir que había confesado a Prieto no fue cosa de un día: hacia mediados de abril envió a Cipriano de Rivas, todavía en Ginebra, un giro por valor de un millón de francos franceses —prácticamente la totalidad de sus ahorros— para que comprara dólares oro, a un cambio de 30 francos por dólar, con objeto de preparar el destierro de toda su familia en Francia, un destino que cada día le parecía más cercano y que consideraba inevitable si quería salvar a los suyos de las represalias de sus enemigos[622].

El presidente del Gobierno, que había logrado la reapertura de la frontera francesa para el paso de armas, reunió en una comida a todos los agregados

militares de las embajadas para mostrarles su voluntad de resistir y su seguridad en la victoria: las victorias son cosa de los militares, pero la victoria es cuestión de voluntad, dijo al teniente coronel Morel, que le escuchaba con admiración, sintiéndose rodeado de «los defensores de Numancia, de Sagunto o de Zaragoza», lo cual verdaderamente no era nada halagüeño. Tomó, además, una iniciativa política destinada a fijar en un lenguaje crecientemente nacionalista las posiciones del gobierno ante las fuerzas leales y ante el enemigo. En una declaración de trece puntos, el «Gobierno de la unión nacional» anunciaba, coincidiendo con la fiesta del Primero de Mayo, que sus fines de guerra consistían en asegurar la independencia de España, liberar sus territorios de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido, y establecer una República democrática cuya estructuración jurídica y social sería aprobada en referéndum; afirmaba su respeto a la propiedad legítimamente adquirida, la necesidad de una reforma agraria y de una legislación social avanzada, y anunciaba una amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España[623].

Todo esto iba en la dirección de continuar la guerra aunque las perspectivas de mediación internacional se hubieran evaporado. Unos días antes de la declaración de los trece puntos, Azaña había preguntado a Negrín si todavía esperaba algo bueno del exterior recordándole que ésa «era una de las razones de la resistencia». La respuesta no dejó lugar a dudas: «Muy poco, pero no se puede hacer otra cosa. —Alto, no es usted presidente porque no haya otra política posible; otra política no es sólo posible, sino urgente», replicó Azaña[624], que seguía dando vueltas a la posibilidad de retirarle la confianza y nombrar un nuevo jefe de gobierno para encomendarle como tarea única poner fin a la guerra. No era una idea nueva: de formar un gobierno de distinta composición en torno a Martínez Barrio, Prieto y Negrín, sin presencia comunista, ya se había hablado con el gobierno francés durante los días de euforia por el éxito republicano en Teruel. Y ahora, Azaña, después de una tormentosa entrevista con Negrín a propósito de la destitución de su cuñado como cónsul en Ginebra, retuvo a Prieto en España, contra el acuerdo del gobierno de nombrarle embajador en México, por si necesitaba de él en un próximo futuro, con el argumento de que no podía quedar «prisionero de Negrín». Comprenderás, le dijo a su cuñado, «que no es cosa de hacer una crisis porque tú hayas dejado de ser cónsul. Pero como […] va a haber muy pronto ocasión de planearla con otro motivo en sus verdaderos términos no hay para qué precipitarse». Su cuñado había pretendido, por medio del

delegado cubano en la Sociedad de Naciones y sin resultado alguno, que «Estados Unidos interviniera de algún modo para seguir el pensamiento de Azaña»[625].

¿Azaña, prisionero de Negrín? Ciertamente, las relaciones entre los dos presidentes se habían deteriorado hasta un punto inimaginable antes de la caída de Teruel, pero sus posiciones políticas, aunque divergían en sus metas inmediatas, eran cada una a su manera fiel reflejo del callejón sin salida en el que progresivamente se encerraba la política republicana en su conjunto, al necesitar ambas un punto de apoyo exterior que ni Francia ni el Reino Unido estaban dispuestos a proporcionar. Azaña pretendía poner fin inmediato a la guerra en la confianza de que una enérgica acción franco-británica obligaría a alemanes e italianos a retirarse y, de rechazo, a Franco a negociar; confianza siempre ilusoria, pero mucho más tras el reconocimiento *de facto* por los británicos de la soberanía de Italia sobre Etiopía en abril de 1938. La resistencia preconizada por Negrín descansaba en la confianza, no menos ilusoria, de que una victoria, si era grande, cambiaría el curso de la guerra porque produciría el desistimiento de sus aliados y situaría a Franco en una posición difícil ante alemanes e italianos. En ambos casos, la hipótesis de partida consistía en que alemanes e italianos se retirasen y que Franco, no asistido por potencias exteriores, no tendría más remedio que sentarse en una mesa de negociación. Si Azaña se hundía en la desesperación al tomar nota de la inanidad de su plan ante la pasividad de las potencias democráticas, Negrín, después de haber enunciado sus trece puntos y cuando ya estaba claro que la llegada de las tropas de Franco a Vinaroz no arrastraría la caída de Valencia, volvió a manifestar a Zugazagoitia —su más cercano colaborador en este periodo— lo que éste llama «una confianza excesiva». Se trataba de «unas maniobras para reconquistar una parte del terreno perdido en la zona de Tremp». De nuevo, le decía Negrín, serán operaciones de «carácter decisivo», que darán un vuelco a la marcha de la guerra; y de nuevo, como siempre, las operaciones quedarían en nada.

Negrín, que manejaba, porque los servicios de espionaje se los habían entregado, los resúmenes de unas conferencias sostenidas por Azaña con su cuñado y con Prieto, cree que «ése», el presidente, «no merece ninguna consideración», y estaba decidido a darle una lección: «¿Sabe lo que le digo?», preguntó a Zugazagoitia: «que vamos a ganar la guerra militarmente»[626]. Ésa es la lección que va a dar Negrín y es esa seguridad en el triunfo lo que Azaña no soporta por más tiempo, lo que hace cada vez más violentos los encuentros entre los dos presidentes: una discrepancia de fondo

que no puede ocultar las dudas que también acechaban a Negrín y que saltan de vez en cuando, como en una conversación con el coronel Lilliehöök, enviado noruego de la Commission Internationale d'Aide aux Enfants Espagnols Refugiés, cuando se pregunta: «¿Qué crimen habré podido cometer en mi vida para merecer el terrible castigo de exigir nuevos sacrificios a este pobre pueblo que ha sufrido tanto?». Era el 4 de julio de 1938 y Negrín explicaba a su interlocutor que los republicanos necesitarían al menos año y medio para retomar la ofensiva, pero que no veía más posibilidad que resistir porque si vencían los nacionalistas aplicarían «un reinado de terror y de venganza sangrienta». ¿Qué otra cosa cabía hacer si no resistir a la espera de negociaciones para «preparar el cese de hostilidades e inmediatamente un armisticio»[627]? En su propósito final, como en su hipótesis inicial, la política de resistencia de Negrín no estaba tan alejada de la de Azaña como el deterioro de sus relaciones personales dejaría suponer; la diferencia, insuperable, consistía en que Negrín mantuvo su estrategia ofensiva para obligar a las potencias a intervenir, mientras Azaña daba por seguro que la República nunca podría vencer y que, por tanto, había que trabajar activamente en busca de una paz negociada.

En algo más coincidían; algo que permitirá, por encima de la tensión vivida en el mes de junio, una limitada recomposición de relaciones: la insistencia en el carácter de la guerra como una guerra de independencia de la nación frente a una invasión extranjera, la exaltación de lo nacional español y la evocación de un final de la guerra por medio de un acuerdo entre españoles sin venganzas ni represalias. En esa perspectiva, que está ya más que enunciada en el punto 13 de la declaración de 1 de mayo, situará el presidente de la República, previa sugerencia y autorización del presidente del Gobierno, el discurso de 18 de julio de 1938, cuarto de sus discursos de guerra, último de los que pronunciará en su vida, todo él encaminado a preparar los ánimos para la paz. Habían transcurrido ya dos años de la rebelión militar y, en el edificio de las Casas Consistoriales de Barcelona, se habían reunido las personalidades más destacadas de la República y la Generalitat y un buen número de invitados. Una gran multitud llenaba por completo las vías adyacentes a la plaza de la República, en la que estaba formado el Batallón Presidencial, con uniforme de media gala, bandera y banda de cornetas y tambores. El presidente de la República llegó acompañado por el del Gobierno y fueron recibidos por el de las Cortes y por el ministro de Estado, con quienes después de pasar revista, entró en el Ayuntamiento. En el Salón de Ciento, Azaña ocupó el sitial de la presidencia flanqueado, a su izquierda,

por Negrín y, a su derecha, por Martínez Barrio y Companys. Desde allí se dispuso a pronunciar su discurso. Eran las siete y treinta y cinco de la tarde.

A las nueve menos trece lo dio por terminado: una hora y doce minutos exactamente. Azaña entró de lleno en la fase internacional de la guerra, insistió en que nadie quería una guerra general, pero recordó que limitar la guerra de España y extinguirla era obligación de los demás, porque eran los demás quienes la habían ampliado y quienes la mantenían en vida. La guerra, reducida al ámbito español, la dio por agotada, no porque se hubieran arriado las banderas sino por la terrible experiencia de esos dos años: cientos de miles de muertos, ciudades ilustres y pueblos humildísimos, borrados del mapa; lo más sólido del ahorro nacional, convertido en humo; los odios, enconados hasta la perversidad. Nada podrá sacarse de la guerra, porque ha demostrado ser una calamidad nacional y ha infligido a la patria un daño irreparable en todos los órdenes de la vida, sobre todo en el orden moral, al azuzar las pasiones del odio y del miedo que «han cavado en España un abismo que se va colmando con sangre española». Ése es el daño irreparable que en un momento del discurso atribuye a «un concepto islámico de la nación y del Estado», a «un dogma que excluye de la nacionalidad a todos los que no lo profesan, sea un dogma religioso, político o económico». A ese dogma de la nación como categoría excluyente, opone «la verdadera base de la nacionalidad y del sentimiento patriótico: que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo». Tal vez algún día, o al menos ésa es su esperanza, puedan sacar los españoles la lección de esta terrible experiencia.

Manifiesta después el presidente de la República su aprobación a la declaración del gobierno, los famosos trece puntos de Negrín, por haber mencionado expresamente la necesaria colaboración de todos los españoles el día de mañana para la reconstrucción de España, tarea gigantesca que tendrá que ser obra de la colmena española en su conjunto cuando reine la paz. Paz era palabra políticamente vitanda; la política era de resistencia, no de paz. De resistencia que no excluía pasar de nuevo a la ofensiva: de hecho, el Estado Mayor Central preparaba la ruptura de las líneas enemigas por el Ebro. Azaña no puede proponer en un discurso oficial, pronunciado ante el presidente del Gobierno, una política de paz. Puede insistir en el alcance internacional de la guerra y situar a los gobiernos de Francia e Inglaterra ante sus propias contradicciones y responsabilidades; pero no puede recomendar al gobierno una política que busque la mediación con vistas a la paz. Por eso, cuando enfila el final de su discurso, abandona los argumentos políticos y recuerda la profunda conmoción moral que ha sufrido el país y la obligación moral,

cuando la antorcha pase a otras manos, a otras generaciones, de pensar en los muertos, escuchar su lección y su mensaje, «que es el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón». Zugazagoitia creía que muchos compatriotas no habían podido escuchar esas palabras «sin un estremecimiento de emoción», y otro amigo de Negrín, Mariano Ansó, asegura que «la emoción producida en el auditorio que lo escuchó fue considerable». Negrín mismo, aunque conocía lo que Azaña pensaba decir, debió de sentir que algo se le removía por dentro: «Salvo el tono, pesimista y sombrío, yo suscribo lo que el presidente dijo», comentó a Zugazagoitia, que le respondió: «Celebro la coincidencia, porque somos muchos los que lo suscribimos»[628].

Fue quizá la última coincidencia, producida más por la emoción que Azaña despertaba en sus grandes discursos, que por un acuerdo sobre las consecuencias políticas inmediatas que de aquellas palabras podrían derivarse. Once días después de pronunciar su discurso, y en plena ofensiva republicana en el frente del Ebro, Azaña mantuvo en Vich una larga conversación con el encargado de negocios británico, John Leche, para plantearle una iniciativa de extrema gravedad: estaba dispuesto a forzar la salida de Negrín y de los comunistas del gobierno si Inglaterra se decidía a intervenir imponiendo la suspensión de armas, como primer paso para una retirada de extranjeros. Azaña insistió ante Leche en que él era un burgués profundamente anticomunista y que respetaría en el futuro la decisión del pueblo si votaba monarquía. Toda España estaba cansada de una guerra que podía continuar durante años. Él, por su parte, que siempre había considerado la guerra un desastre y una desgracia nacional, había pronunciado un discurso de paz con objeto de preparar a la opinión pública para que aceptara una mediación. Como su popularidad y prestigio habían aumentado, proponía la completa retirada de voluntarios de acuerdo con el plan de Londres y aprovechar las negociaciones que condujeran a esa retirada para decretar una «suspensión de armas», y no un armisticio —diferencia que Leche no acababa de entender—, seguida de una desmovilización tan amplia como fuera posible y de un intercambio general de prisioneros. Él lo forzaría con el apoyo de todo el país y si fuera necesario pronunciaría un discurso desde Madrid con el que convencería a los dubitativos. No temía a los comunistas, que eran unos «bugbear», unos espantajos. Quedaba, desde luego, la dificultad de inducir a Franco a negociar. Pero Franco era un títere en manos de Italia y las grandes potencias podían presionar a Roma. El último paso, lejano en el tiempo, sería un plebiscito, en presencia de comisarios extranjeros[629].

Todo Azaña se revela en esta entrevista: la convicción de que era vital para Inglaterra intervenir; la confianza en su propia palabra: un discurso había aumentado su popularidad, un discurso pondría el poder de nuevo en sus manos; la hartura y el cansancio de la guerra; la creencia de que los comunistas, y con ellos los rusos, eran un injerto extraño en el cuerpo de la nación, que podía podarse sin mayor problema; la inveterada afirmación de que Franco por sí mismo no era nada: sables y casullas, desfiles militares y homenajes a la Virgen del Pilar, eso era todo lo que por ese lado daba el país, no un régimen fascista, por más fascistas que hubiera, sino una dictadura española tradicional, de curas y soldados; la seguridad de que los españoles, una vez conseguida la suspensión de hostilidades para facilitar la repatriación de los voluntarios, no volverían a empuñar las armas. En conjunto, una política que carecía de fundamento en su supuesto inicial: para llevarla a cabo necesitaba que Inglaterra la auspiciara, que la hiciera suya. Y eso es lo que plantea al sorprendido John Leche: que está decidido a llevar a cabo una política de paz si cuenta con el apoyo del gobierno británico[630]. El gobierno de Su Majestad, sin embargo, se había atenido a la política de no intervención y no estaba dispuesto a que la guerra de España se convirtiera en un obstáculo para una política de apaciguamiento con Alemania e Italia. Los británicos, como desde hacía dos años, respondieron a la llamada de Azaña diciendo que no había nada nuevo en sus propuestas y que el principal problema consistía en tratar con el general Franco. Por supuesto, al presidente de la República se le debía contestar que el gobierno de Su Majestad estaba sumamente interesado y agradecido de conocer su opinión y que tendría en cuenta sus observaciones.

Ni los británicos respondieron más que con palabras que serían corteses si no mostraran un evidente desprecio hacia la República y su presidente ni el Estado Mayor Central del ejército republicano había dado por perdida la guerra, un detalle que Azaña no tuvo en cuenta cuando emprendió esta última y desesperada iniciativa por caminos alejados del papel que a la jefatura del Estado encomendaba la Constitución. Mientras Negrín y Rojo, gobierno y ejército, creyeran posible pasar de nuevo a la ofensiva, mientras mantuvieran la esperanza en una «gran victoria», los comunistas eran, como desde los días de la defensa de Madrid, imprescindibles para mantener la disciplina en el frente y el orden en la retaguardia. Formar un gobierno contra los comunistas para iniciar, sin garantías firmes de apoyo internacional, una negociación que Franco siempre había rechazado, era de todo punto imposible. En verdad, la única condición de posibilidad radicaba en la ruptura entre los comunistas y

los jefes del ejército republicano. Pero eso equivaldría a perder la guerra en las peores condiciones imaginables. De hecho, eso fue lo que comenzó a convertirse en realidad cuando la batalla del Ebro, iniciada el 25 de julio con un espectacular despliegue del ejército de la República —aunque con una incomprensible amenaza de dimisión del general Rojo, planteada unos días antes[631]—, termine, después de duros combates y siete contraofensivas del ejército rebelde, con una gran derrota, la pérdida del mejor ejército de la República y, esta vez sí, un cambio definitivo en el curso de la guerra.

Todavía le aguardaba presenciar, ahora como presidente «desposeído» —como unos meses antes le había dicho a Negrín—, la última crisis parcial de gobierno, motivada por las dimisiones de Jaume Aiguadé y Manuel Irujo en protesta por los decretos de militarización de las industrias de guerra y de los tribunales de guardia y el traslado a Barcelona de la Sala especial para la evasión de capitales, llevados por Negrín a Consejo de Ministros de 11 de agosto. Durante esos días, Negrín había tenido que aguantar en el comité nacional de su partido la embestida de Prieto que le acusaba de haber cedido ante las órdenes de los comunistas para expulsarle del gobierno: a mí me han echado los rusos, repetía ante sus silenciosos y abrumados compañeros de comité. Azaña, por su parte, recibía desolado la noticia de la ejecución de 58 de los 64 condenados a muerte en reciente consejo de guerra. «Me veré obligado a dimitir», dijo esta vez a Carlos Esplá, a quien encargó enterar de todo esto a la minoría de Izquierda Republicana. Enfrentado Negrín a los nacionalistas catalanes y vascos y acusado en el comité nacional de su partido, se multiplican los rumores de que algo se trama, sin que el presidente de la República sepa nada del presidente del Consejo, que va a visitarle a las 12 de la noche del 16 de agosto. Finalmente, los barruntos de crisis se disuelven sin que pase nada: el comité nacional del PSOE ratifica su confianza a Negrín, Izquierda Republicana no le retira su apoyo, Azaña firma dos de los decretos y devuelve el de la militarización de los tribunales de guardia, Negrín sustituye a Jaume Aiguadé por Josep Moix y a Manuel Irujo por Tomás Bilbao sin necesidad de abrir una crisis de gobierno, aunque pierda a Esquerra y al PNV en la operación; pérdida que tendrá su estrambote en las demandas de paz por separado, presentadas ante el Foreign Office y el Quai d'Orsay por José Antonio Aguirre y Lluís Companys, ofreciendo a cambio una especie de protectorado que se extendería desde el Cantábrico al Mediterráneo sobre el «cadáver de Navarra». De cómo Aguirre y Companys proyectaban recuperar el territorio que tan generosamente ofrecían a británicos y franceses, no se dice nada en esos papeles[632].

Mientras tanto, las perspectivas de una mediación franco-británica acabaron por cerrarse con el abandono de la República perpetrado por Chamberlain el mismo día, 30 de septiembre de 1938, en que entregó a Hitler Checoslovaquia. La conversación sobre España contenida en esta entrevista muestra bien el punto a que había llegado la cesión británica ante los nazis. Chamberlain pretendió convencer a Hitler de que Mussolini estaba ya tan cansado de España que acogería positivamente cualquier intento de mediación. Hitler soltó, al oír aquello, una gran carcajada y después de intercambiar las habituales generalidades, y de asegurarse mutuamente que prestarían atención al asunto, pasaron a otra cosa[633]. Ante este abandono y el derrumbe de las defensas republicanas en el Ebro a principios de noviembre, con la inmediata ofensiva sobre Cataluña, fue tomando cuerpo la única alternativa posible al gobierno de Negrín, que ya no era Prieto, mucho menos Besteiro, con quien sin embargo departió Azaña durante cuatro horas el 19 de noviembre, por «conocer su opinión y su ánimo»[634]. Después de Negrín, y consumada la bancarrota de la estrategia de victoria decisiva o de resistir para atacar, la alternativa no era ya política, sino militar: que los jefes del ejército de la República rompieran con el PCE y con Negrín y pusieran fin a la guerra tras negociar con los jefes del ejército del nuevo Estado español los términos de una rendición sin represalias y una entrega ordenada de armas y hombres, como en vano soñaba y escribía el coronel Segismundo Casado, jefe del ejército del centro, al modo en que terminó la guerra carlista. En tal eventualidad, Negrín ya no tendría nada que hacer, y menos aún Azaña, a quien Casado, preparando el futuro, calificaba como monstruo abominable en sus contactos con los emisarios del SIPM[635].

Es curioso, en todo caso, que muy avanzado noviembre, los dos presidentes puedan mantener encuentros como el que anota Azaña cuando, tras el abandono de los meses anteriores, vuelve a él para escribir las últimas entradas identificando de nuevo a sus visitantes por sus propios nombres. Usted, le dice Negrín, debe levantar bandera de unitarismo cuando acabe la guerra. Unitarismo: Negrín todavía cree que en torno a la idea de la nación que se defiende contra el invasor podría organizarse un futuro en el que los republicanos tendrían su parte y, en ella, correspondería a Azaña un papel. Azaña esboza una sonrisa: ya no está para levantar más banderas; se siente cansado y quiere abandonar cuanto antes. Y Negrín, que parece sincero, le replica: «No, señor, a usted le quedan todavía muchos años de acción política». No lo habría dicho un año antes, ni siquiera unos meses o semanas antes, pero ahora está convencido de que el presidente de la República «será

el único que salga con el prestigio intacto de todo esto». Azaña no entiende a qué se refiere y piensa que tal vez la calurosa acogida de que fue objeto cuando, unos días antes, asistió al concierto de Pau Casals en el Liceo haya convencido a Negrín de que la gente está harta de la guerra y quiere la paz[636]. Para eso, aún podría valer Azaña, pero ya no Negrín.

No iba a valer ninguno de los dos. A medida que el ejército autodenominado de ocupación avanzaba por Cataluña, las posibilidades de una intervención exterior se reducían a nada, aunque Azaña dirigirá todavía una llamada más a la República Francesa y, por medio de ella, al mundo, para que se decida a concluir «con la invasión extranjera de nuestro suelo», porque si así ocurre, «dejados los españoles en libertad de hacerse la guerra o de ajustar la paz, es seguro que no guerrearían más». Fue lo que dijo el 31 de diciembre en la entrega de cartas credenciales del nuevo embajador francés, Jules Henry, un «decidido partidario de Franco»[637]. Tampoco era tiempo ya de cambiar de política, aunque un último e insólito intento ocurrió todavía, protagonizado por varios dirigentes anarquistas como resultado, al parecer, de la reunión mantenida en casa de García Oliver por J. Juan Domenech, Juan Peiró, Federica Montseny, Francisco Isgleas y Germinal Esgleas. Preocupaba a los reunidos el destino que les esperaba en Francia si aparecían por allí con «el marchamo de comunistas en la frente» y, para borrarlo, no tuvieron mejor ocurrencia que acudir a Martínez Barrio, Azaña y Companys con objeto de que tomaran la iniciativa de formar un gobierno para poner fin a la guerra. Peiró opinó que el plan estaba muy bien pensado, pero que ya era demasiado tarde para intentarlo. Es lo mismo que les dice Martínez Barrio cuando van a visitarle: interesantísima iniciativa, pero llega demasiado tarde[638].

Inasequibles al desaliento, y preparada —según versión del interesado— por Antonio García Birlán, fueron de visita al presidente de la República Federica Montseny, Diego Abad de Santillán y el mismo García Birlán, que presumiendo de relaciones ya viejas con Azaña, se permitió decirle crudamente lo que pensaban de Negrín y de él, antes de invitarle «a desembarazarse del dictador». «Muy interesante lo que me sugieren —habría dicho Azaña a sus visitantes—. Yo había pensado una solución parecida, pero no queda tiempo para intentarla». Quizá les dijo eso o, más probablemente, se mantuviera reservado y se limitara a indicarles, como escribe Rivas Cherif, que «teniendo como tenían en el gobierno representantes calificados, a ellos correspondía plantear esa cuestión política»; una vez planteada, él resolvería, previa consulta a los jefes de los partidos, «pero que de ninguna manera promovería nunca» una iniciativa como la que le presentaba el grupo de

delegados. Era lo mismo que había dicho a Araquistain y a Fernández Clérigo cuando fueron a quejarse de Negrín y de su entrega a los comunistas. García Birlán no quedó satisfecho con la respuesta, cualquiera que fuese, y la atribuyó a que Azaña «estaba ya completamente acobardado», un sentimiento desconocido para los aguerridos dirigentes de la FAI que acudieron a él para ver si les echaba una mano en la titánica tarea de quitar de en medio a Juan Negrín. Todo el mundo se lo pedía, pero nadie, tampoco él, estaba dispuesto a dar el primer paso[639].

24. DESTERRADO Y PERSEGUIDO

Anochecido el viernes, 13 de enero de 1939, recibió Manuel Azaña un recado del general Hernández Saravia: «que me vaya de aquí». Dos días después, envía a su secretario particular, Santos Martínez, al cuartel general a recabar información. El desastre es total: ha desaparecido el ejército, apunta en su diario. Habla el lunes con Giral y le dice que habrá que señalar un límite al «disparatado propósito» de Negrín de continuar la resistencia en el centro, cuando se pierda Cataluña. Negrín se acerca a visitarle, le da cuenta de la situación y promete volver acompañado por Vicente Rojo. El que viene es Saravia, todavía al frente de Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, que instala su cuartel general a cuatro kilómetros a la espalda de La Barata y le apremia a que no permanezca allí ni un día más. El 19, Azaña escribe en su diario la que será última anotación: «Oímos el bombardeo de Igualada…». En la tarde del sábado, 21, abandona Tarrasa con su familia, secretarios y los tenientes coroneles Parra y Riaño, con la idea de instalarse en una casa de Llavaneras, todavía en obras, que no pueden ocupar, de modo que, después de pasar dos noches en «la casa del parque» y bajar al refugio antiaéreo, siguen viaje hasta el castillo de Perelada, adonde llegan el lunes 24, cerrada la noche. Allí se enteran, por la radio italiana y las arengas de los vencedores, de la caída de Barcelona[640].

Nadie se había ocupado de ellos durante estos días hasta que el viernes, 27, Rivas Cherif cazó a Álvarez del Vayo para llevarlo a ver al presidente. Después de saludarse, el ministro de Estado ofreció a Rivas nada menos que la embajada de Bélgica y le preguntó: «¿Es que su hermana de usted está aquí?», a lo que Cipriano respondió lo que a ella misma le había oído en anteriores ocasiones: «O no hay peligro para mi marido, y puedo estar aquí; o lo hay, y quiero estar con él». Su marido, en evidente peligro, escribió el sábado a Negrín para decirle que debía venir a verle con el jefe del Estado Mayor, a quien también envió un recado por medio de un ayudante. Se presentaron los dos en el castillo de Perelada el mismo sábado, 28, a las 11 de la noche. Venía el presidente abatido, derrengado y todo el relato de la

situación corrió por cuenta del general jefe del Estado Mayor, que habló durante una hora.

Si lo que el general Rojo expuso ante los dos presidentes es lo mismo que dejó por escrito en un informe sin fecha, pero seguramente de 31 de enero, la conclusión inapelable es que no había nada que hacer; que concluida la campaña de Cataluña, tampoco se podría resistir en la zona centro-sur. Aquel informe, sin título, pero con un comienzo muy elocuente: «Para terminar la guerra de una manera digna…», contenía un plan de rendición que habría de comenzar por una suspensión de hostilidades, brusca y por sorpresa, con indicación a todas las unidades de levantar, al amanecer, bandera blanca, dejar las armas y permanecer en el frente sin huir. A esa misma hora habría que prevenir al enemigo por radio para que avanzara urgentemente con sus columnas motorizadas a los lugares que se le indicaran para asumir el mando y la dirección del país. El resto de las indicaciones era de idéntico tenor, encaminadas todas a efectuar de manera ordenada y pacífica un trasvase de poderes entre militares, en el que el gobierno de la República no desempeñaría ningún papel; en resumen, un plan de rendición sin condiciones de un ejército ante otro, sin presencia de políticos[641]. El general Rojo prometió repetir ante el Consejo de Ministros lo que había expuesto, añadiendo otros detalles que había omitido para no cansar al señor presidente. Azaña encargó a Negrín, que no se mostró locuaz esa noche y prefirió asentir tácitamente a todo lo que se decía, que reuniera al Consejo de Ministros y que una vez adoptado un acuerdo, se lo comunicara, recordando una vez más que lo único que podía hacerse en aquel momento era solicitar los buenos oficios de Francia e Inglaterra.

El lunes, 30, Negrín, más recuperado de su cansancio, volvió a encontrarse con Azaña para decirle que no había sometido a deliberación del Consejo lo hablado el sábado. Si lo hiciera, le dijo, a la media hora lo sabría todo el mundo y se produciría un levantamiento en contra. Azaña le pidió entonces que llevase el asunto ante el Consejo como un mensaje suyo, personal, como una propuesta del presidente de la República. Negrín rehusó y masculló unas palabras de las que el presidente dedujo que había resuelto dar orden a los jefes de columna para levantar bandera blanca cuando no pudieran aguantar más. «¿Bajo qué impresiones estaba entonces la insegura y errática fantasía de Negrín para concebir una cosa semejante?», se pregunta Azaña. Sea lo que fuere, el presidente de la República comenzó a moverse «por su cuenta y riesgo», como él mismo escribe, enviando un mensaje al embajador de Francia para que viniera a verle a Perelada. Mientras tanto, y tal como se

ponían las cosas, el presidente dispuso que su mujer y su cuñado, con dos ayudantes y su secretario personal, se fueran al cuartel general, se presentaran a Rojo y le pidieran alojamiento. Por allí aparecieron también Negrín y Francisco Méndez Aspe, ministro de Hacienda. De buen humor, el presidente del Consejo besó la mano de Lola, se felicitó de verla sonriente y le dijo: «Así me gusta, como yo»; a lo que Lola respondió que procuraba sonreírse por fuera para no mortificar a los demás con más tristeza de la inevitable. Negrín continuó sus galanterías diciéndole que él también se reía por dentro; y en este punto, ella, sin perder la sonrisa, le contestó: «Yo, señor presidente, por dentro no me río. No es para reír…».

Desde luego, no era para reír. Mientras se iniciaba el gran éxodo de la cuarta y más importante oleada de españoles en busca de refugio a Francia, el gobierno de Negrín, después de aceptarlo, rechazó el proyecto de crear una zona neutral en territorio español «custodiada y avituallada por la acción conjunta anglo-francesa». El 26 y 27 de enero, las autoridades francesas decidieron cerrar las fronteras y rechazaron la petición de autorizar la entrada de 150 000 personas evacuadas de Barcelona. Un dispositivo de contención formado por falanges de guardias móviles, gendarmes y senegaleses, «gente valiente y brava que nunca será suficientemente elogiada», protegía con fusiles y ametralladoras las cancelas cerradas mientras la muchedumbre atascaba las carreteras y los caminos, y se desparramaba por los atajos, en busca de la frontera. «Paisanos y soldados, mujeres y viejos, funcionarios, jefes y oficiales, diputados y personas particulares, en toda suerte de vehículos: camiones, coches ligeros, carritos tirados por mulas, portando los más humildes ajuares, y piezas de artillería motorizadas, cortaban una inmensa masa a pie, agolpándose todos contra la cadena fronteriza de La Junquera […] Algunas mujeres malparieron en las cunetas. Algunos niños murieron de frío o pisoteados». El 28 de enero, el gobierno francés decidió abrir paso a los civiles y, a partir de la noche del 5 de febrero, a los militares desarmados[642].

El presidente de la República, su familia y séquito, emprendieron también la marcha hacia la frontera, desviándose de la carretera principal, hasta La Vajol, «último pueblo de España en todos los sentidos de la palabra», como dice Cipriano, «aldehuela enriscada en los Pirineos», como la describe Azaña. Allí transcurrieron las últimas jornadas del presidente; allí pasó por última vez revista al batallón presidencial: la escena, en su sencillez, desgarradora; y desde allí envió varios recados al presidente del Consejo y al ministro de Estado para que le procurasen una entrevista con el embajador de Francia.

Como ni Negrín ni Vayo movieran un dedo para que ese encuentro tuviera lugar, Azaña hizo llegar sendos mensajes a Jules Henry y a Skrine Stevenson, encargado de negocios británico, expresándoles su deseo de hablar urgentemente con ellos. Cuando Henry se acercó a La Vajol hacia el mediodía del 4 de febrero, Azaña le comunicó su completo desacuerdo con Negrín respecto a la oportunidad de proseguir la guerra y lamentó que sus frecuentes llamadas a la paz y las gestiones que había realizado para lograrla no hubieran tenido éxito. Ahora, le siguió diciendo, la única realidad es que «hemos perdido la guerra, hemos sido vencidos y no nos queda más que sacar las consecuencias»[643]. Francia e Inglaterra, le dijo, apoyadas por Estados Unidos, debían hacer todo lo posible para presentar al gobierno de Franco un plan de paz en los siguientes términos: tregua inmediata y fin de las hostilidades, designación por los dos campos de representantes que negociaran las condiciones materiales de la toma de posesión de todo el territorio por el gobierno de Franco, y evacuación de personas y familias no toleradas por el nuevo régimen. El gobierno de la República se rendiría sin ninguna condición política y el gobierno de Franco aceptaría la rendición y ofrecería una garantía de trato humanitario a sus enemigos. Los dirigentes políticos y los jefes militares quedarían libres para marcharse y se formaría un comité de republicanos que entraría en contacto con representantes de Franco. A continuación se discutirían las condiciones de paz y el fin de la guerra en todo el territorio, incluyendo el Sur. Azaña aseguró a Henry que, si Negrín rechazaba su propuesta, dimitiría y se trasladaría a Francia, ofreciendo seguridades de que nadie en adelante oiría hablar de él: continuaría sus trabajos literarios en un retiro completo y no rompería nunca el silencio. En un mensaje entregado también el 4 de febrero a Skrine Stevenson, le dio a conocer el mismo plan y le instó, en una entrevista mantenida en idénticos términos, a que su gobierno se pusiera urgentemente de acuerdo con el francés para poner fin a la guerra[644].

La suerte que esperaba a esta última llamada del presidente de la República habría de ser idéntica a todas los anteriores: aunque recibida con cortesía y hasta con interés por sus destinatarios, ansiosos ambos de establecer relaciones diplomáticas con el gobierno de Burgos, franceses y británicos percibieron de inmediato que el plan del presidente no representaba las posiciones de su gobierno y que Azaña no tenía plena capacidad «para recomendar en tanto que jefe de Estado una iniciativa de alcance nacional»[645]. La última propuesta, según comunicaba Henry a Stevenson, planteaba delicadas cuestiones de carácter constitucional. Mera excusa para la

política de esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, las delicadas cuestiones constitucionales traían a Henry al pairo ante la fuerza de los hechos. Y el hecho era que, a pesar de que su obstinación en continuar la guerra carecía de toda esperanza, Negrín había tenido siempre razón en un punto fundamental: Franco jamás aceptaría una paz negociada por medio de potencias extranjeras ni una capitulación de la República en toda regla, con representantes de los dos gobiernos acordando los términos de una rendición honorable; su ejército avanzaba por los últimos territorios republicanos como un ejército de ocupación, como rezaba el membrete impreso en sus oficios, y su guerra era una guerra de conquista que seguía la pauta de lo que Azaña había definido como política de venganza y de exterminio. Su paz no podía ser más que una paz vengadora, una paz construida sobre la liquidación del enemigo.

A las seis de la tarde del 4 de febrero, el presidente del Gobierno, acompañado por el ministro de Estado, se presentó en la «humilde morada» del presidente de la República, a quien acompañaba a esa hora el presidente de las Cortes. Eran las más altas autoridades de la República y estaban allí para cumplir la resolución adoptada por el Consejo de Ministros: el presidente, acompañado de un ministro y del presidente de las Cortes, se trasladaría a París y se instalaría en la embajada de España hasta que el gobierno pudiera organizar su vuelta a Madrid. Eso fue, al menos, lo que Negrín dijo a Azaña ante el silencio de los otros dos participantes en la reunión. «Amigo Negrín», respondió Azaña, «saldré de Cataluña cuando usted quiera, pero cuando salga lo haré definitivamente […] Conviene que usted sepa, además, que si voy a Francia no pienso instalarme en la embajada. Me trasladaré a casa de mi cuñado, en Collonges-sous-Salève, y allí permaneceré». Siguió un tenso diálogo, en el que Negrín insistió en la necesidad de anunciar, con su marcha, la decisión de su retorno y en el desastroso efecto que produciría la residencia en casa de sus familiares, como si el presidente de la República renunciara al esfuerzo final. Azaña, inamovible en su decisión de no volver a España por lo que esa iniciativa tenía de continuar la guerra, accedió sin embargo a instalarse en la embajada[646].

El domingo, 5 de febrero, a las seis de la mañana, emprendieron la triste marcha hacia el destierro. Eran una veintena de personas. Unos cuantos jóvenes, Diego Mesa, Daniel Tapia y otros, fueron delante, a situarse en el puerto. Los mayores se acomodaron como pudieron en los coches de la policía. A Martínez Barrio se le ocurrió meterse con un familiar en un

cochecillo que antes de remontar la pendiente se rompió obstruyendo el paso a los demás. Recorrieron lo que quedaba de camino a pie, hasta llegar a lo alto, cuando clareaba. Hacía un frío glacial y el presidente de la República, su esposa, Dolores de Rivas Cherif, el presidente del Gobierno, Juan Negrín y el ministro sin cartera José Giral, atravesaron la línea divisoria entre España y Francia por el puesto de aduana de Chable-Beaumont, seguidos de Cipriano de Rivas, Santos Martínez y una reducida guardia militar. Luego pasaron el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, su cuñada Blanca y algunos funcionarios de su secretaría y de la escolta. El descenso hasta Les Illes, por una barrancada cubierta de hielo, fue más difícil que la subida. Martínez Barrio se cayó dos veces y se lastimó. Giral, Riaño y algunos más también tropezaron, no así Azaña, que algo aprovechó de sus costumbres andariegas. Lola, que se había doblado un pie dos días antes, bajó la pendiente sostenida por Mesa. ¿Un viaje oscuro y cobarde, una evasión?, como lo definió Zugazagoitia. Más bien, la otra cara del fin de la República española que a muy pocos kilómetros de allí, en la multitud apiñada en la frontera, encontró, por decirlo con palabra de su presidente, su más cruel e inmerecido destino.

Provistos del salvoconducto entregado por las autoridades francesas al otro lado de la frontera, en Les Illes, y tras una breve visita a su hermana Josefa en Le Boulou, el presidente y sus acompañantes viajaron en dirección a Collonges-sous-Salève, a bordo de dos autos que muy pronto devolverá al Estado español, un Hispano-Suiza y un Mercedes de ocho cilindros, con una parada en Montpellier, para que «don Manuel y señora visitasen a Manolita, Enriqueta, Pepita y Anita, sobrinas, que allí vivían desde que la última perdiera a su marido», y otra en Nîmes, donde se quedaron a dormir. Llegados a Collonges en la tarde del día 6, el presidente se instaló con los hermanos Rivas Cherif, «un buen golpe de familia», en La Prasle, «una casa de hechura saboyana, algo vieja y bastante destartalada», situada a 300 metros de la frontera franco-suiza y a 15 minutos de Ginebra, que sus cuñados Cipriano y Adelaida habían alquilado en el verano de 1938, acomodando en la vecindad a «parte de la secretaría y del servicio particular», en total treinta y una personas. En La Prasle recibió el día 7 al delegado de México ante la Sociedad de Naciones, Isidro Fabela, con quien mantuvo una larga y cordial entrevista y a quien anunció que saldría en la noche para París con objeto de decidir, con Negrín y Álvarez del Vayo, «cuál ha de ser su conducta futura»[647].

El mismo día 7 de febrero, a la tres de la tarde, Rivas Cherif, que había entregado a la prensa un comunicado anunciando que el presidente Azaña, de

pleno acuerdo con el gobierno español, sería huésped de la embajada, telefoneó al embajador para anunciar su llegada. Asombrado por la llamada, Marcelino Pascua, que no tenía noticia, preguntó: «¿Con qué propósito viene?». «¿Cómo, que no sabe usted nada de este viaje?», exclamó incrédulo Rivas Cherif. Mal empezaba el encuentro que todavía iría a peor cuando el embajador, con voz firme y clara y con tono seco, dijo veinte minutos después al presidente: «De haberme consultado el gobierno sobre esta idea y propósito le hubiera manifestado mi opinión totalmente contraria, por parecerme ella muy desacertada y lesiva en las actuales circunstancias de España y asimismo en las de aquí, políticas y diplomáticas, que más inmediatamente me conciernen y que yo puedo apreciar». Tal vez el embajador, al contar la escena, añadió algo de su cosecha pero si ésas fueron sus palabras, hacía imposible que el presidente continuara la conversación, de manera que, ante el tono de voz y la impertinencia de lo dicho, Azaña se limitó a ordenarle: «Llegaré mañana por la mañana en el tren de Ginebra. Busque a Del Vayo y hable con él. Y también a Giral que debe de estar ya en ésa y que me acompañará como ministro»[648].

El mal humor de que hizo gala Marcelino Pascua presagiaba una hostil e incómoda estancia en la embajada, en la que fue alojado el presidente, quizá también por unos días José Giral, además del general Saravia, que había llegado a París, y del teniente coronel Parra, que con Rivas Cherif le había acompañado en el tren desde Collonges. Hasta la embajada se acercaban casi todas las tardes Martínez Barrio, Augusto Barcia y Antonio Lara, para hacerle compañía, mientras Negrín y Álvarez del Vayo, reducidas ya las condiciones de una posible rendición a la petición de garantías para que no hubiera represalias con los vencidos, instaban desde España al presidente de la República a que regresara lo antes posible. Con el general Rojo presentándole el día 12 «la renuncia total y absoluta a [su] cargo» y negándose a volver a España «para no asistir al segundo desastre al que seguramente condenará el gobierno a nuestro ejército y a nuestro pueblo», Negrín perdía un apoyo fundamental para su política de resistencia. En su carta de dimisión, Rojo reprochaba al gobierno haber puesto fuera de peligro a los presidentes de la República, de las Cortes y de los gobiernos de Euskadi y Cataluña y haber dejado en «incalificable olvido» a todos los que no pudieron eludir los horrores de los campos de concentración por no haberse estimado digno «que el ejército se rindiese cuando debió rendirse al tener perdida la guerra». Ante una defección de este alcance, y conociendo el creciente malestar de los mandos militares y los contactos de algunos de ellos con agentes de Burgos,

era vital para Negrín que Azaña le renovase su confianza regresando a territorio de la República: en un telegrama enviado el 18 de febrero, le exponía hasta seis razones de orden interno e internacional por las que el gobierno, unánime, reiteraba «la imprescindible necesidad de que el presidente» se trasladara a la zona centro-sur[649].

El presidente, por su parte, aprovechó una casual coincidencia en la embajada de los generales Vicente Rojo, Enrique Jurado e Ignacio Hidalgo de Cisneros para invitarles a pasar a su despacho y pedirles que le expusieran por escrito su opinión sobre las posibilidades de resistencia desde el punto de vista militar. Los militares, «alegando que era un asunto que competía directamente al jefe del ejecutivo, se negaron». Lo que Azaña deseaba estaba bien claro, comentó Hidalgo de Cisneros a Antonio Cordón: «Un pretexto para no regresar a España y presentar su dimisión»[650]. ¿Un pretexto? En realidad, Azaña no lo necesitaba: tenía ya decidido no regresar y esperaba únicamente la ocasión de dimitir, sobre la que tampoco tenía duda: el mismo día en que Francia y el Reino Unido reconocieran al gobierno de Burgos. Más que pretexto, pensaba seguramente en el comunicado anunciando su dimisión. El 15 de febrero había hecho saber al gobierno francés, por medio de Cipriano de Rivas, que su vuelta a España significaría un aliento al gobierno y a su política de resistencia y que dimitiría en el mismo momento en que le comunicaran su intención de reconocer al general Franco. Los franceses pretendían que el presidente dimitiera antes de ese reconocimiento, pero Azaña, que deseaba «no entorpecer al gobierno francés» se atuvo a lo dicho: sólo cuando lo anunciaran, dimitiría, pero él no haría nada por adelantar la fecha del reconocimiento. Henry comunicó a Rivas Cherif que tendría lugar del lunes al martes, 27 a 28 de febrero[651]. Como no era cosa de permanecer en la embajada «hasta que nos echaran», el presidente decidió que al día siguiente de esta comunicación, domingo 26, «saldríamos para Collonges». Salieron, en efecto, a las 22 horas, en el expreso a Ginebra, adonde llegaron a la 6.12 de la mañana. El frío era vivo y todo el campo estaba cubierto de escarcha alrededor de La Prasle, vigilada a su entrada por el inspector de policía Casano que charlaba tranquilamente con el alcalde de la comuna, M. Paul Taponnier. Y desde La Prasle, en Collonges-sous-Salève, el 27 de febrero, dos días después de que Léon Berard firmara con el general Jordana las declaraciones conjuntas que abrían la puerta al establecimiento de relaciones diplomáticas y al envío de embajadores, José Félix de Lequerica a París y el mariscal Philippe Pétain a Madrid, el presidente de la República envió al presidente de las Cortes su carta de dimisión[652].

En aquel retiro, no tuvo Azaña a su debido tiempo noticia de la reunión que la Diputación Permanente del Congreso de los Diputados celebró en París el 31 de marzo. En ella, el presidente del Gobierno, Juan Negrín, presentó un relato de los últimos días de la resistencia republicana, insistiendo en que la República estuvo «a punto de ganar la guerra» en 1938, que Cataluña pudo haberse salvado después de la caída de Barcelona y, en fin, que seis u ocho meses más de resistencia «hubieran forzado a nuestros enemigos a cambiar de rumbo». Evocó después sus últimos encuentros con el presidente de la República y los telegramas que le dirigió a la embajada para urgirle su vuelta a España y afirmó que la decisión de Azaña «de no ir a la Zona Centro-Sur» había influido de manera decisiva en «el proceso de descomposición y de rebeldía militar, preparado por los militares que había en la zona Centro». Finalmente, reservó las más duras palabras para condenar la «defección del hombre que después de haberse sentido rodeado del afecto y adhesión de todo nuestro pueblo, porque creían en él, el símbolo de la República, traicionó sus deberes abandonando a este pueblo que durante tres años había estado vertiendo su sangre en defensa de la República». Ninguno de los reunidos —y había entre ellos cinco diputados de Izquierda Republicana— se creyó en el deber de comentar estas palabras del presidente del Gobierno; sólo Dolores Ibarruri, al comienzo de su intervención, aludió a ellas para repetir literalmente los términos de la condena empleados por Negrín[653].

Azaña no se enteró de lo ocurrido hasta que Luis Fernández Clérigo le hizo llegar un ejemplar del *Diario de Sesiones*, con una carta en la que planteaba algunas cuestiones relacionadas con el papel de la Diputación Permanente y el «grave pleito Prieto-Negrín» que dividía a los exiliados españoles en México. «No sé si usted querrá decirme algo sobre estas cosas», escribía Fernández Clérigo, añadiendo: «Yo espero que sí, porque usted no puede sentirse ajeno a todo esto y sabemos todos que tiene usted mucha vida política por delante, aunque usted no la desee». Azaña le respondió, exponiendo por vez primera, el 3 de julio, desde el exilio y con toda la crudeza posible, las conclusiones lógicas a las que le habían llevado sus reflexiones del reciente pasado. Ante todo, la sinrazón de los enemigos de la República procedía del mismo hecho de la sublevación, al que se sumaba «el hecho de gobernar a España tiránicamente», y no guardaba relación alguna con la supervivencia de instituciones republicanas: siempre estará afectada de ilegitimidad. Por su parte, la legitimidad imprescriptible de los republicanos no dependía de la permanencia en el exilio de las instituciones de la República —aunque no encontraba mal que subsistiera la Diputación— ni se

perdía por las «atrocidades cometidas» ni por «las felonías de los separatistas catalanes y vascos» que, con otros «ejemplos abominables han podido regalar al enemigo motivos de justificación si todo ello no fuese consecuencia del hecho de la rebelión». Pero —añadía— esa legitimidad está basada en la elección libre de los españoles y lo que se habrá de procurar es que España sea puesta de nuevo en situación de ejercer el derecho a elegir libremente, «sin identificarlo con la República del 31 o del 36». Por mucho que doliera, había que reconocer que esa República «ha muerto» y que, en la vida política, nada se restaura, pese a las apariencias. Por lo que a él personalmente afectaba, «la guerra ha aniquilado mi utilidad política. Me ha inscrito en el cuerpo de los inválidos»[654].

De manera que su negativa a intervenir en las disputas del exilio y a firmar cualquier clase de manifiesto se basaba en una razón más honda que la mera coyuntura temporal o que su desacuerdo —nítido, desde luego— a que los republicanos se presentaran divididos en tres secciones: española, catalana y vasca, a «admitir que se contraponga o diferencie lo español de lo catalán o de lo vasco», y aparecer en consecuencia como expresidente de la República española con el mismo título con que Aguirre o Companys firmaban como expresidentes de Euskadi y de Cataluña[655]. Azaña no dejó de manifestar esta misma opinión a los amigos y correligionarios que se la solicitaron durante estos meses de exilio, e incluso más adelante, en abril de 1940, escribirá a José Giral que no era la indiferencia lo que le impedía alistarse de nuevo «en acciones políticas, cualquiera que sea su interés», sino la falta de condiciones necesarias para que «en conciencia pueda creer en la utilidad de mi acción política en España». Naturalmente, esa falta de condiciones se resume en que España estaba gobernada por la mezcla de crueldad y estupidez fundidas en el nuevo régimen, cuyos «amos y rectores incluyen en el generalato a la Virgen de Covadonga y fusilan en nombre de Nuestro Señor Jesucristo», como escribe a Blanco Amor. Azaña no puede prever cuánto durará esa atroz situación ni aventurar qué ocurrirá en el futuro inmediato, pero una cosa tiene clara: no es la República lo que hay que restaurar, sino la «emoción nacional» que la República representaba lo que habrá que alentar, lo único que «sobrevive a la catástrofe», y a lo que habrá que volver «empezando de nuevo». En resumen, opone a la idea de restauración de la República la exigencia de recuperar las condiciones en que los españoles puedan elegir libremente el régimen que quieran darse, aunque piensa que lo más grave que ha ocurrido y ocurre en España, como escribe a Esteban Salazar Chapela en una de sus más lúcidas reflexiones sobre la enormidad de la fechoría cometida

por los sublevados, «es que, mientras vivan las generaciones actuales no podrán restaurarse las condiciones mínimas de convivencia social pacífica»[656].

Éstas eran las «verdades penosas de decir, ásperas de oír» que rumia en su destierro mientras responde a una voluminosa correspondencia en la que ocupó un lugar principal la mantenida con Carlos Esplá, secretario general de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, organismo bajo la autoridad de Indalecio Prieto, enfrentado al Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, que controlaba Juan Negrín. Quiso publicar sin pérdida de tiempo una versión retocada de los diarios de 1937 —dándoles el título de *Memorias políticas y de guerra. Los cuadernos de La Pobleta*— y el diálogo sobre la guerra *La velada en Benicarló*, que ya tenía escrito, y preparar para más adelante un tercer libro, segundo volumen de las proyectadas *Memorias*, que pensaba titular *Los últimos días de la República española*. Los editores en lengua inglesa y francesa, con los que se puso en contacto, no acabaron de ver las posibilidades de venta que para sus respectivos públicos pudiera ofrecer la edición de unas memorias de la Guerra Civil limitadas a lo ocurrido en el año 1937, saltando luego todo el año siguiente, para terminar en otro volumen, todavía sin escribir, dedicado a los últimos días. Mejor ventura tuvo *La velada en Benicarló*, con el acuerdo de preparar para la NRF de Gallimard una versión francesa, a cargo del hispanista Jean Camp, y con la edición española, de la que se ocupó la editorial Losada de Buenos Aires, y que algún revuelo produjo en los medios del exilio americano y francés cuando apareció en agosto de 1939. El *governing editor* de la editorial George Allen and Unwin escribió a Cipriano de Rivas una carta el 2 de agosto de 1939 comunicándole su sentimiento por «no haber podido convencernos a nosotros mismos de que una traducción inglesa [de *La velada en Benicarló]* tendría suficientes posibilidades de éxito como para hacerle una propuesta de publicación». Azaña renunció, por su parte, a refundir sus diarios de la guerra y añadirles «otras cosas» para que resultaran más apropiados a públicos extranjeros, dejó sin terminar una nueva versión de los diarios de La Pobleta, más institucional y con juicios más matizados sobre las personas, y no escribió tampoco su proyecto de *Memorias* sobre los últimos días de la República[657].

Comenzó, sin embargo, una serie de artículos sobre la guerra de España cuya publicación dejó truncada, después de la primera entrega, la evolución de la política internacional, con la creciente amenaza para la paz que culminaría en la invasión de Polonia por los ejércitos alemanes. Sólo «La

neutralidad española», publicada en el número de junio de *The World Review* con el título «Spain's place in Europe. A retrospect and forecast» pudo ver la luz. La declaración de guerra por Francia y el Reino Unido a Alemania redujo el interés por los asuntos de España a un segundo o tercer plano: «Sentimos no poder solicitarle que presente los artículos del señor Azaña a *The Saturday Evening Post* porque la escena europea cambia tan rápidamente que no podemos permitirnos dedicar más espacio a la guerra civil española», escriben los editores de este periódico a Rivas Cherif. Se trataba de la serie de artículos en los que Azaña, persuadido de tiempo atrás de que «la historia de la guerra de España, de sus antecedentes y resultados inmediatos, será una gigantesca mixtificación y que las generaciones hoy vivientes nunca conocerán la verdad», quiso exponer su visión de las causas de la guerra que va a buscar en «el fondo mismo de la estructura social española», en la historia política del último siglo y en las divisiones de la clase obrera y de la clase media por motivos religiosos y sociales. Al lector de sus discursos no sorprenderá la atención que en esta serie de artículos dedica a la política franco-británica, a la Sociedad de Naciones, que Azaña consideró desde siempre como primeros responsables de la derrota de la República, y al papel desempeñado por la Unión Soviética, un injerto en la política española debido únicamente al abandono de las potencias democráticas. Tampoco son nuevas sus opiniones sobre la revolución sindical desencadenada por el golpe de Estado ni sobre el papel desempeñado por Cataluña y Euskadi en la marcha de la guerra, que sitúa dentro de la secular dificultad española «para levantar por asenso común un Estado dentro del cual puedan vivir todos, respetándose y respetándolo»; ni es falso su recuerdo de que en el campo republicano nunca se propuso el dilema de resistencia o rendición, sino más bien de guerra a todo trance o paz negociada. La reivindicación de la política de paz, que en modo alguno implicaba «que se abandonase la resistencia», pone punto final a estas reflexiones con la reiterada afirmación de que «la única probabilidad de obtener una solución medianamente aceptable consistía en que la capacidad de resistencia fuese tan poderosa y duradera que los enemigos y sus protectores hallasen también ventajoso poner término al conflicto por una negociación». Resistir, no para vencer, no para obtener la «gran victoria» en una batalla que diera la vuelta a la guerra; resistir para obligar al enemigo a sentarse en la mesa de negociación: ésa había sido su política de guerra y ésa es la sustancia de su último escrito**[658]**.

Mientras atendía su correspondencia, preparaba la edición de sus obras y escribía sus reflexiones sobre la guerra, una de las dedicaciones predilectas

del embajador del nuevo Estado español, José Félix de Lequerica, consistía en manifestar su reiterada protesta ante la complacencia observada por las autoridades francesas hacia las actividades de los «rojos españoles» en Francia. Lequerica no dejaba pasar semana sin enviar al Quai d'Orsay protestas formales por las gestiones de los organismos de ayuda a los refugiados, las actividades de «organismos rojos» o de «separatistas vascos», las publicaciones de los exiliados, las sesiones de los «parlamentarios rojos», las reuniones de elementos rojos «intelectuales», etcétera. Cerca de sesenta notas obsesivamente dedicadas a todo tipo de rojos exiliados recibió el Ministerio de Asuntos Exteriores francés desde abril a diciembre de 1939**[659]**. Manuel Azaña, sin embargo, no parece haber sido objeto de especial atención durante esos meses: su retiro en La Prasle, con una sola escapada a París, muy alejado de los centros de reunión de exiliados; su radical negativa a tomar partido en las desavenencias surgidas muy pronto entre los dirigentes republicanos, a participar en actividad política alguna y a firmar ningún manifiesto; su dedicación preferente a «explicar[se a sí] mismo y explicarles a los demás el porqué de tan gran catástrofe»**[660]**, su vida retirada, con muy pocas visitas, rodeado por sus más cercanos familiares, y sus paseos en coche a Ginebra, no atraían sobre él los vigilantes ojos de la embajada ni de la Falange exterior, que seguían de cerca y tomaban nota de los pasos y actividades de todos los organismos del exilio.

Atraían, sin embargo, la ira de quienes, en España, habían decidido aplicarle con todo su rigor la ley de 9 de febrero de 1939, de responsabilidades políticas, que en su artículo 1 comprendía a todas las personas, jurídicas o físicas, que desde primero de octubre de 1934 y antes de 18 de julio de 1936 contribuyeron «a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España y […] aquellas otras que, a partir de la segunda de dichas fechas, se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave»**[661]**. En aplicación de esta ley, el día 31 de agosto de 1939 el juez instructor Carlos Múzquiz Ayala, teniente del Cuerpo Jurídico Militar, incoó el expediente número 213 contra Manuel Azaña Díaz, expresidente de la República, que no concluiría hasta un año después, el 18 de septiembre de 1940, con una laboriosa indagación sobre los bienes muebles o inmuebles de los que fuera titular el encausado y sobre los que pudiera recaer una orden de embargo previa a la sanción definitiva. Durante el año largo que duró el procedimiento, el juez instructor recabó informes de todas las personas e instituciones previstas en la ley, todos los cuales reflejaron la pésima fama de que gozaba Azaña entre los más variados

medios del Nuevo Estado[662]. Así, el Servicio de Información y Policía Militar aseguraba que se había preparado para ingresar en las Academias Militares, pero después de haber obtenido plaza, la abandonó «sin que se sepa exactamente el motivo aunque es muy extendido el rumor de ser la causa defectos inconfesables». No podía faltar la nota psicológica: «Carácter seco, agrio, con dureza más aparente que efectiva»; ni sus dotes para el debate: «Hábil sofista, contundente polemista»; ni, claro está, su mayor obsesión: «Enemigo rencoroso de la Iglesia», cuya anulación psíquica y física había buscado por todos los medios. No fueron tan destructivas sus leyes militares, seguía diciendo el informe, como su propósito de «triturar la autoridad moral de todos los mandos»: Ejército y Religión, dos instituciones fundamentales según el SIPM, fueron siempre objeto de su ironía mordaz, observación con la que no habría disentido el cura párroco de Nuestra Señora de la Concepción, de Madrid, al emitir su preceptivo informe sobre el feligrés que fue de aquella parroquia Manuel Azaña Díaz. El párroco lo denunciaba como afiliado en todo tiempo a partidos de extrema izquierda, dedicado a sembrar en las incultas masas desde ateneos y centros culturales ideas disolventes y de rebeldía, «siendo uno de los principales agentes y propulsores que con sus oscuras actuaciones consiguieron el cambio de régimen con todos sus horrores». No mejoró Azaña en la opinión del párroco cuando, encumbrado al poder, desarrolló una actuación «funestísima y demoledora para España, vertiendo en las multitudes el germen de disolución y anarquía que dieron por fruto las abominaciones de sangre, robo y destrucción que todos lamentamos». Muy en consonancia con la doctrina que tenía al ahora inculpado como un castigo de Dios para que sus elegidos despertaran del letargo, el párroco terminaba su diatriba diciendo que Azaña, unido al marxismo e inspirado en tenebrosos antros, «creó tal estado social de crímenes que Dios en su infinita misericordia inspiró a nuestro ínclito Caudillo la misión de salvar a España».

Se fundían así en los informes recibidos por el juez instructor las imágenes que las derechas católica, militar y falangista habían propagado de Azaña como un pervertido sexual, un masón familiarizado con antros tenebrosos, un marxista disfrazado, un enemigo del ejército y un rencoroso adversario de la religión. A nadie le cabía duda de que su oscuridad y su rencor habían causado males sin cuento a la nación: la trituración del ejército, la persecución de la Iglesia, el permanente estado de agitación y rebeldía, la disolución y el peligro inminente de destrucción de la patria. Tampoco se los ofrecía al instructor que con estos informes a la vista declaró concluso el

expediente y lo elevó al Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid. En el auto, el juez no se demoraba demasiado en la exposición de los hechos: la destacada personalidad frentepopulista del inculpado que se derivaba de los informes recibidos y su nefasta actuación eran a todos evidentes y no necesitaban de prolija enumeración. Por otra parte, y después de los informes recabados de Alcalá de Henares, Valladolid y Palencia, todo lo que se encontró fueron diversos objetos depositados en un guardamuebles, una cuenta corriente en el Banco Hispano Americano con un saldo disponible de 5643,20 pesetas, otra en el Hipotecario con un saldo de 47,70 pesetas y diversos bienes inmuebles —entre otros, dos gallineros y un horno— en el término de Alcalá de Henares de los que era copropietario y que tenían asignado en total un líquido imponible de 198,08 pesetas.

De la elevación de este auto al tribunal superior se derivó como primera medida el embargo de todos los bienes del inculpado, que de todas formas ya habían sido incautados por Falange Española: «Nuestra casa de Alcalá, convenientemente saqueada, alberga ahora a la Falange», escribía Azaña en junio de 1939 a Ángel Ossorio. El procedimiento siguió su curso, con petición de más informes sobre la parte exacta que correspondía a Manuel Azaña de los bienes de que había sido heredero, y que resultaron de «excasísimo valor», como se decía en una «fe» expedida por el secretario del juzgado de primera instancia número veintiuno de Madrid cuatro años después. Finalmente, el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid pronunció la sentencia número trescientas en la que resultaba que la actuación política de Azaña había tenido tanto relieve y significación que hacía innecesaria su enunciación completa. Sólo por cumplir con la norma procesal se avenía el tribunal a resaltar lo más destacado, desde su participación en el denominado pacto de San Sebastián hasta la sanción con su firma de todas las disposiciones de los gobiernos rojos. Consideraba el tribunal que hechos de tal naturaleza quedaban plenamente comprendidos en varios apartados del artículo primero de la ley y que el encartado debía ser sancionado con el máximo rigor, incluso con la propuesta al gobierno de pérdida de nacionalidad. Como esto no era posible, pues el acusado ya había muerto, el tribunal falló que debía condenar y condenaba a Manuel Azaña Díaz al pago de cien millones de pesetas.

Todo esto ocurría en Madrid, desde el 31 de agosto de 1939, fecha de incoación del expediente, al 28 de abril de 1941, fecha de la sentencia condenatoria. En Francia, mientras tanto, las cosas comenzaron a cambiar para toda la familia cuando el prefecto de Alta Saboya les aconsejó que se

alejaran de la frontera suiza, tras la declaración de guerra presentada a Alemania por Francia e Inglaterra. Gracias a la ayuda de Carlos Montilla, que les informó de una casa disponible en Pyla-sur-Mer, cerca de Arcachon, en la costa atlántica, a 60 kilómetros de Burdeos, Azaña dejó Collonges el 2 de noviembre y se instaló a mediados de mes en la villa L'Éden, en compañía de su mujer, sus cuñados Adelaida y Cipriano, la mujer de éste, Carmen Ibáñez con sus cuatro hijos, José Ramón, Enrique, Carlos y Susana, y las personas adscritas a su servicio que todavía permanecían con ellos: Antonio Lot, Epifanio Huerga, José Ibáñez y Alejandra Casas. Cerca, en Arcachon, en la villa Nadiege, se había establecido su hermana Josefa, con su marido, Ramón de la Guardia, desde hacía años clavado en un sillón; sus sobrinas Concha, Pepita, Manuela, Enriqueta, todas solteras, y Ana, viuda, con sus dos hijos pequeños, Manuel y Antonio, además de Luis Martínez, cuñado de ésta**[663]**. La mayor parte de las treinta y una personas que le habían acompañado en su primer destierro habían emigrado, o ya habían obtenido su visado para emigrar, a América. En el *boulevard* de l'Ocean, especie de «Ciudad Lineal, con más elegancia», un lugar «abierto, costero y burgués», se sintieron al abrigo de una posible invasión alemana de Francia por Suiza y pudieron disfrutar de «la suavidad del clima, la tranquilidad del ambiente, el reposo agradable que se respiraba por doquier» y de la cercana compañía de tres familias de emigrados «derramados por el gran pinar [de la] costa ostrícola», las de Carlos Montilla, Miguel Salvador y la del diplomático Begoña, a los que se unían de vez en cuando el matrimonio José Xirau y Matilde Huici. Azaña, en la nueva casa, con su familia y sus amigos, se siente completamente en paz, mientras sus sobrinos disfrutaban de un campo casi ilimitado para sus aventuras «en la abundancia de escaleras, escaleritas, sótano, desván, terrazas, balcones y garaje» de que disponía aquel *Éden*[664].

Pero una ligera gripe sufrida durante el verano anterior se convirtió desde principios de enero de 1940 en un catarro seco, con fatiga al respirar y finalmente en una «gripe insidiosa» que sirvió para que los médicos —el doctor Monod, que consultó a dos especialistas del corazón— descubrieran una gravísima afección aórtica con dilatación tremenda del corazón y «una porción de averías en el sistema cardiaco», que lo tuvieron varias semanas inutilizado: una «congestión pulmonar adornada de pleuresía» había requerido hasta tres punciones de las que guardaba un recuerdo pavoroso. Por Madrid corría el rumor de que hablaba de vez en cuando por la radio francesa, que había declarado la guerra a Alemania y anunciado su próxima vuelta a España después de la victoria de los aliados. La verdad era, sin embargo, que

durante los meses de marzo y abril y hasta bien entrado mayo, pasaba las horas sentado día y noche en un sillón de orejas, sufriendo espasmos y continuos ataques de tos, escupiendo sangre, sin poder hablar, sin fuerza para llevarse nada a la boca, sin sueño, sin dormir, lleno de alucinaciones, descansando gracias a buenas dosis de calmantes que no suprimían un permanente estado de nerviosismo e inquietud[665].

Asistido y acompañado por el doctor Felipe Gómez Pallete desde que lograron rescatarlo de una compañía de trabajadores a la que había sido asignado en un campo de concentración, no comenzó a sentirse mejor hasta finales de mayo, cuando pudo dormir otra vez en su cama, aunque siempre sentado. El 9 de junio dictaba una de sus últimas cartas, dirigida a su antiguo secretario, Santos Martínez Saura, en México desde finales del año anterior, dándole cuenta de su mejoría, pero diciéndole que había perdido diez kilos, que tenía un aspecto cadavérico y que todavía no podía escribir por su propia mano. Unos días antes había recibido la visita de Miguel Maura, que venía a proponerle, por iniciativa de Yvon Delbos, el reconocimiento de Franco por todos los políticos del Frente Popular a cambio de una amnistía general. Azaña le habría contestado que estaba dispuesto a firmar lo que fuese y que hasta suscribiría en ese momento una restauración monárquica, pero que Franco no necesitaba nada de los republicanos ni de los franceses[666]. La entrada de los alemanes en París disolvió por sí misma la vana iniciativa de M. Delbos que Maura había acogido con su inagotable entusiasmo.

En medio del sufrimiento causado por sus penosas condiciones de salud, el 22 de junio de 1940, el mismo día en que alemanes y franceses firmaban el armisticio en el bosque de Compiège, el subsecretario del ministerio español de Asuntos Exteriores llamaba al consejero de la embajada francesa para decirle que su gobierno sabía de buena fuente que Azaña, Negrín y «otros jefes rojos» habían solicitado al gobierno francés un visado para salir de Francia con destino a México. Ese día, el ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer, decía al nuevo embajador de Francia en Madrid, Georges Renom de la Baume, para que se lo comunicara al jefe del Estado francés, mariscal Philippe Pétain, que España esperaba con impaciencia que los franceses pusieran «hors d'état de nuire» a los jefes rojos actualmente en Francia y entre ellos, sobre todo, a Azaña, Negrín y Prieto. Renom de la Baume apoyaba calurosamente esa recomendación no sólo por venir de quien venía, Serrano Suñer, pilar de la política gubernamental española, tal vez en fecha próxima ministro de Asuntos Exteriores, sino también por lo que a ellos, franceses, concernía, ya que sería muy imprudente dejar de poner «hors

d'état de nuire» a aquellos «agitadores cuyas ideas habían causado tanto mal a nuestro país»[667].

Transmitió, pues, Renom de la Baume la indicación de Serrano al Ministerio de Asuntos Exteriores, que la puso en conocimiento del ministro del Interior. Pretendía Serrano que las autoridades francesas impidieran por todos los medios la salida de Francia de los «jefes rojos» en la confianza de que a la primera oportunidad les serían entregados sin mayores formalidades, como había ocurrido en la zona ocupada y como insistían en que se les entregase a Manuel Portela Valladares, acusado de robo y otras felonías. Para acelerar los trámites, a la demanda «pressante» de impedir la salida siguió muy pronto el envío de dos listas, la segunda encabezada por Manuel Azaña, con la exigencia de extradición por la vía rápida, sin formalidades jurídicas, de 636 personalidades republicanas que los servicios del Ministerio de Gobernación español tenían localizadas en Francia. La insistencia de Serrano ante las autoridades de Vichy para que entregaran a los españoles, su enojo ante la invariable respuesta francesa de que eran los tribunales quienes decidían en los procedimientos de extradición, muestran bien la saña vengativa con que la dictadura de Franco persiguió a los derrotados republicanos más allá de las fronteras[668].

Fue así creciendo la angustia de sus familiares ante el peligro que sobre el expresidente se cernía. El 19 de junio, Juan Negrín se había acercado desde Burdeos a Pyla-sur-Mer, para invitar a Azaña y a su cuñado a ocupar dos puestos todavía libres de una embarcación que esperaba en el puerto, bajo las bombas de la aviación alemana, la llegada del práctico para emprender viaje a Inglaterra. Azaña quedó muy impresionado por la visita y la generosa oferta de Negrín, pero no se sintió con fuerzas para aceptarla: «Ya ha hecho usted con venir más que muchos amigos», le dijo, pensando quizá en Prieto, con quien tantos buenos y malos ratos había pasado y que había embarcado hacia México, enviándole únicamente un recado verbal de despedida con un inspector de policía[669]. Obligado a permanecer en Pyla, su familia pidió a Gustavo Pittaluga que visitara a José Félix de Lequerica con objeto de que solicitara a las autoridades francesas garantías para el expresidente, incapacitado de moverse. El embajador le contestó desabridamente que «no había garantías de ninguna clase y que lo mejor que podía hacerse con Azaña era trasladarle a la llamada zona libre»[670]. Así se hizo: con los alemanes pisándole los talones, en ambulancia y autorizado por el prefecto, viajó Azaña desde Pyla-sur-Mer, con una breve parada en Périgueux, hasta Montauban, en la mañana del 25 de junio, acompañado por su mujer, Gómez Pallete y

Antonio Lot. Aquí, en un reducido inmueble, la casa del doctor Cave, alquilada por Ricardo Gasset para albergar a un grupo de refugiados españoles, lo encontró el 2 de julio el ministro plenipotenciario de México en Francia, Luis Ignacio Rodríguez, advertido por el general José Riquelme y el coronel Arturo Mena: «Aquí me tiene, mi ilustre amigo, convertido en un despojo humano», le saludó Azaña, muy emocionado y con los ojos nublados de lágrimas: «no puedo resistir más, siento que mi corazón estalla, sé que me persiguen, tratan de llevarme a Madrid; no lo lograrán, antes habré muerto». Sus carnes, observó Rodríguez, se habían consumido hasta lo increíble, tenía la palidez del cadáver y sus ojos profundamente hundidos acusaban la huella del dolor y el martirio. Lo que más atosigaba su espíritu era desconocer la suerte de su cuñado y de su familia, que habían permanecido en la casa de Pyla-sur-Mer[671].

La preocupación de Azaña por los suyos estaba más que justificada, pues mientras en la «zona libre» el gobierno francés no permitía extradiciones por vía puramente policial, en la zona bajo ocupación alemana las cosas transcurrían de manera harto diferente. Allí, el orden público quedó bajo control de las fuerzas de ocupación que se entendieron admirablemente, tras los servicios prestados por Lequerica en la negociación del armisticio, con los funcionarios españoles y los elementos de la Falange exterior que el día siguiente de la ocupación de París asaltaron los edificios ocupados hasta días antes por diversos organismos republicanos. Los alemanes nada tenían, en principio, contra los refugiados españoles, o eso creyeron para su desventura algunos de ellos. Pero culminada la ocupación, agentes de la Gestapo, auxiliados por policías y miembros de Falange, detenían a toda la familia Rivas Cherif en su casa de Pyla-sur-Mer el día 10 de julio. Con ellos cayeron también sus vecinos, Carlos Montilla y Miguel Salvador, de Izquierda Republicana y amigos de Azaña desde los años del Ateneo, cuando Salvador se ocupaba de las veladas musicales. En Burdeos fueron detenidos los socialistas Teodomiro Menéndez y Francisco Cruz Salido, y unos días después, el 27 de julio, en París, Julián Zugazagoitia, exdirector de *El Socialista* y exministro de la República. Deportados todos ellos a España, después de comparecer ante el jefe de la Brigada Político Social, fueron sometidos a consejo de guerra sumarísimo, acusados de adhesión a la rebelión.

Manuel Azaña conoció la noticia al abrir un sobre de su hermana Josefa dirigido al doctor Pallete. «¡Bien saben lo que me han hecho! ¡Esto sí que no lo resisto!», comentó a su mujer. Y en verdad que no lo resistió: un amago de

ataque cerebral fue la consecuencia directa del golpe, aunque todavía pudo dictar una carta al ministro de México informándole de la detención de toda la familia, su cuñado, la esposa de éste y sus cuatro hijos y una hermana, por «agentes españoles y militares alemanes» que se llevaron de la casa papeles, libros y dinero[672]. En la causa número 100 159 incoada el 23 de septiembre de 1940 contra los procesados Cipriano de Rivas Cherif, Francisco Cruz Salido, Carlos Montilla Escudero, Miguel Salvador Carreras, Julián Zugazagoitia Mendieta y Teodomiro Menéndez Fernández, se acusaba al primero de ellos de haber sido persona destacadísima en la política del gobierno del Frente Popular, por su entusiasta gestión, su plena identificación con el gobierno y el ejército rojo, «oponiéndose con decidido empeño al triunfo del Glorioso Movimiento Nacional». Los instructores de la causa dedujeron que, por su grado de amistad con el presidente de la República, Rivas Cherif había influido «notablemente en la marcha política y en la orientación de la zona roja»[673].

Mientras tanto, el cónsul de Francia en San Sebastián informaba al embajador La Baume de que la Gestapo se había puesto de acuerdo con las autoridades españolas para buscar y entregar a todos los jefes rojos que se encontraran en la zona ocupada. El embajador, por su parte, había recibido una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores español señalando la presencia en Périgueux de Manuel Azaña e insistiendo en que no dejaran salir de Francia a los jefes rojos allí refugiados. La nota fue inmediatamente transmitida al ministerio francés del Interior señalando de nuevo el interés que su departamento concedía a que «los antiguos dirigentes republicanos españoles refugiados en Francia, especialmente Azaña, fueran situados en la imposibilidad de salir de nuestro territorio». Así ocurrió, en efecto: Interior envió el 20 de julio una circular a todos los prefectos de los departamentos no ocupados disponiendo que se negara el visado de salida de Francia «a los antiguos dirigentes republicanos españoles, especialmente Azaña, Negrín y Prieto» y que se dieran instrucciones a los comisarios de frontera para que obstaculizaran «la salida del territorio francés por los interesados que pudieran franquear la frontera clandestinamente y bajo falsa identidad». Serrano Suñer no se dio por satisfecho con estas medidas y protestó duramente ante Renom de la Baume por lo que consideraba actitud complaciente del gobierno francés con los enemigos de la España nacionalista: Prieto había escapado, nada se había hecho contra Portela Valladares, y los «ministros del gobierno vasco» pudieron embarcar en Marsella rumbo a América. La Baume protestó contra las imputaciones de

Serrano y le recordó que cuando conocían el domicilio de los dirigentes republicanos, como era el caso de Azaña, no dudaban en tomar las medidas necesarias para impedir su salida de Francia[674].

La presión permanente ejercida por Serrano Suñer y Lequerica sobre el embajador francés y los ministerios del Exterior y del Interior surtieron efecto: todas las llamadas dirigidas al ministro de México para que intercediera por Azaña y su familia ante las autoridades francesas tropezaron con obstáculos insuperables. En una carta dirigida a «Son Excellence», de 22 de agosto, manuscrita en correcto francés, Dolores de Rivas explicaba a Laval —o quizá a Pétain— que había tomado sobre sí dirigirle la súplica por su familia, porque su marido, que había pasado los últimos seis meses entre la vida y la muerte, había sufrido una recaída y por el momento estaba absolutamente impedido para prestar atención a nada de lo que les interesa. Por esos días, llegaban a Montauban Pedro Urraca con un grupo de falangistas, lo que añadido a los requerimientos del doctor Cave para que buscaran otro alojamiento, movió a Dolores de Rivas a pedir permiso, que le fue denegado, para trasladarse con el enfermo a Vichy[675]. La embajada española volvió a exigir en una nota de 16 de septiembre que el expresidente de la República fuera sometido a vigilancia muy estrecha. Solícito, el Ministerio francés del Exterior informaba dos días después al embajador, quien a su vez lo comunicaba a su ministro, que habían sido tomadas todas las disposiciones necesarias para que bajo ningún concepto pudiera salir Azaña de Montauban. El expresidente de la República era, ciertamente, un confinado a perpetuidad[676].

¿Qué pretendía Serrano al exigir la vigilancia y el confinamiento de Azaña? Sin duda, tenerlo bajo control hasta que las autoridades francesas decidieran su extradición y pudiera ser sometido en España a consejo de guerra. Pero Serrano debió hacerse a la idea de que su avalancha de solicitudes de extradición no iba a ser cumplimentada por vía administrativa. En nota de 5 de octubre de 1940, Lequerica le informaba de que «tanto las Autoridades francesas como las de ocupación se niegan actualmente a conceder cualquier extradición que no sea solicitada con las formalidades indicadas en el artículo 5 del Convenio de Extradición franco-español de 14 de diciembre de 1877»[677]. El rumbo que tomaba la persecución de los republicanos refugiados en Francia explica que Azaña, moribundo, no fuera capturado ni extraditado: los agentes españoles que llegaron a Montauban, y el mismo embajador, que merodeó algún día por allí, no se atrevieron a realizar una captura clandestina.

Por temor a un posible secuestro, Luis Ignacio Rodríguez alquiló a nombre y expensas de la Legación de México unas habitaciones en el Hotel du Midi, adonde fue trasladado Manuel Azaña el 15 de septiembre, un día antes de sufrir un nuevo y más grave infarto cerebral que le afectó al habla y le causó una parálisis facial. A su lado quedaron dos representantes de la Legación, Ernesto Arnaud y Antonio Haro Oliva, que con Antonio Lot y el general Saravia, llamado por Pallete —que poco después se quitó la vida— formaban una especie de guardia y ayudaban al expresidente a dar algunos pasos por el hotel. También se acercaba a menudo el pintor y escultor Francisco Galicia, que alguna vez le vio andando y delirando como un fantasma por el pasillo y a quien un día le dijo: «Mire, Galicia, a lo único que aspiro es a que queden unos cientos de personas en el mundo que den fe de que yo no fui un bandido». El día 25 recibió la visita de Rodolfo Llopis, advertido por el doctor Pouget de que no debía sorprenderse si no encontraba coherentes sus palabras: «Ya me ve. Tengo una cosa en el pulmón derecho, otra en el izquierdo, la vista, la boca… Estoy hecho una zambomba», le dijo, pero aun conservaba memoria suficiente para preguntarle por don Francisco y sus hijas y para recordarle que Araquistain no estaba bien informado y que Negrín fue en una ocasión a decirle que estaba dispuesto a fusilar a Largo Caballero y a Araquistain. Le dijo también que se iba a Vichy en unos días, porque allí no se exponía a que «esos bárbaros me lleven a Madrid»[678].

La triste rutina diaria sufrió un sobresalto el 17 de octubre con el alegre repicar de las campanas de la catedral, situada a diez metros del hotel, para celebrar la llegada del nuevo obispo de Montauban, Pierre-Marie Théas. Muy bien se sentía Manuel Azaña aquella tarde y comentó con Lola cuánto le hubiera gustado asistir a la bonita ceremonia de la entronización del obispo. Recordó el Escorial y sus campanas, y quizá Alcalá y sus monjas, y París y el canto de vísperas: las campanas que habían mecido su cuna y le habían acompañado en su juventud sonaban de nuevo ahora, cuando se encontraba a las puertas de la muerte, que no tardaría en llegar. Cuatro días después de la entrada del obispo en Montauban, Cipriano de Rivas era condenado en Madrid a la última pena con todos los demás procesados, excepto Menéndez[679]. Su hermana, al conocer la noticia, acompañada por una monja que se había acercado a ella para que intercediera ante la Legación de México a favor de una familia judía, fue a ver al nuevo obispo, que trató de calmarla y consolarla. Monseñor Théas «dictó dos cables, dirigido uno a Franco y otro a Roma» y se los entregó para que ella misma los cursara. Al día siguiente, se presentó en el hotel para informarse por el estado del enfermo. Pasó a la

habitación y charló un rato con Azaña que, muy complacido y sonriente, le habló de todo, de Cipriano, de los niños, de su juventud en el Escorial. Notando que se cansaba, el obispo les dejó enseguida y no le vieron más hasta que, enterado de la extrema gravedad en que había caído en los últimos días de octubre, volvió de nuevo acompañado de un cura español, que pretendió entrar a verle. No accedió su mujer, que dejó pasar al obispo, a quien tantas veces Azaña había reclamado. En fin, y siempre según el relato de Dolores de Rivas a su hermano, pasadas las diez de la noche del día 3 de noviembre, viéndole morir y angustiada por su soledad en aquel dolor, encargó a Antonio Lot que llamara a Saravia y a la monja, *soeur* Ignace, que cumpliendo sus deseos volvió un poco más tarde acompañando al obispo.

Y así, en el momento de su muerte, el 3 de noviembre de 1940 a las doce menos cuarto de la noche, rodeaban a Manuel Azaña, en su habitación del Hotel du Midi, su mujer, Dolores de Rivas Cherif, el general Juan Hernández Saravia, el pintor Francisco Galicia, el mayordomo Antonio Lot, el obispo Pierre-Marie Théas y la monja Ignace. El ministro de México, Luis I. Rodríguez, que asistió el día 5 al entierro con todo el personal de la legación, llevó ese mismo día a Vichy a Dolores de Rivas, con Saravia y Lot[680]. Galicia y unos amigos quedaron encargados de hacer los arreglos del cementerio como ella quería: una simple lápida de piedra con dos cipreses a la cabecera, y en la piedra una cruz de bronce sobre la inscripción:

Manuel Azaña
1880-1940

* * *

En 1954, cuando todavía el nombre de Manuel Azaña no se pronunciaba y si alguna vez se leía era rodeado de adjetivos denigrantes, hizo Josefina Carabias un viaje a Barcelona[681].

Una señora amiga suya la invitó a una excursión hacia el interior, al norte. Se proponían pasar la noche en un magnífico hotel que se había abierto en Sant Hilari de Sacalm. Cuando iban de camino se dio cuenta Josefina de que aquel nombre le decía algo. ¿No hay por aquí un balneario?, preguntó. Sí, por cierto, a ese balneario era donde solía venir Azaña. Dicen que son unas aguas muy buenas para el hígado, le respondió su amiga.

Era el mes de noviembre, y allí no había nadie más que una mujer que estaba al cuidado del manantial. Les enseñó todo y cuando se iban a marchar

la llamó aparte, diciéndole: ¿Le importaría a usted entrar un momento? Ahí, un poco más arriba, donde yo vivo…

La siguió a una habitación muy limpia, muy campesina, como era también la buena mujer.

—Me ha parecido oír que usted conoció al señor Azaña, el que venía aquí a tomar las aguas, le dijo la mujer.

—Sí, le conocí bastante. Era amigo mío, respondió Josefina.

El rostro de la mujer se iluminó. Después abrió el aparador y sacó un vaso. Un vaso vulgar y corriente, con el cristal un poco empañado.

—Mire. Éste es el vaso en el que él bebía el agua. Lo guardé como recuerdo. Nadie más bebió después en él ni beberá mientras yo esté aquí. No sabe lo que me gusta poder enseñárselo a alguien que lo sepa apreciar.

—¿No se lo había enseñado usted a nadie hasta ahora?

—Sí. Ya lo creo. En esta tierra se le quería. Más de uno ha venido preguntándome.

—Usted por lo que veo, tiene buen recuerdo.

—No lo puedo tener mejor. ¡Era todo un señor…! Sencillo, como los verdaderos señores. Hay quien dice que era orgulloso. No es cierto.

Pasado un momento, añadió:

—Ya sé que él se murió. Pero nadie me ha dado nunca razón de la señora. ¿Qué fue de ella? Era muy dulce. Muy cariñosa con él y con todo el mundo.

—Está en México.

—Pues si tiene ocasión, mándele recuerdos de mi parte. Y dígale que aquí está el vaso. Bien guardado. Si algún día vuelve a España, yo sé que no dejará de venir por Sant Hilari. ¡Eran tan felices aquí, paseando los dos solos…!

Parecerá una tontería, termina Josefina Carabias, pero fue entonces la primera vez que tuvo la sensación de que don Manuel Azaña no estaba enterrado del todo, de que más tarde o más pronto se hablaría de nuevo de él, que despojado de la idolatría incondicional de algunos y del odio feroz de otros, tendría su lugar en la historia.

Apéndice. Cuatro cartas

A PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ

[Membrete]
El Ministro de la Guerra
Madrid, 23 de abril de 1931

Sr. D. Pedro Sainz
Mi querido amigo

Ha sido en mi poder su afectuosa carta de 20 del actual, que le agradezco muy de veras, pues me consta la sinceridad de sus manifestaciones.

Como siempre sabe es suyo afmo. amigo s. s. q. e. s. m.

Manuel Azaña

A SALVADOR DE MADARIAGA

[Membrete]
El Presidente del Consejo de Ministros
y Ministro de La Guerra
[s/f]

Sr. D. Salvador de Madariaga

Querido amigo: Muy agradecido a su felicitación. Está bien eso de escultor; pero ¿en qué materia? ¡Velay! como dicen en Valladolid.
Muy suyo afmo.

M. Azaña

[Membrete]
El Presidente del Consejo de Ministros
y Ministro de la Guerra

15 de febrero [de 1932]

Querido Madariaga: Contesto a su carta del día 10. La persona de que se habla vino a decirme que con ocasión de un viaje a París, procuraría adquirir algunas informaciones de carácter político. Me pidió cartas para algunos señores franceses, y por diversas razones no pude dárselas. Me indicó también que le convendría que en la Embajada supieran que él era y es un amigo del Gobierno, para que sus pasos no dieran motivo a torcidas interpretaciones. No me pidió carta ni presentación ningunas. Yo dije en mi secretaría que *avisaran a la Embajada*. Después he sabido que desde aquí hablaron por teléfono con un secretario; ignoro los términos de la conversación, que no podía tener otro alcance que el de advertir sobre la condición de amigo del viajero; pero naturalmente nadie ha pensado que lo que se avisaba al secretario fuese para que lo ignorase usted. Ese señor no llevaba encargo ni misión alguna conferidos por mí, ni por nadie, y habría sido muy inconveniente, por otras circunstancias, que se presentase ante usted con un carácter que no tenía.

Eso es todo, y no hay para qué dar al caso una importancia que no tiene. Ya sé que no es usted quisquilloso, y lo celebro; pero le agradeceré particularmente que no se *estrene de quisquilloso* en este pequeño asunto, en el que no puede haber cosa que se roce con la *confianza*.

Su afmo. amigo

M. Azaña

A Alejandro Lerroux

[Membrete]
El Presidente del Consejo de Ministros
y Ministro de la Guerra
28 de agosto 1932

Excmo. Sr. D. Alejandro Lerroux

Querido amigo: Me es grato acusarle recibo de su atenta carta fecha 26 del corriente y manifestarle, tanto en mi nombre como en el del Gobierno, lo mucho que estimamos su solidaridad y adhesión y la de su partido en estos trances difíciles para la República, para cuya defensa siempre hemos de estar acordes.

Le reitero mis saludos cordiales,

Notas

[1] Vicente Sánchez Moltó, «La saga de los Azaña», en VV. AA. *Alcalá de Henares. Páginas de su historia*. Alcalá de Henares, 2003, pp. 377-392. <<

[2] Para la desamortización en Alcalá, con una indicación sobre la familia Azaña, Josefina Gómez Mendoza, *Agricultura y expansión urbana. La campiña del bajo Henares en la aglomeración de Madrid*, Madrid, 1977, pp. 206-208. <<

[3] «Las fiestas de Cervantes en Alcalá», *El Imparcial*, 10 de octubre de 1879. <<

[4] Todas las fechas están tomadas de los respectivos *Libro de Actas de sesiones del Ayuntamiento Constitucional de Alcalá de Henares*, Archivo Municipal de Alcalá de Henares. <<

[5] Esteban Azaña, *Historia de Alcalá de Henares*, [II, 1883, p. 289] ed. facsímil, Universidad de Alcalá de Henares, 1986, p. 873. La referencia al medio culto es de unas notas de Manuel Azaña, recogidas en vol. 7, p. 453. Para medir el destrozo, antes y después, Josué Llull Peñalba, *La destrucción del patrimonio arquitectónico de Alcalá de Henares (1808-1939)*, Alcalá de Henares, 2006. <<

[6] Esteban Azaña, *Historia*, pp. 840-846. Manuel Azaña, «Homenaje a don Lucas del Campo», *Obras completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Taurus, 2008, vol. 1, p. 148. En adelante, todas las citas de Azaña se limitarán a indicar volumen y página de esta edición. <<

[7] Recuerda esta impresión en la nota inédita «Odio al carlismo» [ca. 1918], vol. 7, p. 398. <<

[8] Lo dice en «Una constitución en busca de autor», *España*, 12 de enero de 1924, vol. 2, p. 307. <<

[9] Luis Enrique Otero, Pablo Carmona y Gutmaro Gómez, *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, 2003, p. 130. <<

[10] Así recuerda a su madre el personaje de *La vocación de Jerónimo Garcés*, vol. 7, pág. 75. <<

[11] «Noticia sobre la vida y escritos de don Félix Díaz Gallo», vol. 7, p. 361. Apuntes de su «Block», vol. 7, p. 453. En «Con el debido respeto…», *Gente Vieja*, 20 de noviembre de 1901, vol. 1, p. 63, Azaña había escrito que *Cagliostro* y Félix Díaz Gallo «se parecen en muchas cosas: en su estilo punzante y satírico; en sus vastos conocimientos, que casi son omnisciencia; lo mismo conocen las lenguas vivas que las muertas y que las agonizantes, porque hasta vascuence saben…». Referencia al país montañoso, «El espíritu público en Francia durante el armisticio», *La Pluma*, 2 de julio de 1920, vol. 1, p. 664; al Cantábrico, *El jardín*, vol. 2, p. 656. <<

[12] *La vocación de Jerónimo Garcés*, vol. 7, p. 76. Vicente Sánchez-Ocaña, «Cuando yo era chico. Recuerdos de niñez del ministro de la Guerra», *Estampa*, 3 de octubre de 1931, vol. 3, pp. 69-71. Recuerdo del primer día de clase, Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, 1981, p. 33. <<

[13] En sus confidencias a Vicente Sánchez Ocaña, vol. 3, p. 71, Azaña recuerda en 1931 haber aprendido las primeras letras en el colegio de don Eduvigis y haber cursado el bachillerato en «otro, gobernado por un señor llamado don Miguel». La firma de Miguel María Alonso aparece en las inscripciones de matrícula de Manuel Azaña presentadas en el Instituto Cardenal Cisneros: Archivo Histórico Nacional (AHN), Universidades, leg. 1908, exp. 5. Hay una breve ficha del Colegio Complutense de San Justo y Pastor en Urbano Brihuega Moreno, *La instrucción pública en Alcalá de Henares. El periodo entre Repúblicas, 1873-1939*, Alcalá de Henares, 2005, pp. 84-85. <<

[14] *El jardín de los frailes*, vol. 2, p. 658. <<

[15] *Las memorias*, vol. 7, p. 454; *El jardín*, cit. <<

[16] Narciso Campillo y Correa, que aparecerá en *El jardín de los frailes*, vol. 2, p. 656, era autor de una *Retórica y poética o Literatura preceptiva*, Madrid, 1881, que los alumnos debían saberse al dedillo para pasar el examen. La hoja de estudios de Manuel Azaña, con las calificaciones de sus exámenes en el Instituto Cardenal Cisneros de 1888-1889 a 1892-1893: AHN, Universidades, leg. 1908, exp. 5. <<

[17] *La vocación*, vol. 7, p. 77. <<

[18] La escena procede un manuscrito inédito «[Yo me llamo Delfín]», vol. 7, p. 359. <<

[19] He tomado todos estos datos del certificado expedido el 26 de febrero de 1940 por Francisco Cabañas Botín, registrador de la propiedad de Alcalá de Henares, en cumplimiento del exhorto de Macario Pastor y Álvarez de Sotomayor, juez de primera instancia que a su vez cumplía un exhorto a él dirigido por el juez civil especial de Responsabilidades Políticas de Madrid. AGA, Justicia, leg. 130329. Confidencia de Azaña a Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato*, p. 34. <<

[20] «Impromptu en El Sitio», 9 de abril de 1933, vol. 4, p. 307. <<

[21] *El jardín de los frailes*, vol. 2, p. 656. <<

[22] La primera evocación de la plazuela es de 1904, *La vocación de Jerónimo Garcés*, vol. 7, pp. 92-93; la segunda es de 1921, «El jardín de los frailes, II», *La Pluma*, 17 de octubre de 1921. <<

[23] Así comienza *La vocación de Jerónimo Garcés*, vol. 7, p. 73. <<

[24] Así consta en el certificado expedido el 2 de enero de 1927 por Julio Mayoral García, juez municipal y encargado del registro civil de Alcalá de Henares: AHN, Diversos. Títulos-Familias, leg. 3342. <<

[25] La escena es de *El jardín de los frailes*, que no es una autobiografía aunque contiene muchos datos autobiográficos, vol. 1, p. 659. Gabriel del Estal, «Azaña, genio y figura. Su Escorial íntimo», *Anuario jurídico y económico escurialense*, 23, 1991, p. 253, da como fecha de ingreso octubre de 1893, lo que querría decir que el Real Colegio aceptaba alumnos sin título de bachiller. <<

[26] Una nota sobre las misiones puede verse en William J. Callahan, *La Iglesia católica en España (1875-2002)*, Barcelona, 2003, pp. 208-209, de donde son las citas. <<

[27] Azaña recuerda estas misiones en un cuaderno para el proyecto de *Fresdeval*, vol. 7, p. 584; en el conocido episodio del capítulo X de *El jardín de los frailes*, vol. 2, pp. 677-678 y en los apuntes para *Las memorias*, vol. 7, p. 454, donde identifica a los sacerdotes como el p. Cadenas y el p. Antonio y sitúa la confesión en San Felipe. <<

[28] El primer curso de Manuel Azaña en El Escorial fue el de 1893-1894. Su examen de bachillerato fue en enero de 1894. No es probable que ingresara como interno en el Real Colegio para iniciar estudios superiores antes de contar con el título de bachiller, aunque al matricularse por la modalidad de enseñanza libre, también es posible que residiera allí desde principios del curso 1893-1894. <<

[29] Datos tomados de Frances Lannon, «Modern Spain: The project of a national catholicism», en S. Mews, ed., *Religion and National Identity*, Oxford, 1982, p. 577. <<

[30] Francisco Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, que consta de tres volúmenes publicados entre 1891 y 1893 y que hoy puede verse, rescatada por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: las citas corresponden al capítulo «El naturalismo en la novela». <<

[31] Para calificaciones, expediente académico: AHN, Universidades, leg. 3638, exp. 5; nombres de los frailes, Gabriel del Estal, l. c. <<

[32] Imágenes de sus experiencias religiosas en: «… castillo famoso», *La Pluma*, junio de 1920, y *El jardín de los frailes*, vol. 2, pp. 14 y 682. <<

[33] Con esas palabras lo recuerda en su nota sobre la muerte de Giner, para negar que la asistencia a sus clases hubiera tenido algo que ver con su *descreimiento*, *Diarios*, vol. 1, p. 751. <<

[34] Este relato procede de *El jardín de los frailes*, que Azaña comenzó a escribir quince años después de abandonar El Escorial y que debe tomarse con la necesaria cautela. Gabriel del Estal entiende por Pascua, la Florida, la de Semana Santa, y fecha la salida del internado en la de 1897. Azaña emplea «Pascua» también para designar la Navidad, como es habitual: habría salido entonces en la de 1896. <<

[35] Los pasajes citados de *Fresdeval* corresponden al fragmento «Bruno en el Viso», vol. 7, pp. 699-700. <<

[36] Recuerdo de estas soledades veraniegas, *Diarios*, 3 de julio de 1932, vol. 3, p. 102. El encuentro con sus compañeros, carta a José María Vicario, 17 de mayo de 1898, vol. 1, p. 813. En *El jardín de los frailes*, estos exámenes se sitúan poco después del rompimiento, aunque había pasado más de un año de su salida del internado. <<

[37] Carta a Vicario, 17 de mayo de 1898, vol. 1, p. 814. <<

[38] «[La catástrofe del 98]», vol. 1, pp. 38-39. <<

[39] Azaña, *Diarios*, 27 de noviembre de 1931, vol. 3, p. 836. Alcalá Zamora, *Memorias*, Barcelona, 1977, p. 48. <<

[40] Mezclo aquí el recuerdo de Azaña, *Diarios*, 19 de febrero de 1915, vol. 1, p. 751, con el de Ramón Carande, «Francisco Giner, en la Universidad», en *Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros*, Sevilla, 1977, p. 51, y Constancio Bernaldo de Quirós, «Recuerdos y enseñanza de don Francisco Giner», en VV. AA., *Estudios jurídicos en homenaje al profesor Luis Jiménez de Asúa*, Buenos Aires, 1964, pp. 167-169. <<

[41] «Giner. Explicaciones», en vol. 7, pp. 3-28. <<

[42] La solicitud y el acta del ejercicio de grado forman parte, con el ejemplar manuscrito de la tesis, de su expediente académico, AHN, Universidades, leg. 3638, exp. 5. <<

[43] José Ortega y Gasset, «Glosas», *Vida Nueva*, 1 de diciembre de 1901. De la relación intelectual/masa en la generación del 98, he tratado en *Historias de las dos Españas*, Madrid, 2004, pp. 59-102. <<

[44] Azaña, *La responsabilidad de las multitudes*, vol. 1, pp. 17-43. <<

[45] Como la presenta Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato*, p. 39. <<

[46] Albert Carreras y Xavier Tafunell, coords., *Estadísticas históricas de España*, Madrid, 2005, vol. I, p. 216. Presencia de órdenes religiosas en la educación: Ana Yetano, *La enseñanza religiosa en la España de la Restauración (1900-1920)*, Barcelona, 1988. <<

[47] «La Joven España. Galdós y la prensa», *El País*, 2 de febrero de 1901; Carta de Azaña a José María Vicario, 1901, vol. 1, p. 831. <<

[48] Azaña, *La libertad de asociación*, vol. 1, p. 107. <<

[49] Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, *Discurso-resumen de los trabajos verificados en el curso de 1901 a 1902, leído por el Secretario General, D. Federico López González, en la sesión inaugural del curso de 1902 a 1903*, Madrid, Imprenta de Hijos de M. G. Hernández, 1903, pp. 8-12. <<

[50] «Discurso de respuesta a los académicos en el debate sobre la libertad de asociación», vol. 1, pp. 114-129, inédito hasta la nueva edición de sus *Obras completas*. <<

[51] Intervención en el debate sobre el contrato de trabajo, vol. 1, pp. 138-145, y apunte titulado «Para la Academia», en vol. 7, p. 36. Hay, además, entre sus papeles otros apuntes sobre derecho sucesorio y cuestión social, formas de gobierno, gobierno tutelar, derecho natural y derecho positivo, progreso y reacción, probablemente destinados a otros debates en la Academia y que he recogido en el vol. 7 de la nueva edición. <<

[52] Carta a José María Vicario, 3 de febrero de 1902, vol. 1, p. 833. <<

[53] «En el Ateneo de Madrid. Apertura de cátedras», *El Imparcial*, 17 de febrero de 1901. Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña (profecías españolas)* [1932] Madrid, 1975, p. 50; Alberto Jiménez Fraud, *Residentes. Semblanzas y recuerdos*, Madrid, 1989, p. 29. Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Lista de señores socios*. Marzo de 1903 y marzo de 1914. Madrid, 1903 y 1914, pp. 27 y 34, respectivamente. <<

[54] Todo esto, en las notas inéditas «[La catástrofe del 98]», vol. 7, p. 38. <<

[55] «En el Ateneo. Manifestaciones en la vía pública. El Sr. Costa y sus admiradores», *El Imparcial*, 16 de junio de 1901. Lo del alma en carne viva se lo dijo el mismo Costa a Alberto Insúa, *Memorias*, Madrid, 1952, p. 524. <<

[56] Carta a Vicario, sin fecha, probablemente de la primavera de 1901. <<

[57] Como escribía en carta a Vicario, sin fecha, vol. 1, p. 823. <<

[58] Acción número 133 firmada por Gregorio Azaña como secretario del consejo de administración y publicidad de la central y de la fábrica de ladrillos, en *Azaña. Memoria gráfica, 1880-1940*. Exposición organizada por el Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1990, pp. 50 y 54. Hay una preciosa descripción de «la suerte de tierra en Los Barrancos» en el certificado expedido el 26 de febrero de 1940 por Francisco Cabañas Botín, registrador de la propiedad de Alcalá de Henares, AGA, Justicia, leg. 130329. <<

[59] Con reflexiones que aparecen en un «Block», difícil de datar, pero en todo caso de los años veinte: vol. 7, p. 455. La versión de *La vocación de Jerónimo Garcés*, reproducida en vol. 7, pp. 73-164, contiene todo el texto mecanografiado con el añadido, entre corchetes, de partes del manuscrito suprimidas o tachadas, aunque legibles. El capítulo 4, único encabezado con número arábigo y clasificado con signatura distinta en el microfilm que ha servido de precaria base para esta edición, no forma parte del texto mecanografiado, y lo he incorporado a la edición porque su primera frase corresponde exactamente a uno de los epígrafes del índice de *La vocación* escrito a mano por el mismo Azaña. <<

[60] Azaña recuerda en su diario el 17 de junio de 1927 el disgusto que le produjo que Pedregal pasara el manuscrito a Uña, vol. 2, pp. 1044-1046. <<

[61] Los psicoanalistas dirán si la escalera tiene también en este sueño el contenido erótico que famosamente Freud le atribuía. El historiador horro en psicoanálisis debe dejar sólo constancia de la escalera de caracol que, en la calle de la Imagen número 3, unía la planta baja con la primera. <<

[62] «Carta a Pidal», con lista de firmantes: *El Imparcial*, 22 de noviembre de 1906. Aunque no escrita por Azaña, se reproduce en vol. 7, p. 178. Sobre Menéndez Pelayo y Marchena, el inédito recogido en vol. 7, pp. 179-181. La fiesta académica, en «Un adiós al maestro», también inédito, vol. 7, p. 237. <<

[63] Es difícil suponer que, tan vinculado como estaba su amigo José María Vicario a un periódico de Alcalá titulado *El Amigo del Pueblo* y tan relacionado con otro periódico que Azaña llama *El Eco* en una airada carta de 2 de julio de 1905 (vol. 1, p. 837), y que bien podría ser *El Eco Complutense*, no haya en sus páginas ninguna colaboración de Azaña. Pero de *El Amigo* sólo se conserva un número en la Hemeroteca Municipal de Alcalá de Henares y de este *El Eco* no he encontrado ningún rastro en las hemerotecas. <<

[64] De *La Avispa* hubo una primera información por la reproducción de su número 3, de 27 de enero de 1910, en Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano, eds., *Azaña*, Madrid, 1980. En Jean-Pierre Amalric y Paul Aubert, eds., *Azaña et son temps*, Madrid, 1993, Vicente-Alberto Serrano atribuye a Azaña la autoría de «El tiempo es oro» por el «perfecto autorretrato» que contiene en su primer párrafo. Agradezco a Julio y José María San Luciano su generosa colaboración para publicar en la edición de *Obras completas*, vol. 7, pp. 183-197, varios artículos que, con las debidas cautelas, pueden atribuirse a Manuel Azaña. <<

[65] *Gaceta de Madrid*, 15 de junio de 1926. Aunque no corresponda ya a esta historia, no será ocioso recordar que este Cuerpo Técnico de Letrados del Ministerio de Gracia y Justicia quedó integrado por Ley 30/1984, de 2 de agosto, de Reforma de la Función Pública, en un nuevo Cuerpo Superior de Letrados del Estado, en el que también se integró el Cuerpo de Abogados del Estado. Pocos años después, este último cuerpo resurgió cual ave fénix consiguiendo que por Ley 23/1988, de 28 de julio, el flamante Cuerpo Superior de Letrados del Estado cambiara su denominación por la de Cuerpo de Abogados del Estado. Si Azaña hubiera vivido para contarlo, en 1984 hubiera sido Letrado del Estado y en 1988, se habría convertido en Abogado del Estado. <<

[66] Real Orden por la que se aprueba el reglamento de los ejercicios de la oposición, Programa y Convocatoria de dos plazas vacantes: *Gaceta de Madrid*, 3 de agosto de 1909. <<

[67] Resultado de la oposición, *Gaceta de Madrid*, 6 de julio de 1910. Cipriano de Rivas induce a error al escribir que «obtuvo el número dos», *Retrato*, p. 41. La solicitud de admisión y los dos ejercicios escritos de la oposición pueden verse en vol. 7, pp. 201-216. Para los nombramientos, expediente de Manuel Azaña, Archivo de la Dirección General de los Registros y del Notariado. <<

[68] En *Diarios*, 1 de julio de 1937, para mostrar que nunca fue «codicioso de bienes», vol. 6, p. 354. <<

[69] Carta a José María Vicario de 14 de junio de 1909, vol. 1, pp. 837-838. <<

[70] Estos datos constan en el certificado expedido el 26 de febrero de 1940 por Francisco Cabañas Botín, registrador de la propiedad de Alcalá de Henares, AGA, Justicia, leg. 130329. En carta a Cipriano de Rivas, 12 de octubre de 1921, Azaña le cuenta que, dando un paseo por Chamartín, vio «con sorpresa […] la fuente de las Brujas, propiedad esta última (pero con gravámenes, no creas) de un servidor», vol. 2, p. 1072. <<

[71] Sobre Antonio Fernández, «Semblanzas… concejiles», en *La Avispa*, 17 de marzo de 1910, vol. 7, p. 197. José Ortega y Gasset, «La pedagogía social como programa político», El Sitio, 12 de marzo de 1910, *Obras Completas*, Madrid, 1983, vol. 1, p. 521. <<

[72] Carta a José María Vicario, 1911, vol. 1, p. 838. <<

[73] Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, *El problema español. Conferencia pronunciada por D. Manuel Azaña Díaz el día 4 de febrero de 1911*, vol. 1, pp. 149-164. Hay una crónica de la «Conferencia del Sr. Azaña» en *Heraldo de Alcalá*, 9 de febrero de 1911, en la que se dice que el conferenciante fue «interrumpido en el transcurso y al final de la oración con frenéticos aplausos». El texto fue recuperado por Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano, eds., en *Azaña*, Madrid, 1980. <<

[74] Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato*, Madrid, 1996, vol. 1, p. 252. <<

[75] Martín Piñol [Manuel Azaña], «Las arriesgadas proposiciones de Pío Baroja», *La Correspondencia de España*, 11 de septiembre de 1911, vol. 1, pp. 165-167; Pío Baroja, «¿Con el latino o con el germano?» y «España, Alemania y Francia», *El Imparcial*, 31 de agosto y 5 de septiembre de 1911. Ortega contribuyó a la polémica con «Una respuesta y una pregunta», en dos entregas: *El Imparcial*, 13 y 21 de septiembre de 1911. <<

[76] José Ortega y Gasset, «Los problemas nacionales y la juventud», conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 15 de octubre de 1909, en *Obras completas*, Madrid, 2007, tomo VII, pp. 121-129. El recuerdo de la conferencia por Azaña, en «Santos y señas», *España*, 24 de febrero de 1924, vol. 1, p. 328. <<

[77] Martín Piñol [Manuel Azaña], «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España*, 25 de septiembre de 1911; vol. 1, pp. 167-170. <<

[78] *Gaceta de Madrid*, 29 de septiembre de 1911. <<

[79] Luis Araquistain, «La nueva generación», *España*, 29 de julio de 1915; Luis Olariaga, «Tres generaciones intelectuales de España», *El Sol*, 5 de junio de 1925. <<

[80] Carta a Vicario, mayo-julio de 1912, vol. 1, pp. 845-847. <<

[81] Solicitud de prórroga, fechada en París, con denegación firmada por José Castillejo: Archivo de la Junta para Ampliación de Estudios, donde no hay rastro de la memoria justificativa. Los cuatro meses y veintitrés días de «rehabilitación o prórroga» de su pensión, a los que se refiere la RO de 20 de enero de 1912, *Gaceta de Madrid*, 30 de enero de 1912 —que incomprensiblemente se han confundido con la concesión de la prórroga solicitada tres meses después—, deben entenderse como una autorización para gastar en el ejercicio de 1912 lo concedido el año anterior y no consumido hasta el 31 de diciembre; no como una prórroga de la primera y única pensión de seis meses recibida, que nunca fue prorrogada. <<

[82] Martín Piñol [Manuel Azaña], «El prestigio de las piedras negras», *La Correspondencia de España*, 19 de diciembre de 1911 y carta a Vicario, 11 de enero de 1912, vol. 1. pp. 177-178 y 840-841. <<

[83] *Diarios*, París, 24 de diciembre de 1911, vol. 1, p. 678. <<

[84] Resumen del curso impartido por Alfred Loisy en 1911-1912, *Annuaire du Collège de France*, Douzième Année, París, 1912, pp. 44-45. Loisy explicó su condena, su alivio, y su modo de entender la enseñanza que le había asignado el Collège de France en *Choses passées*, París, 1913, pp. 367 y ss. <<

[85] Conviene aclarar que esta École nada tenía, ni tiene, que ver con la ciudad de Chartres, confusión muy extendida desde la aparición de un libro titulado *Azaña jurista*, publicado por el Ministerio de Justicia en 1990, que entre sus abundantes errores sitúa a Azaña asistiendo a una fantasmagórica Escuela Nacional de Chartres. <<

[86] Pierre Janet lamenta esta especie de asalto en *La médecine psychologique*, París, ed. de 1923, p. 41. <<

[87] «La dignidad del Parlamento», vol. 7, pp. 221-223. <<

[88] Miguel de los Santos Oliver, «La literatura del desastre. I. Preliminar», *La Vanguardia*, 26 de agosto de 1907. <<

[89] «La literatura del desastre», vol. 7, pp. 250-251. <<

[90] «Desde París. Las cosas de España», vol. 7, pp. 238-243. <<

[91] «Un adiós al maestro», vol. 7, pp. 234-237. <<

[92] En total, los artículos publicados en *La Correspondencia de España*, desde 19 de diciembre de 1911 a 14 de julio de 1912, fueron nueve, recogidos en vol. 1, pp. 165-198. Enviados, quedaron otros dos sin publicar: «La dignidad del Parlamento» y «Un adiós al maestro». De otros dos artículos, «La Burocracia» y «El marido patriota y la mujer cosmopolita» —éste a falta de rematar— no consta que fueran enviados y se recogen también en vol. 7, pp. 221-237. Las postales de Elorrieta, de 16 y 28 de julio, en Biblioteca Nacional, Manuscritos, 22128, 32-33. <<

[93] Noticias sobre la pensión de Luis de Hoyos, Teresa Marín Feced, *La renovación pedagógica en España (1907-1936). Los pensionados en Pedagogía por la Junta de Ampliación de Estudios*, Madrid, CSIC, 1990, passim. Azaña menciona a Hoyos en su diario el 15 de marzo de 1912, vol. 1, p. 708, y da noticia de su estancia en una carta dirigida a Arias de Velasco, que también obtuvo una pensión para Francia en el curso 1912-1913, vol. 1, p. 864. <<

[94] «Comentarios sobre la crisis», *El Imparcial*, 10 de febrero de 1910. Noticia de la muerte de Moret, *El Imparcial*, 29 de enero de 1913. <<

[95] La serie de juntas directivas y de las secciones del Ateneo, con indicación de las veladas y cursos celebrados hasta 1912, puede verse en Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC, 1985, pp. 231-288. Álvaro de Figueroa aparece también en 1886 como secretario primero de la Mesa de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, presidida por Francisco Silvela. <<

[96] Carta de Azaña a José María Vicario, 2 de febrero de 1913, vol. 1. «Elecciones en el Ateneo. Ramón y Cajal, presidente» y «La presidencia del Ateneo. Elección de Labra», *El Imparcial*, 7 y 20 de febrero de 1913; «El Ateneo contra la oligarquía» y «La elección en el Ateneo. Ramón y Cajal no acepta», *El País*, 8 de febrero de 1913. Carta de Romanones a Ramón y Cajal, *El Imparcial*, 8 de febrero. <<

[97] Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Lista de señores socios. Marzo de 1914*, Madrid, 1914. La broma de la corbata es de Corpus Barga, *Los pasos contados*. 4. *Los galgos verdugos*, Madrid, 1986, p. 20. <<

[98] Son apuntes de Josep María Sagarra, que se hizo socio del Ateneo en 1916, *Memorias*, Madrid, 1998, pp. 754-767. <<

[99] Entre los papeles de Azaña se encuentran unas notas sobre las juntas anteriores y parte del discurso de respuesta a los críticos, pronunciado probablemente en junio de 1913, vol. 1, pp. 199-208. <<

[100] Notas y texto manuscrito del discurso, en vol. 1, pp. 199-208. El *Informe sobre la deuda hipotecaria del Ateneo de Madrid* fue editado por el mismo Ateneo para uso de los socios y puede verse, gracias a la generosa colaboración de Enrique Moral Sandoval, en vol. 7, pp. 265-280. Azaña recuerda las palabras de Ortega en *Diarios*, 17 de junio de 1927, vol. 2, p. 1045. <<

[101] «Memoria leída en la Junta General del Ateneo de Madrid. 11 de noviembre de 1913», vol. 1, pp. 209-215. También *Discurso pronunciado por el Sr. D. Rafael María de Labra el día 11 de noviembre de 1913 en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo de la apertura de las cátedras*, Madrid, 1913, cita en p. 40. <<

[102] De Unamuno, «La evolución del Ateneo de Madrid», *La Nación*, 24 de enero de 1916, en *Obras completas*, vol. VIII, pp. 365-373. Azaña también recuerda a Pedregal en *Diario*, 15 de febrero de 1915, vol. 1, p. 749. <<

[103] «Velada en el Ateneo. En memoria de Moret», *El Imparcial*, 18 de abril de 1915. El retrato que dibuja Rivas Cherif corresponde a esta época aunque no necesariamente a este acto. <<

[104] Así lo recuerda Sagarra en sus *Memorias*, pp. 775-776. <<

[105] Ministerio de Gracia y Justicia. Dirección General de los Registros y del Notariado, *Anuario de 1914*, Madrid, 1915, Apéndice 1, p. 7. <<

[106] Texto inédito, sin fecha, vol. 7, pp. 287-291. <<

[107] Como escribe Joseph Perez: «Manuel Azaña et l'histoire», en Jean-Pierre Amalric y Paul Aubert, eds., *Azaña et son temps*, Madrid, 1993, p. 144. <<

[108] En el epígrafe «Un gran anacronismo: el patriotismo en la Edad Media», de las notas sobre Sellés, vol. 7, p. 324. <<

[109] Pudo ser cualquier otro día; en ése fue cuando anotó en su diario: «Ayer domingo, me levanté tarde. Estuve en casa desde las cuatro hasta las ocho, trabajando en mi Ganivet. No quedé descontento de lo que hice; pero esto no quiere decir que no me vea obligado a romperlo dentro de unos días», vol. 1, p. 760. <<

[110] De un texto titulado «Ángel Ganivet», escrito hacia 1915, en vol. 7, p. 327. <<

[111] Con el título «En tiempo de Alfonso XI», la noticia de la conferencia apareció en *El Imparcial*, 6 de abril de 1919. El texto manuscrito, con el título «Siendo rey Alfonso Onceno» puede verse ahora en vol. 7, pp. 293-305, entre el manuscrito inédito, titulado también por Azaña «En los nidos de antaño», pp. 288-291, y unas páginas sin título que, por su contenido, me he permitido titular «[Don Juan Manuel]». <<

[112] Programa completo del ciclo: *Boletín de la Biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid*, VI: 14 (diciembre-mayo 1914-1915) p. 77. Su comienzo fue anunciado por *ABC*, 28 de marzo de 1915, que informaba que por hallarse Luis Bello enfermo, sus cuartillas serían leídas por Luis Fernández Ardavín. <<

[113] Con el título «Temas del Escorial», la conferencia de Ortega en el Ateneo está recogida en sus *Obras completas*, tomo VII (1902-1925), *Obra póstuma*, Madrid, 2007, pp. 405-421. <<

[114] Azaña conservó el texto de «Los días del Campo Laudable» que puede verse ahora en vol. 1, pp. 235-249. <<

[115] Cipriano de Rivas evoca esta conferencia y recuerda el entusiasmo de Icaza en *Retrato de un desconocido*, Barcelona, 1981, pp. 27-29. <<

[116] Que el mismo Cipriano sitúa en 1914, aunque todos los hechos que relata a continuación y en los que dice haber estado presente ocurrieron en 1913: debate con Sandalio Tendero, discurso en el Polistilo, mitin de Alcalá. <<

[117] Carta de Enrique Díez Canedo a Juan Ramón Jiménez, diciembre de 1908, en Enrique Díez Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra. Correspondencia Juan Ramón Jiménez/Enrique Díez Canedo (1907-1944)*, ed. de Aurora Díez Canedo, México 2007, pp. 144-145. Un exhaustivo y muy documentado estudio sobre Cipriano de Rivas es el de Juan Aguilera Sastre y Manuel Aznar Soler, *Cipriano de Rivas Cherif y el teatro español de su época (1891-1967)*, Madrid, 1999; en p. 72 información sobre las tertulias. <<

[118] José Ortega, «Sencillas reflexiones», *El Imparcial*, 10 de enero de 1913; y Ortega a Unamuno, 6 de enero de 1904, *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, ed. de Laureano Robles, Madrid, 1987, pp. 33 y 30. <<

[119] «La intelectualidad en Palacio», *El País*, 15 de enero de 1913; Fernando Soldevilla, *El año político. 1913*, Madrid, 1914, pp. 47-54. <<

[120] *Diarios*, 7 de marzo de 1915, vol. 1, p. 754. <<

[121] Así lo define Antonio Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza. Tomo IV. Periodo de expansión influyente*, Madrid, 1996, de donde he tomado los datos sobre juntas directivas. <<

[122] José Ortega, «Pablo Iglesias», *El Imparcial*, 13 de mayo de 1910. <<

[123] «Liga de Educación Política Española», *El Socialista*, 19 de octubre de 1913. <<

[124] Hay una breve nota sobre estas reuniones de los jueves en Constancio Bernaldo de Quirós, que no cita a ningún otro asistente: «Recuerdos y enseñanza de don Francisco Giner», cit., p. 202. <<

[125] Para todo lo relativo a las distintas instalaciones de la Residencia, Isabel Pérez Villanueva, *La Residencia de Estudiantes*, Madrid, 1990, que cita a Ramón Carande en p. 76. <<

[126] Como escribe Vicente Cacho Viu, «La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación del 14», en José M. Sánchez Ron, coord., *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, 1989, vol. II, p. 4. <<

[127] Banquete y enormes expectativas generadas: «Información política. El Partido Reformista» y «Un nuevo partido», *El Imparcial*, 6 y 7 de abril de 1912. <<

[128] Melquíades Álvarez, *Diario de Sesiones del Congreso de Diputados*, 3 de junio de 1913, p. 6290. Para el Partido Reformista, Manuel Suárez Cortina, *El reformismo en España*, Madrid, 1986. <<

[129] Los calificativos son de «Un acontecimiento», *El Liberal*, 24 octubre de 1913. <<

[130] «El acto de anteayer», *El Liberal*, 25 de octubre de 1913; «El acto de los reformistas» y «Los reformistas», *El Imparcial*, 24 octubre de 1913. <<

[131] Lorenzo Luzuriaga, «Ortega y Gasset y sus *Obras completas*», *Realidad. Revista de Ideas*, año I, vol. 1 (enero-febrero de 1947), p. 132. Hay una reciente y estupenda edición de esta revista del exilio: Sevilla, Renacimiento, 2007, con prólogo de Luis García Montero. <<

[132] Rivas Cherif recuerda el acto en *Retrato*, p. 24. <<

[133] En «Las conferencias reformistas. La de Buenavista. Manuel Azaña», *El Liberal*, 7 de diciembre de 1913, se destaca «los merecimientos excepcionales del hablista, su extraordinaria cultura y su privilegiada inteligencia». Texto manuscrito, «En el Polistilo. 1 dic. 1913», vol. 1, pp. 217-228. <<

[134] De futuro diputado lo trata *El Imparcial*, 22 de diciembre de 1913. Amplia crónica, con foto de los oradores: «Melquíades Álvarez en Alcalá», *El Liberal*, 22 de diciembre de 1913. Texto manuscrito de este discurso, encabezado «El *meeting* de Alcalá», vol. 1, pp. 229-232. <<

[135] Los datos electorales están tomados del Archivo Histórico del Congreso, en http://www.congreso.es. En los estudios sobre el Partido Reformista, número y nombre de diputados no siempre coinciden con los del actual banco de datos del Congreso. <<

[136] Anselmo Reymundo Tornero, *Datos históricos de la ciudad de Alcalá de Henares*, Alcalá de Henares, 1950, p. 977, que al escribir este libro prestaba sus servicios como funcionario en el penal. En carta dirigida a Azaña el 9 de octubre de 1932 para quejarse por el cambio de nombre acordado por el Ayuntamiento de una plaza que llevaba el suyo propio, Atilano Casado se despide como «tu afectísimo primo»: Biblioteca Nacional. Manuscritos, 22128/44. <<

[137] Según datos del Archivo Histórico del Congreso de los Diputados. <<

[138] «El punto de apoyo», *Eco de Alcalá*, 22 de marzo de 1914, en vol. 1, pp. 233-234. Azaña escribió otros artículos en el mismo diario durante esta época y tal vez antes, pero ha sido imposible acceder a la única colección existente, guardada por sus propietarios bajo siete llaves. He podido incorporar este único artículo a sus *Obras completas* porque fue reproducido en el mismo periódico el 24 de abril de 1931, información que debo a Julio y José María San Luciano. <<

[139] «Educación y política», *ABC*, 24 marzo de 1914. <<

[140] Esta preciosa semblanza de Luis García Bilbao y el recuerdo del discurso de Ortega son de Ramón Carande, *Galería de raros*, Madrid, 1982, pp. 54-56 y 80. Recuerda también Carande que, durante algún tiempo, Lola Rivas de Azaña envió comida a García Bilbao en el Madrid de la guerra, p. 84. <<

[141] «España saluda al lector y dice…», *España*, 29 de enero de 1915. <<

[142] Es un recuerdo de Eugenio D’Ors en «Glosas. Una promoción […] Una decepción», *ABC*, 7 de febrero de 1931. <<

[143] C. R. Salamero, «De Moreno Nieto a Romanones», *El Imparcial*, 18 de enero de 1919. <<

[144] «Redacción y colaboración», *España*, 29 de enero de 1915. <<

[145] Así lo recordaba Vicente Guarner, que le acompañó durante la temporada de 1916, *Cataluña en la Guerra de España*, Madrid, 1975, p. 23. Para la Sociedad Nacional de Música y la Orquesta Filarmónica de Madrid, Ramón Sobrino, «Paisaje musical en el primer tercio del siglo XX: las instituciones orquestales y la Banda Municipal de Madrid», *Recerca Musicològica*, XIV-XV, 2004-2005, pp. 155-175. <<

[146] *Diarios*, Madrid 1915, 15 de enero, vol. 1, p. 747. <<

[147] «Junta nacional del Partido Reformista», *El Imparcial*, 30 de abril de 1914. <<

[148] Antonio J. Onieva, «Recuerdos de la Residencia (Fragmentos)», *Revista de Occidente*, 66 (septiembre 1968). <<

[149] Ortega, «Verdad y perspectiva», *El Espectador*, febrero-marzo 1916, en *Obras completas*, Madrid, 2005, vol. II, p. 160. Alfonso Reyes, «La Residencia de estudiantes», en *Simpatías y diferencias*, México, 1945, vol. II, pp. 189-190. <<

[150] Juan Pujol, «Sobre el caso Araquistain», *ABC*, 7 y 9 de marzo de 1916. La cita de Araquistain, en Paul Aubert, «La propagande étrangère en Espagne pendant la Première Guerre Mondiale», en VV. AA., *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo xx*, Madrid, 1986, p. 357. Para los dineros aliados, Enrique Montero, «La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», en *España. Semanario de la vida nacional*, edición de Topos Verlag y Turner, Vaduz y Madrid, 1982, pp. XIX-XXI. En esta misma edición, Manuel Tuñón de Lara, «*España. Semanario de la vida nacional*», pp. VII-XVII. <<

[151] «Existente, por desgracia, el estado de guerra entre Austria Hungría y Serbia […] el Gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles», *Gaceta de Madrid*, 30 de junio de 1914, p. 238. Una semana después ampliaba el ámbito de aplicación: «Declarada, por desgracia, la guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, sucesivamente, de otro, el Gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles…», *Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1914, p. 308. <<

[152] Conde de Romanones, *Notas de una vida*, Madrid, 1999, p. 379; cita del artículo: Javier Moreno, *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, 1998, p. 309. <<

[153] «Un discurso. Maura en el Real», *El Imparcial*, 22 de abril de 1915. Azaña, *Diarios*, sin fecha, pero 21 de abril de 1915, vol. 1, p. 756. <<

[154] «Melquíades Álvarez en Granada», *El Imparcial*, 2 de mayo de 1915. <<

[155] José Ortega y Gasset, «Un discurso de resignación», *España*, 16 de mayo de 1915. Ortega volvió sobre el asunto, para contestar con cierto desdén a Luis de Zulueta, en «Más literatura resignada», *España*, 4 de junio de 1915. <<

[156] De la conversación mantenida con Wilmotte escribió Ortega meses después: «Una manera de pensar. II», *España*, 14 de octubre de 1915. Azaña se refiere al deseo de Wilmotte de hablar en el Ateneo en una página de su diario de 1915, sin fecha, vol. 1, p. 757. Breve noticia de la conferencia, *El Imparcial*, 18 de abril de 1915. <<

[157] Carta de Ramón Pérez de Ayala a Manuel Azaña, 18 de mayo de 1915, BN, Manuscritos, 20275/6. De Azaña, anotación en su diario, sin fecha, pero día en que Gustavo Pittaluga ingresó en la Academia de Medicina, que fue el 30 de mayo, vol. 1, p. 756. <<

[158] Manifestaciones a *El Diluvio*, 11 de septiembre de 1914, en Fernando Díaz-Plaja, *Francófilos y germanófilos*, Madrid, 1973, p. 17, que ofrece una recopilación de textos de la época. <<

[159] «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», *España*, 9 de julio de 1915. «Se rompió el silencio. La voz de la intelectualidad», *El País*, 6 de julio de 1915. Por la parte que tuvo en el debate, la firma y difusión del manifiesto, lo he incluido también en la edición de *Obras completas* de Azaña, vol. 7, p. 342, aunque la autoría del texto fue de Pérez de Ayala. <<

[160] Tal es el exacto dibujo que traza Carolyn p. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1990, p. 68. <<

[161] Manuel Azaña, «Las reformas militares», *El País*, 22 de noviembre de 1915, vol. 1, pp. 251-252. <<

[162] Digo que no lo parece porque *España* mantuvo desde su número 16, de 14 de mayo de 1915, hasta el número 278, de 28 de mayo de 1920, una sección, sin periodicidad fija, titulada «Panorama grotesco», que constaba de un número variable de comentarios de actualidad, sin firma. Cabe la posibilidad de que algunos de estos *panoramas* sean de Azaña, que utilizó el mismo título para varios artículos suyos de la última época de la revista, cuando él era su director. <<

[163] *Diario*, 15 de febrero de 1915, vol. 1, p. 749. <<

[164] «Las Cortes de la diplomacia», *El Imparcial*, 22 de marzo de 1916, comenta las conversaciones habidas entre los *primates* de los partidos para que todo el mundo quedara satisfecho con los resultados: había cada vez más facciones que contentar. <<

[165] *Diarios*, 14 de mayo de 1916, vol. 1, pp. 761-762. <<

[166] En el microfilm de los papeles manuscritos de Azaña hay un texto que sólo puede corresponder a la sesión de clausura de esta asamblea. Su nombre no aparece, sin embargo, entre los que tomaron la palabra en el acto. Es posible que llevara preparadas las cuartillas, aunque luego no encontrara ocasión de leerlas. En todo caso, las he reproducido en vol. 1, pp. 259-262. Las impresiones de la asamblea, en su *Diario*, 14 de mayo de 1916, vol. 1, pp. 761-763. Estas páginas fueron publicadas por primera vez como si formaran parte de un diario de 1915 y así se citan todavía en algunas ocasiones; es evidente, sin embargo, que además del texto datado 15 de abril, con la visita de Pierre Paris al Ateneo, todo lo que a continuación anota Azaña corresponde al año 1916. <<

[167] Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975, p. 23. <<

[168] Pierre Imbart de la Tour, «Notre mission en Espagne», *Bulletin Hispanique*, (enero-marzo de 1916) pp. 155-157. <<

[169] Para la identidad y propósitos de los visitantes, Antonio Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, Madrid, 1988, pp. 313-329. Y pp. 331-341 para la devolución de la visita por la misión de intelectuales españoles. <<

[170] A. M. F., [Alfred Morel-Fatio], «L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle», *Correspondant*, 25 de enero de 1915, p. 281. Azorín, «Causas del germanismo», *ABC*, 6 de mayo de 1916. <<

[171] Raymond Lantier, «L’attitude des intellectuels espagnols dans le conflict actuel», *Mercure de France*, 1 de enero de 1916, p. 41. <<

[172] *Diarios*, 15 de abril de 1916, vol. 1, p. 759. <<

[173] De Ortega «[Presentación de Bergson en el Ateneo]», *Obras completas*, vol. VII, pp. 541-542, con un añadido de «Los académicos franceses», *El Imparcial*, 3 de mayo de 1916. De Azaña, *Diarios*, 2 de mayo de 1916, vol. 1, p. 760. Lo demás, «Puntos de vista. La visita de los académicos franceses», *España*, 11 de mayo de 1916. Exageraba *España*: la afluencia fue también enorme a las conferencias de Perrier en la Universidad. El concierto en San Luis de los Franceses, *ABC*, 5 de mayo de 1916. <<

[174] Pierre Imbart de la Tour, «Notre mission en Espagne», pp. 157-158. A este discurso se refiere Azaña en «Nuestra misión en Francia», *Bulletin Hispanique*, XIX: 1 (enero-marzo de 1917), reproducido en vol. 1, pp. 267-279, donde recuerda haber dicho —p. 277— que «cuanto concierne a la aproximación franco-española, aun circunscrita a la acción moral e intelectual, camina con retraso». <<

[175] El manuscrito preparado por Azaña para el brindis en el Palace puede verse en vol. 1, pp. 255-257. Noticia del discurso, *El Imparcial*, 7 de mayo de 1916. <<

[176] Raoul Narsy, «Les académiciens espagnols en France», *La Revue hebdomadaire*, noviembre de 1916, p. 359, que se hace un pequeño lío con el uso del «don» antepuesto a algunos apellidos. <<

[177] Carta de Azaña a Ramón Menéndez Pidal de 3 de octubre de 1916, vol. 1, p. 879. <<

[178] Notas de los días 21-24 de octubre de 1916, vol. 1, p. 765. La traducción al francés de la carta de Ramón y Cajal al presidente del Instituto de Francia, en Narsy, «Les académiciens», pp. 364-365. <<

[179] El manuscrito de las palabras pronunciadas en la Société des Gens de lettres comienza con un «saludo a los representantes de la ciudad de París» y así se reproduce en vol. 1, pp. 263-264. Que lo pronunció en la Société de Gens de lettres lo cuenta el mismo Azaña en *Diario*, París, martes 24 de octubre de 1916, vol. 1, p. 773. También Narsy, «Les académiciens», p. 371. <<

[180] Carácter sagrado de la Gran Guerra y el mito de la regeneración de la política por los combatientes, Emilio Gentile, «Un'apocalisse nella modernità. La Grande Guerra e il Mito della Rigenerazione della politica», *Storia Contemporanea,* XXVI: 5 (octubre 1995) pp. 733-787. <<

[181] Palabras de Azaña recogidas por Raoul Narsy, l. c., p. 380. <<

[182] Manuel Azaña, «Nuestra misión en Francia», *Bulletin Hispanique*, XIX (enero-marzo 1917), pp. 26-42, en vol. 1, pp. 278-279, para esta propuesta de acción común. <<

[183] Manuel Azaña, «El esfuerzo francés», *España*, 8 de marzo de 1917, pp. 153. Hay una reciente edición del folleto *Reims y Verdún*, Ministerio de Cultura, 2005, con la reproducción de las placas tomadas durante el viaje. <<

[184] «Soldados y electores», *El Fígaro*, 4 de noviembre de 1919. <<

[185] *El Imparcial*, «En el Ateneo. Una conferencia del sr. Azaña», 27 de enero de 1917. <<

[186] «Manifiesto germanófilo», *El Imparcial*, 15 de diciembre de 1915. <<

[187] «La Liga Antigermanófila. Manifiesto a los españoles», *España*, 18 de enero de 1917. <<

[188] «La comida anual de España. Un gran discurso de Unamuno», *España*, 1 de febrero de 1917. <<

[189] «Liga Antigermanófila. Asamblea de constitución definitiva», *España*, 22 de febrero de 1917. <<

[190] Texto íntegro del discurso, tomado fidelísimamente por los taquígrafos del Congreso, en *ABC*, 30 de abril de 1917. Luis Araquistain es autor de un lúcido comentario, «El mitin de la heroica neutralidad», en *España*, 3 de mayo de 1917. Tiene su interés el editorial «España ante la guerra. El discurso del Sr. Maura», *El Imparcial*, 30 de abril de 1917. <<

[191] «El mitin de las izquierdas», *El Imparcial*, 25 de mayo de 1917. <<

[192] Para la división entre germanófilos y aliadófilos, Gerald H. Meaker, «A civil War of Words: the ideological impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans A. Schmitt, *Neutral Europe between war and revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65. El mismo Meaker trató de esta «campaña contra la neutralidad» en *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford, 1974, pp. 51-56. <<

[193] En la edición íntegra del manuscrito de «Los motivos de la germanofilia» he respetado sin modificación alguna el texto impreso de la edición publicada —que supongo revisado por Azaña, como era habitual—, añadiendo los epígrafes inéditos, titulados por el mismo Azaña: *Organización e ideas*, *La idea del momento*, *Posibilidad de un juicio moral*, *El equilibrio y la paz* o *El equilibrio europeo en 1914*, *La Triple Entente y la Paz*, y *El pangermanismo y la guerra*. Pueden verse ahora en vol. 1, pp. 291-293 y 309-330. <<

[194] «España ante la guerra. El mitin de las izquierdas», *El Imparcial*, 28 de mayo de 1917. Lerroux como toro y como ídolo, en Josep María Sagarra, *Memorias*, p. 827. <<

[195] «Los intervencionistas. El mitin de izquierdas», *ABC*, 28 de mayo de 1917. <<

[196] Manuel Azaña, «Le problème militaire», *Hispania*, Tomo I (julio, agosto y septiembre de 1918) p. 267, original en español, vol. 1, p. 362; José Ortega y Gasset, «Bajo el arco en ruinas», *El Imparcial*, 13 de junio de 1917; Luis Araquistain, «El ejército contra la oligarquía» y «La crisis de la autocracia», *España*, 7 y 14 de junio de 1917. <<

[197] Pablo Iglesias, «El deber de las izquierdas ante la situación actual», *El Socialista*, 12 de junio de 1917; «Las extremas izquierdas. Un manifiesto», *El Imparcial*, 17 de junio de 1917. <<

[198] Manuel Azaña, «L'Assamblée de parlamentaires et la grève générale», *Hispania* (octubre, noviembre, diciembre, 1918), pp. 353-358 [original en español, vol. 1, pp. 366-371]. <<

[199] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 61. En carta a su amigo, de 19 de enero de 1925, recuerda Azaña «la comunidad que teníamos puesta desde hace pronto ocho años». <<

[200] «Milán, 16 de septiembre de 1917», vol. 1, p. 775-777. En estas páginas evoca Azaña por única vez al naviero bilbaíno José María Soltura, «amigo cultísimo» de Unamuno que mantuvo durante muchos años una animada tertulia en el Gato Negro: Ramón Carande, *Galería de raros*, pp. 211-298. <<

[201] Estas reflexiones son de «El nuevo ejército», cuarto de los artículos de la serie sobre la guerra en Italia escritos para *El Liberal*, que quedó, como los dos siguientes, inédito. Los he recogido en vol. 7, pp. 362-368. <<

[202] La presunta opinión de Azaña llega a través de Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 59-60, que confunde esta crisis con la que llevó a Maura al poder el 22 de marzo de 1918 como presidente de un gobierno *nacional* al que se incorporó Francesc Cambó. No puede ser cierto que Cambó abandonara el Ateneo para jurar al día siguiente como ministro del gobierno nacional de Maura, como escribe Rivas Cherif, pues lo que se formó ese día fue el gobierno de García Prieto. <<

[203] «Palabras en el homenaje a Marcelino Domingo tras recobrar la libertad», vol. 1, pp. 339-340 <<

[204] Con esta solicitud, Azaña no engañaba al director general, como pretende el libro *Azaña jurista*, Madrid, 1990, p. 91, cuando afirma que solicitó el permiso «con el propósito, sin duda, de preparar las tres conferencias que pronunciará en el Ateneo en enero de 1918 y su candidatura electoral de febrero». <<

[205] Claudi Ametlla, *Memòries polítiques, 1890-1917*, Barcelona, 1963, pp. 373-377, que en ningún momento menciona a Azaña entre los viajeros, quizá porque en el año de aparición de su libro, aunque ya se podía publicar en catalán, era un engorro hablar de Azaña. Mario Aguilar tenía más fresca la memoria cuando firmó el reportaje «Don Manuel Azaña hace quince años», *Ahora*, 26 de marzo de 1932. <<

[206] Estas notas, de diciembre de 1917, en vol. 1, pp. 779-783. <<

[207] Noticia de las conferencias, *ABC*, 12, 19 y 26 de enero de 1918. Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, 1978, p. 67. <<

[208] Maximiano García Venero, *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal*, Madrid, 1974, p. 378. Muy citado el lance en las biografías de Azaña, pudo haber ocurrido así o de otra manera, aunque el añadido de que Azaña quiso ser diputado por no haber conseguido un gobierno civil es una más de las fantasías echadas a rodar y que luego se repiten una y otra vez sin caer en la cuenta, en este caso, de que mal podía Melquíades Álvarez repartir en 1918 gobiernos civiles entre los afiliados a su partido. El detalle del mozo de comedor, Constancia de la Mora, *Doble esplendor*, Barcelona, 1977, p. 30. <<

[209] Carta a Rivas Cherif, febrero de 1918, vol. 1, pp. 870-872. A diferencia de García Venero, Rivas recuerda bien el nombre de su contrincante, que no era Germán sino César, *Retrato*, pp. 67-70. <<

[210] Texto del discurso preparado para las elecciones, vol. 1, pp. 381-385. Hay también un esquema titulado «La unión de las izquierdas y la situación actual de España», vol. 1, pp. 370-371, que enuncia algunos de los temas desarrollados es este texto. <<

[211] Archivo del Congreso de los Diputados, Distrito electoral de Puente del Arzobispo, Credencial del Diputado a Cortes. Toledo, 28 de febrero de 1918. <<

[212] *Diarios, La Pobleta*, 1937, 1 de noviembre, vol. 6, p. 542. <<

[213] «Crónicas de la vida política española», vol. 1, p. 378. <<

[214] «Albricias nacionales», *El Sol*, 23 de marzo de 1918. *Obras completas*, vol. III, p. 83. Cambó, *Memorias*, Madrid, 1987, p. 267. <<

[215] Carta de Miguel de Unamuno a Manuel Azaña, 22 de mayo de 1918, comunicándole que con grandísima pena se vería alejado del Ateneo —ya que no podía darse de baja porque no era socio— mientras lo presidiera Romanones: Biblioteca Nacional, Manuscritos, 20275/8. Respuesta de Azaña, 21 de junio, vol. 1, p. 877. <<

[216] Torres Quevedo patentó en 1919 el dirigible *Hispania* para transporte regular de pasajeros entre España y América: José Manuel Sánchez Ron, *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España, siglos XIX y* , Madrid, 1999, p. 163. <<

[217] Informaciones de *El Liberal*, *ABC* y *El Sol*, 21 de mayo de 1918. La nota de prensa asigna a Azaña la secretaría segunda, pero todas las informaciones posteriores se refieren a él invariablemente como secretario del Ateneo. <<

[218] Elección de los «individuos que forman las secciones», *El Imparcial*, 4 de junio de 1918. <<

[219] La versión de estas crónicas políticas, vol. 1, pp. 351-379, es la original en español, traducida al francés por la redacción de *Hispania*, que añadió todos los epígrafes. *La opinión pública desde 1898, El régimen de partidos* y *Las causas inmediatas de la situación actual* aparecieron en el primer número de *Hispania*, correspondiente a los meses de enero, febrero y marzo de 1918, pp. 82-89. *La cuestión catalana* es del número de abril, mayo y junio, pp. 160-164. *El problema militar* es de julio, agosto, septiembre, pp. 267-272. Los dedicados a *La Asamblea Parlamentaria y la Huelga general* y a *Seis meses de Gobierno nacional* aparecieron en el último número de 1918, pp. 353-361. Finalmente, su análisis del gobierno Alhucemas-Alba, sin epígrafe, es del primer número de 1919, pp. 170-176. <<

[220] «La opinión pública desde 1898», vol. 1, pp. 351-353. <<

[221] «La cuestión catalana», vol. 1, pp. 358-362. <<

[222] Manuel Azaña, *Estudios de política francesa. La política militar*, Madrid, 1919, en vol. 1, pp. 403-579. Las tres primeras características atribuidas al ejército español fueron adelantadas en «Las reformas militares», *El País*, 22 de noviembre de 1915, vol. 1, pp. 251-254; las dos últimas aparecen también en «El problema militar», vol. 1, pp. 363-366. <<

[223] «Las condiciones mínimas de la colaboración reformista», *El Sol*, 5 de noviembre de 1918. <<

[224] «La Asamblea Republicana. Se constituye un directorio», *El Sol*, 13 de noviembre de 1918; Cambó, «Autonomía. Discurs del 16 de desembre de 1918», recogido en *El catalanisme regeneracioniste*, pp. 93-196; Araquistain, «Paz libertadora en el mundo. Paz ominosa en España», *España*, 188, 14 de noviembre de 1918. <<

[225] Ponencia de Guerra y Marina leída por Manuel Azaña en la Asamblea del Partido Reformista, *El Sol*, 1 de diciembre de 1918. Las líneas de las reformas están enunciadas en un esquema manuscrito, «[Sobre reforma militar]», recogido en vol. 7, pp. 372-374. <<

[226] «La Asamblea del Partido Reformista. Bases para un programa de gobierno» y «Discurso de Melquíades Álvarez», *El Sol*, 2 de diciembre de 1918. Confianza de Azaña, en su última crónica para *Hispania*, vol. 1, p. 376. <<

[227] «Un llamamiento. Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres», *España*, 7 de noviembre de 1918. Corrijo aquí el error cometido en la primera impresión de estas *Obras* de Azaña al escribir que la UDE tenía su despacho en el Ateneo. <<

[228] «En el Ateneo. Toma de posesión del nuevo presidente», *El Imparcial*, 19 de enero de 1919. <<

[229] Real Decreto de 22 de enero de 1910 que modifica el de 11 de enero de 1907 por el que se constituyó la Junta para Ampliación de Estudios, *Gaceta de Madrid*, 28 de enero de 1910, pp. 197-198. La concesión, vol. 7, p. 409. <<

[230] Confusión muy reiterada porque en la edición de Juan Marichal la primera carta a José María Vicario desde París lleva fecha de 8 de enero de 1919, despiste de datación habitual en los cambios de año, como ya observó Franco Meregalli hace tiempo: «Manuel Azaña», en Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano, *Azaña*, Madrid, 1980, p. 180. <<

[231] Los oficios de Cirilo Palomo y los de Manuel Azaña adjuntando los certificados médicos se encuentran en su expediente de la Dirección General de los Registros y del Notariado. <<

[232] Solicitudes de pensión y, en su defecto, de «consideración de pensionado»: vol. 7, pp. 407-409. <<

[233] La carta de los socios, AGCS, Madrid, 1381. *El Sol*, 13 y 14 de febrero, dedicó especial atención a los acontecimientos: «Las inmoralidades del caciquismo granadino»; «¡Muera el cacique!», «Toda España es Granada». También, Virgilio Zapatero, *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*, Granada, 1999, pp. 136-137. <<

[234] Carta de Romanones, *La Época*, 1 de mayo de 1919; Resultado de la visita: «Romanones y la presidencia», *El Sol*, 2 de mayo de 1919. <<

[235] Crónicas de *El Sol*, *El Imparcial*, *El Liberal* y *ABC* de los días 27 a 10 de mayo de 1919. También, «De todo y nada», *España*, 1 de mayo de 1919. «La nueva era del Ateneo», *España*, 26 de diciembre de 1919. <<

[236] «La renuncia del conde de Romanones», *El Imparcial*, 16 de mayo de 1919, y, con más detalles, «Se admite la dimisión del conde de Romanones», *El Sol*, 16 de mayo de 1919. <<

[237] «La presidencia del Ateneo. Es elegido el señor Menéndez Pidal», *El Sol*, 1 de junio de 1919. <<

[238] Todo esto expone Azaña a Menéndez Pidal al presentarle su dimisión como secretario del Ateneo en carta remitida desde París el 3 de enero de 1920, vol. 1, pp. 879-880. <<

[239] De eso habló en su conferencia, según *El Imparcial*, 6 de abril de 1919, que es de donde procede la noticia que me ha permitido aclarar, para esta edición, la ubicación del manuscrito titulado «Siendo rey Alfonso Onceno», vol. 7, pp. 206-306. <<

[240] «El mitin reformista del Odeón», *El Sol*, 5 de mayo de 1919. <<

[241] De fugaz lo califica Indalecio Prieto en su necrológica de Luis Araquistain, que tuvo vara alta en la redacción del diario, de la que fue secretario Eugeni Xammar: *Convulsiones de España*, vol. III, México, 1969, p. 280. *El Fígaro* comenzó a publicarse en agosto de 1918. Para propietarios y colaboradores, María Cruz Seoane y María Dolores Saiz, *Historia del periodismo en España*. 3. *El siglo xx: 1898-1936*, Madrid, 1996, pp. 253-256. <<

[242] Cartas a José María Vicario de 26 de noviembre y 17 de diciembre de 1919, vol. 1, pp. 857-859. <<

[243] Para estos primeros días en París, Cipriano de Rivas, *Retrato*, pp. 78-82. <<

[244] Carta a José María Vicario, 27 de enero de 1920, vol. 1, p. 860. <<

[245] Del viaje a la frontera del Este se ocupa Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 83-91. Las cualidades de Azaña como reportero se aprecian en sus artículos sobre Metz y Estrasburgo, vol. 1, pp. 593-609. <<

[246] «Soldados y electores» y «Responso por una cámara difunta», *El Fígaro*, 4 y 6 de noviembre de 1919, vol. 1, pp. 581-587. <<

[247] «Diversos modos de hablar de Francia» y «Victoria sin alas», *El Imparcial*, 17 y 24 de diciembre de 1919, vol. 1, pp. 611-613. <<

[248] «Caillaux ante sus jueces» y «Nuevas manifestaciones del acusado», *El Imparcial*, 24 de febrero y 4 de marzo de 1920, vol. 1, pp. 628-633. <<

[249] «Otras consecuencias de la ofensiva», *España*, 12 de junio de 1920, vol. 1, p. 659. <<

[250] «El espíritu público en Francia durante el armisticio. 1. Razón de una actitud personal», *La Pluma*, 2 de julio de 1920, vol. 1, pp. 661-664. Como en otras ocasiones, no hubo 2 para el 1. <<

[251] El manuscrito es la traducción de *Mémoires et correspondance de Madame d'Épinay*. Su autora fue Louise Tardieu d'Esclavelles (1726-1783), marquesa de Épinay, anfitriona de Rousseau y con salón frecuentado, entre otros, por Diderot, Montesquieu y D'Alembert. Lousie Tardieu fue autora además de *Les conversations d'Émilie*, un libro destinado a la educación de su nieta. Sorprende la confusión de Azaña al atribuir su autoría a Emilia de Épinay. Rivas Cherif, en *Retrato*, pp. 90 y 96, recuerda haber traducido con Azaña, durante la estancia de ambos en París, unas *Memorias de Mlle. de Lespinasse*, que tal vez podrían atribuirse a Julie de Lespinasse (1732-1776), notable por su salón y por su correspondencia con Condorcet, D'Alembert y Guibert, pero de la que no me consta que fuera autora de ningún libro de memorias. Lo más probable es que esta Mlle. de Lespinasse sea en realidad *Madame* d'Épinay, que no era Émilie sino Louise, a la que, en efecto, tradujeron los dos amigos. <<

[252] Cartas a Ramón Menéndez Pidal y a José María Vicario, de 3 y 27 de enero de 1920, vol. 1, pp. 879-880 y 861, respectivamente. <<

[253] «Nota sobre un baile español», *El Imparcial*, 5 de febrero de 1920, vol. 1, p. 623. <<

[254] «Dos palabras que no están de más» y «Palinodia», *La Pluma*, junio de 1920, vol. 2, pp. 3 y 4. <<

[255] «Ahora que [*La Pluma*] cumple tan bien su cometido, lo podemos decir: aquella lista no estaba bien», escribe Guillén a Azaña, 6 de marzo [de 1923], Biblioteca Nacional [BN], Manuscritos, 22128/73. <<

[256] Carta de Miguel de Unamuno a Cipriano de Rivas Cherif y a Manuel Azaña, Salamanca, 24 de junio de 1920. En otra carta de 16 de febrero de 1921 les pide el envío de diez ejemplares del número de *La Pluma* «que trae el segundo acto» de *Fedra*: BN, Manuscritos, 22128/26 y 27. <<

[257] Carta de Jorge Guillén a Manuel Azaña, París, 9 de octubre de 1920, BN, Manuscritos, 22128/69. <<

[258] Sobre Rivas Cherif y el Teatro de la Escuela Nueva, Juan Aguilera Sastre y Manuel Aznar Soler, *Cipriano Rivas Cherif*, pp. 91-109. <<

[259] Uno de los más recientes bulos sobre Azaña lo sitúa en la redacción de *El Sol*, frustrado y rencoroso porque Ortega rechazaba sus artículos y recibiendo una «bofetada tremenda» de Ramiro de Maeztu, a la que no intentó replicar. Cuenta esta fábula Juan Velarde Fuertes —en *Manuel Azaña*, Barcelona, 2003, p. 130—, que dice haberla oído a Manuel Aznar, aunque ya Corpus Barga, en *Los pasos contados*, vol. 4, *Los galgos verdugos*, Barcelona, 1986, pp. 368-369, había recogido la apuesta cruzada en la redacción de *El Sol* entre Ramiro de Maeztu y Salvador de Madariaga, que acabó en el muy famoso y sonoro bofetón propinado por aquél a éste. Para colmo, el mismo Madariaga sitúa el bofetón en *La voz*, en fecha imprecisa: *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*, Madrid, 1981, p. 210. <<

[260] «En el Ateneo. Homenaje a Ganivet» y «El traslado de los restos», *El Sol*, 22 de enero de 1921. «El aniversario de la muerte de Joaquín Costa», *El Sol*, 8 de febrero de 1921. <<

[261] «El león, don Quijote y el leonero», abril de 1922, vol. 2, pp. 104-108. <<

[262] «Tenemos que hacérnoslo todo Rivas y yo», escribe a Miguel de Unamuno el 22 de febrero de 1921, excusándose por la tardanza en el envío de ejemplares del número 9, vol. 2, p. 1171. <<

[263] Alusión a Guillermito y erratas, cartas a Cipriano de Rivas, 5 de octubre y 7 de septiembre de 1921, vol. 2, pp. 1069 y 1066. <<

[264] «Interviú de Anne Marie Bachofen-Maier», 4 de marzo de 1933, incorporada a las edición de *Obras completas*, vol. 7, p. 725, gracias a Enrique Montero. <<

[265] Agradezco a Enrique Moral Sandoval la consulta de su artículo «Las traducciones de Manuel Azaña», de próxima publicación. En la correspondencia con Cipriano, Azaña dejó varias noticias de su actividad como traductor. La llegada a las 9, carta de 29 de septiembre de 1921, vol. 2, p. 1068. <<

[266] «La censura teatral. Una reunión en el Ateneo» y «La censura teatral. El mitin de ayer en el Ateneo», *El Sol*, 19 y 24 de junio de 1921. «La gran trágica europea. Los intelectuales rinden homenaje a Sarah Bernhardt. Solemne sesión en el Ateneo» con los discursos de Romanones y Azorín, *El Sol*, 21 de mayo de 1921. De Azaña, «Sarah en Yuste, y el burgalés de pro», *La Pluma*, junio de 1921, vol. 2, p. 79. <<

[267] *Testimonio y recuerdos*, p. 57 para la tiranía y p. 68 para la dictadura. En «Del Ateneo a la presidencia», *ABC*, 9 de marzo de 1986, escribe Sainz Rodríguez que las elecciones en que Azaña fue «derrocado de su sitial de secretario desde el que ejercía una verdadera dictadura personal» se celebraron en 1920 y que él formaba parte de «la candidatura contraria a Azaña», pero ni hubo tal candidatura ni se celebraron elecciones en ese año. <<

[268] «En el Ateneo. Elección de Junta», *El Sol*, 3 de marzo de 1921; «Renovación de cargos en la Directiva» *El Imparcial*, 4 de marzo de 1921. La posible intervención de Azaña en esta elección se redujo quizá a aconsejar a sus amigos que votaran a Dubois: no consta en ninguna parte que hubiera algún otro candidato de la anterior junta. <<

[269] *Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el secretario primero D. Victoriano García Martí con motivo de la inauguración del curso académico de 1921-1922*, pp. 5 y 6, hoy disponible en la biblioteca virtual del Ateneo. <<

[270] En carta de 6 de marzo, sin año, pero de 1923, BN, Manuscritos, 22128/73. <<

[271] «¿Será demasiado egoísmo refugiarse uno en su trabajo y hacerse la cuenta de que se vive en un desierto?», pregunta a Unamuno en carta de 22 de febrero de 1921; carta a Cipriano, 12 de octubre de 1922, vol. 2, pp. 1171 y 1071. <<

[272] Enrique de Rivas reproduce estos versillos a pie de página en *Retrato*, p. 108. <<

[273] «Melquíades Álvarez lanza al país un vibrante llamamiento liberal», titula *El Sol*, 31 de mayo de 1921, la trascripción literal del discurso. <<

[274] «Interesantes conclusiones aprobadas en la Asamblea», *El Sol*, 29 de mayo de 1921, contiene la única y brevísima referencia a Manuel Azaña y no ofrece ninguna otro dato sobre este sr. Ortega —¿Eduardo, quizá?— que leyó su ponencia. <<

[275] En unos apuntes que han llegado hasta nosotros titulados «París-Madrid, 1920», pero que contienen pensamientos de difícil datación y que deben situarse entre 1919 y 1922, vol. 7, pp. 401-406. <<

[276] «Inauguración del curso en el Ateneo», *ABC*, 24 de noviembre de 1922. Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, pp. 70-72. <<

[277] «El Ateneo admite la dimisión…», *El Sol*, 30 de noviembre de 1922. Noticia sobre «Nueva Junta de Gobierno», *El Sol*, 5 de diciembre de 1923. Luis de Tapia habló de la indignación santa del Ateneo y del ejercicio del «expansivo derecho constitucional» de manifestación pública, en *Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el secretario primero Don Luis de Tapia con motivo de la inauguración del curso académico 1923-1924*, Madrid, 1923, p. 6. <<

[278] «Aspectos de la crisis», *España*, 7 de abril de 1923, vol. 2, p. 164. <<

[279] «¿Quién gobierna en España?» y «Las academias militares», *España*, 6 y 20 de enero de 1923, vol. 2, pp. 147-148 y 153-154. <<

[280] «La expectativa electoral», *España*, 24 de marzo de 1923, vol. 2, pp. 162-164. <<

[281] Carta de Jorge Guillén, 6 de marzo [de 1923], cit. <<

[282] Carta a Cipriano desde Puente del Arzobispo, 10 de abril de 1923, vol. 2, p. 1081. <<

[283] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 118-123. <<

[284] Archivo del Congreso de Diputados, Credencial de Diputado a Cortes, Toledo, 3 de mayo de 1923. <<

[285] «Memorial de guerra. Glosas al libro del general Berenguer» comenzó a salir en *España*, 14 de julio de 1923, y llegó a la décima entrega el 15 de septiembre. El capítulo XI, titulado «El valor de las palabras», quedó inédito, pero lo he incluido en la serie: vol. 2, pp. 191-231. Carta de Ramón Pérez de Ayala a Manuel Azaña, 30 de julio de 1923, Archivo Azaña. <<

[286] «Postrimerías de la concentración liberal», *España*, 8 de septiembre de 1923, vol. 2, pp. 249-251. <<

[287] «La comisión de los veintiuno y las responsabilidades», *España*, 4 de agosto de 1923. <<

[288] Carta a Melquíades Álvarez, 17 de septiembre de 1923; «¡Rompan filas!» y «Santos y señas», *España*, 22 de septiembre de 1923 y 23 de febrero de 1924 y «La dictadura en España», *Europe*, noviembre de 1923. <<

[289] De Azorín, «El destierro de Unamuno», *La Prensa*, 23 marzo 1924, recogido en *La hora de la pluma*, Valencia, 1987, pp. 59-64. De Ortega, «Sobre la vieja política», *El Sol*, 27 de noviembre de 1923. <<

[290] Ésta es una reflexión algo posterior, de *Apelación a la República*, mayo de 1924, vol. 2, p. 372. <<

[291] Carta a Melquíades Álvarez de 17 de septiembre de 1923. <<

[292] «¡Rompan filas!», *España*, 22 de septiembre de 1923. <<

[293] Ramiro de Maeztu, «Diretes. Los del 98», *El Sol*, 13 de octubre de 1923. <<

[294] Ramiro de Maeztu, «Ignorancia y silencio», *El Sol*, 5 de junio de 1923; [Manuel Azaña] «La defección de un hombre del 98» y «¡Todavía el 98!», *España*, 9 de junio y 20 de octubre de 1923. <<

[295] «¡Todavía el 98!», cit. El paseante en Corte, «… castillo famoso», *La Pluma*, marzo de 1921. <<

[296] «El cirujano de hierro, según Costa», *España*, 24 de noviembre de 1923. <<

[297] Manuel Azaña, «Sobre Luis Araquistain», *La Pluma*, marzo 1921, y «Balance de una empresa de reconstrucciones», *España*, 22 de diciembre de 1923. <<

[298] Miguel de Unamuno, «Sobre la tumba de Costa», *Nuestro Tiempo*, marzo de 1911. De Azaña, «Luis Araquistain», cit. y «Caciquismo y democracia», *España*, 13 de octubre de 1923. <<

[299] «El cirujano de hierro», cit. <<

[300] Sancho Quijano [Salvador de Madariaga] «Carácter y Constitución», «El monarquismo de los españoles» y «Allá van leyes donde quieren pueblos», *El Sol*, 3 y 20 de enero y 2 de febrero de 1924; Manuel Azaña, «Una constitución en busca de autor» y «La inteligencia y el carácter en la acción política», *España*, 12 de enero y 2 de febrero de 1924. Luis Araquistain también echó su cuarto a espadas con «Sobre el carácter de los pueblos», *El Sol*, 17 de febrero de 1924. <<

[301] Este artículo presenta especiales dificultades de atribución. El seudónimo de «El doctor Avunculus» nunca había sido ni será empleado por Azaña, como tampoco había citado antes bibliografía alemana, aunque algunas clases de alemán recibió en 1914. Sin despejar estas dudas, lo he incorporado a la edición de sus *Obras*: «La *Revista de Occidente*. Propósitos y profecías», *España*, 15 de septiembre de 1923, vol. 2, pp. 252-253. También sin firma, pero claramente de su autoría, «¡Rompan filas!», *España*, 22 de septiembre de 1923, vol. 2, pp. 256-257. <<

[302] «Santos y señas», *España*, 23 de febrero de 1924, vol. 2, pp. 327-329. <<

[303] «Grandeza y servidumbre de los funcionarios», «Caciquismo y democracia» y «Doña Fulana de Tal, vota», en *España*, 6 y 13 de octubre de 1923 y 22 de marzo de 1924, vol. 2, pp. 265, 268 y 342. <<

[304] «Panorama grotesco» fue el título de una sección de *España*, muy frecuente desde que apareció el primero en el número 14, de 16 de mayo de 1915, hasta el último en el número 278, de 28 de agosto de1920, del que desconozco autor o autores, aunque a veces he dudado si alguno de esos panoramas podría atribuirse a Azaña. En esta nueva época, «Panorama grotesco» aparece en seis números, de los que he recogido cinco en la edición de *Obras completas*. El que falta, de 17 de marzo de 1923, firmado por «Un soldado», se titula «Los gemelos de El Miziam» y podría ser también de Azaña. Por si lo fuera, dice así: «En un día de fuerte tiroteo / en la africana tierra / capturó, como cosa de trofeo, / el Ministro del ramo de la Guerra / unos gemelos de la mejor marca / que dijo ser del Jefe de la Harca // Para rendir tributo y homenaje, / este alto personaje, / al Monarca, después de la victoria, / los gemelos le envió / con un mensaje / de sentida y locuaz dedicatoria. // Mas ¡ay! que por las posiciones avanzadas / eleva el grito hasta los altos cielos / un Jefe de las fuerzas destacadas / a quien le sustrajeron los gemelos / con que hoy mira el Monarca / creyéndolos del Jefe de la Harca». <<

[305] «La dictadura en España», que publicó en francés, en *Europe*, noviembre de 1923, y luego en su lengua original en *Nosotros*, de Buenos Aires, enero-abril de 1924, vol. 2, pp. 355-368. <<

[306] *Apelación a la República*, [La Coruña, 1924], pp. 4 y 33, vol. 2, pp. 369-385. <<

[307] Cartas a Rivas Cherif, de 3 y 7 de agosto y 2 de septiembre de 1924, vol. 2, pp. 1090, 1091 y 110. Tribulaciones de Cipriano, carta de 19 de agosto, en *Retrato*, p. 568. Discurso, *El Sol*, 20 de septiembre de 1932, recogido en vol. 4, p. 7. <<

[308] Ministerio de Gracia y Justicia, Dirección General de los Registros y del Notariado, *Anuario de 1923*, Madrid, 1924, Apéndice 1, p. 6. <<

[309] «Libertad, ¡oh, libertad!», *España*, 29 de diciembre de 1923, vol. 2, p. 305. <<

[310] «Un año de dictadura», *Nosotros*, febrero de 1925, vol. 2, pp. 387-408. <<

[311] Todo lo anterior es de *Apelación a la República, passim*. <<

[312] Carta a Rivas Cherif, 19 de enero de 1925, vol. 2, p. 1104-1105, en la que añade: «Tampoco te regañé la víspera de tu viaje. Lo que hice fue demostrarte que sentía tu marcha, y por qué la sentía, cosa de la que al parecer tú no te dabas cuenta». <<

[313] Carta de Manuel Azaña a Rivas Cherif, 27 de enero de 1925 y respuesta de éste de 30 de enero, *Retrato*, pp. 588-592. <<

[314] Carta a Rivas Cherif, 2 de diciembre de 1934, cuando le escribe desde la prisión flotante, en Barcelona: «me gustaría […] hacer un poco el golfo candoroso, como cuando íbamos a dejar *La Pluma* en el correo», vol. 5, p. 672. <<

[315] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 148, y carta, 2 de diciembre de 1934. <<

[316] Para este incidente, que Azaña califica de «tremendo lance», carta a Rivas Cherif, 2 de julio de 1925, vol. 2, pp. 1123-1125. <<

[317] Carta a Rivas Cherif, 5 de marzo de 1925, vol. 2, pp. 1109-1110. Recuerdos de 1925: *Diarios*, 18 de agosto de 1931, vol. 3, p. 674. <<

[318] Noticia de estos grupos, Ignacio Carral, «¿Cómo nacieron los partidos que han hecho la revolución?», *Estampa*, 10 de octubre de 1931. Para Giral, Francisco Giral González, *Vida y obra de José Giral Pereira*, México, 2004 y reseña biográfica en *El Sol*, 10 de julio de 1931, con ocasión de su elección como rector de la Universidad Central. Para Enrique Martí Jara, *Alianza*, agosto y septiembre-octubre de 1930, con ocasión de su temprana y muy sentida muerte. <<

[319] Carta a Cipriano de Rivas, 25 de abril de 1925, vol. 2. p. 1118. <<

[320] Azaña recuerda el *Manifiesto* en su discurso en el Centro de Acción Republicana de Madrid, 22 de junio de 1932; la cita, en vol. 3, p. 411. <<

[321] El manifiesto fue publicado por Azaña como nota a pie de página del prólogo a *Una política*, Madrid, 1933, vol. 2, pp. 409-410. <<

[322] De «Acción Política, que representa el señor Azaña» se habla en la misma publicación que páginas más adelante lo incluye como representante del «Grupo de Acción Republicana»: Alianza Republicana, *El 11 de febrero de 1926. Manifiesto*, Madrid, 1926, pp. 143 y 198, respectivamente. El manifiesto que establece «finales de 1925» como momento fundacional de este grupo, en *El Sol*, 20 de febrero de 1930. <<

[323] Carta de 2 de julio de 1925, vol. 2, pp. 1123-1125. <<

[324] *Libro de Oro del Partido Radical*, Madrid, 1934, p. 151. <<

[325] Azaña a Lerroux en la sesión de Cortes de 3 de octubre de 1933, vol. 4, p. 409. <<

[326] Como recordará el *Libro de Oro* —que discute esta autoatribución— y como es evidente en *El 11 de febrero de 1926*, publicado a raíz de los hechos. <<

[327] Todo esto, en *El 11 de febrero de 1926*, cit., que incluye también un fragmento de *Apelación a la República*, que titula «Democracia y Parlamento», pp. 181-187. <<

[328] Alianza Republicana, Junta Provisional, Circular núm. 1, firmada por Ayuso, Azaña, Castrovido, Domingo y Lerroux por la Junta provisional; y Giral, Marsá y Martí Jara, por la secretaría, en *El 11 de febrero de 1926*, pp. 109-204. <<

[329] Ver, por ejemplo, el capítulo «Uniones, fusiones y coaliciones», de *El Partido Republicano*, en el que Álvaro de Albornoz afirma que la «lamentable historia de uniones, fusiones y coaliciones debiera haber desacreditado un tanto la panacea de la unión», Madrid, s. f. [pero 1926], p. 232. <<

[330] «Manifiesto al país», en *El 11 de febrero de 1926*, pp. 191-198. <<

[331] *Diarios*, 18 de agosto de 1931, vol. 3, p. 674. <<

[332] Martín Luis Guzmán, «Una velada literaria», Madrid, febrero de 1926, en *Obras completas*, México, 1985, vol. II, pp. 1118-1119. <<

[333] Carmen Baroja Nessi, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Prólogo, edición y notas de Amparo Hurtado, Barcelona, 1998, pp. 83-84. También su hijo, Julio Caro: «los sábados o domingos por la noche se reunían los amigos de mi tío Ricardo y su mujer, con Valle-Inclán y Azaña en cabeza», *Los Baroja*, Madrid, 1978, p. 169. <<

[334] Noticia de El Mirlo, Amparo Hurtado, «Prólogo», en Carmen Baroja, *Recuerdos*, pp. 25-27. Cita de Azaña, «Jacinto Benavente», *Europe*, 15 de mayo de 1923, vol. 2, p. 350. <<

[335] He recogido parte de estos borradores en vol. 7, pp. 439-445 y 525-570. <<

[336] Concesión de los premios, *Gaceta de Madrid*, 14 de mayo de 1926, p. 892. Esta *Vida de don Juan Valera* se había dado por perdida aunque se encontraba entre los papeles recuperados en 1984, entregados por el gobierno a doña Dolores de Rivas Cherif. La he reproducido del texto original, microfilmado, en vol. 1, pp. 411-579. Antonio Martín Ezpeleta ha publicado con el mismo título, *Vida de don Juan Valera*, Cabra, 2005, un manuscrito autógrafo que sirvió como borrador, depositado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. <<

[337] «Preliminar», «La novela de *Pepita Jiménez*», *La Lectura*, Madrid, 1927, vol. 1, p. 631. <<

[338] Martín Luis Guzmán, «Acerca de don Juan Valera», enero de 1928, *Obras*, vol. II, pp. 1164-1165. <<

[339] *Vida de don Juan Valera*, vol. 2, pp. 475 y 436. <<

[340] Carta a Rivas Cherif, 30 de marzo de 1925, vol. 2, p. 1116. Un buen relato del homenaje, con la carta de Unamuno, Genoveva García Queipo de Llano, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1988, pp. 184-196. <<

[341] Palabras de D’Ors y del resto, *El Sol*, 29 de marzo de 1925. <<

[342] «El *Idearium* de Ganivet», publicado en *Plumas y palabras*, en 1930, recoge el artículo de *La Pluma*, añadiendo el estudio sobre las Comunidades; su introducción, muy al hilo de la repatriación de sus huesos, sugiere que lo pensó, si no lo llegó a escribir, como respuesta al homenaje. <<

[343] Joseph Perez, *La revolución de las Comunidades de Castilla*, Madrid, 1977, pp. 254 y 474. Recuerda Perez que cuando llamó en 1963 la atención sobre la importancia de este ensayo, José Antonio Maravall le confesó «que no se perdonaba haber ignorado este artículo precursor». Lo fue en efecto de la tesis central de la obra de Maravall, *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*, Madrid, 1963, que en ediciones posteriores rindió el mejor homenaje posible al trabajo de Azaña: «El que hizo verdadera obra de historiador al revisar el tema y oponerse a las indocumentadas ocurrencias de Ganivet, fue Azaña. Tuvo presente la abundante documentación de Danvila y llegó a la conclusión de que la rebelión comunera enlazaba con las corrientes republicanas de la baja Edad Media y se adelantaba en la línea democrática con reivindicaciones que aparecían en revoluciones posteriores, viendo también en su concepción territorial de la comunidad política un carácter moderno nacional, cuyo triunfo hubiera supuesto el desarrollo más orgánico y continuo de la vieja política castellana». Cito por la cuarta edición, Madrid, 1984, pp. 37 y 38. <<

[344] Es una información del boletín *Alianza*, marzo de 1930, p. 3. <<

[345] *Diarios*, 2 de mayo de 1927, vol. 2, p. 1031. <<

[346] Cita de Lerroux, *Al servicio de la República*, Madrid, 1930, p. 2000. Lo demás, «Memoria que la secretaría de la Junta nacional interina de Alianza Republicana presenta a la Asamblea Nacional al comenzar sus sesiones en Madrid el día 29 de septiembre de 1930», *Libro de Oro*, pp. 171-175, que da breve noticia de las actividades de Alianza Republicana desde su fundación. <<

[347] Lerroux, *La pequeña historia de España*, Barcelona, 1985, p. 45. <<

[348] Para la «fracasada “revoli”» de 1925, carta a Rivas Cherif, 2 de julio de 1925, vol. 2., p. 1125. Para Valladolid, Rivas Cherif, *Retrato*, p. 143, que lo sitúa en un tribunal de oposiciones a notarías, aunque en septiembre y octubre de 1926, Azaña fue vocal del tribunal de oposiciones celebradas en Burgos, como es evidente por las cartas que envió desde allí al mismo Rivas, vol. 2, pp. 1128-1137. <<

[349] De este encuentro informa Lerroux a un amigo en carta reproducida por Octavio Ruiz Manjón, *El Partido Republicano Radical*, Madrid, 1976, pp. 133-134. <<

[350] Fregado y oposiciones, *Diarios*, 6 de noviembre de 1931, vol. 3, p. 807, y discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932, vol. 4, p. 52. Vicente Marco Miranda da cuenta de una reunión con el comité nacional de Alianza Republicana, con la única ausencia de Lerroux, en la que se acordó que el pueblo permaneciese a la expectativa hasta que las tropas se sublevasen, para acudir en su auxilio, en caso necesario: *Las conspiraciones contra la dictadura*, Madrid, 1975 [orig. 1930] p. 85. <<

[351] Para la decisión, tomada en casa de Lerroux, *Diarios*, 3 de junio de 1927, vol. 2, p. 1039. Las visitas a Villanueva, Álvarez, Sánchez de Toca y García Prieto, 4 y 7 de junio de 1927, id., pp. 1039-1041. <<

[352] *Diarios*, 10 de mayo de 1927, vol. 2, p. 1035; carta a Unamuno, 25 de mayo de 1928, vol. 2., p. 1177. <<

[353] *Diarios*, 2, 4, 5, 30 de mayo y 15 de junio de 1927, vol. 2, pp. 1031-1033, 1037 y 1043-1044. Álvarez del Vayo, «Un libro de Manuel Azaña», *El Sol*, 5 de mayo de 1927, «habla más que del libro de su autor» condenado a «no encajar» en la política a pesar de que reunía «una serie de condiciones indispensables al político» como son la penetración para ver los problemas tal cual se dan en la realidad, la gran facilidad de palabra y la escogida disciplina intelectual. Corpus Barga, «La timidez de la literatura española», *La Gaceta Literaria*, 1 de noviembre de 1927. El comentario de Díez Canedo, en *El Sol*, 2 de junio de 1927, que lo compara con *El artista adolescente*, de Joyce, «desconocido cuando *La Pluma* comenzó a publicar el de Azaña». <<

[354] El juicio de Fernández Almagro es más sutil: «… encumbrado y difícil, como una cima que brinda pureza de aire y anchura de horizonte en compensación del arriesgado ascenso. Ganad, como podáis, el repecho del gesto desdeñoso, y bordead, si las fuerzas no os faltan, el tajo de la réplica hostil. Arriba encontraréis uno de los miradores más nobles y oreados de la España contemporánea», «Una conciencia de español», *La Gaceta Literaria*, 15 de junio de 1927. <<

[355] En «El “Valera” de Manuel Azaña», *El Sol*, 23 de febrero de 1930, Bello trata de su autor «singular y único» y de *El jardín*, donde ve «completamente hecho uno de los pocos estilos, de los grandes estilos castellanos». <<

[356] Estas reflexiones sobre la vocación política son de 17 de junio de 1927 y fueron suscitadas por los comentarios que Juan Uña hizo, él ausente, en casa de Cipriano, vol. 2, pp. 1044-1046. <<

[357] Con esas palabras termina su diario de 17 de junio de 1927, cit. <<

[358] Lo cuenta Martín Luis Guzmán, «Valle-Inclán ante el juez», *Obras completas*, pp. 1161-1162, que califica a Azaña como «doctor *honoris causa* en pronósticos de esta índole». <<

[359] «Cuarenta años de teatro», en vol. 2, pp. 917-926. Lo demás, en vol. 7, pp. 457-521. <<

[360] Carta a Miguel de Unamuno, 25 de mayo de 1928, vol. 2, p. 1177. <<

[361] La opinión de Xirgu, en Rivas Cherif, *Retrato*, p. 153, que recomienda a Azaña los recortes. Lo demás *Diarios*, 18-21 de diciembre de 1931, vol. 3, pp. 875-876. <<

[362] *Diarios*, 2 de mayo de 1927, cit. <<

[363] *Diarios*, 10 de julio de 1927, vol. 2, p. 1047. <<

[364] *Diarios*, La Coruña, agosto y septiembre de 1927, vol. 2, p. 1049. <<

[365] Carmen Baroja, *Recuerdos*, p. 93. Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 151-153; Azaña a Miguel de Unamuno, 25 de mayo de 1928, vol. 2, p. 1177. <<

[366] Petición de mano y boda, en *El Sol*, 6 de enero y 2 de marzo de 1929. Copia simple de la escritura de dote inestimada, AHN. Diversos. Títulos-Familias, Leg 3342. El 27 de febrero, *El Sol* anunciaba que «en breve se celebrará la boda del distinguido escritor D. Cipriano de Rivas Cherif con la señorita Carmen Ibáñez Marín». <<

[367] «Nota para Cipriano», diciembre de 1928, vol. 2, p. 1148. <<

[368] L. Calvo, «En el “Caracol”», *ABC*, 30 de diciembre de 1928; Enrique Díez Canedo, «Sala Rex», *El Sol*, 1 de enero de 1929. <<

[369] «Viaje de Hipólito», aunque publicado en 1937, está fechado en octubre de 1929 y lo he incorporado al vol. 2, pp. 857-866. Los calificativos de Lolita son de Carmen Baroja y Josefina Carabias. <<

[370] Ramón Gómez de la Serna, «Enrique de Mesa», en *Nuevos retratos contemporáneos y otros ensayos*, Madrid, 1990, p. 212. Cartas de Azaña a Rivas Cherif, 4 de junio, 4 y 15 de agosto de 1929, vol. 2, pp. 1149-1150 y 1159-1160. <<

[371] Me dice José María Serrano Sanz —y se lo agradezco de veras— que el sueldo de Azaña en 1929 era 7,24 veces la renta por habitante, que ascendía ese año a 1517 pesetas. Tras los cálculos que ha realizado y que tienen en cuenta el aumento de renta que ha afectado a todos los españoles y la distinta capacidad de compra, la retribución de 11 000 pesetas de 1929 sería equivalente a 120 000 euros de 2008, una cantidad que Serrano Sanz considera espectacular para un funcionario. Tan espectacular que parece imposible. <<

[372] Carta de Lerroux a Azaña, 16 de septiembre de 1929, en la que le propone, cuando vuelvan Giral y Jara, una reunión para resolver sobre Bases de Organización y le pide que se tome «la molestia de cerrar esas cartas y enviarlas la buzón», BN, Manuscrito 22128/19. Salida de Domingo, Xavier Pujadas, *Marcel.li Domingo i el marcel.linisme*, Montserrat, 1996, pp. 259-263. <<

[373] Cartas de Azaña a Rivas Cherif, 4 de junio y 29 de julio de 1929, vol. 2, p. 1158. <<

[374] Carta de Azaña a Miguel Villanueva, 25 de noviembre de 1929, vol. 7, p. 747. <<

[375] «Primo de Rivera explica la crisis y se despide del país», *El Sol*, 29 de enero de 1930. <<

[376] «La caída del dictador», texto original, enviado a principios de marzo de 1930 a *Revue de Genève*, vol. 2, pp. 933-934. <<

[377] Cuenta la entrevista, sin especificar fecha, María Zambrano, *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Madrid, 1999, pp. 49-50, que recuerda la visita como «un poco áspera». <<

[378] «Circular de Acción Republicana», enero de 1930, vol. 2, p. 935. <<

[379] «Homenaje a la República de 1873», *Alianza*, febrero de 1930. <<

[380] «Llamada al combate. Alocución en el banquete republicano de 11 de febrero de 1930», vol. 2, pp. 937-940. <<

[381] Alejandro Lerroux, «Oportunidad y conveniencia del frente único», *El Liberal*, 21 de febrero de 1930; carta de Azaña a Marcelino Domingo, 22 de febrero de 1930, que publicó *Nueva España*, 15 de marzo de 1930, vol. 2, pp. 943-944. También, en «Testimonios para la historia», vol. 7, p. 749. <<

[382] Información de viajeros y trenes, *El Sol*, 22 de marzo de 1930. Recuerdos del encuentro, *Diarios*, 18-21 de diciembre de 1931, vol. 3, p. 871. «Unes manifestacions de Manuel Azaña», *La Publicitat*, 27 de marzo de 1930. <<

[383] «La libertad de Cataluña y España. Discurso en el restaurante Patria, Barcelona», 26 de marzo de 1930, vol. 2, pp. 945-948, que reproduce el texto original. Amadeu Hurtado, *Quaranta anys d'advocat: Historia del meu temps*, Barcelona, 1967. <<

[384] «La Junta legítima del Ateneo vuelve a su puesto», *El Sol*, 13 de febrero de 1930. <<

[385] Josefina Carabias, *Azaña. Los que le llamábamos don Manuel*, Madrid, 1980, pp. 16-17. <<

[386] Noticia del acto, *El Sol*, 26 de abril de 1930; texto del discurso, *Con el rey o contra el rey*, México, 1972, pp. 289-306. <<

[387] Gestiones de Alianza Republicana y carta de Alejandro Lerroux, *Alianza. Boletín de Alianza Republicana*, marzo de 1930. Viaje de Unamuno, Emilio Mola, *Lo que yo supe*… Madrid, 1932, p. 116. <<

[388] «Anoche en el Ateneo», *Heraldo de Madrid*, 3 de mayo de 1930. <<

[389] «Un escrito interesante», *Heraldo de Madrid*, 30 de mayo de 1930. <<

[390] Victoriano García Martí, *El Ateneo de Madrid*, *1835-1935*, Madrid, 1948, pp. 262-263. <<

[391] Escrito y nombres de todos los firmantes, Antonio Ruiz Salvador, *Ateneo, Dictadura y República*, Madrid, 1976, pp. 66-68. <<

[392] Resultados, *ABC*, 19 de junio de 1930. Azaña reivindica esa tradición política en entrevista a Pedro Massa, *El Liberal*, 21 de junio de 1930 y en «El Ateneo y las responsabilidades», *Política*, septiembre de 1930. Para la Comisión de los Veintiuno y sus nombres, charla con Francisco Llorca, *Heraldo de Madrid*, 2 de agosto de 1930, todo en vol. 2, pp. 981-990. <<

[393] «Noticias de última hora sobre el veraneo de escritores españoles. San Sebastián», *La Gaceta Literaria*, 1 de septiembre de 1930. Por allí andaban Azorín, Salaverría, Benavente, «Arniches con su familión, Muñoz Seca, otro familión, coches llenos de hijos, meriendas inacabables». <<

[394] Jaume Aiguader i Miró, *Catalunya i la revolució*, Barcelona, 1931, pp. 73-83. <<

[395] Manuel Carrasco i Formiguera, *El pacte de San Sebastián*, Barcelona, 1931; Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*…, Madrid, 1981, pp. 67-72, que se confunde al dar como presente a Fernando de los Ríos y situarlo además como miembro de un comité ejecutivo. <<

[396] *Diarios*, 3 de abril de 1932, vol. 3, pp. 956-957. <<

[397] «Cervantes y la invención del Quijote», 3 de mayo de 1930, vol. 2, pp. 955-971. <<

[398] Todo esto, y los discursos, en *El Sol*, 30 de septiembre de 1930. <<

[399] Muerto el 18 de agosto de 1930, había nacido el 10 de enero de 1890 (*Alianza*, septiembre-octubre de 1930), exactamente diez años más joven que Azaña, con quien discutía a menudo, «muy buena persona, tenaz hasta la terquedad, propenso a "sulfurarse" y muy entusiasta por la "causa"», *Diarios*, vol. 3, p. 674. Había publicado en 1929 *El Rey y el Pueblo*, una crítica del proyecto de Constitución elaborado por la dictadura. Para el polo plebeyo, «Tres generaciones del Ateneo», vol. 2, pp. 997-1013. <<

[400] Discurso en la plaza de toros de Madrid, 28 de septiembre de 1930, vol. 2, pp. 991-995. Hay amplios fragmentos en *El Liberal*, 30 de septiembre de 1930, que presenta a Azaña como «hombre singular, una de las palabras más henchidas y brillantes con que cuenta la democracia española». <<

[401] Para la asamblea de Alianza Republicana, *El Liberal*, 30 de septiembre y 1 y 2 de octubre de 1930. <<

[402] *Apuntamiento de actas del Comité Ejecutivo* e intervenciones de Besteiro y Largo Caballero recogidas en *Actas de las sesiones del XIII Congreso Ordinario*, Madrid, 1932, pp. 50-64. <<

[403] «Tres generaciones del Ateneo», cit. <<

[404] «Al pie del monumento de Cartagena», *España*, 17 de noviembre de 1923. <<

[405] De la huida del teatro y de los meses de reclusión ha dejado testimonio Rivas Cherif en *Retrato*, pp. 166-180. <<

[406] Solicitud de 15 de diciembre de 1930 y oficio remitiendo el certificado médico, de 26 de enero de 1931, vol. 7, p. 589. Certificado, Archivo de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Salvador Pascual, depositario de la junta del Ateneo destituida por Primo de Rivera, cuenta que, en conversación con el príncipe de Asturias, como le preguntara éste si, en caso de que Azaña necesitara sus servicios, comunicaría a la policía su paradero, le respondió: «De ningún modo, señor. Eso sería una vileza». El príncipe asintió y le dijo: «Tienes razón, sería una vileza». Carabias, *Azaña*, p. 58, que cita una entrevista de Vicente Sánchez Ocaña. <<

[407] Carta de Alcalá Zamora a Azaña, 22 de enero de 1931, y de Azaña a Alcalá Zamora, 24 de marzo de 1931, que se refiere a otra «del mes pasado» en la que expresaba la misma opinión, vol. 7, pp. 750-751. <<

[408] Condena de seis meses y un día de prisión, *El Sol*, 25 de marzo de 1931. Cartas de Alcalá Zamora a Azaña, 28 de marzo de 1931, Biblioteca Nacional, Manuscritos, 22128/22; de Lerroux a Azaña, 22 de febrero de 1931, ibid., 22128/20; de Azaña a Felipe Sánchez Román con «Proyecto de nota colectiva», 18 de febrero de 1931, vol. 7, pp. 751-755. <<

[409] *El Sol*, 13 de marzo de 1931. <<

[410] Cartas de Azaña a Lerroux, 5 de marzo de 1931, y de Lerroux a Azaña, 7 de marzo de 1931, en «Testimonios para la Historia», vol. 7, pp. 750-760. <<

[411] «Revolución y República», *La Tierra*, 2 de abril de 1931; «Manuel Azaña y el movimiento actual», *Solidaridad Obrera*, 10 de abril de 1931, vol. 2, pp. 1019-1021. <<

[412] Carabias, *Azaña*, pp. 65-68. Añade Carabias que años después advirtió a Miguel Maura de su error al escribir que Azaña saludó por vez primera a sus compañeros del comité el mismo día 14, después de que él fuera a recogerle a casa de Cipriano. Según Rivas Cherif, la entrevista de Maura con Azaña tuvo lugar en casa de su padre, antes de las elecciones, *Retrato*, pp. 179-182. Azaña contó a un redactor de *El Sol*, 14 de abril de 1933, que un amigo lo llevó a casa de Alcalá Zamora la noche del domingo 12, vol. 4, p. 311. Según Alcalá Zamora, Azaña reapareció hacia el mediodía del 13, *Memorias*, p. 161. <<

[413] Declaraciones a *El Sol*, 14 de abril de 1933, vol. 4, pp. 311-312. El 20 de agosto de 1931 relee el capítulo que «estaba escribiendo cuando vino la República», vol. 3, p. 678. <<

[414] En vol. 3, p. 3, telegrama publicado en *El Sol*, 15 de abril de 1931, sin las faltas de sintaxis apreciables en el de *ABC*. <<

[415] Aunque en ocasiones se atribuye a Azaña la derogación de la Ley de Jurisdicciones, se trata en realidad de un decreto de presidencia con el inconfundible sello de la retórica presidencial, *Gaceta de Madrid*, 19 de abril. Los ceses, *Gaceta de Madrid*, 17 de abril de 1931. <<

[416] He incluido en esta edición el texto completo de los decretos aprobados por el gobierno provisional hasta su convalidación por las Cortes Constituyentes, vol. 3, pp. 522-589. Para la reforma y sus resultados, Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Madrid, 1982, que habla de un «franco éxito» en lo que respecta a reducción de las escalas activas al contabilizar como retirados a 7613 jefes y oficiales de un total de 20 576, pp. 156-170. <<

[417] Como puede apreciarse en la visita del general López Ochoa de 14 de julio de 1931, vol. 3, p. 614. <<

[418] *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, 30 de julio de 1931, p. 246. <<

[419] *Diarios*, 21 de julio de 1931 y 9 y 12 de agosto de 1932, vol. 3, pp. 624, 1046 y 1056. <<

[420] *Diarios*, 2 y 11 de septiembre de 1931 para la Comisión de Responsabilidades, vol. 3, pp. 704 y 713; y 31 de mayo de 1937, vol. 6, p. 322, para su recuerdo de la entrevista con Angel Marvaud, publicada en *Le Temps*, 11 de noviembre de 1932, vol. 4, pp. 48-51. <<

[421] Manifiesto de Acción Republicana de Murcia, *Alianza*, abril de 1930, firmado por ocho maestros, siete catedráticos, tres industriales, dos abogados, dos propietarios y un procurador. <<

[422] Así, Hipólito Rodríguez Pinilla, Honorato de Castro, Luis Fernández Clérigo y Amós Salvador. Más reciente, Clara Campoamor. <<

[423] «Los partidos republicanos. Acción Republicana», *El Liberal*, 20 de mayo de 1931. <<

[424] «Asamblea nacional del Partido de Acción Republicana», *El Liberal*, 29 de mayo de 1931. <<

[425] Declaraciones de Prieto y de Lerroux, *El Sol*, 30 de junio, 1 y 5 de julio de 1931. <<

[426] Y 22 actas, porque él consiguió la de Valencia y la de Baleares, a la que renunció el 10 de octubre a favor de Francisco Carreras Reura. En segunda vuelta, de 12 de julio, se añadieron dos diputados más y poco después se sumaron otros tres, Carlos Esplá, Gonzalo de Figueroa y Mariano Ansó. Entre los elegidos en primera vuelta se contaban José Giral, Gabriel Franco, Roberto Castrovido, Luis Fernández Clérigo, Manuel Martínez Risco, Honorato de Castro y Enrique Ramos: Eduardo Espín, *Azaña en el poder. El partido de Acción Republicana*, Madrid, 1980, p. 71. <<

[427] *El Sol*, 18 de julio de 1931, publicó en primera página el texto taquigráfico bajo gran titular: «El ministro de la Guerra expone con formidable energía el programa del partido que acaudilla y traza una línea de conducta implacable contra todos los peligros». <<

[428] Noticias de la Asamblea y texto taquigráfico del discurso con comentarios editoriales, *El Sol* y *El Liberal*, 13 y 15 de septiembre de 1931. <<

[429] Sobre la reunión de 28 de agosto y el voto de cada ministro, vol. 3, pp. 695-696. Reunión y Puntos de conciliación, Anexo B, Nota reservada, Carta de Vidal i Barraquer a Pacelli, 19 de septiembre de 1931, *Arxiu Vidal i Barraquer*, Montserrat, 1971, vol. I, pp. 318-321. <<

[430] Todo esto y lo siguiente, *Diarios*, 13 de octubre de 1931, vol. 3, pp. 763-771, y discurso en la sesión de Cortes de 13 de octubre de 1931, vol. 3, pp. 76-85. <<

[431] Vidal a Pacelli, 19 de septiembre de 1931, *Arxiu Vidal i Barraquer*, vol. I, p. 317; informe de los Metropolitanos, ibid., p. 207. Visitas *ad limina*, Frances Lannon, *Privilege, Persecution and Prophecy*, Oxford, 1987, p. 13. <<

[432] Declaraciones de Prieto y de Azaña, en *El Socialista* y *El Sol*, 15 de octubre de 1931; discurso de Lerroux en Santander, 20 de octubre de 1931; Azaña, *Diarios*, 13 y 14 de octubre, vol. 3, pp. 763-775. <<

[433] Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Barcelona, 1981, p. 229; Salvador de Madariaga, «Manuel Azaña», en *Españoles de mi tiempo*, Barcelona, 1974, p. 297. Frank Sedwick, *The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Second Republic*, Ohio, 1963, pp. 93-94. <<

[434] «Prólogo», *En el poder y en la oposición*, Madrid, 1934, vol. 4, pp. 3-6. <<

[435] Manuel Azaña, «Tres generaciones del Ateneo», vol. 2, p. 1011. <<

[436] Discurso en la sesión de Cortes de 27 de mayo de 1932, vol. 3, pp. 335-370 y Alocución en el banquete republicano de Valencia, 4 de abril de 1932, vol. 3, pp. 319-324. <<

[437] Cartas de Marañón, Cossío y Valle-Inclán a Azaña, Biblioteca Nacional, Manuscritos, 22128. <<

[438] Aldo Garosci, *Los intelectuales y la guerra de España*, Madrid, 1981, pp. 83-86. <<

[439] Discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932, vol. 4, p. 54. <<

[440] El gobierno de la República se denominó *provisional* hasta que resignó sus poderes ante las Cortes Constituyentes en el debate de los últimos días de julio de 1931. A partir del 31 de julio es simplemente gobierno de la República. Azaña, por tanto, nunca fue presidente del Gobierno provisional, aunque en ocasión recuerde haberlo sido. <<

[441] *Diarios*, 30 de noviembre de 1931, vol. 3, p. 839. «Importante reunión de Alianza Republicana», *El Sol*, 10 de diciembre de 1931. «Interesante ampliación de la reunión celebrada por los partidos de Alianza Republicana», *El Liberal*, 11 de diciembre de 1931. <<

[442] *El Sol*, 15 de diciembre de 1931. Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1983, p. 98. <<

[443] En sus *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*, Madrid, 1981, p. 268, afirma Madariaga que Azaña le juzgó mal y que por eso no le llamó para el Ministerio de Estado, ofreciéndole en cambio Hacienda. Pero cuando le llamó, Alejandro Lerroux aún no había decidido retirarse del gobierno. El día 13, mal podía Azaña ofrecer a nadie el Ministerio de Estado. <<

[444] El mejor relato de la crisis es el del mismo Azaña, en el discurso de 17 de diciembre de 1931, vol. 3, pp. 163-170. Para la política de Lerroux, Nigel Townson, *La República que no pudo ser*, Madrid, 2002. <<

[445] Lo dicho por Ortega, *El Liberal*, 17 de diciembre de 1931. <<

[446] En su discurso de 16 de octubre de 1933, Azaña asegura no haber hecho «ningún favor político a ningún consecuente de Acción Republicana, ni a nadie por ventura», aunque en el Archivo de la Guerra Civil, de Salamanca, se conserva copia de un buen fajo de cartas de recomendación, mecanografiadas y escritas con el típico lenguaje de secretaría, firmadas por él. <<

[447] *Diarios*, 27 de mayo de 1932, vol. 3, p. 979. <<

[448] John Gunther, *Inside Europe*, Nueva York y Londres, 1938, p. 171, explica que cuando entrevistó a Manuel Azaña «in 1932 and asked him where he belonged, he replied almost defiantly: “I am an intellectual, a democrat, and a bourgeois”». En la traducción española, *El drama de Europa*, Buenos Aires, 1939, p. 210, consta lo mismo: «Soy un intelectual, un demócrata y un burgués». No he podido localizar el texto a que se refiere Juan Marichal en su introducción a Manuel Azaña, *Obras completas*, México, 1966, vol. I, p. XVII, cuando asegura que en una entrevista concedida a Gunther «en 1933», la respuesta de Azaña es tajante y precisa: «Soy un intelectual, un liberal y un burgués». <<

[449] Discursos en las sesiones de Cortes de 5 y 6 de enero de 1932, vol. 3, pp. 190-199. Para la matanza de Arnedo, Carlos Gil Andrés, *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*, Logroño, 2002. <<

[450] Discurso sobre el Estatuto de Cataluña, 27 de mayo de 1932, refiriéndose a la posibilidad de que se produjera «un caso análogo al de la cuenca del Llobregat», vol. 3, p. 359. <<

[451] *Diarios*, 23 de enero de 1932, vol. 3, p. 902. Discurso en las Cortes, 21 enero de 1932, vol. 3, p. 210. La oferta de Companys, *Diarios*, 12 de febrero. <<

[452] Manifestaciones de Azaña y del general Batet y relato de un enviado especial a Figols, *El Sol*, 22, 23 y 24 de enero de 1932. <<

[453] Sesión de Cortes, 21 de enero de 1932, vol. 3, p. 211. <<

[454] Según nota oficiosa del gobierno, *El Sol*, 20 de enero de 1932. <<

[455] Capitanía general de la Segunda Región. Estado Mayor, «Informe sobre la situación social en Andalucía», 1 de junio de 1931, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), RE 131, carp. 3. <<

[456] Casares solicitará de las Cortes un crédito de cinco millones de pesetas para ampliar en 2500 guardias las secciones de asalto, *El Sol*, 23 de enero de 1932. <<

[457] Sesión de Cortes, 10 de febrero de 1932, vol. 3, p. 240. Para el debate sobre «El caso Azaña», «Las inquietudes de los juristas», *El Liberal*, 6 de marzo de 1932. La mayoría de los radicales y la izquierda catalana abandonaron el salón antes de la votación. Al voto de Balbontín, Sediles, Franco y Barriobero se añadieron tres radicales socialistas: Botella, Gomáriz y Eduardo Ortega. <<

[458] *Diarios*, 16 de julio de 1931, vol. 3, p. 621. <<

[459] Copia del escrito del general Franco, AMAE, RE 131, carp. 1. *Diarios*, 12 de agosto de 1931; el 13 de agosto vuelve sobre lo mismo: «En la conversación suenan Franco y Orgaz. Franco es el único temible», vol. 3, pp. 668-669. <<

[460] «Informe confidencial para Don Manuel Azaña», Archivo General Militar (AGM), arm. 47, leg. 72, carp. 8. Para Barrera, Ismael Saz Campos, *Mussolini contra la II República*, Valencia, 1986, p. 39. <<

[461] «Trituración y sacrificio. El ejército y la política» y «De la reorganización del Ejército. Destinos. Nombramientos», «Academias militares» y «España inerme», *La Correspondencia Militar*, 16 y 20 de septiembre, 3 y 8 de julio de 1931. <<

[462] Entre otros, «Nuevos agravios al Ejército. ¿Hasta cuándo?», que invita a boicotear la nueva fiesta del ejército, establecida el día 7 de octubre, conmemoración de la batalla de Lepanto, «fecha tan indicada como la carga de Treviño para la Marina» y «A todos los generales, jefes y oficiales del Ejército», con protestas por las humillaciones sufridas e instrucciones para la formación de directivas. Ambas, en Hemeroteca Municipal de Madrid, A 1463 y 1362. <<

[463] *Diarios*, 9 de mayo, 7 y 10 de junio de 1932, vol. 2, pp. 970, 988 y 990. <<

[464] Azaña obligó a Albornoz a rectificar su evocación de los «estornudos» militares y estuvo de acuerdo con Alcalá Zamora en castigar a Cavalcanti por las «altas y recias toses» con que éste respondió, *Diarios*, 24 de junio de 1932, vol. 3, p. 998-999. <<

[465] *Diarios*, 21 de junio, quejas de Goded; 25 de junio, visita del comandante Vidal, delegado en Telefónica y de Rico, director general, que vienen a comunicarle una conversación sorprendida entre Madrid y París en la que el de París increpaba al de Madrid por haber retrasado el golpe. <<

[466] Discursos de 28 de marzo y 22 de junio de 1932, vol. 3, pp. 303-310 y 403-411. José María de Semprún, «República y tradición», *El Sol*, 30 de marzo de 1932. Lo debatido en la Asamblea, *El Sol*, 29 de marzo. <<

[467] *Diarios*, 27 de junio de 1932, y discurso en las Cortes, 28 de junio, vol. 3, pp. 1006 y 414-420. <<

[468] *Diarios*, 28 de junio de 1932. <<

[469] Carta a Lerroux de 28 de agosto de 1932, AGGC, Salamanca, Serie Madrid, carp. 2720, leg. 20. <<

[470] Azaña dedica siete líneas el 5 de marzo de 1932, sábado, a la ceremonia del «miércoles pasado» y apunta que Martínez Barrio, «gran gerifalte en la Casa, no asistió». Vidarte fecha la ceremonia el 5 de marzo, y la cuenta con detalle: *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, 1976, pp. 363-371. <<

[471] «Alocución por radio al pueblo catalán», *El Sol*, 11 de septiembre de 1932. <<

[472] Significado de «director» y estreno de la obra en Barcelona y Madrid, Juan Aguilera y Manuel Aznar, *Cipriano de Rivas Cherif*, pp. 172 y 211-219. <<

[473] Para este viaje, *La Vanguardia*, 26, 27 y 28 de septiembre de 1932. <<

[474] Discurso en Santander, 30 de septiembre de 1932, vol. 4, p. 20. <<

[475] *El Liberal* y *El Sol*, 24 de diciembre de 1932. <<

[476] Discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932, vol. 4, p. 64. <<

[477] Josep Pla, «Don Manuel Azaña. Un assaig de crítica política (I)», 14 de enero de 1933, en *Obra completa*, vol. 41, *Cròniques parlamentàries (1933-1934)*, Barcelona, 1982. <<

[478] Discurso de Lerroux, *DSCC*, 3 de febrero de 1933, pp. 10917-10928. <<

[479] «Plenitud de un régimen», *El Sol*, 15 de febrero de 1933. <<

[480] *La Vanguardia*, 1 de abril de 1933. <<

[481] Azaña dejó su testimonio de este incidente en la larga anotación de sus diarios escrita el 14 de abril de 1933, segundo aniversario de la proclamación de la República. <<

[482] Visita del nuncio, *Diarios*, 18 de octubre de 1931, vol. 3, p. 778. Eustaquio Ilundain, «[Reseña de la entrevista de los Sres. Cardenales con el Sr. Azaña]», 20 de noviembre de 1931, *Arxiu Vidal i Barraquer*, vol. II, pp. 179-180; y Azaña, *Diarios*, 21 de noviembre de 1931, vol. 3, p. 831. <<

[483] Nuevas visitas del nuncio, *Diarios*, 12 y 27 de enero de 1932, vol. 3, pp. 898 y 904. <<

[484] Discurso de Ángel Herrera, *El Debate*, 26 de diciembre de 1931. <<

[485] El documento de Gil Robles está incluido como Apéndice E en la carta de Francesc Vidal i Barraquer a Eugenio Pacelli de 28 de noviembre de 1931, *Arxiu Vidal i Barraquer*, vol. II, p. 186. <<

[486] Régine Illion, «Trabajadoras, sindicalistas y políticas. Zaragoza, 1931-1936», *Ayer*, 60 (2006/4) pp. 135-163, estudia el caso de la Asociación Femenina Aragonesa que logró organizar y movilizar a las mujeres en todo el territorio de Aragón con vistas a las elecciones de noviembre de 1933. <<

[487] Discursos de José María Gil Robles en la Asamblea de la Derecha Regional Valenciana y en la Asamblea de la CEDA, *El Debate*, 30 de noviembre de 1932 y 7 de marzo de 1933. <<

[488] «La opinión empieza a hablar», *El Debate*, 25 de abril de 1933. <<

[489] José María Valiente, «Acto de homenaje a los concejales agrarios», *El Debate*, 24 de mayo de 1933. <<

[490] «Contra la propiedad», «Se aprobó el artículo 21», «Los antros masónicos» y «La masonería servida», *El Debate*, 5 y 6 de abril y 18 de mayo de 1933. <<

[491] «Mensaje de los Institutos Religiosos al presidente de la República», *El Debate*, 21 de mayo de 1933. <<

[492] Metropolitanos españoles a los fieles, «Con motivo de la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas», 25 de mayo de 1933, en Jesús Iribarren, ed., *Documentos colectivos del episcopado español*, 1870-1974, Madrid, 1974, pp. 189-219. <<

[493] Pío XI, *Dilectissima Nobis. Sobre la injusta situación de la Iglesia en España*, en *Doctrina Pontificia*, vol. II, *Documentos Políticos*, ed. de José Luis Gutiérrez García, Madrid, 1958, pp. 624-641. <<

[494] Todo lo entrecomillado procede de *Diarios*, 8 al 12 de junio de 1933. <<

[495] Relaciones de Azaña con Miquel a través de Guzmán, María Cruz Seoane y María Dolores Saiz, *Historia del periodismo en España*. 3. *El siglo xx, 1898-1936*, Madrid, 1996, pp. 415-419. <<

[496] Notas sobre Aznar de 29 de noviembre de 1932 y 2 de junio de 1933. Lo dicho por Unamuno, *El Sol*, 29 de noviembre de 1932 y 17 de enero de 1933; *Diarios*, 29 de noviembre de 1932 y 18 de enero de 1933. Sobre Ortega, *Diarios*, 15 de julio de 1933. <<

[497] Actas de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, «Reunión extraordinaria de 11 de septiembre de 1933», Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias. <<

[498] Azaña rememora los avatares de esta crisis en *Diarios*, 1 de julio de 1937, vol. 6, p. 359. <<

[499] Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Madrid, 2006, pp. 287-291. <<

[500] Antonio Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men of Modern Spain*, Londres, 1946, p. 317; Aldo Garosci, «La angustia de Manuel Azaña», en *Los intelectuales y la guerra de España*, Madrid, 1981, p. 84. Josep Pla, «Manuel Azaña. Un assaig de crítica política (I)», cit. <<

[501] Desarrollo de las sesiones, *El Liberal* y *El Sol*, 15 y 17 de octubre de 1933. <<

[502] Discurso de 16 de octubre de 1933, vol. 4, p. 511. <<

[503] Modesto Lafuente, *Historia general de España*, continuada por Juan Valera con la colaboración de Andrés Borrego y Antonio Pirala, Barcelona, 1890, vol. 22, p. 231. <<

[504] Discurso en el Gran Teatro de Játiva, 11 de noviembre de 1933, vol. 5, p. 14. <<

[505] Según los datos publicados por *El Sol*, 21 de noviembre de 1933. <<

[506] Carta de Manuel Azaña, Marcelino Domingo y Santiago Casares a Diego Martínez Barrio, 5 de diciembre de 1933, vol. 5, p. 664. De Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1983, p. 221. <<

[507] *El Socialista*, 6 de diciembre de 1933. La conversación: *Diarios*, 7 de agosto de 1937, vol. 6, p. 437. <<

[508] Discurso de José María Gil Robles en *El Debate*, 17 de octubre de 1933. <<

[509] *Diario de Sesiones*, 19 y 20 de diciembre de 1933, pp. 74-79 para el discurso de Gil Robles y p. 125 para el anuncio de Prieto. El recuerdo de Martínez Barrio en sus *Memorias*, p. 217; las tres fases de la táctica de la CEDA: «Al año de las elecciones», *El Debate*, 15 de noviembre de 1934. <<

[510] «Hacia una República mejor» y «Discurso a los Jóvenes Republicanos», ambos en el cine Pardiñas, 11 de febrero y 16 de abril de 1934, vol. 5, pp. 83 y 106. <<

[511] «Un juicio sobre la conquista violenta del Poder», *El Sol*, 9 de enero de 1934, que debe relacionarse con la conversación «larga y dramática» mantenida por Azaña y Fernando de los Ríos el 2 de enero de 1934, recordada en la entrada de 1 de julio de 1937 de *Diarios*, vol. 6. p. 362. <<

[512] Azaña recuerda su dedicación a estos trabajos en *Diarios*, 4 de julio de 1937, vol. 6, p. 372. <<

[513] Documento de disolución y manifestaciones de Azaña, *El Liberal*, 1 de abril de 1933. <<

[514] Esta declaración es una de las piezas que Azaña incorporó en apéndice a *Mi rebelión en Barcelona*, vol. 5, p. 322. <<

[515] *Diarios*, 4 de julio de 1937, vol. 6, p. 372. <<

[516] Lo recuerda Azaña en conversación con Martínez Barrio, *Diarios*, 7 de agosto de 1937. <<

[517] «Acta de las reuniones celebradas por Felipe Sánchez Román, Manuel Azaña y Diego Martínez Barrio», 7 de julio de 1934, vol. 5, p. 150. <<

[518] Todo esto se explica en el acta de las reuniones celebradas por Felipe Sánchez Román, Manuel Azaña y Diego Martínez Barrio en los meses de mayo y junio, en la que también se incluye la entrevista de éste con Alcalá Zamora de 7 de julio: Diego Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 232-234. La he recogido en vol. 5, pp. 150-152. <<

[519] Partido Socialista Obrero Español. Actas de la Comisión Ejecutiva. Reunión del día 30 de mayo de 1934, Acta de la reunión de las ejecutivas del PSOE y de la UGT de 2 de julio de 1934, en Archivo de la Fundación Pablo Iglesias. <<

[520] Relato de Azaña, *Diarios*, 1 de julio de 1937, vol. 6, pp. 356-358, donde revisa en detalle sus relaciones con los socialistas desde la crisis de 1933. Editoriales de *El Socialista*: «Ya es muy tarde. Lo que podemos decir y lo que debemos hacer» y «Denuncia de la República. Ni vestida ni desnuda nos interesa», 25 y 28 de julio de 1934. Puede verse también, Santos Juliá, *Los socialistas en la política española 1879-1982*, Madrid, 1997, pp. 203-210. <<

[521] «Discurso a los republicanos catalanes», Barcelona, 30 de agosto de 1934 y «A left alliance in Spain. Señor Azaña's hopes», *The Times*, 3 de septiembre de 1934, que he traducido y recogido en vol. 5, p. 169. <<

[522] «El entierro del señor Carner» y «Almuerzo político en la Font del Lleó», *La Vanguardia*, 29 de septiembre de 1934. Azaña cuenta esta comida en *Mi rebelión en Barcelona* y, con más detalle, en la entrada de su *Diario* de 4 de julio de 1937. <<

[523] La supuesta ratificación apareció en *La Vanguardia*, 3 de octubre de 1934; el «Resumen de la consulta dada al Presidente de la República», en *El Sol*, del mismo día, que puede verse en vol. 5, p. 171. <<

[524] Así titulaba *La Vanguardia*, 9 de octubre de 1934, en su reportaje «Alzamiento del Gobierno de la Generalidad». <<

[525] AHN, FC, Tribunal Supremo, leg 2-1. Querella por rebelión militar contra don Manuel Azaña y don Luis Bello, vol. 5, pp. 177-178. <<

[526] Carta a Indalecio Prieto, 25 de diciembre de 1934, vol. 5, p. 683. <<

[527] «Nota del consejo nacional de Izquierda Republicana», vol. 5, p. 171. <<

[528] De lo hablado en esa reunión se levantó acta, vol. 5, p. 172. <<

[529] He incluido estos interrogatorios en el vol. 5, pp. 173-195. <<

[530] Azaña conservó decenas de estas cartas en su archivo personal y publicó el manifiesto como prólogo a *Mi rebelión en Barcelona*, vol. 5, pp. 197-198, donde pueden verse los nombres. Miguel de Unamuno y José Ortega no accedieron a firmarlo, aunque ni uno ni otro «dijeron lo que a oídos de usted llegó», según le escribió Augusto Barcia el 7 de diciembre de 1934, BN, Manuscritos, 22128/47. <<

[531] César González Ruano, «Pero los líderes morirán en sus camas» y «El de los tristes destinos»; Manuel Bueno, «El gran culpable»; Ramiro de Maeztu, «La Anti-Patria»; Honorio Maura, «Españoles y traidores», todos en *ABC*, 9, 10 y 11 de octubre de 1934. <<

[532] Las cartas de Carabias, Peset y los jóvenes de Sada, en el archivo de Azaña. La de Espina, de 2 de diciembre de 1934, BN, Manuscritos 22128/64. <<

[533] Cartas de Dolores de Rivas Cherif, sin fecha y de 20 de octubre de 1934, Archivo de Azaña. <<

[534] Los acuerdos de 10 de enero fueron publicados en *Política*, 14 de marzo de 1935, vol. 5, p. 338. Carta de Indalecio Prieto, de 2 de abril de 1935, BN, Manuscritos, 20272/7. De Azaña a Prieto, 20 de abril de 1935, vol. 5, p. 691. <<

[535] Claude G. Bowers, *Misión en España*, Barcelona, 1977, p. 134. «El alijo de armas», vol. 5, p. 388. Archivo del Congreso de los Diputados. Serie General. Expediente relativo a la propuesta de acusación contra los Sres. Azaña y Casares Quiroga. <<

[536] Carta a Rafael Sánchez Guerra, secretario general de la Presidencia, 29 de marzo de 1935, vol. 5, p. 701. <<

[537] Resumo en este párrafo y en los siguientes lo que he contado con más detalle en *Manuel Azaña, una biografía política*, Madrid, 1990, pp. 406-419, donde pueden consultarse las fuentes. <<

[538] En el discurso de Comillas, por ejemplo, trató cuestiones de Hacienda y se refirió al «problema del cambio». Azaña había hablado de esta cuestión con Julio Carabias, que le envió unas cuartillas adjuntas a una carta de fecha de 21 de mayo de 1935. Tal vez sean las mismas cuartillas —mecanografiadas con tipo de letra, espacios y disposición muy similares a la de otros documentos del archivo de Azaña— que he incorporado al vol. 7, pp. 728-729. La carta de Carabias, en BN, Manuscritos, 22128/54. <<

[539] Azaña informa de estos encuentros a Rivas Cherif, cartas de 10 y 19 de septiembre de 1935, vol. 5, pp. 703-705. Carta de Prieto, 12 de agosto de 1935, BN, Manuscritos, 22128/9. <<

[540] Carta de Dolores de Rivas Cherif, que acompaña a la de Manuel Azaña, 25 de septiembre de 1935. <<

[541] Carta de Francisco Ayala agradeciéndole el envío de un ejemplar dedicado, 27 de octubre de 1935, BN, Manuscritos, 22128/45. <<

[542] *Mi rebelión en Barcelona*, vol. 5, p. 219. <<

[543] Cartas a Enrique de Francisco, 14, 21 y 30 de noviembre de 1935 y carta a Prieto, 20 de abril de 1935, vol. 5, pp. 712-713 y 692. <<

[544] Discurso en el cine Montecarlo, de Madrid, 9 de febrero de 1936, vol. 5, p. 481. <<

[545] El primer estudio de estas elecciones se debe a Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, Madrid, 1971. <<

[546] Declaraciones de Azaña a Elie Richard, *Paris-Soir*, 21 de febrero de 1936. <<

[547] Esta carta, de 16 de marzo a 4 de abril, es el relato de las «cosas interesantes» que Azaña comenta y explica a su cuñado; por eso, la he incorporado, con las de 14-18 de mayo y 5 de junio a sus *Diarios*, vol. 5, pp. 637-660. La cita, en p. 640. <<

[548] Discurso, vol. 6, pp. 559-569. Claude Bowers, *Misión en España*, p. 221. <<

[549] Lo cuenta el mismo José María Gil Robles en *No fue posible la paz*, Madrid, 1978, p. 780n. <<

[550] Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo xx*, Barcelona, 1971, pp. 423-424. <<

[551] Carta a Rivas Cherif, 14 de mayo de 1936, y discurso de 3 de abril, vol. 5, pp. 651 y 560. <<

[552] Declaración del testigo Cipriano de Rivas Cherif ante el fiscal delegado para la instrucción de la Causa General de Madrid, 4 de septiembre de 1947, AHN, FC, Causa General, leg. 15424/2. <<

[553] Noticias de la elección, *El Sol*, 2 a 12 de mayo de 1936. <<

[554] La palidez fue apreciada por Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1976, p. 114; el araquistanismo, carta a Rivas Cherif, que hace las veces de diario, vol. 5, pp. 637-660. Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México, 1973, pp. 117-124. <<

[555] Acta de la reunión celebrada por los compromisarios socialistas el 8 de mayo de 1936, en la sección segunda del Congreso de Diputados, bajo la presidencia de Fernando de los Ríos, AHN, FC, Causa General, 1524/2. <<

[556] «A todos los militantes del partido socialista», *ABC*, 12 de mayo de 1936, firmado por Justo M. Amutio, Juan Durá, Francisco Mañez y Enrique Sanchís. <<

[557] En la conversación que cierra la serie de documentos recopilados en el volumen 6 de sus *Obras*. <<

[558] Aunque en una conversación con Martínez Barrio de la que da cuenta en su diario, 7 de agosto de 1937, vol. 6, p. 422, Azaña menciona su propósito de formar «un gobierno nacional[…] un gobierno formado por todos los que estaban dentro de la Constitución, desde las derechas republicanas hasta los comunistas», no hay indicio de que ni él ni Martínez Barrio solicitaran la incorporación de ningún comunista al gobierno en estos días de julio. <<

[559] Discurso en el Ayuntamiento de Madrid, 13 de noviembre de 1937, vol. 6, pp. 140-146. <<

[560] Además de las entrevistas recogidas en el vol. 6, pp. 6-15, tiene interés Pietro Nenni, artículo en *Il Nuovo Avanti*, París, 15 de agosto de 1936, reproducido en *España*, Barcelona, 1977, p. 118. <<

[561] Corpus Barga, *Los galgos verdugos*, p. 290. <<

[562] Del «mazazo» que recibió en esta «noche triste» se acuerda Azaña en *Diarios*, 7 de noviembre de 1937. En «Apuntes de memoria» anota: «Mi desesperación, mi horror. Veleidades de dimisión». Para lo que habló con Ossorio, *Diarios*, 17 de junio de 1937: «no le oculté mi abatimiento, mi horror, ni el conflicto de conciencia en que el caso me había puesto», escribió Azaña. La noche sin dormir, se lo dice «un muchacho de la Secretaría» a Cipriano de Rivas, Declaración, folio 2 vto. <<

[563] Todo esto lo dice Garcés en *La velada*; idénticos pensamientos en conversación con Corominas, *Diarios*, 12 de julio de 1937, vol. 6, pp. 61-62 y 387. <<

[564] Carta de dimisión de José Giral dirigida al presidente de la República: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), RE 133, carp. 9. La observación sobre el Lenin español, en Rivas Cherif, *Retrato*, p. 351. <<

[565] Azaña anota sus impresiones en «Apuntes de memoria. Palacio». El argumento de Prieto pertenece a la necrológica por la muerte de Azaña y se refiere a su reacción por el envío de oro a Moscú: «Manuel Azaña y el oro español», *El Socialista*, 13 de noviembre de 1956, pero es muy posible que haya razonado de similar manera en otras ocasiones durante esos meses. <<

[566] Visita de embajadores, Carlos Morla Lynch, *España sufre*, Sevilla, 2008, p. 90. Referencia a Primo de Rivera, larga conversación con Ossorio en *Diarios*, 17 de junio de 1937, vol. 6, p. 339. <<

[567] En «Apuntes de memoria. Cataluña», vol. 6, p. 262, anota todas las vicisitudes de este traslado. *La Vanguardia*, 20, 21 y 22 de octubre de 1936. <<

[568] Visita de Bosch Gimpera: *La Vanguardia*, 25 de octubre de 1936. Del mismo Bosch Gimpera, *Memories*, Barcelona, 1980, pp. 208-210 para la conversación con Azcárate, y p. 215 para su entrevista con Ossorio. Pablo de Azcárate —que consideraba «la conversación con los médicos muy delicada y difícil», como Bosch informa a Azaña en carta de 8 de noviembre—, define este encargo como una «monstruosidad» y «escandalosamente anticonstitucional», *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil*, Barcelona, 1976, pp. 61-62. Más bien parece un paso preliminar, meramente exploratorio, que una solicitud de mediación. En todo caso, el 2 de diciembre de 1936, Azcárate habló con *sir* Alfred Cadogan, del Foreign Office, de los «rumores de una posible mediación», The National Archives (TNA) FO 371/ 20552, W17408. <<

[569] Llegada e instalación en Montserrat, Carles Gerhard, *Comissari de la Generalitat a Montserrat (1936-1939)*, Montserrat, 1982, pp. 382-389. <<

[570] Visita de la CNT catalana, «Apuntes de Memoria. Cataluña», vol. 6, p. 263, «Martinet» es seguramente «Marianet», apodo de Mariano R. Vázquez; García es el consejero de Sanidad, Antonio García Birlán, que escribía con el seudónimo de *Dionysios*. Para la visita a Giral, César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, París, 1972, pp. 187-188, que recoge el testimonio de su padre, Horacio M. Prieto. <<

[571] La conversación de Azaña con Giral fue tomada por el telefonista Sebastià Pujol, Arxiu de Montserrat, «Conferències Telefoniques del President de la Republica, 2 novembre 1936 - 25 gener 1937», leg. 37. Agradezco a Hilari Raguer su información sobre este documento y su amable ayuda para consultarlo. <<

[572] Carta de Largo Caballero a Azaña, 4 de noviembre de 1936, AMAE, RE 137, carp. 2, que se refiere a su conversación telefónica. También, Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, 1976, p. 176, que añade una amenaza de dimisión si Azaña no firmaba. <<

[573] «Conferències téléfoniques», cit.; Gerhard, *Comissari*, p. 389; Carles Pi i Sunyer, *La República y la guerra*, México, 1975, pp. 418-419. <<

[574] *Diarios*, 17 de junio y 19 de agosto de 1937, visitas de Ángel Ossorio y Claudio Sánchez Albornoz, vol. 6, pp. 336-337 y 449. <<

[575] Discurso en el Ayuntamiento de Valencia, 21 de enero de 1937, vol. 6, p. 29; «La moral de la retaguardia y las probabilidades de la paz», vol. 6, p. 252. <<

[576] Alocución por radio, 23 de julio de 1936, Garcés en *La velada*, y conversación con Negrín, 22 de abril de 1938, vol. 6, pp. 4, 60 y 584. <<

[577] Carta de Ángel Ossorio, 29 de diciembre de 1936, Archivo Azaña; «Conferències téléfoniques», 16 de diciembre de 1936. <<

[578] Declaraciones a *Le Petit Parisien* y *La velada en Benicarló. Diálogo sobre la Guerra de España*, vol. 6, pp. 12 y 53 <<

[579] Discurso en el Ayuntamiento de Valencia, vol. 6, pp. 19-31. Idénticos pensamientos expone a Lawrence Fernsworth, «Mediterranean tug-of-war», *Current History*, diciembre de 1937, trad. en vol. 6, pp. 150-153. <<

[580] Juan Gil Albert, *Memoriabilia*, Barcelona, 2004, pág. 158, que sólo se confunde de lugar, el «paraninfo de la Universidad», donde Azaña pronunciará otro discurso el 18 de julio del mismo año. Ángel Gaos comentó en «El discurso del Presidente», *Hora de España*, febrero de 1937: «Palabras, ya últimas, colmadas de admirable emoción. Y sobre todos cayó el dolor majestuoso del pueblo destrozado, de la Patria en escombros. Y todos nos sentimos expresados con profundidad y elevación, representados plenamente, con toda dignidad. Nos pareció que alguien escondido en el augusto silencio nos gritaba: ¡Españoles, presentad armas!». <<

[581] «Note de la Direction Politique. Conversation avec M. de Azcarate», 1 de marzo de 1937: *Documents Diplomatiques Français* (*DDF*) 2.ª serie, vol. V, doc. 48. En sus memorias, Azcárate, tal vez bajo el peso de experiencias posteriores, acusa poco menos que de traición el plan del presidente y no menciona esta información confidencial suya al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. <<

[582] «Apuntes de Memoria. Valencia (14-20 de marzo [de 1937])», vol. 6, pp. 288-289. <<

[583] Las conversaciones telegráficas mantenidas con Valencia durante los sucesos de mayo están recogidas en unas cintas depositadas en Archivo General Militar de Ávila, vol. 6, pp. 93-122. <<

[584] Desarrollé este argumento en: «Partido contra sindicato: una interpretación de la crisis de mayo de 1937»: S. Juliá, coord., *Socialismo y guerra civil*, Madrid, 1987, pp. 227-254. <<

[585] Repito en este párrafo lo escrito hace años en «Presidente por última vez: Azaña en la crisis de mayo de 1937», en A. Alted, A. Egido y M. F. Mancebo, eds., *Manuel Azaña: pensamiento y acción*, Madrid, 1996, pp. 253-254. Un razonamiento muy similar aparece también en sólidas investigaciones posteriores, entre ellas, la de Helen Graham, *The Spanish Republic at War. 1936-1939*, Cambridge, 2002, pp. 305-306, cuando afirma que «el número de quienes cumplían los criterios mínimos entre los que el presidente tenía que elegir no era muy grande. No era razonable elegir a un republicano ni a un comunista […] El nuevo primer ministro tenía que ser por fuerza un socialista. Pero no podía ser un caballerista […] Por un proceso de eliminación, el nuevo primer ministro tenía que ser un socialista parlamentario. La elección esperada era Prieto». También en la de Ángel Viñas, *El escudo de la República*, Madrid, 2007, p. 563, cuando argumenta de idéntico modo: «Descartado Prieto, no quedaban muchos nombres entre quienes elegir. El nuevo primer ministro no podía pertenecer a la izquierda comunista, pero tampoco ser estrictamente republicano (ya se había probado con Giral), o comunista (impensable) o anarquista (el mensaje habría sido terrible). No quedaba sino el sector socialista y centrista». <<

[586] Las notas y documentos de esta crisis se publicaron en los órganos de prensa de los partidos y sindicatos. El Comité Nacional de la CNT conservó buenas colecciones que se conservan en AGC, serie Bilbao, carp. 39 y en AHM, arm. 46, leg. 66. <<

10 La única diferencia que señala Azcárate se refiere al orden en que el plan habría de realizarse: retirada y suspensión o al contrario, *Mi embajada en Londres*, pp. 65-66.

[587] La única diferencia que señala Azcárate se refiere al orden en que el plan habría de realizarse: retirada y suspensión o al contrario, *Mi embajada en Londres*, pp. 65-66. <<

[588] Informes de Giuseppe Pizzardo: Archivio Vaticano, Sacra Congregazione degli Affari Ecclesiastici Straordinari, Inghilterra 1937, Ps. 273, Fasc. 117 y 118. Conversación de Eden con Pizzardo, 10 de mayo de 1937, TNA, FO 371/21158 y carta de Eden a Dummond, embajador en Roma, dándole cuenta, *Documents on British Foreign Policy*, Second Series, XVIII, 1937, pp. 744-745. <<

[589] Despachos de Magaz a Secretario de Relaciones Exteriores, 25 y 28 de mayo de 1937. Embajada de España ante la Santa Sede. Roma. <<

[590] «Le problème d'une médiation en Espagne», *Archivo Gomà*, ed. de José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, Madrid, 2003, vol. 5, doc. 366. La declaración del comité, muy cercana al plan de Azaña, puede verse en Jacques y Raïsa Maritain, *Oeuvres complètes*, Friburgo y París, 1984, pp. 1127-1128. <<

[591] Gomà se confiesa cansado y desorientado por la ignorancia de las cosas de «la España blanca» en carta a Gregorio Modrego, de 24 de mayo de 1937, *Archivo Gomà*, doc. 380. De la propuesta de Eden dio cuenta Pizzardo al embajador de Italia ante la Santa Sede, 27 de mayo de 1937, Archivio del Ministero degli Affari Esteri, Roma, Serie Santa Sede, 1937, busta 35. <<

[592] Despacho de John Leche, 12 de mayo de 1937, TNA, FO 425/414 W9410. <<

[593] *Diarios*, 3 de julio de 1937, vol. 6, p. 367. <<

[594] Rivas Cherif, «Declaración», f. 8 vto. <<

[595] *Diarios*, 14 de septiembre y 17 de noviembre de 1937, vol. 6, pp. 487 y 565. <<

[596] Reunión con el gobierno y conversación con Negrín y Giral, *Diarios*, 31 de mayo y 14 de junio de 1937. <<

[597] Garcés en *La velada*, p. 408; *Diarios*, 31 de mayo de 1937. Es un pensamiento que le acompañará hasta el exilio, como pone de manifiesto su conversación con Isidro Fabela, recogida en Manuel Ortuño, ed., *Diplomáticos de Cárdenas. Una trinchera mexicana en la Guerra Civil (1936-1940)*, Madrid, 2007. <<

[598] «Discurso en la Universidad de Valencia», 18 de julio de 1937, vol. 6, pp. 126-139. <<

[599] Son comentarios de Azaña ante Negrín y Zugazagoitia, a quienes evitó hablar de «la posible defección de los nacionalistas, que puede ser una aprensión mía, y he de cuidar no ensombrecer sin utilidad conocida el ánimo de los ministros», *Diarios*, 31 de mayo de 1937, p. 322. <<

[600] Del robo y la manipulación de estos cuadernos, he tratado en «Introducción» a Manuel Azaña, *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*. Barcelona, 1997, pp. XVI-XXIV. <<

[601] *Diarios*, 27 de septiembre, 9 y 10 de octubre y 6 de noviembre de 1937, vol. 6, pp. 507, 517 y 549. <<

[602] Además del discurso en el Ayuntamiento de Madrid, la nueva edición de *Obras completas* recoge una «Alocución al ejército del Centro», escrita por Indalecio Prieto pero firmada por Azaña, que no dejó de hacer a su amigo una observación sobre la palabra «hogareño», propia de zarzuela grande: *Diarios*, 18 de noviembre de 1937. <<

[603] «Cruelmente inmolado sin más inculpación que la de llevar el apellido Azaña», como escribe Francisco Poyatos, que trató de disuadir al joven fiscal de que volviera a Córdoba: *Recuerdos de un hombre de toga*, Córdoba, 1979, p. 92. <<

[604] *Diarios*, 20 de mayo, 3 de julio y 17 de junio de 1937, pp. 314, 367 y 334. <<

[605] Un informe con esa propuesta llegó al Cuartel General del Generalísimo, AGM, leg. 277, carp. 7. <<

[606] Pleno del C. C. del Partido Comunista de España, noviembre 1937, Dolores Ibarruri, *Ejército popular unido, Ejército de Victoria*, Madrid-Barcelona, 1938, s/p. y José Díaz, *Para aplastar a Franco. Más unidos que nunca dentro del Frente Popular*, Madrid-Barcelona, 1937, p. 22. <<

[607] Palmiro Togliatti, «Sobre los problemas del comité central del PCE», 25 de noviembre de 1937, *Escritos sobre la guerra de España*, *Barcelona*, 1980, pp. 153-154. Togliatti se refiere a la reunión de Azaña con Companys, Comorera, Pi i Sunyer y Antoni Maria Sbert, *Diarios*, 20 de octubre de 1937, vol. 6, pp. 530-531. <<

[608] «An interview with Dr. Negrin», *Manchester Guardian*, 27 de noviembre de 1937. «I will impose my will», *ibid*., en *The Guardian Book of the Spanish Civil War*, Aldershot, 1987, pp. 182 y 183. <<

[609] Carta de Vicente Rojo a Indalecio Prieto, 28 de septiembre de 1937, AHN, Archivo Rojo, caja 1/3. <<

[610] Palmiro Togliatti, «Informe del 21-22 de abril de 1938», en *Escritos*, p. 185. <<

[611] «Contestación de su excelencia el Presidente de la República», *Política*, 12 de diciembre de 1937. <<

[612] En el informe remitido por Dimitrov a Voroshilov el 30 de julio de 1937 (R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov, eds., *España traicionada*, Barcelona, 2002, p. 282) ya se llamaba la atención sobre el hecho de que Azaña no había mencionado a la URSS ni una sola vez en su discurso de Valencia. <<

[613] Despacho de Eric Labonne a Yvon Delbos, *DDF*, 2.ª Serie, vol. VIII, n. 275. Eden recuerda la crisis de febrero y su exigencia de una retirada italiana de España en *The Eden Memoirs. Facing the Dictators*, Londres, 1962, pp. 569-575, 582 y 591-595. <<

[614] *Diarios*, 13 de octubre de 1937, vol. 6, p. 522. <<

[615] Labonne a Paul-Boncour, dando cuenta de la visita de Negrín y Giral el 16 de marzo de 1938, *DDF*, VIII, 455. Ricardo Miralles califica como «el gran momento de Juan Negrín» su actuación en esta crisis, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, 2003, p. 182. Para más detalle, Enrique Moradiellos, *Negrín*, Barcelona, 2006, pp. 325-350. Conviene matizar que Azaña nunca calificó a Negrín en sus apuntes o diarios de «loco» ni de «loco visionario», aunque en una ocasión, cuando preguntó a Negrín por la destitución de Cipriano de Rivas, comenta que «se hace el loco» al contestarle «¡Ah!, ¿pero le han destituido?». <<

[616] Azaña, «Apuntes de memoria», vol. 6, p. 581. En «La moral de la retaguardia y las probabilidades de la paz», escrito en 1939, los gritos son: «¡Mueran los republicanos traidores! ¡No queremos armisticio! ¡Resistir, resistir!», vol. 6, p. 254. De las posiciones de cada ministro, Palmiro Togliatti, «Verbali di riunioni e appunti redatti a mano da Palmiro Togliatti nel corso della sua presenza in Spagna, 1937-1939», 50, Archivo del Instituto Gramsci. Roma. Lo último es de Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 213-214, que confunde esta reunión con la del 29. <<

[617] «Déclaration de M. Negrin à notre ambassadeur», 26 de marzo de 1938. Ministère des Affaires Étrangères. Archives Diplomatiques (MAE/AD) Papiers 1940. Cabinet Georges Bonnet. Espagne 4. <<

[618] Labonne a Paul-Boncour, 1 de abril de 1938, *DDF*, IX, 102. En el segundo bloque de «Apuntes de memoria», Azaña identifica a Labonne como la criada, hallazgo que nada dice en su favor, como en general los motes con los que se refiere a sus visitas durante este periodo: Companys, el del *retré*; Álvarez del Vayo, el piafante; Luis Araquistain, el concuñado; tal vez Irujo, Napoleonchu; Prieto, el gordo; Negrín, el yerno del cochero; Largo Caballero, el viejo. A partir de agosto, abandonó esta penosa ocurrencia. <<

[619] Son palabras de Azaña, Rivas Cherif, *Retrato*, p. 390. Visita de Companys, *La Vanguardia*, 27 de febrero de 1938; lo que vino a decirle: «Apuntes de memoria», 26 de febrero, vol. 6, p. 577. <<

[620] Martínez Barrio recuerda que asistieron Negrín, Companys, Monzón, González Peña, Vázquez, Díaz, Quemades y él, *Memorias*, p. 372. En «Verbali di riunioni», p. 54, Togliatti añade los nombres de Josep Tarradellas y Luis Nicolau d'Olwer. <<

[621] Cipriano de Rivas, *Retrato*, p. 390. Indalecio Prieto, «Manuel Azaña», 5 de noviembre de 1940, en *Palabras al viento*, México, 1969, pp. 278-284. <<

[622] «Declaración de Cipriano Rivas Cherif», 15 de octubre de 1940, Archivo Judicial Territorial Primero, Plaza de Madrid, Ejército Español, causa 100 159, leg. 6789. f. 3vto, donde se da cuenta de la confiscación de 29 980 dólares oro en monedas de 10 dólares en la casa de Pyla-sur-Mer, en julio de 1940, aunque Rivas Cherif declara haber adquirido 33 000 monedas, de las que le fueron ocupadas 32 980, con el giro enviado por Azaña en torno al 12 de abril de 1938. <<

[623] Conversación de Negrín con Morel, *DDF*, IX, doc. 221. La declaración, conocida como los «trece puntos», fue publicada por toda la prensa el 1 de mayo de 1938. <<

[624] *Diarios*, 22 de abril de 1938, vol. 6, pp. 582-583. <<

[625] *Diarios*, 12 de mayo de 1938, vol. 6, pp. 589-590 para la conversación con Prieto. Cipriano de Rivas, *Retrato*, p. 446. En la «Declaración» de 4 de septiembre de 1947, sobre «un diario de notas ocupado al declarante», Rivas Cherif se refiere a sus gestiones ante del delegado de Cuba: declaración y diario en AHN, FC-Causa general, leg. 1524/2. <<

[626] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles* [1940], Barcelona, 2001, p. 453. <<

[627] Memorándum de M. de Lilliehöök, TNA, FO 371/22660 W10363. <<

[628] Julián Zugazagoitia, *Guerra*, pp. 465-467. Que «los conceptos» expuestos por Azaña en este discurso no diferían mucho de los trece puntos de Negrín fue señalado por Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1977, p. 223. El discurso fue íntegramente publicado en *La Vanguardia*, de Barcelona. En Madrid, *El Sol*, órgano del PCE, y *El Socialista* publicaron varios fragmentos y suprimieron del final la palabra paz, aunque dejaron piedad y perdón. <<

[629] Entrevista con John Leche, TNA, FO 371/22660 W10667. El cuartel general de Franco fue informado de esta propuesta por un colaborador del SIPM en nota de 14 de agosto: AGM, Cuartel General del Generalísimo (CGG), leg. 277, carp. 8. <<

[630] Literalmente: «The President appeared entirely sincere and throroughly determined to carry out a peace policy (which he himself is unable openly to inaugurate) provided that it were put up by H. M. Government». Traducción de esta entrevista, en vol. 6, pp. 182-184. <<

[631] El 21 de julio de 1938, tras recibir una visita del «consejero general Maximof», para advertirle del «seguro fracaso» de la operación proyectada en el frente del Ebro, Rojo pidió a Negrín que le relevara del cargo por considerar que la conversación del citado consejero constituía una «franca censura a la actuación del general que suscribe». AHN, Archivo Rojo, caja 2/3-1. <<

[632] «Memorándum presentado por J. I. de Lizaso en nombre de S. E. José A. Aguirre, Presidente de Euzkadi», 12 de octubre de 1938, TNA, FO 371/ 22661 W 13619. En W 13620, un ejemplar del mismo memorándum, presentado por Josep M. Batista i Roca «en nombre del presidente de Cataluña, Lluís Companys». <<

[633] Conversación de Chamberlain con Hitler, 30 de septiembre de 1938, *Documents on British Foreign Policy*, Third Series, vol. II, pp. 635-640. <<

[634] *Diarios*, 19 de noviembre de 1938. De la visita hay varios informes a cargo del SIPM, en AGM, CGG, arm. 4, leg. 248, carp. 7. <<

[635] Planes de Casado y entrevistas: AGM, CGG, arm. 4, leg. 248, carp. 4. Para «la conjura» y el fin de la guerra, Ángel Bahamonde y Javier Cervera, *Así terminó la Guerra de España*, Madrid, 1999. <<

[636] Conversación de 16 de noviembre de 1938, vol. 6, pp. 598-599. <<

[637] «Contestación al discurso del embajador de la República Francesa», vol. 6, pp. 185-186. Que fuera partidario de Franco lo dice un informe de un agente del servicio de información, citado por Jorge M. Reverte, *La caída de Cataluña*, Barcelona, 2006, p. 194. <<

[638] Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, pp. 505-506. <<

[639] García Birlán contó su versión a José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Cali, 1988, vol. 3, p. 254. Cipriano de Rivas habla de una visita de «la Federica y otros elementos de su organización» el 13 de enero de 1939, en carta a Ángel Ossorio, 1 de julio de 1939, AHN, FC-Causa general, 1524, exp. 6/5, donde se refiere también a sendas visitas de Araquistain y Fernández Clérigo con idéntico objeto. <<

[640] *Diarios*, 16 y 19 de enero de 1939, vol. 6, pp. 612-613. Para esto y lo que sigue, carta de Rivas Cherif a Ángel Ossorio, 1 de julio de 1939, AHN, FC-Causa general, 1542 y carta de Azaña al mismo Ossorio, 18 de junio de 1939, que he titulado «Crónica abreviada de quince días», vol. 6, pp. 618-619. Sobre Saravia, Manuela Aroca Mohedano, *General Juan Hernández Saravia*, Madrid, 2006. <<

[641] «Para terminar la guerra…», AHN, Archivo General Rojo, caja 25/11. <<

[642] Oleadas de exiliados y cierre de frontera, Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Barcelona, 2000, pp. 44-46. Azaña, «Crónica abreviada», vol. 6, pp. 617-618. <<

[643] De la entrevista quedan dos relatos idénticos: Azaña en su carta a Ossorio y Henry en sus telegramas a Georges Bonnet, 5 de febrero de 1939, *DDF*, 2.ª Serie (1936-1939), vol. XIV, doc. 38. <<

[644] Telegrama de Stevenson, 4 de febrero de 1939, TNA, FO 371/24147 W 2017; y Stevenson a Halifax, 8 de febrero de 1939, TNA, FO 425/426, W 2559/8/41. <<

[645] «Note pour le Ministre» y «À monsieur Jules Henry», 5 de febrero de 1939, MAE/AD, Papiers 1940. Cabinet Georges Bonnet, Espagne, leg. 4. Zugazagoitia, *Guerra*, pp. 526-527, recuerda el desprecio y el odio que mutuamente se sentían Azaña y Negrín en el momento de cruzar la frontera. <<

[646] Diego Martínez Barrio, *Memorias*, p. 402, que coincide con la carta de Azaña a Ossorio. <<

[647] Viaje y llegada, Santos Martínez Saura, *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, 1999, pp. 50-52, y *La Tribune de Genève*, 8 de febrero de 1939. Golpe de familia, carta de Cipriano de Rivas a Juan Ramón Jiménez, 7 de abril de 1939, en *Guerra en España*, Madrid, 1985, p. 235. Entrevista con Isidro Fabela, que consideró de su deber ponerse a disposición del presidente y presentarle sus respetos, vol. 6, pp. 190-194. Devolución de los coches el 6 de abril de 1939, vol. 6, p. 661. <<

[648] Todo esto es de unos folios escritos por Marcelino Pascua, titulados «Azaña en la Embajada de París», en los que el embajador quiso dejar claro testimonio de la «repelencia» que le despertaban sus indeseados inquilinos: AHN, Archivo Pascua, caja 5/10. Para atender a los gastos, Rivas Cherif asegura que Azaña recibió 50 000 francos de Jerónimo Bugeda; Pascua eleva la cantidad a 150 000 francos, unos 5000 dólares, que le habría entregado el ministro de Hacienda, Méndez Aspe. <<

[649] General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, Madrid, 1974, pp. 166-167 y carta de Rojo a Negrín de 12 de febrero de 1939, AHN, Archivo Rojo, caja 5/8. El telegrama de Negrín se reproduce en «Azaña en la Embajada de París», cit. <<

[650] Antonio Cordón, *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Barcelona, 1977, p. 391. De los reunidos, sólo Hidalgo de Cisneros volvió a España. <<

[651] Conversación Rivas Cherif y Georges Bonnet, en «Note du Cabinet du Ministre», 15 de febrero de 1939, *DDF*, XIV, doc. 125. Carta de Rivas Cherif a Ángel Ossorio, f. 26. <<

[652] Llegada a La Prasle, *Paris-Soir*, 28 de febrero de 1939. «Texte des accords signés à Burgos par M. Léon Berard et le général Jordana le 25 février 1939», MAE/AD, Guerre 1939-1945. Vichy. Espagne, 285. Carta de dimisión, 27 de febrero, vol. 6, p. 654. <<

[653] *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Diputación Permanente, Sesión de 31 de marzo de 1939, pp. 30-32 para Negrín; y p. 41 para Ibarruri, que habla el día 1 de abril. <<

[654] Carta a Luis Fernández Clérigo, 3 de julio de 1939, vol. 6, pp. 681-685. Hay un comentario de Azaña sobre esta correspondencia en la carta a Carlos Esplá el 21 de julio de 1939. <<

[655] Cartas a Augusto Barcia y a Carlos Esplá, de 22 y 26 de abril de 1939, vol. 6, pp. 671 y 673. <<

[656] Cartas de 16 de abril de 1940 a José Giral, de 12 de agosto de 1939 a Eduardo Blanco Amor y de 24 de agosto de 1939 y 26 de febrero de 1940 a Esteban Salazar Chapela, todas en vol. 6. <<

[657] En carta de 2 de marzo de 1939, Azaña propone a Frank S. Stuart la publicación de tres libros: *Political Reminiscences of War, Benicarlo's Evening* y *The Last Days of the Spanish Republic*. Carta de L. D. Hirsch, director comercial de Gallimard, a Manuel Azaña, 11 de agosto de 1939, anunciándole la salida de *La veillée à Benicarlo* y el envío de ejemplares. Carta de Azaña a Greville Sheridan Lea 29 de enero de 1940, en Archivo Azaña. <<

[658] Todos los artículos, en vol. 6, pp. 195-254. <<

[659] Relación de protestas: «Notes remises au Ministère des Affaires Étrangères concernant les activités des rouges espagnols en France»; entre los múltiples informes, Pedro Urraca Rendueles, a Ministro Consejero. Embajada de España en París, 12 de enero de 1940, ambos en AGA, Asuntos Exteriores, leg. 11287. <<

[660] Negativa a firmar manifiestos: cartas a Augusto Barcia y a Carlos Esplá, de 22 y de 25 de abril de 1939. Necesidad de explicar, carta a Bosch Gimpera, 9 de junio de 1939. <<

[661] «Ley de 9 de febrero de 1939 de responsabilidades políticas», *BOE*, 13 de febrero de 1939, pp. 324-347. <<

[662] Juzgado Instructor Provincial de Responsabilidades Políticas, Plaza de Madrid, Año 1939, Expediente número 213, AGA, Justicia, leg. 30329, que contiene todos los documentos a los que se hace referencia en los párrafos siguientes. <<

[663] Esta relación de la familia de Azaña aparece en un oficio del prefecto de la Gironda al ministro del Interior, de 31 de mayo de 1940, Archives Nationales, F 7/12172, cuando solicitaron el cambio de los *laissez-passer* por los *recepisses* de solicitud de carnés de identidad. <<

[664] Detalles del traslado, cartas a Carlos Esplá, Ángel Ossorio y Juan José Domenchina de 18 de noviembre de 1939, 19 de enero y 10 de febrero de 1940. Notas de Cipriano de Rivas en su declaración, f. 20. Enrique de Rivas recuerda la casa en *Cuando acabe la guerra*, Madrid, 1992, p. 60. <<

[665] Diagnóstico de la enfermedad, Rivas Cherif, *Retrato*, p. 475. Los rumores, Telegrama de Lamarle, N.º 567, 28 de mayo de 1940, MAE/AD, Papiers 1940, Reynaud, leg. 3. Lo demás: cartas a Santos Martínez Saura, 19 de febrero; y a José Giral, 16 de abril y 29 de mayo de 1940. En su archivo se conserva un diario, escrito a máquina y en francés, de la evolución de su estado y de las medicinas administradas desde el 11 de marzo al 6 de mayo. <<

[666] Carta a Santos Martínez, 9 de junio de 1940. Comentario a la visita de Maura, Rivas Cherif, «Declaración», cit. f. 21. <<

[667] Telegramas de La Baume, 22 de junio de 1940, MAE/AD, Guerre 1939-1940, Vichy-Europe, Espagne, leg. 281. Serrano fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores el 16 de octubre de 1940. <<

[668] Nota resumen de las demandas presentadas por el gobierno español al francés hasta el 10 de febrero de 1941: MAE/AD, Guerre 1939-1940, Vichy-Europe, Espagne, leg. 281. <<

[669] Visita de Negrín, Rivas Cherif, *Retrato*, p. 492. Recado de Prieto, carta a Carlos Esplá, 18 de noviembre de 1939, vol. 6, p. 705. <<

[670] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1976, p. 268. <<

[671] Luis I. Rodríguez, *Ballet de sangre*, México, 1942, p. 212, y *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, México, 2000, doc. 280. <<

[672] Carta a Luis I. Rodríguez, 20 de julio de 1940. Los asaltantes se incautaron de 6950 francos suizos y 450 dólares en billetes además del dinero de Azaña (nota 20, p. 525): «Declaración de Cipriano Rivas Cherif», de 15 de octubre de 1940, cit. <<

[673] Archivo Judicial Territorial Primero, Plaza de Madrid, Ejército Español, causa 100 159, leg. 6789. <<

[674] Telegrama de La Baume, Madrid, 16 de julio de 1940, y Circular 124, de 20 de julio de 1940, ambos en MAE/AD, Guerre 1939-1945, Vichy-Europe, Espagne, leg. 281. Conversación con Serrano, Telegramas 1033-1049 de 6 de agosto de 1940, en Id. ibid, leg. 242. <<

[675] Carta de Azaña a Pierre Laval, 27 de julio de 1940, vol. 6, p. 736; carta de Dolores de Rivas Cherif a «Son Excellence» [que podría ser el Mariscal Pétain o Pierre Laval], 22 de agosto de 1940, MAE/AD, Guerre 1939-1945, Vichy-Europe, Espagne, leg. 281. <<

[676] Nota de la Dirección Política del Ministerio de Asuntos Exteriores francés de 16 de septiembre. Enrique de Rivas, «Azaña en Montauban. Del asilo político al confinamiento a perpetuidad», *Historia 16*, 178 (febrero de 1991) pp. 12-30. <<

[677] Lequerica al ministro de Asuntos Exteriores, Vichy, 5 y 18 de octubre de 1940, AGA, Asuntos Exteriores, leg. 11288. En «Tableau de demandes d'extradition prises par le gouvernement espagnol», 4 de septiembre se da cuenta de dos autos favorables a la extradición en 1940: MAE/AD, Guerre 1939-1945, Vichy-Europe, Espagne, leg. 288. <<

[678] Testimonio de Galicia, en Josefina Carabias, *Azaña*, pp. 264-268; visita de Llopis, Bruno Vargas, *Rodolfo Llopis, 1895-1983*, Barcelona, 1999, pp. 131-132. <<

[679] Acta del Consejo de Guerra de Oficiales Generales y sentencia, 21 de octubre de 1940, cit., ff. 141-145. La pena de muerte le fue conmutada el 21 de diciembre de 1940, f. 157. También fueron conmutadas las de Miguel Salvador y Carlos Montilla. Por el contrario, Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido fueron fusilados el 9 de noviembre de 1940. <<

[680] Carta de Dolores de Rivas Cherif a su hermano, *Retrato*, pp. 510-511. El encargado de los arreglos fue Francisco Galicia, según dijo a Carabias, *Azaña*, pp. 272-273. Para la versión del obispo Théas, Jean-Pierre Amalric, «Monseigneur Théas et les derniers jours de Manuel Azaña», en F. Drouin y p. Joutard, *Monseigneur Théas, évêque de Montauban, les juifs, les justes*, Toulouse, 2003, pp. 79-85. <<

[681] En homenaje a su autora, reproduzco aquí textualmente, con alguna paráfrasis, el epílogo de Josefina Carabias a su *Azaña. Los que le llamábamos don Manuel*. <<